Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas



JUAN MONTALVO
Un escritor entre la gloria y las borrascas

Galo René Pérez

Galo René Pérez

Un escritor entre la gloria y las borrascas

Vida de Juan Montalvo

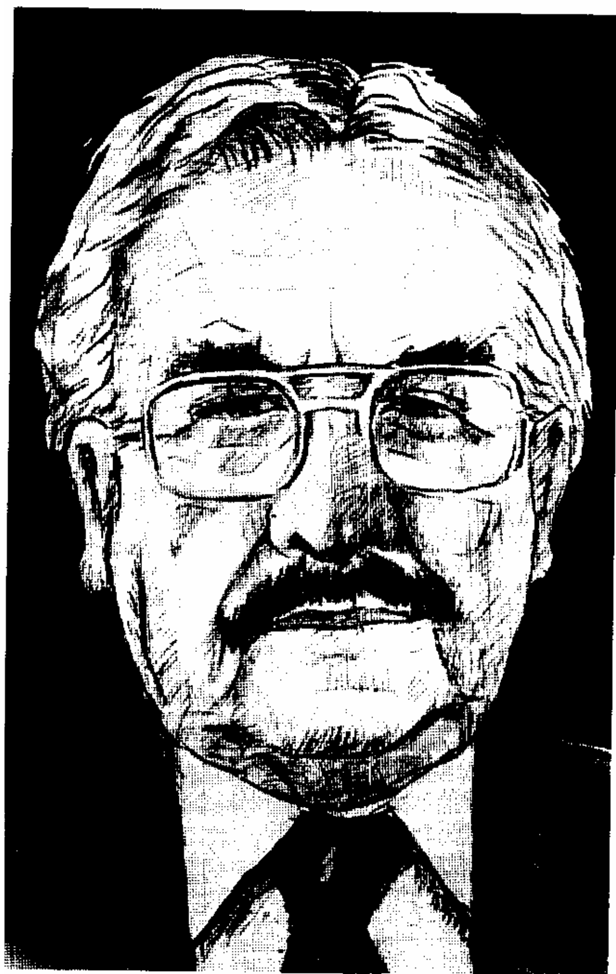
JUAN MONLLVO UN ESCRITOR ENTRE LA GLORIA Y LAS BORRASCAS
Edición:
Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas
Páez 552 y Carrión. esquina. Cuarto piso. Quito, Ecuador.
dgrelcul@mmrree.gov.ec
Año: 2002
Autor:
Galo René Pérez
Prefacio:
Juan Leoro-Almeida
Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas.

Ti raje:
3.000 ejemplares
Impresión, portada y diagramación:
Producción Gráfica
José María Guerrero 535 y Flavio Alfaro
Teléfono: 2593345
Quito.
Portada
Juan Montalvo, óleo de Luis Cadena
Original ubicado en el Museo Jijón y Caamaño
Pontificia Universidad Católica del Ecuador Quito
Homenaje:
75 años de Fundación de la “Casa de Montalvo”
Ambato Ecuador.

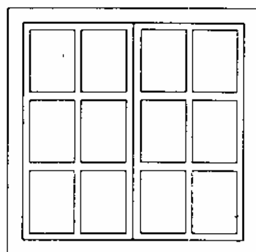


Juan Montalvo, retrato al óleo sobre tela

de César Villacrés, 1903, Ambato.



Galo René Pérez



Edición especial
Homenaje
A la Casa de Montalvo
en sus Bodas de Diamante

PREFACIO

Esta obra trata sobre la vida de uno de los escritores más ilustres de las letras hispanoamericanas. De un ensayista y polemista que obtuvo respeto, admiración y gloria, viviendo en un mundo de borrascas. De un ecuatoriano que permanecerá por siempre en la historia de la nación.

No creo que sea posible escribir biografías con visión totalmente desapasionada. Empero, Galo René Pérez logra aproximarse a este ecuatoriano de fuste, observando directamente los sitios en los que vivió, el entorno geográfico de sus destierros, los sitios de visita cotidiana en Europa, especialmente en París, y la búsqueda precisa de fuentes y testimonios informativos que otorgan a esta historia del hombre y de su obra, el sello característico de la investigación seria y documentada.

Quién era este hombre, más bien diré este espíritu, cuyo pensamiento y actitud de vida serán siempre referentes indispensables para comprender importantes y difíciles etapas históricas del Ecuador ?.

Fue un hombre de carácter, sin duda, pero más allá de ese concepto fue el carácter mismo. Así lo ve el médico francés que lo operó en los preludios de su muerte, sin anestesia y queja alguna. Montalvo muere en París con la misma dignidad con la que vivió su azarosa vida. “Para que el infortunio sea cosa interesante ha de ser devorado por uno con dignidad y valor, sin que la esperanza se halle nunca fuera de sus afectos”, señala.

Entre 1857 y 1860, el Ecuador vive una de las épocas más inestables y calamitosas de su política. Esta etapa la observa Montalvo desde París. El centro de este huracán de anarquía política era un hombre singular –de carácter— como nuestro escritor –que se conver-

tiria más tarde en el rival sobre quien Montalvo descargaría todo el ímpetu arrollador de su pluma, en El Cosmopolita: Gabriel García Moreno, que a mediados de 1860 es el triunfador del vendaval que mantiene la paz de la ilación, con el brutal brazo de hierro de la imposición dictatorial.
Las riendas del poder en manos de García Moreno coinciden con el regreso a la patria del escritor, que contaba con 28 años de edad. Un Montalvo enfermo dirige al déspota y fanático religioso, la famosa carta del 26 de septiembre de 1860: Le pide la reorganización del país, sin menoscabar a dignidad nacional. Surge una voz, la única en medio del desconcierto y el miedo: “Usted se ha manifestado excesivamente violento, Sr. García”. El consejo surge claro acorde a las convicciones políticas de Montalvo: “El acierto está en la moderación y fuera de ella no hay felicidad de ninguna clase... Que el poder no lo empeore Señor; llame usted a la razón en su socorro”... “Tiene usted virtud y audacia, pero le faltan virtudes políticas” ... y agrega la advertencia profética que la historia se encargará de hacer cumplir, no sin una participación harto significativa de este hombre poseedor de uno de los espíritus más acendrados de su tiempo: “que si no procura adquirirlas a fuerza de estudio y buen sentido , caerá, como cae siempre la Fuerza que no consiste en la popularidad”. Al pedirle que renuncie y se someta a elecciones libres le aconseja: “Si los pueblos en pleno uso de su albedrío quieren confiarle su suerte, acéptelo, y sea buen magistrado: si le rechazan, resígnese y sea buen ciudadano”. ‘l’ermina la extensa carta con una advertencia que no sería solamente producto del ímpetu juvenil sino promesa certera: “Algunos años vividos lejos de mi patria en el ejercicio de conocer y aborrecer a los déspotas de Europa. hánme enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América española. Si alguna vez me resigno a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta política Fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos tendrán en ni í un enemigo, y no vulgar”.
Montalvo tenía una gran admiración por lo grande y lo sublime, Su primera divisa: la libertad. Al Libertador lo eleva “Guerre-

ro, escritor, orador, todo lo fue Bolívar y do primera línea, En qué le cede a los grandes hombres de lo antiguo? En que es menor con veinte siglos Dentro de mil años su figura será mayor y más resplandeciente que la de Julio César". Y añade la exaltación suprema; "Muerto él a esperar hasta cuando en el seno de la nada se formase lentamente otro hombre de las propias virtudes; cosa difícil aún para la naturaleza, como la Providencia no la asistiera con sus indicaciones".

Pero de él, de Montalvo, Blanco Fombona reflexiona: "El Ecuador puede estar orgulloso de haber dado a la América tal hijo. Esta tierra de volcanes produce temperamentos volcánicos La tierra duerme un buen espacio de tiempo; pero es que ciertos alumbramientos necesitan gestación prolongada; y en Ecuador, después de un Olmedo nace un Montalvo".

Este Alma Grande, este espíritu ardiente, es la contrapartida del Mahatma hindú, líder de la desobediencia civil y la resistencia pacífica. Y por esa misma condición, sufrió los embates destinados a los insurgentes del pensamiento, a los adelantados a su tiempo, a los que combaten e] desorden, la tiranía, la corrupción, el ejercicio del poder desligado del bienestar común. "La ferocidad no es lo peor en los tiranos, demonios de la tierra; la corrupción. esa invencible propensión a lo imperfecto, lo deforme, lo repulsivo, esto es lo peor'.

Utiliza la observación aguda, la. expresión moralizadora, la reacción indignada y los adjetivos altitonantes lanzados en rayos y centellas contra las "almas de marca menor" de su Ecuador, para el que espera que la revolución sea posible a través de sus ideas de libertad republicana. "Mi nombre está gravado en mis flechas y con ellas en el corazón mueren tiranos y tiranuelos . "Un tigre para los perversos, para los buenos siempre he albergado un corazón de madre".

Montalvo nació en 1832, a poco de iniciada la República, luego de la escisión de la Gran Colombia. José Enrique Rodó describe aquellas épocas, cuya realidad tendría cambios, pero no espectaculares durante la existencia de Montalvo; ''La vida es triste y monótona.

La diversión de la clase culta no pasa de las tertulias de confianza... Pero la diversión suprema, como la suprema meditación, como el arte sumo, se identifican y confunden con la devoción religiosa. LI espectáculo por excelencia es el culto. Las fiestas eclesiásticas revisten fausto imponente; la plata. el oro, las piedras preciosas apuran sus luces en la gloria del altar; muchedumbre de sacerdotes ofieia acompañada de ejércitos de acólitos.... La mortificación voluntaria, el ofrecimiento exaltado del dolor en acto público y edificante, son elementos que no faltan a esa religiosidad primitiva". Como contraposición y explicación de los niveles bajos de preocupación por las ideas elevadas que ayudan a construir los principios de las naciones modernas, añade:

Las campanas son lo único que suena alto en la ciudad. El depósito de la cultura es la biblioteca del convento. La Universidad es una rama que se desprende y vive de ese tronco común". Luego de describir las injusticias de la estructura social y la activa y pintoresca comercialización de productos de variada índole, nos recuerda: "Este comercio bullicioso no tiene correspondencia en cuanto al trabajo del espíritu: la comunicación de ideas carece, o poco menos, de sus órganos elementales. La librería no existe; la imprenta apenas trabaja. En las tiendas de paños suele venderse, por añadidura, algún libro de oraciones o algún compendio para la enseñanza. Durante el Gobierno liberal de Rocafuerte, de *1835* a 1839, no salió a la luz un solo periódico. Publicar un cuaderno impreso es empeño erizado de dificultades".

No es de extrañar, por tanto, que Montalvo haya iniciado una lucha sin cuartel contra la ignorancia, la falta de oportunidades, la excesiva influencia de un clero no ilustrado en la vida de la sociedad, y que por tanto haya sido anticlerical por excelencia, aunque no por ello, profundamente cristiano y religioso.

Así, mientras "Los Siete Tratados" obra considerada por el autor como su obra cimera y que en verdad le daría paso a un enorme y permanente prestigio literario; en su país, la autoridad eclesial la tildaba de "una nidada de víboras en un cesto de flores", y a Montalvo como "el escritor que dobla la rodilla ante nuestro adorable Redentor para darle sacrílegas bofetadas", infundió a todas luces injusto.

La “Mercurial Eclesiástica”, obra en respuesta a la carta pastoral del mismo nombre con la que el Arzobispo de Quito condena “Los Siete Tratados, es al decir de Gonzalo Zaldumbide, el último y el más tremendo y el más gallardo de sus arrebatos . “ Aún tiembla en la herida, inmisericorde, el flamígero dardo que atravesó mares y montañas y se fue derecho a clavarse en el corazón de la hipocresía frailuna”.
En la “Mercurial” Montalvo defiende su obra y se defiende a sí mismo apasionadamente. Repite los conceptos emitidos por los grandes de la literatura universal sobre el hombre y su pensamiento que lo califican de “gran autor, gran moralista” y ven en su obra “pura moral y profunda filosofía” . No soy enemigo de individuos o clases sociales dice Montalvo, pero “donde está la corrupción, allí está mi enemigo; donde están reinando las tinieblas, allá me tiro sin miedo”. Tengo al clero como parte esencial de una sociedad bien organizada, pero “pido un clero ilustrado, recto, virtuoso, útil; no ignorante, torcido, lleno de vicios, perjudicial”.
Ante la acusación de hereje y anticatólico aclara: “*Yo* me persigno en mis soledades y me tiro de rodillas ante el Todopoderoso en presencia de una montaña cubierta de nieve eterna, o en alta mar, alzando los ojos a un cielo cargado de estrellas en mundo oscuro y silencioso”. Emilia Pardo Bazán lo había calificado ya de “Alma religiosa y pensamiento heterodoxo”, descripción que Montalvo la acepta como la expresión su yo interno. Varios de sus escritos lo muestran como un cristiano piadoso, admirador de Cristo sobre quien compone bellísimas páginas, así como de sacerdotes ejemplares. Aunque a la hora de su muerte rechaza la confesión porque” Estoy en paz con mi razón y con mi conciencia y puedo tranquilo comparecer ante Dios”, siente y declara que “En mi enfermedad ni Dios ni los hombres me han faltado”.
Se queja- desde París - de tanta incomprensión, del oscurantismo que hay en su patria que tanto duele en el corazón” y de los absurdos juicios que se contraponen notablemente a las distinciones y comentarios recibidos por la flor y nata de la intelectualidad europea:
Pues yo digo que me tengo por muy desgraciado de haber nacido en

países y tiempos donde la razón y la conciencia no han amanecido; y que si me hubieran consultado yo hubiera pedido venir al mundo de aquí a cuatro mil años, cuando los hombres, de progreso en progreso, de triunfo en triunfo, hayan llegado a la verdad y la luz, en cuanto ellas se compadecen con las facultades intelectuales y morales de la especie humana" El pesimismo momentáneo de Montalvo le lleva a señalar "que de buena gana me desvanecería a la vista de todos, y subiera convenido en sustancia invisible a derramarme en la atmósfera más pura, y a inflarme con rayos de más saludable influjo".
Exageraba Montalvo al describir tan crudamente los que sucedía en estas tierras del trópico ecuatorial, pues su ideario mismo, la lectura de sus encendidos y vibrantes escritos en contra de las tiranía y en contra de la influencia eclesiástica, ya formaban parte de la rebeldía de hombres que luchaban con ideas avanzadas, por la libertad de expresión, por la libertad prensa, por la libertad de cultos, el derecho irrestricto del sufragio, las garantías individuales, como el mismo Alfaro, amigo de Montalvo, a quien le dijera en momentos de alternativa de gastos financieros: "La libertad está antes que la literatura". Pero la condenación del libro inmoral que han producido los últimos veinte años", al decir del escritor español García Ramón, visto como un 'atentado contra la civilización" por prensa europea de la época, desconcierta al Cervantes de América.
Montalvo termina su "Mercurial Eclesiástica" con estas resonadoras palabras: "Cuando un pueblo llega a estos extremos, se halla en vísperas, ó de su ruina completa. ó de su salvación. Estas son crisis de las naciones: ó se pierden en la conquista, ó dan el salto que las pone al otro lado del precipicio, donde están la libertad y la cultura".
El ostracismo coloca a Montalvo, muchas veces, en los sentimientos de la soledad y la tristeza. Estos males son "enfermedad horrible" advierte. "Solo el que ha padecido este mal puede saber lo que ello es" . Por ello exclama quejumbroso: "Al diablo sea ofrecido el fruto que uno saca de tanto estudiar, tanto escribir, tanto exponerse, tanto padecer, tanto gemir por las desgracias comunes"..." Hasta ahora nada he

podido en este pueblo después de doce años de brega constante".
No, por **fortuna, este no** ha sido el resultado final. El pensamiento de Montalvo ha calado en las luchas por la vigencia de los principios que deben regir en una vida plenamente democrática y en la concreción de muchas conquistas que nutren la ideología del Ecuador actual. Montalvo está condenado a ser un escritor, más admirado que leído – dice Blanco Fombona, y agrega que para gustar su prosa se necesita iniciación, por lo que no ha sido ni será un escritor popular.
Compartiendo esta reflexión, la Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas se complace en presentar esta obra de Galo René Pérez, que en tercera edición sale al público, como un homenaje a la Casa de Montalvo que cumple 75 años de denodados esfuerzos para que el pensamiento, la obra y la vida ejemplar de este hispanoamericano-trascendente sea carne de los ideales de la juventud.
Montalvo, el inmortal, está purificado. forma parte de la constelación de hombres que dan fuerza y orgullo a esta nación. "Los venideros no me tendrán por delincuente; la tumba es un crisol maravilloso ella me purificará, y aunque no viva en el mundo viviré en el cielo".
Montalvo seguirá viviendo en este mundo y no solamente en el cielo, en la medida en que lo honremos leyéndolo. Este prefacio es una pretendida síntesis que aspira a que el interés del lector siga a las páginas de este libro escrito por Galo René Pérez, en forma interesante y amena, sobre un escritor que vive ahora, una gloria permanente y sin borrascas.
Juan Leoro Almeida
Presidente (e) de la Comisión Nacional
Permanente de Conmemoraciones Cívicas.

Índice

al que llamé José Gonzales a Jesus hijo legitimo del Sr. Avelino San... Sª Dolores Villanueva, fue su...

M.º Tinajero

Manuel Rudecindo [redacted] Cruz.

En primero de Marzo de mil ochocientos treinta y do... Padre Fr. Domingo Mar. a Benitez Solemnem.te a Manuel Rude... hijo esposito en casa ... que su Padrino el Sr. ... Legorburo a quien adverti su oblig.n Doy fee—

Fr. Domingo de Mon...

Juan de Dios Modesto Alarcon

En diez de Marzo de mil ochocientos treinta y dos años: D... Ex Pariquia el Presbitero Jeronimo de Velasco Bautizo Solemnem.te ... de Dios Modesto hijo natural de la Ca. Carmen Alarcon ... fue su Padrino el Teniente de Lanceros D. Florencio Avila quien ... su oblig.n Doy fee.

M.º Tinajero

Vicente Modesto Mena

En cinco de Abril de mil ochocientos treinta y dos años: ... Fr. Domingo Benitez Bautizo Solemnem.te a Vicente Modesto ... legitimo del C.º Joaquin Mena y la C.ª Trinidad Cabrera, fue ... drina la Sª. Rosa Mena a quien adverti su oblig.n Doy fee—

Fr. Mar.ª Domingo Benitez

Juan Maria Moncalbo

En trece de Abril de mil ochocientos treinta y dos años. El ... Fr. Domingo Benitez Bautizo Solemnem.te a Juan Maria hijo ... mo del C.º Marcos Moncalbo y la C.ª Josefa Bellos, fue ... Padrino el Sr. Fran.co Pitas a quien adverti su oblig.n Doy f...

Fr. Mar.ª Domingo Benitez

Dolores Cobo

En diez y ocho de Abril de mil ochocientos treinta y dos ... El Padre Fray Domingo Benitez Bautizo Solemnem.te a ... res hija legitima del C.º Mariano Cobo, y de la C.ª Carmen ... driga. fue su Madrina la C.ª Antonia Cerilla aq.n le ... tio la obligacion, y parentesco espiritual Doy fee

Fr. Mar.ª Domingo Benitez

Partida de nacimiento de Juan Montalvo

CAPITULO I

El bautizo en un día de abril

Esta es la Iglesia Matriz de Ambato, en una mañana del siglo diecinueve. La mano envejecida del sacristán ha ido alumbrando la capilla mayor con las mechas de unas pocas lámparas y las llamas azules de los cirios. Pero el ambiente de penumbra melancólica, que habitualmente se extiende por todos los rincones, no ha conseguido ser abatido entre los humildes conatos de esa luz precaria. Hacia el fondo destellan apenas las bordaduras de los mantos del altar. Y hasta allá se ve que llegan las pocas personas que han sido invitadas a la ceremonia. Sus pasos procuran no despertar sino un leve rumor en los tablones recios y opacos de la nave. Sobre los cuales, antes de seguir adelante, cada uno de aquellos fieles se hinca de rodillas, para santiguarse con espontáneo ánimo piadoso.

Hay cerca del altar una muchacha en actitud de espera, con su hermano ternezuelo en brazos. La madre se ha quedado en casa, por los cuidados del alumbramiento. Sus familiares la han dejado recostada en una mecedora de mimbre, tras haberla ayudado a acicalarse dignamente para recibir a las personas de afuera. Ella ha pedido su collar de perlas, reservado para ocasiones como ésta. Los rasgos de su aparente fragilidad acaso se han acentuado. Porque es evidente que el rigor de las labores y preocupaciones, y de los sacrificios que impone una fecundidad maternal extremada —el que ahora ha mandado a la ceremonia bautismal es el noveno de sus descendientes—, se refleja en la palidez y prematuro ajamiento de su cara, en los desganos de su silencio, en su sonrisa fatigada y triste. El lugar de ella en el acto religioso que va a cumplirse lo ha cedido a la mayor de sus hijas, que es una niña todavía. Y, precisamente en este mismo momento, se ve que la rodean ya, aguardando también)a salida del párroco, el padre y el padrino de ese recién nacido. Son dos hombres relativamente maduros, de traje oscuro y sombrero en la mano. Ambos muestran una contexto-

ra fuerte y bien proporcionada. La fisonomía del primero no disimula su carácter altivo y adusto. Está en los cuarenta y seis años, que naturalmente rebosan en salud. El otro, de semblante más bien comunicativo, y de treinta y nueve de edad , es un amigo del hogar, pero sobre todo ha acompañado a aquel en sus repetidos alardes de bravura. tanto en lo personal como en lo político. Uds. dos saben cuántas veces han tenido que arriesgar el pellejo en las heroicidades de las luchas emancipadoras del país; o en sus trabajos ordinarios en medio de una época todavía acre e incierta; o en la testarudez, en fin, de su arrogante autonomía individual. Los nombres de ellos —Marcos Montalvo y Francisco Flor— han circulado por eso en el comentario insistente de los vecinos de Ambato.

Llega por fin la hora prevista, y desde atrás de la capilla, un par de botines oscuros, de suela espesa, comienzan a marcar los pasos lentos del cura hacia el altar. A su lado, aunQue un poco atrás, se ve avanzar al viejo acólito, con las rodillas de su pantalón abombadas por las prácticas devotas. Trae éste una vela encendida ylosaparejosqueseusan en los bautizos. Transcurren unos minutos antes de que el fraile haga escuchar su plática sobre el efecto purificador de ese sacramento y las obligaciones que contraen los padres y el padrino. Y después únicamente resuena el acento nítido e inconfundible de la fe, en las oraciones que se suceden a través de la voz solitaria del fraile y del rumor doliente, de desahogo místico, del grupo. Marcos Montalvo, sus hijos numerosos y un par de domésticas son acaso los que rezan entonces con más concentrado fervor. Don Marcos es, ciertamente, un hombre en cuya personalidad han proyectado ya su influjo las ideas liberales que han ido extendiéndose por buena parte del país, pero su disposición católica, y la fuerte sinceridad de su credo, han sabido mantenerse, no obstante, inalterables. Igual ocurrirá con su descendencia. Inclusive, con la criatura que han conducido este momento hasta la pila bautismal. Cumplida la ceremonia, entre los agudos berridos de impaciencia y protesta del nuevo cristiano, el sacerdote cree necesario invitar a los Montalvo a la sacristía, en donde, tomando un libro de hojas amarillentas, y apoyándolo sobre una mesa de repulida madera, escribe la constancia siguiente:

En trece de Abril de mil Ochocientos Treinta y dos años. El Padre Fray. Domingo Benices Bautisó solemnemente. a Juan Maria hijo legítimo del °. Marcos Montalvo y de la C. Josefa Fiallos, fue su Padrino el Sr. Fran°’. Flor a quien advierto su obligación. Doy
fee.
Fr. Mar°. Domingo Benites.’
libro de la iglesia de Ambato de los años 1821 a 1834

Quedaba así bautizado Juan Montalvo, espíritu adherido como pocos a la idealidad de la fe cristiana, pero abominado, combatido y vituperado, paradójicamente, por el clero y las milicias conservadoras de su país. En todo ello alcanzaremos a ver, a su tiempo, la consecuencia de una porfiada distorsión del pensamiento montalvino sobre asuntos de la religión y el sacerdocio. Y tendremos, por lo mismo, que ir probando esta perversión del juicio en forma suficiente.
Bien, en lo que toca a este instante, el rito se ha cumplido ya. con la unción que es propia de creyentes ardorosos, dentro de la intimidad familiar. De modo que después de pocos minutos la capilla ha vuelto a mostrarse con su atmósfera de siempre, opaca, vacía y silenciosa. Afuera, en cambio, las imágenes y los rumores imprimen una sensación distinta. El cielo de la mañana se hace así contemplar totalmente límpido, con su azul sin tasa y el fogueo de un sol alegremente belicoso. A corta distancia del templo, sólo la calle de por medio, se advierte que la casa de Marcos Montalvo tiene abierta su puerta principal. Esa casa, levantada en una esquina de la plaza mayor de la villa, es como casi todas, de una sola planta. Con ventanas cuadrilongas casi a la altura de la vista, en los dos lados de la fachada. Con techo de tejas y alero. Con muros voluminosos de adobe, cuidadosamente blanqueados. Con patio en el que se conciertan graciosamente las hileras de las lajas y las piedras de río, y en cuyo contorno se adornan de flores los barandales de sus corredores. Con habitaciones espaciosas, en donde el arreglo y la limpieza comunican dignidad a su modestia. Con una corraliza vecina, en la que se alivian de sus trajines los caballos y bestias de carga del jefe de familia —aquel cejijunto don Marcos—, que acostumbra trotar con su recua a través de las soledades camperas, para un mercadeo ambulante de ponchos y de mantas en pueblos de la sierra y de la costa.
Las hojas de la pequeña puerta de esa su casa han permanecido esta vez abiertas, para dar paso al grupo que estuvo en la iglesia, en que cuentan más los parientes que los amigos. Poco antes callados y reverentes, ahora se animan de incitadora locuacidad. Se habla de los antiguos amores de don Marcos por la guitarra y las coplas. Cosa pasada. De los días de juventud. Los años nos cambian tanto. Y más en su caso, por las durezas de su vagabundeo de comerciante. Se encarecen, con unanimidad de criterio, las excelencias del Padre Mariano Domingo Benites, catedrático amante de la teología y la filosofía, con un apostolado de servicio social en Quito, Pasto y Pelileo, y en cuya interinidad de cura en Ambato, de 1830 a 1832, le ha tocado justamente —cosas de predestinación— realizar este bautizo. Se refieren también anécdotas del coronel Francisco Flor. En su recuento

alternan la admiración y el regocijo. Qué gran especie de hombre la de este padrino de Juan, el niño que se acaba de cristianar. Durante más de dos décadas —desde los dieciséis años— había andado tropezando con la muerte, metido entre los revolucionarios, seres tenaces que entre lágrimas y agonías hicieron ondear un día el tricolor luminoso de la nueva nación emancipada. En mayo de 1822 había combatido en Pichincha, bajo el mando de Sucre. Y cuando el pueblo, ya al fin soberano, aprendió a conmemorar anualmente su gran victoria, o cuando realizaba sus festejos tradicionales, ruidosos y coloridos, para sacudirse pasajeramente de su reposada existencia provinciana, el coronel Flor se gozaba con el reparto generoso de sumas de dinero, de centenares de pipas de vino español y de aguardiente, y de potros, asémilas y vacunos. No faltaban entre sus regalos para las fiestas algunos novillos de tienta, que tenían que ser lidiados en las corridas populares, entre los tablados bulliciosos erguidos en redor de la plaza de la villa. Ahí encontraba ocasión la juventud lugareña —especialmente el peonaje de las haciendas—, bajo el estímulo del licor y de los aires de la música nativa, para dar pruebas de su arrojo varonil. Y, en más de una vez, esa jactancia de valor terminaba en un revolcón mortal o en la agonía espectacular de algún chagra infeliz, alzado por la panza entre las astas del toro.
Aquel coronel Francisco Flor agasajó a sus conterráneos y proveyó de pólvora a las revueltas emancipadoras mientras le fue posible. Porque llegó el momento en que su magnificencia le despeñó en la ruina, enredándole en juicios de dinero aun con sus parientes y amigos. Su ahijado de este 13 de abril, por quien se ha reunido con la parentela y las amistades de los Montalvo en la clara y espaciosa casa de ellos, había nacido, y a nadie se le ocurrió vaticinarlo ni en broma siquiera en medio del entusiasmo de las conversaciones, para un destino impar. Sobre todo en el ámbito de las creaciones literarias. En el campo de abnegaciones y esfuerzos callados del escritor verdadero. Su nombre se levantaría, con el concurso de los años, sobre muchos nombres. Sobre numerosos nombres de intelectuales de su país, de América, y de todos los pueblos en que se habla castellano. Hasta el extremo de que no mencionarlo —no invocar el nombre insustituible de Juan Montalvo— cuando se hace memoria de las letras de las naciones hispánicas, llegaría a ser muestra infamar de ignorancia o de intencionada estrechez de juicio.
Transcurridas algunas décadas—. exactamente algo más de tres—, y cuando ese diminuto nuevo cristiano al que apadrinó el coronel Francisco Flor se había convertido ya, casi de pronto, en escritor inconfundible, se le pudo advertir la capacidad de observador minucioso de aquellas imáge-

nes de su pueblo. En efecto, al hacer referencia a las páginas con que él desolló, algo tarde, aun tirano ya derribado, supo dejar una impresión fiel del coraje sin medida ni sentido de alguno de esos rudos paisanos suyos a quienes no espantaba ni el relámpago de la muerte, en la embestida de los toros de lidia que solía obsequiar su padrino. Es la que sigue:
Corríanse toros en la plaza del lugar en donde vivo: un buen hombre se dejaba estar sentado en la puerta de la iglesia ostentando una intrepidez que en breve iba a costarle caro: venia la fiera; todos huían menos él, y aun se propasaba a provocarla, sin contar con salida ni refugio, sin ponerse siquiera en pie para ver de sacarle un lance. En una de éstas vino el loro, le estrelló contra la pared y le destapé la cara. Este era el valor que han querido manifestásemos los patriotas contra García Moreno, cuando hemos estado viendo tantas cabezas y caras destapadas."2

CAPITULO II

La vertiente familiar

El abuelo: ése es el hombre en quien hay que fijar los ojos. De él procedieron —secretos inexhaustos de la herencia— algunos de los rasgos temperamentales de los Montalvo. Excelencias y extravagancias, predilecciones y tedios, revelados en la personalidad de su descendencia múltiple, venían a ser la resonancia de su propio carácter. Aquel vertedero atávico ayuda por eso a explicar algunos hábitos y reacciones del escritor, y aun ciertas peculiaridades de su lejana composición racial.

No era nativo de aquí ese antecesor de Juan Montalvo. Había llegado del viejo mundo. Con quince o dieciséis años de edad apenas, casi un niño, parece que consiguió arrancarse a la vigilancia un tanto bronca de sus progenitores. Debió de haber estado, previamente, en tratos con gente de mar y dos o tres aventureros como él, y en una madrugada cualquiera, en que el azul infinito de su región de Andalucía simulaba quizás engreírse con toda la opulencia metálica de sus astros, se habrá dejado ver en la cubierta de un barco de emigrantes, haciendo rumbo a América.

Por entonces, postrimerías de nuestro período colonial, se creía en España que acá, en esta ribera ignota del océano, no se había aún extinguido el manantial de la fortuna y el poder, que tan ahincadamente codiciaban sus soñadores y vagabundos. Se tenía entendido que era fácil volver con mucho oro de América al hogar humilde que un día se había abandonado entre el desconsuelo y los hipos del llanto familiar, Oque, juntando bienes e influjo, se podía levantar morada rica y definitiva, bulliciosa de hijos, aquí mismo, en cualquiera de nuestros pueblos.

José Santos Montalvo, que ése era el nombre del adolescente andaluz que se descolgó azarosamente, sin certeza de nada sobre su destino, hacia este costado del mundo, desembarcó primero en algún puerto centroamericano. Ni un rostro conocido, ni un pañuelo que aleteara en la es-

pera, nada para el desolado muchacho. El puñado de monedas que había traído en su anémico bolsillo, y que recontaba y gastaba una por una, le sirvió para los primeros días. Felízmente no demoró en hallar a quienes le pagaran por la prestación ocasional de su ayuda en más de un trabajo:
era de constitución saludable, hábil y talentoso, y allá en su Granada nativa había aprobado la escuela. Así se vio de pronto enganchado en un grupo de cascarilleros o buscadores de quina, corteza entonces rara que los mercados de Europa demandaban por sus maravillosas propiedades medicinales. Hacía itinerarios difíciles, por trochas improvisadas en los flancos de la cordillera o en la espesura de las florestas orientales. Se estuvo laborando así durante varios años, en territorios de Panamá, Venezuela y Colombia. Hasta que, poseedor de regulares ahorros, decidió venir a nuestro país. Aquí trajinó, una y otra vez, a lo largo de las sierras, ya como cascarillero, ya tentando vado en el comercio. Al fin desembocó en la venta ambulante de tejidos. Liaba sus bultos sobre los lomos de una tropilla de mulas, que iba arreando por esos desolados caminos entre interjecciones recias, golpes de acial y silbos sonoros. Polvo, sudor, coraje, igual que sus antepasados los conquistadores hispanos, aquel hombre —don José Santos Montalvo—iba rumbeando sin quebrantos ni fatigas por la hosquedad solitaria de nuestros Andes.
En cierto día, en uno de esos rutinarios vagabundeos, se detuvo en el poblado sureño de Guano. Que en aquellos años era un aldeorro sin mucha gente, aunque industrioso y activo. Lo convirtió entonces en centro del que se proveía de especies para sus ventas. Era por eso natural que se le viera en dicho lugar con alguna frecuencia, realizando tratos comerciales. Y que precisamente llegara a hacer amistad con Fortunato Oviedo y su mujer Asunción Avendaño, fabricantes de bayetas que le ofrecieron hospedaje y cuyo viejo ancestro, de un siglo atrás, era también español:
procedían ambos, en efecto, de una de las generaciones del grupo de tejedores que se avecindó en Guano, tras haber sido traído de España ala Audiencia de Quito por el duque Fernando de Uceda, y habían adquirido hábitos de trabajo que les permitieron vivir del dinero de su industria tenaz. En los días mismos de las visitas de José Santos Montalvo, esos talleres los hicieron pasar en herencia a sus dos hijos: Bartolomé y Jacinta Oviedo Avendaño. Jacinta. nacida en 1758. apenas contaba catorce años de edad. El mercader peregrino —don José Santos— Caba en los veinticinco, pues que él era del 47. Pero eso no estorbó al rápido desarrollo de unos coloquios sentimentales que, previo arreglo con el resto de la parentela, desembocaron en ceremonia nupcial celebrada ante el cura del lugar. Ahora, en el Libro de Matrimonios de 1772, de la Iglesia Matriz de Guano, se pue-

de leer la constancia siguiente:
Partida matrimonial: Joseph y Jasinta.- En diez y ocho de Mayo de mil setecientos setenta y dos años casé y velé según el Orden de Nstra. Sta. Mdrc. Iglesia a Dn Joseph Santos Montalvo y Dna Jasinta Donicia de Oviedo. Fueron sus padrinos Dn Bartolomé de Oviedo y Dna Thomasa de Segura de que doy fe.- Fr. Xavier Ramos.
José Santos Montalvo, aquerenciado cada vez más en su cobijo familiar (casa baja de teja, de rústica apariencia), fue apartándose paulatinamente de su nomadismo de vendedor a la jineta: de sus correrías de exhibidor ambulante de ponchos y bayetas. La prole, además, se le fue multiplicando incesantemente. A dieciséis llegó el número de sus hijos, lodos de Guano, entre los que se contaron apenas dos mujeres. Esta es su lista, en orden de mayor a menor: Alejandro, Enrique, José Antonio, Andrés, Nicolás, Javier Avelino, José Manuel Vicente, Marcos (25 de abril de 1786), Petrona, Teresa, Antonio, Benito, José Leandro, Gerónimo, José Manuel y Javier. El trabajo, las rudezas y riesgos de sus trotes interminables, la casi ninguna frecuentación social y las penurias soportadas en su ya antigua experiencia americana le habían rodeado —eso era evidente— de un aire poco afable, quizás altanero. Que coincidía bien con su figura descarnada y la habitual agriedad de su gesto. No obstante, en aquel rinconcito fabril de la provincia del Chimborazo, que hasta hoy conserva su fama en la producción de mantas y alfombras, jamás le faltaron la hospitalidad ni el respeto de los guaneños. Por eso, acompañado de su propia mujer, estableció tienda de tejidos en la plaza del poblado. Las gentes que le veían desenvolverse en aquel oficio, a cualquier hora del día, hallaban tema para sus comentarios: de reparo unos, chispeantes o admirativos otros. Hasta el límite aparentemente inimaginable de que uno de los biógrafos de Juan Montalvo, esto es del nieto de don José Santos, pudo recoger, corridos ya ciento cincuenta años, la anécdota siguiente:
Una vez la marquesa de Solanda (esposa del mariscal Antonio José de Sucre), de tránsito a sus haciendas, entró para comprarle unos artículos. Ninguno le gustó e iba poniendo, fastidiosamente, muestras sobre muestras, con el ademán autoritario, naturalmente, de la gran señora sobre el triste vendedor de bayetas. Colérico, al fin, el viejo José Santos- Montalvo, arrojó despectivamente sobre el mostrador la última pieza y dijo que ya no tenía más que eso, de precio terminante. Ah, señor comerciante
—le dijo la marquesa, ofendida por la actitud poco servicial—, ¿y el precio de ese orgullo? —“Ese orgullo, señora, no se vende”, respondióle, dando en seguida la “espaldas a la aristócrata para atender otro cliente.”
Y bien, aquel roble humano, patriarca de los Montalvo, entre los que difícilmente se hallarán pelagallos de aldea, pues que algunos, por el con-
9 Oscar Efrén Reyes. Vida de Juan Montalvo Quito Edición del Grupo América 1953

trario. alcanzaron una notoriedad sólidamente justificada, también tuvo que derrumbarse. Murió en 1825, a los setenta y ocho años de edad, víctima de una pulmonía. Le sobrevivió largamente su mujer, doña Jacinta, que existió hasta 1869. y que fue asimismo una persona poco común, de atributos perpetuados por lo mejor de su descendencia, en la que sobre todo hay que tener en cuenta a nuestro escritor. Una nieta de ella ha dejado el testimonio siguiente, a través del cronista guaneño doctor César León Hidalgo:

Conocí a mama Chachi, era una anciana alta, trigueña, de ojos negros y cabellos blancos: su tertulia amena, manifestaba ilustración y gran memoria cuando relacionaba pasajes de la independencia; era muy caritativa; en su casa encontraba el menesteroso las manos llenas de doña Jacinta, que repartía con largueza la abundancia de sus trojes. Murió la señora a los ciento once años, agobiada por el peso de su avanzada edad.4

En lo que toca a la prole numerosa de José Santos Montalvo y Jacinta Oviedo, necesito aclarar que una persona es la que aquí interesa, porque imprimió huella en la historia de nuestro país a través de sus hijos: Marcos Montalvo. Las demás ramas familiares de aquel viejo inmigrante hispano fueron desapareciendo sin dejar el mismo rastro excepcional. Aunque en su tiempo ellas consiguieron también mostrar el destello de varias de las excelencias transmitidas por los progenitores. Para probarlo hay dos cartas de Juan Montalvo, escritas en los años en que éste saboreaba ya las venturas y desventuras de su celebridad literaria. La una, de 7 de junio de 1879, dirigida seguramente desde Ambato o Baños, pero que no lleva indicación del lugar de procedencia, tal vez por los azares del ocultamiento que se había impuesto su autor, tenía como destinatario a un pariente de él que seguía afincado en el pueblo de Guano. Y que se llamaba con sus mismos nombres. Hallábase Montalvo en vísperas de su último destierro, que lo pasó en París, y al que se vio compelido por la persecución política con que le había acorralado un caudillejo militar de alfabeto escaso y gran carga de vicios: el general Ignacio de Veintemilla. Fue entonces cuando aquel sincero pariente guaneño, que quizás desde su oscuro rincón se sintió fascinado por los trazos eficaces y heroicos de la pluma montalvina, se atrevió a ofrecerle hospitalidad y protección en la tierra adoptiva del viejo abuelo. Quién podrá decir qué secretos del ancestro palpitaban en la nobleza de ese gesto. Los términos de la epístola de nuestro escritor son éstos:

4 **Revista *del Centro Nacional de investigaciones Genealógicas* y *Antropoló*gicas. Quito. Nº *4*,** (Marzo-julio de 1982)

7 de junio de 1879
Señor Juan Montalvo
MI querido don Juan
Recibí su carta de la semana pasada, pero no se la pude contestar porque llegó a mis manos tarde. Su oferta es cosa agradable para mí; pero lo que es ahora no me lo creo obligado a salir de aquí, porque hay calma en a persecución. Debía yo salir et 15 del presente; la guerra con que amenaza Colombia al Ecuador me ha contenido; pues hay a la fecha 2.000 granadinos en la frontera.
Probable es que vengan nuevas órdenes contra mí, y que la persecución se enardezca: en este caso aceptare el asilo que Ud. - me ofrece, dándole avisos oportunamente
Hágame el favor de saludar a mi señora Rosa y las señoritas, aun que en su carta no halle memorias de ninguna de ellas.
Reciba Ud .querido amigo y pariente la más cordial salutación de su estimador servidor.
Juan Montalvo
La otra carta la fechó en París el 29 de noviembre de 1882, y estuvo dirigida a Rosaura Montalvo Hidalgo, sobrina segunda suya, e hija precisamente de aquel su tocayo, dueño de hacienda. Con ella, sus hermanos y sus padres las relaciones habían sido cercanas. Parece que se visitaban. Que pasaron juntos en algunas temporadas. durante la infancia y la adolescencia. *Y* no hay añoranzas más tiernas y suspiradas que las de esos años. Sensual, gustador insofocable de los atractivos de la mujer, en cuya complacencia febril estuvo asistido de una imaginación apasionada, guardaba el escritor con estremecimiento íntimo el recuerdo de la belleza de Rosita y de sus hermanas, y de otra muchacha del lugar, que se ha quedado envuelta en la penumbra de las simples referencias —Estela——, con quien vivió, sin embargo, algún amorío de pocos días entre las soledades y los aromas de la huerta frutal de esa hacienda ele Guano. Como era su hábito. había él pensado evocar a Estela, acaso transfigurada por los gozos de su refinamiento estético, en las páginas de los *Siete tratados,* y su sobrina Rosaura se hallaba impaciente por comprobarlo, por ver a la compañera perennizada mediante el soplo de la literatura montalvina.
Esta es la carta:
París, noviembre 29 de 1882
Mi querida Rosaura.
Siempre he pensado en ti, pero nunca he esperado carla tuya. ¿Conque te acuerdas de mí, guaneña hermosa? Si eres mi prima, sí eres mi tía, no sé, sólo sé que eres mi amiga, porque mereces mi estima y mi cariño; y quieran los ciclos que nunca los vengas a perder.
No será por el parentesco con nosotros por lo que tanto les visitan a ustedes en Quito. según dices: será por los méritos mismos de ustedes - Pero ya que te lamas Montalvo.
Roberto D. Agramonte Montalvo en su epistolario Edit. De la Universidad de Puerto Rico 1982. *pag* 155

chiquilla, mira como no vengas a deslustrar este nombre. Cásate, y cásate bien; que harto hay en ti con que hagas la dicha del más pintado.
Los *Siete tratados* no pueden ir todavía: muchos tropiezos he tenido en la imprenta. y creo que el retardo será largo. El nombre queme recuerdas no lo hallarás en ellos; pero tendrá el puesto que merece en otra parte. Estela, mi bella, mi pobre Estela; tú que la conoces, ¿dime si no tengo razón para quererla? Si alguna vez la ves, cuando vayas a tomar duraznos, dile que no me olvide; pues al fin y al cabo he de volver.
Primero a tus padres, después a tus hermanos, más de mil abrazos. Dolores debe estar buena para princesa, y Zoila para reina; y tú para ángeles y serafines. No me olvides a julia; y todas juntas, adiós.
Juan6
Hay noticia de que la bella Rosaura, de rostro noble y ojos bastante atractivos, murió trágicamente entre 1893 y 1894; la aplastaron las vigas del soberado de la hacienda paterna. Había pasado apenas los treinta años de edad.
Por fin, he de insistir en que de esa lista de vástagos del patriarca andaluz don José Santos el que interesa aquí es Marcos Montalvo. Era guaneño como sus hermanos. Esta es su partida bautismal:
En esta Iglesia de Ntra. Señora de la Asunción de Guano, en veinte y cinco de Abril de mil setecientos ochenta y seis años. Bauticé, puse óleo y crisma solamente a Marcos, hijo legítimo de D° Jose Santos Montalvo y de D Jasinta Obiedo, fue su Madrina D Lisarda Seballos, aq” le advertí el parentesco que contrajo y su obligación, deque doy fee. (f) Dr Sebastián lg° Lopº Moncayo.7
Era blanco, fuerte, muy bien parecido. Había heredado el temple de su padre. Su estoicismo. Su valor. Su energía para el trabajo. Sus costumbres severas. Su fortaleza moral. Aprobó la escuela en el villorrio chimboracense de su nacimiento, con maestros franciscanos que acentuaron la disposición católica que le habían comunicado en el hogar. Y poco después se entregó a los servicios que don José Santos le demandaba, en el acarreo de mercancías, en la atención en el almacén, en los mandados rutinarios de la familia. Era diligente y alegre. Tenía una mente despejada, que bajo otras condiciones hubiera sobresalido con aptitudes excepcionales. Pero lo bueno fue que ese tesoro oculto pasó a depositarse, para tomar forma activa, en el alma de sus hijos. La alegría con que se manejaba con todos, y que en la plenitud de la mocedad le llevó a pulsar la guitarra y a entonar coplas populares en el ruedo encontradizo de sus amigos, fue desde luego deteriorándose, hasta no ser sino un recuerdo amable en los años posteriores. El rigor de los oficios lo fue cambiando todo. Era sólo un adolescente cuando sabía ya bañar a los caballos de don José Santos. Los ensillaba sin

6 ibid. págs. 192 y ‘93.
7 Archivo de la Matriz de Guano. tomo IV de bautizos, folio 46.

esfuerzo. Conocía cómo ajustarles la cincha y hacerles tascare' freno. Se disputaba con sus hermanos el jinetearlos. E igualmente se afanaba con ellos en ayudar al padre a cargar y descargar el lomo de sus bestias, mientras éste no había renunciado aún a comerciar lejos de Guano. Fue de aquel modo que, en parte por absorción de los hábitos, y en parte por inclinación heredada al nomadismo y la aventura, ese vástago de don José Santos prolongó su género de negocios ambulantes, al trote esforzado de las mulas por entre las polvaredas y los barrizales de los senderos serranós. Unas veces le sorprendía la noche en lo más desolado de la puna, sintiendo el silbido del viento huracanado en medio de los pajonales. Procuraba avanzar, entonces, hasta el tambo menos distante, para dar reposo a su caballería y su recua, y saborear el caldo de gallina y las papas humeantes que se ofrecían a los viajeros en mesa de tablas pobres y toscas, bajo la luz agónica de candiles o de velas. Le era preciso en tales casos pagar también al hospedero por un colchón de paja en el cual entre dormirse hasta la hora del resplandor, de frío cuchillo, de la madrugada. Otras veces, alcanzaba a llegar antes de la anochecida a los poblados donde ejercía sus ventas de vagabundo. ***Y*** entonces ya no tenía como albergue sólo una tapera entre la soledad de los caminos, sino la habitación de una pesada relativamente acogedora en su rustiquez, y aun, por excepción, el cuarto de huéspedes de alguna de las familias lugareñas. Es probable que en una de estas oportunidades especiales, y gracias a los tratos de su trabajo, se alojara en la propiedad de doña Isabel Villacreses de Fiallos, en Quinchicoto, cerca de Ambato. Vino a repetirse así, en cierto modo, la historia de su progenitor don José Santos. En efecto, a través de sus romerías de mercader había llegado a encontrar cuando menos lo esperaba a la mujer con la que, tras breve tiempo, se unió conyugalmente. Para multiplicar su descendencia en forma asimismo fecunda. María Josefa Fiallos y Villacreses, la moza de sus impresentidos amores, era —--igual que en el caso de Jacinta Oviedo— de apenas catorce años. Sus rasgos eran sin duda atractivos. Pero la atmósfera de aislamiento, los usos pueblerinos, las prácticas de profunda devoción católica de sus padres ——gentes entregadas casi sólo a cuidar sus tierras de labor—, y la edad misma de ella, la habían hecho escurridiza y de modales notoriamente tímidos. Era más bien pequeña y de tez rubicunda. Callada y activa. Suave con todos. Amiga de la limpieza y el orden.

La vertiente familiar de los Montalvo, que saltó desde Andalucía, pasaba pues de una ceja de los Andes —la villa de Guano— a esta otra ceja, un tanto hosca y solitaria, de la aldea cordillerana de Ouinchicoto. Para quien la ve ahora, sigue siendo ella, no obstante las casi dos centurias que

han corrido, el asiento melancólico de un puñado de familias campesinas. la circuyen unos cuantos lomazos de tierra negra y fértil, cubiertos de papales en flor y de hortalizas. Las calles que convergen en la vasta plaza principal, en que se levanta su iglesia humilde, suelen todavía mostrarse intraficables y fangosas con el golpe testarudo de las lluvias. La elevación tísica del poblado permite divisar al frente, en un extenso confín azulado, las quiebras y ondulaciones de los cerros orientales. Por lo demás, todo dentro de la aldea sigue acaso igual: las casas se dibujan, tanto en la plaza como en sus costados, con un mismo semblante de añejez taciturna: con sus tejas ennegrecidas, con sus muros de adobe desconchados, con sus dinteles de viga ruinosa, con sus tiendas y talleres de aire recluido, con sus barandas de madera en los balcones, en las pocas viviendas de dos pisos. Hay pues una huella de estilo hispano en el ambiente. Algunos apellidos españoles también persisten entre los actuales moradores: Fiallos —quién sabe si brote olvidado y lejano de las ramas ancestrales del escritor—, Carrera. Ortiz y Sánchez. Algunas de las mujeres con que escasamente se puede topar ahora son de estatura baja, y visten pañolón y sombrero de tono oscuro. Procuran mostrarse afables a pesar de su cortedad natural. tienen, unas pocas, la piel blanca y los ojos claros. Quizás así debió de haber sido también el breve mundo agreste que, a comienzos del siglo pasado, percibió Marcos Montalvo en Ouinchicoto, donde no demoró en requerir por esposa a Josefa Fiallos. La ceremonia matrimonial se cumplió en la Iglesia Matriz de Ambato, el 20 de enero de 1811. Hay errores en el registro de los contrayentes, pues que se omite el primer apellido de doña Josefa, y se escribe mal su apellido materno. Esta es la partida:

En Veinte de Enero de mil ochocientos once el Case y Vele según orden de nuestra
Sta Madre Iglesia a Mareos Montalvo con Josefa Villacrés y fue su Padrino Nicolás
Montalvo y Isabel Villacrés. Doy (ce. Romero.

Demasiado triste, frío y soledoso ese lugarejo de Quinchicoto, quizás no sedujo mucho a don Marcos. El, además, no era para labriego. Siempre anduvo imantado por el comercio. El cabalgar atrás de sus arrias con bultos de mercancías, por entre hondonadas, páramos y riscos, era al parecer su manía. Arriero fue, ésa es la palabra. Arriero como don Santos, su padre. Por manera que el más notable de nuestros escritores descendía de arrieros que iban barajando pequeñas poblaciones para su negocio. Esta particularidad le asemeja a otra figura hispanoamericana de grandeza indiscutible: el genial argentino Domingo Faustino Sarmiento. Recuérdese, en efecto, que para dar subsistencia a los suyos el progenitor de Sarmiento, don José Clemente, trotaba por los secanos del norte de su país empujando sus mulas, arreándolas hacia lugares en donde vender las mantas y los pon-

chos que había fabricado en un tosco telar de madera su infatigable esposa, doña Paula Albarracín. En el mismo siglo, con poco tiempo de diferencia (el ensayista de la Argentina había nacido veintiún años antes que el nuestro), en las casas paternas de los dos se vivía pues un drama muy parecido. Sus ascendientes luchaban por el esquivo pan familiar haciendo un comercio nómada de muleros. No fue ése, desde luego, el único elemento de similitud entre los dos titanes de las literaturas y de las luchas políticas de nuestras naciones en la centuria decimonénica. Como iremos demostrándolo **una** y otra vez. Obsérvese, por lo pronto, que tanto el uno como el
-otro —Domingo Faustino Sarmiento y Juan Montalvo—- hallaron un estímulo ***eficaz*** en la porfía patriótica de sus padres. El del primero estuvo enzarzado en las contiendas de la fundación de la república argentina. Su oficio humilde no le impidió mantener un verdadero delirio por la suerte del país que se emancipaba. El hogar de los Sarmientos fue por eso llamado en la ciudad de San Juan, durante mucho tiempo, según una espontánea expresión popular, el hogar de los "Madre Patrias". El padre del segundo, por su parte, anduvo entre las milicias improvisadas pero valerosas que pugnaban por desaherrojar al Ecuador de la servidumbre española. Y supo, en consonancia con esa actitud, alentar en sus hijos una disposición amorosa y llena de coraje hacia el ejercicio de la libertad. Las confabulaciones revolucionarias en que él mismo participo fueron algunas: el 12 de noviembre de 1820, según se ha asegurado, estuvo en el asalto al Cuartel Realista español de Ambato; empuñó las armas en los combates de Huachi de esa época; fue perseguido y halló refugio temporal en Guayaquil, ya independiente. En Cuenca había tratado a; gran héroe de Pichincha, mariscal Antonio José de Sucre. Y el efecto de las campañas de ese hombre, padre de Montalvo, fue el de una evidente aureola política, que le condujo a convertirse en regidor del primer cabildo ambateño.

Para entonces, por cierto, se había domiciliado ya en la ciudad de Ambato, donde Josefa Fiallos de Montalvo fue alumbrando a sus hijos, dieciséis en total: Francisco (1812), Francisco Javier (1819), María Alegría (1822), Mariano (1824), Carlos León (1825), Carlos (1826), María Rosa (1827), **Tomás (1828),** Juan María (1832), Rosa (1833), Juana Manuela (?), Isabel Adelaida (1838), Luis Rafael (1839). Más tres de nombres desconocidos. Siete de ellos muñeron en la infancia. No es aventurado conjeturar que antes de que construyeran y adecuaran confortablemente su casa de la esquina de la plaza mayor, próxima a la iglesia, don Marcos y doña Josefa, con la prole que les iba naciendo, se resignaran a pasar años duros en algunas piezas de un modesto edificio de alquiler, de dos pisos, erguido todavía, a pesar de su vetustez, en la calle que ahora se conoce con el nom-

bre de Castillo. Esto es, cerca también de la plaza: a cien metros de ella, un poco más al occidente, en donde aumenta el declive de la bajada hacia el río. Ahí parece que acostumbraban buscar albergue los mercaderes ambulantes de los pueblos de la sierra. Pero la suma de ahorros de los dos esposos —él tan laborioso y austero, ella tan ordenada y conforme— debió de haberles permitido comprar en 1826, a María López Naranjo, en cuatrocientos pesos, el solaren el que levantaron la vivienda propia, con almacén a un lado de la entrada. No todas las habitaciones se hallaban terminadas en el año en que nació ahí el escritor. Y bien, don Marcos no se sentía forastero en Ambato. Era un elemento activo de lavilla. Se había conquistado la simpatía y el respeto de muchos. Su aire personal, no obstante los ultrajes materiales del rudo oficio, era distinguido. Sus maneras no podían ser más severas y orgullosas, en unos casos, ni más corteses y remiradas en otros. Los hijos se sentían protegidos por la aureola de prestigio de aquel hombre. Por eso Juan Montalvo no se resistió a evocarlo en varias páginas de sus libros, en imágenes hermosamente idealizadas, pero fieles y elocuentes, como se demostrará con las reproducciones que vendráñ a continuación. Movido precisamente por el engreimiento y el cariño originados en la contemplación de su padre, que desde luego le redimían de inquietudes habituales sobre la mulatez que a él personalmente le atribuían sus enemigos, se había decidido a aclarar: “En mi concepto no soy zambo ni mulato. Fue mi padre inglés por la blancura, español por la gallardía de su persona física y moral” .

Los dineros conseguidos a fuerza del laboreo en la tienda de Ambato y de los abnegados trotes de negociante por el resto del país habían acrecentado la nombradía de Marcos Montalvo y el fervor de las consideraciones con que los vecinos de la ciudad se le aproximaban. Esa holgura, además, iría haciendo posible su sueño de dar una educación escrupulosa a su larga descendencia. Pocos, en efecto, habrán logrado formar tan sólida y admirablemente a sus hijos como él. Parecía que el ambiente se prestaba para sus empeños. Porque el lugar le había sido siempre amable y hospitalario. Ambato tenía en esos años de don Marcos unos doce mil habitantes. Cierto es que después de su fundación española, en el siglo 16, había sufrido el azote de dos terremotos. Otro, impresionante y devastador, lo soportó en la presente centuria (igual destino que la tierra sanjuanina de Sarmiento). Pero siempre hubo, por razones que no son solamente del corazón, una corriente de devociones y convencimientos que hizo que el pueblo ambateño se aquerenciara en su heredad, y que, consecuentemente,

De la belleza con género humano. Siete *trotados*, Bogotá. círculo de Lectores.

concentrara su coraje para las hazañas titánicas de las sucesivas reconstrucciones urbanas.
Atributos han abundado, en fin, en aquella ciudad, como para que de continuo se la lisonjeara sin falsos alardes. Yeso precisamente ha venido ocurriendo, una y otra vez, mediante el testimonio de gentes nuestras y de lejos. Algunos de sus encantos —obsérvese bien— se han conservado por cientos de años, gracias a un milagro de persistencia que va resultando ya bastante raro. Pero lo admirable, y lo conmovedor, y lo entrañable y humano es que uno de los motivos de los halagos y las añoranzas de los viajeros se ha centrado **en un** bien pequeño y cotidiano: el pan de sus tahonas humildes. Eso: su pan. Simplemente su pan. El tan pregonado pan de Ambato, de gloria ya insustituible. Este hermoso detalle, lan profundamente revelador, me induce a creer con toda la fuerza de mi fe, en medio de la algarabía desorientadora y engañosa con que se manejan las atracciones del turismo universal de nuestro tiempo, que difícilmente habrá nada que recomiende mejor la naturaleza familiar y hospitalaria de un pueblo que esta tierna sabiduría para elaborar el pan. Pero un pan apetecible, todo sabor en su migajón suave, y todo aroma y calor. La ciudad de Ambato, ella sí, ha conseguido embellecerse a través de varias memorias que están ligadas al hechizo angelical de su pan. Véasele en estos breves ejemplos. Un misionero español, Bernardo Recio, dice en *1750:* "Y en Ambato es célebre el pan que hacen en roscas y abastece a Quito. como el de Vallecas a Madrid". El viajero inglés W.B. Swvensori, secretario del Conde Ruiz de Castilla, escribe en 1808: "Entre las exquisiteces que ofrece Ambato consta su delicioso pan, sin par en el mundo, y varias clases de galletas, en especial unas llamadas *hallullas,* que se envían a Quito, Guayaquil y otras partes". 9 Y el más lúcido de los apologistas de Juan Montalvo, el ensayista uruguayo José Enrique Rodó, al trazar una imagen de la ciudad de Ambato, en 1913, afirma a su vez: "y era fama que en ella amasaban un pan tan blanco y exquisito que en ninguna parte lograban imitarlo, ni aun cuando llevasen de allí mismo el agua y la harina". **O**
Pero el acento de rapsodias nostálgicas de Ambato se ha visto también estimulado por las riquezas que enamoran de los huertos de la ciudad. Es fácil advertir que aún ahora la tierra sigue correspondiendo a los afanes del huertero con la dulzura de sus frutos y la gracia breve y exacta de sus llores. Mas ese huertero, que ha sembrado también a su familia en el lugar, ha conseguido a su vez ir criando a sus hijos, ya a través de centurias, bajo

9 - ***El Ecuador visto por extranjeros . (Viajeros de los siglos .VVIII y XIX), b*****ibliot Ecuat.** Minima Méjico, Ed Cajica, **1959**

J. E Rodó, ***Eliminador de Próspero,*** **Páginas tituladas "Montalvo".**

el influjo de aquella atmósfera placiente que hubiera podido seducir, con tantos dones y sosiego, a Fray Luis, Garcilaso o Virgilio. Con sólo volver la atención a los testimonios que recogimos antes, comprobaremos la unanimidad del encomio sobre esta excelencia sin marchitez del suelo ambateño. En efecto, el Padre Bernardo Recio ha escrito en su siglo dieciocho:

“Hay en varios parajes de grande frescura, todo género de granos y frutas de la mayor calidad y gusto, y aun tambiét1 uvas de diferentes especies

De igual modo, en los albores de su siglo diecinueve, W.B. Stevenson ha dejado esta otra observación sobre el mismo lugar: “... dispone de suelo muy fértil ““Aquí crecen muchas frutas exquisitas, tales como manzanas peras, duraznos, albaricoques y frutillas; se las cultiva en abundancia; de verdad, muchos llanos están llenos de plantas, y quien desea comprar fruta paga medio real, un dieciseisavo de dólar, al propietario del terreno, acude allá en persona o manda recogerla durante todo un día”. Y también José Enrique Rodó, en sus páginas montalvinas de comienzos de la presente centuria, tras aludir a “una vegetación que cobra, con la luz de los trópicos, sus jardines de magia”, ha dicho lo que sigue: “Esta ciudad gozó, desde los tiempos coloniales, de cierto renombre *geórgico* e idílico. Celébranse la fuerza de sus aires, la delicadeza de sus frutas, la abundancia de sus cosechas.

Don Marcos Montalvo halló pues razones muy valederas para echar raíces en el suelo ambateño. No únicamente construyó el alero familiar en el centro mismo de la villa. Pues que también llegó a poseer unas once cuadras de tierra laborable en un suave recuesto de las lomas del contorno:

en Ficoa. Iban aquéllas desde el viejo camino hasta las playas del río. Disponían de centenares de árboles frutales, de prados y alfalfares para una breve porción de ganado, y de casa y jardines. Don Marcos las trabajó y colmó de frutas. Un hombre como él, con sensibilidad para las delicias camperas, por haberse criado en el medio provinciano, no desdeñó el convertir esa propiedad en una quinta amable y pintoresca, para el reposo y disfrute de la familia. Hasta ahora, no obstante las mudanzas que la ciega diligencia municipal y el capricho desenfrenado de los reconstructores han ido introduciendo en ella, la quinta de Ficoa parece guardar algún encanto secreto de esos viejos años. Pero Marcos Montalvo poseía, además, otros bienes de valor: las haciendas Punsán, en Baños, y Yambo, en Cunchibamba. Y, sin embargo, no era un espíritu sedentario. Jamás lo había sido. La propensión errabunda, carácter de la existencia de su padre, de la de él y de la de su hijo Juan, era como el numen pertinaz de su casa. Necesitaba, por temperamento sin duda, y desde luego por razones del sostenimiento hogareño, estar viajando de un punto al otro del país, con los atados de

su mercadería. Acostumbraba desafiar, así, no sólo las molestias de un vagabundeo largo y agreste, sino también los riesgos de las emboscadas de salteadores y asesinos. Su coraje y las exigencias del negocio le llevaban aun, en ciertas ocasiones, a los pueblos de la costa. Acaso nada hay que describa de modo más elocuente la condición de este difícil peregrinaje, ni que retrate mejor a don Marcos, que la evocación trazada hacia 1876 por su hijo —Juan Montalvo—, en el cuadernillo número tres de *El regenerador.* Apareció ella bajo el título de "Los piratas del Guayas", y éstos son unos fragmentos de sus páginas del final:

Por los años de 1840 un rico negociante del interior de la república volvía de Guayaquil con un valioso cargamento. Su gran canoa de piezas remontaba pesadamente el Guayas a fuerza de remo, contra viento y marea, luchando con una como tempestad que se había declarado desde que perdieron de vista el puerto. Oscura la noche, sembrada de truenos y relámpagos: los bosques gemían lúgubres, combatidos por los vientos; manadas de jabalíes arruaban temerosos en sus profundidades. El dueño de la canoa tomó aparte a un joven de su séquito, y entrando juntos al depósito de armas, salieron luego, el uno con un trabuco formidable, el otro con un gentil machete que no le hubiera pedido favor ala cimitarra de Taric ¡ Plácido! gritó el principal: amárrame este zambo, y truncado contra un banco, el amo agregó: ¡A este otro! El otro fue igualmente aherrojado y puesto fuera de combate. Barreto! dijo entonces el que daba órdenes; el piloto corre de cuenta de usted; ala menor señal de traición le vuela la tapa de los sesos. Barreto, que no había estado en Ayacucho, temblaba de miedo; pero como el valor es comunicativo, prendió en su seno, y tI hombre se puso a apuntar al piloto con su escopeta. Nada le importaba más en ese trance que el denuedo y la valentía.

Era el caso que el viajero, como quien había ejercitado la vista en las oscuridades de ese río, y el ánimo en esas ocurrencias, descubrió a la altura de la Boca de Baba una lucecilla que venia adelantando en dirección a su canoa. Los piratas, como los bandidos de tierra, tienen en la fisonomía y las acciones un sello especial que les denuncia en cualquier parte a la justicia: el navegante supo ya con quienes las había. En cuanto a los dos pasajeros que mandó amarrar, eran dos zambos de interesante aspecto criminal, a quienes el patíbulo hubiera recibido con los brazos abiertos. El uno tenía cruzado el rostro con ***un persignum*** *crucis* de a jeme; el otro mostraba en el pescuezo una cuchillada de catorce puntos, como las que mantenía el memorial de Monipodio. La canoa había sido fletada exclusivamente por el negociante; pero como esos hombres de bien se le llegaran a pedirle por los dolores de María Santísima que les llevase a bordo hasta Babahoyo, fueron recibidos por vía de conmiseración. Eran, sin duda, cómplices de los piratas; mas el serrano tenía la letra menuda; y cuando los zambacos se regodeaban ya en la buena presa, viéronse allí tirados en los fondos cual tercios de mercancías.

Los piratas venían a treinta pasos de distancia, entonando uno de ellos una donosa cancioncilla, con ciertos quiebros de voz que eran, de seguro, avisos a sus cómplices de a bordo:

Mi día e la noche oscura;
Música son do trueno:

Yo bailo Con la tormenta...
¿Qué tenemo, qué tenemo?
j Ramón, fuego! gritó el viajero, cuando el enemigo bogaba a cuatro brazas. Un estallido estupendo rompió el silencio del río, y retumbando por las selvas de las orillas, fue a perderse a lo lejos en las entrañas de la noche. Apretaron el remo los piratas: enarbolados sus ganchos, agarrábanse ya a la canoa mercante: Al abordaje! Gritó el capitán, ¡Palomino, ahora! ¿Canilla, dónde estás? Otro tiro de trabuco resonó en este instante; y como los piratas rempujasen con más fuerza, Ramón, empuñado en su machete, partía cabezas a diestro y siniestro, a tiempo que su jefe le atravesaba la garganta al capitán de los malhechores con su espada que gemía en la oscuridad sedienta de sangre.
Echados los cadáveres al agua, siguió adelante el viajero: al romper el día, consignaba en manos del alcalde de Babahoyo los dos cómplices de los piratas, y montaba en su mula para trepare! Chimborazo.
Ese hombre de barbas agrias era don Marcos Montalvo, padre del humilde cronista de estos hechos,
Ese pues era, aunque un tanto transfigurado por la propensión idealizadora del escritor, don Marcos Montalvo.
El regentadro tomó primero, París, Editorial Garnier Hermanos S.A., págs. 130-135



Quinta de Montalvo en Ficoa.

CAPITULO III
El tenducho de la escuela

La ciudad en esa primera mitad del siglo diecinueve, diseñada con mano de huertanos y jardineros, era agradable. Pintoresca y acogedora. Sus calles principales se mostraban parcialmente limpias. Unas pocas se habían empedrado. En ellas los cascos rápidos de las cabalgaduras iban arrancando chispas de las piedras menudas, y ecos acompasados y metálicos. Los asnos y las mulas de carga jadeaban en cambio, a paso lento, acosados por el acial, el palo o el grito del arriero. Aparte de los pocos sitios de comercio y de la plaza del mercado, comúnmente concurridos y bullidores, el ambiente era de paz en la breve extensión urbana. Podía notarse que el campo respiraba a sus anchas por todos lados, ahí entorno. El canto del gallo, el balido de la oveja, algún mugido, algún relincho o rebuzno, se entrecruzaban en el aire, en forma rala, como en un diálogo de solitarios. También podía notarse que en los tiempos del verano la tarde bostezaba. La abuela y la madre de casa bostezaban. Bostezaban con la costura o el tejido en la mano. Como en espera de la azul, infinita pestaña nocturna, que solía cubrir fácilmente el alma insondable de todos los dormidos. El brazo masculino de la casa —padres e hijos adultos— no sedaba descanso por cierto durante las horas de labor, en las faenas agrarias, la pequeña industria, la función pública y los negocios. Pero la dulce mediocridad de unas costumbres apacibles se establecía tras el rigor de los esfuerzos cotidianos. El din-don melancólico de las campanas —sobre todo de las campanas vespertinas— también contribuía, en su momento, al callado recogimiento de la población.

Tal era —más o menos— la atmósfera en el hogar de los Montalvo. El jefe de familia, don Marcos.,precia no conocer la fatiga. Sus trabajos los comenzaba temprano. Igualmente sus viajes, para los que las acémilas quedaban escogidas y listas para la carga, desde la víspera. Doña Josefa

organizaba el arranque laborioso de cada amanecer, Preparando el café para el desayuno. Disponiendo a sus domésticas las tareas de rutina. Arreglando a los niños para la escuela. Congregando a todos para el rezo matutino. El escritor, a quien se le atormenté durante casi toda su carrera con acusaciones de enemigo de Jesucristo y de la Iglesia, pudo recordar esta práctica devota de todos los días, del siguiente modo:
Cuando apuntaba el alba, nos bebíamos sus blancos rayos con los ojos, cogiéndolos en las rendijas de las puertas, y mi madre volvía a decir: *Hijos, recemos; demos* gracias a *Dios.* Nos hincábamos por el suelo, y saludando a la aurora, como los pueblos hiperbóreos saludan a la luz cuando vuelve después de una noche de seis meses, dábamos gracias a Dios de haber amanecido un día más. Y hay pícaros que me llaman hereje 12
Don Marcos, austero, recio, poseedor de voluntad y coraje para tantas de sus empresas, se acomodaba con humildad, con fe y fervor, a esos hábitos católicos. Su mismo hijo Juan, a continuación de las frases que se acaban de reproducir, ha evocado este hecho tan demostrativo:
Una tarde mi padre estaba cruzando el patio de la hacienda donde nos hallábamos, cuando una horrible sacudida del mundo nos echó a todos afuera a un tiempo que el grito de Misericordia! subía al ciclo. Mi padre se plantó allí, se estuvo un instante inmóvil, oyendo hacia la bóveda celeste, en tanto que la casa, de madera, crujía con ruido aterrador. Ya pasó, dijo, ya pasó; no es nada, Y como empezaba de nuevo su camino, otra sacudida mucho más violenta puso el colmo a nuestro espanto; y el hombre a quien nada aterraba, se echó de rodillas por aquel suelo, clamando con los ojos y las manos en alto: Señor, piedad. Señor, para tus iras El cerro del frente, pelado y deleznable, estaba yéndose en un torrente de piedras por su derrumbadero; el patio que era un terraplén muy alto, estalló, se fracasó y se abrió en una enorme grieta; la casa era una loca frenética que iba y venía; los perros daban aullidos de modo lamentable; y los indios conciertos, los peones empezaban a llegar aterrados, como si su amo hubiera tenido el poder de ampararlos en ese cataclismo)3
El ejercicio de la fe estaba pues en el alma de toda la familia. Los hábitos ancestrales, el matiz católico de la educación, el ambiente de la época, sobre todo en el marco elemental y taciturno de la provincia, predisponían en forma general a las prácticas piadosas. Conviene que se recuerde que una de las hijas de don Marcos, la llamada Isabel, hermana menor del escritor, se metió de monja en el Monasterio del Carmen Bajo, en Quito. Y que se repare en que el liberalismo, que fue la doctrina que ganó la mente de los varones, no alcanzó a hacerles renunciar completamente a sus creencias religiosas. Hubo en eso tal vez una excepción: la de Carlos, que fue el más radical de los Montalvo en su oposición a la Iglesia. Pero

2 **"La flor de las ciencias",** ***El espectador****,libro II Medellín Colombia***. Editora BETA** , 1975 pag. 149
3 ibid.pags l49y 150.

en cualquier caso no hay que olvidar que el padre no se afanaba tanto en la vigilancia del culto católico familiar como en la de una educación esmerada para su hijos. Fue por ello que consiguió remirarse, con satisfacción íntima, en un espejo que reflejaba lo que él hubiera querido también para sí mismo: los dones de la cultura universitaria que dio a tres de sus vástagos
—todos admirables, y quizás de lo mejor que tuvo el país en el siglo diecinueve—: Francisco, Francisco Javier y Juan.

Fallecidos ya otros hermanos, Juan era el menor de los varones. No obstante, el celo paterno le alcanzó con igual entusiasmo. Los cuidados de la madre también, con toda su carga de ternura. Esto último es cosa que se debe tomar en cuenta cuando se vuelven los ojos a la vida afectiva del escritor, en que Imprimieron un efecto duradero esos desvelos cariñosos. Mas la atención de biógrafos ni de críticos ha sido a este respecto suficiente. Se acostumbra en verdad a hacer memoria de las expresiones lisonjeras con que Montalvo ha evocado al padre, y ni se intenta advertir las vibraciones de amor materno que están presentes en tantas imágenes de sus páginas, particularmente en aquellas que llevan como título el nombre de un cementerio parisiense: “El Padre Lachaise”. No se ha observado, así, lo que hay de sentimientos personales en esa breve prosa antológica, en la que, con un conmovedor tono elegíaco, se precisan y aprecian los tesoros que el hombre pierde con la muerte de su madre. El autor—ya que es conveniente especificarlo— partía del tema de la orfandad reciente de un joven amigo suyo: Rafael Barba Jijón.

Y bien, la diligencia maternal dolorida, la preocupación nerviosa y tierna que en doña Josefa Fiallos de Montalvo eran usuales, un día tuvieron que tornarse más tensas. Más graves y agudas. Fue cuando su hijo Juan, de apenas cuatro años, enfermó de viruelas. La alarma se extendió en el hogar. Hubo que buscar al médico, uno de los pocos de la ciudad. El mal era inconfundible. Se repitieron, mañana tras mañana, las visitas. E iban alternando —cosas de la época— las prescripciones de aquél con las curaciones propias de la sabiduría casera. El niño padeció mucho. Sus calenturas le hacían delirar y quejarse. Pero al fin se salvó, entre afanes, lágrimas y rezos. Y, como suele ocurrir, la crisis de la enfermedad terminó estimulando el desarrollo de sus facultades racionales. Los estragos físicos fueron, desde luego, igualmente notorios. El escritor se lamentó sinceramente por ellos, en alguno de sus frecuentes desahogos de egotista. A las viruelas les atribuía hasta la responsabilidad de la prietez de su rostro, que tantas desazones le dio entre las alusiones ofensivas de sus detractores literarios y políticos. Que le llamaban zambo y mulato. En su obra El regenerador—en el capítulo número doce, titulado “Colegio, Cuartel y Conven

‘-—hace una breve referencia a aquella enfermedad: “¿Qué mucho que otro cualquiera se acuerde haber cogido sarampión y llevado eso a los cuatro años de edad? Del sarampión, yo no me acuerdo; pero sí de las viruelas; ni las cacarañutas de mi compatriota José Joaquín Olmedo me dejarían mentir Pero es más explícito y vehemente cuando evoca ese mal y las consecuencias que le dejó, en uno de sus últimos libros, *Siete tratados:*

la conveniencia de ofrecer algunos toques de mi fisonomía, por s acaso quiere hacer mi copia algún artista de mal gusto, me pone en el artículo de decir francamente que mi cara no es para ira mostrarla en Nueva York, aunque, en mi concepto, no soy zambo ni mulato. Fue mi padre inglés por la blancura, español por la gallardía de su persona física y moral. Mi madre, de buena raza, señora de tas prendas. Pero, quien hadas malas tiene en cuna, olas pierde tarde o nunca. Yo venero a Eduardo Jenner, y no puedo quejarme de que hubiese venido tarde al mundo ese benefactor del género humano: no es a culpa suya si la vacuna, por pasada, o porque el virus infernal hubiese hecho ya acto posesivo de mis venas, no produjo efecto chico ni grande. Esas brujas invisibles, Cosas asquerosas que convierten a los hombres en monstruos, me echaron a devorar a sus canes; y dando gracias - os salí con vista e inteligencia de esa negra batalla

Unas líneas más abajo, agrega:

gracias **it** cielo y a mi madre no quedé ciego, ni tuerto, ni remellado, ni picoso hasta no más, y quizá por esto he perdido el ser un Milton, o un Camoens, o ***la mayor cabeza de Francia;*** pero el adorado blancor de la niñez, la disolución de rosas que corría debajo de la epidermis aterciopelada, se fueron, ay! se fueron, y harta falta me han hecho en mil trances de la vida. Desollado como un San Bartolomé, con esa piel ternísima, en la cual pudiera haberse imprimido la sombra de un ave que pasara sobre mí, salga usted a devorar el sol en los arenales abrasados de esa como Libia que está ardiendo debajo de la línea equinoccial.

Pasados aproximadamente dos años, y a los seis de edad, según es lo corriente, el niño fue a la escuela. Tomado de la mano de su padre. Los dos caminaban con inocultable contento. El pequeño Juan había dado muestras repetidas de impaciencia por aprender, como respondiendo intuitivamente al poder magnético que tendría que ejercer la palabra escrita sobre el resto de su existencia. Don Marcos, por su parte, amaba esos momentos de la iniciación estudiantil de sus hijos. Erguido y arrogante, y algo afectado en su cortesía, aquel hombre de cincuenta y dos años iba devolviendo en el trayecto, en breves frases, el saludo 1e amigos y de pasantes humildes que lo conocían. Su párvulo, pálido, íaco y algo alargado, pero de fisonomía graciosa por el brillo de sus enormes ojos negros y su pelo ensortijado, lo observaba todo, calladamente. Ese era su hábito. Siempre solía posar su mirada oscura en los lugares, en las gentes, en las actitudes.

14 de la bellaza en el genero humano. **Siete tratados**, ***I*****bid**

Ni más ni menos que si estuviera atesorando mil detalles para animarlos, mucho más tarde, a través de los rasgos milagrosos de su escritura.
La escuela era una casa de aldea. Humilde. Con una sola planta. Techo de tejas negruzcas y musgosas. Paredes de adobe, irregulares y blanqueadas de cal. Puerta mezquina, con hojas de madera envejecida. Patio de tierra casi tan breve que podía ser medido por cuartas. Una media docena de aulas, distribuidas en tomo del patio, con bancos y mesas pequeñas sobre el piso enladrillado. Poca luz en todo: en el método de los maestros como en los diminutos rincones del lugarejo. Para cada clase había un instructor, o pedagogo, o preceptor, o como deba ser llamado ese pintoresco homúnculo de chaqueta larga y sufrida, de botines gruesos, de bigote cerdoso, de boca acostumbrada a abrirse con desmesura, de mano siempre dispuesta a levantar el látigo con violencia para aplicar la máxima atroz de que "la letra con sangre entra". Era pues aquella como la escuela típica de provincia de esos tiempos: postrimerías de la tercera década del siglo diecinueve. Centro fiscal y en cierto modo gratuito, según los afanes de reforma y de secularización educativa del segundo presidente que tuvo la república, Vicente Rocafuerte. Y pobremente administrado y sostenido, desde luego. Que tal ha sido, por siempre, la maldición de la enseñanza en el país.
Juan Montalvo guardó con fidelidad las impresiones de su escuela. Lo que no era extraño en él, que estuvo socorrido por una memoria límpida y constante, cuya aptitud de recordar se extendía hasta la infancia más temprana. El mismo nos lo ha confesado, en su decir culto como lleno de gracia:
Pitágoras se acordaba de haber sido rey de Frigia quinientos años antes; en seguida una célebre cortesana de Corinto; después águila del monte Athos; y últimamente león real de Nemea para venir a ser el filósofo de Samos. Yo no me acuerdo si he sido emperador de los aztecas, yerno de Huayna Cápac, jaguar de las selvas amazónicas ni cóndor de los Andes; mas sí pienso que mi memoria toma el agua de muy arriba, y bebe en las fuentes de mis cuatro años de edad.
Esto lo leemos en el ensayo "Antonio Robelli, el pisaverde", del capítulo 12 de *El regenerador*, que hemos citado ya. Pero allí también encontramos, precisamente, este pasaje sobre su escuela de Ambato y una visita a ella del ex-presidente Rocafuerte:
Fisonomías hay que no se le borran a uno jamás de la memoria. Siendo yo escolar en un tenducho de Ambato que parecía casa de hormigas, se asomó un día a la puerta un vejete, no más alto que Monsieur Thiers, y se dejó estar una buena pieza parado en el umbral, sin determinarse a entrar y visitar despacio la escuela. ¡Qué había de visitar ese plantel de ratones! Desde el maestro para abajo, todo era de menor cuantía. Dios sabe si le tengo presente al maestro Romero con su chaqueta blanca hasta las

posas, su pantalón a media canilla, sus zapatos de siete suelas, y su látigo en la mano, que no lo hubiera aflojado si le ahorcaran. El buen hombre abría siempre la sesión con azotar tres o cuatro barragancitos de los más pillos, le den o no por qué; y para echarnos fuera, les tenía rara afición a las orejas de ciertos condiscípulos míos que hoy son jurisconsultos a lo Papiniano. coroneles a lo Cambronne, obispos a lo Dámaso. esto es, que pisan en la barriga a sus enemigos, y aun candidatos de ellos mismos para la presidencia de la república. No pienso que haya sido predilección por mi, sino el miedo cerval que le tenía a mi padre, el maestro Romero me dejó salir sin mancha de su penitenciaria; pero como a decir verdad yo no estaba allí siguiendo la vida de nuestro seráfico padre San Francisco, probable es que le haya dado algunas rabietas al excelente pedagogo. Como para menos rigor, éste me teoría emplazado al pie de su mesa; con lo cual yo hacía mi agosto, porque al otro lado estaba. igualmente presa y encadenada, la más turbulenta y revolvedora de las alumnas, Por debajo de la silla del maestro, era un tejemaneje de dos mil demonios: cuando cesaban los pellizcos, torceduras de dedos, pasagonzalos y otras operaciones, de las cuales cada una hubiera sido un ***casos** heffi*, principiaba un ir y venir de pan y peras, colaciones y nueces, maíz quemado y pinol, que la Gran Bretaña no ha hecho jamás comercio más activo con el Nuevo Mundo.

Y algo más adelante, retomando el asunto inicial, dice:

Y el otro viejecito parecido a Monsieur Thiers, que está en la puerta. ¿quién es? Los mechones de canas que se le cuelgan alrededor del sombrero le comunican aspecto venerable. Una ruana larguisima que le llega a los pies., poncho mejicano a fajas blancas y coloradas, de flecadura abundante, le cubre todo, bien como a Eneas su escodo. Muchas personas vestidas de viaje se hallaban tras él en postura respetuosa. El maestro Romero exclama: Niños, de pie y le hace al anciano una profunda reverencia. Enderezámonos todos, y estuvimos solemnizando la escena con profundo silencio. Era el personaje don Vicente Rocafuerte, que volvía de la capital, concluido su período de presidente de la república. ¿Qué diría de Ambato y de nosotros ese hombrón que había andado por las cortes europeas, de embajador de Méjico. visitando colegios y universidades, estudiando los grandes sistemas de enseñanza y viéndolos planteados en las naciones donde la educación pública ha llegado a su perfección, como en Suiza, holanda y Alemania? No sabia don Vicente por lo menos, que de ese puñado de rapaces de aldea había de salir el amigo de las buenas letras que tanto gusta de tomar a pechos la memoria de los varones eminentes. 15

Una conjunción de imágenes se encierra en esa evocación montalvína: el local escolar, la figura del maestro, el prestigio de la arrogancia del padre, la apariencia de Vicente Rocafuerte, de pequeña estatura, como el político francés Adolphe Thiers. y a quien trata de viejecito y de vejete más que por la edad —cincuenta y seis años— por el aspecto que le daban sus arrugas y sus canas. Pero ahí comparece sobre todo, en trazos animados y precisos. la imagen misma del inquieto temperamento Infantil de Montalvo. Para entonces él contaba siete de edad, pites que Rocafuerte conclu

El Regenerador Ibid pags. 230-233

yó su período presidencial en 1839, y el futuro escritor debió de estar cursando el segundo grado de escuela.
1’oda esa suma de impresiones estaba incorporada naturalmente a lo que sin duda fue el mundo de la ***niñez*** de Montalvo. Con sus primeras lecturas. Con el roce candoroso de las almas en el aula escolar, sobre todo con la de alguna de sus angelicales compañeras. Con sus paseos, bajo la vigilancia familiar, por el puente **y** las vegas del rio. camino de la quinta de Ficoa. Con sus primeras tentativas de afirmarse, siguiendo el ejemplo paterno. en el lomo del caballo. Con sus iniciales, calladas y deleitosas contemplaciones del paisaje del campo ·: de la mágica **y** alucinadora presencia de los astros cr1 el azul infinito de la noche.

CAPITULO IV
La turbulencia arma su mano

El 13 de mayo de 1830 se estableció con su nombre de ahora, tras desprenderse de los dos departamentos norteños con que constituía la nación grancolombiana, la actual república del Ecuador. Y exactamente después de un año y once meses, el 13 de abril de 1832, nació Juan Montalvo. De manera que su existencia toda estuvo enzarzada en las tormentosas experiencias que caracterizaron la organización de nuestro estado independiente en el curso del siglo diecinueve. La mano recia del destino patrio tuvo que moldear la personalidad de nuestro escritor en la forma que las circunstancias de la historia de entonces lo demandaban. Hay unas dos evidencias en su caso. La primera es la de que los avatares del país reclamaron sin descanso las impaciencias, el coraje, las angustias y desabrimientos de la conducta de Montalvo, haciendo definidamente nacionales las vertientes de su pensamiento, a pesar de sus inteligentes afanes de cosmopolitismo, de sus largas ausencias y de su confesado despecho frente a la realidad del medio en que había nacido. La otra, en correspondencia obligada con aquélla, es la de que Montalvo consiguió ir labrando la conciencia del país, como para predisponerla al respeto de la libertad por la que él combatía, la cual ha cobijado finalmente la suerte de los ecuatorianos. Esto, desde luego, se ha podido ver mejor en los momentos de despejo mental, seriedad y decencia de nuestra vida política, tan frecuentemente confusa, vacilante y mancillada.

Y bien, el aludido comienzo de la actual república, tan azaroso y contradictorio, tuvo como impulsor a cierto voraz semidiós criollo, de espada y uniforme: el general Juan José Flores. La procedencia de éste era ciertamente oscura. Sus padres, que vivían en concubinato, eran un español que no le dio su apellido —Juan José Araburo—, y una mulata llamada Rita Flores. Había nacido en el Barrio del Jabón, de Puerto Cabello, Venezue

la, en 18(X). Probablemente estudió con mediano provecho hasta la adolescencia. Pues que se reveló desde temprano ágil, perspicaz y dinámico. Aparte de ambicioso y audaz. Con él ocurrió lo que con muchos de esa época:
atraído por una atmósfera en que dominaba el mortal relampagueo de la guerra, se decidió a entrar en la carrera de las armas en los años moceriles:
de quince de edad apenas. Lo hizo para servir a España, país de su progenitor. Se incorporó así en las filas del ejército monárquico. Tal vez pesaron en su ánimo las impresiones que éste ofrecía, de organización y equipamiento superiores a los de las tropas rebeldes, y las ventajas de un futuro militar más ordenado y seguro. El frenesí de los combates—pasión, riesgo y coraje— era desde luego parte de su vocación. Y precisamente debido a eso, ya su falta de experiencia, en una de sus acciones primeras tuvo que caer prisionero de las fuerzas de Bolívar. Pero ello produjo un cambio radical en su historia. Al juzgar dicho vuelco ahora, se podría concluir que las sorpresas mayores de su destino habían estado aguardándolo, ni más ni menos, en el opuesto frente de batalla. Tras la aspereza de los tratos iniciales, y venciendo los explicables temores del pequeño cautivo, los guerreros de la emancipación encontraron los modos de prenderle el amor de su causa. Le convirtieron en uno de los suyos. Lo que a ese joven le aconteció no era en verdad infrecuente, por los prestigios con que destellaba, en aldeorros y ciudades, la gloria del Libertador. Cada vez, efectivamente, se venía mostrando más irresistible la seducción de las palabras y los hechos del héroe excepcional.
Juan José Flores, trocado de pronto en miliciano de las banderas de la libertad, en nuevo aprendiz de revolucionario, fue hallando en este otro camino varias oportunidades de enardecerse con ejemplos de inusual estrategia, de arrojo impar, de resolución firme y victoriosa. Gracias a esas lecciones él mismo participó con valor recomendable en algunas de las campañas de la independencia. Y el Libertador supo reconocérselo, concediéndole continuos ascensos. A los veintitrés años de edad había conquistado ya el grado de coronel. Pero tal práctica de fragores y de éxitos, como sin duda lo sentía en sus adentros, había ido mudando el estilo de sus reacciones, de sus maneras de reflexionar y conducirse. Aquel opaco Juan José Flores, de posición alicaída en la sociedad incipiente aunque ya diseriminadora de Puerto Cabello, había ido, en efecto, cargándose de durezas y engreimientos. Las ambiciones con que comenzó su carrera de las armas se habían avivado a lo largo de estas nuevas jornadas, enderezándose, altaneramente, hacia propósitos que antes le hubieran parecido desproporcionados. En verdad se creía ya otro. Hasta en su trato rutinario, sobre todo frente a quienes recibían sus órdenes militares, no buscaba ya

disimular nada. Ni siquiera algunos gestos de orgullo y petulancia. Era evidente, por otra parte, que la crudeza de los hechos bélicos, salpicados de la sangre de soldados y de víctimas, había ido poniéndole una costra de insensibilidad, de indolencia radical ante el sufrimiento ajeno. Podía decirse que estaba ya curtido para acometer empresas audaces, de aquellas que se rubrican, entre ayes y maldiciones, con la punta de la espada.
Y eso fue aconteciendo realmente. Así, un quinquenio después de haber llegado a coronel, en 1828, y tras el torrente de las luchas emancipadoras y de las victorias finales contra el dominio hispánico, Juan José Flores recibió la destinación de Comandante en Jefe del Ejército de nuestro país, para defender su frontera austral, amagada por las fuerzas del Perú, que pretendía arrebatarnos los territorios del Guayas y del Azuay. Con eficaz diligencia Flores reclutó y preparó en tres meses un cuerpo de cuatro mil soldados, el cual, enfrentado a los invasores, los derrotó en la memorable batalla de Tarqui, el 27 de febrero de 1829. Se debe aclarar desde luego que la conducción misma de las tropas, las operaciones militares, el denuedo heroico en el combate: todo, en fin, estuvo marcado por el genio del mariscal Antonio José de Sucre. El fue el verdadero vencedor de Tarqui, como antes lo había sido de Pichincha y de Ayacucho. Sin embargo, conviene decir que la historia tampoco ha podido olvidar la ardorosa participación de Flores. Igual que no la desconoció, en su justo momento, el propio conductor de la victoria. Sucre supo exaltarle, efectivamente, al grado de general en el mismo frente de batalla, como premio a su valor.
De ese modo había ido cobrando renombre e influencia el oscuro soldado de Puerto Cabello. El no era de los que dejaban pasar las oportunidades de hacerse advertir, celebrar y pagar. Al contrario, abundan las pruebas de sus vehemencias y ambiciones. Precisamente poco tiempo atrás se había avecindado ya en la capital de este país para el desempeño de funciones notables: las de Comandante General de Quito, Prefecto Departamental y Prefecto General del Distrito. Bueno sería que se reparara en que ni el curso de sus amores escapaba a su infalible instinto de escalar y obtener ventajas de todo tipo, prevalido de su condición de guerrero. Así exactamente, en medio de la fascinación militar de la época, había logrado desposarse con la hija de los condes de Jijón, que a sus títulos unía la posesión de bienes de fortuna. Por ese arbitrio consiguió frecuentar entonces círculos quiteños influyentes, y visitó a Guayaquil y a Cuenca tratando de extender sus nexos sociales y políticos mediante actitudes ladinas, complacientes y lisonjeras. Paso tras paso, sin darse jamás tregua, llegó a contar así con los antecedentes adecuados para obtener de Bolívar —s dice que **intrigando** a otros oficiales— el nombramiento de Jefe Superior de los De-

partamentos del Sur, con sede en nuestra capital
Lo demás vino pronto, a golpes de audacias, deslealtades y violencias. Ante todo, acertó en el aprovechamiento de las circunstancias funestas que se confabularon contra la integridad del estado grancolombiano. as obsesiones disgregadoras se habían multiplicado ya a lo largo de los países que lo conformaban, por acción de las codicias políticas y de una tormentosa oposición al Libertador. Era ése, fatalmente, y nadie lo duda, el momento apropiado para que se pusieran a jadear como nunca las impaciencias de mando del antiguo recluta de Puerto Cabello, convertido a esa hora en prohombre de nuestro pueblo, tan menesteroso entonces de orientación y seguridad. Fue pues Flores —no podía ser sino él— quien no se dio reposo hasta que quedó consumada la separación del Distrito del Sur, al cual indujo, gracias a su obediente enjambre de oficiales y soldados, a que le proclamara su Jefe Supremo, el 13 de mayo de 1830. El nuevo estado, "libre e independiente", venía a ser precisamente lo que es la actual república del Ecuador. Y su primer gobernante, aquel caudillo militar llegado de afuera.
Pocas semanas después, el 14 de agosto, una Convención Nacional reunida en la ciudad de Riobamba le elegía, con los dieciséis votos de sus diputados, Presidente Constitucional de la flamante república. Quedaba así inaugurada, entre otras cosas, la gran alcahuetería —jamás proscrita de este país— de organizar asambleas que legitimen el asalto al poder y conviertan en presidentes a rudos dictadores, militares o civiles.
El general Juan José Flores, al encaramarse en el mando del Ecuador, había desatendido cínicamente las observaciones de Sucre, que con valentía e inteligencia hacía notar que los males públicos "emanaban, esencialmente, de la misma revolución y del despotismo de una aristocracia militar que, apoderándose del mando en todas partes, hacía gemir al ciudadano por un absoluto olvido de las garantías y derechos". Aún más, había atropellado un acuerdo que el mismo Sucre hizo aprobar por los generales de la independencia pocos días antes, el 19 de abril de 1830, en la ciudad de Cúcuta, y cuyas disposiciones les prohibía asumir la presidencia o vicepresidencia de los estados durante un lapso de cuatro años. Y, por fin, seguramente llegó a enterarse con gesto colérico de la desaprobación expresada, en torno de su jefatura suprema del Ecuador, por aquel héroe sin tacha, a quien en lo íntimo había mirado con amarguras y recelos. Hay en todo ello, en suma, una fuente de razones —advertida más de una vez por la historia— para sospechar a lo menos de la satisfacción mezquina, si no de la complicidad de Flores en el asesinato del mariscal Antonio José de Sucre, acaecido en esas mismas semanas, el 4 de junio, en las soledades de la arbolada de Berruecos.

Tenebroso comienzo era ése, para cualquiera, en el ejercicio del poder. Pero lo era en grado mayor para Flores. Porque concurrían en su caso circunstancias que habrían de ocasionar, por igual, su antipopularidad y sus desmanes. Era un extranjero. Era un hombre de origen oscuro, cosa grave en un tiempo de tajantes discriminaciones sociales: recuérdese que, a pesar de su matrimonio con una mujer de otra posición, se le llamaba despectivamente jenízaro, o mezclado, para aludir a su mulatez. Era, con gloria o sin ella, un soldado vanidoso y encallecido en las violencias y las decisiones despóticas. Era una naturaleza sedienta de mando y de riqueza. Y alguien caracterizado de ese modo, y erguido con todo inescrúpulo en *el* centro de un país pobre, doliente y esquilmado, en el cual germinaba constantemente el descontento, no podía sino desatar lo que en verdad desató en seguida: una tempestad de odio y desangre.

La más seria de las manifestaciones, a la que el tirano apagó con crueldades y estratagemas canallescas, surgió hacia 1833. La organizó y condujo un grupo de jóvenes estudiantes a quienes había enardecido la lectura de las ideas de libertad, que jamás dejan de circular por el mundo civilizado. Se reunían secretamente. Habían recibido, a más de las incitaciones del propio comportamiento oprobioso del régimen floreano, el estimulo de unas declaraciones del general Manuel Matheu en que se aseguraba que el país había “caído bajo la férula de un mulatillo de nada, sin educación, sin principios y sin moral de ninguna especie”. Conocían, por otro lado, que en Quito se había radicado Francisco Hall, liberal británico llegado a nuestra América en los años climatéricos de la independencia y a quien Bolívar le dio lugar bajo su bandera por recomendación del pensador Jeremías Bentham. En las fuerzas del Libertador había ido ascendiendo hasta el grado de coronel. Y luego, terminadas las luchas emancipadoras, había buscado las bondades naturales del medio quiteño. Habitaba una ermita, extramuros de la ciudad. Hacía vida de filósofo. Leía abundantemente. Era un apasionado de las “Cartas de Junius”,del autor inglés Phillip Francis. Veía en esas páginas el poder del “sarcasmo y la ironía”. Creía que “su estilo nervioso, enérgico e incisivo, no tiene igual”. Que “Francia no ha producido una obra que pueda competir con ésta”. De ello, con tales palabras, ha dejado testimonio su amigo y coideario Pedro Moncayo, en sus volúmenes históricos de *El Ecuador de 1825 a ¡875.*

Pero hay en todo esto algo que es revelador, y que precisamente ayuda a comprender las razones de esta evocación del floreanismo: es la coincidencia de los entusiasmos de mi biografiado con los del coronel Hall. En efecto, también Juan Montalvo se enfervorizó con la lectura de aquellas “Cartas”. Al extremo de que se llamó a sí mismo el “Nuevo Junius” en

varios de los capítulos de su primer libro. *El cosmopolita.* Al parecer. en eso había, por una parte, la influencia proyectada por el grupo de liberales quiteños que rodeó a Hall, y cuyos efectos llegaron a la generación de Montalvo, y por otra las referencias y los consejos que nuestro escritor pudo haber recibido de Pedro Moncayo, en la ciudad de París, en 1857, a los veinticinco años de edad, cuando aquél ejercía las funciones de Ministro Plenipotenciario en Francia y el joven Montalvo tuvo que acompañarlo temporalmente, como Adjunto Civil, mientras esperaba cumplir ese mismo desempeño en Roma, cosa que nunca ocurrió.

Y bien, los jóvenes que se habían asociado para combatir la tiranía de Flores, y que conocían la clase de personalidad que alentaba en Hall, trocado a esa hora en ermitaño de las goteras de Quito, le buscaron en su retiro. Le requirieron orientación. Le confiaron sus propósitos de lucha y su repugnancia de la dominación caudillesca del militarismo extranjero, encamada en aquel antiguo soldado de Puerto Cabello. Hall, a su vez, no se mostró ni indiferente ni contrario a cuanto le expusieron. En sus soledades había estado sintiendo reacciones iguales, que ansiaban ya por hallar el medio de manifestarse públicamente. De modo que aceptó en seguida ser el ideólogo y conductor del movimiento antifloreano. Nació entonces, gracias a ese contacto, no únicamente un frente de oposición al régimen, sino también el primer partido genuinamente nacionalista de nuestro país.

La conjuración se puso pues en marcha. Y el instrumento de lucha escogido en primer término por los jóvenes rebeldes vino a ser la hoja impresa. Fundaron el periódico *El quiteño libre* (12 de mayo de 1833), en cuyos textos vibraba sobre todo el espíritu diáfano y libérrimo de Hall. Figuraba Pedro Moncayo como editor responsable. En los contados números que llegaron a aparecer menudearon las denuncias sobre las corrupciones del gobierno de Flores. Por lo que éste creyó oportuno contratar, de entrada, a periodistas que lo defendieran, y que simultáneamente calumniaran a sus enemigos. Las autoridades establecieron con ese ánimo medios de prensa en Quito, Guayaquil y Cuenca. Pero los enfrentamientos de esa laya no eran los que satisfacían a Flores. Del plano simplemente dialéctico, o de la escandalosa gresca palabrera, ordenó pasar por tanto a la elocuencia trágica de los atropellos y el crimen. Más a tono con su temperamento de individuo adiestrado en emboscadas y trincheras. Para ese fin era preciso que se fuera dejando previamente expedito el camino a toda ilicitud, bajo su propia inspiración y sus mandatos. Así, a los cuatro días de haberse inaugurado las sesiones del congreso nacional de 1833 —el 14 de septiembre—, se hizo investir de facultades extraordinarias, con el voto dócil o medroso de la mayoría de los diputados. Y en la misma fecha la fauna de esbirros de su gobierno inició la persecución a los jóvenes combatientes de *El*

quiteño libre Un par de intentos, en solamente un mes, fue todo lo que necesitaron aquellos victimarios para satisfacer al déspota con el exterminio de un puñado de bravos opositores. A su ideólogo, el inglés Francisco Hall, tras su sacrificio le colgaron desnudo en la plaza de San Francisco. Y así permaneció hasta cuando, advertidas de ello las monjas del vecino convento del Carmen, mandaron cubrir el cadáver "por respeto al pudor público".
Todo eso había ocurrido, es cierto, durante los primeros años de la niñez de nuestro escritor. Pero se debe reparar en que tal atmósfera, y las impresiones desprendidas de ella, persistieron hasta ya entrada su juventud. De manera que la fuente de las más caracterizadas reacciones de Montalvo en la vida pública y el origen de sus primeros destellos de libelista tienen que ser descubiertos en el triste retazo histórico de la tiranía de Flores. Precisamente pensando en ello y en las dictaduras que posteriormente sublevaron el acento de sus páginas, estoy convencido de que un biógrafo sagaz está obligado a iluminar la vida montalvina enfrentándola a tres figuras que resultan claves para explicar su fragoso destino de polemista: Juan José Flores, Gabriel García Moreno e Ignacio de Veintemilla.
Finalmente, los episodios dolorosos del régimen floreano que se fueron enlazando después, hallaron su expresión más espantable en la batalla de Miñarica. Esta dejó más de un millar de víctimas: trabajadores y campesinos, en su mayor parte. Miñarica es un campo de arenas que recorta sus melancólicas soledades muy cerca de Ambato. Podría casi afirmarse, sin mucha exageración, que hasta la pequeña ciudad llegaban los ecos de las detonaciones, los ayes de los moribundos, el olor de la sangre. Aquellos guerreros improvisados procedían de pueblecitos serranos del norte, y de Quito. y de las comarcas vecinas a la villa ambateña, y de la propia villa. Pero lo que se daba en Miñarica no era exactamente una batalla, porque una batalla supone cierta paridad militar de las fuerzas contendoras. Al poner Flores las tropas que él comandaba desde Guayaquil, y en que venían regimientos de infantería y caballería impresionantes —este último confiado al trágicamente famoso general negro Juan Otamendi— frente a una multitud de reclutas débiles e impreparados, lo que iba a conseguir no era sino la más atroz de las masacres, Y ello fue, ni más ni menos, lo que acaeció en una fecha siniestra que ha recogido la historia: el 18 de enero de 1835.
El país entero condenó aquel acto de barbarie. Anatematizó a Flores. Sin embargo ——es triste confesarlo—hubo un poeta, el más importante poeta ecuatoriano de entonces, el cantor de Junín y de Bolívar —José Joaquín Olmedo—, que se alborozó con el sanguinario éxito del jenízaro de

Puerto Cabello. Volvió en efecto a sentir el soplo infrecuente, subitáneo y estremecedor en él, de la inspiración heroica. Le parecía que otra vez le animaba el frenesí que le había llevado a componer las estrofas altilocuentes para el libertador Simón Bolívar, en 1825. El mismo lo declaraba: "Después de diez años de sueño, me despertó la victoria de Miñarica". Y de ese modo, extrañamente fascinado por la orgía de muerte sobre la que se levantó el triunfo oficial, glorificó a su protagonista con la oda "Al general Flores, vencedor de Miñarica". Sus versos hiperbólicos pedían al Chimborazo doblar la cima para saludar la marcha de aquel soldado victorioso: "Rey de los Andes, la ardua frente inclina—, que pasa el Vencedor Dos meses apenas habían transcurrido desde el desastre —que eso era— ocasionado por el déspota inexorable, cuando Olmedo daba ya remate a su sonoro ditirambo e invitaba a su coterráneo Vicente Rocafuerte para que lo conociera en privado, todavía en manuscritos.

Ahora bien, Juan Montalvo, a pesar de que en algunas de sus páginas dio muestras de haber apreciado los talentos poéticos de aquel autor, se burló de la tal adulación a Flores, desmedida y ostentosa, y aun hizo notar lo que ella tenía de simple imitación. Léanse las siguientes palabras de su celebrado libro *Siete tratados:*

Calystenes dice que el mar de Panfilia se agachó para adorar a Alejandro: Olmedo quiere que el Chimborazo haga la propia demostración con un mosquito: *Rey delos Andes, la ardua frente inclina, —que pasa el Vencedor.*— Esta cláusula tan bien rompida conviniera a la grandeza de Bolívar, antes que al jefe hiperbólico que pasaba caballero en un chivo a destruir los huevos de grulla 16

En cuanto al temido Otamendi, azote de los atropellos y puniciones de Flores, nuestro escritor dejó también su personal testimonio. Porque pudo verlo de cerca, en los años de la niñez y en la casa paterna de Ambato. Pero la figura con que le hace comparecer tiene más bien de dignidad y de cierta altivez heroica. Lo cual no es de extrañar si se sabe que Montalvo, amante de la grandeza, y cultor de su propia grandeza, tendía a magnificar a los personajes que evocaba, componiendo las escenas correspondientes a su actos con una atmósfera de superior solemnidad. Esta, desde luego, es otra característica que contribuye a acentuar la similitud que hay, y que he señalado en otro capítulo, entre las personalidades de Domingo Faustino Sarmiento y Juan Montalvo. Efectivamente, también el primero, que tanta fe mostraba en sus talentos geniales, y que tan penetrado estaba de su destino de grandeza, sentía una propensión natural a desmesurar la con-

16 Siete *tragados*, Circulo de Lectores. Tomo II, pág. 139-

Templación de seres y cosas de la historia de su país, la Argentina. Como especialmente lo prueban las páginas de su. *Facundo.*

Mas, en lo que toca a mi biografiado, conviene que deje que otros sopesen exactamente lo que haya de inclinación tal vez idealizadora en su imagen del logro del negro Juan Otamendi , y que recoiniende ante todo la vividez y frescura de e:;c. recuerdo, mediante la trascripción que hago en seguida. De esa manera alcanzaré a iluminar, con sus mismas palabras, originales y estéticamente deleitosas, algo del ambiente de su infancia en esos años de la dictadura de Floreana.

Otamendi hacía temblar el mundo. León en la guerra, se llevaba con su lanza legiones de españoles. Era de esos llaneros que, como iba huyendo el enemigo a todo el correr de su caballo le levantaban por atrás las faldas de la casaca, para alancearlo con aseo. Este negro rayo de los campos de batalla, era, después de la independencia, el papa trasolla de las poblaciones; del Ecuador, sin que se sepa por qué. Al nombre Otamendi, los hombres perdían el color, las mujeres se desmayaban, y los niños corrían a guarecerse en el regazo de sus madres. Un día hubo gran movimiento en mi casa; movimiento inusitado y asustado: ¿qué iba a suceder? La gente iba y venía, el nombre de Otamendi sonaba a cada instante, y todos, grandes y pequeños, sentíamos hormiguillo en el cuerpo, como si estuviéramos esperando la visita de un aparecido. El gravamen público de los alojamientos militares no existía ya; pero *el hotel*, este francés cosmopolita, no había aún invadido esos países (escribe desde Francia), y los forasteros se hospedaban en las casas particulares. A Otamendi le plugo elegir la de mi padre: llegó en efecto con un piquete de lanceros, negros formidables, de morrión abombado con fiador de cuero de oso. La banderilla roja de la lanza, pabellón de la muerte, estaba prometiendo sangre: ¿cuántos íbamos a quedar con vida en mi casa y en el pueblo? Echó pie a tierra el general, negrazo bien cortado, elegante, bello en su especie, y tomó posesión de su departamento. Mi padre pasó inmediatamente a hacerle la visita de etiqueta, que fue pagada como entre reyes, allí en seguida, sin más tiempo que el que hubo menester nuestro terrible huésped para deponer el vestido de viaje, y vestirse de ciudad. Bien se me acuerda esa estampa, porque la estuve viendo tras una puerta: pantalón blanco, de paño; casaca azul, muy larga, de vueltas cruzadas y cuello alto, como son los retratos de los héroes de la independencia. Concluida su visita, mi padre se vino ala familia, y dijo: Qué negro tan fino y cortesano! Ese bebedor de sangre era hombre culto y fino; y de crímenes suyos, no tengo noticia, sino es el de Riobamba, Ahora ved si las circunstancias en que fue cometido no son de lasque la ley llama atenuantes, Un magnate convida a las personas principales para un baile: Otamendi, que se halla de paso en esa ciudad, recibe la invitación personal del anfitrión, acepta y ofrece ir con su esposa, invitada también muy encarecidamente. A hora fija, de brazo con ella, se presenta en la sala. Todos los asientos están ocupados: vuelve los ojos alrededor, y no ve a dónde pueda colocar a su mujer: ni señoras, ni caballeros se ponen de pie, y está reinando un lóbrego silencio. La burla era pesada, la afrenta escandalosa. Con tamaña herida en el corazón, él, general guerrero de los más afamados, cuyos servicios en la campaña de veinte años habían sido grandes, se retira sin proferir un término: aun quieren decir que al irse hizo una profunda reverencia a las señoras; pero hubo quien viese cruzar por su mirada una centella de muerte, Cuando salió el ofendido, fue ese un alzamiento de alegría cuyas carcajadas fueron

a herirle alevosamente por la espalda. Oh Dios gente imprudente, gente loca, ¿que habéis hecho? *¡Otamendi! ¡Otamendi!* Otamendi cae allí como un huracán, encendidos los ojos, desnudo el acero; pero no mata a ciegas, no degüella: busca al autor principal del insulto, le persigue por los jardines por donde huyen los hombres, le da alcance, le pasa de parte a parte con su espada. No le mató el en persona; lo hubiera tenido a menos, porque el negro era soberbio; a un paso estaba del orgullo, afecto ardiente que levanta y salva muchas veces: lo hizo alancear con uno de sus soldados)'

Con esas imágenes ha dejado Montalvo constancia de sus impresiones personales sobre el general Juan Otamendi. Pero es evidente que quiso callar referencias conocidas de muchos en torno a los jadeos sangrientos de aquel militar que se satisfacía con las voluptuosidades de la muerte. En Miñarica no hubo dentelladas más feroces que las de Otamendi. Y desde 1839, en que Rocafuerte, sucesor de Flores en un cuatrienio constitucional, devolvió a éste el goce del mando, hasta su derribamiento final en 1845, el negro temible no dejó de sofocar insurrecciones y descontentos con su brazo armado. Probablemente esto lo había experimentado mejor que mucha gente el propio hermano del escritor, doctor Francisco Montalvo, que luchó ardorosamente hasta la liquidación de la dictadura, en las filas de la oposición.

Ese hermano condenó en 1843 todas las cínicas estratagemas del general Juan José Flores, que logró hacer aprobar una constitución oprobiosa, certeramente bautizada por el pueblo con el apodo de Carta de Esclavitud, y que consiguió simultáneamente hacerse elegir por tercera vez, mediante el voto cobarde de una Convención Nacional, presidente de la república. Muchas desazones tuvo que soportar, desde luego, el doctor Francisco Montalvo, por causa de su beligerancia. Perdió primeramente la representación que ostentaba en el Cabildo de Quito. Luego se lo aprehendió, y recibió orden de destierro, Custodiado por un piquete de soldados llegó entonces cabalgando a la ciudad de Ambato. Se le permitió, ahí, desmontarse en la casa paterna. Entre ruidos de sables y voces de prevención pasó a despedirse de su acongojada familia. Don Marcos, de cincuenta y siete años, le abrazó una y otra vez recomendándole fortaleza, y luego silenciosamente le dio las espaldas, buscando su habitación desolada. Por el sacudimiento casi eléctrico de sus hombros se adivinaba que se iba hipando con un llanto mal contenido. Lo que es la madre lloraba abundantemente, a vista de todos. Los sayones, habitualmente enemigos de ternezas y desahogos sentimentales, abreviaron la escena sacando a su prisionero casi a empellones. Lo llevaban a Guayaquil, para que allá se embarcara con rumbo al Perú. Apenas alcanzó, como en último ademán de sus adioses,

El Espectador . Medellin Colombia. Editora Beta. 975. *págs.* 293-294.

a acariciar el cabello bruno y ensortijado del menor de sus hermanos, niño de sólo once años de edad. Esa criatura, que lo había observado todo con una conmoción profunda, que miraba ansiosamente a cada uno de sus íntimos, y más a la víctima de esos atropellos, y que veía con una enorme concentración de odio y de cólera a la tropilla bárbara de Flores, era no ot1 que Juan. Juan Montalvo, el futuro sagitario, el despellejador insobornable de tiranías, el execrador insustituible de vicios e iniquidades de la vida pública.

Como suele ocurrir en el período de la infancia, aquel ultraje consumado en los aposentos de su propia casa, y en la persona de su propio hermano, dejó en nuestro escritor una lesión moral de la que no se curó jamás. Tal fue el principio de su turbulento e insigne destino. Precisamente la primera prosa que escribió fue una prosa política, de maldición de las dictaduras. Y el tema—eso es más revelador— fue el de la celebración del séptimo aniversario de la caída de Juan José Flores. Tales páginas las leyó en un acto de jóvenes estudiantes, en Quito, en 1852. A sus veinte años de edad.

La brutalidad de la tiranía le había puesto un arma en la mano: la del polemista nunca superado.

CAPITULO V

En Quito se inicia su carrera

"Sucedió por entonces que volviese del Perú mi hermano primogénito desterrado por Flores (esto del destierro por asunto de patria y libertad, nos viene a nosotros de familia); volvió mi dicho hermano, y cargó conmigo a la capital". Esto lo ha dicho el escritor en el número 12 de *El regenerador* —Casa Editorial Garnier, páginas 236 y 237—. Y así ocurrió exactamente, en 1845 ,cuando Juan contaba apenas trece años de edad. El doctor Francisco Montalvo había cumplido ya su exilio en tierras peruanas. Se encontraba de nuevo en nuestro país desde hacía algunos meses, para poder concurrir, como diputado, al Congreso de 1844. Esa representación la ejerció, en efecto, con su disposición digna y autonómica de siempre. Pero a poco tiempo, el 6 de marzo de 1845, se produjo la final conmoción antifloreana. Esta vez ella se gestó principalmente en Guayaquil, y no hubo ni otamendis capaces de sofocarla. El tirano se vino abajo. En medio de la agitación, y reclamado por ésta, el doctor Montalvo había tenido que trocar la toga parlamentaria por el fusil de guerrillero. Intervino con ardor y coraje en varios enfrentamientos armados contra las fuerzas dictatoriales; sobre todo en uno muy encarnizado: el del Tablón de Machangara, en el Azuay. Salió victorioso. La consecuencia inmediata que de todo eso se derivó para él fue la de otra designación como diputado. Ahora, ante la Convención reunida en Cuenca en ese mismo año, en la que volvió a brillar con su elocuencia, que era tan verdadera como la solidez de su doctrina liberal, y tan singular como su denuedo de combatiente, y tan suscitadora como sus talentos de maestro o su fervor en la acción pública. Hombre superior era, realmente, aquel hermano primogénito de mi biografiado. Pero con tal evidencia lo era, que éste, algunos años después, "solía repetir

a menudo que conocía sino un destello, una sombra comparada su capacidad con la del difunto don Francisco”. 8
Una de las primeras determinaciones de la aludida Convención de Cuenca fue elegir Presidente de la República a Vicente Ramón Roca, quien, a su vez, nombró al doctor Montalvo Director de Crédito Público. Parece que lo hizo mediante recomendación deL general José María Urbina, personaje que había conducido el movimiento rebelde de Guayaquil y cuya ascensión política se mostraba ya con caracteres de vigor y firmeza. El doctor Montalvo armó su equipaje en la nativa ciudad de Ambato y rumbeó hacia la capital en compañía del menor de sus hermanos. Quería para éste una buena educación, porque apreciaba las revelaciones de su temprana inteligencia. Ese muchacho, que para entonces ya era buen dominador del caballo, cumplía así su primer desprendimiento de la lumbre familiar; su primer largo viaje, con todos los estropeos e incertidumbres del trote de las bestias, a través de la hosquedad cordillerana.
En Quito se instaló con las limitadas comodidades de aquel tiempo. Su primera reacción fue la que en él se manifestó siempre, en todos los alejamientos de su tierra: la propensión deambulatoria. Comenzó pues a trajinar, solitario, por un costado y otro de la urbe. El sol quiteño, tan neto en la concreción de formas y matices, aclaró con su luz, ante las miradas transeúntes de la calle, la silueta de ese adolescente: alto para su edad, flaco, de cuello erguido, con ropas limpias de color oscuro. Dos detalles se destacaban sobre la prietez de su rostro, bien proporcionado pero con ligeras picaduras de viruelas: el fulgor de unos grandes ojos negros y el gracioso ensortijamiento del cabello, bien cuidado e igualmente bruno. Caminaba despacio, aunque sin pereza, como lo hizo siempre. Era ese el compás del observador y el taciturno, condiciones personales que le caracterizaron desde muy temprano. Sentía un vacío interior, que asimismo le fue constante por la dolorosa reiteración de sus ausencias: el vacío que produce la falta de las imágenes queridas: del hogar, de los íntimos, del pueblo, del paisaje de la comarca nativa. Allá en la distancia habían quedado, por primera vez, las lágrimas y rezos de su madre, los aposentos acogedores de la casa paterna, la melancolía inconfundible del golpe de las campanas de la iglesia, tan cercana, los rostros de los pocos amigos, el acongojado sonido errante del río Ambato, sus vegas floridas y la breve colina en que aroman el aire los huertos de la quinta familiar de Ficoa.
Este Quito por el que ahora se mueve tiene para él, como para cualquier forastero de sensibilidad, sus tristezas y sus encantos. El contorno
Roberto Andrade Montalvo y García Moreno Ensayos históricos y biográficos Tomo I Guayaquil imprenta tu reforma 1925 pag. 12

natural, tan atrayente y armonioso, con la ondulaciones y la cima del Pichincha —montaña tutelar de la ciudad—, con los suaves recuestos de las colinas o las violentas tajaduras de los cerros, parece haber movido la mano de los que fueron levantando la urbe, de manera que llegó a establecerse una consonancia fiel entre las torres y los riscos, las cúpulas y las lomas, los muros y los flancos de los montes. Y las calles, irregulares yen declive, vinieron a ser como la rúbrica impuesta por las sinuosidades de ese paisaje voluntarioso, dulce y abrupto a un mismo tiempo.
Los habitantes de la pequeña capital llegan entonces, quizás, a sesenta mil. Esto es, después de todo, a una cifra cinco veces superior a la población que en esos años vive en Ambato. Por eso el futuro escritor, a quien no se le escapan las diferencias, tiene por primera ocasión la experiencia de un ambiente algo más animado que el suyo propio. No obstante, la impresión que de lo humano recibe, en forma global, es más o menos la misma: abundan la indiada y los mestizos de poncho. La descalcez y la miseria comparecen por todas partes por donde mueve los ojos. La capa española y el sombrero de copa, o con achatamiento de hongo, son más escasos, porque pertenecen a una minoría blanca, o relativamente blanca. Ni siquiera después de corridos veintidós años de aquel arribo de Montalvo niño a la ciudad de Quito, la imagen melancólica y cenicienta de esas gentes había mejorado. Para comprobarlo es suficiente leer las notas de viaje del inglés James Orton, que aluden a los incontables “limosneros en harapos o ropas de costal, que extienden sus léperas manos pidiendo caridad19”, o que igualmente se refieren a esos cholos emponchados que no son “medias castas” porque el elemento indio es mucho más prominente, y cuya humildosa actitud es la de arrimarse a las paredes de las casas para disfrutar por lo menos del sol; a los frailes de blanco y negro con inmensos sombreros, a los soldados sin zapatos, a los aguateros que caminan “con un trote de perro”.
Pero no únicamente ese forastero británico dejó dicha laya de impresiones. En 1853, Miguel M. Lisboa llegó a escribir que “en parte alguna de América vio tanta gente descalza como en Quito”. Ni, tampoco, una soldadesca más agresiva con los pobres indios, a los que vejaba en plena vía pública sin que nadie se condoliera ni reclamara por ellos. En las plazas del mercado, en medio de la acostumbrada garantía de las ventas, los soldados les embargaban provisiones y forrajes para transportarlos, sobre los lomos de los mismos infelices, a los cuarteles. Les obligaban, además, a acarrear agua, a barrer los edificios de las tropas, a lavar las inmundicias.

9 Eliecer Enríquez, recopilador de notas, Quito a través de los siglos, Quito, imprenta Municipal. 1938

Dada la coincidencia legitima de estas observaciones con las que pudo captar Montalvo, en sus primeros años de Quito yen sus estadas posteriores, ¿no es absolutamente explicable que también se parezcan las conmovedoras referencias de los dos autores sobre el indio? Hablar de similitud de sentido no es por cierto, en ningún caso, tratar de reconocer igual valor literario a los dos testimonios. El de Juan Montalvo será siempre lo que es: único por las personalísimas excelencias-de su estilo, tan exacto y reflexivo como estéticamente seductor. Se lo puede encontrar en el postrero de sus libros —*El espectador—,* escrito en París, de 1886 a 1888. Así había sido de imperecedero el efecto de la imagen de esas indios de Quito. Como se acostumbra citar insistentemente sólo una frase de aquel testimonio suyo, será mejor que se lean a lo menos todas estas líneas, tomadas de ahí mismo:
No escribiría yo en conciencia, si me pusiese a sincerar a los hispanoamericanos del modo como todavía tratan a los indios. Los indios son libertos de la ley, pero, ¿cómo lo he de negar? son esclavos del ahuso y la costumbre- El indio, como su burro, es cosa mostrenca, pertenece al primer ocupante. Me parece que lo he dicho otra vez, El soldado le coge, para hacerle barrer el cuartel y acarrear las inmundicias: el alcalde le coge, para mandarle con carta a veinte leguas: el cura le coge, para que cargue las andas de los santos en las procesiones: la criada del cura le coge, para que vaya por agua al rio; y todo de balde si no es tal cual palo que le dan, para que se acuerde y vuelva por otra, Y el indio vuelve, porque ésta es su condición, que cuando le dan látigo, templado en el suelo, se levanta agradeciendo a su verdugo: *Diu su lu pagui, amu*: Dios se lo pague, amo, dice, a tiempo que se está atando el calzoncillo. maloliente, infeliz criatura. Si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado *El Indio,* y haría llorar al mundo. No, nosotros no hemos hecho este ser humillado, estropeado moralmente, abandonado de Dios y la suerte; los españoles nos lo dejaron hecho y derecho, como es y como será por los siglos de los siglos.20
También otras impresiones, proyectadas por aquel fondo humano de la capital, o eventualmente por los rasgos del contorno físico, o por los hábitos sociales, en que no faltan ni las predilecciones de familia por ciertas bebidas; o por el revuelto y tragicómico ambiente de la vida pública —'-esto sobre todo—, fueron entrando en las páginas que nuestro escritor llegó a elaborar más tarde, de modo incesante. Aunque no lo precise él, con reiteradas alusiones de lugar, sus contactos con la realidad de la urbe quiteña determinaron apreciablemente el curso de sus observaciones, de sus anécdotas, de sus juicios.
Tras un siglo y medio, que es casi lo que ha corrido, habrá muchos a quienes se les haga difícil redondear para sí una representación del Quito de entonces. Las ciudades sufren mudanzas constantes, ya veces tan drás-

2 ***El espectador.*** ibid, págs. 302y301.

ticas y presuntuosas que ciertos rincones que no ha visto en otro momento de su existencia, ya los que intenta aprisionarlos nuevamente con los ojos, ya no están nunca más en su sitio, pues que la mano de las modernizaciones —mano a veces vandálica— los ha hecho desaparecer sin dejar ni rastro de ellos. La capital ecuatoriana ha cambiado mucho, y ciertamente debió cambiar todavía más para el cabal disfrute de los bienes del progreso. Pero sus mutaciones y su desarrollo no siempre han respetado lo que se tenía que respetar, y del coloquio mágico a que he aludido, entre las líneas arquitectónicas urbanas y el perfil de sus lomas y sus cerros, apenas si se ha salvado, desgraciadamente, un breve puñado de construcciones y lugares. Porque no se olvide —¡ay!--— que con los forcejeos de población hasta la fisonomía ondulante de sus amables colinas ha sido torpemente vulnerada. Para conseguir, pues, una imagen algo fiel y gráfica de aquel pretérito centenariamente lejano se hace indispensable recogerlos apuntes de los viajeros que pasaron viendo a la ciudad con atención, y que se empeñaron en describirla. Es por eso que he tenido que recordar el testimonio de Orton, y el de Lisboa. Pero a más de sus memorias están, como para el caso, las de Ernest Charton y de Edward Whymper: francés el primero, e inglés el otro. A través del cristal límpido de ellos es posible que contemplemos ahora las características de ese Quito del ochocientos, aquel que recorrió Montalvo, con mirada quizás vehemente, por primera ocasión. Allá se descubren sus veinte calles estrechas, algunas de polvo, que se cruzan en ángulos rectos. Las aceras de casi todas son derrengadas y mezquinas: la maldición de su incomodidad y descuido, con adelantos y todo, dura hasta ahora! El aburrimiento, y aun una perceptible atmósfera de pesadumbre, parece que invariablemente rodaran por esas vías, desoladas en un buen número de horas. Desde las ocho de la noche todo está callado, casi como muerto. Apenas, por algún lugar, en brevísimos instantes, casi como un suspiro de queja solitaria, suena el rondador del sereno, cuyos pasos descalzos avanzan al amparo de la luz errante del farol. Durante tres horas, de siete a diez, hay también un alumbrado mortecino en lo alto de las puertas de las casas: sus propietarios están obligados a colgar una especie de lámparas de vela de sebo, a menos que sea noche de luna, y esas velas expiran precisamente a las diez.. Todo se convierte, entonces en un inmenso mar de sombras.

Pero hay —es natural— alguna casa de la clase pudiente en donde eventualmente ocurre una velada. A Ernest Charton, no con otra recomendación que con la de ser un viajero francés, se lo invita a una de aquellas reuniones nocturnas del Quito del siglo anterior. Se encamina pues hacia sus anfitrionas, que son un grupo de cinco señoras maduras y dos mucha-

chas. Las primeras comparecen envueltas en chales, y presuntuosas aunque mal peinadas. Las jóvenes llevan vestidos negros de seda, y muestran un encanto virginal y ruboroso. Charton es introducido en la amplia sala de recibo, que está en el segundo piso. La planta baja, a la que se tiene acceso por un portón y un zaguán empedrado, es de pequeños cuartos arracimados en los corredores que circuyen al patio, también de piedra. Y están ellos destinados a media docena de criados baratos, sucios y mal nutridos. El ambiente del salón de arriba es acogedor. Le place sin duda al visitante francés. Las dueñas de casa, además, le llenan de lisonjas, como para hacerle cobrar confianza, mientras inician la conversación. A la verdad, todo extranjero que llega de naciones remotas, a esta capital que ha permanecido en triste aislamiento, se presenta ya, por ese solo hecho, haya o no razones valederas, iluminado de raro prestigio. Los quiteños tienden cordialmente a hacerles sentirse superiores. Y los viajeros se dejan muchas veces embelesar y convencer, con una multitud de promesas, sin ni lejanamente presentir que todo se reducirá a simples palabras: al consabido “yo te lo ofrezco, busca quién te lo dé”, que es el sello de nuestros habituales tratos hasta hoy. Casas, caballos, sirvientes, todo lo ponen verbalmente, en frases opulentas, a disposición del extranjero, pero a la hora de las horas nada se cumple: los ofrecimientos han sido cosa de plantillas: de puras fanfarronerías. Probablemente Charton ya está advertido de ello. Por eso disfruta únicamente de lo que le depara el instante. Que no es mucho, por cierto. Las damas que le han invitado esta noche son de las que no leen jamás, ni piensan nada que no sean trivialidades. Su parlatorio se concreta de pronto en chismes sobre el tejemaneje de amores frustrados, sobre noviazgos y astutos enlaces conyugales. Y mientras conversan, esas mujeres maduras se afanan en fumar enormes cigarros, demostrando que realmente han adquirido el vicio de hacerlo: de rato en rato lanzan con singular puntería ‘chorros de saliva” sobre el”cojinillo” que tienen al pie y que les sirve de blanco. Por el silbo con que arrojan esos salivazos le dan a Charton la impresión de los viejos “probadores de vino”.

A la media hora de iniciada la plática, e aturdido forastero recibe otra sorpresa, más ingrata sin duda. Empieza a sentir comezones que no le dejan tranquilo en su asiento. Y que le saltan de una parte a otra del cuerpo. Pero la causa se le revela en seguida, porque ve que una de las matronas, “como un cazador al acecho, deslizaba la mano en su blusa, cogía delicadamente entre el pulgar y el índice un insecto que no nombraré y después lo arrojaba negligentemente al espacio”. Entre torturas, repugnancias y fatigas de toda la sosería coloquial, llega por fin, a las once de la noche, la hora de servirse la taza de chocolate aromoso con grandes peda-

zos de queso blanco, preparados realmente para las delicias de cualquier gusto exigente. Y otra vez, hasta el momento de poner término a la velada, el martilleo de la conversación, los cigarros y la cacería casi indisimulada de los piojos.
Afuera, mientras tanto, se ha desbordado la soledad nocturna. No hay sino el azul ilimitado, el monetario deslumbrante de los astros, el aire cortante de las sierras, el acento dolorido del rondador que toca el sereno.
Los días de aquel Quito son por fr común, no desde el punto de vista de la luz sino de los ánimos, pardos y monótonos, como la piel del jumento. Ciudad triste la llaman algunos de los extranjeros que pasan por ella, pues que no encuentran almacenes espaciosos, teatros, salas de conciertos, museos, ni movimiento de carruajes. Algún jinete turba de cuando en cuando la paz, con el tamborileo de los cascos de su caballo. Igual lo hace el arriero pringoso, que con silbos y gritos de mula, mula! se abre paso conduciendo a sus bestias. El primer coche, en verdad, no se introduce aquí sino en 1859, tirado por un solo animal. Y, no obstante su inocente simplicidad, produce la alarma de la policía, que multa al propietario. Los desocupados se mueven especialmente por los sitios céntricos, con el gesto del que no "necesita hacer dinero, aunque todos están necesitados de él". Gran cosa es para ellos la capa española, que "evita que sus brazos hagan algo, oculta su pereza y desnuda su orgullo".2'
Los mejores edificios, de dos pisos, se hallan en aquellos lugares céntricos, alrededor de las plazas. Estas son tres: la Plaza Mayor, la de San Francisco y la de Santo Domingo. Todas tienen en el medio un hermoso tazón de piedra, que se coima con las aguas frescas y puras del Pichincha. La primera, en que están el Palacio de Gobierno, las casas del Ayuntamiento y del Arzobispado y la catedral metropolitana, se halla cubierta de pavimento, y ha sido embellecida con árboles y flores. En torno de su fuente la banda de músicos del batallón capitalino, al atardecer de los jueves y los domingos, acostumbra dar, par el ansiado esparcimiento colectivo, retretas magníficas, que prepara y dirige un maestro español. No todo muestra pues el color opaco del aburrimiento. En los portales de la misma Plaza Mayor, de piso embaldosado, hay también una cotidiana imagen colorinesca y animada: la de las cachivacheras, o cajoneras, como hemos sólido llamarlas: venden camisas, blusas, bordados, cintas, hilos y utilería menuda para la costura de los hogares. Y muchas jóvenes, bien acicaladas, acuden a esos portales acompañando a sus madre'. para el alegre regateo de las compras.

21 Referencias de James Orton, ibid.

Las otras dos plazas son polvorientas - Se las destina a increados Su concentración de gentes es habitual en los días de feria. Bullen entonces esas plazas de pregones y rumores. Hay artesanos que exhiben cofres, sillas y guitarras. Buhoneros cargados de espejos, botones y baratijas. Expendedores de patatas, granos, sal, harinas y verduras. Fruteros. Canasteros. Las tortillas de papa y de maíz se doran, para la venta a los pasantes, en grandes latas acomodadas sobre ascuas de carbón. Las agitaciones y trajines de esas ferias populares confunden en una masa abigarrada a damas de chales importados con 'bolsiconas", o mujeres humildes vestidas de blusa bordada y bolsicón, falda corta de bayeta que deja apreciar una pierna robusta y bien torneada; a cholos de poncho, llegados de las haciendas vecinas, con indios aguateros, y con yumbos que traen en canastos cilíndricos, boquianchos, puestos sobre la espalda y atados a la frente por medio de tiras de fibra vegetal, porciones de frutas, yerbas medicinales, cortezas y adornos de plumas, oque esperan vender pequeñas jaulas en cuyo interior resplandecen los colores paradisíacos de los pájaros de la selva.

Hay otros dos tipos de estímulo general que provocan la concentración de las gentes y ayudan, siquiera transitoriamente, a ahuyentar su aburrimiento rutinario: el uno es piadoso, y el otro despiadado y bárbaro. Ambos se hallan bajo el ala protectora de las autoridades. El primero consiste en procesiones multitudinarias, convocadas no únicamente por el bronce de las torres principales, sino también, en varias solemnidades, por las salvas de los cañones. El pueblo se almea en hileras compactas, y avanza por las vías céntricas de la urbe entonando cantos litúrgicos o siguiendo las letanías que, con acento penetrante, llegan a sus oídos desde la parte delantera, presidida por frailes y funcionarios. Estos movimientos religiosos, compartidos por la sinceridad de la fe y la torpe espectacularidad de una falsa Devoción, fueron contemplados una y otra vez por Juan Montalvo, en sus años quiteños de la adolescencia y en sus eventuales estadas posteriores. Y, desde luego, sus impresiones saltaron a la página escrita. Una muestra de ello se puede advertir ahora en el "libro de las verdades", o *Mercurial Eclesiástica,* de 1884. Que esta suerte de enorme congregación popular tuviese el amparo gubernamental es cosa que se entiende con sólo reparar en la premeditada alianza de clero y poder, que frecuentemente se ha producido en la historia política de este país, y contra la que hizo armas nuestro prosador.

El otro estimulo de reunión del vecindario quiteño de entonces es la pelea de gallos, y goza de la simpatía oficial porque sobre el dinero de las apuestas recae uno de los impuestos de la municipalidad. La gallera está por ahí mismo, en uno de los costados del centro de la ciudad. Su divertí

fluente, cruel por donde se lo mire es más bien propio del hombre de poncho, que cría los gallos para la riña, que los vigila y alimenta especialmente, que los prepara y amaestra día por día, y que escoge el de estampa más arrogante y espuela más aguerrida para lanzarlo contra su contendor en el breve circo de la parroquia. Se establecen condiciones para ese enfrentamiento de las pobres aves, destinadas a un doloroso desangre o exterminio. En algunas ocasiones sólo se les afila, a navajazos, las espuelas, mientras que en otras se llega a reforzar su punzada mortal agregando a cada una de ellas un trozo de cuchi]la. Por lo común, en los minutos de tregua que median entre los ataques feroces de los dos gallos en riña, se les reacomoda el revuelto y sangriento plumaje y se les sopla un trago de aguardiente en el pellejo de la cresta, que tiembla como un diminuto penacho de guerrero. El desenlace trágico, en que generalmente uno de los gallos “agacha el pico” para siempre, o sea que se queda yerto sobre el polvo, no llega sino después del grito agudo de los apostadores, de las voces admonitorias del juez, de los comentarios, dichos irónicos e interjecciones de los espectadores, de las incitaciones rabiosas y enronquecidas de los bandos contrarios. Terminados los combates, pues que hay tiempo para algunos. el público sale de la gallera. En el ciclo de la atardecida as nubes. anaranjadas, enrojecidas violáceas, parece que reprodujeran el revuelo frenético de esas aves. como abrazadas por la mutua acometida de sus espolones

las distracciones privadas y de algún refinamiento son en verdad escasas. En algún hogar de centro de la ciudad. en ciertas momentos de quietud insondable, se oyen sonar las nota,; límpidas de un piano, tañido por las llanos de alguna joven solitaria. () se escucha el acento acongojado de una guitarra. ( ) aun —lo que es más raro se perciben las dulzuras inconfundibles de las cuerdas del arpa, tocada a veces por algún humilde músico ambulante, de poncho)’ sombrero, que se arrima con su instrumento en la pared de los zaguanes y ejecuta sencillas canciones populares. Hay más de un transeúnte sensible que se aproxima con delicadeza hasta las puertas de calle, comúnmente forradas de cuero de res o de hojas de lata. para deleitarse con aquellos sones cristalinos.

.a adolescencia y los años iniciales de la juventud de Juan Montalvo están rodeados de la atmósfera del Quito de entonces. No sólo pesa en su formación, en aquel apreciable período de siete años —1845 a 1852—. el ambiente de las aulas, de instructores y condiscípulos, pues que también la ciudad misma ejerce, sin duda, una callada pero eficaz influencia en el desarrollo de su carácter y en la maduración de sus facultades. El doctor Francisco Montalvo lo ha matriculado ene1 Colegio de San Fernando, que

fundaron los padres dominicos en el siglo diecisiete. Este se halla precisamente situado frente al convento de Santo Domingo, cuyas celdas se muestran contiguas a la iglesia, en una de las tres plazas principales de la urbe. Desde ahí no hay sino cuatrocientos metros hasta el Palacio de Gobierno. Tiene el colegio, a lo largo de su fachada, un estrecho, penumbroso y tranquilo portal, que ahora pertenece a la morada de las monjas de los Sagrados Corazones. En la esquina del suroeste, la plaza de por medio, dando cara al colegio, se alza la casa de dos pisos en que vivirá, años más tarde, Gabriel García Moreno, uno de los futuros y mortales enemigos de aquel adolescente, y suscitador impresentido de una parte muy significativa de su obra de escritor. También en el costado del sur, ahí muy cerca de los ojos, se dibuja el verdor suave, de grama y de árboles, de la graciosa colina de E! Panecillo. Tal es el lugar de sus caminatas solitarias y contemplativas. Poco después lo será de sus paseos con los compañeros más íntimos de su promoción literaria, particularmente con el poeta Julio Zaldumbide. Por fin, asimismo en el alrededor cercano, hacia el occidente, se deja ver una parte del perfil del Pichincha, con la exacta porción de ladera en que dos decenios antes las fuerzas de Sucre ganaron la batalla de la independencia del Ecuador. Juan Montalvo —estudiante del San Fernando— disfruta ya de la imagen cotidiana de esa montaña, y en más de una vez trajina por ella, atesorando, sin intuirlo, impresiones para “Los héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana”, capítulo de uno de sus libros de mayor renombre internacional: *Siete tratados.* Recuérdese en efecto que hay en esas páginas un niño que anda por las soledades del glorioso flanco del Pichincha y que, por la saturación de la atmósfera histórica, se siente transportado a los hechos propios del pretérito. Ni más ni menos que lo que le sucedió al Montalvo de la adultez en sus recorridos por los lugares memorables de Europa. De ahí se deduce el fácil reconocimiento del autor mi5mo en aquella criatura, aunque eso no se nos haya descubierto a través de una confidencia más explícita. Obsérveselo en seguida:

Un día subió un niño a las alturas del Pichincha; niño es y sabe ya en donde está, y tiene la cabeza y el pecho llenos de a batalla. El monte en las nubes, con su rebozo de nieblas hasta la cintura: gigante enmascarado, causa miedo. La ciudad de Quito,
sus pies, echa al ciclo sus mil torres: las verdes colinas de esta linda ciudad, frescas y donosas, la circunvalan cual nudos gigantescos de esmeralda, puestas como al descuido en su ancho cinturón. Roma, la ciudad de las colinas, no las tienen’ más bellas, ni en más número. Un ruido llega apenas a la altura. confuso, vago, fantástico, ese ruido compuesto de mil ruidos, esa voz compuesta de mil voces que sale y se levanta (le las grandes poblaciones. El retintín de la campana, el golpe del martillo, el relincho del caballo, el ladrido del perro, el chirrido de los carros, y mil ayes que no se sabe uno de dónde proceden, suspiros de sombras, arrojados acaso por el hambre de su aposento sin hogar, y subidos a lo alto a mezclarse con las risas del placer y corromper-

las con su melancolía. El niño oía, oía con los ojos, oía con el alma, oía el silencio, como está dicho en la Escritura, oía el pasado. oía la batalla. ¿En dónde estaba Sucre? Tal vez aquí, en este sitio mismo, sobre este verde peldaño: pasó por **allí,** corrió por más allá, y al fin se disparó por ese lado tras los españoles fugitivos. Echó de ver un hueso blanco el niño, hueso medio oculto entre la grama y las florecillas silvestres: se fue para él y lo tomó: ¿será uno de los realistas? ¿será uno de los patriotas? ¿es hueso santo o maldito? Niño! no digas eso: hombres malditos puede haber; huesos malditos no hay. Sabe que la muerte, con ser helada, es fuego que purifica el cuerpo: primero lo corrompe, lo descompone, lo disuelve; después le quita el mal olor, lo depura: los huesos de los muertos, desaguados por la lluvia, labrados por el aire, pulidos por la mano del **tiempo,** son despojos del **género humano: de este ni de ese hombre,** no: los de nuestros enemigos no son huesos enemigos; restos son de nuestros semejantes. Niño, no los arrojes con desdén. Pero se engañaba ese infantil averiguador de las **cosas de la tumba: los huesos de nuestros padres muertos en Pichincha son ya gaje** de la nada: el polvo mismo lomó una forma más sutil, se convirtió en espíritu, desapareció, y está depositado en la ánfora invisible en que la eternidad recoge los del género humano. —Hubiera convenido que ese niño, que no debió de ser como los otros, hallase en el campo de batalla una columna en la cual pudiese leer las circunstancias principales **de ese gran acontecimiento,**

Claro, ese niño, que no era en verdad como los otros, no podía sino haber sido el propio autor, en los años iniciales de su estudio en el Colegio de San Fernando. Amaba él las enseñanzas. Las aprovechaba con fervor y disciplina, auxiliado por una memoria excepcional, cuyo ejercicio se le iba tornando cada vez más fiel y constante. La historia estaba en el reino de sus predilecciones, según lo iremos advirtiendo mejor a medida q'ie caminemos en su compañía. Sentía como nadie la fruición del pasado. De un pasado sin las escorias, vulgaridades y pequeñeces de la vida real, Las impresiones presentes se le enlazaban así con las imágenes del mundo abolido de años lejanos, y se suponía existiendo —rara sutileza de los gozos— en un ámbito en el que habían desaparecido las fronteras entre lo actual **y** lo pretérito. La atmósfera de aquel colegio quizás le servía de incitación para empezar a obstinarse en esa ilusoria reminiscencia de otros tiempos. Porque los interiores del antañón edificio dominicano dejan percibir, hasta ahora, un aire imperturbable de otras edades, que circula por el viejo patio, y por los corredores de arcos de piedra y paredones blancos, que lo circuyen.

El alejamiento de los padres, la severidad de los frailes, la circunsperccción magisterial, la fría disposición de los claustros destinados a la enseñanza y las prácticas devotas tenían que haber hecho mella en un carácter tan sensitivo como el de aquel adolescente. Pudiera asegurarse que si no comenzó ahí mismo su misantropía —que es lo probable—, a lo menos debió ella de agravársele bajo el peso de tales circunstancias. Sus condiscípulos, años más tarde, solían recordar la temprana condición de misántropo

Con que le conocieron en el colegio: casi siempre aislado, casi siempre remiso a los juegos, observador y silencioso. Algunas veces, con el texto abierto entre **las manos. Otras, buscando la** compañía, no de ningún grupo inquieto y animado, sino de uno o dos de sus amigos predilectos, para la confidencia personal, e1 secreteo de las impresiones o el comentario de los estudios de clase y de sus lecturas. Las aficiones y experiencias de la madurez, y desde luego las largas concentraciones mentales de su profesión literaria, no hicieron sino acentuar esa conducta de esquiveces y soledad. Pero el ambiente monástico del convictorio de San Fernando le acrecentó, por su parte, la fe religiosa de que estaba imbuido, y en cuyo mantenimiento no sufrió flaquezas ni en los arrebatos de sus luchas anticonservadoras, ni en las borrascas de odio e incomprensión que levantaron sus motivados exabruptos anticlericales. Al contrario, a lo largo de cuanto escribió se encuentran expresiones que evidencian el aliento de aquella fe. Que en él nada tenía de simulación, ni de cosa adventicia e interesada. En las páginas ‘Del orador”, que están en el folleto número seis de su obra *El regenerador*, se lee la referencia siguiente: “Un crítico moderno sagacísimo, Saint Beuvc, pretende que hay palabras peculiares a ciertos individuos, según el genio o la índole de cada cual . Un hombre profunda y sinceramente religioso escribirá Dios, inmortalidad, misericordia a cada paso’’ Eso es lo que le sucedió precisamente a él. Su lenguaje. en más de un respecto excitado por las preocupaciones de lo ultraterreno y divino, no hace sino Probar la verdad de las observaciones de Saint-Beuve

Y, como fruto de sus sentimientos de amor por lo sagrado, en días de juventud y tras su formación en planteles educativos católicos parece que compuso un soneto a la Virgen María de Baños que no llegó a publicar pero que se lo conoció y conservó como de él a través de los tiempos, tomándolo de un estampa religiosa en que no se consignó más referencia que la (le que ‘‘este soneto se dio a publicidad con licencia de la tutoridad eclesiástica, después del fallecimiento del autor’’, se ha difundido el texto que sigue, como propio de Montalvo. sin que hasta ahora se lo haya puesto en tela de juicio:

“**A** la Virgen de Agua Santa”

Colgada a la cabeza de mi lecho,
tengo una imagen antigua que Seria,
en otro tiempo, imagen de María,
pues el papel está casi deshecho;
pero es tanto el amor con que la estrecho
junio a mi corazón, de noche y día,
que cuando llegue mi última agonía
la tendré ya grabada sobre el pecho.

Mientras yo viva estará a mi lado.
es para ni un tesoro sin segundo
la imagen de papel sucio y gastado.
No la Trocaría yo por todo el mundo,
ya que en ese papel quedó estampado
el beso de mi padre moribundo 22

El padre murió en agosto de 1853. Eso significa que estos versos fueron escritos después de dicha fecha, cuando el Joven Montalvo ya había cumplido sus veintiún años de edad, y se hallaba en los entusiasmos de su iniciación literaria y de sus sentimentales contactos con el romanticismo. Las formas de la poesía, como a sus compañeros de promoción, le embelesaban entonces. Otra evidencia de ello es una composición publicada en el periódico *La democracia*, de Quito, en noviembre de 1854, bajo el título de “En un álbum”, pues que la redactó para el de su amiga Amelia Revolledo de Velasco.

No obstante su inspiración notoriamente circunstancial, hay en los versos de estotro poema dulzuras de forma y vibraciones emotivas sobre el paisaje que están revelando la presencia de un diáfano talento lírico, Mal hacen pues los que dicen que desdeñan las facultades de Montalvo como poeta. Cierto es que éste se sintió mejor en la prosa, como él mismo lo ha confesado. Y nadie habrá que no reconozca que su genio creador halló especialmente adecuados los cauces del ensayo, para las producciones que entregó después. Pero nadie habrá, igualmente, que no va las excelencias de lo poético en todas sus prosas, del comienzo y la culminación.

Por ahora, aquí en el Convictorio de San Fernando lee poesías de manera preferente. Y borronea versos que revisa, corrige, y al fin, desencantado, estruja y destruye. Se va pues dando cuenta de que es esforzado todo aprendizaje consciente, aun habiendo, como en su caso, las aptitudes de una vocación genuina. Tendrá así que esperar e1 proceso de esa maduración todavía lenta, a lo largo de los cursos de colegio y universidad para los que ha sido traído a la capital. Dos de sus hermanos están cerca de él, estimulándolo y vigilando, complacidos, el ritmo de sus avances. Pero la compañía de ninguno de ellos —eso es notorio— le resulta eficaz para aliviarle de su misantropía. De su retraimiento meditativo y melancólico. El mayor de esos dos hermanos -—Francisco—- es el primogénito de entre todos los Montalvo. Está ya en los treinta y cuatro de edad. El otro —Francisco Javier— en los veintisiete. Juan —el futuro escritor— apenas cuenta catorce. La diferencia de tantos años le impide el goce de una relación más ínti-

22 Roberto Morales Almeida. Integración. Periódico Cultural.(Quito), Nº 5. (Noviembre de 1954).

ma y confidencial con aquéllos. Que, en cambio, le protegen, orientan e influyen en su gusto por las letras, Aparte de haberle creado, cada uno con su prestigio, un ambiente favorable en el mundo de sus estudios. El doctor Francisco Montalvo acude a esas aulas con agrado y confianza. Ha enseñado antes en ellas, por algún tiempo, y ha tenido entre sus alumnos a Gabriel García Moreno, Miguel Riofrío y Antonio Borrero, nombres a los que se vinculará en algún momento la historia de su hermano Juan. Habla de las capacidades de éste con autoridades y profesores del San Fernando. Porque está seguro de que esas capacidades pregonan ya una futura grandeza. (Lástima fue que el doctor Francisco Montalvo se muriera temprano, en 1852, sin alcanzar a comprobar la certeza de sus presagios sobre Juan, a lo largo de una obra que se fue colmando, con caracteres geniales, decenios después).

Francisco Javier es también un hombre brillante. Ama la literatura. Y mantiene una enorme fe en los talentos de su hermano menor. Cultiva relaciones múltiples. Frecuenta los centros intelectuales, a los que pertenece. Ha leído abundantemente, y es por eso el principal suscitador de aquél. Va pues fortaleciéndole su inclinación a las letras. Hasta es probable que, al comunicarle sus predilecciones literarias, le esté encaminando hacia la búsqueda, todavía imprecisa y vacilante, de los atributos de su estilo, que un día se harán excepcionales. Algunas afinidades hay entre los dos. Por mi parte me he afirmado en ese convencimiento cuando he leído el par de cartas autógrafas que el doctor Francisco Javier Montalvo dirigió, el 20 de febrero de 1890 y el 21 de febrero de 1891, a doña Agustine - Catherine Contoux, madre ilegítima de un hijo parisino de Juan *Montalvo.* Ambas cartas dejan ver un no se qué de similitud en los modos de expresarse de estos dos hermanos —Francisco Javier y Juan—, y sobre todo en los trazos mismos de su escritura.

Y bien, reflexiones aparte, llega por fin el 21 de junio de 1848, en que el adolescente Juan Montalvo, ese alumno por lo común solitario, que ha dado pruebas de una memoria envidiable, se presenta a exámenes de Gramática Latina y Castellana, y es aprobado con calificaciones óptimas. Así lo declara el certificado que sigue, del Convictorio de San Fernando:

Certifico con juramento: que el estudiante de Gramática Juan Montalvo ha asistido constantemente a la aula de mi cargo, y ha estudiado en aprovechamiento las cuatro partes de la Gramática Latina y Castellana; su conducta ha sido irreprochable, y por esto se ha hecho acreedor al aprecio de sus superiores y condiscípulos.- (f) José Maria Salazar. El infrascrito Secretario del Convictorio San Fernando certifica con juramento que el señor Juan Montalvo ha salido plenamente aprobado en sus exámenes de

Gramática Latina y Castellana, según consta a fojas 99 del libro de exámenes que se halla a mi cargo, y al queme remito en caso necesario. Quito,a 21
de junio de 1848(1) Pedro 1 lluerta. Strn.
En seguida, cumplidas apenas las vacaciones veraniegas de la le’ nación del año escolar, se matricula en el Seminario de Sun Luis. Es lo establecido para completar la enseñanza media, que equivale al bachillerato de nuestros días. El título que se confiere a los cursantes es el de Maestro en Filosofía. El ambiente es similar al del Convictorio. Vuelve a verse Montalvo con algunos de sus amigos compañeros. Le atrae la materia de las cátedras, que son ejercidas por docentes religiosos y seglares. Ahí va a estudiar de 1848 a 1851: es decir, de los dieciséis a los diecinueve años de edad. Tiempo insospechablemente significativo de la iniciación de la juventud. En especial en su caso personal, por las propensiones reflexivas, como de temprana madurez, que le caracterizan. Su personalidad se siente paulatinamente robustecida. Los libros, en cuya lectura se afana más que antes, contribuyen a ponerle sobre la condición intelectual de sus condiscípulos. Algo como una aureola de superioridad comienza a distinguirle, en cierto modo, de los que le rodean.
Y es explicable ese medio de sobresalir. Porque éste no es un país de lectores. No lo ha sido nunca. Los pocos que se entregan al hábito de leer adquieren, para su bien o para su mal, una individualidad diferente. Un joven liberal que trató de seguir de cerca a Montalvo, porque lo amaba y admiraba como a un maestro —el escritor Roberto Andrade— hace esta evocación de ambiente, con relación a las vehemencias montalvinas de acceder a la obra de los mejores autores:
Libros a Quito, ¿con qué objeto? Las personas ilustradas los introducen por sí mismas,
y por sobre muy grandes obstáculos, y estas personas eran muy escasas en número Libreros no había: tales y cuales comerciantes de géneros vendían textos de enseñanza, y por lo general, librejos de devoción para los concurrentes a los templos. Montalvo era uno de los jóvenes a quienes devoraba la sed de saber; y muy temprano empezó a satisfacerla can la lectura de varios libros griegos y romanos. 23
Pese a la aludida penuria de librerías y de centros de consulta, no deja de haber entonces bibliotecas apreciables en la urbe. La de la universidad, y las mismas del Convictorio de San Fernando y del Seminario de San Luis están provistas de varios millares de obras. En aquellas encuentra nuestro futuro escritor, para su ilimitada curiosidad y sus deseos de aprender a formar ideas y expresarlas con los rigores de la corrección y el gusto, las páginas de los clásicos de la antigüedad; de los españoles más celebrados; de

23 Roberto Andrade. **Montalvo y García *Moreno.* Tomo I, Guayaquil,** 1925, **pág.** 24. Imprenta La Reforma.

los Padres de la Iglesia y de los autores bíblicos. Para las letras modernas y particularmente de su siglo, cuenta con los libros adquiridos pero los dos Franciscos, sus hermanos mayores: ambos son abogados, aducen ser y poseedores de una vasta cultura literaria.
Con relación a esta laya de afanes, es bueno acordarse de que ajustada a una experiencia vivida precisamente en los días de estudiante de retórica y filosofía del Seminario de San Luis, corre una anécdota en el tomo número doce de su *Regenerador,* en la cual, con ese su estilo caragejístico en que se animan por igual la confidencia y las gracias del ingenio, nos da una revelación de lo que fue realmente su entrega a las lecturas. Conviene pues que se la transcriba en seguida:
Vino a Quito una ocasión un norteamericano que tas daba de frenólogo y no prefería el nombre del doctor Gall sin descubrirse. Reunidos un día unos cuantos truhanes en casa de Zaldumbide, S.A. discípulo de Gall nos fue echando mano a la cabeza. Usted, le dijo a uno, tiene inclinación a la poesía: las nueve Musas son para usted más que las once mil vírgenes.
Usted es propenso a las armas: en Jena o en Marengo estaría con mas gusto que en los claustros de San Agustín. Usted es un fanático saldría usted de mil amores puñal en mano a despanzurrar herejes. Usted es un bruto ... Usted, me dijo a1 mi, abriga indecible pasión por los hombres grandes. Y digo si dio en la mueca el adivino! En ese tiempo, simple estudiante de filosofía, habían pasado ya por mis horcas caudinas los paralelos de los varones ilustres de plutarco, las Décadas de Tito Livio los Doce Césares de Suetonio, la Vida de Alejandro por Arrián, la de Mano Tu o Cicerón por Middlcton, y otras muchas por el estilo. Desde entonces tengo alguna flaqueza por el arte o la ciencia del doctor Gall. Dicen que, habiéndole presentad u en Francia a este sabio un cráneo humano, después de examinarlo atentamente, exclamó: Este no puede ser sino el cráneo de Napoleón! Eralo en efecto. 24
Simple estudiante de filosofía, ha dicho. Esto es, alumno de colegio en el Seminario de San Luis. Ahí es en donde despuntan sus predilecciones por ciertos tipos de lectura: historias de los pueblos antiguos, evocaciones de los césares y de la monumentalidad de Roma, biografías de los hombres superiores, apreciaciones de la vida y la obra de Cicerón. Largamente persistieron en él esas preferencias, al extremo de influir en su comportamiento humano yen la composición sustancial de sus propios libros. A Plutarco, cuyas *Vidas Paralelas* han tenido tanto que ver con algunas vocaciones de grandeza, llegó a considerarle en el plano más alto de sus autores favoritos. Y ciceroniano fue hasta en las destrezas clásicas de la elaboración de su estilo.
Por sobre las tareas del aula, de ahí del Seminario de San Luis, lee y anota, y los puntos que más le impresionan los fija en la memoria Posee

24 El Regenerador.Tomo segundo, Ibid, Nº 12.págs. 233-234.

pues e) hábito de un lector serio e inteligente. De un lector verdadero. Esa condición, que en él es una condición augusta, y que le sitúa entre los eruditos más honrados de la cultura de nuestros países, ha de adquirir un sentido de significación muy especial en la dialéctica iluminadora y demostrativa de sus ensayos.

Hay también efectos sutiles, que obran como bálsamo para sus soledades y tempranas pesadumbres, y que se desprenden de esa dedicación tenaz a las lecturas. El 13 de noviembre de 1848, a ¡as pocas semanas de haberse matriculado ene1 Seminario quiteño, sufre uno de los más dolorosos reveses afectivos: pierde a su madre en Ambato. Doña Josefa Fiallos de Montalvo, que estaba próxima a cumplir sus cincuenta y dos años, cae enferma, va paulatinamente agravándose, y tras otorgar testamento y recibir los auxilios de la Iglesia, fallece rodeada de su marido y de algunos de sus hijos. Es interesante el instrumento testamentario de doña Josefa, porque nos descubre aspectos de su suerte en lo económico y de la índole piadosa que fue siempre suya. Nos permite saber que ella y don Marcos se casaron pobres; que la mitad de la hacienda de Yambo, cercana a la villa ambateña, la heredé de su madre, doña Isabel, y que la otra parte la compró a su hermana María de Cáceres, en doscientos sesenta pesos. También nos deja conocer que la única deuda que mantiene consiste en dos onzas de oro, pedidas en préstamo a don José Soto, y donadas cinco años atrás (entre los llantos de la despedida) a su hijo doctor Francisco, el cual tuvo que cumplir pena de destierro en el Perú. Aquel José Soto era un viejo amigo que hizo de testigo en su matrimonio. Finalmente nos pone al tanto de estas manifestaciones de su voluntad: conceder la libertad a su esclava Mariana Restrepo, entregar pequeños legados a sus criadas Josefa y Encarnación, repartir la suma de tres pesos entre personas pobres incapaces de mendigar, y enterrar su despojo mortal en el cementerio de la Iglesia Matriz, vecina a su casa.

Juan asiste al fallecimiento de su madre. Días antes de que éste acaezca, en una madrugada lluviosa, como son generalmente las de noviembre en Quito, él y sus dos hermanos mayores, con los que vive en un apartamento arrendado por el primogénito en el centro de la ciudad, ensilló sus caballos y parten al galope, rumbo a la atribulada morada paterna. Después de dos largas jornadas, en que trasponen hondonadas, valles y parameras, y en que han ido trotando por en medio de pedregales, polvaredas y barrizales, con las solas pausas impuestas por las necesidades de alimento y reposo en taperas y tambos humildes, llegan a la plaza de Ambato, que es la de su vivienda. Se desmontan en el patio de ésta, estropeados y vencidos de fatiga. El menor imita los movimientos de los otros

dos. Pero se nota que, en medio de la acentuación de la palidez y el desencaje del rostro, sus ojos oscuros se le han tornado más grandes y melancólicos. El padre recibe a los tres viajeros con menos efusión que nunca. Está anonadado. Son fuertes, es cieno, sus abrazos, pero resulta tristemente expresiva la profundidad de su silencio. Depuestos los sombreros y los ponchos, los recién llegados buscan la añorada ternura de la madre, ya declinante. Entran en la alcoba, y parece que se *achican,* y que *con* el corazón manso y humilde de los tiempos escolares, en los que ansiaban por el calor de aquel amparo insustituible, van a recibir una vez más —la última, sin duda— la balsámica bendición de la madre. Se unen a los demás deudos en torno del lecho. Las miradas de la pobre mujer desfalleciente tratan de reemplazar, en su debilidad extremada, a las palabras, a los ademanes, a las demostraciones dolorosas de irse arrancando, impotente, de su rincón amado. Y ese grupo familiar que ha ido a ofrecerle su postrera compañía de consuelo se convierte pronto, al paso de las horas, en inconsolable cortejo funerario.

Vuelve Juan Montalvo a Quito, con su par de hermanos, en la misma forma en que ha venido a Ambato, Trae el corazón partido por el pesar. Una razón más para buscar el confortante empecinamiento de las letras. No sospecha, desde luego, cómo será de duradera aquella aflictiva impresión. Veintiún años después, en 1869, escribirá en París las estremecedoras páginas de “El Padre Lachaise”, con oportunidad del fallecimiento de la madre de su amigo Rafael Barba Jijón (según lo hicimos notar en nuestro capítulo III), y en ellas no hará sino puntualizar, usando la más doliente de las filosofías, las desazones de la orfandad, los estragos con que la muerte de nuestra madre nos desordena el alma, y los bienes de que nos privamos cuando “el sírvete materno —de que hablaba el poeta César Vallejo— no sale de la tumba”. Todas las expresiones de las páginas elegíacas de “El Padre Lachaise” encerrarán pues, como las caracolas marinas su lamento, el acongojado rumor de la experiencia funeral vivida por el propio Montalvo. No me resisto a la tentación de reproducir en seguida algunas de aquellas expresiones:

Siendo como es el más natural y común, el de la muerte es el más gran trabajo, amigo mío: muere el extraño, muere el pariente, muere el hermano, muere la madre ... Todos ellos son felices; la desgracia es de los que les sobre”iven. Ayer la viste en pleno mundo, dueña de la salud, con vigor para treinta anos, risueña y amable cuando te acariciaba: en sus ojos la luz, en sus labios la sonrisa, en su garganta el dulce sonido de la vida: hoy es de la eternidad esa buena madre tuya ... Si esta desgracia no tiene remedio, ¿porqué lloras? Cabalmente ***lloras,*** porque no tiene remedio, y esto lo dijo ya otro desgraciado ... No hay madre que no sea un sabio, cuando se trata de la felicidad de ***su*** hijo; no hay madre *que no* sea *poderosa, cuando su* hijo necesita *de su* pro-

tección de la cual en su esfera todas son eficaces, desde la pobre desvalida que en una puerta de calle tiene a su parvulito en los brazos, hasta la señora coronada, que anda mostrando a los pueblos el heredero del trono, todas viven y obran para su hijo:
la una mira con sus ojos de hambre al transeúnte compasivo, que le echa u,, sueldo en el regazo; ya tiene pan para su hijo: la otra se pasea pomposamente en el imperio, derramando grandiosas caridades; ya tiene simpatías para su hijo. La madre, a madre para el hijo: ni el peligro le intimida, ni el sacrificio es superior a sus fuerzas, ni su ruina le contiene, si va a salvarle y hacerle un nuevo bien.. Si su madre hubiera muerto primero, el Salvador hubiera llorado por ella: la tuya ha muerto, llórala tú. que no faltas a la entereza ni a la filosofía. 25
Si bien la monomanía de la soledad para los estudios, las lecturas y las contemplaciones calladas y reflexivas parece que de pronto se agudiza en el joven Montalvo, en esos primeros meses de su orfandad, no por ello deja también de ser evidente que en las aulas del Seminario de San Luis va encontrando compañeros cuyas deleitables inclinaciones a los libros consuenan con su cada vez más definida vocación literaria, y que eso consigue, precisamente, contrarrestar de algún modo su propensión al aislamiento. También los cambios propios de la adolescencia le han de ayudar en el desarrollo de una sociabilidad menos temerosa, quebradiza y limitada. Los cursos de colegio los completa así, en un ambiente más bien propicio, en 1851. Y las calificaciones que al final obtiene en su grado son, todas, excelentes. Véase esta constancia:
El día veinte y ocho de mayo de mil ochocientos cincuenta y uno, y presididos por el señor Rector, se reunieron los señores catedráticos que suscriben, con el objeto de examinar al señor Juan Montalvo en su tentativa previa al Grado de Maestro en Filosofía: principiado el acto repitió el examinando un cuarto de hora, después fue examinado por ambos catedráticos, hasta que concluido el acto procedieron a calificarlo por la voluntad secreta, de la que resultó aprobado por tres A.A.A. Por cuyo motivo el señor Rector Antonio Gómez de la Torre confirió el Grado de Maestro en Filosofía al referido señor Juan Montalvo. Y para que consten firman esta acta el señor Rector y ambos catedráticos: lo certifico.- El Rector (hay una rúbrica).. (Q Pablo Herrera.(fl Juan Aguirre y Montúfar.- (f) Joaquín Enríquez. Secretario.26
Corrido un trimestre de su grado de bachiller o maestro en filosofía, se reencuentra con sus compañeros de aula en los nuevos cursos, que son los universitarios. Este va a ser su sexto año de permanencia en Quito. El menor de los dos Franciscos, sus hermanos y mentores—es decir Francisco Javier—, que se ha doctorado ya en derecho, contrae matrimonio en la misma ciudad, en este 1851. pero Juan continúa a su lado: es decir, es acogido también en el nuevo hogar. Doña Cruz Avendaño de Montalvo, la cuñada, le ofrece efectivamente una amorosa hospitalidad, rodeándole de condiciones materiales que satisfacen bien los gustos de él, que son los de

25 *El Padre Lachaise . Inéditos y artículos escogidos de Juan Montalvo* **Quito. Imprenta de El Pichincha. 1897**
26 Libro de Grados de Maestros en Ejiosoija 1849-1853 Archivos de a Secreisr{a de Ial Jn,verv,dcd (entra 1 Qu,i,,

vivir con orden, decoro y extremada limpieza. Todo marcha de la mejor manera. Aún más, ahí puede disponer de los textos de leyes para su can-era, y, como quedó dicho antes, de un sinnúmero de obras literarias. Porque Francisco Javier no es solamente un buen lector, sino que ejerce con talento el periodismo, aparte de la investigación y la crítica. No se debe olvidar que, como fruto de su docencia en el Convictorio de San Fernando, en donde, poco después, llega a desempeñarse también de rector, consigue publicar una *Historia de la literatura universal.* Antes pues de que se tengan noticias de la vocación de escritor de Juan Montalvo, cosa que está a punto de ocurrir, ya su hermano se ha rodeado de prestigio intelectual y pertenece a asociaciones de cultura. Pronto, además, va a fundar dos periódicos en la capital ecuatoriana: uno en 1852, con el poeta Miguel Riofrío, que se llamará *La razón,* y otro, de aparición semanal, auspiciado quizás por el general José María Urbina desde el Gobierno, y que lo mantendrá con Marcos Espinel y Agustín Yerovi: el titulado *La democracia.* En sus páginas se darán a conocer las primeras creaciones de su hermano Juan, propias de la iniciación juvenil, pero anunciadoras de un destino impar, tanto por sus evidentes destellos de lirismo como por las conscientes señales de un progresivo dominio técnico.
Todo, en fin —hay que afirmarlo de nuevo—, marcha de lo mejor. Pero un día se produce un contratiempo íntimo, que descompone la actitud delicada y afable de doña Cruz y va más allá del gesto de desaprobación del jefe del hogar, doctor Francisco Javier. Y es que Juan, comúnmente imantado de voluptuosidad por los encantos femeninos, y proclive a las exaltaciones de un romanticismo difícil de sofocar, se enamora súbitamente de una muchacha ambateña, amiga de su cuñada, a quien ésta ha invitado a vivir temporalmente en su casa: la propia doña Cruz ha sorprendido a los dos jóvenes besándose ardorosamente en una de las habitaciones. Le parece cosa de no creer. No atina a decir nada. Y, confundida, aunque sin disimular su disgusto, les deja solos. Cuando vuelve su esposo del trabajo le recibe con la noticia en la boca. El no es impulsivo, pero esta vez se precipita a buscar a su hermano. Juan ha tomado ya la determinación de abandonar la casa, sacrificándolo todo. Hay un caballo listo en el patio para arrancar hacia Ambato. Su sensibilidad le hace propenso a abultar el tamaño de las faltas personales y de las responsabilidades. Eles el más acalorado en el intercambio de palabras. No obstante, los dos terminan por escuchar la indicación de doña Cruz, y es la muchacha la que vuelve, un par de días después, a su hogar ambateño.
Juan es ciertamente sensual. La belleza de la mujer llama a sus sentidos con fuerza imperativa. Como tiene que acontecer con cualquiera, aun

que la austeridad de nuestra moral se afane en negarlo o encubrirlo, Porque la admiración firme a las gracias de la mujer no puede encerrarse en una contemplación indiferente. Al contrario —quieraselo o no— estimula las vehemencias de lo erótico, que se enciende en un arrobamiento ajeno a la inocencia del desinterés y a la idealización total de los encanto'; contemplados. El joven Montalvo lo ha experimentado así. desde temprano. con un impulso muy natural. Por eso, años más tarde, y de continuo, se le verá halagarse en describir con mano voluptuosa los atractivos Corporales del sexo femenino. Mientras que la santurronería de la época —t1ie desde luego sentirá que tales lecturas le soban también deleitosamente su instinto— fingirá mostrar repugnancia por la desnuda opulencia de las imágenes montalvinas.

Aquí en Quito, en el tiempo en que cursa sus dos años de universidad, entre los diecinueve y veinte de edad, vive una que otra experiencia amorosa, no propiamente sentimental, sino de relaciones furtivas con encontradizas compañeras de aventura. Que las toma moderadamente, sin contrariar de veras sus hábitos severos, de templanza en las fruiciones de naturaleza instintiva y de resistencia radical a las bebidas y el festín. De cualquier manera que sea, ya por sus contemplaciones sensuales en el ambiente de la ciudad, ya por sus ocasionales y discretos contactos críticos, se le fija una impresión admirativa de las quiteñas que ha de dejar descubrir en páginas muy posteriores: las de la madurez. Fácil es comprobarlo ene! tratado "De la belleza en el género humano", que contiene estas expresiones:

La suavidad del clima, la transparencia de la atmósfera, la esplendidez del firmamento, la pureza del agua: son, sin duda, partes para que la quiteña conserve. muchas veces hacia los cuarenta años, el verdor y la frescura marzal de las colinas y los prados que circundan su población elevadisima. Para donosa y elegante, si quiteña: con la mirada se insinúa, con a sonrisa conquista, con el porte general de su persona pone el yugo debajo del cual pesadumbres *son* delicias, desdenes incentivos, rigores esperanzas. La ojinegra del Pichincha es el demonio vuelto a la gracia de Dios con sus rezagos de malicia. —Su pecho es comba sublime: su brazo está desafiando al filósofo al santo, si por lo blanco, si por lo gordo. La manecita en joyas preciosa: los dedos suavisimos: la uña, espejo de las gracias y las musas. En cuanto a pasiones, estas estrellas de la Cinosura suelen morir de amor, y quitar la vida muchas veces El Gran Mariscal de Ayacucho, que había estado en casi todas las capitales de Sud-América, sólo en Quito halló mujer digna de su corazón y su ¡rano; ves sabido que Bolívar a Quito vino a buscar la amazona que le salvó la vida cubriéndole con el escudo de Palas, esa mujer tan fiera como hermosa a quien el Genio del Nuevo Mundo amó como Aquiles a la belleza de Sciros 27

27 "De la belleza en el género humano, siete tratados, ibid págs. 243-244.

En el último de sus libros—El *espectador*— también tornará a revelar una impresión de la misma laya admirativa sobre la mujer de Quito, cuando recuerde la manera seductora con que las bellezas de todo tiempo y lugar han elegido su estilo de vestirse: “desde las griegas que andan por Corinto arrastrando la cauda de púrpura, ceñida al talle con un grueso entorchado de hilo de oro, hasta las quiteñas que toman con inimitable elegancia la cola de ¡a saya sobre el brazo, y se van por esas calles a paso de reina - (“Indumentaria”).

Hay una alternación de circunstancias agradables o animadas y taciturnas o aburridas —como es lo corriente— en los comienzos de su juventud en Quito. Los estudios universitarios no le son fatigosos, porque a lo largo de su existencia se hallará siempre en la fecunda obsesión de aprender (no hay insecto, por pequeño que sea, que no nos enseñe algo, se dijo alguna vez, a sí mismo). Y, además, los completa deleitosamente con sus lecturas, tan abundantes como variadas. Por otra parte, las relaciones que ha hecho en Quito se ven favorecidas por el influjo político de sus dos hermanos mayores; sobre todo del primogénito, doctor Francisco Montalvo. El cual, tras la terminación de sus funciones de Director de Crédito Público, ejercidas en el período presidencial de Vicente Ramón Roca, y después de un breve paréntesis de necesario reposo en el cobijo familiar de Ambato, se ha lanzado nuevamente a las procelas de la acción pública. La figura que domina el horizonte del país es la del general José María Urbina, quien, en febrero de 1850, ha promovido una sedición para arrebatar el poder al sucesor de Roca, coronel Manuel de Ascázubi, y entregárselo al viejo patriota guayaquileño Diego Noboa. Pero con éste ocurren incidencias de ritmo huracanado: en el lapso preciso de apenas once meses se lo tiene de Jefe Supremo, Presidente Interino y Presidente Constitucional, en una república cuyas convulsiones políticas culminan el 26 de febrero de 1851, en que el mismo Urbina, con una hábil estratagema, saca a Noboa del mando, le destierra a Chile, y ocupa él su alta dignidad.

El nuevo Jefe Supremo, general José María Urbina, pertenece a la generación del doctor Francisco Montalvo: es sólo un cuatrienio mayor que él. Se profesan los dos una afectuosa amistad, que tiene como origen la de sus familias. Nuestro escritor mismo, en su obra de madurez *Las carilinarias*, ya en la tempestad de sus ataques políticos al antiguo amigo y favorecedor, ha recordado que la señora Rosa Viteri, madre ilegítima de aquel gobernante, pasó los días de su ancianidad en la casa de los Montalvo en Ambato.

Vivía —aseguró-—- en casa de mis señores padres una octogenaria, sin fuerzas ya para salir al sol. Mi señora Rosita, le preguntaba yo, ¿le ha escrito su hijo? ¿Cuál, el presidente? no me ha escrito, respondía la anciana con tristeza. Mi Gabriel si, viene a ver-

me a cada rato; el presidente no me escribe. **¿Qué había de escribir Urbina? El corazón de este hombre singular es un desierto de donde están ausentes amor, con miseración, generosidad** *28*

Son entre ellos, además, conterráneos, pues que Urbina ha nacido el pueblecito de Quillán, no distante de esa ciudad. En todo esto, y no únicamente en su identidad doctrinaria, hay que encontrar las razones de la participación del doctor Montalvo en las contiendas urbinistas. Porque efectivamente torna, una y otra vez, a empuñar un fusil en sus milicias, desdeñando los quebrantamientos de salud que viene soportando desde 1843, año del destierro que le impuso el jenízaro Juan José Flores. Pero hay que también encontrar las razones de la solidaridad de Urbina con los Montalvo: al doctor Francisco le hace gobernador de la provincia de Pichincha en 1852; al doctor Francisco Javier le abre paso, con el auspicio oficial, a la Secretaría de la Cámara de Representantes, en 1853 y 1854; a Juan, el joven universitario y su violento enemigo de varios años después, le conduce al desempeño de Secretario del Convictorio de San Fernando, que desde la época de Rocafuerte es colegio fiscal.

Lamentablemente los denuedos políticos del doctor Francisco Montalvo, que resultan fatales para su debilidad corporal, van a acabar por destruirlo. No es capaz, en efecto, sino de un esfuerzo más: el de asumir la representación de Pichincha y de León (antigua denominación de la provincia de Cotopaxi) ante la Convención Nacional que reúne el Jefe Supremo en Guayaquil, en junio de 1852, para la legitimación de su ejercicio del mando. Siente en verdad que ya físicamente no puede más. Tiene que abandonar aquella dignidad parlamentaria, y volver a Ambato. Pocas semanas después —el 12 de noviembre de ese mismo año— fallece, no sin haber solicitado el auxilio sacramental de la Iglesia. Su fe de liberal no había jamás perturbado la de su catolicismo. Se ha extinguido joven: a los cuarenta de edad, apenas. Este nuevo duelo se ha descargado como un furioso corte de hacha en esa aparente fortaleza de roble del padre, don Marcos, que también cae abatido pocos meses después: en agosto de 1853.

Saboreada así su casa por la muerte, no es extraño que en los habituales silencios del joven Juan Montalvo, en la frecuente taciturnidad de su gesto, en su precoz convencimiento del sino perecedero de todo lo que existe, y aun en la predilección de los colores oscuros para su atuendo personal, que la mantendrá a lo largo de su paso por el mundo, a través de los ambientes urbano y rural y de sus jornadas de viajero: no es extraño

28 *Las catilinarias. Cuarta París*,. Casa Editorial Garnier Hermano sin año, *pág. 37.*

-volvernos a decir- que en **todo eso se** haya prendido la huella de las experiencias funerales soportadas, una tras otra, en estos años de su etapa moceril quiteña.

Lo común, ahora que cursa la universidad, yeso será ya siempre, es que se lo vea un paseante meditativo de las soledades. Todo lo anda mirando despaciosamente. De sus trajines callados por los rincones de Quito habrán de saltar varias imágenes a sus libros. Buena demostración nos la dan algunos de sus *Siete tratados.* En el "De la nobleza" entreaparece, aunque no lo precise, el sastrecito de barrio que trabaja asomado a la calle, con su banco bajo el dintel: ",Qué hace ese hombre en su banquillo silba que silba de la mañana a la noche, alargando y recogiendo el brazo en sempiterno vaivén?".29 En el de "Los banquetes de los filósofos", al hacer los enternecedores elogios de la papa, que se encumbró desde su humilde origen americano hasta las cortes reales de Europa, recuerda —con ojos de amor puestos en lo nuestro— los bocados del puré y la tortilla que se preparan con ella:"Si sois viejos, allí la tenéis en masa blanca y pura, o ya cmbermejecida con ají punzador o con azafrán oloroso. Si cholos, comprad en la esquina de la calle, en la ciudad de Quito, ese emplasto ruidoso que está echando chispas en el tiesto, derramadas las entrañas alrededor en feroces hebras de queso derretido .◦ Pero también se mezclan con las imágenes extraídas de la ciudad las observaciones críticas, que le han nacido no del desamor, sino más bien de su preocupación amorosa. Así, en el primer volumen de *El regenerador,* al tocare1 tema de "Los Mártires. (Artículo para el Diez de Agosto)", y al reparar en que Quito no ha sabido, hasta esa fecha, consagrar un monumento a sus héroes del movimiento revolucionario de Agosto, comenta la infelicidad misma del cursi homenaje militar que se les rinde anualmente, y que había de persistir hasta mediado el siglo veinte:

Pueblo infelice, pueblo triste, **el** Diez **de Agosto es fecha memorable en Sud** América, y vosotros apenas si caéis en la cuenta de lo que ha sucedido en tan fausto día al píe de este viejo Pichincha, que ha presenciado tantas cosas grandes. Cuatro inválidos harapientos se van al romper la aurora, arrastrando un cañón no menos flaco y miserable que ellos, a las faldas de una colina. Allí, con su mecha apagadiza, se llegan al oído sordo de su máquina, y sedan a entender que han hecho un tiro; tiros que no despiertan los ecos de la montaña, ni hacen estremecer de bélica alegría a los hijos de una ciudad grande y libre. Este es el aniversario de nuestro día-sol, DIA-siglo, día-grande; estos los honores que hacemos a las sombras de Morales, Salinas y Quiroga; primogénitos de la independencia americana ..‘

29 Siete ***tratados, Ibid.*** Tomo l, **pág. 92.**

30 ***Siete tratados,*** Ibid. Tomo II. **pág** 172.

3! El ***regenerador,*** Ibid.Tomo primero.págs. 115 a 125.

Pero también de lo que son impresiones deleitables en su larga permanencia quiteña han de saltar los destellos de algún pensamiento nostálgico a sus páginas de después. Un ejemplo de ello es la alusión a los paseos contemplativos, de jóvenes románticos, aquerenciados a la paz melancólica de los contornos de la capital, que acostumbra realizar con sus compañeros de promoción literaria, y que se la puede leer en el ensayo “Contra censura” de su libro *El cosmopolita.* Ahí, dirigiéndose a José Modesto Espinosa, que se había convertido ya en uno de sus adversarios, le dice: “,No se acuerda usted de cuando con nuestro amigo Zaldumbide le llevábamos a la fuerza a hacerle oí r *ecos* en los prados silenciosos de los alrededores de Quito, o sobre las verdes colinas que circundan la ciudad?” 32

Y efectivamente con el poeta y político liberal Julio Zaldumbide, tan joven como él, y con quien fraterniza mejor que con nadie, se reúne de continuo. Le busca en su casa, situada en el centro; en ella hay a veces contertulios del mismo grupo de noveles practicantes de las letras, que se enardecen comentando a Chateaubriand, a Hugo, a Lamartine, a Zorrilla, a Larra, a Byron, a Musset. Montalvo les ha leído con más fervor y avidez asimilativa que ninguno de ellos. Por eso le oyen con atención cuanto dice, no obstante la poca fluidez de sus expresiones y las pérdidas del timbre de voz con que habla cuando se apasiona. A su juicio claro y bien fundado se unen, por otra parte, cuando está en disposición para ello, frases humorísticas de gran ingenio, que todos festejan en forma ruidosa. Pero él, que no ha conseguido vencer completamente su hurañía, apenas si coincide con sus compañeros en el disfrute pleno de esos encuentros, y más bien se impacienta en hallar el momento de invitar a Zaldumbide a sus usuales recorridos por los alrededores de la ciudad.

El grupo es en verdad valioso. A más de Montalvo, Zaldumbide y Espinosa, se han agregado para dar cauce común a sus esfuerzos, y probar sus primeras armas de escritores, el polígrafo don Juan León Mera, el ensayista Agustín Yerovi, y el poeta y narrador Miguel Riofrío, que pertenece más bien a otra generación: la de los nacidos un decenio atrás. Todos han formado una sociedad literaria: “La Ilustración”. Y precisamente el *6* de marzo de 1852, de ese 1852 tan rutilante y a la vez sombrío y triste para los Montalvo por el prematuro fallecimiento del doctor Francisco, han organizado, a través de aquella, un acto conmemorativo del séptimo aniversario del desmoronamiento de la dictadura del general Juan José Flores. El régimen de Urbina ha encontrado los medios de enardecer el odio popular hacia el depuesto caudillo, cuyas codicias de mando no han desaparecido. De manera que hay mucha gente en el espacioso recinto del

32 *El cosmopolita,* Tomo I, Ambato, Editorial Primicias, 1975.

coliseo quiteño, donde se cumple la ceremonia. Y, desde luego, ahí están el gobernador de la provincia (doctor Francisco Montalvo), algunas autoridades y conocidos hombres públicos. También está el doctor Francisco Javier. Los dos Montalvo, como es claro, han ido especialmente por su hermano Juan, que será uno de los oradores. Los puntos del programa no se reducen únicamente al tema cívico, pues comprenden también manifestaciones artísticas: entre ellas la lectura ofrecida por Julio Zaldumbide, de su composición "A la música", y la coronación de poeta con que le distinguen sus compañeros. Pero hay interés en oír lo que ha escrito el joven Juan Montalvo, por los antecedentes antifloreanos de su familia y por el propio carácter de él, que comenzó a revelarse en las aulas con rasgos poco usuales, según quedó ya conocido. Ese interés aumenta al repararse en que, dentro de lo programado, son sus páginas las que van a corresponder exactamente a la conmemoración de la salida de flores. Ojalá se canten las verdades, comenta por ahí alguno. Espere usted y verá que las palabras de este joven caen como un bofetón en el rostro del mulato canalla, parece responder otro. Seguro que sí, afirma un tercero, estos Montalvo, desde el padre, son gente de sangre en el ojo, y este muchacho debe de saber lo que su hermano Francisco sufrió con los atropellos de los soldados de flores y con su destierro. No faltan pues las opiniones sobre la intervención que viene en seguida. Pero nadie, en cambio, alcanza ni a imaginar siquiera que con aquel discurso va a despuntar la profesión literaria más pura, cabal y hermosa de la historia ecuatoriana. Ni a suponer tampoco que en esas páginas iniciales, todavía pobres, vacilantes y defectuosas, empiezan ya a fermentar, para luego conseguir plenitud —como los frutos que da un día la semilla que se calienta bajo la tierra del surco— dos de los atributos de la prosa futura del gran ensayista don Juan Montalvo: la obsesión de la frase armoniosa y eficaz y la abominación indeclinable de toda laya de tiranías. Inaugurada queda así, en un acto público memorable, aquella agoniosa y fulgurante carrera de escritor. Y desde la lejanía de ese año, a casi un siglo y medio de distancia, vienen todavía a resonar en nuestros oídos, como los rumores de un oleaje que nunca cesa, los acentos heroicos de las primeras frases de su discurso:

Solemnicemos, Señores, el día en que el tirano se vio confundido al golpe eléctrico del brazo de la Nación, solemnicemos el triunfo de la patria con el civismo de la inteligencia; y la voz del artesano, por la segunda vez en la tribuna sea también en honra del pendón de la victoria, elevado en Mano, en los felices campos de la Elvira, tinto en la sangre del genízaro. 33

33 *Oscar Efrén* *Reyes. Viuda de Juan* ***Montalvo,*** **Quito.Talleres Gráficos.** Nacionales, 1935.

CAPITULO VI

Antes del adiós a Quito ya los campos

El desprendimiento de Quito va a producirse en esa quinta década del siglo diecinueve, aunque sólo de modo temporal y relativo. Las raíces de su formación universitaria, de su labor intelectual, de su despertar político, de sus contados sentimientos de amistad, parece que han ido penetrando profundamente en él, hasta determinar que la ciudad se le convierta en el medio adecuado para el cumplimiento de su destino. Que, como lector de biografías de grandes hombres, y admirador de los impulsos heroicos del pasado universal, y cultor vigilante del desarrollo de sus facultades personales, él lo sueña de dimensiones superiores, sin duda heroicas también. En esta etapa de su existencia, Quito es pues el lugar propicio para la búsqueda inicial de una celebridad cuyos contornos todavía no se le delinean sino vagamente, a través de la esperanza y la intuición. Después el escenario será mucho más visible y significativo: lo constituirán las grandes urbes de Europa. Para entonces la aspiración consciente de Montalvo habrá comenzado a palpar los rasgos netos., aunque siempre esquivos, de aquella celebridad. Léase esta confesión suya, precisa como sincera, que se halla en su diario íntimo de desterrado, de 1870: “Una de mis más irremediables flaquezas ha sido el deseo de renombre, y una de mis constantes pesadumbres el no sentirme con capacidad de conquistarlo”. En verdad, cuando apunta eso, sí ha alcanzado ya una posesión apreciable de renombre, pero no tan plena y segura como él ambiciona. Quizás para no desalentarse se ha hecho esta reflexión: con otros “teatro y ocasión, coronaría mis deseos”.

Y bien, en torno a sus raíces quiteñas, se debe ciertamente aclarar que aun lejos del país, y cualquiera haya sido el lugar del mundo en que le tocara labrar su destino memorable, no dejó de mantener relaciones activas con la capital ecuatoriana, ya para la ideal docencia política que lleva

ban sus panfletos, algunas páginas de sus libros y un buen número de sus cartas; ya para la irradiación nacional de su fama de escritor. Ello lo iremos viendo mejor cuando centremos la atención en algunos pasajes del epistolario montalvino.

En estos años cincuenta de su vida en Quito se advierten circunstancias que le van ligando fuertemente a la ciudad, y que son las que pudieron conocerse en el capítulo anterior. Y algunas más, igualmente interesantes. Es dable así observar que, a pesar de las naturales esquiveces de Montalvo, tan propias de su temperamento, es atraído a centros literarios, periodísticos y estudiantiles. Y su presencia se hace notar entonces, claramente, en ellos. Resulta una prueba de eso, por ejemplo, el encontrar su nombre el 21 de marzo de 1851, cuando es todavía un colegial del Seminario de San Luis, entre los del rector y profesores que firman una petición dirigida al presidente del parlamento ecuatoriano para que no se traslade “la Universidad Central de la República al derruído local del Convictorio de San Fernando”. Se condena en ese documento la pretendida fusión de los dos establecimientos educativos. Se hacen razonamientos como el que sigue:

La Asamblea, señor, debe establecer la paz y la unión en todo el Ecuador y evitar las discordias y las divisiones. Proteged en buena hora a los jesuitas porque así lo pide el pueblo, pero no perjudiquéis los intereses de los demás. No levantéis, señor, la prosperidad de unos sobre la ruina de otros. Conciliad los intereses de todos. Este es el deber de los buenos legisladores.

Pero hay algo que aquí se debe puntualizar, y es que si se mira con alguna perspicacia esta trascripción, se ha de hallar en ella el tono y el corte que caracterizan a la frase de Montalvo; y entonces tendrá uno que preguntarse si a él, tan joven, se le habrá confiado la redacción de aquel documento, o si en su estilo habrán llegado a prender las influencias de los preceptores de las viejas aulas de Quito.

En lo que toca a la inclinación periodística, fácil es observar que ésta consuena bien con las tentativas literarias de su periodo de la iniciación, y que atrás de ella, incitándola y señalándola el camino, aparece su hermano Francisco Javier, ya influyente en el medio intelectual de Quito. El semanario que éste dirige —*La democracia*— va a tener una importancia realmente augural en el destino de escritor de Montalvo. Y, a más de eso, quizás llegará a comunicarle los estímulos necesarios para que también él funde en 1854 y 1855 dos publicaciones eventuales, efímeras y de escasa circulación: *La mora! evangélica y El espectador.* Ahora no hay ni rastro de ellas. Pero es desde luego curiosa la elección del segundo de aquellos títulos, pues que él volverá a ser escogido para la obra con que rematará en París su luminosa carrera de ensayista.

Finalmente es oportuno reconocer cite tina de sus vinculaciones mis prácticas y reales con las gentes de la ciudad, y en particular con la clase estudiantil, se la descubre en su ejercicio de secretario del Convictorio de San Fernando durante 1853. Aunque tal experiencia, como es sabido, no le fue duradera. Porque casi al término de ese mismo año —el 28 de octubre— el presidente general Urbina decreta la libertad de estudios en colegios y universidades, ordenando que los alumnos no concurran a las aulas sino a rendir los exámenes que las nuevas regulaciones han establecido. Si bien parece que nuestro escritor no se sintió en ninguna época predispuesto a las disciplinas del trabajo administrativo y a las exigencias de la acción, que son condiciones que se admiran en otras grandes personalidades hispanoamericanas —Sarmiento y Martí, por ejemplo—, hubiera sido seguramente positivo que no se le cortara tan intempestivamente aquel desempeño de su secretaría. Quién sabe si familiarizándose mejor con las funciones oficiales, osea ejerciéndolas en forma algo reiterada y constante, no hubiera sido menos azarosa la existencia de Montalvo, y si, asimismo, se hubiera colmado su laboreo público con igual eficacia que el de sus letras. La verdad es que el decreto presidencial de Urbina no solamente le priva de su cargo en el San Fernando, sino que también le empuja a abandonar sus clases universitarias, cuando apenas ha alcanzado a aprobar el segundo curso de derecho. Y desde entonces, como es claro, se queda en libertad para desprenderse frecuentemente del medio urbano. Vuelve una y otra vez a su provincia. A su alero ambateño. A sus huertos de Ficoa. A la rustiquez amada de la hacienda paterna de Baños. Pero tampoco desdeña las ocasiones de trotar en su alazán hacia los campos comarcanos del norte de Quito, o de Imbabura. Los contactos con toda esa realidad van a producir efectos invalorables en su disposición literaria, acentuando el lirismo a que fácilmente se inclina su sensibilidad; enriqueciendo la vertiente de sus ideas en el marco propicio de lo agreste; levantando lo más tierno y humano de sus reacciones frente al dolorido desamparo de los humildes trabajadores rurales. Precisamente de esos contactos se alzó en su libro titulado *Las catilinarias*, muchos años después, la imagen siguiente, enardecida todavía de un conmovedor alegato social:

Yo vi, siendo muchacho, en una hacienda de Imbabura adonde había do por recreo, un espectáculo que hubiera hecho de mí un Horacio Mann, un Carlos Sumner, si la esclavitud no hubiera sido abolida antes que yo !siera hombre. Era un trapiche: entrando adonde molían la caña, quedé aterrado: los negros, medio desnudos, estaban todos con mordaza. Debí de haberme puesto pálido: pregunté allí que significaba eso, y vine a oír que era para que no chupasen una caña una caña de los mares de esa planta que ellos regaban con el sudor de su frente, la sembraban, desherbaban y cosechaban,

todo de balde. FI estómago vacío y sediento; el pecho encendido con el fuego del clima, la garganta árida, el cuerpo enteco, la naturaleza estaba exigiendo vivamente un bocado de aquel zumo bienhechor; y refrigerio tan abundante, tan fácil, imposible para esos desdichados. ¡Oran Dios! ¿son hombres, son fieras los ricos?.34

En los retornos al campo de su provincia, que son los más asiduos, Montalvo atesora igualmente imágenes para su literatura de los años posteriores. **Y** tampoco falta en esas imágenes la figura mansa y acongojada de los humildes. Pero hay impresiones en que el acento querelloso de los recuerdos se le cambia en el de la conmiseración dulce, y entonces el don admirativo toma el lugar de la condenación vehemente. Tal es el caso de esta remembranza, brotada de la atmósfera misma de su hogar ambateño:

Tenía mi padre un mayordomo llamado don Manuel: hombre más bueno que éste, aguantador y pacifico, no ha visto el mundo: no había quien no le echase una albarda y le pusiese la mano en la bragadura. Resentiste, no era suyo; exaltarse, ni si le pinchaban con alfileres. Su señor, un trueno: las sobrevientas en él subían a tempestades:

don Manuel, invento de Franklin, pararrayo admirable, apagaba en su buen genio y su humildad los caudales eléctricos que venían amenazando con dejarle consumido. Soltábase al fin en lágrimas el mozo infeliz; y verle enjugarse los ojos con la manga, gimiendo pasito, pasito, sin dejar de comer en medio de su cuita, era de ponerse a llorar junto con él, según el enternecimiento de todos los corazones- Los "¡glotón!" "bruto!" "animal!" de la semana llevados en amor de Dios, le valían el domingo una prenda de vestir y ocho reales fuertes en plata; y era don Manuel hombre que no se trocara con un emperador.35

No se detienen allí, desde luego, las muestras de sensibilidad y de enternecedora disposición del escritor— que es bueno que se tomen en cuenta para borrar el concepto de monstruo y de aborrecedor gratuito con que torpemente le han zaherido sus enemigos—: van ellas en efecto hasta el sentimiento de piedad por los animales a los que suelen atormentar las exigencias brutales de sus dueños. Y, también en ese caso, sus condolidas evocaciones parten de sus recorridos camperos, probablemente de entonces. Así, en las páginas de *El cosmopolita* puede leerse la observación siguiente:

¿Quién no ha visto en nuestros caminos al rústico a semillero lastimar despiadadamente al asno que desfallecido se deja caer en tierra? Abrúmale su carga; la beta, hincada en su piel, le estrecha por todas partes como un torniquete; sangre corre de sus lastimaduras; bregando sin buen éxito, allí se está por tierra, mientras el dueño le embiste con su monstruoso látigo y le tuesta los miembros más sensibles: su ira montaraz se estrella en la cara del pobre animalillo, el cual lo sufre todo con una resignación y una dulzura dignas de servir de ejemplo a los que se crían para santos: sus orejas caen lánguidas a un lado y otro: sus fauces, bañadas en sangre y lodo, se inflan apenas con escaso aliento; sus ojos límpidos y dulces están llenos de lágrimas, y nada dice la triste

34 *Las canija arias. Octava.* Ibid. pág. 254.

35 "Del genio – Ibid Siete tratados, (Garnier). Pág. 31-32.

criatura, mientras el amo irracional redobla el injusto y bárbaro castigo, muchas veces hasta dejarle sin vida allí en el puesto. ¿Y qué le hizo aquel buen animal para enfurecerle tanto? Sobrio y nada exigente, se contenta con un puño de hierba; aseado y pulcro, de ninguna manera le incomoda; manso y humilde, jamás intenta ningún daño:
compañero del pobre, todo lo toma sobre sí en los caminos.. [36]
Y bien, para que se tenga idea de estos viajes de Montalvo, se debe conocer que en cada oportunidad en que cabalga hacia Ambato hace un extenso itinerario, por los prados del sur de Quito; por los valles feraces de Tambillo y Machachi, en donde ramonean las vacas; por los lomeríos que los enmarcan, en los que el sol y el viento juegan a estremecerse en el dorado de los trigos; por los páramos hostiles del Cotopaxi, que están en seguida, y cuya llovizna helada castiga en forma punzante el rostro de los viajeros; por las vueltas interminables que van ascendiendo y descendiendo sucesivamente, entre tajaduras y abismos, y en las cuales los cascos de la bestia se hunden, unas veces, en los barrizales, o levantan, en otras, remolinos de un polvo invasor y agresivo: por todos esos lugares variopintos, en fin, que comprende su fatigoso itinerario, y entre los que naturalmente le es necesario detenerse en las ventas y hospederías del camino, para el yantar del mediodía y el reposo de la noche, tiene que ir pasando a un trote casi uniforme, muchas ocasiones a solas, hasta arribar a la plaza de la villa, donde su casa, al fin, le abre las puertas como en ademán de recibirle con un cariñoso abrazo familiar. Se le prepara entonces el dormitorio que siempre usa en sus temporadas ambateñas. Las cuales, tras la dispersión universitaria, son cada vez más largas. De meses enteros, últimamente. El hogar, por desgracia, ya no es más lo que era. Ha sufrido mutilaciones que le duelen. Así, a pesar del alegre sol matinal que cae de lleno sobre el patio y los corredores, él encuentra que la casa en su intimidad se ha anublado de melancolía, que es lo que dejan las ausencias. La madre, el padre y el hermano mayor han fallecido, Otro hermano —Mariano— jamás ha vuelto del Perú. Otro —Francisco Javier— está viviendo en Quito. Dos más—Carlos y Alegría— atienden las faenas de labranza en la hacienda de Baños. E Isabel Adelaida —la menor de sus hermanas— acostumbra pasar temporalmente con ellos, o visitar a Francisco Javier. Por lo mismo, Juan Montalvo encuentra en su hogar una proporción mayor de soledades que de compañía. Pero tal es —ya lo sabemos— el gesto habitual de su existencia. Los días de Ambato se le van en pertinaces andanzas por callejas y senderos, y en estudios y lecturas bajo el techo familiar o el amoroso amparo de los árboles. Se afana en mejorar las enseñanzas de las lenguas extranjeras que ha recibido: de la inglesa,

36 ‘De algunas sociedades notables,”. (Sociedades protectoras de animales). *El csmopolita* Libro IX. Ibid. pág. 434.

francesa e italiana. A cuantos puede ha confiado su aspiración de ir a Europa. El siente que su vocación verdadera es la de escritor, y que para satisfacerla a plenitud, con una gloria semejante a la de los autores que admira, debe abandonar el enclaustramiento pardo y estadizo de nuestras aldeas culturales, e ir a saturarse de las corrientes espirituales europeas. Le acosa además el deseo de acercarse a los viejos países del otro lado del mar, para sorprender, en el fondo de las ruinas de otrora, y tras la gesticulación pasajera del presente, lo que él como nadie es *capaz* de sorprender: el alma inmutable, pero escondida, de la historia: el aliento del pasado de aquellos pueblos cuya grandeza ha percibido a través de sus fervientes lecturas juveniles.

El golpe quejumbroso y dulce de las campanas de la iglesia de enfrente le distrae por momentos. Sobre todo cuando aquél es el que llama a la oración vespertina, porque poco después de ese toque se pone en disposición de escuchar el acento enternecedor, que le penetra en el corazón, soliviándolo con la fuerza de la fe, de los cantos religiosos, entonados por el pecho clamoroso de la multitud. Es evidente que su alma consuena con las manifestaciones del culto divino cuando éstas son elementales en su diafanidad: puras y sinceras. También suelen llamarle la atención mientras está en su ocupación rutinaria de la lectura, o en su lucha por el dominio literario de la palabra, los rumores de la calle: el pregón del frutero, de sílabas melódicamente prolongadas; los silbos con que el arriero se entiende con sus mulas; el amable tamborileo del galope del caballo sobre las piedras. Son pocos sus amigos. Uno o dos de éstos —como en Quito— se juntan en algún rato de cualquier día con él, y buscan el difícil coloquio con las muchachas más bonitas de la villa, que tienen una frescura y un sonrojo muy de huerta frutal ambateña. Pero el disfrute de sus pasatiempos de amor no está propiamente ahí, sino algo lejos: en una propiedad rural de Guano, según se recordó en nuestro capítulo segundo, relacionado con "la vertiente familiar" del escritor.

Los trabajos con que va enriqueciendo su formación de autodidacto le mantienen en largas vigilias, que a otro agotarían. Acostumbra tomar notas de sus lecturas. Reproducir en sus libretas frases o párrafos enteros de sus autores predilectos. Registrar algunos giros de clásicos españoles. Detenerse celosamente en el estudio de las gramáticas de la lengua castellana y de los tratados de carácter idiomático. Le son ya familiares las lecciones gramaticales de la Academia, de Bello, de Rufino Cuervo. Profesa un respeto consciente —que se le volvió irrenunciable— a Capmany y a Clemencín. Está convencido—y lo estará a lo largo de su profesión literaria— de que es necesario fundar las originalidades estilísticas en la pose

sión de una forma correcta, autorizada por los clásicos y los estudiosos más notables de la lengua. Al principio de su carrera es evidente que se esfuerza mucho en ello, aunque sin alcanzarlo del todo. Efectivamente, más adelante veremos sus vacilaciones iniciales, aun en materia ortográfica. Pero, sin desconocer el grado de su respeto a las normas de casticidad y compostura de la expresión, bueno es que aclare que Montalvo aprendía tanta gramática, no para anular la vitalidad y gracia de su talento de escritor entre las rigideces de esa disciplina, sino para buscar, liberado de ella, aunque no destituido de sus recursos, una estética sin torpes ni desaprensivos atropellos al idioma. Actitud ejemplar, digna de ser recomendada en todo el ámbito de la literatura en castellano, en el que prosperan infinitamente los alardes tartamudos que son propios de una inocultable indigencia verbal.

Y bien, en esta pertinaz ocupación de estudioso se pasa el joven Montalvo, en ocasiones, hasta las primeras horas de la madrugada. La referencia siguiente es entre varias una prueba de ello:

¿Hay son más grato, suave, misterioso, profundo, conmovedor que el canto de un gallo que rompe la media noche, allá, lejos, muy lejos, de manera que apenas legue a nuestros oídos desvelados cual nota moribunda de esa entonación que sin saber en dónde eleva el genio de las sombras? Entre las reminiscencias que de repente me hacen estremecer, yo no tengo una más inefable que el canto de un gallo que a las dos de la mañana llegaba a mis oídos cual un delicioso suspiro de la eternidad que se estuoese quejando aniort,saniente de los rigores del tiempo. 31

No es por cierto la casa de Ambato el único lugar en que vive durante los largos regresos a su provincia. Varias veces por semana camina a la quinta de Ficoa, y hay ocasiones en que se hace preparar allí su alimento y su cama. Todo entonces es aun más sencillo. Porque aquel rincón muestra con mayor decisión que la ciudad ambateña la atmósfera simple y humilde de los campos. Cuando comienza a clarear la mañana se le ofrece el desayuno con la leche del ordeño y el pan amasado en las vecindades. A la hora de las comidas, esa servidumbre de anaco y pies descalzos, que adivina sin error las exigencias del paladar ajeno, le da en platos humeantes el caldo, las papas de monte o los granos, la presa de pollo o el breve tasajo de vaca o de puerco, y de modo infaltable la taza de café negro, cuya esencia se el ahora con sabiduría doméstica sólo para la satisfacción de los patrones. Montalvo hace alusiones amorosas a esas viandas, revelando el gusto con que en sus recuerdos las paladea, aun en los casos en que se

37 ***El regenerador, I***bid, Toma 1, **págs** 103-104

pone en los libros de mucho **más** tarde a clavar los dardos de su sátira en la pecaminosa glotonería de ciertos frailes.
El ambiente de la quinta guarda afinidad con el paisaje campesino que la circunda. Por una puerta corriente, que da a lo alto del camino, y que es de viguetas de madera ordinaria entrecruzadas, se desciende hacia el patio, festoneado de plantas y flores silvestres. A un costado de éste se extiende la modesta morada, de un solo piso. Un pequeño portal entablado, con dos pilares delgados, también de madera pobre, permite el acceso a un par de habitaciones con entradas independientes. La de la derecha se comunica hacia atrás, a través de una galería reducida que sirve de comedor, y de una escalera de piedra, con los terrenos en declive de la huerta. También en ese lado derecho se ha construido —sin duda después—, prolongando la techumbre de tejas hacia adelante, y de modo que se descubre lo postizo de aquel adosamiento, una pieza asimismo estrecha, destinada a los menesteres de la cocina. La casita, de fachada blanca, es humilde pero encantadora en su hospitalaria y melancólica rustiquez. Los interiores, cuyas paredes de barro se han alisado cuidadosamente antes de recibir su capa nívea de cal, se alumbran por la noche con lámparas de mechones de sebo. Los muebles que se han distribuido en los dormitorios y el comedor no son del todo toscos, pero exhiben, acaso sinrazón, un semblante de resignada añejez.
Afuera, en una esquina del patio, pegado a la pieza de la cocina, se ha levantado un poyo de poca altura en que se colocan la silla de montar y demás arreos de las caballerías cuando se acaba de llegar sobre éstas, o cuando se va a prepararlas para la partida. Ya varios metros de distancia, en donde termina el patio, y dando frente a las habitaciones de la quinta, se asienta la vivienda —tela y adobe— de los peones. Un perro ladrador, de colmillos afilados y pelaje lacio, descansa a ratos al pie de la entrada. Sobre el piso de tierra del contorno, barrido cotidianamente, se han extendido algunos costales, para Sanrarillear las ocas y secar los granos del maíz. Dos retazos de suelo contiguo se han destinado a surcos de algunas verduras, cultivadas por la gente de servicio, y a la frágil palizada de un corral de gallinas, cuya prole piadora pinta leve y nerviosamente el lugar con sus plumas amarillas, oscuras, encarnadas y blancas.
Y todo lo demás de la propiedad de Ficoa lo forman los troncos rugosos y la rica enramada de centenares de árboles. En la cúspide de los más altos se refugian las tórtolas de voz solitaria y plañidera. Aquel bosque primoroso, en que abundan los frutales —mandarinas, peras, manzanas— ha sido concebido por el padre de Montalvo, a pesar de no haber sido éste un huertano, como ya se sabe. En efecto, en las horas que le han dejado

Libres las fatigas de Su comercio trashumante ha ayudado en el trabajo. con sus propias manos, a los peones de la finca, y cuando no lo ha podido les ha hecho llegar, por lo menos, órdenes e instrucciones. La extensión de su campo frutecido, si se incluyen los alfalfares para un puñado de caballos y de vacas, abarca once cuadras. Que bajan desde lo más alto del camino hasta las vegas del río Ambato. Por eso el joven escritor, que anda por esas umbrosas soledades, oque se sienta entre los troncos a estudiar, leer o elaborar sus primeras páginas, no tiene dificultad en oír el rumor de adioses de las aguas vagabundas del río, y, al recordarlo **en** algún momento posterior de sus creaciones literarias, dirá que todo lo que solía percibir en medio de la mudez solemne del boscaje de Ficoa era al río que "murmullaba adentro en su playa".

Viajero pertinaz, que tomó pasaje en barcos, trenes y diligencias; pero también jinete incansable, y caminante que no temía las distancias:
todo eso fue ciertamente Juan Montalvo desde la juventud. Por ello, cuando permanecía en Ambato no renunciaba a la tentación de dirigirse a pie, con enorme frecuencia, a la quinta frontalera de Ficoa. Mas hoy no es fácil representarse lo que era aquel trayecto: las mudanzas que se han introducido en el centro de la ciudad y en sus parroquias han sido tan drásticas, que no solamente han trastornado el paisaje de los amores de nuestro escritor, sino que parece que también han conseguido expulsar de ahí la presencia espiritual de éste. Cosa inimaginada y dolorosa: el eterno desterrado corrió el triste destino de este destierro más, ya póstumo. Los cambios urbanísticos no han cesado, efectivamente, y han sido mayores en los últimos tiempos. El ansia de modernidad, igual que ha ocurrido en tantos países del mundo, ha venido a borrar en la comarca ambateña, con mano vandálica, las imágenes de sitios históricos que debieron respetarse. De ahí que es bueno que ahora recuerde que hace cuarenta años, por 1946, cuando vivía yo mis días de estudiante, me era todavía posible recorrer algo del camino y de los senderuelos que fueron sin duda la ruta habitual de Montalvo. Ello, como es natural, me daba la impresión de la cercanía anímica de aquel hombre, que ya entonces me hacía un primer llamado a conocerle, escucharle, comprenderle y guardarle una de las admiraciones más cales que haya jamás profesado.

El rumbo que yo tomaba en ese tiempo era más o menos éste: descendía desde el centro de la ciudad por una calle cuya pendiente iba languideciendo poco a poco en una curva final sobre et viejo puente del río, de tablas y de barandillas y pasamanos de madera. Sus dos extremos enlazaban ambas riberas, pobladas de chilcas verdegucantes y de alas de gorriones. El agua de la no muy anchurosa corriente pasaba desolada, con su eco

de lamentaciones y de ausencias, como repitiéndome sin cesar la advertencia bíblica de la fuga inapaciguable de cuanto existe, según alcanzó a expresarlo Salomón en su *Eclesiastés.* Con todo, en determinados lugares las ondas se rizaban de espuma festiva, como bailando su propia y suave sardana en torno de las piedras que se habían plantado en la mitad de su cauce. Yo le miraba y remiraba al río Ambato —igual que Juan Montalvo ahora cien años, aproximadamente—, y me venían a la memoria aquellos encantadores versos suyos, de juventud, que están en *El cosmopolita:*

Flor de la edad, ¡detente! que a lo menos
vea tu aspecto a mi sabor: te esquivas,
aún no bien te mirarnos, ya nos dejas,
quien te detenga no hay, no hay quien te siga.
A no volver y apenas que llegaban
huyen los años de la edad florida;
como el agua del río, la que corre
no vuelve más por la ribera misma.35

Bien sabía yo que estas cuartetas no se inspiraron en ese río, sino en el Ulba, de Baños, de su misma provincia, mas esta contemplación del Ambato las traía irresistiblemente a mis recuerdos.

Hay ciudades, y la capital ambateña es una de ellas, que ven extenderse a sus pies, mansamente, un río que parece ser sti guardián desvelado pero tranquilo. Yo le miro a este río bajo la luz matinal y encuentro que, a pesar del tono de congojas con que pasa soplándome su secreto de eterno transeúnte, se esfuerza en alegrar el paisaje, meciendo cariciosamente los reflejos del sol y las sombras de las ramas de las orillas, y desde luego dibujando la línea voluptuosa de las olas al contacto repentino y sensual de los vientos. Es cierto que también alguna vez lo he contemplado —como tan constantemente lo hacía nuestro escritor— en las horas de la noche, yen esas circunstancias, más que su imagen he percibido sus apesadumbrados rumores. La vaga impresión que entonces me quedaba era la de que sus aguas, en la soledad nocherniega, se habían trocado en una plancha oscura y medrosa, aparentemente destituida del pulso pasajero de lo que existe.

Prefería yo la mañana para cruzar el viejo puente con dirección a Ficoa ‘Irepaha las laderas del otro lado del río, invadiendo propiedades de gente humilde, pero guiando el pie por donde no había surcos ni sembradíos. Pasaba también por en medio de algún portalón derruido. Daba en un camino de tierra, orillado de matorrales aromosos, en el que se confundían las huellas de los campesinos con las de sus bestezuelas de carga o las

35 la juventud se va Ibid El ***cosmopolita. págs*** 322 y 323

de sus ánimos de pastoreo. De trecho en trecho iba divisando las chozas de los peones y gañanes: paredes de barro toscas, sin siquiera Un ventanuco, y techos pajizos de forma cónica, ni más ni menos que el gorro apelmazado de los indios y que el perfil de los montes del lugar. Poco después tomaba un atajo, el usual para alcanzar más pronto el punto culminante de mi trayecto. *Y* por ahí veía sallar inesperadamente algún manantial de cristales y espumas, que semejaba un grupo de alborotadas ovejas que se hubieran escapado del aprisco. Además, a breve distancia, notaba que se abrían paso otras vertientes, y que (odas esas aguas generosas eran aprovechadas a lo largo de una acequia de cauce amplio, pintorescamente cavado: las yerbas de sus orillas introducían, temblando, la punta de sus yemas en aquella corriente pura y límpida, de sonido dulce y sosegado. Interesante es aclarar, por cierto, que Juan Montalvo cruzó frecuentemente esa acequia, a través de una pasarela rústica, como las que se improvisan comúnmente en nuestros campos. Y que sin duda la amó, porque la recordó con nostalgia, ya de lejos. En efecto desde París, en carta que dirigió a su hermano Francisco Javier, tras confesarle que ansiaba el regreso al país, para "recobrar esta salud perdida en estas atmósferas inmundas", y para ponerse a pensar en lo que había visto en Europa, pues que "la memoria rodea a las cosas de cierto encanto", le dijo concretamente esto: ".Qué me importan esas soberbias e inmortales puertas por las que he pasado de una a otra nación? Más emociones sentiré cuando vuelva a pasar valanceando i vacilando el palo de la acequia de Ficoa, o un arrayán caído que había en un arroyo de Punsán".39

Mi recorrido terminaba, pasados unos treinta minutos, en la propia casa montalvina de Ficoa, que se halla hacia la mitad de una elevación llamada El Sueño, cuyos recuestos no son ni tan abruptos ni tan hoscos como los de las montañas vecinas. Para entonces —1946-—la arbolada de la propiedad había ido desapareciendo, no quizás por los largos abandonos, sino por el retaceo incesante de sus terrenos..]'ampoco se conseguía ya tener una imagen más o menos cierta de lo que debió de haber sido la quinta algo cercana, de don José Guzmán, con cuya hija María Manuela, a la que comenzaba a mirar con ojos vehementes el joven escritor de aquellos días, vivió algo después una de las experiencias de amor más sentidas y borrascosas.

En la actualidad no es posible hacer ese rumbo a la morada agreste de Ficoa. Ni sobrevive ya, desde luego, el encanto amable de los elementos que compusieron el paisaje montalvino. Las vías asfaltadas de circunvala

***39 El Heraldo Suplemento Cultural. (Ambato*), 5 de marzo de 1987.**

ción de la ciudad, necesarias sin duda, aunque hincadas como hierros expiatorios en la pulpa frutal de sus huertas, y la ostentosa multiplicación de las casas modernas, han tenido que confabularse ahí tercamente contra el alma y la fisonomía del pasado. Pero si todo ello es lamentable, más aún lo ha sido el intento sacrílego de ‘adecentar” con innovaciones de esta hora aquel viejo cobijo lugareño de los Montalvo.

Terminen aquí estas impresiones personales. Que lo que importa es el movimiento de nuestro personaje. En las temporadas en que se refugia en la provincia nativa no se contenta ese mozo viajero con divagar por los sitios de Ambato ni la heredad de Ficoa, sino que, de vez en cuando, montado en su alazano, se encamina a la hacienda de Punsán, en Baños. Eso le exige un día entero de trotar por sendas polvorientas y breñales apenas transitados. Desde el punto cimero de su trayecto, a la entrada casi de aquel poblado, acostumbra contemplar, totalmente arrobado, la garganta profunda y pávida a través de la cual corren, despedazándose, las aguas iracundas del río Pastaza. No es extraño lo que entonces le ocurre, que es sentirse como la encarnación racional de ese medio, de rocas desoladas y ondas tempestuosas, impulsivas y desafiantes. Su caso llegará a probar, más tarde, a lo largo de acciones y reacciones, que es innegable el parentesco que une al hombre con el trozo de naturaleza en que ha nacido y se ha criado.

Juan Montalvo estaba encariñado, desde adolescente, con ese paisaje de su provincia. Ya aludimos a que en carta dirigida desde París a su hermano Francisco Javier hablaba de las emociones, que no olvidó, de atravesar el arrayán caído de lado a lado en un arroyo del lugar. Pues bien, en esa misma página íntima confiesa el grado de su nostalgia con estas risueñas palabras: “Por ahora más pienso en Baños que en Roma y con mucho más gusto volvería a ver al infeliz negro Benito con su cotona de jerga y su carga de leña a las espaldas, que al Pontífice en persona con sus atavíos de escarlata y su cayado de oro”.

La hacienda de Punsán, próxima a Baños, y comprada por sus padres a un costo relativamente alto (tres mil reales), tiene en verdad una extensión apreciable: veintidós cuadras bien desbrozadas, para cultivos diversos; nueve cuadras de cañaverales; un vasto potrero conocido entre los lugareños con el nombre de Anticucho, y veinte cuadras de chaparrales. La casa de vivienda es en cambio modesta, con sólo Lis habitaciones indispensables, que las ocupan los administradores de la propiedad: María Alegría y Carlos, hermanos mayores del escritor. María Alegría le llevaba diez años y Carlos seis. La primera llegó a soportar, ya en los umbrales de su vejez, y por causa del radicalismo de los suyos, un par de hechos trágicos:

en 1881, en efecto, su marido cayó asesinado, a golpes de puñal, en un recodo montuoso de la senda que va de l3años a Punsán Y en 1886, su hijo —mayor de ejército Leopoldo González Montalvo, quien participó en acciones de armas heroicas, casi temerarias—- fue reducido a prisión y condenado a muerte, bajo ineulpación de haber abaleado a su adversario conservador Manuel Tomás Maldonado. Antes de ejecutarlo se pretendió proporcionarle un confesor, que él rechazó airado, diciendo en tono desafiante que en esa misma noche descendería a los infiernos, cenaría con el rey de los demonios y brindaría por el viejo luchador Eloy Alfaro. Pero la consecuencia de esas irritantes expresiones fue la de atorbellinar al pueblo católico, que se lanzó, enfurecido, a arrancarlo de manos de las autoridades, arrastrarlo por las calles de Latacunga y despedazarlo brutalmente.39”
También Carlos —el otro hermano de Juan Montalvo y administrador de la hacienda— era un hombre de fuertes convicciones liberales, aunque en ningún caso opuestas a la vida de la fe. Su temperamento difería del que caracterizó por siempre a nuestro escritor, pues que aquél era sencillo —con la sencillez de la provincia— y a la vez comunicativo e ingenioso. A los dos les unía, es cierto, el fervor por los encantos de la naturaleza y una inclinación firme a la autonomía de los hábitos y los gustos, pero en Carlos no alentaba ningún linaje de ambiciones, ni en lo intelectual ni en lo político. Juan, que fue un amante pertinaz de los ensueños y las ambiciones de celebridad, no por ello dejaba de aproximárselo con fraternidad cariñosa. **No** tuvieron, desde luego, muchas ocasiones de una existencia en común, y Carlos se acabó antes, de muerte casi repentina. Alcanzó apenas a pedir confesión, que el párroco se la negó, como buscando un pretexto para resistirse a darle sepultura cristiana. Obraron en su actitud, o motivos de encono contra el supuesto hereje, o de codicia por el cobro de indebidas expensas. Montalvo, ya lejos del país, recibió noticia de todo, y, a más de la consternación propia de esa tremenda pérdida familiar, sintió un impulso de justísima cólera, de las que para entonces, entre los sinsabores del destierro, se le habían hecho frecuentes. Constancia clara de ello se encuentra en sus *Siete tratados*, según puede observarse en la parte final de la “Réplica a un sofista seudocatólico”, y en los ‘Comentarios” que van anexos al episodio del Cura de Santa Engracia, del mismo tratado. De la aludida parte final son las líneas que siguen:
Acaba un mal sacerdote y hombre perverso de negarle la sepultura a un hermano mío. el hijo más inocente y mejor que podo dar de sí la especie humana: como no tuvo estudios, no les dio en qué merecer a estos fantasmas siniestros, monopolizadores de la

en contraste con las ideas de ese incredulo inexpugnable su hermana Rosario Gonzalez Montalvo había entrado en el monasterio del Carmen bajo fue el 20 de junio de 1923

gloria cierna y de los bienes del mundo. Heredero de la fe de sus padres, la obediencia caduierou fue st' ley: habitador de un monte, el cultivo cte lii madre tierra toda su sabiclorO, y nida le acreditaba de hombre de buena familia, sino sin color y Sus modales. En cuajito a djscticicjnes controversias, nunca fueron sosas 1)ir misa, ayunar. rezar:
hasta prioste había sido, dándole cincuenta pesos al cura para la Virgencita del agua Santa. Si esta alma creyente, este cristiano fervoroso, persona sencilla buena, ha sido victima de la ferocidad del cura qué no sucedería, Dios eterno con monstruo como yo si no me oyeses mi continua deprecación de llevarme a un pueblo cristiano y piadoso para decirme: Cumplido es el número de tus días ven y descansa de la vida, que para ti ha sido tan pesada. Carlos pobrecito, viéndolo estoy: esos ojos no vieron para la indiscreción: esos oídos no oyeron para la delación: esos labios no se abrieron para la difamación: esos pasos no se dieron para el mal del prt"inso Stt sitencici, su aporta—tinenlo, so hurailctad, los de un santo: cae un cli,, con cogestión cerebral y parálisis en la lengua al propio tiempo: ni habla, ni tiene conocimientos. Dios te mira, e ilumina por un instante: pide confesión; éste es el primero, su único cuidado. Viene el cura, y se niega a oírle, sopretexto que el testar es primero que el confesarse. Tiempo preciso. tiempo precioso: murió el desventurado. ¿Y ha habido hombre inicuo, sacerdote nefando, que le niegue la sepultura, con decir c1ue no se había confesado?.

Por fin, en los ''Comentarios'', para dar a su testimonio una subraya de inapelable certeza, asegura:

Si el nombre de los malvados ha de ser un seere o. yo no lo pienso asi: ese cura se llamaba Vicente V,tcri. Pase a la posteridad si es posible.1°

Y bien. ciérrese aquí este paréntesis sobre sus hermanos de Punsán, y tornese a observar que los días en esa hacienda le son placientes a Juan Montalvo, en varias etapas de su existencia, sin que importen los motivos y las circunstancias que los envuelvan. Su ambiente no únicamente le es propicio para su labor intelectual, sino también para su vehemente y deleitosa contemplación de los contrastes naturales de ese pedazo de su región. En el mismo tratado que aquí se acaba de recordarycitar hay evidencias de sus afectos terruñeros. Adviértasela en las expresiones siguientes:

Al pie del Tungurahua, una de las montañas mayores del globo y más hermosas de los Andes, hay una aldea llamada Baños, a causa de las aguas termales, muchas y distintas que brotan de sus faldas. Esa aldea es una égloga de Virgilto puesta en carnes por Salvador Rosa: si hay paisaje bello en el mundo, ése es. Naturaleza ha hecho un horrible gesto a orillas del Pastaza: después de una revolución de piedras condenadas rocas feroces que están protestando en eterna mudez contra a paz y el orden de las cosas, se apacigua y cobra el aspecto con que brilla por la hermosura que condecora ese recodo selvático de la creación. Allá gustaba yo de hacer mis incursiones de hijo melancólico de la soledad y el silencio, llevando a veces mt amor por las bellezas de

la tierra hasta exponer la vida en los despeñaderos dci río formidable, o en los riscos del monte que sobresalen en forma de torres arruinadas, templos caídos o agujas de piedra viva.4

Pero, por fin, pasada ya la etapa formativa y enriquecedora de sus largos años de Quito, y transcurrido tarñbtn el período de lecturas, estudios, meditaciones y tentativas literarias en el remanso entrañable de su provincia nativa, el joven Juan Montalvo —-escritoren ciernes aunque lúcido atisbador de su gloria— llega a situarse en el exacto punto de partida de su experiencia más significativa: la de su deslumbramiento europeo. Con toda su carga de radicales consecuencias.

CAPITULO VII

París: deslumbramientos, sinsabores y nostalgias

Terminado el gobierno del general José María Urbina en el segundo semestre de 1856, se estableció otro de caracteres similares, presidido también por un militar, a quien la sabiduría popular le reconocía como gemelo político de su antecesor: el general Francisco Robles. Mucho era en verdad lo que les identificaba. Pertenecían a una misma generación. Estaban animados de un genuino coraje de soldados y de una ambición vehemente en el ejercicio de la vida pública. Los dos habían combatido contra el dictador extranjero Juan José flores en el movimiento de marzo de 1845. Ambos habían preparado la dimisión y el destierro del Presidente Diego No- boa, para la instauración del régimen de Urbina. Juntos habían escogido a Chile para su exilio, en las horas turbulentas en que García Moreno forcejeaba por alzarse con el poder. Y unidos, por fin, reaparecieron en la escena política del país para ofrecer su concurso a la jefatura suprema del general Ignacio de Veintemilla. Amistad y coincidencia de credos, afanes y codicias les estimulaban pues a prestarse ayudas recíprocas. Por eso Urbina, cuando iba a dejar el mando, a la terminación de su período, hizo cuanto se debía y no se debía hacer para convertirlo en sucesor presidencial, anulando aun las posibilidades legítimas de otros candidatos, como Francisco Javier Aguirre y Manuel Gómez de la Torre.

El general Francisco Robles, para halagar probablemente a su viejo compañero, y para corresponder de algún modo al patrocinio oficial recibido en su elección, le designó Ministro Plenipotenciario en Roma. Pero la orientación que inicialmente requería Robles en el ejercicio del mando, que también tuvo un aliento definidamente liberal, y luego el enfrentamiento a un buen número de circunstancias nacionales e internacionales adversas, determinaron que Urbina aplazase su viaje, y que a la postre dejase de realizarlo. No obstante, aquella investidura diplomática la usó para

conseguir a su vez la expedición de dos nombramientos: el de Juan Montalvo como Adjunto Civil a la Legación de Roma, y el de Francisco Javier Salazar, como Secretario de la misma. El joven escritor veía así cumplida su gran aspiración de entonces, gracias a las relaciones con Urbina y a las diligencias de su influyente hermano, doctor Francisco Javier. El Ministerio de Relaciones Exteriores le extendió su designación el 17 de febrero de 1857. Y en junio partía ya hacia el lejano y para él talismánico mundo europeo.
Sigámosle en esta su singular aventura.
Clarea apenas la madrugada. Todavía hay un pestañeo de estrellas en el levísimo azul de la altura. La tibieza de la atmósfera tropical envuelve a la ciudad dormida. Sólo se percibe el ajetreo tempranero de un puñado de trabajadores en el muelle de Guayaquil. Petacas y maletas van pasando a las bodegas de un pequeño vapor, en el que empiezan también a acomodarse unos veinte viajeros, algunos de los cuales se quedarán en Panamá, o en puertos del tránsito. El resto —muy pocos— tomarán rumbo a Europa. Llegar allá es para entonces un sueño raramente practicable El que lo acomete va previamente ordenando los asuntos familiares, como si fuera a jugarse la existencia en quién sabe qué cúmulo de azarosas circunstancias. Entre aquella veintena de gentes que se aprestan a partir se le puede distinguir al joven Montalvo, alto y delgado, con gesto entre am9hlc y taciturno, atento a las indicaciones que se dan, atisbador y callado,
Con una voz de ¡vamos! del capitán se desamarra el vaporzuelo, y —prendido sonoramente su motor— comienza a navegar hacia Puño, la isleta ecuatoriana en que ha fondeado el barco internacional que hará la enorme travesía. Nadie ha ido a despedir a nuestro escritor, pobre mientras se aleja del puerto, siente que una congoja secreta le humedece los ojos. En medio de sus rebeldías y soberbias es también —y eso quizás más que nada— propenso a las lágrimas: como todo ser imaginativo y sensible. Le duele en verdad aquella separación de los litorales patrios corno un desgarramiento. Partir es morir un poco dijo alguien que sabía mucho de la filosofía melancólica de los viajes. El desde luego no presiente todavía que habrá una sucesión inexorable de ausencias presidiendo su destino pesaroso. A esta hora, en esta primera experiencia viajera, las aguas no se cansan de latiguear por los costados a la pequeña nave, mientras ésta remonta con relativa prisa la amulatada corriente del río Guayas. Y pronto, apenas en el tiempo en que la luz de la mañana comienza a espejear más resueltamente entre las ondas, alcanza a arrimarse al barco que la aguarda para el trasbordo de sus pasajeros. Ese barco es el “Paraná”. Tiene cabida para más de doscientas personas. Trae esta vez, como es lo común, a grupos de suda

mericanos ; sobre todo de argentinos, uruguayos y chilenos, y de españoles e italianos que vuelven a sus países.
Juan Montalvo ha alzado ya con dificultad su propia maleta, y avanza vacilante sobre el piso en vaivén del buque anclado. Va golpeándose los hombros en las paredes del angosto pasillo mientras busca su camarote, que también lo es de tres pasajeros más. En éste arregla lo mejor que puede su equipaje, y escoge una litera alta junto al ojo de buey. Desde ahí mira cómo sube y baja la línea del horizonte marino, de aguas convulsas y rumorosas, en el permanente balanceo del barco aún con amarras. Por fin, cumplidas las faenas del trasbordo, han empezado a resonar afuera, pesadamente. las maniobras del recogimiento del anda, y luego se ha hecho oírla sirena de la partida como un potente y prolongado mugido. Poco después —eso es notorio— todos van percibiendo en forma paulatina que su desplazamiento en el mar cobra la aceleración debida. Y el viaje va a seguir entonces a ese ritmo, en una alternación de días y noches, durante casi un mes entero. Las máquinas de la nave se dejan de jadear cuando ella atraca en los puertos del itinerario, de Colombia, Panamá, Venezuela y España, y en el del arribo, que es Burdeos, O sea Francia. Los oleajes del Pacífico, Caribe y Atlántico se han ido rubricando con la estela de alborotadas espumas que ha trazado el paso del “Paraná”. Pero de trecho en trecho se han ido produciendo también otros temblores de espuma en la cresta de las ondas, por el salto fugaz de los peces; y cuando ha habido aguas diáfanas y azules, de fondo transparente, ha sido además posible deslumbrarse con el juego fosforescente le aquéllos. En ocasiones han aparecido igualmente manadas de grandes delfines, que de modo manso y alegre han ido escoltando la nave.
Ello no significa que no haya habido también, desde luego, largas horas de azoro y sobrecogimiento: los cielos se han ennegrecido; la medrosa cuchilla de los rayos, acompañada del retumbo desolador de los truenos, ha hendido las soledades marinas; ha silbado el huracán; los jumos del océano se han hinchado, crecido y agitado coléricamente, en gesto de bestial amenaza; el barco, casi zozobrante, ha flotado como una indefensa cáscara de nuez, entre los rezos íntimos y silenciosos de sus ocupantes. Por cierto, es justo reconocer que mientras no les han acosado tales tempestades, es decir con tiempo honancible, éstos han encontrado medios de compartir dichosamente la común aventura, improvisando brindis, cantos y bailes *en* la cubierta, o paseando de proa a popa en las proximidades d los puertos, con la imagen de la ciudad entrevista y del vuelo de las gaviotas en los ojos; o, en fin, aromando de abigarrada locuacidad los bares y los comedores. Nada de le cual -—es inúii siu era el mencionarkv— ha llega—

do hasta los camarotes de los viajeros que han sufrido los mareos de la travesía, para quienes no terminarán esa reclusión ni los suplicios sino cuando, casi cadavéricos, desembarquen en el lugar de su destino.
Al filo de la medianoche de un día de julio de 1857, anunciándose con el acento inconfundible de su sirena, el 'Paraná" se acerca por fin al muelle de Burdeos, con sus máquinas casi desmayadas. Ahí hay un grupo compacto de gentes que agitan sus pañuelos o sus manos, en el fervor de la bienvenida. Ninguna de esas personas, ninguno de esos ademanes, tienen qué ver con el joven Montalvo. A él en esta vez, ni en cuantas haya de tentar posteriormente la insegura y aflictiva hospitalidad del desterrado, sale nadie a recibirle. Pero la conexión con el tren de París se la han hecho, igual que a otros compañeros de viaje, los mismos agentes de la compañía naviera que lo ha transportado a ese puerto. Cosa idéntica ocurre con el alquiler, arreglado de antemano, de su alojamiento parisiense. De modo que después de unas horas se lo ve ya recorriendo, en su etapa final, la verdegueante campiña de Francia, rumbo a la capital. Todo es nuevo para él. Su alma ha comenzado a poblarse con avidez fecunda de las experiencias e imágenes de un país que lleva al suyo siglos de adelanto.
Aunque, ciertamente —para precisarlo mejor—, tales imágenes han hallado principio en la navegación misma, como lo prueban las líneas de la carta que sigue, dirigida desde París a su hermano Francisco Javier, el 11 de septiembre de 1857:
Como te dije, mi viaje fue no solamente bueno sino también muy agradable; pues aunque me encontraba aislado en medio de esa multitud desconocida, tenía muchas cosas en qué gozarme: el mar, ya sea en calma y alumbrado por una hermosa luna, ya rugiendo furioso en una noche de tormenta arrebatada. Muchas veces me encontré, en alta noche y cuando todos dormían, yo solo sobre el puente, contemplando ese infinito que causa tantas emociones. Deseaba que el viaje no tuviese término, porque había simpatizado singularmente con el océano; pero se acabó al fin...
Piso mis días. bien en los bosques de los alrededores, bien en los museos y bibliotecas: casi siempre voy al Louvre, y no salgo sino cuando los guardianes gritan: *Messieurs,* mi *vafenner;* en un momento pasan las horas y yo no me acuerdo que tengo que irme, sentado al pie de la Virgen de Murillo o de los cuadros de Rafael o Miguel Angel
Yo no sé por qué me inclino tanto a las cosas antiguas: no busco aquí espléndidos monumentos ni me gusta ir a los palacios; prefiero los edificios viejos que se pierden en os tiempos yque contienen tantas tradiciones y recuerdos...
En las noches de luna soy un eterno viajante. Con ,ilracción expresa de las órdenes del doctor Desmarres de ir al teatro (porque e' 1,lan curativo que me ha dado es muy lindo - según te lo diré Itiego), tonio una diligencia o el camino de fierro y en pos minutos mc encuentro en un bosque silencioso, al lado de alguna fuente o trotando por

una hermosa calle de árboles en donde encuentro de cuando en cuando un negro personaje arrimado a un tronco, o una risueña pareja que se esconde de mi. 42

El asiento de sus funciones de Adjunto Civil es Roma, como ya se dijo. Pero Juan Montalvo se queda un medio año en París. No por capricho o arbitrariedad de su parte, sin duda. Probablemente fueron las tardanzas de Urbina en asumir su cargo en Italia, y a la postre su dimisión misma, las que retuvieron a nuestro escritor en la capital francesa, junto al Ministro Plenipotenciario don Pedro Moncayo. Este, que era el encargado de atender nuestras relaciones con esos dos países, debió de haber simpatizado y fraternizado con su joven colaborador, idealista como él, liberal y amante de su doctrina, también como él, y aborrecedor de tiranías con idéntico ardor al suyo, como es fácil advertirlo con sólo recordar la del general Juan José Flores, de que fueron vfctimas Moncayo y el hermano mayor de los Montalvo. Ni más ni menos que un maestro, aquel ilustre diplomático de nuestro país en Francia, que bordeaba ya los cincuenta años de edad y había sido un ejemplar libelista, estimuló las curiosidades intelectuales de ese mozo que, envuelto en su soledad reflexiva, trataba de averiguarlo todo; conocerlo, experimentarlo y aprovecharlo todo. Había llegado a París con una cultura básica apreciable, en la que no había que echar de menos la literatura, historia ni filosofía de la antigüedad griega y latina; tampoco la obra de los clásicos españoles o las letras modernastie Europa, que eran ¡as románticas. Pocos espíritus había entonces en Hispanoamérica, ni los ha habido después, con tan obsesiva disposición a la lectura. Una de sus excelsitudes más admirables era aquella de gran lector. La inclinación al estudio iba ya siendo en él casi una manía. Amaba por sobre todo el dominio sustancial y pleno de su instrumento expresivo, el castellano, pero estaba también ansioso de poseer bien algunas lenguas extranjeras, y particularmente la francesa. De modo que con sus tempranos saberes, con su asimilación vehemente de los románticos, tanto para las exaltaciones sentimentales como para las morosidades contemplativas de lo presente y lo pasado; con su progresivo conocimiento del francés; con su percepción aguda de los valores, con su pasión por los libros y a la vez sus hábitos deambulatorios, puede afirmarse que tenía los medios más aptos para una rápida ambientación en París. El Ministro Pedro Moncayo no hizo pues otra cosa que estimularle y prestarle las mayores facilidades de tiempo para la atención a sus obligaciones de funcionario en la legación ecuatoriana.

El testimonio que contiene la carta del joven Montalvo que he acabado de reproducir resulta revelador en su mismo grado de sinceridad: pasa sus días, como ahí lo confiesa, en las bibliotecas, los museos y los bosques de los alrededores. No todo está cerca del lugar en el que paga su modesto hospedaje. Afortunadamente encuentra, casi a mano, alguna diligencia urbana, cuyos caballos, entre movimientos insistentes de riendas y amagos de fustazos, trotan a buen ritmo por los adoquines de calles y avenidas, dejándole en no largos minutos en el sitio de su elección. A veces prefiere tomar, en los rumbos en que los hay, algún tranvía de los que por entonces ruedan en sus rieles mediante tracción animal. *Y* con más frecuencia, si no es extremada la distancia, camina: el hacer camino con sus propios pies es uno de sus hábitos más saludables y deleitosos. Solitario contumaz, divagando, contemplando y meditando se le pasan las horas. En esa práctica hay que descubrir uno de los manaderos generosos de su literatura. Ahí en París no demoran en volvérsele familiares los más celebrados bosques y jardines: el Bosque de Boloña, el Parque del Luxemburgo, el Parque Monceau, el Jardín de Plantas, los senderos floridos de Las Tullerías: a uno de aquéllos —El Luxemburgo— le trueca en el rincón de sus paseos más constantes.

Pero aquel apego a esos trozos de naturaleza acogedora, que las grandes metrópolis reservan precisamente para contrarrestar la atmósfera opresiva de sus muros y la agitación y el ruido de las multitudes, es en el joven Juan Montalvo la reacción fiel y amorosa de un hijo de los campos, de un lejano forastero que añora las bondades de su medio provinciano. Por eso, a poco de vivir en París, dirige una carta a su hermano Francisco Javier con estas palabras:

Yo, habituado a la cuadra. cómo estaré aquí. Ni veo un Cayambe a lo lejos. ni un hejido verde se estiende a mi vista, ni una acequia de agua viene rodando del cerro, ni un árbol en torno mio, ni una flor, ni aire libre, ni sol en el invierno, ni sombra en el verano, ni nada oh Dios, ni nada. Venir acá de nuestro espacio y nuestra libertad, y nuestra luz de América, es lo mismo que bajar del mundo al limbo. Se entiende en cuanto a la naturaleza, en cuanto a la vida del alma, en cuanto a las relaciones que ecsisten entre algunos corazones y la calma y el silencio de la tierra.43

Mejor no se podía haber expresado el sentimiento querencioso de lo nativo y lo agreste. La pluma le responde —empieza a responderle— con un don de cautivadora eficacia, que se irá tornando en uno de los atributos de su estilo excepcional. De ahí que yo deba hacer notarla feliz coincidencia que se va produciendo entre los destellos del nacimiento pleno de sus

43 *IJIfr,sIdo. Sapkn,mso* Cutujwaj. **(Ambato).** de febrero de 1987.

facultades de escritor, ya individualizadas por acentos y matices propios, y el emotivo acopio de aquellas imágenes de jardines, fuentes y boscajes europeos, que son de su gusto, porque de algún modo le compensan de la ausencia de los campos de luz; de los montes, praderas, acequias límpid y arboladas silenciosas de que gozó en su país distante. Esto significa qn en Europa tuvo lugar el brote numeroso y revelador de las excelencias ap tísticas de su prosa, bajo el estímulo de sus arrobamientos de contemplativo, al que por cierto se agregaron otros: así, el de los contactos, antes no imaginados por él. con más de una celebridad francesa —1 .amartine. Proudhon—; el de su aproximación, como oyente anónimo, a maestros y conferencistas eminentes de los institutos de París; el de su observación, en fin, de la realidad presente de esos pueblos milenarios. Pero, no hay que olvidarlo, bajo también otro estímulo igualmente eficaz: el de su afán de una figuración que se proyecte desde Europa sobre sus paisanos de los Andes, para cuyo propósito dispone en Quito de las páginas del semanario ***La Democracia,*** dirigido por Francisco Javier Montalvo. A través, en efecto, de la correspondencia literaria mantenida con ese hermano suyo y destinada a la publicación en dicho periódico, desde enero hasta agosto de 1858, va trasladando a sus lectores del Ecuador las imágenes locales de su peripecia europea, **y** sobre todo la imagen de sí mismo en confidencias personales animadas de fuerte magnetismo y emoción. Es imposible no advertir, así, la sugestión de tales escritos. No obstante, y en contra precisamente de lo que él espera, ellos van a levantar por desgracia, antes que otra cosa, un revuelo de envidias y de simulados desdenes, arteramente concebidos y ejercitados en el seno de una intelectualidad liliputiense, la de siempre en nuestro país, tan propenso al culto canallesco de las insignificancias. Con aquella prueba plenaria de sus talentos de ensayista, que pronto serán reconocidos y recomendádos por algunas personalidades extranjeras, tienen pues que comenzar, en forma paradójica, los sinsabores de su carrera dentro del cerco pardo de su propia nación.

Se debe desde luego aclarar, para ser justos y exactos, que no toda esa literatura originada en sus primeros contactos con Europa, y que es creación propia de sus veintiscis anos de edad, descubre un nivel estable de realización. Si bien ella es ya la evidencia de una rica posesión de talentos para escribir, no por eso deja de contener, en este o en aquel trabajo, ciertas fallas expresivas y estilísticas, y hasta en alguno —concretamente en el titulado Roma", de febrero de 1858— múltiples yerros ortográficos. El hacer aquí esta observación no carece de sentido, pues que Montalvo llegó a ser extremadamente escrupuloso en asuntos de estética y de limpidez idiorivitica. Y tales defectos, en vez de empequeñecer al autor, lo pre

sentan conio intelectual que practica la honradez en su ejercicio, y que por lo mismo entrega lo que ha creado con su propio y conmovedor esfuerzo, sin apoyarse en la repetición de lo ajeno. La proclividad al hurto ya la imitación simiesca, que es mal extendido en las letras de este lado del mundo, jamás intentó entrar en sus hábitos de escritor. Eso no sólo rcalza su grandeza, pues que también le da un aliento inocultablemente personal en la concepción de su prosa. Pero compréndase bien lo que quiero decir: la honradez literaria de Montalvo, osca su resistencia a caer en la servidumbre imitativa y en el aprovechamiento cínico de los recursos creativos de otros, no significa que no sepa asimilar conscientemente, y afinando más bien sus propias facultades, el espíritu, los gustos y las excelencias formales de las obras que admira. Por eso se hace fácil descubrir, desde estas páginas de viajes por Europa, cuánto debe ya a Lord Byron —el de *La Peregrinación de Childe Harold—, a* Lamartine *—€1 de Viajes a Oriente—,* a Chateaubriand *—el de Itinerario de París a Jerusalén* y del *Viaje por América—,* y a Gibbon *—el de La Historia de la Decadencia* y *Caída del Imperio Romano—.*

A su tiempo he de señalar el grado de aquella asimilación, y de otras. Por lo pronto, como fundamento de lo que estoy afirmando, he de recordar lo que nuestro escritor piensa sobre las imágenes de viajes de tales autores, tan conocidas por él. Sobre las de Byron hace esta observación:

Childe Harold. el viajero hermoso que va cantando en divinos versos las virtudes y los vicios, los triunfos y las caídas del género humano, y lleva su último paso a Roma, sepulcro de la tierra. Sus lamentaciones melodiosas enfrente del sepulcro de Cecilia Metela; sus ayes profundos a media noche entre los gritos de la lechuza que asorda las ruinas del Coliseo; sus apóstrofes sublimes al Monte Aventino, son, ciertamente, voces de un dios nocturno..

Y es evidente que con el mismo espíritu recorre él los rincones de triste soledad y ruina de la Roma imperial, aunque, esto sí, para evocarla con sus propios talentos, que se hallan socorridos de erudición oportuna, de reflexiones ágiles, de lirismo encantador. Sobre las impresiones de errabundez de Lamartine dice, a su vez, que éste va por antiguos países, “no para satisfacer ficticios y efímeros placeres, sino para averiguar los secretos de las ruinas y yermos.4 O sea con ánimo idéntico al suyo, que es el de mirar nostálgicamente la vida del pasado lejano tras las líneas de la realidad presente. Sobre la sentimentalidad de las contemplaciones de Chateaubriand, cuyo dulce acento descriptivo ama sinceramente, encarece en cambio el gozo que ellas descubren por las bellezas del medio natural. Y

44 Geometría *Moni,* Madnd, EdiL uces’,rcs de Rivadeneira, itJ2, págs. 42 y 43.
45 *Lamafline. Páginasinéditas* recogidaspor Roberto Agramonte. Edil- J.srcapca México. 969

ese es el ejemplo que le reciatita cuando, solitario, divaga por los jardines del Luxemburgo. Precisame ti te por eso escribe:

El Vicio autor de Chactas conocía íntimamente los recodos de este parque y mucho se agradaba de la sombra de sus ancianos árboles. Figurábase sal vez andar poetizando todavía a orillas del Melehacehé, departiendo sin tesligoscon la naturalezaen el selvoso Nuevo Mundo, cuyo silencio y grandiosidad imprimen en el alma grande una imagen de la Soberana esencia, creadora de las cosas.46

Y sobre la muchedumbre de hechos históricos del viejo imperio de los césares que le ofrece la voluminosa obra de Gibbon hay no sólo las citas con que Montalvo trata de dar validez probatoria a sus rememoraciones de Roma, sino episodios que han manado de esa fuente ya los que ha transfigurado él poéticamente, con su inobjetable capacidad de creación personal.

Algo más bede anotar sobre este caudal de escritos de su primer contacto con Europa, y es que se constituyen en la base de una porción muy importante de su libro *E/cosmopolita,* con que comienza auguralmente su luminosa carrera de prosista, y con que, sobre todo, funda de modo fascinante el ensayo moderno en lengua castellana. Antes de esas páginas es difícil que se encuentre un tipo de creación ensayística tan acabado: cosmopolita —cual lo pregona su nombre— en la perspectiva de los asuntos, selecto y lírico en la gestación del lenguaje, ilustrativo en el acopio cuidadoso de cultura yen el afán de promover el pensamiento, animado y voluble en el despliegue caprichoso de los temas. Bien se ve que el autor, que ha descubierto a través de los románticos franceses al padre del ensayo — Miguel de Montaigne— dispone de una aptitud natural similar a la de éste para emplear el método de un zigzagueo imprevisible en el desarrollo de la materia de sus escritos, y para enlazar en forma amena la erudición con los detalles anecdóticos y las circunstancias pasajeras. Montalvo es el primero, entre españoles e hispanoamericanos, que lee y asimila a Montaigne. Más adelante se podrá echar una mirada atenta a esta obra, tan definidora y definitiva en la profesión literaria de mi biografiado. Pues que antes es preciso que se pongan los ojos en los episodios más acentuados de su experiencia personal misma, dentro de París.

La misantropia. inclinación invencible desde sus años de infancia. tiende a agravarse ahora, en este medio tan extraño, y tan indiferente con cuantos llegan de lejos a radicar aquí. Aunque se suponga lo contrario, por la asiduidad de la migración de intelectuales a la metrópoli francesa, ésta es más bien hosca, despectiva, o cuando menos fría con el hombre de pro-

46 E1 Luxcmhurgo. *Elcosrnopoliia. Tomo* 1h6i, *Øgs* 92 LIII

cedencia extranjera. Hay una especie de espejismo, creado por referencias un tanto interesadas o falsas, en aquella relación de personalidades literarias o artísticas con el medio humano de París. Eso lo advertiremos en su momento a través de los desilusionados testimonios del propio Montalvo. Aislado por temperamento, joven y desconocido, aprovecha su tiempo en pasearse —valga la expresión— por en medio de los secretos vivos de la historia: palacios centenarios, salas de museos, parques de una antigüedad memorable, llenos de bronces en que se perennizan las figuras del pasado. En las galerías del Louvre, que se le han hecho familiares, se apasiona, extasía o enternece percibiendo las vibraciones íntimas de las pinturas o esculturas en que se ha quedado a sobrevivir, inequívoca, la sensibilidad de sus creadores. Verdad es pues, como él lo afirma, que permanece suspendido en la contemplación de los cuadros de Murillo, Rafael o Miguel Angel, sin sentir el transcurso de las horas, hasta cuando le saca de su arrobamiento silencioso la voz solemne de los guardianes: "Señores, vamos a cerrar". Igual inadvertencia del tiempo corrido padece en las bibliotecas, especialmente en la mayor de ellas, situada en la calle Riehelieu. Pero sobre esas mesas, en lecturas inacabables, él va acrecentando su cultura – sustento de todos sus libros— y consiguiendo ubicación clara y adiestramiento en las tendencias del romanticismo, que ya no las abandonó jamás. Durante varias tardes va también a la Sorbona, a escuchar las conferencias magistrales del doctor Claude Bernard, médico famoso que explica sus propias páginas sobre las teorías de la vida. Sale de ellas, además, fortalecido por la comprobación de cuánto ha progresado en la comprensión de la lengua francesa.

Y cuando cumple ese trayecto a la Sorbona prefiere tomar una diligencia hasta Santa Genoveva. Desciende entonces, a pie, por el Boulevard de Saint Micliel, amplio y animado, que bulle de jóvenes, especialmente estudiantes, vida y sosten de las librerías y cafeterías de los dos costados de la avenida. El va casi siempre solo, lento y como ausente, en medio de la agitada muchedumbre. Pero, a la verdad, lleva inquietos sus ojos, atisbándolo todo: las nubes violáceas de la atardecida, los cristales de las altas ventanas, comúnmente cerradas, las espesas puertas de las casas, también entornadas, el paso y el esto distintos de los viandantes, la arrugada presencia —que nunca falta en las ciudades— de la pobre mujer o del hombrón que limosnean con una son risa de resignación aun ante el rechazo de sus ruegos.

No hay nada que escape a la observación de este solitario. Ni ala punta de su pluma cuando rememora lo que ha visto. En un primer plano de su atención están naturalmente esas jóvenes que transitan en un sentido o en otro del bulevar. atrás de cuya gracia excitante se Van

cias de sus ojos. La inclinación sensual a los atractivos femeninos se le manifestó temprano. Cuando niño buscaba ya sorprender, en circunstancias bastante eventuales, y entre curiosidades instintivas, la imagen de la blancura opulenta y delicada de los muslos de alguna joven desprevenida. Después, con los primeros signos de la virilidad, halló satisfacciones en la unión con hembras encontradizas, callejeando por la ciudad de Quito, o en la posesión de la desnudez cobriza de alguna trabajadora de los campos de Ficoa. Pero aquí en París le encienden de pasajeras voluptuosidad estas mujeres ágiles, cuyo aire desenvuelto, leve y fino, lleva en sí un espontáneo efecto de seducción. En muchas ocasiones el deslumbramiento ante aquéllas le deja indecso y frustrado, sofocando su anhélito secreto. Tiene por eso que acudir al acostumbrado complot de amigos para tentar juntos el vado de sus primeras conquistas y avernuras eróticas. No obstante, en pocas semanas, ya mejor adentrado en la urbe, y ahí en donde las oportunidades ciertamente no son escasas, consigue conducirse solo en la búsqueda de fugaces compañeras para el amor. lodo, desde luego, con la mesura y la higiene más escrupulosas, que presidieron siempre sus hábitos. FI no es en realidad de os que en esta materia prefieren una abstinencia prolongada, y menos de los que monásticamente adoptan inhibiciones tormentosas. Mas tampoco es lo que muchos, con desconocimiento e insolencia, han asegurado de él: un libidinoso irrefrenable. Fácil me será probar, a su tiempo, la normalidad de la vida sexual de Juan Montalvo.
Saint Michel y Montmartre, avenidas populosas por las que gusta descender hasta las orillas mismas del río Sena, son los lugares que usualmente le proporcionan el espectáculo tentador de sus mujeres, incitantes como pocas en el alarde natural de su encaifio. Ello sobre todo en la estación del año en que el clima se desanubla y sonríe. El mismo lo asegura en unas páginas de su primer libro en que cuenta cómo rescató a un nostálgico extranjero de la inadaptación, y del aborrecimiento a París y a Francia, con sólo llevarlo a deleitarse en la contemplación de los febriles torrentes femeninos que circulan por esas dos arterias metropolitanas. Obsérvese el tono de convencimiento personal con que lo refiere:
Las mujeres de París no viven en sus casas; todas están en la calle, yen estos días de pláceme para la naturaleza, son las que más la festejan y se festejan con ella. Iba pues yo con mi infortunado misántropo por el boulevard Montmartre, y poco a poco se le fue desencapotando la frente, ya su mirada no era turbia; a pocas vueltas vi le sonreír. Era. Señor, que íbamos encontrando falanges de muchachas, frescas, rozagantes, elegantes, airosas, y apetitosas, como no es posible ponderar. ¿De dónde salió ese enjambre de dulces abejas que nos picaban por donde quiera nos volviésemos? ¿conque había tantas bellas en París? ¿O los campos Elíseos de Mahoma se abrieron de repente y dejaron derramar esa lluvia de huríes? El hecho es que eran bonitas, y por feliz y

r,.; a casualidad, en un largo trecho no topamos ni una vieja ni una fea. Y esas retreclii Es qiic son tI diablo por medio de una infernal maquinilla la oria del vestido está a una lereia del tobillo: ya ustedes se imaginan luque es eso ... y un modo de andar, y un mudo de ni i rin, y un ademán, que allí le hubiera querido ver al buen Xenóerates Puesel que iba ami lado se rceoneilió consigo mismo, y con Francia, y con su cielo, y con su suelo y coo su clima litritóse adorador de Paris, y allí se está basta ahora coneeptuándose el más feliz de los mortales. ‘l’anto como esto son poderosas las mujeres!. 47

La sensualidad de Montalvo, tan corriente y saludable, halla un gozo muy vivo en la admiración de las desnudeces corporales femeninas, y aun en el afán de describirlas. De ahí que no oculta su contagioso entusiasmo cuando advierte la audacia con que ¡en su siglo! las muchachas parisinas llevan el vestido mucho más arriba del tobillo, y pasan con un modo tan insinuante de andary de mirar que pudieran trastornar hasta a Xenócrates, rara especie de mármol viviente “que no tenía corazón para el bello sexo”.

Pero nuestro escritor —aclárese esto bien— es de los que rehuyen los excesos del placer amatorio, y aun de los que condenan los desenfrenos que hallan en la sociedad de París. Aunque él está lelos, eso sí, de cualquier gazmoñería, a la que más bien sabe atacar con el máximo rigor. Hay pruebas en su obra de cómo teme, sinceramente, el ambiente de trastorno o desaprensión que ahí se le ofrece con apariencias de seducción muy imperiosas. Escribe en *lrlcosrnopniua:*

Paris es una como sirena: dice mucho a los ojos; mas su aliento emponzoña y acarrea la muerle. Figuraos ursa *mujer* bella de alma corrompida, una mujer hirviendo en ardides, filtros diabólicos y misterios de amor y brujería; una Circe a cuyos palacios se puede llegar con el jiucio sano, pero de los cuales no se sale jamás, ose sale diferente de loqueen élse entró.

Tal es esa ciudad extraordinaria: todo es gozar, pero sus goces tienen amargos dejos: todo es placer, mas sus placeres son seguidos de desdicha.

r:)co más abajo confiesa:

Cuando estuve en París siempre anhelé por algo que no fuese París.4t

Entre las manifestaciones que en aquel desbordamiento de los goces estimulan su actitud de censura o desconfianza está la de la infidelidad conyugal. Ha leído a Balzac, el genial y caudaloso fundador de la escuela realista, cuyas novelas derogaron, entre tantos sof”.ias, la artificiosa retórica del amor de los autores románticos, y llenr Jo estupor recuerda que éste, con su “aritmética diabólica”, ha establecido que no hay más de tres espo 4 —vjacs. Poesía de os Moros’. ***El*** rosmopoliíu. Ibid.

48 “El Luxemburgo”, ***Elcosmopoliw,*** Tomo i ibid.

sas fieles en Francia. De esa aseveración y de las conferencias de un sacerdote en Nuestra Señora de París nace que arranquen, precisamente, estas frases suyas de repudio:

En Francia. digo, el matrimonio es asunto de pura comodidad, y por eso la mayor parte se casan para ser libres. Una jovencilla honesla, fresca, rozagante, que a torrentes esparcía donaire y donosura, respondió en el tono más sincero y natural del mundo a uno que la requería de amores: —Cuando me case, es otra cosa ... ¿no ve usied que todavía soy soltera? El adulterio hablaba por baca de esa niña, en cuyas palabras, no. sol ros, *bárl,arc,s americanos,* no podemos pcnsar, sin que nos discurra por todo ci cuerpo un hormigueo y un friecillo mortales, y sin que se nos ericen los cabellos, cual nos pudiera suceder al frente de un aparecido.49

Los escrúpulos de Montalvo en este asunto de las claudicaciones de la pureza conyugal fueron tan verdaderos y extremados, que no las toleró ni en las invenciones episódicas de la novela naturalista. Ya se alcanzará a conocer su posición frente a las creaciones de Gustavo Flauhert y Emilia Pardo Bazán. l'ero también será necesario que, a su hora, se le vea a él mismo, con nitidez, imparcialidad y comprensión, enfrentado a su propio matrimonio ya sus concubinatos extranjeros.

Y bien, lo. itilevares parisinos que él frecuenta no únicamente le son pródigos en incitaciones a su tan pronta como equilibrada excitabilidad amorosa. Pues que también le surten de comprobaciones sobre la información cultural e histórica que ya ha llegado a poseer a través de sus lecturas, numerosas y tempranas. Jal es el caso del que antes he nombrado: el de Saint Michel, Por ahí iransita pues, como asimismo lo he recordado, a la Sorbona. facultad universitaria que se estableció sobre un viejo colegio medieval, y en cuyo patio espacioso se ven ahora dos esculturas magníficas que a él sin duda le hubieran placido: las de Victor Hugo y Luis Pasteur. Ese ambiente, con algo de recogimiento re]igioso. le predispone para sus esfuerzos de conipiension de las contadas conferencias a las que asiste, por espontáneo ini pulso de satisfacer una i apacgua ile curiosidad intelectual. En la parte más empinada del bulevar está uno de los accesos a los jardines predilectos del joven Montalvo, hacia los que va a menudo, y de los cuales llegó a dejar una ilttageil literaria imperecedera: los del Luxemburgo. A un costado de éstos puede advertir la adusta fachada de un liceo que lleva el nombre de Montaigne, tan grato precisamente para él por lo mucho que debe a la técnica e inspiración de sus ensayos. Y algo arriba de los jardines da, más de una vez, con la amplia explanada de Santa Genoveva, en que observa, con su habitual ánimo admirativo y callado, las columnas del frontón del Templo de la Fama o Panteón de los Grandes 1 Tonibres, moni,—

mento que la gratitud nacional terminó de levantar en los días de la Revolución Francesa, y en cuyos interiores reposan los despojos de las celebridades mayores del país; es decir, los de sus héroes del pensamiento y la acción. Ahí están, entre otros, los sarcófagos de Mirabeau, Marat, Voltaire, Rousseau, Víctor Hugo y Zolá. Para apreciar la naturaleza de las reacciones que se producen en la intimidad de nuestro esquivo y taciturno paseante cuando visita este lugar, en repetidas ocasiones. recuérdese que él profesa un celoso apego al pasado porque ama la grandeza, victoriosa a pesar de la pertinaz acción destructora de los tiempos, y porque anda buscando el rastro de las vidas ejemplares como sostén de la disciplina de sus esfuerzos y estimulo en el culto de una entresoñada gloria personal.
Pero no se reduce la permanencia en París de mi joven biografiado, en el lapso de dos años y medio, a estudios, contactos con personalidades, paseos urbanos de observación provechosa y deleitable, elaboración de páginas literarias y breves tareas de oficina, sino que también comprende, para él, períodos de molestias y sufrimiento, caracterizados especialmente por la falta de salud. Parece que primero tuvo problemas de la vista. Antes de su viaje a Europa hizo ya referencia escrita a un padecimiento de los ojos usando un lenguaje poco veraz por su acento de angustiada queja romántica. Con todo, algo había habido en ésta de fondo sincero, pues que en efecto tuvo que acudir en París a la consulta de un oculista renombrado, de apellido Desmarres, al que, de adehala, le requirió tratamiento para alguna otra dolencia. Se debe notar que la confidencia que al respecto hace Montalvo está enderezada, preponderantemente, a recomendar el valor de las especialidades profesionales, para entonces desconocidas en los países de nuestra América. Sus expresiones son las siguientes:
Mas para dar en la sabiduría (esos especialistas), han estudiado y se han desvelado treinta o cuarcnta años, y aun así no profesan sino un ramo de la vasta ciencia, y lo estudian y practican todos los días. Desmarres, el gran oculista Desmanes, a quien vi no pocas veces, me dio también una prueba de modesta ingenuidad. Consultéle acerca de un cierto dolorcillo de corazón que me aquejaba; y después de retozar un tanto, como buen francés, sobre que los majes del corazón suelen ser males de amor, me dijo buenamente: —Ouerido mío, yo no me meto sino con los ojos; lo demás curo tanto como usted
La afección ocular de Montalvo no era probablemente seria. Porque jamás se vio obligado a llevar lentes. Los usaba a discreción, de manera más bien ocasional. Pero, en cambio, quizás rebasando un poco sus confesas restricciones de especialista, el doctor Desmarres no dejó de prescribir 5 [.a saludy la medicina. ***Eicosniopohta.*** v0i. II. ibid

le, aparte de cualquier tratamiento visual, algunas medicinas relacionadas con determinada alteración de los nervios, de que en verdad casi siempre se sintió mortificado. Ello pudo observarse —no hago sino recordarlo—— en las noticias que el escritor confió a su hermano Francisco Javier en carta del II de septiembre de 1857, transcrita ya en este mismo capítulo. En ese documento habla de las órdenes que ha recibido del doctor Desmarres. de ir continuamente a distraerse en el teatro, 'porque el plan curativo que me ha dado es muy bonito''. Aclara que él prefiere divagar por hermosos parajes solitarios, aunque eso no le es posible en toda circunstancia. Dice. así:

(Jiras veces, cuando llueve, por ejemplo, no hay más remedio, tengo que observar la recela, entro en un teatro, casi siempre a la Opera, porque la música Y el camilo me gustan más que esas bufonerías de os de más Teatros. Si pudme ni leer de noche no saldría de mi euario pero es preciso hacer algo que distraiga. y no eonsumirse ten - dido en un sofá contando los minutos, como me ha sucedido tanto tiempo.51

Eso de pasarse contando los minutos y las horas, en un vacío (te acción , con una amarga orfandad de obligaciones prácticas. y no obstante su fecundo laboreo intelectual, llegó a ser fuente de afecciones tníoiieas

uc determinaron el rasgo desapacible de su carácter, ci agravamiento de la hurañía de su trato, el fondo de una solitaria tristeza en largas épocas de su existencia. ['ero no es ello lo peor ahora. Los males de su salud hallan otra manifestación más crítica y violenta en esta primera estada parisiense, Pues que se ve precisado, en efecto, a guardar seis meses de cama, Y a soportar las consecuencias de esa enfermedad durante el resto de su vida. Por fortuna tiene a su lado, en esta temporada de París, a un generoso minigo francés, Carlos Ledru, con quien se ha relacionado probablemente a través del personal diplomático. Ledru y su esposa aman las letras. Conocen a intelectuales. Son apreciados en los medios profesionales. A nuestro joven escritor le han ido cobrando cariño. Se han habituado a llamarle. no sin gesto risueño, el "bárbaro americano", el "salvaje americano", porque él mismo, escéptico antes las bondades de la presuntuosa civilización de Europa, se ha calificado de ese modo en escritos y en el círculo de sus infrecuentes contertulios. Poco sociable, y' todo lo demás, no por eso Montalvo ha faltado a las eventuales reuniones cte los Ledru. Pero en las de las últimas noches éstos le han notado algo más si]encioso, y cortésmente esquivo a las bromas. Carlos aun se ha atrevido a i nquirirle por una ligera molestia, acaso dolorosa, que le han advertido al caminar. ——-Nada de importancia. tal vez un principio de neuralgia, ha contestado, - Nose descui-

de, Juan.. - Aquí los rigores del clima hacen estragos en el pobre forastero de las soleadas tierras de donde usted viene. —Le insisto en que 11050 preocupe: creo haberme ya ambientado, vuelve a responder el joven. —De cualquier manera, hágame saber si necesita ayuda. Usted está prácticamente solo, y por suerte yo soy amigo de médicos excelentes, que nos han de servir, ha dicho Ledru finalmente.

Y al despedirse nuestro escritor, sofocando las quejas de su dolor intermitente, vuelve a la amplia casa de patio en que alquila su habitación. Esta es limpia y cómoda. Cuenta con una brevísima antecámara y un pequeño baño contiguo. El, sin embargo, no está de veras satisfecho. Ahí no recibe sino fugazmente un poco de sol. Por eso le escribe a su hermano:

“Yo puedo no comer o comer mal; pero si no hay luz en mi vivienda, si no respiro el aire que baja del cielo y no el que sube de los fangos, si no tengo una ventana ancha por donde echar mi vista, estoy como un encarcelado, el corazón me viene a la garganta, me ahogo, no tengo gusto para nada”.52

Es casi seguro que aquella atmósfera de su alojamiento tiene que ver con su peona constante. Hoy, igual que la víspera y que la antevíspera, llega a examinarle algún facultativo que alguien le ha recomendado. Después otro. Los honorarios profesionales y los gastos de farmacia devoran buena parte de su sueldo. Debe entonces contentarse con exámenes menos frecuentes. Pero la espera de su curación va dilatándose por demasiado tiempo, inútilmente. El propio Montalvo lo recuerda con estas palabras:

Dos médicos tuve en París: una ligera neuralgia me la convirtie ron en aguda inflamación. después de dos meses de tratamiento. Un vejete que servía de mandadero en la casa, hombre de bien y compasivo. me exhortaba todos los días con algún misterio a despedir a ***esos señores.*** Esos son bribones de profesión, me dijo al fin; cuando usted no tenga un real, le dejarán morir. ¿No sabe usted que tienen compañía a rartr de utilidades con el boticario?”

Las circunstancias, ya en ese grado extremo de adversidad, le obligan con desazones íntimas, a acudir al ofrecimiento de su amigo Carlos Ledru. Este le visita de inmediato. Aparece en su habitación acompañado de un personaje influyente, acaudalado y generoso: el barón de Gutllmot. Ambos se conmueven al ver el estado aflictivo de salud del joven escritor. ¿Cómo ha perdido tanto tiempo sin llamar a Ledru? Está casi impedido de andar. Ellos sospechan que el enfermo sufre de una tremenda afección reumática. Hay que buscar —se dicen— al doctor l3ouilleaud , en seguida. Esa es la figura prominente de la especialidad, y nada menos que el decano

52 ***Piunwde acero,*** thld.pág.4&

53 ‘[uui **ud** y **i-,,,i,c iic,n;i’** E?cos”iopohia, Vol ti - ibid.

del cuerpo médico de París. Así lo hacen. Salen volando, asegura ci mismo Montalvo, y agrega: "al cabo de una hora «en el patio el ruido de un coche de a cuatro cabal los 1legaban ya con lb uI leaud . El diagnóstico de este profesional ilustre, después de varios exámenes, es el de un reumatismo agudo, cuyo tratamiento ha de tomar tiempo y cuidados especiales. El barón ha hecho notar. desde luego, en forma discreta, su total disposición a correr con los gastos. Boailleaud ha sugerido por su parte la conveniencia de atraer a un amigo suyo como colaborador. Este es el doctor Ricord. Y efectivamente se procede así. Son pues los dos quienes le brindan, desde el comienzo de su larga cura. a más de su sabiduría, los beneficios de un ‘‘caritativo afecto’’:

no solamente me curaron —cuenta el escritor——: pero también se infundieron aprecio por los hombres en general, y afecto a los ineclicos en particular : asistieronme Cuatro meses, viniendo a casa todos los días, no va catan médicos, mas aun Como ¿inlicos. proporeioitándontc libros que leer. ctsincionw conversaciones instructivas y gustosas. Es de saber que estos médicos recetan en sus cLisas: el enfermo ha de ir allá, y r cada consulta deja en la mesa u no o dos luises de o ro . El que los llama a la suya ha de ser capitalista, pues eso cuesta miles. Yo no pagué lo que debut: Boui Icaud Ricord se conlentaron con mi gratitud, y con decir que si yo hubiera sido un duque de Brunswick, *un par demilloncitosles* hubiera rendido mi curación.54

Si en realidad fueron renuentes al pago, como de manera tan e nfáttca se dice en el testimonio montalvino. ello no significa que el barón de GuilI— mot no les hubiese correspondido con sus habituales gentilezas. Quedó así claro que ‘‘no desdijo su conducta posterior de su modo de principiar’. Y en lo que concierne a los libros que los dos médicos le proporcionaron en su enfermedad, más los que puedo conseguir en el bimestre anterior, también de postración. Montalvo hizo saber alguna *vez* que ese medio año de cama le sirvió significativamente para sorprender a sus lectores de más tarde con las muestras de una coptosa cultura, poco usual en su país.

Con los Ledru siguió encontrándose hasta su partida a Marsella, ya de retorno al Ecuador, que ocurrió sólo meses después. Pero esa amistad le fue favorable no sólo por sus reacciones solidarias en la vida personal, como las que se acaban de exponer, sino También por su disposición a ayudarle en sus primeras tenl divas de resonancia intelectual en el exterior. No a otros que a los esposos 1 .edrtt debió así su relación con u no de los semidioses de romanticismo: Alfonso de 1 .atnartine. La tetralogía romántica que él más amaba la fortnabati precisattiemite [.aniartine. Víctor lItIgo, Byron y Chateaubriand. l’or eso llegó al ci esta confesión, que él la sen—

54 thiit

tía verdadera, y que prueba el grado de su apego a la obra de esas figuras: ‘Byron me ha destrozado el corazón; Lamartine le ha llenado de consoladora melancolía”.

Se debe insistir en que nuestro escritor era romántico rio sólo por los estímulos recibidos de sus lecturas, que eran las que entonces ganaban el mundo, sino por las condiciones mismas de su temperamento. La pasión se le desbordaba espontáneamente, en cualquier circunstancia. La impulsiva naturaleza byroniana, que él la sabía íntimamente suya, determinaba el sesgo imprevisible y tormentoso de sus reaccioiies. Y, a la vez, había también una disposición sufriente en su alma, que rimaba por su partc con la que se desahoga, con acento conmovedor, a través de la lira lamartineana. De ahí que, poniendo tempranamente atención en ella, había terminado por hacerse la siguiente reflexión: “el ingenio sin el sentimiento es una facultad incompleta, que nada puede enseñar”. Lamartine se le convierte pues en uno de sus maestros cordiales: en el maestro cuya elocuencia parte del propio corazón para llegar al corazón de los demás. El joven Montalvo se reconoce así como uno de sus “discípulos amantes”. Comprende y alaba la inclinación “profundamente religiosa” de aquel poeta. Admira, y sin duda la toma como ejemplo eficaz de la conducta de el mismo, su generosidad desmesurada, que le ha llevado ‘‘de la opulencia a miseria’’. Se siente solidario con los infortunios de Lamartine, y a propósito de ellos prorrumpe en razonamientos infalibles sobre la inutilidad de las valoraciones y las homenajes póstumos, sobre el carácter paradójico de la gloria, cuya fatalidad es la de alumbrar a destiempo, en un vano horizonte de vidas apagadas. Además, no en una ocasión, sino en varias etapas de su existencia, ha confesado el fervor con que ha leído las páginas del gran romántico francés. Estaba todavía en Quito, en sus días de juventud, cuando elevó su voz para dirigirse a él ilusoriamente con estas palabras: “Cuántas veces, Lamartine, vagando, solitario, en las serenas tardes, he abierto tus *Meditaciones* sentado sobre una verde altura”. Si hubiera sido más explícito habría nombrado esa verde altura, que era la colina de El Panecillo, a la que solía en efecto subir, pisando entre las hojas del bosque los resplandores de la atardecida, en medio de una quietud insondable. lodo pues como para percibir mejor las vibraciones estremecedoras de las confidencias de ese autor, y de otros también, del romanticismo.

Aquellas expresiones de Montalvo están contenidas en un articulo datado el 28 de junio de 1856, cuyo origen se debió a que la Cancillería del Ecuador había abierto una suscripción pública para adquirir las obras completas de Lamarti nc. por requerimiento expreso del propio poe ti, víctima va de sus reveses económicos. Ese ruego lo había recibido ¡it es! ro

Ministro en Paris, don Pedro Moncayo, igual que lo recibieron los representantes de las otras repúblicas latinoamericanas. El novel autor ambateño acudió al llamado, no sólo con entusiasmo, sino con la idea —tan constante en él— de que cumplía una acción solemne , irrenunciable, como señalada de antemano en el desarrollo puntual de su destino. Por eso hizo alusiones a su devoción la marlineana, ya sus sueños, en cierto modo proféticos, de un día aproximarse personalmente a aquel semidiós sensible y melancólico. Llegó aun a dramatizar, imbuido de una indesconocible tragicidad romántica, seguramente desproporcionada, el falso riesgo de sumirse pronto en una total ceguera. Desde luego, si en realidad sufrió molestias en su vista, éstas no llegaron, como ya lo he advertido, a imponerle la necesidad del uso de lentes, ni siquiera en sus años postreros. Pero conviene que se conozcan, a lo menos, estas frases de su escrito:
yo mismo que en mis sueños, viajero errante y peregrino, pensaba llegar a tus puertas. como a una tabla segura de salvación; yo mismo voy a contribuir ahora con mi óbolo para tu sustento!. —Compré tus libros, estando acaso falto de innecesario; y cuando me acuerdo que bien pronto seré ciego, mi perturbada vista no se cansa de vagar por tus hermosos versos.
Así quedaba iniciada la historia de sus aproximaciones admirativas y afectivas a Lamartine. El segundo paso de esa historia tiene lugar en París. Apenas dos años más tarde. En abril de 1858. Esto es, cuando vuelve a escribir sobre su ideal maestro. Y sigue siendo el mismo joven que, a pesar de ser tan joven, “bastantes amarguras ha probado”. El pretexto para estas nuevas páginas es una tertulia en casa de los Ledru. Se han congregado a cenar, después de algún tiempo, los pocos amigos de siempre. A la hora de la sobremesa, con los anfitriones junto a él, Montalvo les confiesa su preocupación por la actitud desdeñosa que Francia ha adoptado frente a su “grande hombre”. El, de veras, aunque pudiera parecer el gesto de un loco, sí ambicionaría redimirlo de agravios y pobrezas, llevándole a sus campos de Ficoa. Quisiera pues decírselo. Le gustaría hacerse oír del poeta.
—Usted, mi querido amigo, bien puede conseguirlo, le insinúa la señora Ledru.
—Ni siquiera alcanzo a imaginar cómo, le responde el joven.
—Lo veo simple, corrobora a su vez el esposo: escríbale un artículo emotivo, lírico, con lo mejor de su hermoso talento, y exprésele algo de lo que siempre nos ha estado diciendo sobre él y sobre sus páginas más amadas,
—Lo haré, claro que lo haré, afirma al fin el escritor, con entusiasmo que le ahoga la voz.

—Yo le sugiero algo más, añade la señora Ledru, que es una apasionada de las letras: use su magnífico francés. Va a ver que éste ya está maduro para cualquier muestra apreciable del estilo.
—Y si usted me prometiera, más bien, poner en francés lo que yo escriba en mi idioma? …Pero, por qué esos movimientos de cabeza?
No, no. Olvídelo. Creo que me siento capaz de borronearlo en español, para ir pasándolo simultáneamente al francés … Le aseguro que lo comenzaré esta misma noche; -
—Pues si usted está decidido a hacer su artículo, se me ocurre prometerle otra cosa mejor: llevar ese artículo a un diario parisiense —usted sabe, tengo buenos amigos—, para pedir que lo publiquen en seguida.
Así fue. A poco de despedirse, estuvo el joven sobre el papel de su mesa de trabajo, en intenso afán de redactar unas páginas literarias de inspiración romántica. El tema de 1arnartine le era no sólo fécil, sino incitante. De modo que un día más tarde el trabajo estaba concluido. Tomó entonces, rápidamente, un tranvía, y buscó a la señora Ledru. Esta, por su parte, se manifestó poseída del mismo interés, y supo cumplir fielmente la palabra empeñada.
No todo, sin embargo, estaba hecho. 1-labia que darcl paso siguiente:
enviar al poeta la hoja del diario en que se publicó el breve ensayo. Después vendrían el pedido de audiencia y. en caso afirmativo, la visita. Pero ninguna referencia sobre ello, ni ninguna explicación adicional serán suficientes para el buen juicio de este episodio si no se leen antes, por lo menos parcialmente, las líneas del joven Montalvo, tornadas de su propia y original versión castellana. ‘léngase en cuenta, desde luego, para no caer en confusión, que todo lo que se desarrolla en ese escrito es un encuentro todavía imaginario, con una conversación puramente inventada:
inc he alegrado de ver a ,aniartiiie en su modesta morada No gusta de palacios. un rincón de su hogar e he visto. inchoado en su antiguo si llon. Su cabeza cana.
su mirada melancólica, su voz a i a co .tl prestaba toda mi ate nci un, me embelesaban. 1 al,ía yo deseado verle, y iii vi. Nad e me ha presentado a él: ci arroyo que sai a de iu:i,iuLdna, no tiene necesidad de que nadie le conduzca al rio —-1 .amartine me ha dicho que si sals..i sitluiei · un iileoo Lic sUs tierras. tIte invita III,!: que cizariamos. que contemplaríamos la puesta del sol, sentados bajo una vieja encin,i. Qué orgulloso estaría so. al lado de aquel huéspedl Mc parecería al zorzal bajo la protección del águila, a un pequeñuelo nurtu bajo la vida palmera. Mr ..i preguntado cuál es mi edad: lauto mejor si soy joven: isi podré correr por la p’ dienle, en persecución del cervatillo que huye en el ribazo y va a internarse en iJ loresta. El a nei:ino mc esperará junto a algún árbol venerable, rodeado de muchedu ubre de perros. …A hora del crepúsculo, esperando sotos la sal ida de la luna, en alguna alameda silenciosa, me referirá 6! esas cosas vagas y encantadoras que saben los poetas. Pero lodo no es sino una ilusión. Lamartine perderá su castillo: no tendrá árboles a cuya sonshni reposarl

Dijome que había pensado siempre en un viale a América: ésta sería una visita poética: allí vería tantas cosas dignas de él. Qué eliz sería yo, si pudiera ser su guía en aquel largo viaje! Qué feliz al llevarle conmigo! Realizariamos una navegación mitológica en el Daule: tamarindos y ananas se inclinarían a su paso: subiríarnu' ''nlhorazo, y de la cima de los Andes arrojaría él una mirada inmensa sobre la inmensa América. —Descenderíamos por el otro lado, y luego nos encontraríamos en esas ilinsitadas llanuras, en donde tiembla la verde espiga. ¿No veis esos viejos sauces, que se inclinan, ya a un lado, ya a otro'! Allí tengo mis laureles y mis flores, que serían ofrecidos a mi huésped, Llevaríale a casa de ni i pad re, nos internaríamos en los bosques ile Pieoa, segiuríamos nuestro c,,mi no - y 'le repente se despertaría su musa, al contemplar las poéticas lagunas de Imbabura. Iríamos de valle en valle, y seria recibido por todas partes, con arcos de verdes ramas y de flores. los jóvenes agitarían sus han de ras Ii Li o cas, las jóvenes en ti Sn aria n sus e. '"e iones más armoniosas, los a nc anos saldrían de sus cabañas, preguntando: ¿dónde esi á él'? ¿cuál es él?.

El joven escritor había llenado su propósito. En forma absolutamente responsable. Con un pulso seguro sobre los más escogidos recursos de la creación literaria. Dejaba ver que, en esa oportunidad todavía temprana, poseía ya facultades ciertas para dar con la justa vibración emotiva y con los necesarios encantos del estilo. Exactitud, expresividad y ritmo se mostraban cii esas frases cortas, hermosamente dominadas. Las gracias comparativas y metafóricas no podían ser más acertadas. El aura, embellecida de noslalgia, de los rincones agrestes, comparecía en su precisa ocasión, enlazando las imágenes que mejor lograrían ambientar la evocación de Laín-artine, tan amante de la naturaleza, Delicado arbitrio, además, para conmover al propio poeta. Lo de los jóvenes y ancianos de los valles del Ecuador que saldrían de la rustiquez de sus pobres moradas para saludarle; y aquello de que "sus más bellas palabras se han puesto en boca de un pastor", y que él se "complacía en oírle, cuando aquél subía a la colina en pos de su rebaño", que dice Montalvo en ese mismo artículo, venían a ser dulces invenciones, eficaces si se las contraponía a las actitudes de indiferencia, de calculado olvido o de hosquadad de la patria misma de Lamartine. Este se sintió inmediatamente impresionado por las líneas del joven escritor, y le puso por eso una nota de emol.ivo agradecimiento, que se la envió a su dirección domiciliaria en París, según la tarjeta con que le había hecho llegar la hoja periodística. Conózcanse en seguida los términos de esa nota:

Ile leído vuestras líneas, me he enternecido, he am:' 'o la mann extranjera que las ha escrito, Ojalá en mi patria hu: 'ra tales scnnn' cii ·5! No estaría yo como mc hallo en este instante, ocupado en co, ir hasta mis árl,olcs, para vender esta sombra tan

55 R,,t,crio A gramonte. *Paginas inéditas de MonIah'o.* i'ut'hld. México, Edn José M. ca;'ca ir,- i969

querida, y repartir entre mis acreedores mis últimos bienes, Francia. interrogada, ha respondido: “ique muera!”, y moriré, pero lejos de ella, sin que le queden ni mis huesos.

Montalvo, que hasta entonces no se había sentido halagado con manifestaciones de aprecio de tan alta procedencia. guardó celosamente la esquela de Lamartine y más de una vez aludió a ella entre sus compatriotas. Lo hacía, desde luego, a sabiendas de que sus éxitos literarios iban a mortificar, que no a concitarle adhesiones, en su medio natal. La aversión a las superioridades auténticas ha sido en nuestro país la ocupación constante y afanosa de las medianías intelectuales, hábiles para el abultamiento falso de sus escasas facultades como para la premeditada indiferencia o el torpe desdén hacia lopoco que de veras vale. En su primer libro, aparecido varios años después de este contacto con el genial autor francés, mi biografiado se quejaba de las imputaciones de vanidad que se le enderezaron por haber reproducido los juicios favorables de los colombianos Miguel Antonio Caro y Rufino Cuervo, y encontraba oportuno referirse a la enaltecedora reacción lamartineana con estas palabras:

Un día entró el cartero ami aposento, en París, y me entregó una carta. Cuál no fue mi sorpresa cuando la vi firmada por Lamartine! Un hombre que allí estaba, se abalanzó al papel al oir ese nombre, y junios desciframos el sublime ieroglifico. Ese hombre está presente, y no es mi amigo: diga si miento. ¿Quién ha sabido esta honrosa circunstancia? ¿cuándo he hablado de ella9 Y yo no había dirigido carta ninguna a don Alfonso, para que me la contestara *por puro comed ¿miento, y por reírse de mí,* como dijo un ‘sensato” viajero ecuatoriano. Lamartine no dirige cartas a nadie para reírse de sus corresponsales, siendo como es el más bien intencionado y grave de los hombres. El que hubiese llegado a manos de ese poeta algún escrito, que produjo la gloria de ver sus letras, no es culpa mía- Este es motivo de odio hacia mí para mis malos compatriotas ...““El que duda de mi palabra, pase luego a ésta su casa, y verá esos autógrafos
56

Es probable que, para alcanzar la nota de Lamartine, el joven Montalvo no le dirigiera ninguna carta, pero resulta en cambio necio suponer que no le hubiera enviado, a lo menos, una tarleta con su artículo impreso. Sólo gracias a ella se explica que el poeta le hubiera escrito en forma personal y con destino preciso a “su aposento”.

Poco después, cuando aún podía estar fresca la Impresión dejada por su trabajo, el joven ensayista intentó tratarlo directamente, mediante una visita. *Y* le remitió entonces una carta con el ruego de ser recibido. Unicamente así conseguiría sentir colmada su aspiración frente a una figura a la que él veneraba, como todos los de su generación en Hispanoamérica.

St, FINucvoJun,us’ *Elcosmopolüa.* **Uval . Ibid.**

Tal era pues uno de SUS SUCflOS, de sus razones de haber ido a Francia. La respuesta de Lamartine no se hizo esperar y fue de aceptación. Montalvo lo recuerda, aun transcribiendo las frases de ella, en tino de sus principales libros de madurez: *Siete tratados.* Véase, por lo mismo, cómo había persistido la irradiación de CSC vívido episodio de su juventud.
Cuando el señor de l.amarune —afirma efecuv.rmentc Montalvo— le hubo agraciado al autorde estas páginas con dirigirle tina esquela y otorgarle una visita, le dijo- “Entre las cartas que as-eF recibi. diez turbia de viajero:, de les Estados Unidos que solicitaban vernie en no c,rs,r r todos me re negadir - 1)e l:r América E-pañola ni, hallé sirio la vuestra: os la lic contestarlo. s srs recibo cori gusto, tanto ‘uds cuanto que habéis prevenido mt ánimo en vuestro Loor con 1:, herniosa epistola opresa con la cual me habéis favorecido Quiero tinicho a lii raza hrispano_ritericana: sLt gertorosrdad. su eles-ación. sus prendas caballerescas me cautivan. A la norteamericana, la admiro: habilidad. fuerza, progreso inaudito: titas tirite para mi defectos que rile obtioan a mirarla con tedio. Su divis:r es :ilroz *oorc* LS *mofles,* toonc’sii *(iod* la csela’ itud. corno institución. ole asombra, por otra paite. e,, pueblo tan rnteliente. religioso’ :rdelarrtado: veles carnro con que envilecen oprimen r los mulatos aun a los que no lo son. ole llena de amargura errando conremploen los caracteres tIc las naciones.5”
Lamartine veía con profundidad y nitidez los rasgos de la América sajona. Un apologista de Montalvo. y de algún modo sta discípulo —José Enrique Rodó— también comentaba con al arma, en su *A rie/,* aquella prosaica filosofía estadounidense de que el *tir’fllpo es dinero,* y *el dUlero es Dios.* Y, asimismo, muchos verán que era justo y comprensible el asombro lamartineano sobre la esclavitud —que en el año de su esquela no había sido aún abolida en los Estados Unidos—, y sobre el escarnio de la discriminación racial, que alli—dígase lo que se quiera—se mantiene todavía.
Ahora, por fin, al joven ecuatoriano le quedaba sólo realizar su ambicionada visita. En efecto, tras esta aceptación elocuente, se apresuró a ir a casa del celebrado creador romántico. Pero, al prepararse para ello, advirtió que no era capaz de vencer la turbación que le era habitual en tales circunstancias; esto es, cuando debía iniciar relación con personas extrañas. Siempre le ocurría lo mismo, aun en los casos como el presente, en que su vehemencia por revelarse ante los demáscraevidente. Volvía asentirse pues en esta vez intranquIlo, nervioso, casi con ganas de abandonar ahí su propósito. Pero eso no le iba a suceder. Jamás consentiría en renunciar a nIngún hecho que él estimara vinculado de algún modo con la celebridad literaria propia, por la que había comenzado ya a desvelarse, como si intuyera o atisbara los indicios de alguna predestinación en ese campo. Se acicaló entonces escrupulosamente, pese a las molestias de su falta de sosiego. Y buscó en seguida una diligencia. Llegó a la morada de Lamarti 5 -nelark’rtria **cori gorro, hsrn.sr,r.Sierriruiu.!i,r, Isrd,pag 110**

nc más pronto de lo que esperaba. O a lo menos eso le pareció. Llamó a la puerta. Dio su nombre, una, dos, tres ocasiones, con mal disimulada cortedad. La empleada consultó adentro, y regresó para hacerle pasar e invitarle luego a sentarse en un sillón antiguo de la sala de recibo, espaciosa y modesta. Ahí aguardó breves minutos. Hasta cuando vio aparecer a un anciano arrogante, de sesenta y ocho años de edad, que se adelantaba a saludarle con ademán espontáneo, no exento de natural refinamiento: era Lamartine. El joven se puso de pie, y con demostraciones de respetuosa compostura le estrechó la mano. Su mirada oscura y profunda 1e examinaba sin romper con una sola sílaba el éxtasis que le poseía. El genial autor francés su ideal maestro— se le mostraba magnífico, dueño de una personalidad subyugante, en justa correspondencia con la aureola de su fama universal. Volvió a tomar asiento, por insinuación de Lamartine, mientras éste le recordaba, en frases pausadas y de firme encanto, el deleite con que había leído en la prensa de París aquel artículo suyo en que le invitaba a venirse hacia las lejanas tierras del Ecuador, que él las suponía fascinantes como generosas y hospitalarias. Con amorosa curiosidad le formuló en seguida preguntas sobre la aceptación que se daba en Hispanoamérica a sus obras, particularmente a su novela “Graziella” y sus poemas; sobre la germinación de autores románticos en nuestros países, y el estado social y político de éstos. Montalvo respondía a todo con voz más bien apagada, y pesando con lentitud sus expresiones francesas, correctas y adecuadamente pronunciadas. El grande hombre se había levantado, y durante la breve. visita, de cuyo contenido no dejó mi biografiado ningún testimonio, prefirió caminar de un extremo a otro de la sala. Desde luego, la impresión de ese encuentro se le entró en el alma para siempre. También se la confió, como había que esperarlo, a algunos de su íntimos, según nos ha contado su admirador y amigo Roberto Andrade.

Efectivamente, en el libro *Montalvo* y *García Moreno,* aquél nos ha hecho la relación siguiente:

Me sorprendí cuando le conocí en su casa, me decía Montalvo, en una de nuestras nochcsde Ipiales: paseábase Laniartine a lo largo de una habitación ampliay modesta:

cra altísimo, mucho más alto que yo: la cabeza la tenía echada hacia atrás, y coronada de canas, como gorro de algodón. Qué aspecto tan noble de hombre! Razón tuvo Cormenincuando le llamó “el último de los caballeros franceses.58

La descripción de aquella visita de juventud, la realizó también en sus propias páginas. Así en *Geometría moral,* libro escrito quince años más

Robcrto Andradc *Monszli’,,* **y (huno** *Muren,,* **Guayaquil. flip. ‘-a Rcí„rma, 1925, pág 42 dci Tomo E.**

tarde, en su destierro de ¡piales, pero cuya edición no se hizo sino después de su muerte, dejó estas referencias precisas:
- fue también de gentil parecer, y, por los modales, *el último de kv ¡'ollero fru,iceves,* como ha dicho de él Timón, el ateniense francés que **tan** iltarnente .h fFca 1
contemporáneos. El autor de este libro tuvo la honra de conot criese nobilistnio poeta: vicjocraya, anciano; mudóa pocoen París; mas hasta esa edad su personaconseryaba los caracteres de la belleza varonil con que había resplandecido en los verdes años, Lamartine era un rey, aun en la miseria; rey caído, pero lleno de grandeza. Alto, sumamente alto; cuerpo de Virgilio; cabeza fina bien plantadasobre los hombros, cuello largo; ci color blanco, el cabello cano; he mbrc grave. sonreía quizá **i los niños;** palabra sonora, armoniosa. Tenía esa tarde pantalón de color de perla, anchisimo, el cual iba y venía, azotando el empeine de a hota cncharolad;e Ese era, ése, el amante de Graziella, que pasa cantando, al compás del remo cadencioso, por las ondas ore- leras de lscchia; ése, el que a la hora del crepúsculo vespertino se halla en el Posilippo, solo y meditabundo, en tácito coloquio con la sombra del Mantuano; ése, el que sestea debajo de los naranjos de Sorrento, henchido el corazón de amory poesía; ése, el que echa la mirada al valle de la montaña, y encuentra vacio el mundo porque el objeto de sus sueños ya no existe,59

Otra entrevista importante alcanzó a realizar Montalvo en esta su primera permanencia en Francia. La efectuó en 1859. Y escribió también sobre ella, bajo el título de 'Visitas de un incógnito", como puede advertir- se en el primer volumen de *El cosmopolita.* La figura con quien se vio y trató en París, aunque sin duda fugazmente,fue Pedro José Proudhon. Había razones para ello. Los libros de Proudhon resonaban entonces por toda Europa. Sus ideas habían promovido escándalo. Se las comentaba. Se las discutía. Y en grandes sectores se las rechazaba con iracundia. La ubicación reconocible de aquél podía parecer la del socialista, sino se le hubiera visto inclinarse hacia proposiciones que resultaban más bien anarquistas, sobre todo en las funciones que concernían al Estado. Marx tuvo que salirle al frente. Si en algo especialmente coincidían los dos era en puntualizar los vicios de la propiedad privada y en estimular los gérmenes del descontento social. Pero nada, desde luego, hacía más alboroto entre las ideas de Proudhon que su posición de desafío a la Iglesia y a la concepción cristiana de Dios. De ahí fue que, bajo el reinado de Napoleón III, seguramente por el sesgo de su pensamiento antirreligioso y rebelde, y no por la incitación al odio, que se invocó como causa, se le condenó a tres años de cárcel. Que no los cumplió, pues que, prominente como era, las mismas autoridades le permitieron salir del país y radicarse en Bruselas,

No es extraño que Montalvo se interesara en ver personalmente a aquel escritor y político francés, Aun con el ánimo de enfrentarse a él, en

59 *r;e,,n,* **(fría „onif. 5Litrid. sucesores de R,hudenesra 902, pigs 52-52**

ademán quijotesco, que ya comenzaba a ser parte de su temperamento. El primer motivo para hacerlo estaba en la integridad de su fé religiosa. en la esencialidad de su creencia en lo divino, nunca reconocida por sus enemigos, no por convencimiento sincero de ellos, sino más bien por mañas perversas A nuestro joven escritor le irritaba de veras el pensamiento de Proudhon contra la existencia de Dios, y buena gana tenía de enrostrarle la absurdidad de sus reflexiones. Los otros motivos eran de carácter político. pues que a Montalvo no le sedujeron jamás los avances del socialismo, que los estimaba una amenaza surgida de la mala aplicación de los derechos del hombre, entre los que se contaban los de la paz, la libertad y la justicia. A todas esas causas para visitar al aborrascado ensayista se sumaba otra, casi por contraste: la de la atracción que en cambio experimentaba por la pureza ática y la generosidad para con los demás, que él, igual que toda Francia, había llegado a conocer en el comportamiento mdivid mil de Pro u dhon
En fin, estaba decidido a hacer aquella entrevista antes de 5U regreso al Ecuador. Quería escribir sus impresiones de la manera que resultase más animada. Y para eso le pareció adecuado no usar la primera persona, sino enearnarse en la figura de un viajero desconocido, supuestamente lla¡nado Aguilar (ese apellido lo usó también en otra ocasión, queriendo simular que velaba las propias confidencias sentimentales de la relación con su amante ambateña María Manuela Guzmán, según lo haré ver a su tiempo). Así, tras la apariencia de Aguilar, podía forjar un diálogo dramático, casi tempestuoso, con Proudhon; esto es, en el estilo en que él hubiera ambicionado que se desplegara dicha conversación, cuyas características reales no debieron de haber tenido ni las palabras ni el acento consignados por Montalvo en su trabajo “Visitas de un incógnito”.
Esa encarnación de sí mismo en Aguilar permite ver mejor algunos rasgos de su propia personalidad, a los que he venido aludiendo en páginas anteriores. Obsárvese cómo se contempla él, efectivamente, en aquel espejo colocado frente a sus interioridades:
Aguilar se llama; nadie empero le conoce ni acierta a saber de dónde vino, niel motivo del genio taciturno yla soledad en que siempre se le mira. Trae enel pecho por ventura una invcLej ida pesadumbre ... Muéstrase como ahuyentado de la sociedad humana, mirándola de lejos con el disgusto que a una persona aborrecida ... La vida suya está llena de altibajos: si alguno diese fondo en ella, ni supiera lo que encuentra, un ángel o no demonio. También la sabiduría es del gremio de sus afecciones; y tiene para si que Sócrates debía regir el mundo
Hablando ya en primera persona, en varios otros escritos, insistió en verdad en sus amorosas exaltaciones de Sócrates.

Después de esta presentación de Aguilar, como su vicario o su doble, le pone a éste en camino de la casa de Proudhon, haciéndole arrancar precisamente del Luxemburgo, jardín de las divagaciones preferidas de Monav o:

Va Aguilar una tarde por el jardín de Luxemburgo con su habitual trantutlo paso. sin compañero, silo en medio del gcntio. Rodea una o dos veces los ámbitos del bosque. toma salida por ci solar de la Cartuja, y calle abajo, lira por Ja del Infierno. No a mucho andar. detiénese en una casa de mediano parecer: tania a la puerta con dos recios martillazos, la portera se asoma al postigo, y Aguilar e pregunta: ¿Pedro José Proudhon? Entrad, señor, en casa le hallaréis. A vuelta de un instante el viajero estaba rostro a rostro enrie 1 ingenio de Francia el mayor y más nonihrado. 1 tahiaron los dos. el desconocido y el filósofo, del modo que cumple a sujetos que nunca se habían visto... Y *como* el entusiasmo de la conversación, (tejando de ser tal cual, llegase a lo notable, todo enfervorizado y con acento más que humano, el viajero hablaba asi: Nuestra alma es Dios, deeis y habéis dicho en todas vuestras obras ... "Si Dios eset alma humana, Dios es susceptible de perfección, ha menester un principio, un autor que la lleve a cima, adelantando siempre a la perfectibilidad: si este principio, si este autor existe, el debe ser Dios, visto que es más poderoso ... "Ese es el Dios que negáis, Proudhon". Para las palabras lúcidas y vehementes de Aguilar el pensador francés tiene una serie de razones frias y sutiles, que al otro le exasperan. Sigue el diálogo, en fin,bajo 'a misma lónica, sin acuerdo posible. Pero al llegar a término, el viajero se separa del filósofo "perdonándole sus desvarios", sobre todo porque está persuadido de que su condición personal es la de un hombre virtuoso. Proudhon lo es —afirma—, y no así como quiera: dechado de moral; costumbres domésticas, que no hay más que pedir; compasivo del infortunio, a parde un alma inocentísima; afable con sus semejantes, llano de trato, casi humilde en el comercio de los hombres; amigo de la justicia como el que más, y gran perseguidor del crimen..

Mitad verdadera, mitad ilusoria, quedaba así una prueba de esta visita de nuestro joven escritor a una de las personalidades resonantes de la Francia de entonces.

Hay un nombre de *lugar* que he mencionado en la relación de esta visita, y algunas veces más a lo largo de este capítulo: es el nombre de Luxemburgo. Se habrá visto que él corresponde al paseo predilecto, y por lo mismo más frecuentado, de Montalvo, en su primera estada parisiense. Pero tan poseído estaba él de las gracias de aquellos jardines, que una de sus mejores prosas es la que compuso para describirlos. Solía, es cierto. emocionarse con la contemplación de sitios que de algún modo satisfacían su amor de lo hermoso o lo bucólico, o su devoción por lo histórico, y de ese género de emociones salían algunas de stis páginas mejores. Nadie que lo haya leído con cuidado seria capaz de negar o desconocer eso. Mas. o de sus impresiones del Luxemburgo tiene significación especial por nos(o v,is'teuninr,5gnii,iJ• /o'o,i,q,¡,ia. ll'i,l.p.igs 515 lIs

trar la frescura de un brote moceril, que reveló el advenimiento de un ensayista superior, casi único entontes en el dilatado espacio de Hispanoamérica, y por recugercon fidelidad el vaho preciso de SUS reacciones personales íntimas.
El Luxemburgo se conserva seguramente con las mismas características que, en It) principal, dejaba ver durante el tiempo en que lo recorrió Montalvo, con tan deleitosa asiduidad. Eso hay que reconocer de bueno en París: la mudanza difícilmente ha entrado a descomponer la atmósfera ni la fisonomía centenarias de la lustoriada capital. De manera que ahora es dable pasear por los senderuelos de tierra por los que antes vagó él, y que se extienden entre la grtma , los viejos troncós y la presencia multicolor de las flores. Y es dable, desde luego, con un poco de imaginación, captar simultáneamente os dos ambientes del jardín de Luxemburgo, el de hoy y el de hace más de cien años: éste con la figura solitaria, pausada y melancólica de nuestro escritor.
Sí, ahí está, al fondo, el palacio que hizo levantar la reina María de Médieis, para convertirlo en su morada. Esta es una tarde abierta de fines del verano. El sol, en su hora postrera, se defiende encendiendo rescoldos en las nubes lejanas, dorando las cimas de los árboles y embebiendo en una onda resplandeciente —-itnagen de la gran hoguera celeste de esa hora—— los cristales de las ventanas de la construcción regia. Al pie de ella, no distante de sus puertas, se recorta la superficie clara de una [tiente de mediana dimensión, desde cuya copa central, de mármol, un delicado surtidor vertical le provee de un agua transparente. Alguna brisa fugaz, de esas que se estremecen entre las hojas de los árboles y las yerbas, pasa ondulándole los velos azules, casi imperceptiblemente. Hay unas dos sombras de cisnes —que solamente yo me hago la ilusión de estar viendo—— que navegan con suavidad y como envanecidas de la línea armoniosa de su aristocrática figura. Son los ci-;nes —hoy sólo son las sombras imaginarias de los cisnes—que hace más de un siglo llamaron la atención de nuestro viajero e hicieron que. absorto, detuviera frente a ellos sus pasos. Oigámosle a él mismo su confesión, a través de la prosa poética y cadenciosa de la descripción del Luxemburgo:
María de Niedicis gustaba de mor: r en este alcázar, mucho le quería como obra de su propia industria, y más aun como recuerdo de su patria: de esa hermosa amada patria en donde ci Amo discurre sitejiciosan,ente reflei'uo las veletas de oro de as torres de llore itcia y los 'ui mntol es e sus palacio Un vasto jardín se extiende at pie de aquella nsansiún regia en la cu. it susurran con el viento las aguas de una fuente, que las ofrece hospitalaria a dos cisnes grandes. blancos, inflados y armoniosos, como los que Virgilio hace volar en mantas por las riberas de Pedusa llenando los contornos de musical estrépito .. Complaciarne yo en aquel jardín: buscábale como sitio de des-

canso, le tenía por consuelo, Sus dos cisnes fueron mis amigos; miréles mucho, y mucho me gustaba verlos surcar la fuente con sus cuellos blancos y estirados ... En las doradas tardes dcl verano, cuando el sol se acerca al horizonrt- - un:, luz *viva cae* sobre los vidrios dci palacio y hace de cada ventana una hoguera dr púrpura deslumbrante que no pueden afrontar los ojos: las cimas de los arboles est:i n hañ atlas por un fluido amarillento, las hojas se mueven y murmuran, y conversan en secreto con las brisas precursoras del crepúsculo.6’

Ciertamente hay motivos para que el joven Montalvo busque este lugar de apacibles halagos y soledad. “El Luxemburgo tiene eso más de bueno: reina en él una melancolía, un espíritu incierto, una cosa triste y vaga que le hace por todo extremo grato a quien en algo tiene esa influencia de lo misterioso”. París, en los cincuentas de la centuria anterior, es ya una ciudad multitudinaria. Agitada y ruidosa. Indiferente con los extranjeros, que llegan de los puntos más lejanos. Sus bulevares revuelven en un oleaje común, de seres casi indiscernidos, a los centenares de gentes que los transitan de modo incesante. Uno de aquéllos, precisamente —el de Saint Michel—, en el Barrio Latino, es el que conduce hacia las entradas de hierro, de color negro con incrustaciones doradas, del gran parque. Este es pues —o más bien comenzó por ser— el parque del Barrio Latino, en cuyos centros educativos superiores, hace cientos de años, los profesores y estudiantes hablaban latín, el idioma culto y doctoral. Hoy los jardines de Luxemburgo siguen acogiendo sin duda a ese linale de paseantes, aunque no en forma prevaleciente, o a lo menos notoria. Pudiera más bien decirse que es una mezcla de transeúntes de variada condición la que circula por sus rincones, pero sin hacer muchedumbre ni perturbar el recogimiento, de veras indefinible, de su boscaje antiguo y balsámico. Aquí hay cabida para el solitario que medita, contempla o cultiva en silencio sus emociones. Cabida para el escritor, el filósofo y el artista. Pocos han de olvidar, sobre este punto, que son incontables los trabajos líricos, las descripciones, las páginas históricas y los lienzos que han tomado como inspiración los parajes y recodos del Luxemburgo. Mi biografiado no tardó, a su vez, en sentir el influjo reconfortante de este lugar. La trepidación urbana le producía fastidio y azoramiento. Por eso buscaba habitualmente llegar hasta los interiores del parque, y permanecer en ellos horas enteras. En algunas ocasiones hasta que los guardianes anunciaban que iban ya a cerrar sus puertas. Sobre todo los tenía como refugio en los días fulgurantes, de calor inapaciguable, del verano parisiense. Caminaba por los rincones umbrosos. Descansaba largamente en las sillas metálicas, livianas y móviles, que están al pie de algunos árboles. O en aquellas bancas de ancho tablón, con

61 Et Luxemburgo, ***El cosn,opoluu.*** tI,,d.

espaldar intermedio (como para que ios viandantes se acomoden en cualquiera de los dos lados), que se han fijado sobre soportes de hierro en los caminillos del contorno. Seguramente no había imagen de esos jardines que él no la hubiera registrado en su memoria: el óvalo gigantesco que dibujan los viejos castaños, desde la entrada hasta el fondo en que se yergue el palacio; la balaustrada en media luna, que se recorta armoniosamente en derredor del césped, y en lo alto de cuyos extremos reposan las figuras marmóreas de dos grandes leones: en este instante en que yo los miro hay una paloma acurrucada sobre la melena de uno de ellos, que tiene, igual que el otro, un perfecto aire risueño, de fiel entendedor de la paz cariciosa del lugar; y, luego, próximo a la morada real, de cara a la fuente, un abanico escultórico de mujeres famosas: Laura de Noves, María de Médicis, Margarita de Angulema, la Duquesa de Orleáns, Blanca de Castilla: todas perennizadas en el esplendor de una atractiva juventud, en grandes mármoles bellamente labrados.

Juan Montalvo halla pues que sus gustos consuenan con la atmósfera bucólica y la acentuación de historia que percibe, caminando y observando a solas, en todo el dilatado ámbito del parque. No le falta desde luego la ocasión de salir de sus ensimismamientos, particularmente cuando pasan junto a él grupos de jóvenes, de caderas y bustos voluptuosos y ostensibles entre la insinuante opresión de las sedas de las sayas y las blusas. Llevan, casi todas, sombreros y parasoles graciosos, que establecen un lenguaje común de levedades y matices con las flores de los jardines. En el Luxernbur-. go de ahora, las muchachas y aun las damas algo otoñales en que consiguen posarse mis ojos me obligan a renunciar a esa visión retrospectiva, pues que ya no veo en ellas los antiguos asomos de su distinción: visten ropas inelegantes, masculinizadas, con el característico desaliño norteamericano, hoy ya universal.

Nuestro novel ensayista, que sabe saturar de sensualismo algunos pasajes de la historia, siempre que eso lo demande su intención literaria, acierta en “El Luxemburgo” a trazar una evocación de soplo ardiente y enamorado de la bella María de Médicis. creadora de esta mansión y este parque. Disfrutémosla aquí, de nuevo, con igual emoción anhelante a la que experimentó su autor:

Mas no todo es poesía, que teatro ha sido el Luxemburgo muchas veces de horrorosos, pero nada poéticos sucesos. Desde Maria de Médicis hasta Gastón de Francia todo fue vcntura en este plácido recinto: una joven, tan hermosa como grandc,tan perversa como hermosa, lo convirtió en una pequeña Capua. Como la prostituta de Babilonia, dábase al más extravagante desenfreno: inventaba placeres nunca oídos, ideaba pasatiempos nunca usados, era su vida una perpetua orgía. Sin cubrir el eminente blanco pecho, la cabellera ondeando profusa, desnuda de pie y pierna, hacía la ninfa enamo

rada, y como genio de las flores se dejaba estar oculta entre ellas. Los amores la descubren, dan tras la diosa que echa a huir corriendo leve por la encepada tierra, pero no tan veloz que no se **deje alcanzar y vencer** por un Narciso afortunado. —Esta fue la desdichada cuanto hermosa duquesade Bern: sus impúdicas aventurasescandalizaron a Francia.

Y tras esa visión siguen compareciendo otras, arrancadas al pasado francés, y compuestas con el particular sentido artístico de la prosa de Montalvo. Sería imposible dejar de aceptar, ya por el hábito de sus paseos tranquilos y callados, ya por la incitación a ensayar tempranamente su magistral aptitud descriptiva, que el jardín del Luxemburgo se halla fuertemente ligado a una etapa de las experiencias personales y literarias de nuestro escritor: la de su primera estada en la capital de Francia. El mismo parece que quisiera confesarlo: “Y tú, paraje melancólico, amable Luxemburgo, te reproduces en mi pensamiento con todo el atractivo con que supiste seducirme”

Pero tampoco son infrecuentes sus caminatas, casi siempre a solas, por otros paseos floridos: los de Las Tullerías. Si bien no ensaya descripdones sobre aquéllos, es fácil encontrar en sus escritos algunas expresiones elocuentes con que los alude. Y como hasta hoy ha cambiado poco ese lugar de París, resulta asimismo posible, sin necesidad de caer en ningún exceso fantaseador, el imaginar su presencia por estos rincones: trajeado de paño oscuro, con sombrero de copa alta, que aumenta la impresión de su larga estatura, flaco y cetrino, se cree —se alcanza a creer— que precisamente ahora, en este atardecer de otoño, vuelve a andar cerca de uno, con sus característicos pasos lentos. Hay un sol enorme, pero delgado como un medallón casi transparente gracias a la débil irradiación de su luz, que se muestra a un costado de la Torre Eiffel, cuyos hierros destacan aún más eminentes a la vista de aquí, por su proximidad. A pocos metros del sitio en que me detengo, y hacia adelante, tiemblan las aguas de una fuente, estimuladas por el golpe suave del surtidor. Y, en el lado opuesto, se alza la figura marmórea del dios Prometeo, que tiene en sus manos un haz de llamas del fuego divino y civilizador, el cual parece reavivarse en este instante con los destellos del sol otoñal de las cinco de la tarde, de este día postrero de octubre. En nuestro joven polemista, divagante pertinaz de Las Tullerías, aquel dios rebelde y atormentado de la mitología griega ha hallado un discípulo en quien prender sus mismas ansiedades y corajes por la libertad y la civilización. Montalvo, como Sarmiento, como Martí, como

62 bid, págs. 95 y 96.
63 Ihid.pg. (XI.

un puñado de grandes hispanoamericanos, ha recibido pues una predestinación inconfundiblemente prometeica.

No a mucho caminar por las sendas de este dilatado jardín: en que vibran las certeras pinceladas de sus rincones de flores, salgo de esta suerte de pensamientos al percibir el Sorpresivo y rápido rumor de un grupo de gorriones: lejana prole de aquellas avecitas de Las Tullerías a las que solía alimentar, según confesión propia, nuestro paseante, sensitivo yenternecido también, en medio de sus tempestades interiores. Estos gorriones de ahora, réplica fiel de sus centenarios antecesores, parece que algo quisieran testimoniarme mientras pían, y vuelan nerviosamente, y saltan sobre la fragilidad angelical de sus miembros. No lejos de ellos comparecen, a su vez, como una imagen igualmente probatoria de la amistosa frecuentación de mi biografiado, decenas de palomas. Creo revivir entonces en mí las emociones que él experimentó, mientras las veo transitar con su paso de novicias, cual si recorrieran dulcemente los aposentos floridos de una abadía invisible.

Por fin, entre los sitios amables que prefiere Montalvo durante su primera permanencia parisiense, y por lo mismo significativos para la iniciación plena de su carrera de escritor, se halla el Jardín de Plantas de la ciudad. Los que lean *El cosmopolita* advertirán que uno de sus ensayos más hermosos y conmovedores, y al propio tiempo ricos de confidencias íntimas, dignas de ser recogidas por el biógrafo, es el titulado “Los proscritos”, con memorias precisamente de aquel lugar. Si en un momento posterior hemos de tomar en cuenta mucho de lo que ahí dice el autor sobre el destierro, como venteando ya lo que iba a ser el caudal mayor de infortunios de su destino, ahora, por lo pronto, nos interesa detenernos en los desahogos personales en que prorrumpe mientras evoca sus paseos por aquel pintoresco y vasto escenario del Jardín de Plantas, de su primer París. Ante todo, viéndose a sí mismo en su desolada condición de inmigrante, dentro del marco de aquellos años, hace esta advertencia: “Aun la expatriación voluntaria tiene espinas muy agudas, y más de una vez se ha arrepentido el viajero de haberse alejado del hogar, dejándose llevar de la curiosidad o del anhelo por ver y conocer otras ciudades y naciones. La nostalgia es una horrible enfermedad, y a ella están sujetos principalmente los hijos de las montañas”. Esto es, él mismo, originario del “país más elevado y montañoso del mundo”. Y no otra verificación, paes, que la de su caso personal, le lleva a aclarar los rasgos de esa disposición sentimental con las siguientes palabras: “La nostalgia consiste en un amor indecible por la patria y un profundo disguto del país en que se está , “en un deseo de llorar a gritos al mismo tiempo que eso es imposible”.

Y pasa entonces a ofrecernos, como en una lección demostrativa, el relato de lo que él pudo advertir y experimentar en aquel sitio famoso:
Un salvaje de Haití llevado a Francia vio en el Jardín de Plantas de París el árbol del pan, y con los brazos ahiertos abalanzándose a él, abrazóle. estrechóte, lloró a gritos y cayó exánime. Este es el amor de la patria: vio el salvaje el árbol de su tierra, y se deshizo en llanto... Acuérdome que en ese mismo Jardín de Plantas a donde yo iba con tanta frecuencia, poco me dedicaba a ver los leones, tigres y panteras de Africa. pero era astduo visttador de los animales americanos; y quién creyera, el cóndor de los Andes rivalizaba en mi afecto con el águila del monte Aros. El cedro del t.íhano. desde luego, me asombraba; pero si veía por ahí la verbena, la ortiga de América o la coronilla, era un gusto para mi; parecíame que estaba entrepaisanos, entre amigos: y si un gran gallo *tanisorio* echaba por ahí su canto prolongado, solemne y melancólico, le prestaba el oído y el corazón con más placer que al rugido del tigre de Mauritania. Salid, idos tejos, y veréis lo que es el afecto de la patria. Yo no vacilaré en afirmar que la mayor pena es el destierro...

CAPITULO VIII

Por Roma y otros rumbos de Italia

La estancia en París, durante los primeros tres años europeos de Montalvo,se interrumpió en dos ocasiones,por viajes a otros países. Particularmente a Italia y España. Habían apenas pasado seis meses cuando ya se sintió hastiado de aquella estancia: “Cansado de París, dejé al fin la Francia, y estoy cumpliendo mi ardiente deseo de ver la Italia”, asegura en carta del 23 de enero de 1858, dirigida desde Florencia a los redactores del periódico quiteño *La Democracia.* Probablemente cedía también al intento de buscar en el sur un invierno menos riguroso. Ello a pesar de que todavía no le habían atormentado los males de la enfermedad que le postró largamente, y de la cual di cuenta en el capítulo anterior. Ahora bien, la seducción de lo italiano es explicable en él por su avidez de experimentar las impresiones de los viejos tiempos entre las ruinas de la Roma imperial. Conocedor de aquel pasado por a historia minuciosa de Gihbon, por el recuento biográfico de varones ilustres de Plutarco, por las evocaciones cesarianas de Suetonio, por las páginas de Cicerón, y continuador, además, de los éxtasis contemplativos de los grandes románticos de Europa frente a los vestigios de esplendor de otras edades, ya presentía él las excitaciones íntimas con que iba a revivir personajes y hechos en cada lugar de su itinerario. El ejemplo más fuertemente atractivo lo encontraba en las exaltaciones viajeras de Lord Byron, a través de su *Chikte-h’arulcl.*

Impregnado pues de memorias y de los sentimientos e inclinaciones de su escuela literaria, nada le resultaba mejor que aquella aventura anda- riega por las ciudades de Italia. Que iba a ser también una aventura de desplazamientos por el ámbito de siglos lejanos. Averiguó si podía entrar a la península itálica por el Piamonte, pero le informaron que las nieves de enero, en esa región de montañas, volvían difícil el tránsito en cualquier tipo de carruajes. Tuvo que adoptar entonces la vía aconsejada, que fue

la de Marsella. Tomó billete de ferrocarril con destino a ese puerto, a sabiendas de que debía realizar una larga travesía por varios pueblos franceses. Y por fin una mañana, a la hora de la partida, se vio en las primeras agitaciones y forcejeos para no perder su asiento. "hay que precipitarse en el vagón para que no le dejen", comentaba a sus amigos de *La Democracia.* El tren hacía paradas desiguales, demorándose en unos sitios más que en otros. Montalvo iba recogiendo aquella pluralidad de imágenes, con mirada quizás ya fatigada. El último tramo del recorrido lo cumplió, es verdad, entre las sombras nocturnas. "Pasé una noche —lo recordó— entre un inglés, que me quitó el sueño, roncándome al oído, y una viuda que comió toda la noche, sin ofrecer nada a sus compañeros". Le parecieron, sin duda, largas las horas. Hasta cuando, con los ojos a medio cerrar, y como perdido en las sensaciones vagas y amortiguadas del entresueño, alcanzó a percibir, de pronto, "ese ruido confuso del Mediterráneo, que se estrella contra los puentes de Marsella". Y de modo por cierto simultáneo, como para confirmarle en aquella percepción, sintió que se alzaba, vigoroso, el grito de llegada del inspector ferrocarrilero. Desde ese momento cundió nuevamente la ansiedad frenética entre los pasajeros, con más fuerza que cuando ganaban los vagones en la estación de París. El golpeteo de las ventanillas que se levantan, las voces de interrogación y de apresuramiento, el atropello por buscar la salida, arrastrando casi las cosas, dieron término brusco al duermevela de todos. Merced a aquel grito
—dice entonces nuestro joven escritor— "todo el mundo se precipita afuera, cargado de su saco, su frazada y su paraguas". Viene luego la afrenta, ahora ya centenaria, de la revisión de papeles y equipajes, sometidos a la inquisición muda y severa de los guardias. Y en seguida, como hoy el revuelo de conductores de taxis y agentes de hoteles, el rumor indescriptible de los aurigas de los coches y los guías de posadas. También a ello alude brevemente nuestro viajero: "Después de un corto embrollo entre aduaneros y cocheros, me encontré en el famoso puerto, de donde no se puede ver el mar, a causa de los millares de huqus que lo pueblan".
Lo de millares no es sino una expresión hiperbólica para revelar la impresión que lc produjo el movimiento naviero de Marsella, que ya era, en ese año de 1858, la principal ciudad portuaria de Francia. Sin embargo, nada atrajo particularmente su atención en los dos días en que la recorrió, mientras esperaba la salida del vapor a Italia. Había obtenido pasaje en "El Vaticano". Volvía así a navegar. Esta vez en un trecho más bien corto, y a través de la azul mansedumbre del Mediterráneo. Y volvía a confesar, con el mismo acento con que lo hizo en su interminable ruta de América a Europa, sus gustosas sensaciones: "La vida del mar tiene mucho de agra-

dable para mi. No hablemos de las noches silenciosas, de ese cielo lleno de una inmensa luna, de esas olas que suspiran a la distancia”. Y lomaba igualmente a dejar escapar, en alternación un tanto melancólica, sus sentimientos de nostalgia:” Pero en el fondo del corazón queda siempre algo que martiriza; no sé qué cosa que desespera; porque al fin estoy lejos de mi patria, estoy sin mi familia y mis amigos”. El puerto de arribo fue Génova. Estaba al fin, entre las claridades de una madrugada, en un lugar de Italia. Le poseía la ilusión de ver tanto en esas tierras, que aun llegaba a exclamar: “Cada día siento más y más el tiempo perdido en París”.

Conviene desde luego hacer una aclaración: ¡oque amaba Montalvo, y lo que ansiaba observar, no era la realidad italiána de su tiempo. Génova le decepcionó, por eso, inmediatamente: ‘no hay más que resignarse —tuvo que afirmar— a la depravada miseria de este infeliz pueblo. El que no roba, no engaña, no incomoda de mil modos, no se creería un legítimo italiano”. “Veamos —agregó-— más bien esa otra Italia, esa Italia sin gente, esa hermosa y noble 1talia.M En el recorrido que se había propuesto estaban efectivamente sitios que atesoraban reliquias de otros siglos, y que iban, ellos sí, a estimular las aptitudes descriptivas de su pluma. El primero en ese camino era la ciudad de Florencia. Que de veras habría de entusiarmarIe, y que empezaría a despertar el espíritu byroniano de su evocadora peregrinación. Las páginas sobre aquélla y otras ciudades italianas, que se despliegan a modo de abanico finamente matizado, y en cuya composición de imágenes cautiva el toque fiel y emotivariente eficaz, las haremos servir luego para ir iluminando aspectos de esta nueva experiencia de nuestro escritor. Pero antes debemos hacerle compañía en su entrada a Roma, y en sus divagaciones romanas, tan trascendentes y significativas, pues que de Florencia pasó directamente a la milenaria capital de los césares, antiguo centro del mundo conocido.

El trayecto lo realizó en diligencia, con un buen grupo de turistas. Corrían los primeros días de febrero del ya aladido año58.

Galopando —dice en alusión al coche en que viajaba—, galopando por la árida canipiña, mc sorprendió la noche en medio del desierto: ni un solo arbusto en la llanura, ni un pájaro salvaje que revele la existencia. El mar que poco anles brillaba al horizon‘e, se perdió en medio de las sombras. En dónde están los restos del Pueblo Soberano?

Estos, Favio, ay dolor, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado
fueron un tiempo Itálica famosa!

64 Todas las relercocias hans ido omad↕ s de su correspondencia a los redactores de *La Democraoa* - -

La continuación de su marcha le dio oportunidades de comprobar que estos célebres versos que él citaba, del poeta español Rodrigo Caro, respondían absolutamente a la realidad de una grandeza que, como todo lo humano, se redujo a escombros; de un esplendor político y guerrero ya extinto. La fuerza de tal comprobación le llevó precisamente a formular esta advertencia: “Se necesita una voz muy triste para hablar de Roma:
aquel profeta melancólico que lloró por Jerusalén, podría cantar y llorar sobre *esta tumba;* yo mc contentaré con decir sencillamente lo que he hecho y lo que he visto en mi peregrinación tan triste y solitaria”. La elocuente designación de tumba, que él aquí ha subrayado, la tomó de los cantos que tan fervorosamente quiso, del *Childe-Haroid* de Byron. Y lo primero que alcanzó a divisar en su vehemente aproximación a la histórica ciudad fue algo que él mucho admiraba: la cúpula vaticana de Miguel Angel.
Se me había dicho que la inmensa cúpula —escribe en esta circunstancia— estaba iluminada algunas veces, y que así se presenta a los ojos del que va por la Campiña, como una encendida mole que estuviese detenida a gran distancia en el espacio. La coincidencia fue sublime, pues cuando yo la buscaba con la vista, se me presenté brillante y hermosa, al mismo tiempo que la voz del guía anunciaba, “San Pedro”t Fra la luna llena que salía tras el Domo, como un faro melancólico que atrae al viajero hacía las ruinas.
La diligencia no detenía su paso. Estaba ya en los contornos mismos de la urbe. Y mientras esto ocurría, Montalvo se iba sintiendo distinto, transmudado. Hasta dejaba de poseerle el espf1itu de los viajeros románticos a los que había leído, y que le impresionaron tanto. Porque de pronto se creía un ser situado simultáneamente en dos ¿pocas: la ya abolida, pero que se resistía a declinar del todo en sus extrañas percepciones, y la presente, que le hacía tropezar con el mundo que le rodeaba. Quizás en esta peregrinación italiana experimentó, mejor que nunca, la capacidad de revivir personajes, episodios e incidencias de centurias distantes, y de mezclarse él mismo con esa viejísima atmósfera, como si realmente estuviera conviviendo con aquellas criaturas, entre el vaho y los latidos de sus ya remotas existencias, perdidas para cualquier otro de modo inapelable. El propio escritor nos lo hace notar en forma anticipada con estas expresiones, que preceden a sus contactos con la ciudad: “A veces me parecía estar entrando a la antigua Roma, como Coriolano a la cabeza de una banda de salvajes; a veces me parecía llegar a tiempo de la catástrofe de César...”
Pero el primero de aquellos contactos se nos revela, en cambio, y adviértaselo bien, como un brusco enfrentamiento con la situación verdadera, desengañadora, insumisa a cualquier intento de transfiguración, de la

Roma en que asienta sus pies el joven Montalvo; esto es de la Roma de su presente. Una prueba neta de ello es esta su confesión personal:

El ansiado momento llegó al fin, y fuera Tiicjor que no llegase! Cónio se loe oprimió el corazón, cuando esperando entrar a una ciudad espléndida y hermosa, anduve perdido por ese dédalo de oscuras y **lodosas** callejuelas! En dónde están las anchas vías que llevaban, por entre árboles y árboles, del Panteón al (olisco, del Capitolio a la Casa de los Césares? Yo no ven esos palacios de la fachada de mármol que ostentan sus mil y mil estatuas colosales ... Voy perdid a por estos sótanos inmundos, de donde mi vista no encuentra siquiera una salida para vagar por el espacio, y no puedo llegar a uno de esos lugares amenos y floridos que me había figurado. **Oh!** noche, ocúltame a la vista este deforme laberinto; nh sueño, ven a darme ouevas ilusiones1. —Pasé la noche en Roma, y al otro día madrugué para ir’ Roma

Puede que parezca que hay un contrasentido en esto de afirmar ‘pasé la noche en Roma, ya! otro día madrugué para ir a Roma”. Pero de veras no lo hay. Nuestro autor está haciendo alusión, a la vez, a esa Roma actual de su gran decepción, oscura, sucia y mezquina, y a la otra Roma de sus lecturas y ensoñaciones históricas: la de las grandes figuras de la milenaria época imperial. Su manera de razonar se asemeja a la del agudo escritor español Francisco de Quevedo (con quien tiene más de una afinidad): dice éste en efecto, en su soneto *A Roma sepultada en sus ruinas:*

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!,
y en Roma *misma a* Roma no la hallas”
“10h Roma! En tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivopermanec’cy dura.

El joven Juan Montalvo, siempre fascinado por la metrópoli añeja, derruida y casi sepultada, hace bien cuando aclara su posición entre las dos
Romas:

Roma es demasiado Inste y sin embargo me gusta estar en Roma, y eslov aquí rrcjot que en otra parte! Pero es preciso qe me explique: Roma está para ini en las colinas. en el Foro, en los fragnscnios de la Vía Sacra; Roma eslá paa oh en el l’anleón ve1 Coliseo, en el Tíber y los viejos muros; Roma está 151ra mí en las aoctias y desiertas alamedas, cii los cipreses y los bustos solitarios que se encuentran, allá donde rririguiso hahila. [‘ero ese laberinto oscuro que ll:inian la ciudad niodei la; ese lugal irarrundo, lleno de mendigos y de frailes; (sa niansión pnaca y desgraciad:i, ésa no es Rinia, no es de ella de quien he querido hablar. Los dos han trocado los gloriosos noiribres de Foro y Capitolio por otras ridículas palabras, rail debido también llantar (te otro modo a esta ciudad que ro desciende de li nlti.ua Roma ni tiene nada de coni it con ella,

A través de esas insistentes, reiterativas expresiones de ‘Roma está para mí’’ con que va nombrando los celebres lug;tres de olrOs tiempos que

él prefiere, es fácil advertir su disposición no únicamente para transportar- se hacia el pasado, sino para infundirle vida y sentirse parte de éste. Por ello, nada hay más sincero que estas frases suyas, tomadas dc distintos párrafos del testimonio que estamos invocando:

Cómo interesan esios hechos cuando uno sc encuentra en el lugar mismo en quc pasaron! Se conciben deseos fabulosos, y se quisicra haber pertenecido a aquellos tiempos y sin embargo vivir aún siempre, para acordarse de esas cosas como de una sublime tempestad que presenciamos no st cuandoL — De entre los escombros del Tabularion sale una sombra inmensa y se pasea en medio de las ruinas cuando el ave de la noche grita en las ventanas del Coliseo: Antonio sacude el manto ensangrentado, y Porcia huye desmelenada dejando su palacio. —Fn cuanto a mi, yo vivo entre las ruinas, y ni la noche me mira retirarme: me gusta figurarme una sombra que anda cumpliendo algún sagrado voto por esos lugares imponentes y desiertos .. — Los Arcos de Tilo y de Severo me han visto pasar cien veces bajo sus relieves carcomidos; me ha cogido la noche en la cima del Monte Mario, y la luna sólo sabe cuantas horas he pasado entre las ruinas. Lo que he pensado, lo que he sentido entre ellas, lo diría si pudiera; pero apenas puedo decir que callando expreso más.65

La noche y las ruinas se alían misteriosamente, por repetidas ocasiones, para permitirle la comunión con hechos y circunstancias de una ya inexistente realidad milenaria, que, no obstante, vuelve a animarse merced al soplo de su imaginación, excitable y recreadora, y de sus poderosas facultades nemónicas. Trocado pues en una sombra mas de las que hacen comparecer con frenesí su fantasía y su memoria, o, sise quiere, trocadas esas sombras lejanas en figuras actuales y vivientes, nuestro joven peregrino mueve por lo pronto sus pasos, según su primer testimonio romano, en el ámbito del Foro y el Coliseo, y siente que se cruza con aquellas presencias. Por eso busca ahí mismo, en ese escenario de escombros sagrados, un sitio marcado de huellas para él ciertas e indesconocibles: el de la roca Tarpeya, desde donde se arrojaba a criminales y traidores, en práctica de escarmiento establecida por los césares.

Ahora bien, en todos estos obsesivos trajines se observa que Montalvo ha tenido un guía e inspirador, sin que eso perturbe la sinceridad y autenticidad de sus reacciones individuales: ese guía ha sido su tan admirado Byron. A quien él mismo cita en su escrito. Valgan como evidencias de la similitud de predilecciones y de espíritu de los dos autores, gracias a la directa influencia byroniana, estas breves expresiones del canto cuarto de la *Peregrinación de Childe-Haroid,* que Montalvo leyó apasionadamente antes de haber tenido la oportunidad de dar sus impresiones romanas con aliento muy parecido:

65 Roma”. ctinespondcncii para *La Democracia.* imprenta Naoonaltouiio). N’ iS7. Fcbrcro 2Odc iSSS.

Mi alma se extravía; la llamo para que medite entrelos escombros, como ruina viviente cual soy entre las ruinas; busco las reliquias de los imperios destruidos y los vestigios de la pasada grandeza, en una tierra que tan poderosa fue en us días de gloria. —;Oh Roma!, patria de mi elección, ciudad querida de mi alma. —Dónde se halla la soberbia ciudad?. —. . - esos arcos derruidos, esas columnas rotas, esas bóvedas desploinadas yesos sótanos convertidos en húmedos y oscuros subterráneos en que los buhos encuentran una eterna noche. —i.Dónde se halla la roca Tarpeya, último término de la perfidia, otro promontorio desde el que, precipitados, curaban de su ambición todos los traidores? —Ved el foro en el que tantas arengas inmortales resonaron ... su aire nos parece impregnado aún de la abrasadora elocuencia de CicerónP

Montalvo sigue igualmente a Byron en la evocación de una vieja y conmovedora copla de Roma, pero poetizando niejor la atmósfera en que finge haberla escuchado. Esto lo hace en *El cosmopolita,* en donde aparece bastante embellecida, a su vez, su primera descripción de las ruinas imperiales. Estas son las frases de Byron, su inspirador: “Una vez, dando la vuelta a los muros de Roma, al oír y escuchar los sencillos lamentos de los labradores que exclamaban: *¡Roma, Roma, Roma, non épiú come era prima!,* no pudimos evitar el contraste entre aquel melancólico canto y las orWas y groseras canciones de las tabernas londinenses”. Y estas son las frases de Montalvo:

-- - la Roma de los grandes hombres y de las grandes cosas, la Roma de ahora veinte siglos. La otra, la Roma de los vicios, la Roma del hambre y la miseria, la Roma de la nada, la Roma de nuestros días. Y cuando salí haciendo este triste paralelo en mi cabeza, se confirmó mi juicio con la cantinela que bajo las murallas derruidas de la ciudad alzaban los arrieros al tardo paso de sus mulos. La oyeron otros viajantes, la oí yo, la ha de oír todo el que tenga otdos para las voces de sentido grande y melancólico: *¡Roma!RomalRomalRoma non* épiú *come era prima.6’*

Acabo de aludir a dos versiones montalvinas sobre el escenario minoso de aquella ciudad de los césares: la de su correspondencia enviada a *La Democracia,* en 1858, y la publicada posteriormente en *El cosmopolita.* En esta segunda se descubre, como es natural, un conocimiento más seguro de los elementos expresivos, y desde luego un mayor dominio estilístico. Y ello conviene precisarlo para que se aprecie la honradez de sus esfuerzos literarios, que van paulatinamente superando las vacilaciones propias del aprendizaje, y vigilando a través del estudio y la práctica— esto es con una creciente capacidad— la formulación de Tas ideas y la corrección y gracia de las frases. En el trabajo original, redactado cuando el escritor estaba en los veintiséis años de edad, hay ciertamente los destellos de un talento nada común, pero éstos se ofrecen en medio de un mar de errores

66 Lord Byron, *Pe,-egrinación dechilde-Ha,o(d, Madrid. imp.* L. Rubio, 1930.
67 *El covnopojila,* **Tomo i - ibid.**

ortográficos y de algunas fallas de carácter formal. No me aventuraría a decir esto si no lo hubiera advertido en el propio manuscrito de Montalvo. Efectivamente, en una extensión de siete páginas escritas por él mismo, se encuentran como treinta y cuatro yerros distintos de ortografía, algo más que notorios.

Para los propósitos de animación de nuestro personaje en sus divagaciones romanas, que son parte de esta biografía, habrá necesariamente que tomar en cuenta las dos versiones aquí citadas, pero complementándolas de tal modo que permitan una visión más o menos fiel y cabal de sus pasos:

una imagen abarcadora y veraz de la aventura personal e intelectual de Montalvo en la ciudad de las siete colinas.

Pues bien, ya quedó sabido que arribó al anochecer a la red de callejas pobres del centro de entonces. Eran ellas de tierra, increíblemente estrechas, sin aceras. En estos días en que yo las he recorrido, o sea ciento treinta años después, no ha mudado mucho su aspecto. Se las ha pavimentado, sí, pero algunas han sufrido destrozos. A un lado y a otro se yerguen edificios altos, de fachadas modestas y rojizas, que probablemente pertenecieron a la época de Montalvo. En las temporadas de lluvia suena en forma mortificante el chorro de agua que se precipita desde más de una cornisa. En cambio, en tiempos soleados, la luz se pasma a través de esa elevada y angosta arquitectura de acantilados. Además, en consonancia con tal ambiente laberíntico e incómodo, el tránsito adquiere iguales caracteres embarazosos. ***Y*** así, si antes hallaban dificultad los carruajes para circular por allí, ahora nuestros automóviles alcanzan apenas a pasar en difícil hilera, uno por uno, rozando casi a los desprotegidos peatones. Finalmente, la iluminación nocturna en este nudo de vías insignificantes, en este “dédalo de oscuras y lodozas callejuelas”, no ha perdido del todo su deprimente condición de otrora; es decir, su ruin y melancólica deficiencia. De manera que uno cree estar sintiendo en esa semipenumbra los amagos de alguna emboscada: de un golpe mortal o una cuchillada aleve. Esta impresión no es quizás muy imaginaria, ni para el siglo de Montalvo ni para el de nosotros, en medio del insuperable desprecio a la vida ajena y del siniestro hormigueo de vagos y malhechores, verificables allí corno en casi todos los pueblos de la tierra. Pobre ono, pintoresco o desagradable, lo cierto es que hay ahora en cste intrincado sector de Roma hoteles, posadas, tabernas, pastelerías y merenderos. Los hubo también, sin duda, en la centuria anterior. En alguna esquina se han asentado los vendedores ambulantes de frutas y de verdu68

Curras de Montalvo asuso brino, Quito Edición facsimi!ar del Banco Centro del Ecuador. 198L

ras. En otra, los de llores y de periódicos y revistas. Pero hay desde luego lugares que han variado apreciablemente cr1 nuestro tiempo. Por ejemplo. la arteria que ha sido destinada a la actividad febril de almacenes y cafeterías: la Vía Condotti. Se extiende ella entre la Plaza de España (hoy hermoso centro turístico) y la moderna Vía del Corso, que **une** a su vez la Plaza de Venecia con la del Pópolo. Nuestro escritor, en sus días romanos, abandonaba su albergue de esta parte de la ciudad para dirigirse frecuentemente al camino de piedra que había a lo largo del sitio ocupado en el presente por aquella Vía del Corso, a fin de enderezar sus pasos hacia la colina Capitolina, que precisamente se levanta a espaldas de la actual Plaza de Venecia. Así, pues, antes de cerrar su habitación, se abotonaba cuidadosamente el gabán de paño oscuro, se arreglaba el sombrero de copa, dándole una leve inclinación sobre la frente; se calzaba los guantes de gamuza, y empuñaba el mango reluciente del paraguas, decidido a desafiar el frío y la lluvia de la estación invernal,en su consabido itinerario. ¡ha luego pasando entre gentes opacas, calladas, indiferentes, por lo común remisas al saludo y al ademán de cortesía. Observaba el aire de todos esos transeúntes, y creía advertir en aquél un nosequé de taciturnidad concentrada, como gravamen sentimental de la decadencia de la vieja nación. Más de media hora le tomaba su pausado trayecto. Ascendía entonces al monte Capitolino (uno de los siete collados de Roma), por la suave escalinata que construyó Miguel Angel en los años del apogeo renacentista. Cada paso suyo era de aproximación consciente, mística, estremecedora, a un recinto no sólo material, sino poblado del espíritu de edades pretéritas, en donde para él seguía resonando, como dentro del caracol marino, el rumor sollozante de las vidas que se fueron ya hace centurias, pero con algunas de cuyas siluetas personales creía que de veras se cruzaba, gracias al poder alucinador de su memoria. Llegado a la antigua plaza de líneas elípticas, se embebía, una y otra vez, en la contemplación de los tres enormes edificios que ¡a circuyen: sobre todo, en la del Campidoglio, centro de sus recuerdos posteriores y pretexto ingrato para unos versos burlescos que le dirigió el sañudo dictador Gabriel García Moreno, según lo explicaré a su tiempo. Todo ese conjunto arquitectónico, incluidas la plaza, las gradas de acceso, la fuente del fondo y sus rampas lateralçs, surgió en el siglo dieciséis de la pasión de grandeza y armonía que caracterizó al genio de Miguel Angel, tan decantado por el propio Montalvo. *Y* vino a perpetuar en forma condigna, con sus construcciones monumentales, los gloriosos vestigios de la Roma de antes. Porque en esta plaza se hallaba el “asylum”, o sitio de albergiic popular de la época de Rómulo, su primer soberano. E igualmente, en el lugar del palacio senatorial, o del Campidoglio, se alzaba el ‘Tabulariurn.

mandado edificar en ios históricos años republicanos —con frecuencia evocados por nuestro escritor—, para que en él se guardasen simbólicamente las leyes que intentaban normar los derechos y obligaciones de los ciudadanos. Aquel espacioso escenario estaba pues imantado de memorias insignes para nuestro viajero.
La plaza le ofrecía, además, la imagen de lo actual, en las presencias que se movían a su lado yen el conjunto urbano que se extendía al pie de la colina. Tras la reposada observación de todo ello, se aventuraba por uno de dos caminos: el de la Roca Tarpeya o el del Foro.
Sigámosle hoy por el de aquélla, en su visita primera, que es de la que nos ha dejado testimonio:
Tomando—dice— unavereda angosta del monte Capitolio a la derecha, encontré una puertecita sobre la cual se descifraba apenas una inscripción antigua. Llamé; silencio; volví a llamar, todo silencio: el aullido de un perro que percibí en el tondo me decidió a insistir. Gimió el cerrojo, se abrió la puerta, y tina mujer alta, pálida y flaca se mc presentó diciéndome con el tono más adusto: Oué quiere? Mc figuré que iba a empeñarme con una sombra en algún asunto tenebroso, y respondi vacilante: Vengo a ver la roca Tarpeya ***—Favorüca, Signore,*** me dijo, haciéndome una inclinación que me hizo temblar. Debía resignarme: entré, corrió et cerrojo y lo echó a llave: si era un espectro, si era un espíritu, ya me tenia en su poder [60]
Pero es mejor que cortemos aquí la confidencia que se encierra en la primera de las dos versiones descriptivas del lugar, a que hemos aludido en las páginas anteriores, y que completemos su contenido con lo que nos confiesa, de modo más encantador, en sus remembranzas de *Elcostnopoli* ta. Así habremos de presenciar la continuación de esta singular andanza montalvina.
Yendo a conocer la roca Tarpeya —nos afirma en esta segunda versión— entré por una puertecilla vieja y agujereada. Una mujer alta, pálida, de mirar profundo y vestir negro fue quien me la abrió y me condujo hasta el borde de aquella famosa roca de donde Manlio fue precipitado por haber pretendido la corona de Tarquino. ¿Esta es Roma? decía dentro de mí mismo; ese montón de minas que allá parece, entre las cuales está ladrando lúgubremente un perro, ¿fue la ciudad que dio Escipiones y Pompeyos? Y esa triste montañuela que da mezquino pasto a cuatro esqueletados bútalos, ¿llamábase Aventino, y vio en sus faldas al pueblo romano y sus tribunos imponiendo la ley a tos Ouintios y los Claudios? Esos ladrillos casi negros hacinados aquí y allí formaron tal *vez* la morada del gran Júpiter: de aquel barranco en donde veo durmiendo un pordiosero mostró Antonio por ventura el cadáverde César cudiendo su ensangrentada clámidc: por esa vereda espinosa, quizás la vía Apia en otro tiempo, huyeron Casio y Bruto teñidos con la sangre del tirano a buscur a Roma en donde no hallasen servidumbre.

60 *La Democracia.* tbid

El mundo antiguo y grande rodaba en mi cabeza, y ni sentía yo la lluvia que caia sobre mi, ni la neblina que me circundaba como para concurrir a la funeslidad de aquella escena. La mujer q sic me dio cnt rada se babia retirado a la r sur r t. irte ' e - y ¿nc hallé solo en medin dc tantas y tan grandes sombras que bar *ursa* r rçt sic [,irr It-sic sr ojos. Vi a Lucrecia; vi pasar el cuerpo de Cicerón sin cabera. ésta r rrLmuio -L [ro de su enemigo que rcia a carcajadas (recurdtrse que Byron t .s nhié u sss e] ve sr' nc ria a la roca Torpeya, desde donde se arrojaba a las profun ti idadcs a los E t jislr res, y que el aire dci Foro le parece "impregnado aún de la abrasadora elocuencia de Cicerón"); vi a Caluma ontinúa Montalvo— corriendo como furia unu ¿tus tizón en la mano, poniendo fuego a los templos de los dioses: vi - - ¡ Qué *voz* pssd ni decir cuánto se puede ver en Roma? Al volver de mi sublime desvarin vi ya positivamente: vi a iri mujer romana que en su corredorcillo se estaba acrnitemplarme, curios:' de ver despacio un extranjero tan solitario y aciturno: vilas gotas de agua que caían monótonas sobre las piedras resbalando de la humilde choza: vi un jergón cn don dc est iba acurrucado un gato negro de ojos centellantes•. vi un gallo inmóvil sobre la pata izquierda durmiendo mientras llovia. Y a tuempo que csto veía el grito de las ranas, subiendo del Foro, llegaba a mis oídos en tino con el halar distante de alguna harnhreadru os'eja. Y volvi a decir dentro de mi mismo: ¿Esta es Roma?. - .7°

Los aciertos descriptivos de esta rememoración de Montalvo son inohjetables. El autor haestablecido una oportuna antinomia entre su vuelo fantaseador de inspiración histórica y sus observaciones simples y concretas, o positivas como él dice, de lo real. Así el lector puede participar de la experiencia, tan característicamente montalvina, de una doble visión:
la espiritual del pasado, emotiva y dinámica, y la directa y sensorial de las cosas del presente, en que los detalles se han escogido con talento preciso y eficaz, como para crear el ambiente de lo más común y rutinario, La choza humilde, el gato acurrucado en el jergón, el gallo dormido bajo las gotas de lluvia constituyen los trazos verídicos de aquella imagen ordinaria y actual, en contrapunto con el halo de gloria o con los signos patéticos en que vienen envueltos los conjuros históricos de nuestro escritor. Pero esos trazos, tan justos, fueron el móvil de las críticas peyorativas y de las ironías con que le afligieon los intelectuales conservadores del Ecuador, de su misma generación. El, desde luego, supo defenderse con inteligencia e ingenio en páginas memorables, a las que mc referiré en su debido momento, dentro de un natural orden biográfico.

El segundo de los recorridos habituales de nuestro joven peregrino era el del Foro Romano, que lo hacía descendiendo por la rota de la otra ala del Tahulariurn: es decir por la Vía del Arco de Septimio Severo: este gran arco, todavía casi completo, no obstante datar del siglo tcrce ro de nuestra era, se le ofrece a poco andar, en fre ate de esa suerte de pozo tenebroso que se construyó para cárcel en la ciudad milenaria, y en la cual los

apostoles Pedro y Pablo sufrieron pella de prisión y cadenas. Montalvo admira calladamente las’i rosas columnas acanaladas **y** las tres bóvedas (Id Arco de Severo, **y** girando por los espacios del contorno da con la base retloiida del *U,nhiiicus Urbis,* o sea (IdI centro mismo de aquel la Rorn a de la antiguedad. Si ello toca en lo vivo de su sensibilidad, más aún hiere a ésta, y la estremece, el ver la plataforma —único vestigio a esta hora—de las tribunas desde las que inflaniaron a los ciudadanos el insuperado Cicerón y los hermanos Graco. Va pasando entre enormes piedras tumbadas sobre la hierba, o por en medio de columnas aisladas, esbeltas, bellísimas, dos se han quedado a sostener en su parte superior unos trozos macizos de ni á rol 01 labrado - D ivaga por a hf (tu ran te la tarde entera - Cam i ini a ratos
por el viejísimo pavimento de la Vía Sacra, que antaño atravesaba el Foro y llegaba hasta la altura del Campidoglio o Tabularium. Más allá de todos esos venerables escombros divisa el altísimo muro circular del Coliseo. “como una in mensa roca despedazada por cien rayos” - Pero hay un momento en que el extenso paseo le obliga “a reposar en e1 Atrio de Minerva”. Y entonces puntualiza esta observación: “un hombre envuelto en su enorme capa estaba arrimado i una columna: su cabeza caía sobre el pecho, y en dos horas que pasé bajo de mi arco, no levantó los ojos de la tierra - Era un ser agobiado por tina desgracia inmensa? era el genio rle las ruinas? no sé: mas yo no puedo olvidar esa figura solitaria ..“ . Por fin, orn a a su a Ihergue modesto eLla ‘ido ya h a caído la noche, con ‘1 a ni emori a llena de recuerdos, la imaginación llena de fantásticas ideas’’ -
Como hay que suponerlo, no cran únicamente esas sus caminatas **y** sus Impresiones. El mismo lo aclani bien. “Desde la elevada cúpula de San Pedro 1 asta las oscuras Cataeum has, desde la cima del monte Ni ario Ii asta la roca ‘[arpeva, desde el espléndido Vaticano hasta la salvaje gruta de Caco, todo lo he recorrido, todo lo heyisitado’’. Y, ciertamente, ahora resulta fácil volvera buscar lasemoeionesde laaventuradc nuestroeaminan— te, porque las condiciones materiales de sus lugares preferidos, en el transcurso de más de cien años, casi no han variado. Las ruinas se están ahí todavía, corno expresión desoladora de la furia de vendaval con que pisan los siglos. Se puede pues andar, experimentando el mismoscntiniiento nIelan— eolico que él, por entre esos desiertos rincones de mármoles abatidos, en los que crecen las hojas de la hierba empecinada. Se pueden ver, igt,almente. os gatos negros que él vio, que casi no cesan de pasar con la pupila iluminada y su habitual elasticidad silenciosa: esos parajes les son familiares- [‘ero la mu ltip hcación de estos robustos felinos, amparada por las mis— mas leyes de la ciudad, obedece a la necesidad de combatir a los ejércitos grises de millares de ratas, que siempre tratan de erguir su asqtlerosa han

dera de victoria Kobrc la devaNtación y el abandono, y que hasta ambicionarían reducir a polvo los recios muros sobre los que se levanta, en el centro mismo de Roma, la antiquísima tumba del rutilante emperador Augusto. Por fin, se puede escuchar entre la soledad de los escombros no únicamente el grito de las lechuzas que impresior.ó a Montalvo tanto como Byron, sino además, si se afina un poco la atención, el silbo enternecedor de dos o tres gorriones, cuya viviente fragilidad, posada sobre la inútil arrogancia de tanta piedra derrumbada, se muestra como la más aleccionadora filosofía de lo perecedero, en el mundo dé nuestras grandezas humanas.

También están ahí para estas evocaciones biográficas, en otros pun tos de la ciudad eterna, y de algún modo incambiables pese a las fatales modificaciones que entran en las tareas reconstructoras, y al nacimiento de nuevas avenidas y de monumentales trabajos urbanísticos modernos, algunos sitios memorables por los que pasó nuestro escritor para enriquecer de motivos y amenidad su ejercicio literario. Así, el puente para cruzar “ese viejo Tíber, precisamente por donde lo pasó Cleha ahora dos mil años”, que es sin duda el puente construido por el emperador Adriano, en cuyo extremo se levanta la encantadora mole circular del Castello di Sant’Angelo. El río sigue arrastrando su rumorosa congoja en la turbiedad errante de sus ondas. La vida, a sus orillas, sigue corriendo igualmente, entre ecos de ansiedades y lamentaciones, y sometida como aquél a la prisa de su precipitación en un mar infinito e insondable. También, hacia otro lado, se conservan del mismo modo las Murallas Aurelianas y la Vía Apia, nombradas por Montalvo, y parte de su itinerario a las Catacumbas o a las Termas de Caracalla. De una de las catorce puertas de esos muros colosales, que se están allí erguidos desde el tercer siglo de nuestra era, arranca precisamente la Vía Apia, o ruta a Brindis, de centenares de quilómetros, de la Roma antigua. Es un hermoso camino de adoquín que corre muy regularmente entre pinos y cipreses, monumentos religiosos y funerarios. A su vera se alza la Capilla de *Domine Quo Vadis* (Señor, ¿a dónde vas?), palabras con que se asegura que San Pedro, allí y en el año 64, se dirigió a Jesús tras la visión de su divina imagen,cuyo designio fue alumbrarle en la fe y el ministerio cristianos. También a un costado se yergue, con la forma circular y dentada de la torre de los castillos, la tumba de Cecilia Metella, ignorada y misteriosa mujer de hace más de dos mil años. Al pie de ese imponente sepulcro solitario, que se ve siempre cubierto de hiedra, se detuvo quizás Montalvo, íntimamente saturado del espíritu byroniano y de los arrebatos imaginativos sobre el pasado que había conseguido asimilar de los cantos del *Childe-Haroid,* para ponerse a repetir mentalmente las conmovedoras interrogaciones de su amado poeta británico, a que cx-

presamente ha aludido en sus ensayos de ***Geometría moral:*** ¿Cómo sería la moradora de esa tumba colosal? ¿Habría sido casta y hermosa, digna del lecho de un rey? ¿Amaría sólo a su esposo, o habría sido de aquéllas que “ardieron con la llama del adulterio”? “,i’endrfa la sabiduría de Cornelia? ¿Resistiría, fiel a su virtud, las constantes seducciones, ose parecería a la amable reina de Egipto que prefería las frivolidades y los placeres?” ¿Se extinguió en la potente belleza de su juventud, ose deshizo en las debilidades y marchiteces de una extremada vejez? E igual que Byron, se habrá retirado del lugar sin otra respuesta a sus conjeturas que la que se lee en el famoso poema de las peregrinaciones: “Lo único que sabemos es que la esposa del más rico entre os romanos, Metella, dejó de existir. ¡-le ahí el monumento del amor o del orgullo de su esposo”.7’

Pero más acá de esta tumba, y también hacia la orilla de la misma Vía Apia, nuestro joven viajero habrá tenido que detenerse además, bajo la exigencia rememorativa de sus numerosas lecturas, frente al Circo de Majencio. de la cuarta centuria. En la dilatada gradería de éste, veinte mil espectadores familiarizados con los sacrificios más bestiales solían enardecerse voluptuosamente al contemplar la muerte desesperada de ancianos, mujeres y niños cristianos, que manchaban con su sangre inocente las fauces de las fieras hambrientas. Aquel escenario de horror es hoy un campo frío, mudo y desolado. Igual que lo son, tras haber resonado hace siglos con el clamoreo de aquellas multitudes ávidas de lo trágico, el Coliseo, de cincuenta mil asientos, y el Circo Máximo —obra sobre todo de César—, con cabida para no menos que doscientas mil personas. Montalvo no se sentía satisfecho, desde luego, con sólo esa visita a los lugares en que fueron abatidos por el celo autoritario de los césares tantos seguidores apasionados de las enseñanzas de Jesús, sino que buscó admirar, precisamente ahí en el centro universal de la cristiandad, las evidencias de los prodigios de la fe. Llegó por eso, a través de la misma Vía Apia, a las Catacumbas de San Calixto. Penetró en ellas para conocer en ese mundo subterráneo. de túneles profundos y helados, los adoratorios, las tumbas y las moradas de los creyentes: esto es, la Roma secreta que se extendió entre las somhra , dJajo de la ciudad pagana, para escapar durante siglos a su persecución y exterminio. Y fue igualmente, según ha dejado constancia en sus libros, por otras partes de la urbe en donde se han levantado obras arquitectónicas invaluables para el culto religioso. De :dre ellas le cautivó especialmente el Vaticano. Sobre la cúpula de la Basílica de San Pedro, cons 7 **ByTon,**

Pcregri,wcinnesde Chdde•Ha,’oid, **Cantocuarto, Ibid.**

truida por Miguel Angel cuando se hallaba ya en los setentidós años de su vida activa y tempestuosa, escribió en *El cosmopolita:*
ahi está la cúpula de San Pedro volando en el espacio, como un globo portentoso que e encumbra al cielo cargado de las maravillas de la tierra: qué atrevimielo. ·
majestad sublime! ¡qué grandiosa poesia! La cúpula de San Pedro es una epopeya en piedra; son los versos de la lliada cuajados cii una esfera sonora, musical, digna de la bóveda celeste

Ahí en el Vaticano supo demorar, por cierto, yendo paso tras paso,
en (odas las salas en las que se guardan creaciones artísticas del renacimiento, de las que hizo una apología sincera, exaltando particularmente a Miguel Angel y a Rafael. Sobre el primero escribió entre otras cosas lo que sigue, como consecuencia viva e inmediata de esa visita:

Miguel Angel es uno de los genios más portentosos y cabales que ha nacido de mujer: no hablemos de los héroes; ésta es otra familia; y aun así, Miguel Angel fue **también** guerrero, y atrevidisimo emprendedor de grandes cosas; mas él prepondera por su talento y su habilidad insigne para las bellas artes; escultor y pintor. cn grodo primo: su profesión principal era encallar en mármol: ofrecióse la ocasión de pintar, y pintó el Juicio Final ,,, He visto su Moisés en *San ¡'edro in Víncoti:* es Moisés, autor del Pentateuco; Moisés, que pide a Faraón la libertad de Israel; Moisés, que hace brotar el agua del Oreb: Moisés, que guía al pueblo de Dios a través del Mar Rujo. Moisés, que baja del Monte Sinaí con las tablas de la ley, fulgurante de gloria, despidiendo centellas y ráfagas de luz divina de su rostro: el mismo Moisés, con su mt,'ada de inspirado, con su barba de patriarca, con su ropaje de padre del pueblo, con su ademán de prof eta -. 72

En lo que toca a Rafael, su fruición admirativa se manifestó en téiininos que persuaden por el tono de confesión íntima y honrada, de impotencia para comprender y juzçar una de las obras mayores del gran pintor; pero también por lo certero de su aproximación a la parte humana de esa personalidad, consumida en la llama de los deleites sexuales de la juventud. En las páginas desprendidas de esta visita ha dicho, en efecto:

De mi sé decir que admiré al principio las pinturas de Rafael en el Vaticano, porque tenía entendido que debía admirarlas. Pero sintiendo dentro de mi un cierto rubor de no ser capaz de ese deleite que o grande y bello proporcionan al alma, aminoráhamc a mis propios ojos y me veía humilde y pequeñuelo. No comprender el Paraíso Perdido, no estimar el templo de San Pedro, no tener oídos formados para el Don Juan de Mozart o para el Miserere de Rossini, no es posible: he de entender, he de sentir la Transfiguración de Rafael. Y fui, y volví, y torné al Vaticano; y consulté a los espíritus, y miré, y tuve fuerte querer: y sien hecho de verdad no di con el hito de la perfección, salí de Roma convencido de queme había deleitado en la Transfiguración, en

72 iicii.sAncs". El *cosn.opoiüa,* Toirio ii,Libro iv, ibid.

la Comunión de San Jerónimo del Dominiquino, y en el Descendimiento de Daniel de Vollerra, las tres obras maestras de la pintura moderna, Bien pudo no ser así, mas para mi consuelo o para mi vanidad, eso me basta.

Y en seguida ha vuelto la memoria al frenesí de los amores de aquel joven genial, formado para "gozar e inmortalizarse al mismo tiempo":

"Rafael —ha asegurado— tenía dos dioses impresos en su alma; el dios de la pintura, y la mujer: amaba más que pintaba, gozaba más que trabajaba; y en tanta manera se dejó arrebatar tras el deleite, que murió agotado a los 37 años de edad". Pero, como diligente averiguador de todo aquello cuya grandeza le fascinaba, nuestro viajero conocía de antemano que el. despojo mortal de Rafael descansaba, junto al de "otros esclarecidos varones", entre los célebres muros del Panteón de Roma; y fue pues, también, naturalmente, hasta ese sitio para experimentar la callada emoción de sus habituales evocaciones. Vio en un primer momento, desde la plaza del lugar, que es la de la Rotonda, los trazos severos de tipo helénico de la vieja construcción, levantada por voluntad del cónsul Agrippa, yerno del emperador Augusto, tres décadas antes del advenimiento de Cristo. Ese nombre —Panteón-—, de procedencia griega, se usó para designar el puesto destinado al culto de todos los dioses de la antigua Roma, pero particularmente de Venus y Marte. Es por eso uno de los templos memorables de la ciudad. Pero sólo a comienzos del siglo séptimo de nuestra era se lo convirtió en iglesia católica, alzando un altar al fondo, cuya pequeña cúpula en media naranja está íntegramente revestida de oro. Antes de pasar a su interior, Montalvo se ha detenido a mirar las catorce columnas de granito, de doce metros de alto, que se yerguen en torno del espacioso vestíbulo. Bien sabía él que aquéllas, con sus muchas toneladas de peso, tras haber viajado de Egipto a Roma por la vía del mar, habían sido transportadas desde el río Tíber hasta esa plaza —más o menos dos kilómetros—, a espaldas de centenares de esclavos. Ya adentro, todo lo observa y examina, con su acostumbrada inmersión estremecedora en el fondo de otras épocas, que le da la impresión de estar rescatando para sí algo de un aliento remoto, inextinto según la rara índole de sus convencimientos. Por ahí halla, vehemente, el sarcófago de mármol de Rafael, junto a los de unos tres reyes de Italia, y piensa en lo justo de esa consagración póstuma, que corroboró los éxitos saborea4os excepcionalmente por el artista en los años de su breve existencia. Finalmente, antes de abandonar el gran recinto circular, de proporciones que se corresponden con exactitud, tanto en su vuelo perimétrico como en su altura, y en donde los muros totalmente cerrados contribuyen al prodigio de una acústica límpida y sonora, alza sus ojos hacia el único espacio abierto, una amplia claraboya central que care

ce de cristales, y advierte que el agua de la lluvia, que en ese momento le ha sorprendido, cae perpendicularmente al piso del templo, pero en el sitio preciso de un pequeño desagüe, cuyo conducto lleva el breve caudal de las precipitaciones hacia el Tíber. Por extraña coincidencia, mientras yo revivo con mis propias sensaciones la visita montalvina a aquel lugar, en una tarde oscura de invierno, descubro también que ha comenzado a llover, y que el agua de ahora sigue pasando hacia el río de la ciudad como antes, como siempre desde hace dos mil años, por ese imperceptible canal subterráneo que Jamás ha necesitado cambios ni **reparaciones.**

Pero esta andanza de mi biografiado no termina aquí en el viejo templo de Agrippa, pues que, a poco caminar, con su paraguas desplegado, encuentra una pequeña iglesia, muy antañona también, de la que le han dado referencias: es la iglesia en la que funcionó el Tribunal de la Inquisición, en cuyo seno fue procesado Galileo en 1633, y declarado culpable por haber desafiado los sagrados principios de la Escritura con sus afirmaciones de que el sol está fijo y de que la tierra se mueve y no es el centro del mundo. La atmósfera liberal que había logrado penetrar en el hogar de Montalvo, desde cuando él era apenas un niño; las circunstancias de la vida pública ecuatoriana, que estimularon la belicosidad de su familia contra toda intransigencia, y de modo particular contra el conservadorismo, cuya acción trataba de sostenerse precisamente en la áspera fanatización de las masas católicas; sus lecturas, que progresivamente le llevaban a cultivar la autonomía de la razón y a mantener una fe íntima y pura, exenta de las escorias de la superstición; el efecto civilizador, que creía estar recibiendo de sus paseos y averiguaciones en el mundo de Europa: todo ello, en fin, le predisponía para evocar con intensidad, en ese antiguo escenario inquisitorial, el drama de Galileo y la desaforada campaña de sangre de los verdugos del Santo Oficio. Más tarde habría de revelar, con alguna insistencia, en varios de sus libros, y especialmente en *Mercurial eclesiástica,* su posición de librepensador que no renunciaba a la integridad de su fe, pero que execraba los crímenes de las guerras de la religión.

Hasta este momento se habrá podido apreciar, a través del intento de confundir nuestros pasos con los que dio Montalvo por los distintos puntos de Roma, hace casi ciento cincuenta años, cómo resultó fascinante, y de consecuencias positivas para la generación de sus ideas, para su visión de la cultura antigua, para el despliegue temático de sus labores literarias, esa experiencia suya de varias semanas en la historiada ciudad. El viaje italiano, por cierto, no se redujo a ello. Pues que comprendió otros lugares del país, en los que se fue quedando sólo pocos días, y de cuyo contacto surgieron, no obstante, imágenes y confidencias de valor. En ese haz de visitas

adquirió un aire de encanto la que hizo a Florencia. En esta ciudad, como lo dije en páginas de este mismo capítulo, estuvo antes que en Roma. Y sobre ella escribió, desde ahí mismo, una carta literaria dirigida a los redactores del periódico quiteño *La democracia*. Lleva la fecha del 25 de enero de 1858. Ante todo, le ha seducido el Amo, que "desciende del Apefino, y camina solitario por entre lugares montañosos y salvajes". Mientras lo ha mirado correr, a ritmo uniforme, hacia el mar Tirreno, se ha hecho esta reflexión sobre ese río: "nadie podría decir cuán grandes cosas ha visto este antiguo y callado viajero". Su imagen lo atrae desde los varios puntos en que nuestro joven se va situando, a lo largo de sus acostumbradas peregrinaciones. Obsérvese esta prueba: "una ancha calle de cipreses me conduce hasta esa verde altura, coronada por una vieja torre. Estoy viendo a mis pies la poética florencia: el río la ciñe, como si fuera un largo y diáfano faldón que ciñe a una hermosa joven la cintura: el valle se extiende indefinidamente, cubierto de casitas blancas, encerradas entre sus inmensos árboles". Y conózcase también esta constancia: "Hoy he madrugado: el Amo tiene el cuidado de despertarme, derrumbándose de la cascada a que mira mi ventana". Y, desde luego, esta confesión bastante sincera:
"Solo, con mi pensamiento y entusiasmo me paseo por las márgenes del Amo": ello le ocurre especialmente a la caída de la tarde, cuando la ciudad parece abandonada. Pero la figura misma del río, que le embelesa y le mcita a contemplarlo de lejos o a caminar por sus orillas, no va a comparecer en sus escritos sólo como una imagen pintoresca y deleitable, sino que., como casi siempre en su caso, ha de ser el elemento apropiado para remover memorias y para suspirar por ellas con sensibilidad de romántico. En efecto, uniendo a la gloria y a las veleidades y contradicciones políticas de Florencia el nombre del autor de los sonetos a Laura, igual que lo hizo Byron, aunque con un grado mucho mayor de estremecimiento, el joven Montalvo pasa y repasa por las riberas del Amo con el alma impregnada de los recuerdos del poeta Francisco Petrarca. Y más con los de la amada ideal e inalcanzable de éste: la enigmática Laura. Por eso aquellas aguas lo han visto más pálido tal vez, y dejando "escapar algún suspiro ahogado".
"Corred —le dice al Amo—, corred hermoso río, mis ojos no se cansan de mirarte. Contigo voy bajando, y juntos seguiremos no sé a dónde". Enlazado pues a su curso, y confundiendo el eco de su voz con el eco melancólico de las ondas, ha terminado por exclamar: "Laura! Laura! me dijeron que tu sombra vagaba suspirando por estos tus queridos sitios. Un extranjero ha venido a sorprender tantos secretos, pero su corazón es tal, que puedes perdonarle ..."

Sincera fue esa su disposición sentimental, a pesar de que quizás parezca falsa y exagerada. Mucho tiempo más tarde, en un libro que sólo se publicó después de su muerte, nuestro escritor mostró la persistencia de sus impresiones de Petrarca y de Laura:

Petrarca —afirmó-—- ganó una soledad abrupta, y allí, llorando su desventura y cantando sus amores, solo, absolutamente solo, vivió diez años, sin hacer otra cosa que amar, llorar y pulsar la ira, echando suaves rimas llenas de amorosa pesadumbre. Sus sonetos *invita* ***di*** *laura,* **sus canciones** ***in*** *,morte di Laura,* descubren el manantial inagotable de sensibilidad de ese pecho .-.

Y prosigue, con esta imagen reveladora de aquella pasión petrarquista jamás satisfecha:

1-le visto una estampa que representa a Laura, señora de Sales, bañándose en un jardín: una cara pálida se está entretanto asomando por una ventana; sus ojos ávidos están devorando esos divinos miembros Pobre Petrarca! ..-Ese instante de tortura fue el único triunfo de su vida. Triunfo no; no fue sino un robo: Laura no tenía noticia de esa profanación apasionada. La corona con que ciñeron sus sienes **en Roma, canonizándole** para la gloria en festividad sublime, hubiera sido menos **para** él que un **rizo** de la rubia cabellera de Laura...73

Y, asimismo, el Amo le estimulé para hacer otra evocación igualmente romántica: la de los amores silenciosos, mantenidos durante varios lustros en el plano de una espera paciente, de una ilusión firme, aunque en el fondo entristecedora, por el conde Vittorio Alfieri. El centro de las vehemencias amorosas de éste fue también una mujer casada: Aloysia, condesa de Albany. Y tuvo que aguardar veinte años para hacerla suya, tras su viudez. Deberá suponerse que la sombra de Alfieri, poeta, autor dramático y combatiente de la libertad a quien admiraba Montalvo con genuino fervor de romántico, se le prendió en la imaginación a través de una de sus divagaciones por el río. Hay por lo menos indicios de ello en la obra que antes he mencionado —*Geometría moral*—, en la que, entre otras cosas, afirma:

En la ciudad de Florencia, capital de la Toscana, se veía hasta no ha mucho salir todas las tardes de un palacio un caballero sobre un morcillo elegante, cuyas herraduras iban hiriendo ruidosamente las losas del malecón. Este palacio existe todavía lungo ***Amo,*** como dicen allí, lo cual quiere decir a orillas del Asno.

Nuestro joven viajero no se resiste a ir reconstruyendo, ilusoriamente, las salidas enigmáticas de Alfieri de su palacio ribereño, y sus prolongadas ausencias, en que no hacía sino perseguir por el extranjero las huellas

73 Juan Montalvo, ***Geometría moral,*** Madrid. Pat- Tip. “sucesores de Rivadeneyra, 1920, págs. 107 y 110

de la condesa de Albany - II asta que, por fin, va al lugar seguro en que sabe se ha fijado la constancia de la detención eterna de los pasos del conde:
su tumba en la iglesia llorenlina de Santa Cruz.
El viajero —dice que visite la célebre iglesia de Santa Cruz, en la capital de la Toscana, verá un suntuoso monumento, hacia el centro, a la derecha, yen su lápida de mármol esta inscripción:
Aloysia, Condesa de Albany.
A Vitorio Alfieri
Canova sculpsit
Desde luego. la visita al recinto venerable de Santa Croce le permite contemplar también los sarcófagos de Miguel Angel. Galileo y Maquiavelo, cuyas cenizas se guardan allí mismo. Igualmente. el eenotafioe Dante:
este sepulcro vacío, a donde ni siquiera volvió el despojo del triste desterrado de Florencia, le parece la maldición más elocuente y patética con que se ha de castigar la ingratitud de los pueblos.
Pero ese repentino contacto con la memoria de Dante le induce a acercarse también a la morada que éste ocupó, hace tantas centurias, en un viejísimo barrio de la ciudad. Camina entonces por una antigua calleja de adoquines, a cuyos costados se alzan casas apacibles, silenciosas, de origen medieval, y con muros de piedra. Va deteniéndose frente a algunas de ellas. De modo especial frente a la del poeta. A cuya puerta se aproxima. Llama. Consigue pasar a su interior. No encuentra allí al hombre taciturno a quien evoea, y del cual ha leído los tercetos de la *Divina Comedia* y las canciones a Beatriz, pero palpa por todos los rincones su presencia espiritual. Sale de éstos, como siempre, saturado de impresiones del pasado. A veinte metros de la casa de Dante, en la misma calle angosta, encuentra la de Beatriz Portinari. Porque las dos moradas están aún en pie, resistiendo mansamente a la embestida destructora de los tiempos. Y. entre ellas, alcanza a descubrir que se yergue también la pequeña iglesia en que esos dos seres se vieron por vez primera, como en un éxtasis que no termino nunca. Dante era enlonees de sólo nueve años de edad, y Beatriz, su amada en el plano único de los sueños, de siete años apenas.
Pero bien, en un día de los nuestros en que yo también busco, a mi modo, la dirección de los pasos de Montalvo por tan amable sector de Florencia - creo advertir que a atmosfera que presidió ese encuentro infantil tan fugaz, en que a través de una sola mirada se rozaron levemente aquellas dos almas iluminadas del más puro candor, se cierne todavía sobre las tech umb res del inalterable lugar. Son techurnbres más místicas que altaneras, con aleros entredotmidos y suaves torrecillas.
La peregrinación florentina de nuestro escritor se extendió, naturalmente. por casi todos los sitios significativos de la ciudad, desde la que se

proyectaron, hace más de cuatro centurias, como fundamento de la cultura moderna del mundo occidental, ¡as excelencias del movimiento renacentista. El conocía eso suficientemente, gracias al caudal tempranero de sus lecturas. Por ello, tras la verificación obtenida con este viaje a Florencia, llegó a desenvolver su convencimiento de las conexiones misteriosas e indestructibles que se van produciendo en la vida del arte, por debajo, muy por debajo, de la superficie de los episodios de la historia, En su ensayo sobre las Bellas Artes, del libro cuarto de *fil **cosmopolita,*** consignó efectivamente estas observaciones:

Desde el **hundimiento de la civilización antigua hasta la** rcstauracion **de las 1 uccs,** transcurren algunos centenares de años. Mucre Grecia, vive Roma; muere Roma, reina la edad media; pasa la edad media, nace la [talia moderna. Las revoluciones, las destrucciones, la sangre de tantas generaciones la ha fecundado: por conductos recónditos y misteriosos la savia de Alenas y Corinto ha pasado a Roma y Florencia, por una filosofía inconfundibie, el alma de Praxiteles y de Apeles ha venido a dar vida a Miguel Angel y Rafael.'4

No hubo acaso colección artística de Florencia que no conociera, a lo largo de sus afanosas visitas. Estuvo desde luego en el museo Uffizi — una de las reliquias de los Médicis—, deleitándose con sus galerías de lienzos y esculturas. Pero, en uno de esos gestos que le fueron característicos desde la mocedad, y con que de pronto fulminaba sentencias de mortal abominación contra el autoritarismo y los excesos del poder, se dijo por lo menos para sí, en el momento de ingresar en el edificio, y hasta cuando llegara la oportunidad de dejar vIbrando sus palabras en la página escrita:

"Salud, ilustres habitantes del soberbio Uffizi Y vosotras, estatuas colosales de esos antiguos emperadorcs romanos, dadme paso por entre vuestras espesas hileras. Todas no representáis más que a unos tiranos Os veré, pero después de todo, quizás con desdén y aborrecimiento".75

Un desprecio de idéntico linaje hacia las ostentosas mansiones regias ha manifestado en el mismo documento.

Con más placer —asgura— he subido a esa ru, losa mole (un collado florentino), que a los espléndidos salones del palacio de aquel antiguo y orgul]oso ¡'illi. ¿Ouá inc **iii,porta** la morada **de** os reyes? Yo sé que entre ctjines **y** cristales existe **tt't** hon,bre uva volundad gobierna un pueblo: o sé que en ese teeinto de púrpura y oropeles xc h'rj:tn las cade n as que oprimen a los pueblos

Efectivamente, **y** en consonancia con sus irrenunciables preferencias románticas, el gusto suyo es el andar entre rincones de belleza ríislic:i

74

75 çtccr,cr lciS..íJ. **.F**

solitaria, o por en medio de las piedras del pasado. Lo opuesto le desagraday aturde. Más de una vez se pasea, así, por las pequeñas villas de la zona periférica de Florencia, circuidas de cipreses oscuros, casi negros, finos y como burilados sutilmente por el aire. Bueno es recordar que por esos recodos, bañados de la tristeza de esa funérea decoración vegetal, también un día caminaron en reflexiva soledad Lord Byron, Lamartine, Anatole France yTchaikovsky.

L.os gustos deambulatorios—ya lo sabemos— eran en él antiguos.

Aun me atreví a decir en otro capítulo que la raíz de ellos estaba en la índole de viajero del abuelo español yen la manía errabunda del padre comer-dante. En Florencia yen Roma su vagabundeo, estimulado por la curiosidad intelectual del buen lector, y por los reclamos emocionales del contemplativo, no quería admitir ni los naturales límites de la fatiga. Igual llegó a acontecerle en las ciudades del sur, hacia donde partió de la capital italiana. Era un día de marzo de 1858 cuando hizo rumbo a Nápoles. ‘Apretado

—nos lo recuerda— en medio de dos señoras y un Monsieur, durante dos días y una noche, en la estrecha diligencia que nos trajo de Roma, no pude sino hacer con ellas las más familiares relaciones.?6 Con ellas, dice, haciendo absfracción del sujeto francés al que ha aludido dentro del grupo. Cosa lógica, pero más aún en él, irresistiblemente inclinado al deleite que brindan los atractívos de la mujer. Una de aquellas dos señoras se le desbordóen simpatías, porque pudo hablarle “en tres idiomasdiferentes”.

El recorrido de la diligencia le fue proporcionando una visión colorida de los paisajes del Lacio y de la Campania, dos regiones que estaban en el marco de sus intereses. Veía al fondo las sinuosidades lejanas de los Apeninos. En tanto que a un lado y a otro de la vía por la que trotaban los percherones del carruaje iba descubriendo colinas y montañuelas, oscurecidas por el bosque, o ganadas por el caserío que se había trepado, casi a rasguños, a lo largo de sus declives. En una de estas alturas, como a veinte y cinco quilómetros de Roma, podía observar los perfiles de la antañona construcción de Castelgandolfo, o castillo papal de la época de Urbano VIII, en que los Pontífices acostumbraban pasar sus temporadas de verano. Más allá, continuando el trayecto al sur. conseguía divisar en otra elevación las líneas rígidas y severas, como de sítio de penitencia , del monasterio de Montecassino. fundado por San Benito hace catorce siglos:

allí, perdidos en religiosa soledad, los apacibles benedictinos han venido orando y laborando, y e ntre las tormentas de la historia humana han logrado preservar invaluables tesoros de la cultura de otros tiempos: entre cuan—

76 ***Correspondencia.*** hid, lude rn4r’s,de 155$

to copiaron con sabia acuciosidad figuran muchos textos de la filosofía griega, y entre ellos las enseñanzas de Sócrates recogidas por sus discípulos, que tan radicalmente amé y exalté Montalvo.

Por fin, después de horas y horas de camino, en que han visto alternar porciones de tierra labrantía —especialmente de viñedos—y suelos de áspcra rugosidad volcánica, o de chaparrales pobres; y después de los obligados descansos en fiambrerías y en albergues, los viajeros de la diligencia han arribado a la ciudad de Nápoles. Nuestro joven escritor lo atestigua con estas palabras: "Estoy cubierto con el polvo del camino, y aún no he buscado mi posada; pero esta alameda hermosa me mira ya bajo sus árboles". Todo lo examina con una eufórica disposición del ánimo.

Entre los recuerdos que dej a un viaje por la ti alio —advierte—-. los de Nápoles han de ocupar un puesto importantísimo. Por su lado, esta parte de la península es la más notable (te todas. No es tan rica en monumentos y cosas de irte, pero su aspecto es admirable. Qué guslo, qué placer se siente al c ntrar por esas anchas carIes dc árboles copudos,en medio de blancas yelevad-ascasas.

Además, varias sombras ilustres comtenzan a salirle al paso. La prtmera es la de otro peregrino romántico. Chateaubriand, cuyo genio evocador y descriptivo le ha servido para encender y afinar sus facultades propias, según lo tengo dicho en páginas anteriores- En una alameda próxima al mar cree percibir efectivamente la presencia de aquel autor, en actitud de apoyarse, contemplativo, a un rugoso tronco, mientras la tarde se refugia a lo lejos en los rescoldos del crepúsculo. Otra de aquellas sombras es la de Virgilio, vagando todavía por entre las dulzuras de la pradera que se extiende en las afueras de Nápoles, y cantando a los pastores y a los rincones de frescura en que se congregan los rebaños. Hay hasta ahora, en que en cambio quiero yo moverme en pos de la silueta errabunda de Montalvo, un camino que conduce al antiguo pueblecito de Pozzuoli, que todavía lo transitan los conductores de ganados, quizás similares a los de la vieja estirpe virgiliana. Pero ya no persiste el "templo ruinoso, cerca de los antiguos jardines de Agripina", en que "unos pastorcillos" le ofrecieron para su recrco un "baile extravagante". *(El cosmopolita,* Tomo 1, Libro 1). Pozzuoli, en medio de la pradera, y embellecido por grupos pintorescos de eucaliptos, es ahora un centro fabril. De ahí se desprendió a la fama una de las mujeres más hermosas de nuestra época: la actriz Sofía Loren. Y bien, nuestro joven viajero, siempre atraído por las celebridades de otra edad, siguió caminando entre las huellas y a milenarias del cantor de las ‘‘Gcórgicas", su amado Virgilio, hasta acer:arse a su tumba cii Posilippo, para "descifrar apenas la inscripción medio borrada que coilsagra la memoria del poeta".

No son esas, por cierto, las únicas impresiones recogidas cr1 Nápoles. Las aguas sosegadas y azules de la bahía le deleitaron de veras. Observa, emocionado, que “el niar viene a morir en la ribera, suspirando tristemente Ve a la distancia ‘‘una isla negra’’, en torno de la cual se dibujan ‘‘blancas velas, hinchadas por un ligero viento’’. Esa isla negra 110 debió de haberlo sido, tal vez, sino en apariencia. Pues que es probable que se hubiese tratado de una saliente de tierra de la playa de Sorrento que en este momento contemplan mis ojos, la cual no es de arena sino de oscuro material rocoso. Los veleros, por su parte, se muestran hoy cual los miró Montalvo: albos y triangulares, y como inmóviles en la mansedumbre de un mar dormido bajo la lumbre inconfundible del atardecer. En este sitio, sobre estas mismas aguas, nuestro ensayista vivió un episodio de fuerte intensidad que le ayudó a comprender el arrebato incontenible de la vocación italiana por las expresiones de la música, yen cuya evocación puso sin duda una dosis de fantasía de bien calculados efectos. Estas son sus palabras, que las tomo de la parte final de ***E/Luxemburgo*** (tomo primero de ***El cosmopolita):***

A tiempo que íbamos a hacer vela de la bahía de Nápoles, una multitud de canoitas rodeaba al vapor, casi todas de gente pordiosera que se aprovechaba de la venida a bordo de los viajeros para ver cómo se agenciaban un *canino* .- Ya la máquina ardía, ya las anclas se levaban, cuando una voz argentina, viva, llena, se elevó del aguay salió base, nosotros para llenarnos de dulzura los oidos. Nos asomamos, vemos: era un muchacho de diez o doce años, un pequeño lazzaroni que cantaba y aun representaba la Traviata como un verdadero Mario. Cuando ci vapor tambaleando empezó a abrirse al ruido de la máquina, el lazzaroiii se dio de puñaladas y cayó Irágicamente en lacanoa, por llevara eimasu papel, aun cuando nada le hubiese valido.

Antes de esta partida marítima, Montalvo se dirige a un par de lugares cercanos. Pero no lo hace sin previamente ascender al Vesubio, que dibuja las líneas suaves de su cumbre, a más de mil metros de altura, junto a otros dos montes similares. Al recordar esta excursión,con cierto orgullo de novelesca intrepidez, asegura que él capitaneó a sus compañeros, dóciles frente a sus demostraciones de voluntad y vigor. Desde luego, la silueta del trágico Vesubio, “con su columna inmensa de humo espeso, que se derranla por los aires”, es una de las imágenes que se imprimen claramente en su memoria de escritor y viajero. En nuestros días la montaña, desprovista por fin de aquel penacho ardiente con que gallardeaba sobre una historia de estragos y de ruinas, mantiene un coloquio de gracia y armonía con las líneas de] golfo napolitano, bajo la calina de un cielo limpio, de az nl si 11 té rm i no -

Uno de los dos aludidos lugares de las visitas montalvinas es Sorren— lo, dentro de la misma provincia de Nápoles. Esa ciudad, dos vecesmilena— se ha ido edificando sobre una roca colosal, que se reeorta perpendicu

larmente sobre las ondas del mar Tirreno. Para dominarla, no sin los debidos cuidados, la diligencia en que viaja mi biografiado tiene que *zigza*—guear, con los caballos jadeantes, por la única cuesta angosta que ha permitido aquella brusca elevación. Pero ya en lo alto puede él disfrutar de un paisaje que parece nacido de un pincel familiarizado con los recursos más puros y deslumbrantes del trazo y el color: la figura semicircular de la costa juega con el lino triangular de los velámenes y con las franjas de oro que el sol pone en la superficie marina. Sorrento es el sitio natal del poeta Torcuato Tasso, autor de los versos épicos de la "Jerusalén libertada'' y la "Jerusalén conquistada". Montalvo le tiene entre sus predilectos, igual que lo tenían Byron y los románticos europeos. De manera que quiere aproximarse hasta la efigie que lo perenniza, en una pequeña plaza que lleva el nombre de aquel creador melancólico, tan inmensamente melaneólico que se hundió en estados temporales de locura. 'Voy, dice como dirigiéndose al poeta, a grabar mi oscuro nombre al pie de tu blanco busto". Lo evoca brevemente. Recuerda su retorno a esta ciudad en ropas raídas de limosnero, tras siete años de reclusión en un manicomio. Luego camina por las calles de Sorrento, por entre árboles aromosos y fecundos que él alaba con un definido sentimiento de nostalgia. Ningún otro sentimiento le es entonces más auténtico y sincero: las huertas de la urbe, sobre cuyos muros asoman los frutales, y los naranjos y limoneros, que aquí se cargan de frutos que nadie toca, alo largo de las aceras o en el centro de las avenidas, le traen recuerdos enternecedores de su rincón ambateño, tan cerca de su corazón, tan lejos de sus ojos.

Y de Sorrento pasa al segundo de los aludidos sitios cercanos: Pompeya. Esto es lo que escribe al respecto: ",Cómo pudiera olvidar las cosas de Pompeya? ... Yo anduve por esas calles silenciosas, yo entré a los desiertos salones de sus casas, yo invoqué a las sombras sobre esos altares. cubiertos de las cenizas que la ahogaron; yo he grabado mi nombre en las paredes de la casa de Salustio

El, peregrino de las ruinas famosas, rastreador de las encrucijadas que el tiempo deshizoa lo largo de la historia de los pueblos, dialogante ilusorio con las presencias espectrales de las figuras de otros siglos. corno no había de sentirse en una atmósfera propicia a sus intereses y emociones en medio de una ciudad muerta, rescatada de su sepultura para ser puesta de nuevo en pie, pero ya sin vida. Que eso es Pompeya. No la actual. que ha crecido a su lado, sino aquella a la que cubrió de aya, piedras y lo la emoción del Vesubto. en una larde luminosa del 24 de agosto riel ITiO 79 d. Jo dete metros de materiales volcánicos y de lierra quedaron ap]astau]as dara]mpc Is divas a]ecres formas de toda existencia

Mujeres **encantadoras, aptas para el amor como para el tráfago inagotable** de cada día; niños en los que alentaban, bulliciosos y desprevenidos, los júbilos y deslumbramientos de los primeros años; ancianos reclinados en la tibieza de su reposo merecido; hombres fuertes, listos a trocar sus sudores por el pan de la familia, y dispuestos también, igual que los hombres de cualquier otro pueblo, a la vehemencia de sus placeres, ambiciones y codicias, y a los arrebatos de sus cóleras, orgullos o corajes; humildes y dóciles animales domésticos y de cría; plantas y flores; techumbres, obras urbanas, monumentos y creaciones artísticas: todo, en fin, cuanto era Pompeya: todo, en fin, cuanto era la vida de los pompeyanos, se vino abajo, de repente, y fue sepultado por el río negro que se desencadená de la rota cumbre del volcán, durante tres días con sus noches.

Borrada quedó así la ciudad. Perdido su rastro en el planeta durante mii setecientos años. Precisamente hasta cuando, por pura casualidad, unos trabajos de excavación para el saneamiento del valle circundante revelaron algunas inscripciones, dignas de examen y estudio, que a su vez llevaron al paulatino descubrimiento de esa gran urbe de los romanos, por entonces envuelta en un trágico sudario de polvo. Lo demás fue viniendo después, lenta y esforzadamente. Puede por eso asegurarse que, hasta hoy, tres cuartas partes de Pompeya han sido ya redimidas de su sepultura. De manera que Montalvo consigue ir, en su divagación admirativa del siglo pasado, por sitios parcialmente reconstruidos, del sector público y del privado. He de suponer pues que habrá recorrido los dos Foros, destinados a la vida política, religiosa, artística, educativa y comercial de la ciudad. Que habrá observado despaciosamente los restos colosales de su basílica y de sus templos a Venus, Apolo, Jove y Vespasiano. Que habrá dirigido su mirada a lo que fueron el macellum o mercado, las termas colectivas, la panadería con su muela de piedra y su horno, el teatro y el cuartel de los gladiadores. Que habrá cruzado la Puerta Marina, por donde las gentes salían hacia las orillas del mar, y que habrá observado, bajo sus dos bóvedas de gran dimensión, las vías que corren paralelas, pero de características y usos distintos: cn efecto, ni su anchura ni la disposición de las plan.. 0aíes de su pavimento son iguales, porque la una estaba destinada al tránsito peatonal, y la otra al de carruajes. Que habrá pasado bajo los arcos de hermosas perspectivas de Nerón y de Calígula, acaso maldiciendo a estos personajes por la memoria que dcjaron, de absolutismo y crueldad. Que se habrá detenido en las fuentusque aún se alzan en algunas de las esquinas.,y en las que los pobladores saciaban su sed. La pequeña pilastra de piedra, que servia como conducto para surtir la fuente, muestra
—no obstante su dura consktencia— el desgaste producido por el roce in

cesante, de años y años, de la mano que el sediento apoyaba en ese sitio preciso para inclinarse a beber el agua. En fin, habrá entrado en algunas de las moradas particulares que se han ido reconstruyendo dentro de los límites de lo posible. Se habrá entusiasmado con el más fascinador ejemplo arquitectónico de residencia privada, que es la Casa del Fauno: una escultura en bronce, de dimensiones menores, toda armonía y movimiento, que representa al dios de la fecundidad de los campos en la más arrebatada actitud de su danza, preside los jardines desde el centro de una fuente cuyo fondo es de mosaico fino, marmóreo, en colores encarnados. Esta perfecta interpretación del fauno hailarín descubre a las claras su vinculación con la escuela de Praxiteles, escultor griego a quien Montalvo destinó algunas expresiones encomiásticas. Habrá puesto sus pies a la entrada de otra casa de gente rica, y en el mosaico igualmente hermoso de su vestíbulo habrá visto dibujada en tamaño natural la figura de un perro feroz, con el hocico abierto, y preparado para lanzarse a dar dentelladas a cualquier extraño, que era la advertencia gráfica de que adentro había un animal de esa condición guardando la morada, y de que nadie debía transponer sus umbrales sin ser anunciado. ¡Desoladora ironía, común entre cuantos se enardecen en la egoísfa intangibilidad de sus bienes: quedó allí la alegoría de la brava defensa de la propiedad privada, en tanto que el propietario se acabó pronto, desintegrado en el polvo inexorable de la muerte! Habrá observado, con la curiosidad sensual de cualquiera de los visitantes, el hogar de los Vetti, comerciantes ricos que poblaron de imágenes lúbricas algunos de los muros de su lujosa vivienda, y también habrá pasado sus ojos por las obscenidades y las representaciones fálicas del dios Príapo (el del órgano dispuesto a la perpetuación de la especie), que fue encontrado allí, igual que en el garito de la lujuria y en el lupanar. Sin duda conocía las tantas referencias que se han hecho a la inclinación de los pompeyanos por los gozos de una voluptuosidad constante. Pero habrá podido asombrarse, además, con la contemplación nunca esperada de las figuras reales de seres humanos y de animales, reconstruidas en la exacta actitud o posición en que murieron —algunas en el instante de la huida de la tragedia—: el procedimiento técnico de rellenar con una mezcla de yeso las cavidades dcjadas en los cuerpos por las capas de ceniza volcánica permitió esc milagro. Hay, así, la figura de un hombre sentado que parece que se cubre el rostro con las manos, para evitar la mortificación del humo, y hay otra que muestra algo más patético todavía: es la de un perro tendido sobre el lomo en la desesperación de su agonía, que entrecruta sus patas contraídas y exhibe sus colmillos en expresión de angustia suprema.

Esa es la Pompeya por la que camina el joven Juan Montalvo, entre calles desiertas y casas heladas en las que se apagó la vida para siempre. Al recordarlo años más tarde, en *El cosmopolita*, manifestó cierta satisfacción enternecida con estaspalabras: "... mis melancolías, ¡ay! mis melancolías en las casas desiertas de Pompeya son las que me hacen valer algo a mis propios ojos ...
Finalmente, su viaje italiano se extendió hacia tres ciudades que supieron también cautivarle a su modo, cada una con atractivos característicamente propios: Venecia, Milán y Turín. A la primera llegó en ferrocarril, atravesando campos y pueblos perdidos bajo las postreras nieves de marzo: "Numerosos trabajadores habian descubierto ya los rieles del camino, y el convoy se deslizaba mugiendo como un monstruo envuelto en una negra nube". Pero había caído ya la noche, y él se hallaba entredormido, cuando le sorprendió el grito de Venecia!, proferido por el guía con acento penetrante, mientras el tren se detenía.
Me lancé de mi vagón medio aturdido —ha afirmado—: y después de una reñida batalla entre baúles, pasaportes, policías, oficiosos y mendigos,estuve ya enterrado en los coiines de **mi** barca. —1Gondolero, date prisa, es decir, no mucha prisa, ¿entiendes? Desembnca al Gran Canal y toma a la derecha, luego a la izquierda, y vuelve a la derecha, sube y baja, vuelve a subir y a bajar, siempre torna a lo mismo llevándome por todas partes antes de dejarme en el hotel; ¿has entendido!.7'
Estaba pues bajo el hechizo de ese paso entre las aguas, al ritmo de la palamenta del boga, que iba, como es hábito, tarareando su cantinela. "Las impresiones —ha escrito en aquella su correspondencia veneciana— que tuve durante esa navegación fabulosa, las contaré cuando sepa las palabras tan dulces como el gemido de las ondas debajo de mi barca, y tan bellas como los trémulos luceros quL miraba brillar en el fondo de las aguas". Todo ahí es tan único, que en verdad teme que su lenguaje no se adapte con fidelidad y transparencia a las formas de esa realidad, concebida antes por él sólo con la fuerza de su impulso fantaseador: "Para hablar de Venecia sería preciso comenzar contando un sueño, pero un sueño hermoso y vago, lleno de esas cosas que sólo el pensamiento puede figurar- se alguna vez". La infinita superficie líquida que rodea a la ciudad lo ha cambiado todo: por las gradas de algunas mansiones y palacios se desciende directamente a las góndolas que están amarradas a sus respectivos pilotes, esperando que el barquero o conductor se apreste a llevar a sus señores de un punto a otro de la vasta laguna, salpicada de islotes poblados, o de la propia capital. Por ésta corren también, rizadas apenas, las

77 Corres **dcncia a** La ***Democracia.*** venecia. 23 de **mano** 1458.

ondas del canal, entre los muros de los edificios y bajo el arco de los puentes. Los carruajes y los caballos en los días de Montalvo, y los buses y los taxis en nuestro tiempo, fueron sustituidos por las barcas de dos o tres asientos y las lanchas colectivas. Desde el lugar en que ellas se detienen, los pasajeros hacen a pie su camino hasta los hoteles y las moradas.

Hay islas en que destellan, con resonancias cosmopolitas, las industrias del cristal y los comercios. Pero hay también una isla de cruces, de rosas y de lágrimas, hacia donde yo he visto desfilar un largo cortejo de góndolas, que seguían a la que llevaba un féretro hasta la soledad de ese cementerio llorado eternamente por el lastimero rumor de las olas. Nuestro joven escritor prefirió en esta vez dar a su visión un contorno preponderantemente deleitable, dentro del mismo recinto urbano de Venecia, para cargarse de recuerdos agradables y amorosos, y desprenderse de los mejores sitios de la ciudad con un romántico sentimiento de nostalgia. Fácil es advertirlo en las frases de su ensayo sobre este viaje:

Esos conciertos melancólicos esperaban mi llegada; las palomas de San Marcos fueron todas mis amigas porque más de una vez vieron caer de ml enlutada mano un chorro grueso de luciente trigo. Cuando ellas bajen a su hora acostumbrada, será en vano que pasen y que vuelvan enredándose en los pies de los que ni las miran. Esas bandas armoniosas, llenarán la grande plaza, esas banderas flotarán sobre sus mástiles, esas campanas gemirán sobre sus torres, y yo estaré alejándome por medio de otros mares. 78

Las impresiones recogidas en Milán y en Turmn le fueron también placenteras. Sobre las dos ciudades escribió tras su vuelta a París, en mayo de ese mismo año de 1858. Para llegar a ellas atravesó la Lombardía, asimismo en tren. Y una vez experimentadas las sorpresas distintas que en suma le reservaron las visitas a todos aquellos lugares, hizo bien en sentar esta reflexión como corolario:

La fisonomía general de los pueblos es un objeto digno de la cujiosidad y de la atención del viajero: esa adusta melancolía de Roma, esa risueña corrupción de Nápoles; esa gracia, esa poesía, esos grandes ojos negros de Venecia, que todos parece que miran con amor; ese aire de elegancia y de gran mundo de Milán, y esa alegría picaresca de Turín son cosas muy rcmarcahles, ye1 extranjero no tiene necesidad de apuntarlas ensu cartera para acordarse de ellas.’9

La pulcritud milanesa le sedujo. “Milán —aseguró—— es una ciudad nuevecita; parece que los albañiles acaban de bajar de sus palacios y sus torres Igualmente le atrajeron las calles espaciosas como alamedas y los bosques y jardines que rodeaban a las casas. Creyó percibir por todos

78 tbk!.

79 co,,cspon deaoa dci alo ¡.01km occacia. Mdan ParÍs, 5 de mayo 1858.

lados la gracia y el buen gusto parisiense. Desde luego, asistió a las funciones de ópera de La Scala, por entonces en gran apogeo. La música que él amaba particularmente era la de ese género.
Poco después marchó a Turín, y siguió convencido de que el norte italiano, por su aspecto y su organización, "es una especie de Francia". Aparte de sus encantos naturales y urbanos, le llenaron de satisfacción los debates que escuchó, movido de pura curiosidad, en el recinto de la Cámara de aquella ciudad: "esos viejos de estatura alta y de cabeza blanca produciendo las ideas más liberales en el lenguaje más elevado es cosa que arranca lágrimas de entusiasmo, es un fenómeno extraordEnario en este tiempo". Cuando escribía eso estaba ganado, por cierto, de su temprana fe liberal, que poco después haría vibrar su existencia en medio de las trágicas borrascas políticas del Ecuador. Pero el otro rasgo de lo humano en que solía fijar también su atención, que era el de la presencia magnética de la mujer, volvió ahí en Turín, naturalmente, a estimular sus gustos escrutadores y descriptivos de este modo:
En esta época del año las mujeres de Turin, las de la alta sociedad, se entiende, tienen la mala costumbre de no salir de sus casas; encerradas en sus gabinetes de seda azul, entre sus estatuitas de mármol y las flores de sus ventanas, se olvidan absolutamente de la calle, y los pobres extranjeros no levantan sus ojos sobre las rápidas berlinas sino para encontrarse con una loreta o con un rico hombre de negocios. Las alamedas están llenas de gente por la tarde, las orillas del P6 desaparecen bajo las enormes crinolinas; pero todas no son más que planchadoras que han acabado sus tareas y que por la tarde se visten de fiesta para buscar otra gente desocupada.t°
El trayecto europeo, corto pero infinitamente provechoso, se le iba terminando tras estas visitas. El lo sabía. Así, por fin, le tocó dejar la hermosa región del Piamonte. Atravesó entonces la Saboya, dio "una rápida ojeada" a Suiza y tomó a Francia. En ese recorrido último estuvo cerca de los Alpes, paisaje común a la frontera de estas naciones, y su montaña más alta le inspiró los endecasílabos asonantes que tituló "Al pie del Monte Blanco", y que se publicaron en el tomo segundo de *El cosmopolita.* Si bien esos versos no son inferiores a los que rendía la lírica ecuatoriana de su tiempo, permiten ya ellos advertir que el talento verdaderamente excepcional de Montalvo no hallaba en la poesía, sino en la prosa, y desde el comienzo, su expresión más natural, más comunicativa y eficaz.
Y bien, la vuelta a París no obedecía únic»:1jente a las limitaciones de sus recursos, demasiado exiguos para martenerle de manera indefinida como vehemente y dichoso giróvago de los pueblos de Europa, sino que estaba determinada también por las exigencias de su trabajo. Su agregadu Ibid.

ría civil había tenido sede temporal en Francia, por las circunstancias que en páginas anteriores he enunciado. Pero precisamente a los dos meses de este regreso la residencia ahí pareció adquirir mayor firmeza, ya que el 10 de julio de 1858 fue nombrado secretario de la legación ecuatoriana en París. Lo malo era que un nuevo minis!ro plenipotenciario, reemplazante de su amigo y orientador liberal don Pedro Moncayo, viajaba ya para hacerse cargo de esa misión. Se llamaba Fortunato Corvaia. El joven escritor no lo conocía, ni siquiera por referencias. Y ésa era una nueva razón de incertidumbre en el difícil y veleidoso ambiente parisiense.

CAPITULO IX
Andalucía y las voces de la sangre

Lo que fue la permanencia de Juan Montalvo en la metrópoli franccSa, con su alternación de deslumbramientos y decepciones; de gozos íntimos y aflicciones; de solitarios esfuerzos de enriquecimiento intelectual y buscada y ostensible aproximación a personalidades que admiraba: de paseos o manías ambulatorias e inesperada postración corporal de varias semanas; de superiores satisfacciones de sabor cosmopolita y dolidas añoranzas del campo nativo: lo que fue pues en suma esa permanencia, de 1857 a 1860, con dos ausencias de París que comprendieron más dc medio año, quedó expuesto en el capítulo VII, previo a las experiencias viajeras de Italia que he acabado de puntualizar y describir, y a las que vendrán en seguida, correspondientes al sur de España. Por manera que únicamente he de volver ahora a la referencia del escenario parisiense para recordar que la colaboración del joven escritor con el nuevo Ministro Plenipotenciario —acaso conseguida desde Quito or su hermano Francisco Javier— se extendió desde octubre de 1858, en jue Corvaia llegó a la capital de Francia, hasta las postrimerías de 1859, en que las autoridades ecuatorianas aceptaron la renuncia presentada voluntariamente por Montalvo.

Si bien la relación entre los dos fue seguramente amistosa, no debió de haber tenido la atmósfera de afinidades que se produjo cuando ejercía la misión Pedro Moncayo. Parece significativo que no haya ninguna alusión montalvina a Corvaia cn el curso de sus numerosos trabajos de confidencia personal, a pesar de que en tiempo de éste —pongo por caso— fue cuando contrajo su larga y dolorosa enfermedad reumática. A lo mejor el trato que mutuamente se daban no pasaba de las simples cortesías y consideraciones. Fundado en ellas, y quizás también en el convencimiento de la nombradía conquistada por Francisco Javier Montalvo en la vida pública ecuatoriana, Corvaia se creyó obligado a explicar a la Cancillería por qué

se habfa visto precisado a dar trámite al requerimiento formulado por su joven secretario, para que se le acepte en Quito su intempestiva dimisión, fechada en junio de 1859. Esto es lo que expresó Corvaia: “Sólo en virtud de las razones que el señor Montalvo me ha expuesto y que dicho señor hará valer ante el Gobierno para salvar mi responsabilidad, he accedido a su petición”.

Tales razones eran primordialmente —no cabe ninguna duda— las de su salud, estragada gravemente por las inclemencias climáticas. Hay una carta elocuente, que dirigió a Juan León Mera, desde París, el 29 de julio de 1859, en que aludió al período durante el cual hizo cama, y a su regreso al Ecuador. Pero esa carta, llena de afecto y de disposición de servir, me será también útil para contrastarla con los escritos violentos, encrespados de indignación y agresividad, con que tuvo que responder en años posteriores a los ataques de aquel su antiguo amigo, que se trocó en uno de sus más contumaces adversarios. El siguiente es el contenido de dicha epístola:

Señor don Juan León Mera, Ambato.- Mi estimado paisano y amigo: Quizás habrá Ud. sabido hasta esta fecha, que ya debo irme. Sin una desgraciada enfermedad que me tiene postrado, hacen ya dos meses que estuviera en mi país. Ahora mismo le escribo en la cama, razón por la que voy a ser muy corto, pues estoy muy mal acomodado. Si Ud. hubiera tenido la idea de publicar sus poesías aquí, un año antes de ahora, habría sido una cosa muy buena. Pero **qué** quiere Ud., mi querido amigo, es preciso que me vaya. Si me fuera posible me quedaría sin otro objeto que el de poder servir a Ud. y a nuestro amigo el Dr. Cevailos; pero no hay remedio, me voy el día que pueda pararme; y sólo la satisfacción que experimentaré al estrechar su mano, me recompensará un poco de mi sentimiento por no poder serle útil en esta ocasión. Mas es de esperar que en mejores tiempos seamos más felices, y que yo mismo tal vez lenga el honor de encargarme de una comisión tan agradable. Su afmo, amigo, J. Montalvo.8’

La enfermedad no era por cierto el único motivo de su renuncia a la función diplomática, y de sus afanes de retomo al Ecuador. Ella era más bien el punto culminante y definitivo de varias desazones que le habían desobligado de París: que le tenían ahíto de París, y le hacían pensar en el amado y amoroso paisaje de su heredad andina. Difícil será hallar en la literatura ecuatoriana una propensión nostálgica más constante y más bellamente expresada que la de Montalvo, no obstante la crudeza con que en muhas veces condenó las muestras de primitivez, corrupción, poquedad y cursilería de la vida pública de su país. Valgan como respaldo de frascs que ya he reproducido en esta misma obra, estas breves citas:

8’ *Monial va en su* *episto* ***isino.*** **Ibid.**

Aquí no veo una montaña, aquí no puedo pasearme por una colina solitaria, en donde tenga sentimientos dulces, en donde sienta esa pacífica metaneotia, que **nonea** deja de ser un bien, en vez de este fastidio, esta inquietud, este malestar que ‘tos persiguen por cualquier parte. —Tú me conoces —le dice a su hermano “Panchito”. Fi iflctseO Javier—, o más bien no me conoces. Callado entraba siempre a casa alti buscaba la soledad. Pero sabia que estaba entrelos míos y ese misántropo intratable, estaba lleno de amor y de cariño por su familia y por su amigo. Nunca lo he dicho a nadie, verdad, pero las palabras no son prueba de los sentimientos, y esas calladas afecciones son más bellas, porque tienen el mérito del sacrificio.5’

Cuando en un capítulo próximo aborde yo el tema del destierro, que fue uno de los infortunios que más cruelmente-atormentaron a mi biografiado, haré notar que de estos tres años de Europa, o más propiamente de este tiempo de encontradas impresiones y experiencias que pasó en Francia, brotó en él la conciencia neta de lo que debían ser los males de la expatriación impuesta por la tiranía, según se alcanza a apreciar en las páginas de su libro inicial —*El cosmopolita*——, publicadas antes de soportar personalmente aquella pena. Y he de resistir entonces en el reconocimiento, tanto de las intensas vibraciones sentimentales de sus añoranzas por el país, que en más de una ocasión dejaba lejos, como del gran sentido expresivo en que ellas se revelaban.

La decisión de volver al Ecuador la tenía pues tomada. Su renuncia no era sino el resultado de todo ese hastío de París y de los padecimientos de su enfermedad. Pero quiso cumplir previamente un segundo recorrido breve por naciones cercanas de Europa. Y así, tras varios meses de espera de la consideración oficial de aquélla, y eludiendo con oportunidad los consabidos fastidios de la estación invernal del año 59, se aprestó para una nueva visita a Italia y a Suiza, y para pasar una temporada en tierras de Andalucía, que aún no había visto y cuyo reclamo afectivo no se atrevía a desatender. Hombre de hábitos austeros, había conseguido hacer algunos ahorros para esta otra peregrinaciti, pese a que, en ademán muy suyo de sacrificio y desprendimiento,en fu. sa totalmente espontánea había renunciado a la mitad de los sueldos —mil quinientos pesos anuales— que le correspondían como secretario de la legación. Le movía el deseo de aliviar en algo, siquiera mínimo, y mediante esta desacostumbrada determinación de carácter individual, las endémicas penurias del fisco ecuatoriano) 83 Es de suponer que en sus economías modestas para este viaje, cuyo principal destino era el sur de España, se contaban también algunas ayudas recibidas del seno familiar.

82 *El llera/do. Suplemento Cultural,* **Ambato.** 15 de *Itt,* **reo’** de 11S7
83 **[.ihro** de **convemos** de It **Legación dci** Ecuador en **Francia. Años** tS3o 859. **Folios** 351 .3ts5 **A rctnsa** dci **Minisienode** Retaooneu Exteriores.

Bien, lo cierto fue que hizo maletas para buscar especialmente ciencuentro con la región natal de sus antepasados, como si en sus adentros, sin siquiera ponerse a meditar sobre ello, estuviese percibiendo la voz remota de la sangre. No se olvide que en uno de mis primeros capítulos —el relacionado con las vertientes ancestrales del escritor— describí algunos aspectos del carácter y de los trabajos de su abuelo, don José Santos Montalvo, e hice indicación de que éste procedía de Granada. Debo reconocer, desde luego, que tal hecho no ha sido suficientemente verificado. Al contrario, se lo ha puesto en tela de juicio. Ha llegado a decirse que, como en el documento concerniente a su matrimonio en Guano ue ese1 que se conserva en los archivos del lugar— no se sienta ninguna referencia sobre su origen extranjero, incumpliendo algo estrictamente usual, hay que concluir que ese Montalvo tuvo ya oriundez ecuatoriana. Pero aun así yo sigo seriamente convencido de que él fue granadino, y de que se arrancó de España para vivir la aventura americana que he evocado, cierto que en parte socorrido por una mesurada dosis de imaginación. Y pienso así por dos razones harto demostrativas: la de las aseveraciones de sus nietos guaneños, transmitidas al cronista del pueblo doctor César León Hidalgo, y la del propio testimonio de Juan Montalvo, cuyas confidencias procuraban no apartarse de la verdad. Noes —hay que aclararlo— muy preciso y revelador ese testimonio, sobre todo en lo tocante a Granada; pero las insinuaciones que en él se hacen, con indiscutible seriedad, y por cierto dejando notar el fondo de una evidente averiguación, permiten mantener siempre la suposición del origen granadino del abuelo. El motivo de las afirmaciones testimoniales de nuestro escritor fue el de satisfacer una curiosidad de su amigo don Julio Calcaño, autor venezolano. Respondiéndole a éste, en efecto, en carta fechada en París el 9 de octubre de 1887, asegura lo que sigue:

Mas no pienso que yo sea también pariente de ustedes, como usted lo deseara, para honra mía, digo yo; porque lo que hay de sangre española en mis venas me viene de Andalucía y no de Galicia. Andaluz fue mi abuelo paterno don José Montalvo, y de Andalucía pasó esle nombre a Cuba, donde se formó la opulenta familia que hoy lo lleva ennoblecido, yo no sé si por altos fechos, o por los millones del viejo Conde de Montalvo que murió ahora ha algunos años en París. Lo cierto es que el marquesado y el condado son hoy en día tan baratos, que tan solamenle por prurito democrático no es conde ni marqués cualquier indiete que asoma por aquí con cuatro reales. Quien resultó pariente mio en Madrid fue don Aureliano Fernández Guerra y Orbe. miembro de núm,ero de la Real Academia Española y Senador del Reino. Pero esto no fue, sin duda, sino a modo de satisfacción de la manera extravagante, malévola *y* ofensiva con que me trató en su casa, cuando el Ministro de Venezuela en España me invitó a ir a ella, y aun me acompañó personalmente. Fi pobre vieio, arrepentido de su brutalidad, fue al otro día al *Flore! París* a visitarme, y me dijo que él, por parte

de madre, era Montalvo, oriundo de Granada, y que, por tanto, debía de ser pariente mio. Los Montalvos de Granada han desaparecido: familia rica y numerosa, fue exterminada por la revolución, como carlista y clerical furibunda. A iii verá usted si los carlistas de Granada me han pasado con su sangre el real Ruin ni el carlismo tic sus venas! Por donde veo que no debo ser parienle de ellos, porque, digo. ¿dónde se esconde en mí el clericalismo de mi primo don Aureliano'? los Monlalvo que pudicnin escapar de la segur revolucionaria, se asilaron en los campos Y 5C oscurccicroii para salvar la vida. Hoy son simples labradores o labriegos; y como son hombres de bien y de trabajo, don Aureliano Fernández Guerra y Orbe y Montalvo no los niega; iii yo tampocci.

Como se ve, es terminante en su declaración cte que el abuelo fue' andaluz. No lo es, en cambio, en sus alusiones a la oriundez granadina de sus antepasados, aunque termina por no negarla, pese al aparente clericalismo —que a él en cualquier circunstancia le repugnaba— de la numerosa familia de ese apellido que recuerda hubo en dicha ciudad. Pero no deja de hacerle saber a su amigo Julio Calcaño que han desaparecido ya, en esos años en que le escribe, los Montalvos de Granada, porque los que no fueron sacrificados por la revolución anticarlista, 'se asilaron en los campos y se oscurecieron para salvar la vida". A nosotros nos toca conjeturar justamente que entre esa gente pobre, destituida de bienes de fortuna, se encontraron los antecesores de nuestro escritor. Desde luego es fácil que nos demos cuenta de que lasobservaciones sardónicas que en aquella carta destinó al académico Aureliano Fernández Guerra y Orbe, a quien jamás perdonó su comportamiento de doblez y recelos ultraconsen'adores, le ¡ni- posibilitaron la precisión con que pudo tratar el asunto de sus viejos parientes de Granada. En cuanto al tema mismo de aquellas reacciones de fricción y antipatía, bueno es recordar que, muy poco después, al tal Aureliano, de oropelesco renombre en España, le dejó reducido a polvo en la crítica despiadada, pero magistral, con que analizó el discurso que éste había pronunciado en su incorporación a la Real Academia Española de la Lengua. Más adelante, y con la debida oportunidad, he de volver a tocar este punto con mayor detalle. Ahora solamente me inleresa llamar la atención sobre las raíces andaluzas, y quizás granadinas, de la progenie de mi biografiado.

Y he de puntualizar aquí que, con el propósito fiel de hallar pruebas que de algún modo respaldasen mi convencimiento, examiné cuidadosamente la documentación relativa a este caso en el Archivo de la Real Chancillería de Granada. Ahí, en la venerable amarillez de algunos de sus legajos, di con los pleitos seguidos ante las autoridades por varios Montalvos,

84 Miguel Ansrizáhui. ***!a,'ditos** y **aflícutos escogidos de Jose, Mutua Jo, Quit,*** i 5Q7

radicados en los siglos diecisiete y dieciocho en pueblos de esa provincia española. Conózcanse siquiera en forma condensada las referencias que siguen:
A José y Manuel Montalvo y Palma se les plantea una ejecutoria o mandamiento de pago, y ellos alegan su condición de hidalguía para que no se les aprese por deudas. Esto ocurre el 12 de mayo de 1665 (28 folios del Legajo 121, de la Sala 301. Pieza 8).
A José de Montalvo Villanueva, natural de Ogijares, en Granada, se le concede, el 29 de octubre de 1725, la "Real Provisión de Hidalguía" (1 folio del Legajo 131, de la Sala 301. Pieza 179).
José de Montalvo y Villanueva, Abogado de los Reales Consejos y Alcalde Mayor de Baza, pueblo de Granada, pleitea por preeminencias de hidalguía para evitarse pagos, el 16 de abril de 1731 (2 folios del Legajo 147, de la Sala 301. Pieza 145).
Juan Montalvo, natural de Ogijares, en Granada, consigue "Real Provisión de Hidalguía" el 28 de abril de 1731 (1 folio del Legajo 147, de la Sala 301. Pieza 144).
A José de Montalvo y Villanueva, de Gojar, pueblo de Granada, se le extiende "Real Provisión de Hidalguía" el 4 de abril de 1732(1 folio del Legajo 181, de la Sala 301. Pieza 375).
José Francisco Montalvo y Villanueva, de Chite, en Granada, pleitea el 19 de agosto de 1735 para que se le dé estado de hidalgo (1 folio del Lcga10178, de la Sala 301. Pieza 325). Vuelve a pleitear en 1738.
Según se alcanzará a advertir, esos Montalvos intentaban que se les reconociese el título de hidalgos para eludir así el pago de impuestos, o aun para salvarse de la pena de encarcelamiento por no haber cumplido obligaciones económicas. Eran ellos, seguramente, de noble abolengo, pero se habían despeñado en la pobreza. Lo cual coincide con las propias averiguaciones de nuestro escritor.
Naturalmente, se me hacía también necesario, en este empeño, acudir a otra fuente de inapelable valor probatorio: la de las partidas bautismales de las iglesias de Granada, registradas en el decenio en que se ha situado el nacimiento de José Santos Montalvo (1747). Pero el proceso de ordenamiento en que encontré los archivos eclesiásticos de los siglos pasados no me permitió cumplir esa utilísima indagación. Que hubiera suplido la ausencia de datos de esta índole en los libros de matrimonios y defunciones de Guano —residencia de José Santos—, y desde luego el extravío de

su testamento, que, silo hubo y contenía dichas referencias, hoy no reposa en ningún acervo notarial de Chimborazo, provincia a la que pertenece aquel cantón.84

Lo correcto es pues que, aparte de la probada presencia de los Montalvo en Granada, me limite a una sola evidencia: la de la genérica alusión al origen andaluz del abuelo de nuestro escritor, sobre la base de o que él mismo ha atestiguado con indisputable seriedad, según hemos acabado de verlo. Mas se me ocurre que eso no es todo. Pues que también se deberían considerar como una demostración fidedigna de que ahí en Andalucía estuvieron sus raíces familiares las reacciones, puras, virginales, impulsivas, que le brotaron en su intimidad al hacer contacto con las ciudades de aquella región del sur de España. Tales reacciones, que no sólo seducen por la lucidez de las reflexiones que consiguieron provocar en Montalvo, sino además por lo que tienen de revelación sentimental e instintiva, pueden observarse en las páginas que escribió sobre Córdoba y Granada:

“Viajes. Poesía de los moros”, “Prospecto” y “Carta de un padre joven”. Los tres trabajos aparecieron en los tomos primero y segundo de *Elcosmopolita*.

Es oportuno entonces que recordemos, finalmente, que corrían ya los primeros meses de 1860 cuando llegó a esos lugares. El gran choque emocional fue el de sentirse en Córdoba. Estaba deslumbrado, no propiamente por lo que veía, sino por lo que se le representaba idealmente en la memoria, estimulada por una suerte de nostalgia dolida y cariñosa. Extraña manera de echar una mirada sobre las cosas y de obtener simultáneamente una visión de ellas más allá de su percepción sensible y concreta. Caminaba por entre presencias tangibles, pero experimentaba a la vez un movimiento de tipo espiritual, no menos auténtico por cierto, sobre la superficie indefinible de una realidad prescrita ya hace centurias. Aquel su tacto, que antes he explicado, para ir reconociendo paso por paso los caracteres de lo histórico y lo legendario de otros tiempos, en su recorrido por Córdoba se afinó y volvió más activo y seguro. Parecería que ese mundo le resultaba secretamente familiar. Por eso no podía hablarnos de este doble encuentro con la ciudad, en los planos objetivo y subjetivo, material y de representación mnemónica, en una forma lisa y fría, sino sentimentalmente exaltada.

84a Aci un, ‘]tLee t id irrinjb le uve sIlgado’ LI fluror 1 erruanilu, J orad,, 5 [nr., jsa[’. de erreururtrar urrr **pee. leo,** de [a vd,da de Jose SarrIurs Monralvo. i-,ue,rrruu Oviedo olorga’J.u el, Gurano el 4 de orar/o LIC api. en **sIu** dedo,,, que vra mandIl eu.u’’rr;IlrInaI de **I-.ur’am.i”** P,an’’eu,J;u,nuneniv’rrre’nrr_Hno por la veu,eud.rd del restrrnourrr. de **mr propio hu.’gld[u;’do**

Con fervor amoroso, en efecto, fue presentándonos la imagen de esplendor de seres y de cosas en el horizonte cordobés de otrora, que es el que corresponde a los sigios de dominación árabe en esa parte de España. Y como precisamemile, en su cálida fluencia memorativa, le sale al paso Abderrahman ben Moabia, que entre mil riesgos había escapado a la persecución con que le hostigaban aguerridas cabalgadas de beduinos, él siente el *gozo* de mostrárnoslo en primer lugar, bajo la luz de su propia fascinacion personal: ahí lo coloca, pues, en medio de un pueblo que "festejó su venida con zambras y cañas". Porque Abderrahman "fue el primero y más cabal de los reyes muslímicos de España; éste trajo a Córdoba la silla del Imperio; éste hizo de ella una ciudad tan grande y magnífica, que pocas hubo tan magníficas y grandes". Y éste, por fin, consiguió que de ese centro irradiase la invaluable sabiduría de su raza. "La España morisca —advierte nuestro autorera el horizonte por donde estaba saliendo el sol que un día había de iluminar a Europa". Andalucía y más provincias moriscas eran como una colmena donde no hay punto de lugar perdido". Por otro lado, nos obliga a observar que en los dominios árabes de la Península había 'seis grandes y magníficas ciudades cada cual digna de ser metrópoli de un imperio": Córdoba, su capital; Toledo, Zaragoza, Mérida, Granada y Murcia. Pero a Abdcrrahman nos hace contemplarlo siempre erguido en medio de toda esa opulencia, y además, naturalmente, como el constructor de la mezquita de Córdoba, célebre hoy en el mundo entero. Y justamente para que ésta se convirtiera en real dad, nos lo recuerda también, aquel rey "trabajaba en el edificio con sus manos una hora al día"; e igual, siguiendo el ejemplo, su hijo Hixen, hajocuyo gobierno se lo terminó.

Montalvo ha ido dejándose poseer paulatinamente del embeleso de esosárabes del pasado —quizás remota e intuida fuente de su propia sangre , hasta el momento mismo en que, atravesando el recinto de la mezquita, las emociones se le encienden en el frenesí de un extraño éxtasis contemplativo. Pues que lo que cree contemplar no se ajusta dócilmente a la realidad, sino que más bien, sin destruir a ésta del todo, la trasfunde en una imagen conmovedora de otro tiempo, alcanzada gracias a sus apasionadas lecturas, que sin duda soplan fuertemente sobre su corazón.

Acompañémosle en esta exaltada aventura: El primer monumento de la grandeza de Ahderrahman —le oímos decir—

fue Pa gran niezquita ,a la cual 111(1 principio, determinado a sobrepujar en sublimidad

y perfección a los templos de ¡)amasco Bagdad, ¡ pahan y de lodos los del neo OrlentL - Fórmaiita tul novelita y trcs euluotnas dc baos mármoles, que sustentan cincuenta y siete arcos estupendos, debajo de as cuales se espacian auetta.s naves enlosadas de tuarntot laboreada, sonoro tas pies. igrtt:ttule a la vista. Cuatro oid

suspendidas en las bóvedas hacen del edificio un gran foco de luz ... Gástase en estas lá nipa ras gran copia de esencias y perfumes, y éstos de los más dci icados y costosos:
la nairra, el ánihar, el áloe no son economizados: blancas columnas de humus sabrosos y vivificantes se tevantan de braseros de plata bruñida, y en itas azuhnas se espacian
por las anctttiros;is naves Sus puertas son dic.' y nueve, tinas sacio el oriente. oira al occiden te: puertas de bronce de maravittoso ahorco, floreadas de ese *orí-azal.* mc? - cta de oro y de ese azul que parece tener hasta fragancia.

Al arrimo de su cultivada memoria más que de sus sensaciones presentes, ha experimentado así Montalvo una suerte de embriaguez superior, prod ticid a por su a morosa devoción cte gra ti dezsi Pero, de pronto. le abandona ese arrobamiento. Y es entonces cuando se le escucha esta confesión (101 ente:
Esafábrica maravillosa, alumbradaporeuatromil iámparasdel mástino metal, a don- de see st rat,a por d ¡ez y nueve puertas de bri nec. cci yas cúpulas estaban co ro *rs* a da' por grandes globos brillantes, en cuyo interior se aspiraban todos tos perfumes de A rabia y Persia, ¿es el tempto que he visto con mis tajos? tAs Vi tati sólo con tos OJOS LIC] alma: la gran mezquita de Abderrahman y de Boxeo no existe ya; tos siglos, los trastornos, la codicta, la barbarie, y más que todo la indolencia de itas godos vencedores, ha convertido la mezquita en una sublime ruina: a hora está en pie, han tenido la caridad de no derribarlo losgodos no pasaron, mas se quedaron en ella: saqueada, ultrajada. desfigurada, mutilada, embarrada la mezquita, no es ya la gran mezquita, es una triste y pobre iglesia la levedad morisca ha sido afeada con la Cargazón de ta arquitectura gótica (está refieriéndose a la construcción, de estilo absolutamente distinto al que allí inapusieron los árabes, que el culto católico ha levantado dentro del gran templo).
Según su juicio, la combinación de dos órdenes arquitectónicas tau desemejantes sólo produjo una monstruosidad.
Porque en la arquitectura árabe todo es delicado, todo fino, todo leve: sus formas parece que están volando, algo hay de paloma en ura edilicio morisco: blandura, Convexidad de miembros, vivacidad, brillantez, gran ricueza de colores-'. una alcoba de sallana es un cuello de paloma ... La arquitectura morisca es un madrigal armonioso.
al oído: sus pilastras de jaspe, sus capiteles de oro, el mármol de su pavitis ento, *y* ci arqueado voluptuoso de sus partes, todo es cosa de amor: nueve Musas habitan en la cumbre dci Parnaso;otras nueve demoran invisibles ene1 Generalife,t5
Respecto a las expresiones que ha vertido Montalvo en este su testimonio sobre Córdoba y los musulmanes, tendré que tomar especialmente en cuenta, para el propósito queme alienta en este caso concreto, el fondo mismo de sus reacciones anímicas. Pero no he de dejar, por eso, de atraer la atención sobre el lirismo que acertadamente ha puesto en la manisfestación de lo más vivo de esas reacciones. Si bien en las páginas que he reproducido no muestra aún todas las excelencias de su dominio formal - es im 8 **"Viajes. Porte cte i osifltrrcts - Córdoba La Gran Meaqujia",** *r,s,rn'pa,Iiiu.* **roso ti - i I-•Rl -** iags• Srta **sigurenre,**

posible que se desconozca, a causa de ello, el carácter escrupulosamente poético de su prosa, que ha de convertir a este autor en ci fecundo innovador del ensayo en lengua castellana, y en el suscitador de una nueva corriente estética: la del modernismo hispanoamericano. La seducción por los ambientes cuyos lujos y exquisiteces parece que relumbran, las cautivadoras muestras de cultura, la consciente y refinada elaboración del estilo, en que priman la audacia metafórica, el sentido melódico de la frase y el inesperado uso de la sinestesia ("ese azul que parece tener hasta fragancia"), que en estos y otros trabajos de *El cosmopolita son* evidentes, constituyen precisamente elementos modernistas. Ya su tiempo volveré a mencionarlos, para explicar las dimensiones de la personalidad literaria que fue desarrollando mi biografiado.
Ahora mees oportuno, más bien, observar aquello a que he aludido:
el significado de sus movimientos anímicos en la visita a Córdoba y otros

sitios de Andalucía. Y ante todo, fácil será admitir que el espíritu de Montalvo ha renunciado a la ponderación y a la objetividad que son propias de cualquier otro viajero. Anda por allí como poseído por sentimientos de familia o de raza bastante definidos. Ve los contornos de la mezquita y se lamenta porque "el imán y el alfaquí no cuidan ya de su recinto, el muezzín no vela en los altos alminares, ni se oye tarde de la noche su voz solemne y religiosa: ¡No hay más Dios que Dios, y Alá es su profeta!". Va hacia una de las antiguas palmas que plantó Abderrahman, se queda largamente apoyado en ella, y termina por preguntarse así mismo:

Extranjero, qué haces arrimado al viejo tronco de esa palma? mira que las sombras se adelantan, retirate atu albergue.

Pero en igual forma se responde:

Si una lágrima se me cuelga en las pestañas, podré enjugármela sin que nadie me lo observe, y esto es un adelanto. Si por aqui andan sombras misteriosas, tanto mejor; departiré con ellas; ¿no soy sombra yo también?86

Se desplaza luego por las calles de la ciudad, y, moviendo negativamente su cabeza, no tiene más que hacerse la reflexión lastimosa de que

Córdoba existe; pero qué Córdoba! Ya no es la Córdoba de más felices tiempos con doscientas mil familias poblándola. El rio Guadalquivir no riega ya sushuertos, donde no hay fruta que no sea conocida, ni refleja en su limpv' cristal los alminares de las mezquitas y las ricas fachadas de los palacios de m:jitol: triste está el Guadalquivir; la sultana no extiende ya su lindo pie, yél no tierL qué besarenamorado; nada fecundizan sus aguas; yerma la tierra, se come a si misma de disgusto: los hombres acarrean consigo pereza invencible; el orgullo les vuelve miserables. Todo arruinado, todo per 8 Ibid.

dido los campos no se riegan, se siembra poco, se cosecha menos, y el hambre y la desnudez limen escuela de pesares8'

Los tiempos lo lirudan todo, incesantemente. Ello es verdad. Por eso ahora ni siquiera el Guadalquivir es lo que era hace cien años: el río que conoció Montalvo; tampoco el río de palpitaciones animadas que alimentaba los baños privados de los califas y que cantaba, mucho más que en estos días, enel agua que el moro sensual aposentaba en los grandes salones de sus palacios o ponía a saltar acompasadamente en los surtidores de sus fuentes. Aquellos ardientes colonos del norte africano amaban realmente el líquido purificador, que abundaba en Andalucía, contrastando con la tormentosa escasez que le era propia en su suelo nativo. Córdoba tenía —ha puntualizado nuestro escritor-— Ioscietttos baños púhi'cos. Pues que el aseo, ha agregado, en una indicación oue termina con una corn paración mordaz de los hábitos de árabes y españoles: pues que

el aseo era para los muslimes una como relign o parte de ella tal que a ::.,,i dable penetrar en el templo sin hacer una previa ah!'ciri. El vestide. !—s n rada re había de tener en cuenta como el cuerpo: cada eiudar -.: :a concha tersa vbrillante cada mujer una náyade habitadora de las fuentes. Todo :1 revds de lo que sucede con los bienaventurados españoles: hanse visto motines encaoezados por la gente de cha- pa, pidiendo la vida de un Ministro que había tenico la lrrpc idea de ¡naitrri i,ari las calles, y se dan hombres que no se acuerdan haHr tornado un baño e" r.a vidó dichosos españoles!

Los trazos montalvinos de crítica a España, por cierto, suelen eornbinarse cop los de una resuelta y cariñosa admiración -a erla, y **aun** cabe afirmar que en sus objeciones se percibe un dejo de preocupación filial. Esta disposición sincera viene a ser —igual que otros aspectos que ya he señalado— un nuevo rasgo de su semejanza con el argentino Domingo Faustino Sarmiento, quien ensayó también observaciones acres sobre la reaiidao española con la misma aspiración afectiva de hallarla un día mejor.

Pero volvamos al punto de las expresiones deleitables de Montalvo sobre el Guadalquivir mismo. Y hagárnoslo para insistir en que ahora quizás se lo ve desmedrado, empobrecido; que su curso no muestra ya la plellitud de otras épocas. Agunas corrientes caudalosas y sonoras, que buscaban desposar voluptuosamente sus aguas con las del río Inajestuoso, **hall** sido castigadas por interminables sequías, y han quedado convenidas, más de una vez, co cauces polvortenttis. que yacen tristemente bajo la opulenta armadura de piedra o de hierro de sus puentes. El Guadalquivir ha debido pues privarse de esos alluenles generosos, ili.. **-Li en** el presente una ame 8 tbd.

naza todavía mayor se *oyen,* eíectivamente, comentarios sobre TOyCCIUS Urbanos y rurales que un día aherarán la maravillosa imagen de sus ondas. El viajero las mira y las vuelve a mirar, con porfía amorosa, y no quiere ni pensar en que se atente contra su integridad y su encanto. Porque siguen aún siendo, aquí en Córdoba, y en Sevilla, y en las praderas andaluzas, corno el claro bordón central de un paisaje que se abre con los atractivos dulces y lucientes de las guitarras características de la región.
Pasa el río por Córdoba entre las orillas de la ciudad antigua —que Montalvo contemplé “con los ojos del alma”— y de la ciudad moderna, a la que, en cambio, no le ocultó su amargo desdén. Es como si quisieran reflejar sus aguas dos tiempos diferentes. Por su parte, espiritualmente escindidas entre sí las dos Córdobas, parece que cada una aguardase tranquilamente la curiosidad ansiosa de los viajeros. Pero la de veras magnética, la que atrae con una fuerza vieja y secreta es la de los siglos ahora distantes:
la de los bloques pétreos romanos, medievales y renacentistas. La de la Plaza del Potro y del precario alojamiento de Cervantes. La de los recoveros urbanos adoquinados, en donde todavía está la casa en que forjé su noble castellano el Inca Garcilaso de la Vega, hace más de trescientos años. La de la arquitectura leve y rítmica, sólida y transparente, nunca repetida, de la mezquita, que hizo vibrar de emoción profunda y de lirismo a la prosa de nuestro escritor. La de la enorme catedral cristiana inserta entre las columnas de aquélla, que tanto le molesté a Montalvo, pero en una de cuyas capillas hay una mesa ¡sorpresa extrañísima para el hombre sensible de ahora! en que se exhiben la calavera y el gorro eclesiástico de fray Luis de Góngora, padre incorruptible de las metáforas, inspirador remoto de las audacias estilísticas de la poesía de nuestros años.
A más de esta visita a Córdoba, en que el joven viajero la anduvo por todos los costados, de callejuela en callejuela, “río abajo, río arriba”, admirando lo pasado, lamentando lo presente, es conocido que realizó también otros recorridos por Andalucía: Sevilla, Málaga, Granada. Y aunque fue poco lo que dijo sobre estos lugares, no es difícil darse cuenta del sentido de sus percepciones y reacciones. Sevilla debió de parecerle, usando una definición orteguiana, una dudad de reflejos, pues que a él mucho más que a otros extranjeros tuvo que haberle hechizado la magia de la luz, que se estremece en el arabesco movedizo de sus trigales, viñedos y olivares; que palpa tenuemente los surtidores y naranjos de sus huertas y jardines; que juega entre los arcos finamente recortados y las crestas de sus alcázaresyde sus torres, presididos por la dela Giralda, y que, en fin, extiende sus claridades en las ondas del Guadalquivir soberano.

Málaga se le prendió asimismo en la retina, aunque acariciándole quizás en grado menor su sensibilidad de peregrino atento, con la blancura de aquellas casas que festonean primorosamente el cristal límpido de su bahía y el verdor intenso de sus colinas. El apunte descriptivo del lugar no aparece en sus libros, pero se muestra en cambio el siguiente recuerdo de su episodio malagueño, como constancia de su paso por esa ciudad:
Así es como en Málaga vi una ocasión **un hombre que venia** por ahí echando venablos. Oh, Dios! y cuán graves eran los términos de ira y venganza con que asordaba los **alrededores!** Llegó aun humilladero de esos de la pared. y quitándose la boina, y besando **los pies del santo, dijo: "Este si que me puede: ayúdamc, Paco, a coger al zurdo,** y **Le** pongo **una** vela mañana de mañaíta" ¡Quería que San Francisco le ayudase a beberse la sangre de su rival, ya vueltas & tan cristiana cooperación le ofrecía un pedazo de cebo. Esto es más que los sacrificios de puercos en pintura que ciertos antiguos hacían a sus dioses,
Estrictamente veraz o no, esta anécdota se halla contada con tan apropiado sabor de autenticidad, que venía a resultar innegable su eficacia probatoria sobre las distorsiones que sufre el ejercido de la fe católica entre las masas populares, tema que frecuentemente aborrascó la pluma de nuestro escritor. Granada, ella sí entre estas tres últimas ciudades, le ocasionó los mismos fuertes efectos anímicos que Córdoba. Se quedó ahí algunos días en "la [onda de Minerva". Para sus recorridos se apartó de los demás viajeros. "Por costumbre madrugaba". Callado y en gustosa soledad caminaba por todos los amenos puntos del paisaje bucólico de los árabes. Estaba otra vez fascinado —igual que frente a la mezquita cordobesa— y embebido asimismo en la nostalgia de otras edades, que parece resonancia transmitida por los conductos persistentes e inexplicables de una herencia de raza. Ya en el "Prospecto" del libro primero de *El cosmopolita* promete a los lectores hacer una ruta ideal, sobre la huella probable de las remembranzas de su viaje, a través de los mágicos rincones de aquel lugar:
Tornarcmos —les dice—un baño en el Genil para hacemos propicias las U-ellas de Grapada, bien así como los suaves indios se hacen aceptos a sus genios con bañarse en las aguas corrientes del afortunado Ganges. Y subiendo a la Alhambra por el bosque en donde el ruiseñor suelta la voz divina, resonarán nuestras pisadas en los propios mármoles que oprimieron las plantas del fiero Aten Said y de la bella Saida.
El Darro separa las colinas del Albaicin y de la Alhambra: es ese un riachuelo borrascoso, a pesar de su reducido caudal, que entre piedras y chaparros se precipita braveando, límpido, travieso, haciendo espuma a los recodos y conchitas en donde las ninfas se refrescan; veloz como un saetín en otras partes y mal enojado, si da con una grande piedra que le interdice el paso. Sus oriflas son montuosas, verdes, llenas de silvestres
88 "Réplica, un **,a5sls** seudocatólico". *Siete tratados,* Torno 1, pág. 02, bid.

flores, hasta que baja a la campiña de Granada a entregarse al Genil y, ondas *con* ondas confundidas, la van fcrtilizando y hermoseando en el largo trecho que a bañan. ¿No será de nuestro gusto, en unr mañana de abril, fresca, pura, con un sol resplandeciente y halagador pasarde la Alhambra al Generalife alravesandoel Dan-o’?.

Yen ci tomo segundo del mismo libro que he nombrado, en las páginas de la muy desnuda confidencia personal de Carta de un padre joven”, se acuerda de Granada y de su permanencia en ella. Alude a sus paseos matinales por los huertos de la vega, por la montañuela del Albaicín, por las cuevas de los gitanos. Se habrá fatigado sin duda, anda que anda por las numerosas encrucijadas de la morería.

Habrá oído —es natural—, por alguna de esas partes, la queja melodiosa de una voz entre los sones melancólicos de la guitarra. Cuenta que entró en la Alhambra,

y después de recorrer los patios, galerías y aposentos desiertos del palacio, fue a contemplar la ciudad, la vega y las colinas desde el *Gabinete de le Sultana,* de donde se goza una grande y agradable vista. Los templos y sus cimborios najestuosos, el Genil y el Darro serpenteando por la verde campiña; la Sierra Elvira mucha distancia; la Sierra Nevada al otro lado.t9

Y así efectivamente tuvo que haber sido. Sus referencias son precisas. Debió pues de haber visto en un anl lejano, hacia el costado derecho desde la Alhambra, la Sierra Elvira, y hacia el izquierdo la Siera Nevada, con picos cuya elevación se aproxima a los cuatro mil metros, como el del cerro de La Veleta. Muy cerca, en cambio, en el frente inmediato, tuvo que haber observado aquello que también menciona: la colina del Albaicín, pelada, con aspecto similar al de los collados tungurahuenses —que él jamás olvida—, y con las incisiones que han hecho en su falda las cuevas de los gitanos. Además, los dos Genil y Darro, de temblorosa musculatura; las pequeñas casas de teja que circuyen el monte y cuyas fachadas brillan co”.el resplandor de los soles; :a esbeltez solitaria de los álamos y los cipreses

Pero en donde sin duda sintió que volvía a poseerle un arrobamiento casi delirante fue en la atmósfera de la Alhambra y el Generalife. Ahí vio de nuevo el alado primor de las construcciones moras, que más bien parece el adorno tenue de una pastelería de ángeles. Ni una imaginación febril, dominadora a la vez de la más fina sabiduría de1’ :.uea y las proporciones, podría repetir estos prodigios arquitectónir · en que la mano borda, en lugar de construir, en las paredes, en los re.nates de columnas, en las cúpulas. Alrededor de éstas, las altas ventanas, con sus cristales límpidos, obli 8

‘Can.&un padrcjovcn’. ***El*** *cosnwpoaia,* **Tomo II.** píp 142 y **143,** Ibid.

gan también al sol a ensayar a su modo sutiles fiiiig[anas, cuando su luz va proyectando los arabescos de las partes superiores en los muros opuestos. Bien se ve que los arquitectos de estas mansiones regias hicieron mirmol una piedra divina de perennidad y de gracia, y de los otros maiL :iies un complemento de la más exacta armonía.

Anda el joven escritor, vehemente en sus curiosidades y sus impresiones de *gozo*, por todos los interiores del gran palacio, y por cada una de las torres, desoladas y enigmáticas. Da vueltas por los corredores (jile enmarcan el Patio de los Leones, mirando de cad ado las columnas y arcos finos y uniformes de aquéllos; pero deteniéndose sobre todo en la contemplación de la fuente central, de líneas sobrias que han rechazado todo alarde empobrecedor, yen la que doce figuras de leones de viejísiinu estilo ibérico vierten dulcemente, sin estrépito, un chorro de agua cristaliiia Es:tra en cada uno de los aposentos y se estremece, corno bajo ci efecto oc un vago soplo de centurias, al creer que percibe las sombras inapaciguables de cegríes y abencerrajes, y el tañido de la guzla acompañando el acento entristecedor de alguna cautiva.

Sale hacia los jardines y los surtidores del Generalife, on el deleite de los reyes nazaríes que él va evocando a su paso, busca lo stios más amables y recoletos. Le alucinan las voces de las aves que ahí han fevantado morada, y que trinan al acorde de los vientos que pulsan las cuerdas cristalinas de las fuentes. Ama esos recodos en que triunfa la filosofía vital de las aguas. Las aguas siempre, saltando, corriendo o sonando en la profundidad.

Convéngase entonces en que Juan Montalvo pasó por la región de Andalucía, que los moros convirtieron en algo como su paraíso en la tierra, no únicamente cual exaltado contemplador, pues que, sobre todo, dio pruebas de una viva adhesión sentimental al pueblo remoto que desde allí hizo dimanar l↕ fuerza imprescriptible de su cultura. Parecía que en él había algo de instintivo apco filial, peaistente aunque lejano, a ese pasado. Quién sabe si algunos de los a:tuale3 dtscerLcntes de árabes que yo veo circular por aquellos rincones históncea de oranada, con su rostro aceitunado y enjuto, su pelo ensortijadc y sus ruciiantes ojos negros, quizás semejantes a los de mi biografiado, me están insinuando que mis sospechas sobre sus conexiones ancestrales con ellos no andan en ningún caso descaminadas.

Y he de recordar, al hacer estas precisiones, que el mismo Montalvo se sentía naturalmente mestizo, porque conocía la vertiente española, teñida con la aportación de sangre de los colonos del septentrión del Africa, de que su familia procedía. Además, porque entendía que en nuestra América la condición común es la de mestizos. Pero estaba absolutamente

orgulloso de ello. Mal hacen pues los que han leído superficialmente las
páginas sobre la nobleza, que forman uno de sus *Siete tratados,* y los que se dejan llevar por comentarios de segunda mano, en tildar a Montalvo de reaccionario y aristocratizante en asuntos raciales. Y peor los que han pretendido zaherirle con llamarle mulato en expresión del máximo desprecio.

Es aconsejable entonces que se vea el sesgo de sus reacciones en torno a la oscuridad de su piel, y a lo africano y lo mestizo, que han de venir a desvanecer los errores de una crítica muy extendida en el Ecuador, cuyos signos han sido los del apresuramiento y la locuacidad, antes que los del estudio y la responsabilidad.

En lo que atañe al primer aspecto, es conmovedora la sinceridad de esta confidencia:

Cuando me preguntan cómo en dos viajes al viejo mundo, ni de ida, ni de vuelta he pasado por los Estados Unidos, la vergüenza me obliga a reservar la verdadera causa:

no ha sido sino temor; temor de ser tratado como brasileño, y de que el resentimiento infundiese en mi pecho odio por un pueblo al cual tributo admiración sin límites...

Por cierto, ahí no termina su revelación, pues que luego adopta un giro más bien sardónico sobre el pueblo norteamericano: “en el país más democrático del mundo —escribe— es preciso ser rubio a carta cabal para ser gente. Los yankees ignoran, sin duda, que en el Egipto condenaban a muerte a todo pelirrojo, y que Judas fue un austriaco y tuvo la cabellera a la inglesa: un catire, corno decimos en América.90 Y finalmente halla conveniente entregar, a los que nunca le han de ver, los rasgos más caracterizadores de su físico, en un retrato que puede estimarse como modelo en su género, y cuya reproducción haré en un capítulo posterior.

En lo concerniente a su criterio sobre lo africano, son suficientemente expresivas estas palabras suyas, que las tomo de su tratado “De la nobleza”:

“No se diga que las moléculas ardientes de sangre africana que nos rojea un tanto el cutis retarden algún espacio nuestro engrandecimiento de la civilización: el *humus,* la tierra negra, es la que comunica a las demás la virtud productora”. Y un medio centenar de páginas más adelante, en el mismo trabajo, esboza con satisfecho donaire esta reflexión, que coincide con lo que estoy afirmando: “Si va a los negros, ¿por qué no suponer que nuestras abuelas fueron princesas de esas que, caballeras sobre livianas avestruces, se desflechan cual sombras encantadas por los arenales ardientes de su patria?”

% De la bclieza en el génem humano”, *Sitie* tratados, Bogotá, Ctrculodc Lectores, pág. 166.

Al abordar este asunto de los antecedentes familiares y raciales de Montalvo, me mueve otra *vez* la tentación de comparar su caso con el de Domingo Faustino Sarmiento, y ello me seguirá ocurriendo en otros puntos de esta composición biográfica, porque los dos tuvieron unas cuantas razones de afinidad, en medio de algunas diferencias sustanciales que no se pueden desconocer, las cuales volvieron personales y distintas a estas dos figuras tan representativas de su tiempo. Erie1 aludido aspecto de similitud entre Montalvo y Sarmiento, hay que reparar en que el escritor argentino rastreaba las huellas de **Su ancestro materno** en el mismo mundo de los árabes que hemos visto relacionarse con el primero. Obraba en el convencimiento de Sarmiento el origen moruno de su segundo apellido: Albarracín.

Por fin, Montalvo, tan acostumbrado a formular sus reflexiones sobre la base de lo que tempranamente ha leído y estudiado, pero sobre todo de lo que pulsa en sus interioridades, yen la realidad misma que lo cerca. influyendo directamente sobre él, ha conseguido delinear con claridad, franqueza y valentía sus ideas sobre el mestizaje de nuestros pueblos. Por lo mismo insisto en que hay que desbaratar las necias sospechas de los que, sin conocerlo de veras, ni haberle leído suficientemente, le dan una ubicación que no tiene en el enjuiciamiento de la problemática social. Y lo mejor que aquí mismo necesito recomendar, en materia tan controvertida como la de los prejuicios comunes deja pureza de sangre, son sus apreciaciones en torno de la nobleza. Recuerda nuestro escritor que ésta se ganaba antiguamente por las virtudes, los esfuerzos, el talento, el atrevimiento y el valor. Que es lo que precisamente tomará el ensayista español Ortega y Gasset, un siglo después, para ir desarrollando su muy sugestiva explicación sobre aquello de nobleza obliga. Montalvo destinó todo un tratado, de buena extensión, a ese tema. No sin que yo crea indispensable su lectura completa, en esta precisa oportunidad sólo me he de contentar, a modo de rápida iluminación, con llamar la atención sobre la siguiente apología de nuestra condición de mestizos, contenida en esas páginas. He de advertir, desde luego, que una definición más clara que la que ahí se desenvuelve sería insulso reclamar: Las indias pusieron la mitad de esta gran familia americana, y de ellas y los Almagros, Sotos, Valdivias, Qucsadas, Encisos, Ojedas se ha formado esta hibridación admirable, tan superior por la sensihi idad como por la inteligencia. Las castas más finas y preciadascnire los animales noblesprovienen del cruzamientode las razas.91

9i De u nohieza, .Siewnraa Jo,. **pJg 3. ibid** -

A los que en nuestro país alardean de nobleza y aristocracia por el dinero atesorado y la influyente posición que han alcanzado, les hace notar lo infeliz de su pretensión con sólo mentarles esta mezcla racial. Noble, les dice, sien lá sangre se quiere afincar la nobleza, sería el que tiene sangre de Duchicelas. "Porque descender de la reina Paccha vale tanto como ser nieto de Catalina de Rusia".

Con ideas de ese carácter él no podía menos de considerarse un mestizo genuino. Pero un mestizo en el más augusto concepto, y no en el sentido peyorativo y desdeñoso que atribuyen a este tipo de "hibridación admirable" los defensores —encarnación de la peor ceguera y engaño— de un pretencioso linaje. Con ello, claro está, no intentaba él poner en segundo plano su abolengo hispano de procedencia andaluza. Sin embargo, sus apresurados y vehementes enemigos—más enconados mientras mayor era el apogeo literario de Montalvo— creían fácil denigrarlo invocando mf a-mes razones de casta, que suponían eran eficaces en un medio estragado por esa laya de prejuicios. No reparaban en ninguna evidencia de su ancestro, sino únicamente en el color osctiro de su piel y en el ensortijamiento de sus cabellos, para tratar de reconocerle, en afán de vejamen, una mulatez de africano y de india. Ni el aspecto de sus hermanos y de su padre, que no se caracterizaba por la prietez del rostro y la rizadura del pelo, era suficiente para disuadirles de la injusticia del pretendido agravio. Y al escritor, naturalmente, según lo he hecho notar con la transcripción de sus propias expresiones, le entristecían, unas veces, o le azoraban, ole enardecían de coraje los ultrajes relacionados con su aparente condición racial, no por otra cosa que por la rebajadora intención en que venían envueltos. Uno de los que le atacaron con esa suerte de ofensas, inspiradas en los criterios más reaccionarios, fue su conterráneo y compañero de generación literaria Juan León Mera. Tiempo habrá, en capítulos posteriores, de mostrar las circunstancias del duelo que sostuvo Montalvo con ese y otros detractores. Por ahora conviene que siquiera cite las frases con que respondió a la injuria de Mera, que lo había llamado *híbrido* y *monstruoso engendro de dos razas malditas* (la negra y la india), y que se había burlado de su "cabello etíope". Léanse pues sus palabras, por lo menos en esta reproducción parcial:

No, no soy hijo de dos razas malditas: mi padre fue bueno, mi madre santa, y mujer tal, que con sólo su recuerdo purifica a las madres ... —Raspad en un caballero de la América del Sur, y bajo la epidermis daréis con el indio o con el negro de Africa. Esio no nos perj udica: Be oils 3 ui re z era azteca sin gota de sangre española, s metia empcradores en buena guerra

Desde luego en su caso creía necesario establecer las precisiones adecuadas para rechazar las afirmaciones malintencionadas de Mera:

Aun cuando la ley de *Colombia* no me tocara por el tiempo, libre hulitera yo nacido, porque no soy hijo de negros, y porque hay ciertos hombres que no pueden ser esclavos ni en la esclavitud. Mi color no es cetrino, ni deslunibranle como en los hijos de Albión; mi sol está siempre en el equinoccio, me hace hervir la sangre, y su luz concretada en ella, me sube al rostro.

Yen lo que toca a su "cabello etíope", devolvía los agravios a su adversario en los términos que siguen:

Son gruesos caracoles y enormes anillos de azabache que han envidiado siempre. Los egipcios, padres de los sabios del mundo, mataban a cuanto individuo se les presentaba con cabellera de mala pinta. La experiencia les había enseñado que, si los dioses tienen enemigos entre los hombres, son los albinos, cnqtierlaques y más entes de tu naturaleza, espinosa, mal hombre (está aludieado a Modesto Espinosa, otro de sus atacantes, pues actuaban en comandita), Hablas de luz, y huyes del sol; hablas de colores, y no puedes ver el iris. Y tú, el de cabeza *quichua,* mera, redrojo de *tanietnes* (así eran designados antiguamente los indios cargadores que acompañaban a los viajeros), ¿qué no darías por despojarte de tus cerdas lacias, en cambio de un soberbio erguido pelo que en magnífico desorden se derrama formando negros tirabuzones y sortijas que acodician a las diosasdel Olimpo.92

Por fin,en esta materia de la condición familiar, de los probables caracteres ancestrales y del parecer físico de los Montalvo, hay una referencia harto interesante sobre Javier Avelino Montalvo Oviedo, tío paterno de nuestro escritor, mediante la cual viene a descubrírsele a éste como a uno de sus parientes más semejantes en los rasgos fisonómicos y temperamentales. Según ella, aquel hombre debió de haber sido moreno y crespo, y muy propenso a irritarse con violencia, De manera que se enzarzaba constantemente en altercados, sobre todo cuando se pretendía faltarle al respeto. Y más aun cuando —igual que a su sobrino posteriormente— se le trataba de zambo y se le buscaban injuriosas pruebas de ello.

Mi biografiado no era bajo ninguna razón [ruto de una mezcla directa de caracteres iridios y africanos. Era sin duda un mestizo cuya rama paterna procedía, según lo he explicado suficientemente, del mediodia de España: de la Granada que colonizaron y seliorearon los árabes durante varias centurias. Por eso su encuentro con Andalucía, tan vibrante, tan conmovedor, tan elocuentemente significativo, se proyecté en las páginas que he recordado, reveladoras de algo que me he permitIdo califIcar de ilistintiyo y remoro apego filial.

92 **g,,,a.dc%ço,,ocid.i'.** *Juan M,n'ral.v.* **A,nOto usa deSl,,ni.,[v,,** *]'5"p.qz'* **145, i4't. 01' 152**

Y bien, cumplido su muy consciente como sentimental itinerario andaluz, desde Granada emprendió viaje de regreso a París, usando la diligencia primero, y luego el ferrocarril. Atravesó la Mancha. Percibió la declinación de sus pueblos: techos vencidos de penuria y vetustez, calles desérticas, campos raídos o abandonados, gentes miserables, animales vagabundos de costillaje casi desnudo. Recordó entonces a Montesquieu, cuyas observaciones sobre la vanidad y el orgullo de las naciones venían a servirle para explicar el caso de España: en efecto, lo que estaba viendo en una región que podía mostrarse productiva y amable, en lugar de azotada por las privaciones y el hambre, no parecía sino la comprobación de los juicios de aquel pensador francés, sobre que lapereza que engendra el orgullo español se ha convertido, a su vez, en la causa primordial de su gran indigencia colectiva. En un punto y en otro de su recorrido manchego iba tropezando con decenas de hambrones que se atropaban en redor de los viajeros, para pedirles en forma suplicante una pieza de cobre o un trozo de pan. Es decir, casi lo mismo que experimenté en Córdoba, en donde vio una multitud de mendigos que se arremolinaba con la ansiedad de aproximarse a los pasantes en demanda de limosna. Pero en este trayecto por la Mancha hasta alcanzó a advertir, en algún poblado, cómo la moneda que se arrojaba a los aires producía una batalla de puños y navajazos entre los infelices mendicantes. La impresión que toda esta pobreza lastimera y clamorosa iba dejándole en su ánimo fue tan persistente, que hay una imagen que la llevó a sus libros en más de una ocasión, y es la que sigue. En ella se observará, de paso, el sentido altamente magistral con que sabia componer sus retratos:

No hay encarecimiento en lo que digo: viajando por la Mancha detúvose el carruaje al entrar de una aldehuela; nubes de pordioseros caen sobre nosotros, bien así como bandas de langostas sobre la cementera en cierne, o de cuervos sobre la res del mulador. Enire la canalla infinita que baila, se estrecha, codea y mete la cabeza por las ventanillas, está una mujer del más extraño aspecto; su color frisa con el de los gitanos de Granada, cual si le hubieran espolvoreado hollín en el rostro; los dientes largos, con una capa de enjundia verde y espesa; la pupila como nadando en un pozo de ocre desleído; mechonesde cabello aquí y allí, con lunaresde calvicie en donde quiera; manos secas y huesosas, de uñas curvas, propias para las horquetas de que Dante arma a los diablos de su infierno. ***Y*** este conjunto de deformidades cubierto de medio cuerpo abajo de un sayón amarillo y agujereado, remendado, desflecado, volantes los girones con el vienlo, para poner al aire sus piernas cenceñas, bazas y nudosas; el seno va desnudo; los pechos colgando y laxos como los de las hotentotas; sólo la espalda le cubre uno que seria franizuelo, sujeto a la garganta por dos puntas, a modo de capa tic oro. Y esta infeliz mira con un mirar que muele el corazón entre dos piedras; y
deja estar ahí sola en el medio del gentío y nada dice donde todos aúllan, piden rile can dando al suelo las rodillas y al cielo las manos juntas.

Herido de Ial vista, uno de los del carruaje el cual me dijeron ser un gran físico de Madrid, hizo del ojo a la mujer para que se acercase —si mujer puede decirse ente tan degenerado— y preguntóle con cuyo motivo ese color y trastrueque de lo natural. Porque no tengo casa y estoy día y noche en el campo, y como yerbas, respondió. He aquí una criatura humana convertida en bruto; vive al sol y sereno; cubre la pudieia con un andrajo que halla en la basura; ramonea los arbustos; vive a pasto de yerbas. 93

La miseria fue un motivo no infrecuente de inspiración en los trabajos montalvinos. En varias oportunidades nuestro autor abordó aquel tema, recordando en lenguaje de efectos estremecedores incidencias aprehendidas a lo largo de su peregrinación cosmopolita, o soportadas amargamente por él mismo, en sus períodos de mayor abandono e infortunio. Precisamente, una muestra del grado de intensidad interior y de expresividad estilística con que desenvolvió este tipo de asuntos es el ensayo titulado "La mendicidad en París", que apareció en *El espectador* y promovió el juicio entusiasta de la crítica en Europa, ya en las postrimerías de la existencia de Montalvo.

Pero hay algo más que se vincula, digámoslo así, con esta digresión de las pobrezas, y que atañe al fondo propio de su carácter: es su ejemplar compostura frente a las adversidades del dinero. En tal género de reacciones, y en consonancia con ciertos hábitos literarios, él podía haberse reconocido lamartineano. Efectivamente, igual que el poeta francés, cultivaba la honradez, el desprendimiento y la caridad, y daba pruebas de sufrir las privaciones con dignidad y estoicismo. Juzgo por eso que nada es más oportuno que evocar aquí, acudiendo a su propio testimonio, la desgracia que afrontó al poner nuevamente sus pies en la capital de Francia, tras el animado viaje de algunas semanas que se acaba de describir. Fue aquélla no otra cosa que la consecuencia precisa de sus impulsos de solidaridad y generosidad.

El caso es que nuestro joven ensayista había adelantado ya algunas diligencias para tomar pasaje de regreso al Ecuador. La renuncia a sus funciones de secretario de la legación en París había sido aceptada oficialmente. Dos meses después tenía que embarcarse. Por otra parte, las molestias de su afección reumática, si bien no habían conseguido postrarle nuevamente, comenzaban otra vez a agudizarse. La vuelta, pues, no admitía dilaciones. El como nadie estaba convencido de ello. No obstante, por un gesto piadosocon un compañero cje la legación, cuyo nombre por delicadeza no menciona, pero que preslimible[nente fue el futuro general y hombre público Francisco Javier Salazar, accedió a cederle en préstamo las dos ter-

43 í'dç',i,dc.,'.'nd ;1c-

ceras parles de los fondos que el Gobierno le había girado para los gastos de su transporte. Confiaba totalmente en que el lloriqueante prestatario iba a restituirle dicha suma en corto plazo: exactamente en la fecha en que éste arribara al puerto de (uayaquil,a donde primero se dirigía. Mas pasaron las semanas, y Montalvo no hizo sino esperar en vano. Llegó a vencer- se con exceso el tiempo acordado. En esas circunstancias fue natural que le ganara una gran preocupación, a pesar de la opinión que se había formado de su amigo y beneficiario, y de la confianza que le prendieron en el ánimo sus tántas súplicas y promesas. Apeló pues a una determinación que le causaba nuevas desazones: dar a conocer en la legación lo que había ocurrido. Pero ni ello le dio resultado inmediato. Y como en el fondo de su siempre exigua economía no hubo finalmente sino para el único día de hotel, se vio precisado a acercarse a la administración a cancelar su cuenta, y a formular la proposición de que se lo permitiera permanecer allí hasta conseguir la devolución de su dinero. El odiaba hacer esa laya de pedidos:
sentía aprensión y rubor de ejercitarlos ante cualquiera. Más desde luego en este caso, en el que temía sufrir el bochorno de una respuesta negativa. Que fue lo que en verdad acaeció. Porque no oyó otra cosa que un ***no*** tajante del alma bronca y fenicia del hotelero, que es el alma común de los negocios en Francia. “Me arrojaron del hotel, y una noche tuve que dormir en una bodega”,le decía años después a su joven amigo Roberto Andrade. También a otro ecuatoriano —Rafael Barba Jijón— le refirió esta desgracia en carta de un decenio más tarde, cuyas frases son las que siguen:
Ahora diez años icnia yo en Francia un resto de setecientos francos, con los cuales me disponía a regresar a la patria: vino mi quiteño, y lloró por su mujer y sus hijos en mi presencia, porque no tenía con qué volver a su casa. Le di los 500, y me quedé expuesto a la necesidad, la cual llegó como ahora. A todo faltó ese desgraciado, y es él quien fraguó últimamente mi mucrtcalevosa en Quito.94
Acabada de pasar la triste peripecia, y con la molestia de su equipaje fuera del alojamiento, presionó ante la misión ecuatoriana de París, que volvió a interesarse y afortunadamente halló eco instantáneo en un venezolano, apreciador de los talentos del joven Montalvo. En efecto, a éste le fue tan fácil como placentero prestarle los valores que requería para unas semanas más en aquella metrópoli y los billetes de regreso al Ecuador. Sólo con ese auxilio, que él restituyó puntualmente, y tras tantas incomodidades, pudo al fin embarcarse en Marsella, en agosto de 1860.
Antes había escrito a su hermano Francisco Javier, empeñado por entonces en introducir cambios y arreglos limitados, de poca considera ‘) rjh, :\It II u,l;S, - ‘0.

ción, en la morada paterna; quería que le ofreciera un al hergue acogedor: el apropiado a su larga ausencia y a sus prematuros padecimientos físicos.
No sé —le decía— si en las refacciones qe tas hecho en la casita sIc ,\iitbaio se te ocurrió la idea de reducir a un cuarto habitable esas dos tiendas inútiles; eso habría sido muy bueno; pero de cualquier modo, todos estaremos bien. 1 mucho mas cuando yo no me contentaré cori estar en Ambato, sino que viviré en Baños; iré de cuando en cuando a visitarte solamente. Id aire, la soLdad, ci silencio, son para mí unas cosas en que sueño; bis veo como una fclictdad: de París a Pi,nssn nunca se dio un paso más feliz. Voy a enrusmecernie para rohtmstecerme un poco, para recobrar esta salud perdida en estas atmósferas inmundas.'
En verdad las dos tiendas, ya sin ninguna utilidad, pasaron a ser la habitación que desde lejos pedía el escritor. Y si bien, como lo anunciaba, buscaría por temporadas la rustiquez de la hacienda de Baños, su residencia más o menos estable habría de ser aquella casita de Ambato. ¡lay dos detalles notorios en dicha carta a Francisco Javier: la confesión de su misantropía, de su obsesión por la soledad, que ni la multitudinaria vida europea ha logrado alterar en lo más mínimo, y la de su salud perdida. Ella realmente ha vuelto a agravarse. Los dolores de las piernas —especialmente de la una— se han agudizado. Fla tenido que comprar muletas, que ha de usarlas durante un buen tiempo por prescripción de los médicos. El caminar así, nada menos que él, tan amante de presentarse siempre con un aire de altivez y elegancia, entrañaba ciertamente, dentro del mundo de sus calladas congojas, la más opresiva de las adversidades. Sobre eso, nada venia a ser más inoportuno e incómodo que viajar en esa condición, trocado casi en un inválido. A causa de ello, precisamente, corrió un riesgo de muerte en el transcurso de su navegación, según se lo refirió mucho más tarde a Roberto Andrade. Bueno será que se conozca el testimonio de éste, que ha de resultar más vivo y elocuente que cualquier tentativa de reconstruir el hecho con el concurso de la imaginación:
Navegando en aguas de América, sucedió que un dia esiuvo a punto de correr la suerte del venezolano Larrazáhal: tuvo que i rasborda r en ;tlta mar: como todavía se sen de una de las piernas, consecuencia, a lo que parece, de la enfermedad de que tite víctima en París, al pasar de un vapor a otro se le deslizó tina muleta y cayó: debajo bramaban las olas; uno (te los empleados de a bordo, yanqui de constitución hercúleo. asióle de uno de los brazos, tons ándolo casi en el aire, y lo levantó hasta pone rio en salvamento. ‘‘Mi úngel de la gimardui me salvó’. me dcci;,: abrigo itt esperanza de que mecustodiará fielmente, hasta que yo cumpla setenta u oclienl;, años.’”’

A mediados de setiembre de aquel 1860 volvió por fin a tocar tierra ecuatoriana. Arribé a la isla de Puná, desde donde había partido tres años atrás, y ahí tomó la consabida lancha para la travesía postrera, de algunas horas, al puerto de Guayaquil. ¡ha a empezar una nueva experiencia en su destino de gloria y asperidades, marcado fuertemente por los contrastes del amor y la abominación, de las alabanzas y los ultrajes, del reconocimiento público y el calculado desprecio, del sosiego y las violencias, de la protección hogareña y el desamparo del destierro.

CAPITULO X

Historia de ambiciones y de atropellos

Los renglones de la historia ecuatoriana se han escrito muchas veces con sangre. Y ése no ha sido un mal únicamente suyo. Pues que los pueblos que señoreó España en esta parte del mundo han tenido que vivir, cada uno a su tiempo, experiencias igualmente tormentosas. Ha habido en ellos la confrontación de ideas, de intereses colectivos, de concepciones de go- bienio, pero de modo más palmario y frecuente la rivalidad insofocable de gentes codiciosas de mando.

Precisamente ese apetito ha dado paso a la forja de caudillos, y ha hecho de nuestras incipientes democracias —que lo han sido paramentales más que genuinas y sustantivas— un oscuro oficio de timadores, o un enfrentamiento desvergonzado de audaces. Nada alcanza a aparecer así tan canallesco y pervertido como el habitual ejercicio de la vida pública en estos países. Al extremo de que solamente se ha de hallar una suma minúscula de constructores de naciones y hombres de Estado en las listas numerosas de los quehan llegado al poder.

Ya hemos visto, en uno de los capítulos iniciales de esta biografía, la aflictiva cadena de humillaciones, ultrales, mañas e imposiciones vandáilcas con que estableció la autonomía republicana en el Ecuador su primer caudillo, el general Juan José Flores. Ahora he de aclarar que, derrumbado ese régimen despótico, y aventado Flores lejos de las fronteras patrias, no se resignó él con aquella declinación que para cualquier otro hubiera sido definitiva, sino que se empecinó en reconquistar su autoridad oprobiosa. apelando a los más incalificables arbitrios: amagos de traición al país mismo, alianzas políticas sucias y ladinas, participación en crudas acciones de trinchera. Y si bien no volvió a captar el gobierno para él, tomó en cambio a posiciones preeminentes, caso no inusual en esta pequeña nación en que el contumaz buscavidas de la acción pública renueva de tiempo en tiémpo sus influjos, y hasta los transmite como heren:ia a sus cesceflldientes.

Había pues obrado acertadamente Montalvo en su época de estudiante cuando redactó su primera prosa para execrar la memoria de la tiranía ¡loreana. Pero no le había ocurrido entonces, ni después, imaginar que ese sátrapa iba de algún modo a levantarse otra vez en el tinglado del politiqueo nacional y a andar precisamente mezclado en los tristes y confuso acontecimientos del último trienio: es decir, mientras el escritor cumplfa su itinerario europeo. La figura protagónica, que entre éxitos esporádicos y reveses, ocupaba espectacularmente la escena de ese momento histórico era desde luego otra. Respondía a los nombres, que siguen resonando entre alabanzas y vituperios, de Gabriel García Moreno, Su presencia habría de ser determinante en el destino de Montalvo, tanto en lo que concierne a su celebridad como a su infortunio. Las dos personalidades, jupiterina la primera y prometeica la otra, representan fielmente el drama de nuestíos pueblos, que han visto a sus hombres mejores batallando por salvar a la libertad de los zarpazos de las dictaduras. Su duelo, por lo mismo, se asemeja en cierta manera al que sostuvieron en la Argentina Juan Manuel Rosas y Domingo Faustino Sarmiento.

Insistentemente evocado en las páginas de historiadores, biógrafos y políticos del Ecuador, y aun revivido y comentado por autores de afuera, juzgo que no es necesario que me ponga a puntualizar con morosidad los detalles de los hechos individuales de García Moreno, propios de un carácter singular, ni los de su titánica testarudez en el despliegue de Ja acción pública, ni los de su lucidez o fortaleza en el elercicio del poder, ni los de sus intransigencias y desmanes sangrientos. Pero creo, no obstante, que debo rememorar en forma rauda y concisa algunos aspectos cardinales de su existencia y de su presencia patética en el centro del destino nacional, durante tres lustros del siglo diecinueve, para alcanzar a comprender las *razones* de la belicosidad antigarciana de nuestro escritor.

¡labia nacido Gabriel García Moreno en la ciudad de Guayaquil, el 24 de diciembre de 1821. Era pues diez años y un cuatrimestre mayor que Montalvo. Su padre, Gabriel García *Gómez,* era un inmigrante español, nativo de Cádiz. Su madre, Mercedes Moreno, guayaquileña, tenía a su vez anccstro procedente de la misma España, pues que el progenitor de ésta, caballero de la Orden de Carlos 111, había venido a avecindarse *en* Guayaquil para ejercer las funciones de regidor erpetuo del Cabildo. Ambos profesaban apasionadamente su catoli. amo, y mantenían la intangibilidad de sus simpatías monárquicas. T, fácil suponer que aquel ambiente familiar, a que García Moreno debió de abrir el alma con temprana y natural docilidad, en el alboreo mismo de su niñez, no dejó de constituir- se en el fundamento de sus reaeemones de la madurez, tanto en lo religioso

como en lo político. Esto es, en antecedente del culto de una fe exaltada y militante y de una manifiesta proclividad a los efectos —según él benéficos— que son propios de la autoridad de los monarcas. Esa mi°ma atmósfera hogareña, con un padre que disciplinaba a su vástago en pruebas sobrecogedoras para el ánimo infantil, como por ejemplo la de pasear por las noches entre un laberinto de tumbas, conseguiría ir templándole también, paulatinamente, la decisión y el coraje. Tales atributos habrían de acompañarle después, en lo más tempestuoso de su carrera pública. Resulta así muy significativo el recordar que su más encarnizado adversario de pluma, que fue precisamente mi biografiado, no pudo menos que rendirse a la evidencia de aquellos rasgos del temperamento garciano, confesando lo que sigue:

García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con el mando no se le acaba su carácter, ni los ímpetus de su genio son menos de temer: siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, y, según es lengua, en el manejo de las armas. ¡Será de cobardes irritarle con la verdad y arrostrarcon su ira?

Lamentablemente, las preocupaciones paternas, y sus intencionados rigores, no alcanzaron a cubrir sino una parte de la infancia de este potable personaje de la historia ecuatoriana, que llegó a ser tan eminente como aborrascado. En efecto, pronto murió García Gómez, y con ello dejó a su hijo en el desvalimiento de una orfandad acentuadamente pobre. La viuda apenas disponía de lo indispensable para el sustento. Que ya se les venía haciendo esquivo desde los días en que nuestro país se emancipó de España. Probablemente por eso la desolada mujer, que desde luego disimulaba con decoro su depauperada condición, requirió a un padre mercedario que proporcionase al niño la enseñanza elemental en forma privada. Así lo hizo éste hasta cuando pudo mandarle, en 1836, a la ciudad de Quito, como huésped de su hermana Josefa Betancourt. Contaba entonces quince años de edad. Consiguió en seguida ingresar en el colegio de San Femando, sin sacrificios económicos, y siempre gracias a los afanes de sus generosos tutores. Uno de sus maestros fue nada menos que el doctor Francisco Montalvo, hermano mayor —-como ya se sabe— de su futuro mortal enemigo. En las aulas el muchacho se mostraba serio y eficaz, frío y cortante como una espada. Al punto que no tardaron en convertirle en bedel de sus compañeros. Y, para el control que con ello pretendían las autoridades del plantel, la elección seguramente resultó certera: el rígido adolescente hizo que menudearan los castigos. El azote fue como el símbolo más expresivo de su violenta personalidad: sin duda llegó a ser para él,

97 *Elcosn,opoliia,* Tomo I,pág. 51, Ibid.

entre las vehemencias, agitaciones y brusquedades de su destino polftico, no solamente un instrumento para imponer orden y respeto, sino además para gozar, sádicamente, de las más raras y trágicas voluptuosidades. Dos de los hechos suyos que produjeron mayor escándalo, mientras ejercía el mando, tuvieron que ver con el morboso fervor de las azotainas.

Terminados provechosamente sus estudios medios de latín y castellano, en 1838 decidió meterse fraile. De ello hay constancia clara y entusiasta en las páginas biográficas, desbordantes de lisonja —de una lisonja que conspira contra la mesura y la severidad de lo téstimonial—- que le destinó el religioso extranjero padre Berthe. Se ha asegurado que este autor no hizo otra cosa que traducir al francés, en su estilo personal, los originales de aquella apologfa garcíana, enviada especialmente por sus verdaderos redactores: un grupo de jesuitas del Ecuador. Remigio Crespo Toral, ensayista notable de la misma posición ideológica que García Moreno, afirma en cambio que "Apuntes y datos le fueron dados al P. Berthe, según informe, por el Sr. Ordóñez, -—más tarde Arzobispo— quien los obtuvo del escritor cuencano Dn. Antonio Aguilar" [98] Este arzobispo Ordóñez llegó a trocarse también en adversario de Juan Montalvo, y en blanco de sus implacables burlas y dicterios. Pero, dejando a un lado esta puntualización, en todo caso indispensable, obsérvese que Berthe habla de la frailía del futuro teócrata ecuatoriano en los siguientes términos: "Recibió del obispo Garaicoa la tonsura y las órdenes menores". "Tuvo a honra llevar la corona clerical y el cuello distintivo de los venerables sacerdotes. Sotana, la tuvo también, pero guardada hasta el día en que el obispo le confiriese las órdenes mayores".

Esto último, por cierto, no llegó a ocurrir. Al año abandonó la profesión eclesiástica. Ni su genio turbulento, ni su apasionada entrega a la acción —aun a la del miliciano—, ni su ansiosa búsqueda de poder, ni su apego vehemente a las condiciones clamorosas de la política de su tiempo, ni las demandas, en fin, de su inocultable sensualidad, le permitían tomar como suya la vocación sacerdotal. Y así, más bien, prefirió cursar los estudios universitarios de derecho, en la misma ciudad de Quito. Volvió a destacarse por sus talentos, su dedicación y su extremada disciplina. No obstante, todo eso podía reducirlo a añicos en uno de sus arranques impulsivos, en una de las manifestaciones de cruda violencia a que naturalmente se hallaba predispuesto, y por las que algunos compañeros le habían endilgado el apodo de loco. Precisamente hay una incidencia de clases que descubre la dimensión de uno de tales arrebatos. Había el joven Gabriel Sar98 **i,icrilura**

pdilhicos, **B,hliolcca Ecualoriar,a** Mínima. 1 9Ñ}. Puebla, Méxio,. Iídit. J. Nl. ca,ca Je **SA** pág. 260.

cía Moreno recibido dos notas sobresalientes y una regular en alguna prueba académica, y la última —o sea la r— había sido dada por el propio rector, el apacible anciano doctor Mariano Miño. El estrago anímico que dicha calificación debió de ocasionarle, nada menos que a él, tan presuntuosoy altanero en el control de los demás alumnos, fue sin duda intolerable. Pues que voló a su habitación, se encerró en ella, y, enajenado de furor, con los puños crispados, concibió una fulminante resolución de venganza, despreciando cualquier probable consecuencia. Aun más, se aprestó a ejecutarla de inmediato. Regresó en efecto a la universidad, empujó las puertas del rectorado, sorprendió ahi a la venerable autoridad, completamente sola, y sin siquiera proferir una palabra se fue sobre ésta y le descargó tres sonoras bofetadas, que le hicieron saltar las lágrimas y arder el rostro. El suceso fue en seguida conocido y conmovió el ambiente universitario. Pero, entre vueltas y más vueltas, a la postre, no devino en sanciones para su responsable. García Moreno continuó así sus estudios, hasta la obtención del título de abogado.

Conviene que se aclare, desde luego, que él no se satisfacía con las solas obligaciones de las aulas. Amaba las lecturas. Se daba tiempo para enriquecer su cultura. Le tentaban los libros de los clásicos, e igualmente los de los grandes románticos, tan en auge en su siglo. Por eso resulta fácil reconocer las señales estéticas del romanticismo en los conceptos que vertió sobre las letras en un acto cultural realizado en 1846. J-Jabjase también familiarizado con las ideas de filósofos y políticos célebres. Aun con las de pensadores que ocupaban una posición divergente de la suya. En este caso, las interpretaba sagazmente desde su punto de vista. Por eso escribió, a su vez, páginas doctrinarias en las que hay citas de Voltaire y Montesquieu junto a las de Chateaubriand o del conde José de Maistre. Sus afinidades mayores se hacían notar especialmente con las ides de éste, cuyos principios éticos y políticos eran de inflexibilidad e intransigencia. Porque García Moreno creía, de igual modo que Maistre, en la necesidad de un gobierno de poderes absolutos para imponer a la sociedad sus deberes, y también ene1 papel único de la religión cristiana como salvadora de los pueblos. Pero lo encomiable, y digno de que sea siempre reconocido, es que todo aquel flujo de curiosidades intelectuales y de asimilaciones no sólo le llevó a mover con soltura su pluma, sino, aun más, a adquirir una eventual destreza estética en el uso de las expresiones.

Y bien, todavía no se había incorporado a la abogacía cuando se vio ya lanzado, por vocación y temperamento, a las zarzas de la actividad política. Se alincó Cmi :os liberales o nacionalistas que luchaban en buena parte del país por expulsar del mando al soldado extranjero Juan !oçé ‘ores.

Se contó entre los militantes de la *Sociedad Philotécnica*, legataria de los ideales heroicos de los redactores de *El quiteño libre.* Aun más, fue de los que, entre aquéllos, promovían la eliminación de Flores. Parece que hasta llegó a prestarse personalmente para eso, apostándose, con fusil en mano, en una azotea cercana al lugar por el cual debía pasar —pero no llegó a hacerh- el tirano. Esa es una referencia de Roberto Andrade (uno de los victimarios de García Moreno), que además estableció esta observación: "El primero que introdujo en el Ecuador la doctrina del puñal de la salud, fue el primero que había de morir despedazado por el puñal de la salud" Y9

Queda como evidencia de los deseos garcianos un soneto que él mismo escribió y publicó en imprenta desconocida, y que ha recogido Andrade. Estas son dos de sus estrofas:

Masposihle seráque hasta la muerte
hayamos de llevar con indolencia
el yugu abrumador de un asesino?
¿Faltará un genio que con brazo fuerte,
arroje para siempre y sin clemencia,
de esta Roma afrentada al cruel Tarquino?.''

Esta aversión a Flores halló motivos de exacerbarse en varios momentos de su larga y fragosa campaña de hombre público. Pero también halló razones de flaquear y de capitular, y hasta de trocarse en aspaventosa amistad y cínica alianza cuando las veleidades de la conveniencia y de la cedida política se lo requirieron. Pues que tanto García Moreno como Flores desconocían el sonrojo virginal de la limpieza de procedimientos en el campo de sus luchas y determinaciones. Hubo así oportunidad en que el país entero llegó a temblar, como pr&sa débil y agónica, bajo la doble garra de buitre de estos dos fríos despreciadores de la vida ajena. Fue cuando en 1860, en las vísperas precisas del arribo de Montalvo a playas ecuatorianas, García Moreno, apropiado ya de la función ejecutiva, entregó a Flores el cargo de general en jefe del ejército.

Como combatiente de prensa, que desde la iniciación de su carrera lo fue, volvió Gabriel García Moreno a usar sólo esporádicamente la forma del verso. Pues que, para sus arrestos, la prosa se le ofrecía más expedita y eficaz. Por otra parte, las ansiedades de embest: con toda iracundia a moros y cristianos le llevaron a fundar sus prc1nos periódicos. El primero de ellos apareció el 18 de marzo de 1846, iajo el nombre de *El zurriago.*

99 ***Mornalvoyüa,ría Moreno,*** Tamol, bid, pág. 69.
i ibid,pág.73.

Nuevamente, pues, se dejaba notar su obsesión y su fe en las potestades del látigo. Iba a zurrar, moralmente esta vez, aunque ocultando su identidad personal, y hasta la de la imprenta, a figuras de liberales que se hallaban en la escena pública del país, pero también a clérigos y fanátic. En la revelación de sus intenciones decía: “nos hemos propuesto levantar el zurriago, con el objeto principal de castigar a tanto falso patriota, a tanto liberal perverso, a tanto diputado sin honor, a tanto empleado sin vergüenza, a tanto pretendiente charlatán ya tanto pícaro embustero”. Desde luego, el lenguaje áspero y tenso con que flagelaba y hería a aquéllos le servía también para hacer sangrar los pellejos de religiosos y cofrades.

Tras unos pocos números, publicados hasta julio de ese año de 1846, se extinguió *El zurriago.* No era cosa de fatiga ni de ausencia de voluntad y coraje en su director. Había sobrevenido más bien una causa insospechada, pero que mostró una fuerza imperativa e irresistible para él. O, más bien, para el mundo de sus ambiciones insofocables, y para sus maquinaciones en persecución de notoriedad, influencia y poder. Esa causa fue la oportunidad de tratar a doña Rosa Ascárzubi, y de acercársele humildosamente, y de tornársele simpático, y de rendírsele de amor (amor acaso aparente), y de ofrecérsele como esposo. García Moreno tenía veinticuatro años y medio. Aquella dama se aproximaba a los cuarenta y carecía de atractivos físicos. Poseía en cambio —yeso era lo determinante—, fortuna e influjo en lo de veras connotado de la sociedad quiteña. Pertenecía a una familia de próceres y personajes bastante visibles en el horizonte de la polí tica nacional. Y sus vinculaciones con el clero parecían insinuarse significativas en un medio en que la Iglesia no había dejado de gravitar en los asuntos del Estado. Todo ello, en suma, permite hoy suponer que ese matrimonio no vino a ser sino el fruto de las cálculadas o pragmáticas aspiraciones de aquel joven. Como para demostrarlo están ahí sus frecuentes separaciones del hogar, aunque éstas, es cierto, provenían obligadamente de sus mapaciguables campañas caudillistas, c’mplidas de un extremo a otro del país, y de sus destierros, ya que él también los soportó. Pero están sobre todo, como en demostración aun más elocuente, las circunstancias sospechosas en que murió Rosa Ascázubi de Gartía Moreno, tras diecinueve años de una insatisfactoria vida conyugal. En efecto, unas expresiones del médico que la trataba, que se expandieron rápidamente al amparo de chismes y comentarios salidos de la propia casa —estragada por la indignación y el dolor—, dieron origen al rumor de que la había asesinado el mismo esposo. Roberto Andrade quiere probar el serio fundamento de tales conjeturas con el testimonio que sigue: “El médico era el doctor Cayetano Uribe, Cónsul General de Colombia en Quito, hombre ya entrado en años,

muy estimado en la sociedad quiteña, a causa de la sanidad de sus costumbres. En 1875 oyóle referir el lance, el autor de esta obra, en los siguientes horrorosos términos:

La Señora era anciana: en 1865 padecía de la hemia, y yole recelé láudano, por gotas. Horas después de la visita, entrada y la noche, fueron a llamarme a prisa. En el examen de la enferma, noté síntomas de envenenamiento con láudano, y que se hallaba ya en el período incurable.- ¿El láudano que yo dejé?, dije, porque no lo vi en ninguna parte. Una criada buscó el pomo, lo halló detrás de una puerta y lo presentó vacío, ¿Quién le ha propinado los remedios?, interpelé. Solamente el Sr. García Moreno, quien no ha consentido en que nadie cuide a la señora, tanto es el cariño que e tiene, respondió la criada.- Le ha dado a tomar todo el láudano!,exclamé, indignado. Con la cantidad que dejé, se podía matar una

No obstante la respetable procedencia de estas afirmaciones, es preciso que se reflexione bien antes de admitirlas cual verdaderas, y de hacer el consiguiente pronunciamiento. Porque acaso no hay un manchón tan abominable como la incriminación de semejante delito dentro de la vida de cualquier hombre, y más de la de aquellos a quienes los historiadores han aureolado de grandeza. A eso obedece el que la conciencia se resista, en estos casos, a un convencimiento que no se desprenda de pruebas irrefutables. Y, justamente, en lo que toca al hecho concreto de la muerte sospechosa de la señora Ascázubi de García Moreno, lo primero que se nos ha de ocurrir es hallar contradictorio el que el mismo esposo haya sido quien la eliminó, a sabiendas de que así se privaba del instrumento de influencia que deliberadamente había buscado, y que ella en efecto constituía para su desaforada carrera de ambiciones políticas. Difícil, por lo mismo, se nos hace el ensayar contra aquél una presunción de responsabilidad terminante si no se nos ofrecen causas específicas y poderosas del supuesto crimen; es decir, causas que hubieran perturbado el juicio de su autor y desordenado súbitamente la normalidad de su comportamiento.

De esta manera debe quedar confesada cuál ha sido nuestra espontánea actitud de rechazo a toda imputación insuficientemente comprobada. Que nos hubiera gustado mantenerla inalterable. Pero ay! las reflexiones y los escrúpulos con que hemos querido resistirnos a cualquier temeridad acusatoria parece que han terminado por vacilar ante la motivación del crimen que nos exponen algunos indagadores del pasado. Estos, en efecto, se han afanado en exhibirnos un triángulo amoroso como trágico antecedente de aquel envenenamiento. Y, al respecto, nos recuerda que García Moreno, hombre carnal y apasionado según ciertas constancias biográficas, se había enamorado en forma descontrolada y repentina de una mu 11) ¡bid, lomo II, pág ¡9.

chacha que estudiaba en un internado de monjas ,de Quito, y la cual, por haber sido sobrina de su mujer, había ido a pasar unos días de vacaciones en casa de ellos. Ahí, yen ese corto tiempo, debió precisamente de hahérsele producido la violenta necesidad de hacerla suya. Sobre las circunstancias de este hecho es suficientemente conocido, y acaso nadie se ha atrevido a negarlo, que el frenético viudo y enamorado dejó apenas transcurrir cinco meses desde la extinción siniestra de la señora Ascázuhi hasta la fecha en que, cada vez más enardecido por sus sensuales deseos, raptó a la joven, la llevó al templo de la Compañía de Jesús y, sin el consentimiento de los padres de ella, obtuvo de un sacerdote jesuita la bendición de estas sus segundas nupcias.
Mi biografiado, Juan Montalvo, aparte de haber aludido a este presunto homicidio garciano en su libelo titulado *La dictadura perpetua,* se plació en escribir en las soledades de Ipiales, mientras vivía su largo destierro, el drama *E/dictador,* cuyo contenido está basado en aquellas funestas incidencias, a través de las cuales el protagonista Maunero —encarnación de García Moreno-—- envenena a su esposa y se casa con la sobrina de ésta, una bella joven dedieciocho años. Todo, máso menos, corno parece haber acaecido en la realidad.
Hombre de naturaleza tormentosa y compleja, pero con rasgos también de rara elevación, era Gabriel García Moreno. En su destino se enlazaban aspectos funestos, aun empapados en sangre como el de las referencias anteriores, con otros en cambio admirables, superiores, difíciles de ser imitados. Nada ha habido pues de exagerado en reconocerle, como se ha solido ya hacerlo, una mayor grandeza de caudillo que la de otras figuras políticas de su siglo, en el vasto espacio de nuestra América. Sus dimensiones volvieron por eso más valiosas, y de interés más duradero, las campañas enderezadas en su contra por la literatura de Montalvo. Este mismo no ocultó, en vanas de sus páginas, un sentimiento de aprecio hacia las condiciones nada mediocres de la personalidad activa y turbulenta de su enemigo. Así, entre otras, valgan estas dos citas, arrancadas de una de las obras polémicas más borrascosas de nuestro escritor —*La.s catilinarias*—, y que se refieren a la total disparidad de niveles entre el despotismo del general Ignacio de Veintemilla y la tiranía garciana:
Dije que Ignacio Veintemilla no era ni sería jamás tirano; tiranía es ciencia sujeta a principios difíciles, y tiene modos que requieren hábil tanteo. Dar el propio nombre a varones eminentes, como Julio Césaren lo antiguo, Bonapartc en lo moderno; como Gabriel García Moreno, Tomás Cipriano de Mosquera entre nosotros; dar el propio

nombre que a un pobre esguízaro a quien entronhza la fortuna, por **hacer bcfa de un pueblo sin méritos, no sería justicia...** ‘02

podernos decir que don Gabriel García Moreno fue **tirano: inteligencia, audacia, ímpetu; sus acciones atroces fueron siempre consumadas con admirable franqueza; adoraba al verdugo, pero aborrecía al asesino; su altar era el cadalso, y rendía culto público a sus dioses, que estaban aHí danzando, para embeleso de su alto sacerdote. Ambicioso, muy ambicioso, de mando, poder, predominio; inverecundo salteador de** las **rentaspúblicas, codiciosoruin que se apodera de todo sin miraren nada, no.’03**

Algo que sin duda enalteció a las batallas de García Moreno, en busca de su dominio político del país, fueron sus propias armas periodísticas. No fue él de aquellos voraces hombres públicos que poseen apenas la semilengua hablada del iletrado, y a quienes únicamente la brutalidad de los hechos o el oscuro comadreo de sus impúdicos seguidores han conseguido encumbrarles, y les encumbran todavía, al descarado ejercicio de las más burdas y trágicas satrapías. Según lo tengo ya indicado, fue él, en los comienzos de su carrera, y aun después, un aguerrido contendor de prensa. La pluma suya, sin haber sido la del escritor profesional, sabía rugir en lo más recio de las tempestades políticas, en aquellos años realmente dramáticos de la vida nacional. Por eso, tras la declinación de su periódico inicial

—*El zurriago*—, y a los pocos meses de su primer matrimonio, fundó otra publicación combativa, de nombre asimismo punitivo: *El vengador*. Apareció en Quito el 31 de octubre de 1846. Su finalidad fue irse contra el general Flores, con palabras aceradas e hirientes, que desgarraban ante el parecer público las traidoras intencionesdel depuesto dictador, de dirigir la re- conquista armada del Ecuador en favor de la corona española, con el apoyo naval de ésta. La infame tentativa floreana se pasmó por fortuna antes de concretarse. “El pueblo duerme, y una expedición de foragidos viene a saciar la sed de crímenes y oro, en el desgraciado y sangriento suelo de los Incas!”, había advertido García Moreno. Y en los oncc números siguientes se empeñaba en demostrarlo a través de informaciones detalladas de los ajetreos cumplidos por aquel militar varias veces corrompido, a quien evoqué en el comienzo de esta biografía, y con el cual, en medio de sus veleidades, el propio atacante de ahora hizo alianza más tarde. Desde luego, no se reducía a esas noticias y comentarios el contenido de aquéllos. Porque había mucho de crítica a la personalidad de Flores y a su sistema de gobierno. Es importante no olvidar, tampoco, que et futuro teócrata

—que en eso se convirtió Gabriel García en años pqsteriores— en este periódico arremetió contra los frailes que en *El monitor eclesiástico* defen

102 Lsc&ilinaria,, Scgunda.Tomo 1. Paris. Casa Editorial C.arnier Hennanos. (5.a.), pág. 57

‘03 ibid,pág.40.

dían las audacias de Flores. No le parecía entonces excesivo el observarles que el “verdadero santo de su devoción” era el dinero. En el número 5, del martes 22 de diciembre de 1846, hay tina respuesta de tono iracundo, propio de García Moreno, “Al clerizontc Marrajillo, autor de dos desvergonzados artículos contra *El vengador’*. Y para denostar a Flores mostraba que no le era suficiente sólo el acento de iracundia, sino también el de las Injurias más ofensivas y repugnantes, como la que se lee en el número 3, del martes 8 de diciembre de ese mismo año, bajo el título de “Los artículos de la fe jenízara”: “El segundo: creer que (Don Juan José Flores) nació de una ... siendo ella ... antes del parto, en el parto y después del parto, y siempre una”.
Pero he de recordar por fin que, como al mismo tiempo se multiplicaban en el país —quién lo creyera!— las gentes que deseaban arracimarse en torno de los conatos antipatrióticos del pretenso invasor, el presidente de la república Vicente Ramón Roca tomó la determinación de establecer sanciones económicas contra aquellas personas. Y escogió a García Moreno, a pesar de haber sido también víctima de su belicosidad periodística, para que las aplicara. Buen ojo el de Roca, que así descubría el fondo temperamental de su elegido. Este ardió de entusiasmo en la ejecución de su encargo. Lo cual le sirvió para ser designado en seguida gobernador de la provincia del Guayas. No contaba entonces sino veinticinco años de edad. Pero actuó ya con firmeza. Con rigor. Con impulsos tiránicos, que dejaron las primeras lastimaduras en la ciudadanía.
No fue largo ese ejercicio. Retornó a la capital. Seguramente sabía lo que le demandaba su destino, en lo intelectual y lo político. Además, no había podido sofocar su aversión a Roca. Se atrincheró de nuevo en la prensa, publicando otro periódico: *El diablo.* Obsérvese de paso el carácter también amenazante, igual que de sus dos anteriores, del nombre de estotra publicación garciana, cuyas críticas a flores se mantuvieron todavía en pie. Asimismo el lenguaje seguía siendo impulsivo y alborotador:
Yo no soy empleado ni limosnero de empleos, como tántos pobres diablos a quienes conozco; no soy militar, como tántos charlatanes que se vanaglorian en toda cireunslancia, de los terribles golpes que han dado; no soy ministerial, pues que jamás he querido venderme; no soy jenízaro, porque e) crimen me repugna. Amigo leal de un pueblo infortunado, que en la tierra no tiene otro defensor (lOC *¡ti diablo* vengo a comhalir a los que le martirizan. He ahí el polvo que obscurece el aire y escucha la llegada de los bandidos de Flores.’04
Las campañas de prensa no lo eran todo. Porque estiraba increíble- mente las horas diarias de trabajo para acrecer su cultura. Sus nuevos estu

104 EldÁnhio. Saic el di. men, pensado”, imprenta & l. UrO ‘cr51 d4d, M Mos,Ltcr . Orn’,,, 1147

dios comprendieron las ciencias exactas. Era un discípulo entusiasta del ingeniero francés Sebastián Wisse, a quien había traído el Presidente Vicente Roeafuerte para la enseñanza de matemáticas. Y precisamente a Wisse acompañé el joven García Moreno en dos temerarias expediciones científicas: la del cráter del Pichincha, en 1845, y la del Sangay. volcán en actividad peligrosa, en 1848. De otro lado, junto a su voluntad de estudiar y a su enérgico desafío a los riesgos, continuaban manifestándosele las actitudes violentas en el campo de sus relaciones. Debería yo decir sus exabruptos personales. Entre ellos figura la historia de una segunda bofetada, pero esta vez con una consecuencia más grave que la de la primera, propinada al viejo rector de la universidad de Quito, de que di cuenta en páginas anteriores. El pretexto fue un acalorado debate en el congreso nacional entre Manuel Bustamante, ministro de hacienda de Vicente Ramón Roca, y Roberto Ascázubi, que le acusaba de dilapidación de los dineros fiscales. La denuncia careció de razones, y su promotor salió desairado. Nuestro joven belicoso era cuñado de éste, y acaso por eso se sintió impelido a ir a buscar a Bustamante en su propia casa, en compañía de otro cuñado
—Manuel—— y del general Fernando Ayarza, entonces Comandante de Armas del ejército ecuatoriano. Pero, a la hora de las horas, la dignidad de las partcsquedó intacta, como se quería, pues que todo terminó en explicaciones cordiales entre el ministro y Manuel Ascázuhi. Unicamente a García Moreno eso no le pareció satisfactorio. Y así, tras haberse mantenido en la reunión cejijunto y callado, reaccionó intempestivamente, a su modo: se acercó a Bustamante y, casi a gritos, le retó a duelo. Ascázubi y el general Ayarza, sorprendidos y disgustados, le desaprobaron, y trataron de sacarle con ellos. Lo que fue en vano, porque el hirsuto desafiante ofreció resistencia, dio una vuelta en redondo y abofeteó al ministro. Este desde luego le respondió virilménte, con tantos golpes de puño en el rostro, que el mozo atacante intentó finalmente herirle con su estoque, y para evitarlo fue necesaria la vigorosa intervención de sus compañeros.

De esta brutal incidencia se desprendió el enjuiciamiento de García Moreno. El mismo general Ayarza se vio precisado a mandar escolta para detenerlo, pero aquél había logrado esconderse, para fugar a Europa. Este fue uno de sus exilios, que duró ocho meses, y que se extinguió cuando su cuñado Manuel Ascázubi, elevado en 1849 a las funciones de Jefe del Ejecutivo, consiguió que se archivase el proceso. La suerte que en cambio le sobrevino más tarde al pobre general Ayarza, por efecto de estas actitudes frente a García Moreno, fue ciertamente trágica, porque en el alma de éste no amainaban nunca las tempestades del rencor y la venganza.

En el retorno a Quito encontró a otro hombre en el poder. Era Diego Noboa. Todo había sucedido entre agitaciones y maniobras precipitadas, según el estilo más o menos corriente de nuestra torrencial vida pública. El taumaturgo que entonces hacía y deshacía influencias, gracias a su comando oficial de tropas numerosas, a su coraje y su ambción,ya su lucidez para interpretar las situaciones nacionales y forjar oportunamente los hechos, era el general José María Urbina. Ya a él, amigo y favorecedor de los doctores Montalvo y de su hermano Juan, le hemos visto moverse en los capítulos iniciales de esta biografía: conocemos, así, que ejerció la presidencia de la república mientras estudiaba en Quito el joven Juan Montalvo, y que luego urdió las condiciones que se acostumbran para dejar el mando al general Francisco Robles, su “gemelo” político en el decir popular. El gobierno de Noboa era también hechura de Urbina. y su liquidación lo fue igualmente.
Y bien, cuando García Moreno arribó al país durante el régimen de Diego Noboa, traía otro espíritu: no quiero afirmar con esto que se le habían aquietado las pasiones ni los arrestos para la contienda política, sino que se le había desprendido aquella máscara de anticlericalismo con que solía representar su papel en la escena nacional. Si antes hacía que las sotanas se arremolinaran, disgustadas, frente a sus agresiones, y si había sido asimismo frecuente que llegara a burlarse de la feligresía amante de las prácticas religiosas, en esta vez, después de su viaje por Europa, compareció en la capital ecuatoriana no solamente contrito y devoto, sino, además, dispuesto a atacar con furia de degollador a los enemigos del sacerdocio católico. No hay pues que extrañarse de que hubiera prometido a un buen grupo de jesuitas que se embarcaron en Panamá en la nave en que él venía, y que habían sido expulsados de Colombia, el conseguirles ingreso en nuestro país. Y tampoco hay que extfiñarse de que en efecto se los hubiera conseguido, en vista del empuje que ponía en sus actos y de cierta persistencia de sus influjos. De ese modo iniciaba su inalterable desposorio con el jesuitismo ecuatoriano.
Pero el éxito de esta diligencia no fue en esta ocasión muy duradero. La reacción del gobierno colombiano, de ideología liberal, no tardó en condenar al de Noboa por acoger a aquellos frailes expulsos. Poco faltó para que se produjera una conflagración entre las dos naciones. Buen momento para las estrategias trastornadoras del infatigable general Urbina, que desrerró a su protegido de otrora y se proclamó Jefe Supremo con el respaldo del ejército. Una de sus radicales determinaciones fue, naturalmente, sacar a los jesuitas de nuestro territorio, Y. como había que esperano, García Moreno volvió a dentellear resueltamente a través de la pren

Sa. Fundó con algunos quiteños el periódico *La nación,* de tendencia conservadora y definida posición antiurbinista.i5 Se lanzaban también en sus páginas dicterios contra los *rojos* del vecino país del norte, a cuya presión se atribuía la orden dictada en el Ecuador para que los jesuitas salieran de sus fronteras.

De ese período de las tempestuosas grescas de García Moreno hay un poema titulado *A Fabio,* en endecasílabos sueltos, que deja apreciar su talento para la expresión lapidaria, y que, por otra parte, contiene unos versos de exacta e impresionante premonición de su muerte trágica. A Urbina le califica de “monstruo que hasta el patíbulo infamara”. ***Y*** en visión anticipada del desenlace que a él mismo le sobrevendrá, acierta al decir, con precisión de profeta, en febrero de 1853:

Conozco, sí, mi porvenir y cuántas
duras espinas herirán mi frente;
y el cáliz del dolor hasta agotarle
al labio llevaré sin abatirme.
Plomo alevoso romperá silbando
mi corazón tal vez, mas si mi Patria
rcspira libre de opresión, entonces
descansaré felizenelsepulcro)°6

Aquí no puede conclu aesde luego mi rauda reseña de la trayectoria personal y política de Garcia Moreno, porque he de establecer a lo menos, con apreciables recortes de tiempo y de episodios históricos, unos cuantos antecedentes de la posición que debió asumir Montalvo a su regreso al país, en 1860, frente a las condiciones desatadas por los jadeos garcianos en persecución del mando, y por las manifestaciones sanguinarias de su voluntad omnímoda, en cuanto entró en el ejercicio de éste.

los hechos que conviene rememorar pertenecieron al período de gobierno de Robles. Durante éste se produjo la afrenta del bloqueo fluvial a Guayaquil. En efecto, el mariscal Ramón Castilla, dictador del Perú, declaró la guerra al Ecuador, invocando la necesidad de preservar derechos de su país en el oriente, y ordenó de inmediato que barcos militares rodeasen a nuestra dudad porteña. Esta fue una de las tantas veces en que la garra felina del Perú, y sus sofismas de pretendidos dominios territoriales en patria ajena, han buscado el despojo de nuestra heredad. El pretexto era una idea de nuestro gobierno de ceder una zona ecuatoriana de campos baldíos amazónicos, para su laboreo, a los acreec’res británicos de las batallas de nuestra emancipación. Robles, que creyó en la mmi-

lo, *Ljcruosydisctir,os&Gab,iel García Moreno, Quilo. i7,impreiib* del Ocm.Tomo i,Øg.. 169-178. 106 *Esc’üosy discursos de Gab,iei Gascía Moreno.* Ibid. pág. 294.

nencia del conflicto armado, pidió urgentemente al congreso facultades extraordinarias, e insinuó la contratación de préstamos extranjeros. Parece, cual era bien sabido en los pasos de su régimen, que tras tales determinaciones se ocultaba la mano de Urbina, su antecesor e inspirador. Eso precisamente, y con referencias de inmoralidad supuesta, lo descubrió García Moreno, gracias a la carta de alguien. Y armó entonces la tolvanera en el parlamento, en cuyo ámbito se venían destacando sus actuaciones de senador. Consiguió de ese modo que se le retiraran a Robles sus facultades extraconstitucionales. Y que se alborotara la atmósfera en Quilo y en el puerto principal. Una de las denuncias garcianas, voceadas también por los demás oposítores, concernía a la deshonestidad probable de los proyectados créditos. No demoró, como consecuencia, en estallar una subversión en la segunda de estas dos ciudades, la cual fue rápidamente sofocada por el General en Jefe del Ejército, que no era otro que Urbina. Pero poco después sobrevino un pronunciamiento en Quito, que desconocía la legitimidad del gobierno, y constituía otro, con carácter provisorio. Sus gestores —que según ellos mismos eran "todos los ciudadanos y padres de familia de la ciudad de Quito, capital de la república"—, decían proceder "en el nombre de Dios y la Libertad", y mediante un *acta* firmada el primero de mayo de 1859 declaraban su resolución de no obedecer a "la autoridad ilegítima del General Francisco Robles", y de simultáneamente ep sitar el poder en un Gobierno Provisorio. "Para el ejercicio del Podei :nipremo, confiado al Gobierno Provisorio de la República —agregaban—, se nombra a los señoresGabriel GarcíaMoreno, Jerónimo Carrión y PacíficoChiriboga, como Jefes Supremos principales; y como suplentes, a los señores Manuel Gómez de la Torre, José María Avilés y Rafael Carvajal; y para Gobernador de esta provincia, al señor Juan Aguirre y Montúfar".
De esta manera, al fin, tras tantas muestras de obstinación, estaba ya García Moreno en la cúpula del mando, como miembro de aquel triunvirato de "jefes supremos". Corría entonces el año de 1859, al que se le ha calificado de "verdadera noche de borrachos", por los absurdos que se cometieron. García Moreno había andado en esos días en el P .rú, estableciendo conexiones arteras con el invasor mariscal Castilla. Prueba de eso es que arribó a Guayaquil protegido por las naves militares peruanas que mantenían el bloqueo de nuestro puerto. Pasó a Quito en seguida, en la última semana de mayo. Traía consigo una voluntad titánica para acometer cuantos hechos juzgaba indispensables para robustecer su autoridad. Resultaban verdaderamente pasmosos su caudal de energía y su coraje. Organizó con celeridad increíble un ejército de seiscientos hombres, y, haciéndose nombrar él mismo *director supremo de ¡a guerra,* pese a que care

cía de conocimientos para ello, marchó hacia la costa. Iba con el ánimo de estrangular el poder, que aún sobrevivía, de Robles y Urbina. Pero este último lc salió oportunamente al encuentro con una fuerza dos veces superior, comandada personalmente por él, que tanto sabía de armas y del eficaz uso del valor en las trincheras, y le impuso una afrentosa derrota en Tutnbuco, cerca de Riobamba. Era evidente que el general victorioso no quiso producir una masacre. Aun es sabido que a García Moreno y los. otros rebeldes principales los dejó escapar. En su conducta no eran iñfrecuentes esos gestos de magnanimidad.

El recio triunviro, así humillado, fue a refugiarse nuevamente en el Perú. Y otra vez viajé en uno de los barcos de bandera enemiga. Y otra vez, asimismo, se aproximé a Castilla. Y otra vez buscó cínicamente su apoyo. Y otra vez el pretenso invasor peruano se revistió de cordero: prometió el respaldo de sus armas al Gobierno Provisorio constituido en Quitoen mayo de 1859, y de que formaba parte García Moreno, sin desembozar del todo su ánimo real, que era el de conseguir un tratado territorial depredatorio de nuestros derechos amazónicos. Que llegó efectivamente a concretarse más tarde, en Mapasingue (Guayaquil), pero cuya ejecución ni siquiera se intentó, por fortuna, debido a la falta de aceptación de los órganos oficiales de las dos naciones.

El impaciente aliado del enemigo del sur, que por mala fe o por un ciego candor, surgido de sus desapoderadas ambiciones políticas, no alcanzaba a ver de qué modo estaba traicionando al país, volvió a éste henchido de euforia y arrogancia, pues le alentaba el convencimiento del poderío que suponía haber logrado. Y, por eso, lo primero que hizo fue lanzar la proclama que sigue:

Nombrado por el pueblo Jefe Supremo de la Nación, como individuo del Gobierno Provisorio, y autorizado por el decreto de 7 de junio, para asumir separadamente el poder, en caso de que los sucesos de la guerra impidiesen ejercerlo colectivamente, me presento hoy ante vosotros, trayendoos el fausto y seguro anuncio de que el ténnino de nuestros males se aproxima, puesto que se aproxima la caída inevitable de los bárbaros e implacables opresores.

Y luego se atrevía a ensayar la siguiente aclaración en el mismo docume n lo:

El Gobierno Provisorio hubiera desconocido los deberes imperiosos que la confianza pública le ha impuesto, sino hubiese tratado de evitarlos desastres inminentes, aprovechando de las benévolas y amistosas disposiciones que el pueblo peruano y su leal y valeroso caudillo, abrigan en favor de nuestra repúhlicu mi salida momentánea del país no tuvo más objeto que el desempeño urgente de esos deberes sagrados

Y aun agregaba esta recomendación más sobre los barcos que ominosamente nos bloqueaban (jquién pudiera creerlo!): “El ejército y la escuadra del Perú son vuestros auxiliares, no vuestros enemigos.”°7

Desde que firmó esa proclama como “jefe supremo de la nación’. “asumiendo separadamente el *poder”, y* bajo alegación de que “los sucesos de la guerra” se lo imponían —esto es desde junio de 1859—, ya nunca dejaría de proceder así, con caprichos y resoluciones unipersonales, imbuido de que sólo su genio despótico debía forjarla suerte del país.

Ahora bien, como es fácil suponerlo, en cuanto al contenido de aquella perturbadora adhesión a los actos vitandos del dictador peruano, nadie en nuestro país se quedó impávido. La prensa recogió el clamor común y publicó un enérgico rechazo. El gobierno de Robles, por su parte, lo cxccró inmediatamente, y declaró a García Moreno traidor a la patria. Este, que solía defenderse como fiera herida, y a quien nada le hacía deponer sus empecinadas determinaciones, trató de aproximarse en demanda de ayuda al general Guillermo Franco, comandante de la plaza militar de Guayaquil. Le escribió primero una carta. Luego, por interpuesta persona, le convocó a una reunión con él. Pretendía convencerle de que abandonara al régimen de Robles y asumiera también una posición favorable al mariscal Castilla. Franco le respondió con sensatez, diciéndole que, si alardeaba de su influjo ante el Perú, lo procedente era que buscase el restablecimiento de las buenas relaciones entre los dos países. Y, además, no tuvo reparo en enrostrarle esta advertencia: “Qué distinto papel el de usted y el mio! Usted quiere reducirme a que traicione ami patria, y yo le propordono medios para que se reconcilie con ella!” Por desventura, pues que asi son las claudicaciones y las canallescas veleidades de la codicia política, también aquel general Franco, tan certero en su brava amonestación de ese momento,se despeñó pronto en Jas mismas traiciones, y aun las llevó más lejos. Hizo arreglos alevosos con Castilla, tras desconocer a Robles y al Gobierno Provisorio de Quito, pues que se alzó con el mando de la nación. Ya su responsabilidad personal se debió entonces el irrito Tratado de Mapasingue, a que he aludido. Robles y Urbina dejaron el país, incapaces yade continuardefendiendosu régimen.

La situación en la capital, en el puerto guayaquileño y en varias provincias de la sierra se mantenía desde luego confusa. La paz se resistía a alumbrar en un ambiente crispado de odios y de apetitos del poder. Las esperanzas de García Moreno, según su propio sentir, parecía que se esfumaban. Por eso, ardiendo de impaciencia, y barajando arbitrios tan funestos

07 Ibid.pigs Q9y707

y oprobiosos como el anterior —de la alianza con Castilla—, no demoró en concebir otro acto de traición a la soberanía nacional: escribir una carta a Emilio Trinité, Encargado de Negocios de Francia en nuestro país, pidiéndole proponer a su gobierno la conversión del Ecuador en protectorado francés, “bajo condiciones análogas a las que existen entre Canadá y Gran Bretaña, salvas las diferencias que hubiera que introducir por la fuerza de las circunstancias” .
Las probables dudas y esquiveces de ese diplomático, o la tardanza en la formulación de las consultas a su gobierno, excitaron todavía más las vehemencias de nuestro afiebrado hombre público, el cual insistió en su proposición mediante dos comunicaciones más. Todas fueron dirigidas a Guayaquil, en donde se encontraba Trinité. En la segunda de ellas, enviada personalmente con Manuel Gómez de la Torre (personaje a quien recordaré otra vez, por las actitudes que provocó en Juan Montalvo), le requería entenderse prontamente con aquél: “va autorizado —le decía— para admitir la protección de la Francia oficialmente. Con él puede usted arreglar cuanto sea conveniente; y así ahorraremos la pérdida enorme de tiempo que nos causa el correo semanal”. Y finalmente, en la tercera, sintiéndose defraudado por la supuesta incomprensión del Encargado de Negocios, le puntualizaba mejor los detalles de su oferta, tornando a ésta más abominable para el recto juicio de los ecuatorianos. Estas son sus nuevas palabras:
Yo no me propongo un protectorado honorario, que seria sin duda gravoso a la Francia -- Se trata al presente, no sólo de los intereses del Gobierno de que soy miembro, sino también, del interés de este país que quiere librarse del azote de las revoluciones perpetuas, asociándose a una gran potencia de cuya paz y civilización pueda participar. Se trata también del interés de la Francia, pues que ella seria el ***dueño*** de estas bellas regiones que no le serian inútiles.
Prometía, para hacer más persuasiva su descabellada propuesta, consultar al pueblo, adelantándose a garantizar su aceptacióh.
La práctica de infamias de ese jaez, que descubría la alarmante degradación de nuestros conductores, permite reconocer lo justo y lapidado de la denominación de verdadera noche de borrachos que, dije, se ha hecho recaer sobre ese año de 1859. El general Franco no tenía escrúpulos en firmar un tratado con el que el Perú pretendía tijeretear nuestro territono oriental. El doctor García Moreno quería danzar sobre la soberanía nacional avasallada por una potencia extranjera, según los propios y personales ajetreos de él. Ambos representaban a dos gobiernos surgidos del caos que se disputaban la autoridad sobre el país. Pero García Moreno poseía la clave para prevalecer en la áspera y sangrienta carrera de las amb.

dones. Y así fue también en este caso. Porque supo sacar ventaja de la protesta ciudadana que parecía huracanarse contra el doloso Tratado de Mapasingue. Vio en efecto que había llegado el momento de clavarle un rejón de muerte al régimen de hecho, incipiente y perentorio, del general Franco. Sin pensarlo dos veces llamó a su antiguo adversario Juan José Flores, conociéndole ansioso siempre de escalar posiciones en nuestro país, y proclive además a negociar alianzas con inocultable talante de mercenario. ILe hizo General en Jefe del Gobierno de Quito, y con su intervención militar, y maldiciendo de la traiciones de Franco (isin reconocer las suyas propias!),consiguió echarlo del poder.

Todo esto había acontecido, más que por resoluciones del Gobierno Provisorio de Quito, por la voluntad de uno solo de sus miembros: el indomable Gabriel Garcfa Moreno. Que no atinaba a mandar sino bajo las durezas del despotismo. Victorioso sobre una tropa rebelde en una provincia del sur, había disparado contra un oficial llamado Santiago Palacios, y, tras haberlo herido, había dado orden de que se lo fusilara, sangrante, en su presencia. Por donde iba pasando aquel naciente tirano, buscaba partidarios de Robles y Urbina para someterlos. Decretaba cárceles. Imponía grillos y azotes. Bajo los golpes de su férula ardían de dolor e indignación tanto frailes como liberales. Pero nada había de despertar en el país entero un sentimiento de mayor pesar y repulsa que el castigo infligido al general Fernando Ayarza. No se olvide que éste desaprobó el ultraje personal de García Moreno al ministro Manuel Bustamante, a quien visitaron en su casa los dos y Manuel Ascázubi, y que luego, por obligaciones precisas de carácter militar, derivadas de ese hecho, mandó la escolta que intentó apresarle, sin lograrlo. El déspota, a su tiempo, no olvidó tales incidentes. Jamás olvidaba ni las ofensas ni los desaires que se le inferían. Habían pasado unos doce años. Y mantenía aún el resentimiento fresco, inalterable, como para agasajarse con una revancha atroz. Sepultó al general Ayarza en una prisión asquerosa, con grillos pesados, innecesarios para su débil condición física y sus setenta años de edad. Durante un par de semanas trató de hacerle rendir una declaración contra su propia inocencia en el manejo de un supuesto dinero recogido para la revolución. Ante lo inútil de esos interrogatorios, ordenó que le dieran quinientos azotes, “porque ese negro no merece otro castigo que el acostumbrado en las haciendas de trapiche”. He de recordar que el general Ayarza era de raza negra y oriundez panameña. Había combatido junto a Sucre en el Pichincha, en 1822, para conquistar nuestra emancipación en ti a memorable campaña, enrojecida de sangre generosa, y había estado junto :d r:,eblo en la heroica batalla marcera de 1845, que dio fin a la dictadura Flores. Pues bien, la

flagelación dispuesta por García Moreno, pese a que conllevaba una pena de muerte cruelmente consumada, había comenzado a ejecutarse, y el chasquido del látigo se dejaba ya oír en torno del cuartel en que se le estaba martirizando. Todo parecía dirigido al trágico desenlace, entre el estupor de la gente congregada en las afueras. Pero, por ventura, alcanzó a hacerse presente cuando aún era oportuno el suplente de los triunviros del Gobierno Provisorio Manuel Gómez de la Torre, cuyos pasos acelerados, que descubrían su azoramiento, sólo se detuvieron frente a los soldados que servían de verdugos, a los que con autoridad legítima les dio una orden de falto!, mientras lanzaba su capa sobre la piel desollada del anciano. Ahí en ese momento se suspendió pues el rudo castigo. El preso volvió a su ergástula inmunda, con la espalda sangrante, la mirada vidriosa, los miembros desfallecientes, para sufrir otra vez la tortura de sus grillos. En los días siguientes, su fiebre pertinaz y algunos síntomas de agravamiento progresivo, comprobados por un médico, aparte de las diligencias de Gómez de la Torre y de la intervención del Encargado de Negocios de España, determinaron que el déspota accediera a poner en libertad al infortunado general Ayarza. Lamentablemente, ello no era sino como mandarlo a morir lejos del encierro. Tras brevísimo tiempo, en efecto, y mientras caminaba despaciosamente por una calle de Quito, se le vio irse de bruces sobre el pavimento. Hubo la suposición de que los azotes, impregnados de veneno, le habían precipitado en ese final repentino. Juan Montalvo recogió aquella sospecha, catorce años más tarde, en su opúsculo titulado *La dicta: dura perpetua*, al trazar la evocación de la brutalidad cometida con Ayarza:

Un anciano agobiado con el peso de los años y los niales se halla en el calabozo de un cuartel: cano, enfermo, triste, no dice nada ni se nueve. Llegan los verdugos, le toman, le arrastran al patio, le templan, le azotan. ¿Oyen ustedes? le azotan! ¿Han oído? ile azotanl Y ese hombre es militar, general, veterano de la independencia. Después de azotado, le echan fuera. A pocos dias como iba por la calle despacio, taciturno, cayó muerto. El corolario del azote debía ser el veneno: el tiranuelo temió la ven ganz del ...

Si la ciudadanía se conmovió con este hecho de bárbara e injusta punición, más aun lo sintieron las fuerzas armadas de todo el país, que publicaron protestas contra su único responsable, Gabriel García Moreno. Y los lectores de nuestros días que conocen la celebradísima novela que el guatemalteco Miguel Angel Asturias tituló *El señor Presidente*, y que saben además que ella nació de la indagación de los gobiernos dictatoriales hispanoamericanos, y que por otra parte han reparado en que en esas págil Galo **Rané** flrez. "La dictadura perpenaa". *Escriws* ***de lijan Montalvo,*** Banco central del Ecuador. 1985. **pág.** 92.

nas su autor invoca admirativamente a Juan Montalvo, bien pueden concluir que los pasadillescos desmanes garcianos no dejaron de ser fundamento de la fabulación de algunos pasajes novelísticos crueles de aquella obra. Por lo mismo, no podrán menos de reconocer la inmarchitez de la trágica impresión de sucesos como el que he acabado de narrar.

Evocados he dejado así, hasta aquel 1860, los rasgos más visibles de la personalidad y de la historia de esta dramática figura de nuestra vida pública. Pero su imagen no estará completa si no busco acercar a nuestros ojos los detalles de su presencia corpórea, revelados por alguien que alcanzó a observarlos con vehemente atención, y que fue no otro que uno de los complotados en su asesinato: Roberto Andrade. Contémplense pues esos trazos directos y fidedignos:

Yo conocí a García Moreno en Quito. poco antes, indudablemente, de que triunfara en Guayaquil. En aquel tiempo alcanzaba a los cuarenta años, más o menos, tenía todo el aspecto de un hombre elegante, aunque destituido de los atractivos de los currutacos vulgares. Alto de cuerpo, delgado de miembros, frente espaciosa, fisonomía aguileña, bigotes negros y poblados: su mirada era como la del perro gruñón en el momento en que va a atacar a su enemigo. Mirada de águila han llamado sus secuaces a la de aquel atrabiliario. Después había contraído la costumbre de mirar siempre de lado, lo cual contribuía a revestirle de todas las apariencias de ferocidad, propias de un animal bravo de los bosques. Me inspiró estupor, porque era yo muy niño, y en la escuela había oído hablar de sus crueldades.

Echadas a un lado las comparaciones despectivas con que Andrade se ha referido a su personaje, seguramente se ha de advertir que este retrato tiene un enfoque y una puntualización de caracteres bastante expresivos o definidores. Que coinciden con los de una fotografía de la época que se ha divulgado bastante. Así debió de haber sido, en consecuencia, el dictador García Moreno en los días mismas en que el joven Juan Montalvo, de veintiocho años cumplidos, retornó al Ecuador. El primero, de cerca de treinta y nueve de edad —para ser precisos—, se hallaba en el disfrute de una constitución de acero: fuerte y saludable. El otro, pese a su mocedad, había arribado a nuestras playas en una condición física lamentable: débil y postrado. Al extremo de que tuvo que ser llevado en parihuelas a la hacienda de la Bodeguita de Yaguachi, cerca de Guayaquil, donde pasó unos días, hasta ser conducido de manera similar a su hogar ambateño. Y fue precisamente ahí, en aquel cálido y húmedo lugarejo costeño de entonces, en donde le ocurrió escribir una larga carta, un tanto discursiva, pero cargada de admoniciones y de amenazas, al déspota victorioso, ya intocable por su intolerancia y propensión de sadismo. Nuestro luchador en ciernes

‘09 R,,bcrto Ançlra,Ic. ***Monta!,,, yGa,cla M*** **oren,, T,,m,, Ibid** pág **2t0**

se mostraba perfectamente enterado de todo lo que había ocurrido en la política del país, a la que por lo mismo yo juzgué necesario destinar las consideraciones de un buen número de estaspáginas; e igualmente se hacía notar advertido del papel protagónico que había asumido su futuro adversario, cuya inquina no había demorado en alcanzar, por urbinista, a uno de los Montalvo: el doctor Francisco Javier.

Aquel documento, que según parece, por vanos testimonios, no irritú dei todo a García Moreno ("este joven tiene probablemente aJIa idea de mi mansedumbre", se le oyó comentar), constituyó el primer paso de un desafío mortal que duró quince años, y que sólo se terminó con el trágico desenlace del gran tirano. No se ha de entender, desde luego, que esos tres lustros fueron de un combate ininterrumpido de nuestro polemista, ni que sólo en *aquel* propósito concentró su intenso laboreo literario. EJ creer eso sería desconocer la rica y múltiple proyección de su pensamiento, de su imaginación, de su emoción creadora, explícitos en los libros variados que escribió durante aquellos años.

Por fin, por juzgarlo indispensable, he de cerrar el presente capítulo reproduciendo unas cuantas partes cardinales del referido escrito epistolar de la I3odeguita de Yaguachi. De ese modo se apreciará, una vez más, la voluntad combativa de Montalvo, pero al mismo tiempo se echará de ver el carácter extremadamente idealista de su pensamiento frente a los rasgos tormentosos de los problemas nacionales de la época. Que, en cambio, vinieron a ser el troquel en el cual adquirió un relieve duramente práctico, áspero y fiel, la personalidad de su enemigo, el dictador García Moreno. Léase pues el resumen que sigue:

Señor:

No es la voz del amigo que pide su parte en el triunfo, la que ahora se hace oír, ni la del enemigo en rota que demanda gracia y desea incorporarse con los victoriosos. Mi nombre, apenas conocido, no tiene ningún peso, y no debo esperar otra influencia que la de la justicia misma y la verdad de foque voy a decirle. Extraño a la contienda, he mirado los excesos de todos y los crímenes de muchos, lleno de indignación. No digo que todo lo he visto con ojos neutrales, no; mi causa es la moral, la sociedad humana, la civilización, y ellas estaban a riesgo de perderse en esta sangrienta y malhadada lucha ... La inteligencia y la virtud pública en rematado vilipendio; las leyes y buenas costumbres holladas bajo los pies de miserables incapaces de comprenderlas ni estimarlas; la justicia y el derecho, huyendo ante la violencia y la rapiña. ¿Era acasopartido? No, ni facción puede llamarse aquella cuyas ason,"as se hacían a la sombra de bandera tan siniestra...

Pero ahora hay que pensar en cosas más serias Ial vcz, ,nás serias sin duda. La patria necesita de rehabilitación, y Ud., señor García, la necesita también. ¿Cuál es la situación política del Ecuador, respecto a las naciones extranjeras? ¿No ha sido invadido, humillado, fraicionado? --- Si no preparamos y llevamos a cima una espléndida repara-

ción, no tenemos el derecho, no, señor! de dar el nombre de patç eo,/izudr, a estos desgranados puehlos Los otros nos rehusarán, y justamente, sus consideraciones, y lodos se creerán autonzados para atentar contra nuestro territorio .. Ud. debe sentirIo y conocerlo, Ud., señor, más bien que cualquier otro. En so conducta pasada hay un rasgo atroz, que Ud. tiene que borrar a costa de su sangre . La acción fue traidora, no lo dude Ud... Pero nunca pensó Ud. vender su patria, ¿es esto cierto? Oh! digalo Ud., repitato Ud. mil veces! Hay más virtud en reparar una falta que en oo haberla cometido; ésta es verdad muy vieja: borre Ud. un paso indigno con un proceder noble y valeroso.
Guerra al Perú!
En cuanto a mí, la suerte me ha condenado al sentimiento sin la facultad de obrar: una enfermedad me postra, tan injusta como encarnizada, para siempre tal vez, tal vez de modo pasajero, mas por ahora me asiste el vivisimo pesar de no poder incorporarme en esa expedición grandiosa; porque si de algo soy capaz, seria de la guerra
Pero me queda un temor: Ud. se ha manifestado excesivamente violento, señor Garcia. El acierto está en la moderación, y fuera de ella no hay felicidad de ninguna clase
La última persecución que mi hermano ha experimentado ha sido injusta, injusta, si! y por consiguiente atroz; rezago de viejas prevenciones, memorias de Urbina, nada más ... Por lo que ami respecta, salgo apenas de esa edad de la que no se hace caso, y, a Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades. Algunos años vividos tejos de mi patria en el ejercicio de conocer y aborrecer a los déspotas de Europa, hanme enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América española. Si alguna vez me resignara a tomar parte en nuestras pobres cosas, Ud. y cualquier otro cuya conducta pública fuera hostil a las libertades y derechosde los pueblos, tendríaen ml un enemigo, y no vulgar, no, señor
Déjeme Ud. hablar con claridad: hay en Ud. elementos de héroe y de ... suavicemos la palabra, de tirano. Tiene Ud. valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que sino procura adquirirlas a fuerza de estudio y buen sentido, caerá, como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad ... Orillado el asunto principal,digo la guerra, como lo ha sido ya, dimita Ud. ante la República el poder absoluto que ahora tiene en sus manos: si los pueblos en pleno uso de su albedrío quieren confiarle su suerte, acéptelo, y sea buen magistrado; si le rechazan, resignese, y sea buen ciudadano. ¿Le irrita mi franqueza? Debe Ud. comprender que en el haberla usado me sobra valor para arrostrar lo que pudiera aca' 'arme, si me dirigiera al hombre siempre injusto
No he pretendido dar lecciones a Ud., Señor, no; todo ha sido interceder por la patria común, celo y deseo de ver su suerte mejorada...
Juan Montalvo.
La Bodeguita de Yaguachi, a 26 de setiembre de 1860. 0
i lO "De ia libcnad dc imprenta'. El cosmopolita. Tomo pdnero, **págs. 52 y 58. Ibid.**

CAPITULO XI

Los años de retiro y convalecencia

El último trimestre de 1860 lo pasó Juan Montalvo realmente postrado, en la casa familiar de Ambato. La diligencia cariñosa de su hermano Francisco Javier había dispuesto de antemano el arreglo de la habitación en que fue albergado, limpia y soleada, con ventana a la calle. Manos igualmente solícitas, del propio hogar, se ocuparon en ofrecerle las atenciones recomendadas por el mejor médico de la pequeña ciudad, y desde luego también, a medida de lo posible, en seguir las instrucciones que le había dado su especialista de París, en los días de mayor gravedad de su padecimicnto. No había lugar a equivocación en el diagnóstico: se trataba, según quedó explicado en las páginas sobre su temporada francesa, de un reumatismo agudo.
La afección había recaído particularmente en su pierna derecha, que llegó a sufrir una contracción leve pero incurable, motivo de la suave y casi imperceptible cojera de que adoleció hasta su muerte. En su cuerpo momificado, que se conserva en el mausoleo que se le ha construido en el solar contiguo a la morada paterna, he comprobado personalmente aquella asimetría de sus extremidades. La derecha tiene un centímetro menos de longitud que la izquierda, y presenta más abultado el hueso de su rodilla.
El tratamiento fue acucioso, y rindió sus efectos. Pero parece que la mejoría que lentamente fue alcanzando se debió en buena parte a las saludables condiciones climáticas del lugar, y quizás también a la atmósfera espiritual de que se sintió rodeado. Por éstas había él hecho oír, desde Europa, sus insistentes clamores de añoranza, ‘z ahora, en realidad, advertía que había estado en lo cierto: las bondades del clima y la solidaridad amorosa de sus personas íntimas le habían ayudado a convalecer, fortaleciéndole oportunamente su concentrada voluntad de restablecerse. Tenía cuanto necesitaba dentro de la simplicidad y rnesura de sus hábitos. Su hermano le proveía hasta de las lecturas que demandaba: abundantes libros con los que completar su ya rico dominio de las letras universales, su cono

cimiento de algunos filósofos antiguos y modernos, su pertinaz asimilación de los principios del buen decir, a través de Capmany, Clemency, Baralt, Bello y Cuervo. Además, igual que antes de su ausencia, volvió a disponer en su mismo dormitorio de una hermosa mesa para escribir, al estilo de las de la época. Se le repetía así la experiencia de largos períodos de encierro y aislamiento, ya conocida por él en su vida de Quito y Ambato, y en la de París sobre todo, cuando le echó a la cama, por varios meses, su ya prolongada afección reumática.

En esta vez, si no se descuentan las cortas estadas en Quito, su retiro provinciano iba a ser de ocho años completos: de 1860 a 1868. Tiempo de *significación* muy especial, desde luego. Durante su curso se fue en efecto produciendo el acrecentamiento de cultura de Montalvo a que acabo de referirme, y con él, simultáneamente, el pugnaz y fervoroso afinamiento de sus facultades de creador literario. Mediante la aleación fecunda de sus aptitudes innatas con el aprovechamiento consciente de los modelos clásicos y románticos por él amados, y la absorción controlada de las excelencias estilísticas de esos sus autores, fue logrando un fruto de condiciones óptimas, por la sustancia de su pensamiento y la sapidez y gracia de sus expresiones. Aquella tentativa insigne de mostrarse con una personalidad de escritor seguro y responsable, original, distinto y atractivo, consiguió pues de ese modo una culminación bastante merecida. Hay que precisar, esto sí, que fue un quinquenio lo que llegó a necesitar en el ejercicio de su esfuerzo callado y solitario, para conquistar la estructura y la estética de una prosa ensayistica nueva en la lengua castellana: la de las páginas de su primer libro: *El cosrnopol(w*, que comenzó a publicar en Quito en enero de 1866. Con esta creación —si bien se mira— se ofrecía el alumbramiento de una nueva literatura en Hispanoamérica. Hecho realmente prodigioso, sin duda. Por eso tiene tanto relieve en la historia de nuestro escritor esta permanencia de él, en los sesenta del siglo pasado, en su casa familiarde la placita de Ambato.

Las horas destinadas a leer y escribir eran las más numerosas. Con todo, pocos se habían dado cuenta de la empresa que estaba acometiendo ahí a sus solas. Porque, inclinado como era a mantener una reserva natural sobre sus propósitos de mayor entidad, a él no le gustaba hacer conocer paulatinamente, según su avance, las páginas que iba componiendo. Por otra parte, no recibía sino eventualmente alguna visita. En los momentos de reposo prefer(a dialogar con los que estaban más cerca de él, incluidas las gentes humildes que le servían. Francisco Javier era su contertulio más constante. Y con él sí acostumbraba, aunque en forma breve y esporádica, tocar temas relacionados con la literatura y con la creación ambiciosa a que

estaba radicalmente entregado. Se debe recordar un par de antecedentes interesantes: primero, su hermano le había hecho publicar en el semanario quiteño *La democracia varios* trabajos, que justamente venían a ser base de otros tantos ensayos que ahora esbozaba para destinarlos, junto con los nuevos, al contenido amplio de *El cosmopolita.* Y luego, el mismo doctor Francisco Javier era, a la vez, un orientador eficaz en el campo de las letras, ya por su ejercicio docente, ya por el abundante, luminoso y bien organizado conocimiento de obras y autores, como lo demuestra su *Compendio de la historia de la literatura universal.* **Debido** a esas circunstancias es fácil sospechar que Montalvo halló en la compañía bondadosa y los afanes de encaminamiento de su hermano mayor, no una influencia determinante para sus escritos, pero sí un estímulo inteligente y cargado de fe, en que nadie ha querido reparar lo suficiente.

En aquella etapa recoleta de tan largos años, sin comunicación literaria ni política cqn asociaciones o amigos, y productiva en cambio en la imperturbable preparación de su primer libro, sólo en una ocasión se decidió a mandar algunas páginas a la prensa de Quito. Fue ello en diciembre de 1861. Lo hizo para satisfacer una invitación de la revista *El iris,* cuyos colaboradores eran Pedro Fermín Cevallos y sus compañeros de generación Juan León Mera, Julio Zaldumbide y José Modesto Espinosa. El tema que escogió fue el encarecimiento amoroso del poder creativo de Dios, evidente en la belleza de lo creado y en el goce natural dela felicidad. Sus reflexiones, exentas de pedantería como del lastre del lugar común, se enriquecieron con las impresiones de la literatura del pasado y de la historia de los viejos pueblos de Europa. Hubo también una notoria intención moralizadora: "admiro —afirmó-—— un gran talento; mas la virtud, por escasa que sea, tiene a mis ojos más valía". En ese marco mental puso asimismo a contemplar los rasgos femeninos que son dignos de exaltación. Había leído a Virgilio y recordaba que él "ha trazado el cuadro de la mujer perfecta". Por su parte estaba convencido, a través de un sentimiento temprano que se le ha de fortalecer después, de que "la mujer no es inferior al hombre". Y se veía inclinado a acudir —igual que lo hará más tarde— a ejemplos precisos y elocuentes de la grandeza femenina de la antigüedad. Hacía además alusiones deliberadamente vagas y románticas, que parecían concernirle personalmente, a una suerte de amor que era semejante al de Abelardo y Eloísa, de Lamartine. Pero por cierto, en el plano de lo concreto y de su medio y su tiempo, no se resistía a sentar esta observación sobre las mujeres: "Rubor y pesar tengo en decirlo: educación no tienen". El haz de ideas de este ensayo volvió a inostrarse, con un despliegue de consideraciones más cuidadosas y variadas, en algunos trabajos de los libros que fue

•uhlicando a lo largo de su existencia. De modo que en estas páginas destiadas a la revista *El irLç* se puede hallar algo como la almendra de los frutos onceptuales de su producción posterior. Pero también se consigue descuirir, yeso hay que subrayarlo claramente, un manejo de la frase que tiende ser elegante y de su gusto peculiar, aunque no alcance los dones que poseíd su estilo en las obras de madurez. El título con que publicó esta prosa suelta fue el de *Dios a todos se acomoda,* y estuvo seguido de un epígrafe en francés de Alfredo de Musset. No se olvide que ya para entonces se hallaba embelesado con las creaciones de los autores románticos de Europa, y que entre éstas figuraba, con su propia fuerza de atracción, la de aquel testigo doliente y afilosofado narrador de "los males del siglo".

Por lo demás, labores de orden intelectual aparte, Juan Montalvo se ¡ha sintiendo paulatinamente recuperado. Poco a poco se aventuraba a caminar. Esa práctica le fue siempre necesaria, y él la había hecho consistir en su medio habitual de distracción como de sus obligados desplazamientos observaciones. En los comienzos de su convalecencia paseaba por los interiores de la casa, por la plaza que tenía enfrente de ella, por los sitios circunvecinos. Luego iba más lejos. Bajaba a las vegas del río. Tornaba lentamente, al compás de su cojera, cada vez menos acentuada. Por fin, llegó el día en que consiguió reiniciar sus recorridos de años atrás, de antes de su Viaje a Europa, que eran los de la verde ladera de Ficoa, en el rumbo de la quinta familiar. Volvió así a palpar los rugosos troncos de sus árboles, y a contemplar las altas copas de ellos, que se mecían con el viento o se estremecían con la levedad angelical de las aves, al detener éstas, en lo más cimero de la enramada, el temblor nervioso de sus alas.

las salidas del escritor se fueron además extendiendo, al ritmo de CXC progresivo restablecimiento, hacia los pueblos aledaños de Ambato y las comarcas rurales vinculadas con las posesiones paternas y los núcleos de la vieja parentela. Para ello calzó de nuevo sus botas de montar y sus espuelas. Torné pues a sentir las fruiciones, tan suyas, de auténtico jinete. El cabalgar por los caminitos apacibles de todos esos lugares, entre los matorrales de las chilcas, o por en medio de la pradería resplandeciente de rocío, o por sendas que van bordeando los arroyos y los ríos., guardaba el prodigio de hacerle sentir, una y otra vez, una fusión dichosa con los campos. En el corral de su casa, entre las adquisiciones realizadas por Francisco Javier, había encontrado a la bestezuela briosa y alegre en cuyo trote confiarse para sus nuevas andanzas. Era un caballo de alzada mediana, de piel oscura y reluciente, de remos ágiles y delgados, de hocadócil al freno.

Varias fueron las ocasiones en que llegó, galopando solo, a la hacienda de sus remembranzas europeas: la de Punsán, en Baños. Cuando hacía

este viaje rio dejaba de ir, de puma a punta, por los recodos agrestes de la población. Buscaba el refrigerio amable de alguna arbolada que conocía bien y que poco bahía cambiado. Se esforzaba, ahora con mayores difictil— tades que antes, en subir a los montes Lugareños por sendas de indios y de cabras, para suspenderse en la contemplación de los gestos bravíos de ese paisaje de escarpaduras, peñascales y quebradas, en cuyos hondones las aguas del río parece que hierven por el impulso colérico con que se precipitan contra las piedras de su cauce ye1 desafiante muro de las rocas. Vagaba también por las callejas de polvo endurecido de Baños, respondiendo al saludo infalible de os peones del campo con que tropezaba, y desde luego al menos frecuente de algunos de los parroquianos, que lo miraban pasar envuelto en su taciturnidad de siempre, y que acaso le conocían, no tanto por su nombradia personal (aún no bien afirmada), cuanto por su respetada familia, poseedora de la vecina hacienda de Punsán. En ella se encerraba a disfrutar del cariño de sus hermanos y de sus humildes criados, en periodos de pocos días. Pero hasta esa morada, increiNernente modesta, solía llevar también las notas del libro que preparaba. Es decir, de *E/cosmopolita.* Bueno es recordar que varias de sus páginas las escribió cii la rustiquez de los escenarios naturales de ese lugar y del bosque de Ficoa.

En alguna oportunidad, en este mismo período de 1860 a 1868, cabalgó igualmente a la población de Guano, aneja a Riobamba. Cierto es que no le seducía el visiteo, ni siquiera con los más íntimos de sus parientes, y que su temperamento, irregular y quebradizo, no era el apropiado para avivar afectos y amistades. Mas es también cierto que la disposición a volver los ojos a lo que había ido dejando lejos, y a melancolizarse de nostalgia por ello, era en él casi irresistible. De modo que, no obstante aquella su resistencia natural a entretejer relaciones con personas o grupos de cualquier carácter, era explicable que se anirnara un buen día a enderezar la rienda de su caballo moro hacia las tierras de sus antecesores. Guaneños habían sido sus bisabuelos: Fortunato Oviedo y Asunción Avendaño. Con la joven hija de ellos, Jacinta, se desposó el andaluz José Santos, abuelo de nuestro escritor. Toda ésta ya es historia conocida. La he puntualizado en capítulos anteriores. Acaso lo que debo aclarar aquí es solamente que no hay hasta ahora ninguna confirmación de los supuestos lazos de sangre de aquel abuelo español con los Montalvos establecidos en La Habana y en Panamá, que parece que fueron inmigrantes de igual procedencia a la suya.1 **lila** Don Marcos, el progenitor de mi biografiado, fue ya nativo (te Guano, según lo sabemos ianbién Y lo fueron todos los otros quince hijos del
Vc,wnI,

andaluz José Santos. Por lo mismo, es fácil advertir que éste se convirtió en el tronco de una extensa ramificación familiar, cuyos descendientes fueron irasegandose a su vez hacia otras provincias del Ecuador. Pero en la pequeña villa guaneña, a lu fecha de esta nueva visita de Juan Montalvo, quedaban *algunos* de sus rarientes. Uno de éstos, que era suprimo y que llevaba sus mismos nombres, se hallaba señoreando la hacienda Ingos, que él había conocido a comienzos de su adolescencia, ya la que se llegaba dominando un collado cercano a la plaza. Este Juan Montalvo de Guano, al que evoqué en uno de los primeros capítulos por la carta que dirigió al escritor en una época de persecuciones políticas, era también hombre capaz, digno y valiente. Alcanzó a ser la autoridad mayor del lugar, y por sus concluyeMes aet&s de justo rigor recibió el sobrenombre de *Guaraca,* o látigo. Su hoga? contó con una prole numerosa. En aquellos días de la aludida visita la hermosa Rosaura no tenía más de cuatro años de edad. Mucho después, en su juventud, ella se convirtió en una exaltada admiradora de su ilustre tío segundo. ***Y*** llegó a ser al mismo tiempo la compañera de Estela, a quien, según dejé indicado oportunamente, enamoró Montalvo en otra estada guneña bastante posterior.

De acuerdo con su modo íntimo de ser, en este paseo motivado por las nostalgias ideales del lugar y del ancestro, que no por el ánimo de halagarse en demostraciones prácticas de confianza con sus actuales parientes, demoró poco bajo el techo acogedor de la hacienda de Ingos. *Y* mientras estuvo en ella acostumbraba salir en su caballo, generalmente rehusando toda amable compañía, para darse vueltas por el pueblo, reviviendo antiguas imágenes. Al río, orillado de eucaliptos, le encontraba anémico, y a pesar de eso azotado por los ramales de ropa de las lavanderas. Veía que seguían cuidadosamente mantenidas algunas construcciones de dos pisos, de patio espacioso y claros corredores en ambas plantas. El sabía que las habían levantado, en alarde explicable de prosperidad, viejos fabricantes y negociadores de paños. La iglesia no había cambiado, con su penumbra triste y sus dolientes campanas. En una esquina de la plaza pudo identificar, por las referencias, la cas-Sa en que habían tomado un local para destinarlo a almacén sus abuelos José Santos y Jacinta. Hasta ahí debió de haber bajado éste cotidianamente, muy temprano, a abrir el candado enorme que colgaba de las armellas de la puerta. para instalarse tras el amplio mostrador de tablones brillantes, a ejercer su comercio. La morada propia la tenían aquellos tres cuadras arriba. Y hacia allá quiso también espolear su caballo nuestro viajero. Es cierto que la recordaba suficientemente. pues la había observado con ate neion más de una *vez.* Pero deseó tenerla nuevamente frente i sus ojos. No sabía de veras por qué. ya que en ella nada

había de atractivo. Todo lo contrario, su aspecto era casi deprimente. Peor en la oportunidad de esta visita, en que la descubrió más añejada y ruinosa que nunca, por el descuido de sus desconocidos propietarios.

También yo lic querido contemplarla en nuestros días —corridos ya más de ciento veinte años— para darme cuenta de las condiciones en que creció allí Marcos Montalvo, el padre de mi biografiado. La calle sobre que esforzadamente persiste ese inmueble es todavía de tierra apisonada, y se la advierte, en toda su extensión, visiblemente desierta. Son pocos en verdad los que han levantado por ahí sus viviendas. La que perteneció a José Santos Montalvo, he de confesarlo con alarma, desaparecerá pronto del todo. Resulta irritante que los guaneños, que se enorgullecen con razón de que en su ciudad se haya establecido ese abuelo del gran escritor, y, aun **más, de que** en ella haya nacido y vivido largo tiempo don Marcos, caigan en la absurda e imperdonable contradicción de no defender joyas históricascomo ésta, vinculadas íntimamente a la familia Montalvo.

Transferida tal vez, en el curso de los años, a varios propietarios, los de ahora se han confabulado torpemente contra la venerable integridad de la antañona casita. Han cometido así, acaso sin sentido de su culpa, el acto bárbaro de reemplazar la fachada primitiva con otra, de pujo medio moderno, que ha venido a mostrarse como una máscara arlequinesca, encubridora de la pobreza y la humildad amables de otrora. No he podido pues ya mirar la doble grada de tierra que permitía el acceso a la morada desde la calle, ni su puerta central de dos hojas de madera, ni su entrada angosta, de una sola hoja, del lado derecho del rústico portalito, ni el solitario ventanuco que se abría, en forma de cuadro, en una parte superior del frente, En cambio me ha sido posible subir por la breve rampa que aún se conserva junto a la fachada, y que se halla medio invadida por la hierba. Conduce ella a otra puerta, sin duda reservada al uso íntimo de la familia, que se abre hacia el costado lateral izquierdo de la casa. Por esa entrada se pasa a dos habitaciones medianas, separadas por una pared de bahareque, y de piso de tierra. Por fin, en la parte posterior, tras el débil muro del fondo de la modestísima construcción, han quedado sólo los plintos de otra pieza que, por lo que se ve, no debió de haber sido sino bodega de las bayetas y mercancías de don José Santos Montalvo. Porque en efecto, en otro nivel, al pie de la supuesta bodega, hay un patizuelo o pequeño corral, en el que seguramente se cargaban las bestias para las duras marchas serranas de aquel comerciante que hacía alternarsus ahores entre la tienda de Guano y la peregrinación por otros pueblos. El que. como yo, observa ahora esta insignificante morada, en que nacieron y se amontonaron tantos vástagos de José Santos —entre ellos Marcos, padre de nl i biografiado— no

puede menos ile suponer el grado de pobreza que caracterizó a sus vidas, y desdeña consecuentemente el apresurado parecer de cuantos han hecho referencias a la Fortuna, inexistente en realidad, deesa familia.
nail Moni ilvo tuvo que haber renovado esa misma triste impresión en esta visita de los años sesenta del siglo pasado. Pero la llevo dentro de él. sellada corno un secreto. Jamás hizo alusión a ella en ninguno de sus escritos.
finalmente, en el curso de este afán evocador en que estamos, creo tte hay tiria circunstancia más que es pertinente al ámbito gtianeño de este pisije biográfico montalvino, y que conviene que yo la precise para insistir en eso del descuido proyectado sobre el patrimonio, ciertamente histórico, de los antecesores de nuestro admirado ensayista. Esa circunstancia es la de que. con el mismo sentido de torpe abandono con que se ha ido permitiendo la destrucción de la centenaria vivienda de los Montalvo, parece qtie se fian manejado los importantes documentos que les conciernen, y cuyo contenido hubiera podido iluminar la obra de los investigadores. Yo e alcanzado a comprobar personalmente esta realidad de losar chivos de c;iinti. con la misma impotente inquietud con que advertíel estado agónico tic aquel inmueble venerable. Busqué, en efecto, en la documentación parroquial. la partida de defunción de don José Santos Montalvo, y no di con ella. ‘lampoco encontré su testamento en los legajos notariales ni de Guano ni de Riohamba . Me interesaba su consulta para saber si en alguno de esos papeles se había dejado constancia del lugar en que aquél había nacido. Llegué a revisaren vano los registros de fallecimientos que se conservan. seguramente incompletos, desde el 15 de noviembre de 1801 hasta el 28 de octubre de 1827, y me quedé con el tormento de una duda sobre la fecha de 1825, que se ha establecido como probable, del deceso del abuelo de mi biografiado. He pensado en efecto que pudo haberse cometido un error, al tomarse quizás de prisa la partida de otro José Santos, de apellido distinto, muerto en aquel año. Léase esa constancia:
José Santos En beintc yuno de Abril de mil ochucientus hcintc ysincu. Di sepultura Ectesiastica, al cadaver de Jose Santos Parbuto, hijo Lgo de Custodio Alarcon y Juana Anaguita, y paraquenste lofirmo. Fr. Manuel Mnncayu.
Y bien, explicba así mi doble y desalentadora verificación en materia que corresponde a las cosas de ese pasado, es hora de que recuerde que Juan Montalvo no demoró en Guano más tiempo que el que le demandaron los rectamos nostálgicos de su corazón. Volvió pues a su casa de Ambato. Para entonces no le quedaba de su enfermedad sino una casi imperceptible cojera. De tipo byroniano, como él se placía en observar.

CAPITULO XII

María Manuela o los amores clandestinos

El largo retiro provinciano de Montalvo no se llenó únicamente con los cuidados y prácticas de su convalecencia, ni además, con el trabajo de elaboración de El cosmopolita a queme he referido en el capítulo precedente. pues que abarcó también una dramática historia de amor. Era él proclive a enardecerse con toda laya de pasiones. Loera por su propio temperamento. y acaso también por el influjo, tan determinante en algunos aspectos de su conducta, de personalidades y libros a los que con viva sensibilidad se había aproximado. Su naturaleza misma era la de un hombre sensual. Percibía la belleza con un preponderante gozo de voluptuosidad. Eso era exactamente así. Recuérdese que en plena madurez, en sus Siete tratados, él mismo hizo la siguiente afirmación categóricaS:" Pero la belleza esencial, la belleza realmente dicha, no hay duda sino que está vinculada en la mujer, o tiene conexiones inquebrantables con el amor y la voluptuosidad". ' Y son frecuentes las descripciones en que se place en los encantos físicos femeninos, y fervientes sus exaltaciones de la desnudez corporal de la mujer. Sus preferencias de sibarita en ese campo le acercan al ideal de los griegos y de los renacentistas, cuyas esculturas y lienzos eran la apoteosis de las formas carnosas y plenas. Valgan como ejemplos estas expresiones, espigadas en páginasde la misma obra:

sohre esto una blanca, apretada gordura, de esas que resisten ci atrevido pellizco:

los pechos. erguidos, parecen dos trozos de mármol en forma de pan de azúcar pulidos por ci cincel de Polycielo: tas curvas de su vientre desafían a a cumba del arco de Cupido: las caderas sc lcvanian en promontorios alomados, por cuyos derrames suben bajan tos Genios del placer: el muslo. trucso, blanco, de redondez perfecta

- lligalu ci pecho, mullida cama de deseos. digalo la boca, estrofa dc Anacreont encendida en ci ,iliefflucte S:,ín

Ii De lahelle: en,I g&en: bum.rno.S,r'e'ra'nd,n.pag 1R4.ih,d

Las flacas no le seducen. Peor si han llegado a la cuarentena:
venal id, Seinoas lacas y cteciclocs, ¿cómo i’s dais maña co llevar unidas las cien mil cucharas que componen vucslro cuerpo? Hojalata vieja, castrapuercos, matraca, ruido de cucrt, seco, huevos yacios echados en las piedras, cantimplora tota, vejiga eso alma sIc oil,, i,idss lic oído en este iitiiido, pero cosa queme lastime más el órgano auditivo que la osamenta de una cuarentona soltera y devota, no hayen la circunferencia de It nc rra q tic para seni arme sobre una talega de costillas de pescado, no qom ser m emperador.
Parece que en los años de su niñez se sintió ya fascinado por las sorpresivas contemplaciones del blancor y la gordura de los muslos de las Jóvenes que jugaban saltando cerca de él. y que, desprevenidas, le ofrecían esa ininteneionada y perturbadora revelación. En seguida, tras la deleitosa sensación de haber descubierto así las partes ocultas de esa hermosura, es seguro que empezó a buscar él mismo, de modo furtivo. la oportunidad de mirarlas de nuevo, bajo el despliegue generoso de las faldas moceriles. No se olvide que la fuerza imperativa del sexo se manifiesta en ese género de curiosidades durante la inocente y virginal estación primera de nuestras vidas, sin que alcancemos a formarnos ni idea de dicho fenómeno, con una racionalidad en brote todavía. Hay unas páginas de Montalvo en su tratado del amor —que eso es su Geometría moral—— en que forja la historia sentimental de un Tenorio de su propia creación, llamado Don Juan de Flor. Inventa hechos al amparo de una indudable facultad noveladora. El lector advierte cuánto hay de imaginario en esasescenas, que se le van ofreciendo con sostenida animación, Pero, es preciso que lo aclare de una vez, puede encontrar también que no todo es en ellas ficticio. Porque el autor no ha querido usar únicamente la simple suma de sus arbitrios narrativos. Al contrario, ha perseguido algo más sutil y ambicioso: trasegar algo de sí mis— mo, incluida su niñez, en aquel Don Juan de Flor. Que entonces viene a ser algo como su personalidad vicaria, O como una prolongación viva de algo de él. Adrede, pues, da a esa figura algunas características que a él mismo le distinguen, las cuales nos permiten ver lo que puede haber de propio y confidencial en el relato. Además, algunas de las anécdotas amorosas que describe lucron evidcnlcmcnte parte de su propia experiencia individual, como es notorio para cuantos conocen este aspecto de la existencia montalvina.
En las páginas iniciales de esta biogr:’ .a evoqué un episodio de la época estudiantil de nuestro escritor: el dL a llegada a Quito de un frenólogo norteamericano, discipulo del doctor GalI , que les fue “echando mano a la cabe,’i’’ a u nos cuantos jóvenes del aula de filosofía, incluido Montalvo, para palpar en cada uno de ellos los signos de su carácter. Pues bien,

he de hacer advertir ahora que éste, como quien se revela a sí mismo ante los demás, den tifica del modo sigtlien te a su personaje Don Juan de Flor:
La protuberancia que el doctor Gal 1 señala como el órgano de a ni ás pungen le de las pasiones, en su criinco es enornie: cli poco c,itá que no sea una dcforii,,dad, na sobre el colodrillo a modo de escollo a flor de agua. debajo de ondas espesas de cabello ensortijado y negro 1 fombre de grandes facultades intelectuales y sensil vas, el amor prevalece sobre todas y las gobierna cual hélice de esa naturaleza tempestuosa.’’2
Más adelante haré ver cómo se reflejan en el curso de las peripecias de Juan de Flor las incidencias pasionales vividas realmente por Montalvo. Ahora sólo debo recoger las imágenes que siguen, convencido de que ellas tienen también algo de reproducción del ambiente de sus primeros años:
Niño aún se puso a suspirar por una cierta Atoysia, cervatilla vivaz, que morando vedna, de la una casa a la otra no hacía sino un salto, con esas piernas blancas, gordas, que en las estatuas griegas rechazan el vestido. Aloysia le llevaba en edad: sobradamente viva y alegre, no era para comprender la pasión infantil de ese muchacho, el cual le estaba contemplando separado y taciturno cuando ella andaba a salta,, gritar y revolver la casa con la muchedumbre de granujasquc allí concurrían de tos alrcdedo’ res. Cabrita de los rebaños de Virgilio. de esas que se encaraman en las peñas y alcanzan la flor del cactus con la rosada lengua, Aloysia hacia prodigios de agilidad y presteza en sus juegos proceiosos. El otro, poeta en ciernes, principio de filósofo, línea o punto de unafiguracomplicadísima veinte años después, era espectador mudo, y algunas veces víctima inocente de esa que, siendo tierna Dafnis, se convertía con frccuenciaen Medeaenfurecida, y le pinchaba lasorejasacarrera, llamándole hermanüo. ‘‘‘
Las temporadas ambateñas juveniles que se sucedieron después, anualmente, entre sus estudios del colegio y de la universidad de Ouito, y que por lo mismo fueron más bien cortas, no por ello estuvieron exentas de breves lances de amor, y, acaso, hasta de contadísimas experiencias carnales con alguna campesina. Pero de todo eso no quedó el más mínimo rastro. En cambio, en esta larga época de su retiro —del 60 al 68— es perfectamente sabido que llegó a encenderse en una pasión intensa, sin duda la mayor de cuantas vivió, y cuyas consecuencias fueron ciertamente duraderas. Sus relaciones amorosas debieron de comenzar a fines de 1863. Juan Montalvo estaba en sus treinta y un años y medio de edad. Ella se acercaba ya a sus veintiocho. Ninguno de los dos era pues demasiadamente joven. Sus casas estaban próximas la una de la otra. La de él daba, según lo sabemos ya, a una esquina de la plaza principal. La de ella sc levantaba justamente en la esquina opuesta, en línea diagonal. De modo que podían mirarse mutuamente, sin esfuerzo, Ambas construcciones mostraban el decoro con el que habían tratado de instalarse sus dueños. Pero la de ella
2 (e,,,,,euksmo,,I tb’a.pág ‘35
ti hOpas 3

cia lina de las luis atractivas de la ciudad. Porque su padre se babia empe— nado en hacer edificar una casa de dos pisos, con portal amplu) de piedra, no usado hasta entonces ahí, y Col) elitailas a la plaza. ¡ lace lo niuclu) tiempo fue ésta demolida, para construir en su lugar las oficinas del Banco (‘cntral, en el eruce de lascalles ahora denominadas Sucre y Castillo.
las dos familias mantenían relaciones inustosas, aunque en cierto modo supe rficia les. El padre de la joven era don José Guzmán Cisne ros, nativo de Cuenca. Doctrinariamente coincidía con los Montalvo: era liberal y anlilioreano. Aun llegó a tomar las armasen 1859, para ilinearse Contra el conato fallido de invasiol extranjera organi ada por Flores, pues que fue uno de los Jefes de Milicias de 1 gobierno de Robles. lambién con él, y con su antecesor Urbina, se había desempeñado como Jefe Político de Am hato - Pero no solamente le ca racte rizaban el coraje del luchador y el denuedo del funcionario. Alguien ha recordado, en efecto, que en 1847 su interés cultural le había dado acceso a la dignidad de miembro de la Sociedad literaria Amigos de la Ilustración, de la ciudad. Y sus esfuerzos de empresario, por otra parte, tampoco se habían visto nunca desfavoreci— dos: poseía bodegas de vino ‘. atendía además el laboreo de las tierras que babia adquirido. Una de sus hijas, nacidas de su primer matrimonio, con Carmen Suárez y Sevilla, era precisamente la mujer amada de Juan Montalvo. Se llamaba María Manuela. El prestigio familiar y los hábitos de su casa le habían dado un aura de refinamiento y altivez.
E ra María Manuela una joven de mediana estatura. Saludable. De piel blanca y suave. En la parte iii ferior del rostro, ligerame nte ovalado, se e insinuaba el pliegue de tina papada naciente, que acaso era parte de su gracia natural. Tenía unos ojos expresivos, prontos a las lágrimas como a las manifestaciones de la cólera súbita y el desprecio. Sus labios, levemente carnosos, delataban algún escondido impulso de sensualidad. Su cabellera, sedosa, abundante y castaña, se dejaba notar siempre cuidadosamente arteglada. En fin, sus facciones eran atractivas. E igual su figura toda, realzada por el apogeo seductor de los veintiocho años de edad. Y ciertamente también por el atuendo, de corte quizás insinuante para las costumbres pacatas de ese tiempo, y elegante en la apropiada sencillez de sus telas. La fa 1(1 a plisada se ex ten rl ía a penas hasta ni ás abajo de la mcdi a pantorrilla, de modo que permitía adivinar la elocuente robustez de ésta, y quizás de los muslos, en grado tal que podía estimular fácilmente la voluptuosidad de Montalvo. Esos muslos, en efecto, que revelaban algo de su redondez en los movimientos, y• e1 gesto de rotundidad con que se expandían las caderas, daban la impresloil de que no se dejaban avasallar del todo por los rigores de ocultamienio o recato de las telas de la s,iva. la

blusa también se aventuraba en un descote que, si no era escandaloso, resultaba en cambio incitante por la plenitud de los hombros y la prominencia del busto de María Manuela: el dulce hoyuelo del nacimiento de los senos y la línea opulenta de éstos se podían observar al primer golpe de vista, y más con las vehemencias que c;*racterizahan a su apasionado contemplador, encendido ya en uno de los más radicales enamoramientos. Por su parte. también él, nuestro escritor, se hallaba en posesión de una personalidad atrayente. Pertenecía a una familia que se había aureolado de prestigio no sólo en la provincia. Además, se sabía en Amtaio que el joven Juan Montalvo había realizado de modo brillante, en la capital ecuatoriana, estudios de colegio y de parte de la universidad; que había ejercido funciones de secretario en el Convictorio de San Fernando; que luego había ido a Europa como diplomático, y que por fin, tras algunos años, se encontraba de regreso. Para entonces era inaudito viajar tan lejos, cruzando las desiertas inmensidades marinas. Y al que había aconietido aventura semejante se lo miraba con respeto, y aun con algo de fascinación- Mi biografiado fue siempre cuidadoso de su persona y de sus maneras. Por eso, después de la experiencia europea, con la ampliación ejemplar de su cultura, con la decantación de su carácter, con el escrúpulo de vestir paños escogidos de corte elegante, se lo advertía refinado y airoso. Nunca, por cierto, inclinado a la cursilería de las ostentaciones desagradables y vacías. Su autorretrato es tan útil corno el mejor testimonio de los que le rodearon, por su precisión y fidelidad, para poder contemplar a Montalvo desde nuestra distancia, en su aspecto vivo y real. Téngaselo pues en seguida, pero reproducido sólo en la parte que no he hecho constar antes, en el capítulo tercero de esta obra:

No seria larde para ser bello; mas esas virtudes del cuerpo ¿en dónde’? prescritas son, y yo no sé como suplirlas. Consolémonos, oh hermanos en Esopo, con que no somos fruta de la horca, y con que a despecho de nuestia antigentileza no hemo sido lan curios de ventura que no hayamos hecho verter lágrimas y perder juicios en eSL’ mundo loco, donde los bonitos se suelen quedar con un palmo de narices, ni ¡cnt ras los pícaros feos no acat,an de hartarsc de felicidad. Esopo he dicho: ¿tuvo él acaso la estatura excelsa con la cual ando yo prevaleciendo? ¿esta cabeza que es una continua explosión de enormes anillos de azabache? ¿estos ojos quc se van como balas legras al corazón de nl is enemigos, como globos de fuego celeste al de las mujeres ¿ini adas? 1 sta barba

- Aquí te qn ¡cro ver, escopeta: Dios en sus inescrutables design os dijo; A éste nada le gusla más que l:i barba: pues ha de vivir y morir sin el!:,: eonténiese con lo dije le he dado, y 10 se ahorre las gracias debidas a tan espontáneos favores. Gracias, eternanienie os sean dadas, Señor: si para vivir y morir hombre de bien; si para ayudar a mis semeai,ies cori mis escasas luces fuera necesario perder la cabellera, aquilatendriais, :iquí; y mira que noes la de Absalón, el hermoso traidor. 14

it 4”Dc[aI,ctIc,.icctge’l,’r’ iurnunc” S’,.’Ielno,sdc,s ihLirs ;s’ ,,a

En este autorretrato hay señales claramente definidas, como para darnos la clave de una identificación física certera de nuestro escritor: la ‘estatura excelsa” (a veces él se confesó incómodo de ser tan alto); los ojos negros, que relampagueaban en los instantes de pasión; la barba escasa (Merase le burlaba llamándole lampiño), y el bigote notoriamente ralo:
la cabellera oscura, abundante y ensortijada, pero no como la de los zambos, cuya manera de llamarle ofensivamente él rehusaba, sino como una explosión de enormes anillos de azabache”. A este conjunto de trazos caracterizadores hay que agregar un detalle: el de su cojera. Ya sabemos que él, tan ferviente byroniano, que no podía oír el nombre del poeta inglés sin estremecerse, se complacía comparándose con Byron por este defecto personal. Pues bien, en su obra Geometría moral, cuando hace referencia al pie deforme de aquél, halla buena ocasión para alabar a un tiempo, sin confesarlo, osca indirectamente, y en muy hermosas frases, su leve claudicación al andar. Creo por ello que esas expresiones de Montalvo nos servirán ahora para forjarnos una representación más entera de él mismo. Conózcaselasen seguida:
Hizo mal el poeta en tomar tan a pechos el asunto de su cojera; éste es el defecto que frisa más con el buen tono y la elegancia. Un hombre de elevada estatura, recto, que sepa traer la cabeza imperialmente sobre los hombros y brille por lo amplio y pulcro del vestido, por conveniencia propia debe ser cojo, siempre que ande despacio, apoyándose en bastón con pomo de oro, y tenga nombre ilustre. Cejo se entiende, un si es no es cojo; cojo intencional; ligera desinencia poética, endecasnabo intercadente por motivo de un acento supernumerario, pero que suena con gracia y encierra un elevado pensamiento. Cojo que va tocando al suelo con la oreja a cada paso, no puede ser donairoso, ni echar saetas envenenadas con miel de amor. Este si hace bien de tencrel alma trtste hasta la muerte, aunque él no está por eso: de nada adolecen menos loscojos que de melancolía; antes gozan reputación de malignos y camorristas, cuando no las dan de majos y enamorados. El cçjear del noble lord era según todas las reglas del arte poética Aristóteles no hubiera formado cojo más ritmico, más armonioso y medido con el cajón del verso; y. no obstante, el bello cojo acarreaba consigo negra pesadumbre.”5
Una persona que procuró acercarse a Montalvo, y que nos ha dejado testimonios de varios momentos de su existencia, cuando lo vio por primera vez no pudo menos de impresionarse y de captar su imagen en forma nítida y comunicativa, para trasladarla oportunamente a la posteridad, en una página memorable. Esa persona fue Roberto andrade, y la fecha en que lo conoció se sitúa en las postrimerías de 1So8. Esto es, un quinquenio después de la iniciación de sus apasionadas relaciones con María Manuela, en Amhato Por tanto, su descripción, que está dentro de aquel período,

15 Ceo”,,’, a m’,,a(, bid pts 49 y 0

y que sin duda es un eficaz complemento de las anteriores, resulta provechosa para tratar de mirar a Juan Montalvo con rasgos claros y animados, precisamente en los años de su gran aventura amorosa:
Conocí a Montalvo en Quito -a fines de 1868, cuando el Ecuador se hallaba estremecido de asombro debajo de aquella erupción salvadora que D. Juan había bautizado de El cosmopolita. Iba él por la accra de una calle central, yo por el frente. El Cosmopolita!, oídecir a varios transeúntes que se detuvieron a mirarlo. Crucé la calle y me coloqué cerca de él en el momento en que García Moreno aparecía a cincuenta pasos de distancia. Iban a encontrarse aquellos dos -adversarios tct,ot,Ies, pero la pantera evitó al domador entrándose por el zaguán de unacasa. Montalvo siguió adelante, erguido, cojitabundo, imponente. Hallábase al rasde los treinta y cinco años (treinta y seis años y medio), y toda su majestuosa persona exhalaba ese como fluido que cautivaba o repelía. según el temperamento de los que se amontonaban a su paso, atraídos, cuándo por la admiración y el cariño, cuándo por el rencor y el miedo a su palabra. Su estatura era realmente excelsa y descollante, recta, cenceña, bien proporcionada: jamás he visto cabeza de varón mejor colocada sobre los hombros que la del noble Don Juan. Y su rostro era moreno y enjuto; pero de facciones muy regulares: la viruela empreteció su semblante, como él mismo lo confiesa, en uno de sus rasgos admirables de egotismo. Cuello nervudo y flexible, barba redonda y saliente, labios en cuyas delineaciones estaba escrita la costumbre de pensar, así como la incorrupción de su existencia, y ligeramente cubiertos por un bigotillo largo,de pelo ralo.6
¿Cómo empezaron los amores de estos dos jóvenes ambateños, en la paz de su villa taciturna? No nos queda sino imaginarlo. Convengamos en que todo partió de las miradas, entre curiosas y tiernas, dirigidas por María Manuela desde atrás de los cristales, y las cuales fueron sorprendidas con gozo por su destinatario, Juan Montalvo, al pasar por el pie de su ventana. Una iluminación expresiva de sus ojos y una inclinación de cabeza fueron la respuesta. Siguió luego caminando despacio, absolutamente retraído, envuelto en una de esas soledades que nadie es capaz de perturbar. Pero a poco se dio cuenta de que la imagen de aquella mujer se le había prendido tenazmente en la vista, en la memoria, en lo más sensitivo de su intimidad. La encontraba indehniblemente grata e imperiosa. Y él no queda apartarla de si. El paseo de esa mañana estuvo pues ya invadido de una obsesión: la de los atractivos insondables del rostro femenino que había estado observándolo desde la ventana. Un par de horas después hizo su regreso por ahí mismo, y le dolió advertir que aquella joven, María Manuela, ya no estaba.
A la atardecida, antes de salir otra vez, según era su costumbre, el escritor dirigió sus ojos a la casa de los Guzmán, y alcanzó a distinguir la sombra de una presencia que, desde la misma ventana de la mañana, pare-

16 MonwIyoy Garría Moreno. Ibid. romo’. **pág. &**

cia que SL' le entreniaba. Se sintió aleo nervioso, aunque extrañamente fe'! A bo tono 5(1 ehaq neta y SL' acoinodó el soin brero inclinándolo airosa— ilte Ii aei :i na de sus Sic lies. Y abandoTio la casa - ¿Cómo le parecerá se preguntaba.-— cómo le parecerá a a mujer de esas calladas y recíprocas coiitemplaciones su andar ligeramente dçsigual. en que el un pie casi cojeaba leve y cadenciosamente? Algunos años antes, cuando ya eran ved-os, él no adolecía de ese defecto. Hay efectivamente que recordar que ni, lite recién en aquel día la primera vez que se habían visto el uno al otro. Pites que probablemente se habían cruzado los dos en más de Lina ocasión, en la plaza o en las calles de Ambato. durante la temporadas en que él regresaba de Quito, Quizás no se habían mostrado del todo indiferentes entre sí, mas ninguno se había manifestado tampoco muy dispuesto a pro— vacar sti amistad, deteniéndose al menos a saludar. En la última oportunidad en que pudieron haberse m rado , hacia 1857, María Manuela era una muchacha que se acercaba ya a la excitante edad de los veintidós años, y Juan Montalvo había cumplido sus veinticinco, No obstante, como queda dicho, todo entre ellos se había reducido a ese eruzarse por las calles en contados y fugaces momentos, sin que jamás hubieran tenido intercambio de insinuaciones o palabras. Por eso las actitudes que inesperadamente ha— bian adoptado los dos, en este preciso día de fines de 1863, les daba la impresión de que recién se estaban descubriendo el tino al otro. Ella lo eneontraha apuesto. pulcro, elegante, y- singularmente atractivo en su enigmática hermeticidad de paseante solitario. Además, algún embeleso sentía por el tire de superioridad de que notoriamente él buscaba rodearse. Montalvo. a su vez, no se explicaba cómo no había reparado en años anteriores en la lozanía y los encantos de María Manuela.

Cuando se aproximó nuevamente a la ventana de ella, en esta hora jtista de la atardecida, no vaciló en detenerse a mirarla de frente, a muy pocos pasos. También la joven le dirigió la risueña dulzura de sus ojos. Se sonrieron mutuamente, con una sonrisaquellevaba—elloslosahían——los secretos de una emoción que les nacía en grata y espontánea simultaneidad. El la saludó quitándose suavemente el sombrero. Ella, enrojecida de rubor, le contestó con una breve inclinación de la frente, pero algo pareció despreudérsele de los cabellos, que se apresuró a aprisionarlo antes de que cayera, con mano aleteante y nerviosa. Eso fue un inesperado motivo para otra sonrisa de los dos, más comunicativa e insinuante. El escritor atisbó en su torno: en el portal de la casa no había nadie; por la plaza y las dos calles que hacían esquina aid en donde se había él parado, advirtió únicamente el paso distante de cuatro o cinco transeúntes desprevenidos, de condición htimilde. No había pues nadie que le observara. Hizo entonces

un ademán delicado con su mano derecha y un movimiento de los párpados para invitar a María que bajara. Esta pareció que intentaba tapar con sus dedos tilia sonrisa aun más plena y graciosa, y movio negalfla!flen— te la cabeza. Su pretendiente insistió en el pedido. dandole a entender por serias **que nt)** se nloVeua del lugar en que estaba clavado. Al tin. ella durigio su índice a la iglesia matriz, de la otra esquina, y esbozó desde atrás de los cristales la palabra mañana va indicación de la hora. Sabiduría de enamorados. la cita quedaba concertada para ci día siguiente al momento de la misa.

Tres repiques de campanas, que vibraron con melancólica sonoridad cada diez minutos, anunciaron la iniciación de la ceremonia. Esos taTlidns solían penetrar elnotivamente en el alma de Montalvo. Y más en esta ocasión de su vehemente espera. La luz del sol había comenzado a instalarse alegremente sobre las cosas. El azul se mostraba, en toda su latitud, límpido y desnudo. El se habia levantado temprano ,según era su hábito, había cruzado ya diagonalmente el pequen ísi me trecho que le separaba de la iglesia Ahí, a la entrada, iguiardó poco tLmpo a la joven, que también acertó a llegar antes de que empezara la celebración de la misa. Dio entonces anos Pasos para saludarla. No se decidió a llamarla por su nombre, que si lo sabía. La besó en a mano y la acompanó hasta un lugar posterior de la nave. En seguida, hablándola casi al oído, y atreviéndose a rozar así el lado de su man ti II a, la prometió q oc d arse por afuera h asta el ni orn e nl o de la salida. Eso ocurrió en efecto. Volvieron pues a juntarse. Hubo nliradas que les siguieron, y naturalmente las conjeturas de aquella relación no demoraron en circular entre los vecinos. Ambos se daban clara cuenta de lo que estaba pasando. Ya presintieron que iban a ser advertidos por los curiosos, y señalados en su comentario, pero, a pesar de que eso no dejaba de molestarles seriamente, alcanzaron a desembarazarse al fin de aquelsucio influjo circunstancial, de ojos escudriñadores y murmuración súbita taimada. El escritor, tan autónomo y altivo, no estaba para sufrir el avasallamiento de ninguna laya de inhibiciones provincianas. Peor después de su **inteligente aireación** europea. María, con sus veintiocho años casi cumplidos, ni era menor de edad ni se reconocía del todo acobardada por la presión de aquel ambiente. Más de una vez había hablado con sus padres sobre la necesidad de casarse. De hallar la oportunidad de un compromiso digno, que la salvara de postrarse en el arrinconamiento y marchitez de la soltería. Don José Guzmán había visto por su parte que eran justas esas reflexiones. Y estuvo siempre dispuesto a apoyarlas. De modo que, poco después, hasta estimuló en su hogar un atinado disimulo sobre la naciente determinación amorosa de 50 hija. Al hacerlo estaba convencido de con-

fiar en la inviolable estrictez de los hábitos de ésta, celosamente formados en el seno familiar.
Puede pues decirse que los dos jóvenes, en el afán de su primcr acercamiento, en lo temprano de esa mañana, se tranquilizaron casi de inmediato. Vano vino a ser por lo mismo el asedio repentino de sus sorprendidos atisbadores, en su mayoría feligreses que acababan de abandonar la iglesia. Caminaron lentamente el uno al lado del otro. Aun alargaron el rumbo a la casa de María Manuela. Pero en verdad, en las frases que ambos se cruzaban, se iban descubriendo mutuamente nerviosos. El procuraba hacerle notar su enamoramiento impetuoso, brotado como el relámpago. Le recordaba antecedentes similares de autores románticos y de personajes de las ficciones de éstos, en cuya aura apasionada se había creído envuelto desde cuando la vio en la ventana. Se le iluminaban los ojos al hablar. Ella se fascinaba escuchando ese lenguaje culto y evocador, en que temblaba un inocultable acento de sinceridad, aunque íntimamente experimentaba un desencanto que se mezclaba con algo de dolido ánimo piadoso: el de percibir que su pretendiente carecía de fluidez para desarrollar sus pensamientos, y, además, que su voz no sonaba con un metal pleno y seductor, sobre todo en los instantes de mayor emoción. Alentada acaso por esa orfandad de elocuencia común que estaba observando, y por el evidente sometimiento sentimental de Montalvo, asumía de pronto el característico don de dulce dominación femenina de tales casos. Y si bien hablaba poco, se notaba que Jo hacía con desenvoltura sencilla, con gracia espontánea. Además, también a ella le resplandecían los ojos bajo sus hermosas cejas arqueadas, que le comunicaban algo de natural altivez. A los requiebros y requerimientos amorosos de su compañero respondía con un tal vez, tengamos paciencia, demos tiempo al tiempo, ya veremos si en verdad esto que nos ha acercado es lo que usted dice, amor. Al pronunciar con dejo vacilante esta última palabra, se sentía levemente perturbada, y como invadida de irreprimible rubor, no propiamente por razones de la edad —que no era ya para ello—, sino por la acción secreta de un enamoramiento tan imprevisto como desordenador y auténtico. Cerca de la entrada al hogar de María se detuvieron. Confundieron sus ojos en una sola mirada, sin duda intensamente expresiva. Se estrecharon la mano, y él, en esta vez, se atrevio a besarla en la mejilla. Habían convenido en encontrarse al día siguiente, en el puente de madera por el que se atraviesa el río para ir a Ficoa.
En Ficoa estaban ubicadas las heredades familiares de los dos. El padre de María poseía la quinta La banda, embellecida por el cuidado de sus árboles y el adorno de vivos matices de su espacioso jardín. En la acogedo

ra rustiquez de sus rincones se respiraba la misma gracia eglógica que en la propiedad de los Montalvo. Unos y otros se congregaban en los meses de cosecha de frutas en sus huertos propios Pero también iban con alguna asiduidad por la atención a éstos, o buscando esparcimiento y descanso. Maria Manuela y Juan Montalvo sentían un cariñoso apego al lugar. Ella y sus dos hermanas se placían en caminar o cabalgar hasta la quinta, para disfrutar del trato humilde y bondadoso de sus tres o cuatro criados y para entretenerse con sus pocas aves y animales. El, en cambio, se encaminaba a su morada de Ficoa para hacer más honda la soledad que requerían sus lecturas, sus meditaciones y sus trabajos literarios. Ahí veía además estimulada su emoción por una suma armoniosa de rumores que no se podía repetir en ninguna otra parte: el eco sollozante de las aguas del Ambato, la voz también gemidora, en la cumbre de las ramas, de alguna tórtola escondida, el gorjeo de los gorriones, en un diálogo de plata espaciado y distante, y un rebuzno, relincho o mugido allá lejos, atrás de las vegas del río.

Naturalmente, como hay que suponerlo, Montalvo estuvo en el viejo puente antes de la hora concertada. Desde ahí alcanzó a observar, poco después, que la joven descendía hábilmente por el camino de bruscos declives. La figura de ella le prendía una irreprimible sensación voluptuosa:

era arrogante, de busto levantado como en ademán de conquista o desafío, de caderas gratamente pronunciadas, de muslos suavemente torneados, que hacían imaginar esa condición de blanca gordura que a él, por confesión propia, le incitaba a contemplaciones apasionadas y gozosas. La esperó pues con muestras de vehemencia, y también de nerviosismo. Pese a su experiencia de contactos sentimentales y eróticos en Europa, no conseguía vencer esos molestos amagos de timidez frente a la mujer. Obraban en él las obsesiones del misántropo, pero, además, en este caso, las reacciones de un real enamoramiento. Cuando la tuvo a su lado, no se resistió a tomarle las dos manos, para besárselas; le besó en seguida una de las mejillas, y, ante su dulce docilidad, la otra. Ella movió entonces el rostro ardiente hacia él, yen la soledad de ese paraje propicio se pusieron ambos, con igual entrega, a saciar en el ansioso contacto de sus labios una necesidad mutua de amor sensual. Ese era un buen comienzo: el comienzo del que ambos habían estado secretamente pendientes, desde la antevispera.

Echaron luego a andar hacia la otra ribera. Se detuvieron unos Instantes en la mitad del puente, apegados a su barandal:

–Nuestras congojas, y los pasos de nuestra existencia, que nunca vuelven, encuentran una imagen exacta en estas aguas que corren. El pensamiento no es mío. Pero dígame si ha notado usted esa correspondencia, Maria.

Me gusta ver este río —contesto ella—, sin reflexionar sobre el scrltitit) tic lo que había dicho su eompanero Me gustan en general los ríos, atmque también a veces me dan temor.
Es cierto. 1-lay ríos que asustan como una manada de toros mu— tcutcs. y a ustedes las jóvenes bonitas, entiendo que mucho más. Claro que por ‘entura hay otros que se dejan mirar risueflos, mansamente. Ha— blm ha con len ti 1 ud co mo siempre
— Yo, desde luego —añadió-——, no sé si tengo una impresion única de todos ellos. l’orque creo que con migo pasa algo distinto: los ríos no me atemorizan, ni me aturden, ni me dejan absorto, sino más bien vacío o ausente, y, sobre todo, siento que se van contagiándoine su tristeza.
-—Veo que usted tiene mucha imaginación, y que dice sus cosas con palabras que no he oído a nadie, y queme gustan tánto que no me cansaría de oírle. Además ¿cómo le explico7., me hacen ver lo poco que yo valgo cr1 ese aspecto. No a todos ha hecho Dios para que se expresen así, para que escriban, para que viajen, o para que vivan sólo entre libros, como dicen de usled en mi casa.
— \-Ie estaba usted contando que le gustan los ríos, María, y sobre todo éste, observó él soslayando las lisonjas.
Sí, de veras. A este río bajaba de niña, con mis hermanas y con los amigos que teníamos en la escuela. Jugábamos hasta cansarnos, a todo o que se nos ocurría. Nos pasábamos de una orilla a la otra, saltando entre las piedras, por los sitios donde no había sino poca agua. Pero a veces nos e m papábamos.
— Dichosas aguas, mi María, que palparon lo que nadie ha conseguido palpar, insinuó Montalvo apagando la voz.
Ella guardó entonces silencio. Parecía como que se prevenía de cualquier audacia expresiva...
Tras un momento habían reiniciado ya su andar, con las manos enlazadas. Fueron entonces haciendo un largo camino. A veces se detenían, aunque siempre conversando. Y en algún rato en que llegaron a parecer intencionadamente excitantes los temas de que él quería hablar, la joven se adelantó a decirle, con esa estrategia femenina con que se evitan los diálogos insinuantes, que más bien le tratara de cosas serias de él mismo, de sus viajes, de su historia personal.
— Si me pide eso, y yo le complazco, tiene que estar lista para enjugarse las lágrimas, la respondió entonces, entre serio y burlón.

Eso si no esperaba. No me va a decir usted, que me parece tan seguro de sí mismo, y hasta arrogante **y** hosco con los demás, que sabe siquiera lo que es llorar.
El abrió sus ojos con intencionada manera de sorprenderse. e hizo con las manos un breve ademán para que no siguiera. Pero fue en vano.
No me mire de ese modo —continuó ella—. Lo mejor será que me oiga sin remedo de inocencias. Ni cori la actitud del que simula que va a ser devorado.
– Acertó usted, sin **quererlo —contestó Montalvo-----. Porque el ser** devorado, ya imagina usted cómo, por sus labios, es precisamente lo que estoy deseando.
– Claro, eso tenía que oírle. En todo el trayecto no ha insistido sino sobre esos temas de conversación. Usted es igual a todos: un obsesionado de lo sensual. Y, sin embargo, quiere que inc prepare a conmoverme con quién sabe que inventos de aflicciones.
– Mi mayor aflicción es justamente la de este momento —aseguró él—-, al ver que usted nada sabe de mí, ni me ha observado como realmente soy.
— Es verdad, somos dos personas que apenas nos conocernos mi “don Juan”. Ya no hablemos más de esto. No tengo derecho a injuriar a alguien que estoy recién tratando.
—-Gracias, gracias, apuntó él. Tomó su mano y la besó.
Bueno, ¿por dónde quiere empezar: por las congojas de París o de Ficoa, de Roma o de Punsán?
Y al decir María esto, en tono de gracia espontánea, se echó a reír con toda la gui cia. Y más lo hizo admitiendo el gesto medio desconcertado de su compañero. Pero sólo fue cosa de un instante, ya que él, envuelto en la excitación de esa joven que se agitaba a su lado mientras reía, obedeció ciegamente al impulso de tomarla entre sus brazos. La apretó contra si. La soledad enardecía su ímpetu varonil. En segundos el júbilo de María Manuela era sofocado entre sus labios. El escritor la besó con vehemencia, con imperativa resolución amorosa. Y así, prendida a su boca, **y** abrazada contra su pecho, la tuvo un largo momento.
– Basla. Juan, le ruego, atinó por fin a requerirle ella. Me hace sentir rara. Regresemos ya. Sin darnos cuenta hemos avanzado hasta cerca de las quintas
lenía el rostro encendido **y,** la mirada incierta) fruto de la e moción voluptuosa de ese instante. Con las manos nerviosas se cofllpuso el cabello yalisó la parte superiorde su vestido. Tarnbin el escritorardia pordentro.

de gozo y de avidez instintiva. Cualquiera hubiera podido notar el temblor de sus manos. Pero no demoré en serenarse y responderle:
– No he pretendido hacerte sentir mal, María. Por nada Nel mundo dejaría de respetarte. Pero clamores precisamente esto: este ardor de ansiedades y deleite con que te beso y me has besado. Si quieres que volvamos a la ciudad, podemos hacerlo. Sólo te propongo que caminemos por el lado de la vertiente, que a los dos nos gusta y que no está distante.
Asintió Maria Manuela. Comenzaron entonces a descender por una senda de ladera desolada y agreste. De rato en rato se detenían a besarse, tomados de la cintura. Llegaron por fin al puente sobre el río, desde donde habían partido unas dos horas antes. Ahí se dejaron estar algunos minutos, prometiéndose amor, y luego se despidieron. Iban a verse todos los días en que pudieran,para perderse por los parajes del contorno de la villa ambatefia. Yeso fue cumpliéndose efectivamente así, durante un buen tiempo, sin que ninguno de los dos faltase jamás a esas citas de amor.
Cuando los intervalos de no juntarse se prolongaban por media semana o más, ello se debía a inconvenientes de familia, en el caso de María, o a los tiránicos afanes de elaborar su primer libro, en el de Juan Montalvo. Efectivamente, la joven era observada por don José Guzmán, su padre, a veces con agriedad, pues que le disgustaban la frecuencia con que la veía salir y los comentarios de los amigos que acostumbraban visitarlo en su casa, vecinos importantes de la ciudad: funcionarios, religiosos, gentes de negocios. Ella alegaba en favor de su comportamiento no sólo su mayoría de edad, o sus veintiocho años por cumplir, que le imponían la necesidad de hacer un pronto compromiso matrimonial, sino también la formación recibida en el hogar, de honestidad incorruptible. Sus hermanas se oponían igualmente a lo que llamaban una libertad exagerada. Además, parece que se hablaba en la intimidad de la familia de que nadie debía estar seguro de los actos de un hombre como Montalvo, liberal de criterio muy autonómico que sin duda había conocido los desmanes de la vida europea, sobre todo de la parisiense. Pero María Manuela había sido siempre voluntariosa y muy dueña de sí misma, y para ese tiempo, con su juventud colmada, se creía lo suficientemente madura para conducirse en asuntos del amor y de su futuro personal. No obstante, como es natural suponerlo, había ocasiones en que se le aflojaban las resistencias ante la tenaz presión de la casa, y en que decidía anunciar a su compañero su alejamiento de él por un determinado número de días. En lo que tocaba a Montalvo, tampoco su hermano Francisco Javier miraba con buenos ojos la porfía ni el apasionamiento de aquellas relaciones, y más de una vez se lo había dicho. En su caso, por cierto, no gravitaban mucho esas reflexiones fraternas,

pese a que en ellas se especulaba sobre su carrera literaria y sus aspiraciones diplomáticas, que en conjunto eran adversas a cualquier tentativa de enlace conyugal. Así hay más bien que reconocer que, aunque eso podía parecerle significativo, lo que realmente le llevaba a privarse de sus encuentros con María, en tales o cuales semanas y previo acuerdo con ésta, era la ejemplar obstinación con que se entregaba a la creación de *El cosmopolita* .

De cualquier modo, aun contándose aquellas interrupciones temporales de su frecuentación amorosa, cabe anotar que en el año de 1864 se intensificó grandemente el trato íntimo que mantuvieron. El escritor estaba seguro de la pasión en que sentía consumirse. Había, entre otras cosas. prometido a su compañera un poema de confesión radical de lo que él llevaba adentro. Yen verdad se lo compuso, aunque muy posteriormente. Precisándolo, eso fue después de la enloquecedora y ardiente aventura en que se precipitaron un día. Varios sitios de las afueras urbanas se les habían ido haciendo familiares, a fuerza de recorrerlos al calorde las confidencias mutuas, de los besos y de las caricias, que cada vez se manifestaban más vehementes y audaces. Montalvo había dado en hablarle de que nada le parecía más contranatural que los renunciamientos en el amor. Que a éste no se lo vivía en verdad sino cuando se lo dejaba culminar en la fusión de las almas y los cuerpos. Que no se cometía falta contra Dios en ello, porque su sabiduría había dispuesto precisamente así las cosas, lejos de los absurdos convencionalismos de los hombres. Que en los países europeos
Francia a la cabeza— de cuya civilización y lucidez científica y filosófica no se atrevería nadie a dudar, la gente se había liberado ya de los prejuicios y trabas de una moral perturbadora y agónica. Lo que él aceptaba que se condene, y lo condenaba él mismo en sus escritos, no era la práctica sexual de dos amantes libres, unidos por una pasión ardorosa y sincera, sino el amancebamiento de una persona casada: el adulterio. Especialmente el de la mujer. Por otra parte, en el conocimiento carnal entre enamorados que están aún solteros, lo común era que llegara a haber una garantía de buena fe: la promesa masculina de una boda futura.

Los tres años de vida francesa que había acabado de pasar nuestro escritor influyeron sin duda,en su ética del amor. No quiero con eso decir que su condición natural hubiese sido proclive a los excesos del erotismo. Al contrario, cuando evoqué, en capítulos anteriores, sus experiencias de Europa, hice notar que él prefería la modcs.,ción en los reclamos del sexo. Encontraba que eso era lo aconsejado para que no corrieran riesgo las facultades intelectuales. Tampoco deseo dar a entender dUC su existencia de allá haya alterado sus principios sobre la intangibilidad de la honra familiar y femenina. Porque estaría yo incurriendo en falsedad. Es conocido quc

Montalvo coment con repugnancia las escenas de fornicación y el lenguaje fuertemente revcladorde las novelas del naturalismo francés. Oportunidad habrá de explicar esto más adelante. Mi intención es la de hacer ver que en cambio, él se había quizás habituado a cierta conducta un tanto distraída y liberatoria de los frenos tradicionales de la moralidad sexual, que pudo hallar en varias jóvenes de la capital de Francia. La práctica del amor, con la morigeración que él acostumbraba, le era pues ostensiblemente más fácil allá que en su país propio. Por su lado, ni los autores románticos que prefería se afanaban en simulaciones trastornadoras del carácter neto de esa atmósfera: ella se muestra pues fiel y reconocible en sus páginas, sin que les hubiera sido necesario el episodio salaz de los naturalistas. Para comprobarlo está ahí un libro célebre de un escritor a quien Montalvo queda y admiraba: la novela de Alfredo de Musset titulada La confesión de un izijo de/siglo. Es ella un testimonioconfidencial y definidor de la época, a través de cuadros que dejan percibir el desenfado con que se anudaban las relaciones voluptuosas de la juventud de allá y de entonces. Mi biografiado dijo a su vez algo —vn insinuación más bien velada, en los Siete tratados,— sobre amores y atractivos femeninos en la nación de Musset:
‘estas amables mujeres, sin dar la ley de la hermosura, dan la de la elegancia y el predominio; donosas de natural, poseen el arte de hacer valer más la gracia que la belleza, y suya es la palma del amor en el concurso de tantos y tan hermosos pueblos como son los de la civilizada Europa. II?
Con María Manuela, en el tiempo de su apasionado enamoramiento, era desde luego más explícito. Más franco y vehemente. Por eso eran efectivos sus avances en las demostraciones de sensualidad y en el poder dc convencimiento con que iba conquistando más y más a su amada. Y con que él mismo, irresistiblemente, se entregaba a ella. Probablemente a mediados de 1864. en las cercanías de Ambato, teniendo como marco la soledad imperturbable de los campos circunvecinos, que acaso fue la de sus propios bosques de Ficoa, llegó el día en que se produjo, en que tuvo que producirse. el primer frenético enlace de sus cuerpos ansiosos. En las páginas de ‘Don Juan de Flor”, de su Geometría moral, a que he aludido ya, dice lo que sigue de una aventura sexual de ese personaje que es como la imagen de sí mismo: “Y ella fue casta, pura, hasta cuando hubo caído en sus manos; manos que arden y devoran y consumen lo que tocan”. Quizás yo debería escribir exactamente eso para evocar el episodio en que Moiitalvo, ardiente, privé a María de su doncellez. Pues que los besos ávidos, y el tacto voluptuoso de unas manos que exploraban y acariciaban la suaví—

117 I)cI]t,c[k!;l w,qeínmid,s. iIi’d.pág 176

sima piel escondida de los miembros y del airoso y palpitante busto de la joven amada, terminaron por doblegar a ésta, entre quejas dulces y respiraciones febriles de placer: un ay agudo de virginidad vencida alcanzó a resonar así, finalmente, en medio de aquellas rüsticas soledades.

Fascinado entonces con la posesión total de la persona de sus amores, Juan Montalvo continuó buscándola. Se daban cita para sus divagaciones por los alrededores urbanos. Pero también, en ocasiones, para sus gozos carnales clandestinos. Posteriormente cunsiguieron hallar la intimidad de un techo apropiado para ello, en una de las dos quintas paternas de Ficoa. Por cierto, como lo indiqué anteriormente, bahía temporadas en que se debilitaba la frecuencia de esos encuentros, por razones que le concernían a cada uno.

En lo que toca a María Manuela, ella se fue sintiendo desde la primera entrega en una posición de inseguridad, ya frente a su familia, aunque ésta nada sospechaba todavía, ya frente a su mismo amante, cuya esquivez a cualquier insinuación matrimonial era cada vez más notoria, El la quería, sin duda, en un plano de idealizaciones románticas. Y desde luego también, no obstante la paradoja, de sensualidades desatadas. En cambio no se avenía con la idea de un compromiso conyugal, por los altibajos de su carácter de misántropo, por las súbitas reacciones de disgusto de su compañera, por las condiciones materiales que a él le rodeaban, sin más labores que la ocupación suprema de escribir.

Seguramente le dolían esas consideraciones, que inspiraban su actitud elusiva, frente a los requerimientos de María Manuela. Porque en realidad sí la amaba. En una demostración fiel de sus sentimientos por ella, y de la inquietud del daño que la había causado con el desenfreno de un momento de pasión, le escribió el poema que le había prometido en los términos que siguen:

Mas no dejó de ser mi hirviente pecho
de pasiones hogar; y una codicia
y aspiración de bienandanza ignota
en zozobroso ahínco me traían.
Llegas entonces, y descubro todo
seramory no más, Adelaida;
amor indescifrable, amor sin pago
y sin objeto, que en sí solo ardía.
Y me pongo a adorarte al punto mismo,
si el cariño al cariñosiempre excita;
porque m,rarme y coniurbarle era uno,
y mi mano al tocar te estremecías.

Y me escuchas.., y luego...me respondes.. -
Y esa trémula voz, y esa porfía
encallar otras veces, todo, todo
mi adelantada pretensión confirma.
Y tus lágrimas vi; lágrimas puras,
hilo a hilo corren; y tu mejilla
húmeda y como rosa, descompuesto
tu divino color palidecía.
Preciso el temores... No te despeñes,
no a todo des asenso, pobre niña;
tras un boscaje de palabras tristes
por ventura se esconde la perfidia.
¿Perfidia?; no, perfidia! Infausta empero,
mucho más la verdad; pues si confías
en ella solamente y vas tras ella,
sólo hay de verdadero la desdicha.
Huye los labios, que si el fuego salta
de los míos allá, los prendería
en devorantes llamas que no aflojan
hasla que forman un montón de ruinas...
Tal es la helada para el trigo en cierne,
tal para ti mi amor, Adelaida:
siempre, siempre/ui así, pecho tan hondo,
ya encendido volcán, ya tumba fria.
Baños, a orillas del Ulba."t

Estas cuartetas asonantadas las publicó en el folleto número tres, de cincuenta páginas, de El cosmopolira,-en mayo de 1866. Y ellas, que están escritas con el pulso de un lírico innegable, aunque no reconocido por la crítica mañosa de su época en el país, encierran confesiones valiosas para el biógrafo: en el orden en que se hallan estructurados sus versos, se las puede puntualizar del siguiente modo: el joven Montalvo, tras otras aventuras sentimentales, venía buscando con ahinco una felicidad desconocida, hasta cuando llega María Manuela y descubre que "todo es amor y no más". Pero amor que alienta por su propia fuerza, puro, ajeno a intereses, a rncdttadas consecuencias prácticas o logros de :guna especie. El se pone a adorarla en seguida, estimulado por la tie.iia y espontánea disposición de la joven. Esta se encuentra no sólo invadida de amor, sino expuesta, frágilmente, a un total vencimiento en los brazos de su compañero: porque

IS El C'osniopoluu, ibid. Tomo. págs 322 a 325.

le mira y se conturba, toca la mano de él y se estremece, calla como una dulce sometida, y cuando le responde lo hace con trémula voz”. En suma, le parece que “todo. todo su adelantada pretensión confirma”. Y así fue en efecto, inexorablemente. Como ya lo sabemos. Por eso él tu .o que ver las lágrimas puras de la joven, que corrían “hilo a hilo” por su rostro de rosa, cuyo “divino color palidecía”. ***Y*** asimismo, comprobada de ese modo la inocente indefensión de la “pobre niña”, se vio precisado a amonestarla para que no “se despeñe”, ni a todo dé su asentimiento. Finalmente, y cuando ya era tarde, la pidió que huyera del fuego de sus labios que, como “devorantes llamas”, “no aflojan hasta que forman un montón de ruinas”. El sacrificio no podía ser mayor bajo el imperio de tan apasionada aventura: “Tal es la helada para el trigo en cierne, tal para ti mi amor, Adelaida”, se lo aseguró él mismo.

Entre tormentas de pasión y deseos, y entre insofocables temuics como repentinas muestras de coraje de la joven, aquellas relaciones fueron manteniéndose por más de dos años. Y, naturalmente, por prolongarse tanto, llegó el momento en que ya no consiguieron continuar encubiertas ni disimuladas. Conscientes de eso, Montalvo y su María Manuela se determinaron a pasear también por los propios sitios céntricos de la ciudad. El la acompañaba, inclusive, hasta la puerta de su casa. A un amigo de los dos, en carta que examinaré luego, el mismo Montalvo calificó de “amores públicos” a los lazos que los unían. Desde luego, y pese a que no faltaban los comentarios maliciosos de algunos vecinos, ambos amantes procuraron conservar la verdad de su cohabitación en el más sellado secreto. Pero también eso tuvo su término, lamentablemente. Pues que en octubre de 1865, no obstante las precauciones probables de sus contactos sexuales, María comenzó a sufrir las angustias de una preñez ilegítima. Se exacerbaron entonces sus justas exigencias de hallar una inmediata solución en el matrimonio. El escritor no las rechazaba ciegamente, aunque tampoco las hallaba atractivas ni hacederas. Mientras tanto, afligida y estragada, la joven se encerraba tres o más semanas en su hogar, y la familia creía que las relaciones amorosas de ella estaban por fin declinando. A lo mejor y de alguna manera eso estaba realmente a punto de ocurrir. Porque, a pesar de que los ardorosos amantes seguían viéndose y ligándose en ese escondido concubinato, su trato iba poco a poco volviéndose quebradizo. Menudeaban ya en éste las discusiones y las mutuas incriminaciones.

En el extenso libro IV de *El cosmopolita*, entre ensayos y relatos de la índole más diversa, nuestro escritor publicó su “Carta de un padre joven”, que resulta particularmente útil para conocer las características de la apasionada peripecia que estoy evocando. Aquélla es un amplio docu

inc nto autobiográfico, de aproximadamente treinta páginas, en cuyo texto de románticos desahogos e hiperbólicas referencias hay, sin embargo, detalles fieles y objetivos de lo que fueron sus amores con María Manuela. Y hay, además, trazos muy significativos por lo reveladores—— de los temperamentos de los dos. La carta apareció el 7 de agosto de 1867, en el indicado libro, cuando ya los amantes se habían separado. De manera que consigue también iluminar los motivos de ello. Creo por lo mismo que es necesario reproducir, aunque sea aisladas, algunas de las frases de ese testimonio intimo, veraz y explícito, en que el autor no omite ni los nombres propios de ellos. En efecto, a la joven la llama casi igual que se llamó: Maria Aurelia Adelaida, y él usa como firmante de la epístola su primer nombre y un anagrama de su apellido: TOMANVOL (Que es exactamente la transposición de las letras de MONTALVO).
tina impresión del sigilo con que se juntaban para sus contactos carnales, probablemente en la quinta de los Guzmán en Ficoa, se puede extraer de estas expresiones de la carta:
Las iras y las reroddades dci amor, no son aborrecimiento: ¿es de esta clase el luyo, Adelaida? Acuérdaie bien: tarde de la noche me acerco por ahí como una sombra:
tiemblas, pero me esperas: llego, caigo a los pies, y tú te arerras a mi cuello: qué silencio tan elocuente! Fn este instante agotábamos un siglo de felicidad, 1_a luz de la luna, enirando por la venlana, te buda el rostro: la acequia hace su ruido allí debajo: iodos duermen, todos son indiferentes a la vida; mas esa hora es dichosa pura nosotros. Voló la noche la iinlxwtuna aurora blanquea el horizonte: adiós, adiós, AuretIa ole voy cargado de besos y de dulces juramentos de tu boca.
Una prueba de la paz y de la ternura con que el escritor se veía entonces lisonjeado se desprende, por otra parte, de lo que sigue: “Yo soy ése que tú amabas; yo soy ése que descansaba en tu regazo; yo soy ése con cuya ensortijada cabellera tus dedos se entretenían; yo soy ése de cuyo cuello te colgabas, a quien mirabas con ojos rebosantes de amor”.
El desbordamiento de pasión y las posteriores disidencias y enfrentamiemos verbales; las angustias del uno como del otro con el problema de la gestación del hijo, las insinuaciones de un rompimiento mutuamente acordado y la fatalidad de las causas que obraron en esa determinación final: todo ello, a su vez, se ha reflejado en el fondo de estas confesiones:
¿por qué me defiendo del calificativo de malo? ¡qué orgullo el niio ¿tengo títulos para ser llamado con otro nombre? El haberme entrado con tanta violencia tan adentro de tu pecho, maldad es; el haberme apoderado de lu voluntad, el haber mandado cii ella como tiránico dictador, maldad es; el haberte obligado a lo que el niondi, dice indo, muid id . . . Y con i odo ahí estás en frente miii, a di is pa SOS de ni casa , y Ial vez nc ves todos los días. Me ves, peri) no me adivinas: feliz, ‘nc conociste poe); les— graciado, me conoces menos. Pensante, y no me fue posible arrancarte del pensamien.

tu esa infernal idea, que te dejaba por desamor, por cansancio, por perversidad
Ni doblez, ni perfidia, ni esperanzas vanamente infundidas; llaneza, franqueza, verdad, siempre amor, esto fue lo que viste en mí Pues ¿qué sorpresa has recibido? ¿no teníamos prevista la separación? Mi conflicto era terrible: verte a punto de caer en cama, excomulgada de tu padre, insultada de tus hermanas, sino de Carmen, la pura y santa Carmen: sola en tu cuarto, sin amigos, sin criados, y lágrimas por todo consuelo. Ausente yo, encadenado por el honor en otra parte, yen eompleta imposibilidad de desbaratar esa máquina de padecimientos. Pues la hombría de bien, la ternura, el amor mismo me inspiraron. Tu padre había sido mal padre por un instante; mas yo te tenia por hombre de sano corazón, y por muy capaz de un acto generoso: site tocaba en la parte sensible, todo estaba remediado por de pronto. Le daría mi palabra de no perturbar de nuevo tu tranquilidad, respetar tu arrepentimiento aun a costa de mi vida, huir de ti, no dar el menor pasoencaminado atu perdieión.
En otro lugar de la carta asegura que se hubiera decidido a casarse con su amante si hubiera hallado en el padre de ella “un hombre inflexible y necio” —cerrado a sus proposiciones—, y ‘mujeres sin corazón” en sus hermanas. Pero además, por cierto, si hubiera tenido al mismo tiempo una disposición de solidaridad tierna en la propia joven, y no una reacción de áspera y lastimadora Iracundia:
Vamos a ver —ha escrito—: cuando hablaba yo de separarnos, poniéndote a la vista mi desfavorable sttuaeión; cuando inundado en lágrimas exclamé a tus pies: Llegó el día fatal, llegó, Adelaida ,.; por qué no mc cenaste los brazos al cuello, y te pusiste de rodillas, como otras veces te hahias puesto, y derramaste amorosas y suplicantes lágrimas, y dijiste en voz trémula, pero resuelta: Acepto tu desgracia, amigo mío; contigo será felizde cualquier modo: aun la tiranía fuera yugo blandoy llevadero, si viniese de mí esposo... t,amentahlemente, continúa él, esa terrible noehe tu alma se eelipsó, no fuiste tú. te perdiste de ti misma: ni una idea superior, ni un aspecto de ternura, ni una palabra de cariño: llanto, roces, ademanes, todo era cólera, soberbia: me clavaste las uñas en el eorazén - -. Ese prosaico y vil pues para qué se metió, fue para mí el más triste desengaño que nunca experimenté en mi vida,,
Y así, sin duda, tuvo que haberse desenvuelto aquella tormentosa escena.
Según se alcanzará a ver, María está descrita con rasgos de evidente animación, y tal como la observó y la sintió Montalvo. Hay desde luego otras líneas que ayudan a representárnosla con las veleidades, muy naturales, de su carácter: superior en sus actitudes frente a los hábitos mentales constrictores y a la mojigatería común de la sociedad; singular en su desdén a la abrumadora condición del hombre gris de la medianía; paradigmática enel destnteresado y absoluto ejercicio del amor, con sus sacrificios y ternezas; irrefrenable. eso también, en sus resentimientos, cóleras y despechos; débil, lic fin, 1ara retener los medios de su propia felicidad y de su paz interior. Ema en verdad una mujer de acentuada personalidad esta María Manuela Guzmán, Al extremo de infundirle temor a Montalvo en los

momentos en que llegó a pensar en un probable matrimonio con ella, según nos lo ha dicho en la carla que estoy glosando. Vuelvo pues a las citas, lomando las frases más acomodadas a lo que acabo de expresar:
Prendas te adornan, Adelaida ——le asegura e! escritor, que envtdiarian las mujeres más cumplidas: esa superioridad con que te levantas sobre las ideas, las costumbres, las precauciones y los gustos vulgares; ese señorío con que te mantienes alta; esa pulcritud, ese refinado esmero co tu persona y en tus cosas; ese amaño para todo lo doméstico; ese fuego vivo de tu corazón cuando amas; ese entregarte aun a la muerte por el objeto de tu cariño, son calidades que te realzan y te hacen digna del hombre mejor del mundo. Pero tu genio tiene lados . muytemibles Esaesla Adelaida—afirma en otro lugar de la epistola— que quisiera vivir en el campo, a solas con la naturaleza, consagrada al objeto de su cariño; esa es la María Adelaida que pasaba oculta bueitas horas entre las cortinas de su lecho, *por dejar que segaste e/día;* esa es la María Aurelia Adelaida que deseaba se muriesen todos los hombres de la ciudad, *por tener e/gusto de no verlos.*
He de insistir en que sobre sus impulsos de mal humor establece reiteradas referencias, haciendo recaer en ellos la culpa dc su desánimo para el matrimonio:
Pude haberte hecho mía para siempre y llamádote *mi esposa.* Esposa, dulce nombre, son armonioso y grato al oído, remedio de mil dolores! Ahora no hay para qué decirte si he temido tu genio o tu carácter... Por eso, cuando piensas queme aborreces, no haces sino amarme con cólera, amarme con grandeza, amarme como leona herida. Mis súplicas te irritan más; el tierno comedimiento de mis recados no arranca de ti sino abrupciones. No hay fiera más cruel que una mujer encaprichada: si con mirarle pudiera salvar la vida a un hombre, no le mirara; si con una voz evitara su desgracta, se eallara. Y tal vez en un recado mal contestado, en una carta no recibida se pierde para siempre/o *mismo* que ella desea con ahinco. La felicidad es una ciencia; conviene no ignorarla enteramente. Debías -—le observa además manifestarte constante en tus afectos, suave de genio, pasiva, modesta, humilde: en este terreno se siembra la esperanza .. ¿qué he de peosar, qué he de desear, si mis pensamientos y deseos se estrellan en tu orgullo y tu soberbia?.
Conviene, desde luego, que con toda estrietez de criterio haga notar que Montalvo rehusaba el matrimonio, no únicamente por las asperidades de carácter de su amante, ni sólo por dar a don José Guzmán una prueba de renunciamiento a toda relación con su hija, para que la perdonase por el desliz de su amancebamiento, sino sobre todo porque él mismo jamás se sintió dispuesto ni apto para las tibiezas de la conformidad hogareña: influían en ese convencimiento suyo la sensación :.cta que tenía de las aristas hirientes de su propio temperamento y lar islumbres ciertas de su ambiciosa carrera literaria. Sobre esto último, léase esta constancia, tomada de la misma epístola: el hogar, e1 bienestar domésticos, han de ser para mí tan preciosos como el aire: si ya no gozo de ellos, es porque hasta ahora

rio he podido: voy hacia el templo, y una mano invisible inc detiene: ¿es el amigo de ni i gloria?’ - Y en lo que atañe a las tormentas de su propio genio, a los altibajos de su carácter, a los vuelcos imprevisibles de su comportamienlo, estorbo también de cualquier proyecto conyugal, las revelaciones que contiene aquella “Carta de un padre joven” son realmente útiles. Y lo son especialmente para el biógrafo, porque le ayudan a interpretar las razones y sinrazones de la peculiarísima personalidad de Montalvo. Como él era romántico y asiduo y vehemente lector de las figuras estelares de ese movimiento europeo, puede ser que sus expresiones parezcan no otra cosa que un simple intento de hacer literatura de dicho sabor; aun más, no sería extraño que se las considerase una resonancia bastante reconocible de las confesiones en que los genios del romanticismo desnudaban los conflictos de su personal intimidad. Yo mismo he creído percibir algo como una vibración de las lúcidas inquietudes del Goethe de la juventud cii los términos de esas confidencias montalvinas. Pero nuestro escritor practicó una indiscutible honestidad en sus creaciones literarias. De modo que, más bien, tal semejanza debe ser atribuida a coincidencias sentimentales y de pensamiento, que llevarían a apreciar la dramática excelsitud de la índole de Montalvo. Vale pues la pena recoger en seguida algunas de aquellas sus frases definitorias de sí mismo, de su desapacible interioridad, corno clave indudable para descifrar su destino. Que fue tan triste como tempestuoso. Téngaselas a continuación:

Días hay en que quisiera no ser yo: un mal desconocido mc inficiona el alma, la vida es una enfermedad para mí: deseo la muerte,) la llamo con cólera; no viene, y rompo a quejarme de ella. ¿El aire contiene para mísolamcnte un principio venenoso? ¿bebo en el agua este espíritu destructor que se infiltra en mi corazón, y lo hincha hasta Ilenarine el pecho, y me ahoga sin dejarme ni la facultad de pedirsocorro’ Las medas de **mi vida** se han desmontado; camino apaso desigual, y una niebla espesamecircuye. Si no pensara con tanto juicio, me tuviera por loco. Aislamiento, silencio, terquedad, esto en fin que llaman en miorgullo y hurañería, no es sino desgracia: iba adeciramor, pero está bien decir desgracia. Que no siempre soy bueno es indudable: ocasiones hay en que de buena gana le clavaría un puñal en el pecho al género humano, si fuese una sola persona: mas no porque le tenga por bueno, sino al contrario por parecerme tan inicuo, que merece la muerte. La virtud también tiene sus peligros: desearla pura y canal es aborrecera los hombres,

A través de estas citas no es esforzado advertir la melancolía, y aun la angustia, de una dolorosa inadaptación a la vida corriente de la sociedad. que lo empujó a los hábitos de una terca misantropía, base de los malentendidos, distanciamientos, negaciones y pretericiones injustas con que le respondieron sus contemporáneos en el campo mismo de su genial profesión literaria. Pero tampoco es difícil notar su leal aborrecimiento a los

defectos de la condición humana, que es tan inicua que le lleva a sacrificar lo que hay en él de conmiseración y bondad, para levantar en su puño frenético el arma del castigo violento. Eso, que fue realmente así, pues que él tomó como una predestinación de laya quijotesca el clavar su pluma combatiente ahí donde se lo exigía la salvación de la virtud, le hizo a su vez soportar el odio, los ultrajes y las maldiciones de aquellos a quienes había zaherido, y aun ay, consecuencia amarga de Lodo ideal caballeresco! de los mismos a los que pretendía defender.

Al fin, más allá de esta nutrida suma de referencias e impresiones esclarecedoras que contiene la “Carta de un padre joven”, de Montalvo)’9 es necesario poner de nuevo los ojos en la situación de los dos amantes, malcontentos con la sorpresa del próximo advenimiento de su hijo ilegítimo. Aparte de la escabrosidad de los diálogos, que degeneraban a veces en discusionesofensivas, losencuentros se ibin tornando menos regulares. Peri) cuando los tenían, éstos ya nose realizaban en los contornos suburbanos, ni trataban de disimularse como en tiempos anteriores. La gente veía juntos a los dos jóvenes por todas partes, ni más ni menos como se ve a los esposos o a los novios, Y no faltaban atisbadores que hasta llegaban a descubrir la curva naciente de la gravidez de Maria, para comentarlo en términos vejatorios o de ironía y condena. Hubo un día en que ese indicio de futura maternidad no admitió dudas. No le quedó entonces a la joven otra alternativa que eneerrarse en su casa, en cuya intimidad se le desataron las más crueles batallas. El padre no se resistió, en un acceso de ciego coraje, a abofetearla entre gritos feroces, encanallándola, responsabilizándola de la mancha deshonrosa que estaba haciendo caer sobre su nombre y la respetabilidad familiar de los Guzmán. Amenazó con echarla del hogar y privarla de todo derecho. Juró vengarse de aquel que la había engañado y puesto en las entrañas un vástago indeseado. María Manuela lloraba sin querer siquiera explicar nada, entre el azoro, el disgusto y el asco silencioso de sus hermanas Estas llegaron a negarle su trato temporalmente. Aun los criados, por instrucciones del jefe de la casa, sólo le servían en lo estrictamente indispensable. Tuvo pues que resignarse a dejarse morir en un ambiente de desafectos y expiación, ene1 cual, como es fácil imaginarlo, se le sublevó una reacción de odio total a su amante. Nada quería saber de Juan Montalvo, con quien, además, había roto relaciones de modo viole nto en su última cita.

Este, por su parte, había vuelto a sus acostumbradas andanzas solitarias, en los momentos de fatiga intelectual o desasosiego. 1 levaba dentro

II’) Hi,.onripi,hw. libro IV. Ihbl.pgs. 142.177.

de él una amarga sensación de culpa, que avivaba los rescoldos de su pasión a rn orosa por Ma ría y que, de cuan do en c LUIR do, le en te rile cía los re— cuerdos de sus divagaciones con ella. Así lo confiesa él mismo, en el docu— memo epistolar que he venido comeniando:

Cuando desde lu veniana me ves salir sobre tarde, calado el sombrero hasia los ojos, sin volver ni alzar la vista, sdo, sombrio, triste, y encaminarme fuera de la ciudad. ¿qué piensas que voy a hacer por esos campos?... Anda y pregúniale tese rio cuántas tágrimas he derramado a sus orillas; pregunta' nllS 'lejos árboles etiáijias seces nie'Ie ron su soni br,, ,,rtcl:oicio. i'ordornie banjo,, j irios, por ¿iii ,,cv:e o donde nos sentaba.

mos, allí nc siento: busco tus huellas co el suelo, s me parece que las distingo, y me

agacho. y beso li terra, cual si fuese pat inicio,, sagrado.

Parece que hasta llegó realmente a hablar con el padre de la joven, a reconocer como suya la culpa, y a ahogar por ella, prometiéndole no perturbarla nunca más: Procuré volverte a la gracia de tu padre, obtuve su perdón, te volví a la familia. Y era todo un grande sacrificio para mi. *porque* dejé de verte, y me eché a morir". Fueron por fin pasando los meses. El escritor hacia viajes a Outo para ir publicando, en entregas sucesivas. su primera gran obra: *El cosmopolita.* Pues que corría ya el año de 1866. *Y* fue precisamente en esa ciudad en donde recibió, a comienzos de julio de aquel año, una carta de Francisco Moscoso, anligo de él y de a familia Guzmán, cuyo asunto no era otro que el nacimiento, ya muy próximo, de su hijo ilegitimo. Nadie ha conservado esa carta, Ni casi ninguna de carácter íntimo, de sus parientes y amigos, que recibió en diferentes lugares. a lo largo de su existencia. ¿Qué pasó con ellas? ¿Las destruyó el mismo Montalvo? ¿Las hicieron desaparecer sus admiradores y partidarios más cercanos, tratando de que no quedaran testimonios que pudieran hacer dudar de su grandeza? No interesa aquí precisar cuál haya sido la causa de la pérdida de tan copioso material, que seguramente hubiera sido de veras revelador, pero en cambio sí importa saber que al biógrafo se le ha dejado sin una fuente invaluable de conocimiento para la justa y cabal interpretación de su personaje.

Gracias a las expresiones de la respuesta dirigida por el escritor el 22 de julio de 1866, probablemente desde Quito, se alcanza a apreciar el sentido de lo que contenía la misiva de Moscoso. Por fortuna, esa respuesta había llegado alguna vez a manos del jurista ecuatoriano doctor Luis Felipe Borja, quien supo guardarla, como era lo debido. Juzgo que el reproducirla aquí, sin inútiles comentarios, consiituye una contribucion de trascendencia, dado e1 natural afán de desvelar las humanas intimidades de mi biogratiudo

Descansl,a ys tranquilo en las: afecciones de Maria que siempre me parecieron nobles y en la indignación que manifestó cuando yo le toqué la materia que Id. trata en su carta. ¿Qué me habla Ud. de expósito? Horrorizado eslov. me hierve la sangre... ¿Yo aquí, y ni hijo botado en puertas ajenas? Jamás! ¿Es decir que esta desgraciada quiere encubrir una falla con un crimen? Y crimen sin fruto, pues nada se conseguirá con él. ¿Qué escándalo quieren ustedes evitar? qué es lo que van a ocultar? El que haya dado ella a luz un niño, cuando nadie ignora en el lugar, y fuera de él, que ha sido mi querida, y que ha estado eneinla - Esa escapatoria vulgar de la exposición. sobre ser criminal, indigna de gente de razón y corazón, es ridícula y atroz: concibió un hijo esa mujer, pues ha sido madre. De otro modo, la retiro para siempre, no solamente mi cariño, pero lambién mi aprecio, y no le queda a esperar nunca nada de mí. Yo desdeño por extremo las preocupaciones del vulgo necio: dirán ustedes que con usledes no sucede lo mismo; pero yo vuelvo a preguntarles qué es lo que consiguen con esa exposición, con ese encubrinne,iro, Dirá la gente que Maria Guzmán ha dado a luz un niño, y que lo ha bozado. Y esa María Guzmán lan bien conceptuada, que no es responsable sino de flaqueza del corazón, que no debe al público ya la sociedad humana sino un desliz, y nada a Dios y a la naturaleza: esa María Guzmán a quien su amante la tenía por tan digna de él. y por tan digna de ser madre, viene a parar en una triste exposedora de su hijo. ¿Sabe Ud.. amigo mio, en dónde estaría la vergüenza? no en guardar y alimentar al niño, sino en consentir en esa farsa que ustedes quieren urdir. Cuando se presente Maria Guzmán, el público tiene derecho de preguntarle, y le preguntará: ¿Dónde está tu hijo? ¿qué has hecho de él? Y si el público tiene ese derecho, qué derechos no tendrá el padre de ese niño infortunado? Yo po soy como todos, yo pienso y siento de otro modo: me moriria de pena de que ese hilo mío hubiese nacido de mala madre, que ella me aborrezca a mí, bien; eso consiste en mi desgracia; pero que Irate a su hijo, al fruto de sus entrañas como cosa de ningún valor, es para aterrar al que piensa y siente como yo. Valor que ha lenido ella, valor y sufrimiento ustedes para dejarme dos años con ella a mis anchas a la faz del mundo; y no tienen valor ni sufrimiento para sufrir las necesarias consecuencias de esos permitidos y públicos amores. ¿El tener un hijo mío, sería motivo de tanta vergüenza para esa mujer? Aun cuando se consiguiese mantener oculta su deshonra, yo me indignaría y me rebelaría, si lo procurasen por medio de una impiedad, de un crimen; mucho más ahora, que nada se consigue con esa ocultación)2°

Bueno, según el tenor de estas expresiones, se ve que no se había extinguido la angustia de María Manuela por el inminente alumbramiento del vástago de su concubinato, ya público. Y se comprende tatnhién, de manera correl.ativa, que había sido vano todo intento de conseguir el avenimiento de la familia con un hecho que,a juicio de ésta, matiehaba su honra. Algo más: por el tono,de ciertas alusiones de Montalvo a su querida. se nota que el rompimiento entre ellos había dejado en ;lmbos un disgusto áspero y profundo. Pero, peseae lb y al rencor familiar, y puesto que es absurdo suponer que ni María Manuela ni los Guzmán llegaran a concebir siquiera e1 proyecto de botar al ni ño en la calle, no queda si no pensar que

12(1 Pluma de aens. pag %. lsd

la carta de Moscoso fue una especie de artimaña usada para consternar al escritor, y desesperarlo en grado tal que se viera impulsado a proponer un matrimonio urgente, con el cual legitimar al hijo que estaba ya por nacer. Y que en efecto nació poquísimos días después, según la constancia de la partida bautismal que sigue, tomada de los archivos de la Iglesia Matriz de Ambato:

En veitinuehe de .luliode milochocicntosscscnta yscis. llaulisásolcmnemenleaiuan Carlos **Alonzo hijo natural del Sor Juan Monlalbo y** la **Sra Maria Guzman** fu su padrino el Sor Francisco Moscoso aquien adhertí lo que debia Loserlifico.
Rafael Peñaherrera

Aparte de los yerros ortográficos de este documento, que tan comunes eran en el personal que servía en las parroquias eclesiásticas de esa época, hay que señalar el del nombre mismo del niño, que se llamó Alfonso, y no Alonso, como ahí se ha registrado- Con la palabra *natural* se aludía a su condición de ilegitimidad. La persona que aparece como padrino de bautizo es e1 mismo Francisco Moscoso a quien dirigió Montalvo la respuesta que transcribí antes, y a cuya mediación se refirió además con gratitud, en su ya comentada “Carta de un padre joven”. Recordaba en ésta que fue Moscoso el que, ya muy entrada la noche, llevó al niño a la pila bautismal, y el que, también, le hizo saberlos nombres que le habían dado, de Juan Carlos Alfonso. Asimismo, su actitud amistosa le fue siendo en lo posterior bastante eficaz en asuntos que concernían a la aproximación de su hijo ternezuelo. Gracias a esa disposición consiguió, en efecto, que la madre se lo enviara a su casa con alguna periodicidad. Y así, por cierto, pudo satisfacer sentimientos de paternidad que se le revelaron con fervor natural ysincero. Alfonso era una criatura encantadora: alegre, vivaz, inquieto; en su pulcritud se alcanzaban a ver los cuidados maternales de María Manuela.

Cinco meses de edad —confesaba nuestro escritor—, y ya conoce a su padre: alegre, movible, ruidoso, es una tempestadcilia en mi mesa de escribir: se va tras la luz, acomete a coger las plumas, zapatea en la mesa, y da sus infantiles y armoniosas voces. Sano, limpio, lleno, paréceme tener en las manos un serafinillo, cuyos miembros **me** causan placer al tacto, cuyo espíritu se infiltra en mi alma causándome deleitosas emociones.

Si algún contratiempo de salud se presentaba en el niño, en seguida lo conocía Montalvo por comedimiento cordial de Moscoso. Se apresuraba entonces a dar su parecer sobre cualquier posible tratamiento, a fin de que le fueratransmitido a la madre, con quien había dejadodecomunicarse.’2’

121 (art.,;, I-raFIcI-.oMascoso,de[3odejulinde i& R.,bcrroAgr.,nm,,Ie ‘[‘ide,, *SfontaI’”,e,,wrpnn.lano*

Pues que los enojos de ésta daban la impresión de haberse exacerbado aun mas. Al extremo de que un buen día había resuelto no volver a enviar a Alfonso al hogar del escritor. Llegaron efectivamente ‘i pasar varias semanas durante las cuales ella mantuvo su decisión de modo inexorable. Y ésa tic en verdad la principal razón por la que aquél le dirigió las vehementes pa] abras q tic se contienen en ‘‘Carta de un padre jove ti”. Pero parece que a acti 1 ud liost jI de María Manuela coi neidio con cierto desenfado de su diii mo para tomar parte en fiestas algo ruidosas que hablan comenzado a realizarse dentro de su propia casa, frecuentada por amigos, de diversa condicion , de don José Guzmán. A Montalvo le hicieron sin duda mella los comentarios un tanto abultados que se produjeron cii el vecindario. Aunque sus desazoncs mayores procedieron de lo que él mismo conseguía observar desde las ventanas, tan próximas, de su hogar. No se olvide que las dos moradas estaban apenas separadas por una pequeña plaza desértica. 1-Tubo pues ene1 escritor un inesperado estallido de indignación, y aun de celos. Bien se veía que aún le atormentaba su pasión de amor por María Manuela. Y a ello vinieron a sumarse sus vibrantes preocupaciones paternales. Probablemente será difícil hallar en toda su existencia un momento de reacciones sentimentales más sinceras que las que le agitaron entonces, ni confesiones más espontáneas que las que trasegó bajo aquel doble estímulo en la parte final de su “Carta’’, Corridos ya tantos años, es interesante hacer que se vuelvan a oir aquí los acentos conmovedoramente simples y humanos de un alma cuyas desazones eran exactamente las mismas que as de cualquier individuo común, perdido en el horizonte gris y convulso de la niultfttid . Para ello será suficiente la reprudriccion de unas cuantas expresiones de ese testimonio confidencial:

Increíble me parece el verte ahí dando vueltas y carreras con un cachidiablo ridículo, más despreciable sin máscara que cun ella; repartiendo sonrisas a gente beoda y ruin, que no me rece ni una mirada de la mujer de levantados pe nsani lentos. Yen tanto que pierdes ius mériios en esa plebeya galli- danza, ¿qud hace ci niño, en donde está? Bula- do. escondido por ahí, en manos mercenarias, sin leche para su hambre, sin caricias para su lloro, sin arrullo para su sueño . , . (‘ada golpe de ese bombo resuena en [ni corazón esa infame ***ahocna*** cae en las llagas de mi pecho, como un veneno corrosivo - ‘le ven, sí, ie veo . - colorada, reída, sin juicio cabal.el ilma hecha trapo; brincas, corres, vuelves: un brazo grosero te estrecha la ciiittir;i, tHais t’ toscos estropean el delicado luyo; una ***voz*** ronca te ensucia los i,idos; un aliento espeso te baña el rostro

- - - 1 sto se II ini a ***baile.*** Baila pues. baila: tu hijo. pobre h ud rfa ni). SC muere de necesidad: tu imante, ese hombre t;in necioen amarle, ***se*** mucre de indignación y angustia.

Pero al 1 in ocurrió lo que se veía venir, Un ano después de haber pub 1 icado en *El t’osniopolncz* e st a ‘‘Ca rt a de un padre j oves’ —documento, lic de repetirlo, de auténticos desahogos pc rsona les, y por lo mismo pre—

ponderantemente veraz-—-, Juan Montalvo **Contrajo matrimoniocon aqile—** ha amante suya y madre de su primogénito. En el archivo dela Iglesia Matriz de Ambato se ha guardado la partida siguiente:
En siete de **Octubre** tic nol ochocientos y sesenta **Y** ocho concedidas por el lOmo Sr'
Arzobispo 1?' Ji sé lgn acto Checa las dispensas de proclamas y esplorada la 1 ¡ loe 'oluntad delos **contrayentes presencié** el matrimonio de los Señores Juan Montal'o
María (hisman **vecinos** de esta Ciudad de Ambato. Fueron padrinos los Señores IY
Fran'"Javter Nloritalvtt y **Dolores Gusnian.** Dique **certifico.**
Joaquin t !quiltas
Nuestro escritor hace referencia a una constestación enternecedora de María Manuela. **en** la que parece que le imploraba poner los ojos en la suerte de su sIno, y le decía estar ella dispuesta a los rigores de las privaciones materiales cori tal de vivir a su lado, Hay que suponer que ese enlace epistolar de los dos distanciados amantes eontó oportunamente con e] refuerzo de la mcd ación amistosa tic Moseoso. La consecuencia no se hizo esperar. Volvieron los encuentros. Montalvo la visitaba especialmente cts la quinta de los Guzmán, en lieoa. Se reiniciaron así los amores íntimos. Todo ello le impulso a comunicar inmediatamente a su hermano Francisco Javier la deterTninaeión de legalizar lo más pronto esas relaciones. Prefirió dccirselo ''por escrito'', para precisar claramente sus razones y argumenlos: ''Mecaso: grave resolución esésta, pero inevitable", leafirmó. Encontraba sobre todo dos causas obrando en su ánimo: ''la naturaleza que me grita por boca de mi hijo; la lástima de ver a mi víctima consumiéndose sin esperanza de remedio ni consuelo". Pero aseguraba que también él había perdido su tranquilidad: ''Yo por mi parte arrastro una existencia infelicísima; no puede ir adelante esta vida". Vislumbraba pues "la salvación" en la unión conyugal "con la madre de mi hijo". Desde luego. no dejaba de pensar también en su carrera pública y de escritor, razón cardinal de sus afanes. Así, al reflexionar sobre su porvenir político llegaba a suponer que. de serle éste enleraniente favorable, no alcanzaría más que una ernhajada. con lo que ''su vanidad garlaría algo'', no su felicidad. Conviene hacer notar que en toda su existencia, de sino foráneo y azaroso, quizás no alentó en él otra aspiración que ésa de una representación diplomática, la cual por cierto, en este país cruelmente torpe en el ejercicio de lo justo. jamás le llegó. Y mereciéndolo más que nadie en su época. Eti cuanto a la profesión misma de las letras, se confesaba seguro de que "su vida será siempre literaria'' . y de que nada le será más propicio que'' el sosiego y la paz domésticos". En fin, tenía que desposarse cori María Manuela Guzmán, cje cuya vi r— ginid:ttl perdida y tic cuya maternidad ilegítima estaba moralmente ohltgt— do a responder - Todo eso se It) decía a su hermano Francisco Javier, rogáti

dole su “aprobación”, su “ánimo”, su “consuelo”. Esto en el fondo significaba su ayuda material, o una parte de su techo, corno nos ayudan también a entenderlo estas expresiones: “Una gran dificultad se te ha de ocurrir, sin duda, es a saber, mi [alta de bienes de fortuna. Mi pobre Adelaida se allana ala modestia, y aun la *tiene* a dicha”.
Y el hermano, que un día le resintió con el más doloroso de los desaires al no querer ni mirar al pequeño hijo, a quien el escritor había alzado en sus brazos como tratando de presentarle, en esta vez aceptó darle la aprobación, y desde luego el apoyo que tácitamente le requería. Aun más, según se desprende del texto de la partida que he acabado de transcribir, consintió en apadrinar el matrimonio, en unión de una hermana de María Manuela.
Pero boda y hogar, y todos los bienes que se pueden esperar con ello, trajeron el triste destino, quién sabe si inesperado, de no durar más de un trimestre, pues que en enero de 1869, como posteriormente lo explicaré, Juan Montalvo se vio obligado a expatriarse para evitar los impulsos de persecución y venganza de su enemigo político, Gabriel García Moreno. Este, efectivamente, hizo estremecer al país con el fuerte aletazo de su segunda dictadura, al tomar en aquellos precisos días, abruptamente, el mando de la república. Los tres meses a que estoy aludiendo ni siquiera fueron completos: las diligencias de publicación en Quito de los cuadernilles de *El cosmopolita*, desde el núrnero cinco hasta el nueve, que fueron los últimos y que aparecieron de noviembre de 1868 a enero de 1869, le alejaron en sucesivas temporadas de la compañía de su esposa. Yen realidad, sin que nadie lo previera, estotra separación impuesta por su primer destierro político vino a resultar definitiva. E igualmente la pérdida de su naciente grupo familiar, con su María Manuela sufrida, su hijo ternezuelo y otra criatura que había comenzado a alentar en la entraña materna.

CAPITULO XIII

El Cosmopolita: éxitos y sinsabores

En un día de mediados de diciembre de 1865 Montalvo ensilló personalmente su caballo, en el patio de piedra de la casa de Ambato. Sujetó al arzón de la montura un maletín cargado de manuscritos. Se calzó luego las espuelas, ajustándolas debidamente a sus largas botas de tubo. Tomó de manos del sirviente el poncho de lana gris con ribees azules y se lo acomodó cuidadosamente, abotonando la abertura de la parte inferior del cuello. Se cubrió en seguida la cabeza con un sombrero de viaje, de color negro y ala ancha, y tan limpio como bien conservado. Se despidió por fin de aquel hombre que lo atendía, igual que lo había hecho, poco antes en el comedor, de la persona que le ofreció su café mañanero en una taza de china reluciente. Comenzaba a amanecer entre los pregones de algún gallo distante y los primeros silbos, aún inciertos, de la paJarería de los árboles circundantes. La familia del escritor se hallaba todavía durmiendo. Asió éste las riendas de su cabalgadura, la haló hacia la calle, y ahí, subiéndose sobre ella y afirmándose bien en los estribos, la picó para iniciar el galope por el camino del norte, rumbo a la capital. Según lo sabemos ya, Montalvo se había acostumbrado a ese tipo de ruda aventura itinerante por los pueblos de la sierra ecuatoriana, a lomos de bestia, entre nubes de polvo, bajo soles o lluvias, con paradas nocturnas en tambos y hospederías humildes. Yerran por eso los que imaginan a Montalvo únicamente como persona acicalada de paños finos, elegantemente cortados, y de sombrero de copa alta y guantes de gamuza. Verdad es que así comúnmente se dejó ver en los medios urbanos. Y que más o menos con tales características han hecho también que nos lo representemos ahora las páginas testimoniales de sus contemporáneos, interesados en diseñar la figura de él para la posteridad. Pero igualmente es verdad que, con ello, se ha olvidado estotro aspecto que encierra la misma porción de autenticidad, y que quizás humani

1

711 más la presencia de nuestro grande hombre: el de jinete sufridor y dccidido **tj** nc trotaba por las soledades de su pais para ir a euT1plir el apostolado LIc 505 letras, o para encaminarse al puertoo la Írontcra desde donde arrancar hacia los lugares de sus destierros. El del hombre pues montado en su caballo con poncho, sombrero de viaje, botas y espuelas. y con las señales de la tatiga propia de esos trajines en la palidez tic su rostro. Así en efecto debieron tic haberle observado muchos seres anónimos, sin reparar ni re— nmlamente en quien era ese silencioso, largo y esmirriado caballero.

En esta ocasión llegó a Ouito más dolorosamente estropeado que nunca, porque las horas y horas de cabalgar le habían producido molestias en su rod II a reumática. Por fortuna, consiguió tomar i n mcd ata men te un barro tibio en su aposentamiento usual del centro de la ciudad. Y al siguiente día, 1cm prano , pudo andar hacia la oficina 1 ipográ 1 iea (con ese nombre se idciitificaba a esos talleres) de Francisco Bermeo. Este le era conocido. Profesaba su misma doctrina liberal. Era un impresor serio y acucioso, en medio de las estrecheces con que se había instalado. No se olvide quc no disponia sino de la ayuda de un muchacho, que se desempeñaba hasta de corrector tic pruebas, a pesar de la incipiencia de sus estudios. Bermeo saNa a qué había ido aquel visitante. El doctor Francisco Javier se lo había hecho conocer de antemano. y aun había acordado con él - por requerimientos de nuestro escritor, los puntos básicos de un plan de edición para su primer libro. Desde el momento inicial se trataron pues amistosamente. Y el impresor le probé más tarde su lealtad, al figurar en e1 grupo de los defensores liberales con que circunstancialmente contó Montalvo.

‘Iras el saludo sencillo y cordial, y después de las referencias al doctor Francisco Javier con que los dos comenzaron su diálogo, el escritor abrió el maletín que había llevado hasta allí, y colocó sobre una mesa algo como cincuenta páginas manuscritas. Pertenecían a la obra que pacientemente había elaborado en el encierro de su provincia: *El cosmopolita.* Bermeo las tomó con respetuosa curiosidad, después de hacer el ademán automático de limpiarse las palmas de las manos en su mandil de esforzado color azuloso. Le gustó el orden en que se mostraba el texto, con sus títulos y sus anotaciones1de pie de página. Alabó los trazos en tinta negra de la caligrafía del autor, aunque, a fuerza de sinceridad, le manifestó que no se la podía leer correctamente sino con laboriosa lentitud, Lo cual, por cierto, se lo prometía, para que el traslado de las expresiones a la página impresa resultara en lo posible exento de errores. Yen ello, a la vez, cifraba Montalvo su ruego más insistente.

1 Tubo explicaciones minuciosas de éste. Le dio a entender a Bermeo Cloe **5C** trataba de todo un libro de ensayos, de tenias diversos, y que entre

ellos había algunos de índole política bastante enérgicos, con una bien definida posición antigarciana. Por honradez se lo advertía, para que lo meditara debidamente y no sufriera vacilaciones en el largo proceso de la edición. Pues que la obra iría apareciendo por entregas, no siempre periódicas, a manera de folletos de extensión variada, pero con un gran sentido de unidad: el que procede tanto de la orientación de las ideas como de los atributos mismos del estilo. Le aclaraba que esta modalidad de publicación no era la que él de veras prefería. La había más bien escogido por las limitaciones materiales de la imprenta, y sobre todo por la escasez de sus recursos para cubrir los gastos que se preveían. Desde luego, terminaba contesándole que no dejaba de haber alguna ventaja en ello: la de poder ceñir ciertos pronunciamientos críticos o condenatorios a las circunstancias mismas que se fueran presentando en la vida pública del país, a fin de mantener así la expectación de los lectores, y de convertir a la vez a esas páginas en una especie de ariete contra los hábitos perversos de autoridades y políticos -

Concluida la puntualización de estas razones, se apresuraron el ensayista y el artesano a dar su primer paso, que consistió en elegir el formato de los folletos. Sería el que se acostumbra usar en las revistas mayores: un cuarto largo de pliego. El papel tendría que ser de buena calidad, aunque la cubierta fuese en rústica. Montalvo hubiera deseado disponer de medios económicos para publicar su obra con notoria elegancia. Siempre estuvo obsesionado por dar la presentación más digna a sus escritos. Le cautivaban las ediciones lujosas. El mismo ha recordado eso más de una vez. Se dedicaron luego a examinar las letras o tipos de imprenta, observándolos en las hojas de un trabajo que se hallaban en la pequeña prensa del taller, y que aún conservaban ese olor a tinta fresca que embriaga a los autores, y tomándolos también, posteriormente, de los cajetines parduscos en que se los había clasificado escrupulosamente. E-ficieron al fin su elección. No les restaba entonces otra cosa que la fijación del precio global —materiales y mano de obra— del primer cuaderno del libro. Pero no demoraron en establecerlo, de acuerdo con los arreglos que previamente se habían hecho con el doctor Francisco Javier Montalvo, y en que alguna concesión había ofrecido el impresor. De todas maneras, aquél resultaba sin duda alto, Aun más, había que pagarlo casi totalmente por anticipado. Como el escritor había llevado consigo los valores suficientes, se los entregó en seguida, y se resistió a que Bermeo le extendiese ningún recibo. Tales gestos se hallaban dentro del estilo de su natural desprendimiento, pese a las dificultades con que solía recoger cualquier dinero, dada su condición de intelectual consagrado exclusivamente a labores no lucrativas. Ahora mismo,

para la edición de ese primer cuaderno, había necesitado buscar la contributún de su hermano y de varios amigos liberales. En lo posterior habría de ocurrir, en más de una ocasión, algo semejante. Y no por el precio – cuarenta centavos— en que se vendía al público cada ejemplar, que era más bien elevado para esa época, y que le hubiera alcanzado para resarcir- se de los gastos. Los desequilibrios provenían seguramente del servicio irregular de las agencias de distribución, y de la pérdida de algunos folletos en los envíos, costosos, a otras provincias del país. Montalvo se quejaba con razón de la desventura económica de su iniciativa: "por eso me he quedado hasta sin reloj, y con una buena suma de menos", llegó a decir en las propias páginas de una de las entregas posteriores de esta obra.

Ajustadas pues, una por una, todas las condiciones del trabajo, entre las que se contaba además la del plazo preciso de dos semanas para la salida de ese primer folleto, el escritor se despidió de Bermeo, advirtiéndole que se quedaría en Quito hasta la fecha concertada. Y así sucedió en efecto. Esperó en la capital ecuatoriana hasta el 3 de enero de 1866, en que volvió al modesto taller con explicables demostraciones de vehemencia. Y ahí por cierto encontró a su puntual impresor. que en cuanto le vio se le adelantó, alborozado, con un ejemplar de la publicación en la mano. En la parte central de su portada se podía leer, en caracteres grandes y claros, *El cosmopolita. Y*, naturalmente, el nombre de su autor: Juan Montalvo. A cuarenta y dos llegaba el número de páginas de ese cuaderno inicial de su obra, elaborada en buena parte, como ya se dijo, durante cinco años de su largo retiro ambateño. El estaba persuadido —proféticamente persuadido— de que con aquélla comenzaba a hacer su camino hacia una celebridad legítima y duradera. Hojeaba por lo mismo con afán el ejemplar que se le había entregado. Se le habían humedecido los ojos. Eso era habitual que le ocurriese en toda circunstancia de veras emotiva. Habló a Bermeo de disponer inmediatamente la venta del folleto, a través de los agentes a quienes con anticipación había comprometido. *Y* así se hizo. Pronto pues se lo voceó por las calles, y se lo ofreció personalmente, en forma directa, a magistrados, profesionales, maestros, jóvenes universitarios, gentes de los partidos, hombres de letras. Hubo liberales que adquirieron algunos ejemplares para llevarlos a provincias, buscando también en ellas su circulación. Es revelación de eso la anécdota cotitada por Roberto Andrade: se me acuerdan el día y las circunstancias en que por primera vez llegó a mis oídos ci nombre de Montalvo. Principiaba el año 1867 (era 1866): frisaba yo con el fin de la puericia, y hallhamc en Ibarra esludiando latín y castellano. Un día llegó mi padre de Ouito. "Estos opúsculos", me dijo, sacando un rollo voluminoso del fondo de sus

baúles, ‘‘sol) para el señor Teodoro c;(smez de la ‘jorre: ve y enlrégalos’’. Tomé el lío y lo abrí’ hurtadillas: ¡‘1 *(os;?ioíusÍ,(w* j,orfoo,i *Mo,ieolvo,* leí en la **xrtada** de varios cuadernos a la rústica, gruesos, grandes e impresos **cii** letra clara y ordinaria. Stislrúe— me uno y lo eseondi: los demás fueron entregados eolia mayor diligencia. tánto era mí deseo de regresar y devorar el cjtic yo había eetmdtelo Nunca había experinientado mayor curiosidad por un libro, y nunca fue satisleeha con lan grande pronlitud. 22

Resultaba nuevo en el ambiente del Ecuador el sonoro título de la publicación. Por eso, a pesar de que para muchos era suficientemente expresivo, el propio Montalvo se creía obligado a aludir discretamente a la significación del vocablo, cori la advertencia siguiente: "De *Cosmopolita* hemos bautizado a este periódico y procuraremos ser ciudadanos de todas las naciones, ciudadanos del universo, como dccia un filósofo de los sabios tiempos". Vale desde luego la pena observar que desde su juventud, y desde su primera obra, nuestro autor descubre la ambiciosa perspectiva en que intenta desenvolver su trabajo. Deja pues ver que ha despuntad’) va en él un arrogante sentimiento universalista. de espíritu atento a los acontecimientos no únicamente del constrictor marco nativo, sino también de América, de Europa, y "del mundo entero", como se place en confesarlo, Un propósito de magnitud semejante exigía la base de una cultura dilatada, de una información ampliamente socorrida, de un juicio discernidor y con aptitud suficiente para razonar las opiniones propias y establecer sugerencias, reparos o encomios. Montalvo se fiaba en el inexhausto caudal de sus lecturas; sobre todo, en las relacionadas con un pasado que le era útil para esclarecer ideas y ejemplificar. No le arredraba tampoco el tratamiento de problemas internacionales de su tiempo, pues que su curiosidad se mostraba siempre activa, inquiriendo lo que más podía en los medios noticiosos que de algún modo llegaban de afuera. De otro lado, sus viajes europeos, como lo he puntualizado en un capitulo anterior, le habían dado experiencias e imágenes que se fijaron en páginas evocadoras y descriptivas de gran lirismo, publicadas como *Correspondencia* en las columnas interiores de *La democracia* de Quito, y que se convirtieron en el sustento de valiosos ensayos de *El cosmopolita.* **‘** Preparado estaba pues para satisfacer su promesa de extender generosamente la jurisdicción de su pensamiento. Conviene sin duda que se tome esto en cuenta, ya que no era lo común en aquella época en que no había la rápida y eficaz intercomunicación de

122 Roberto Andrade, Montalvo y García Moreno, Tomo I, ibid pág 3 y 4

123 La democracia, Quito, Imprenta de gobierno, 4 Páginas en formato tabloide de aparición semanal. Vease los números 187, 191 y 195 de 25 de mayo de 22 de junio y de 27 de julio de 1858 respectivamente con ensayos de Montalvo. No aparecen nombres de directores. Se publican también nombres poemas de Juan Leon Mera.

pueblos que hay ahora. y en que se hacia evidente ci aislamiento aldeano de la cultura que a esfuerzos se generaba en nuestra América.
Pero así eomo despuntaban en Montalvo este airoso anhelo universalista frente a las cosas que iban a ser tema de su obra, asi también parecía que despuntaba ya en él un eonvencimiento. cargado de fe de que mas alla de ese “pedazo de las entranas” que es la patria habían otros públieos que estaban prestos a escuchar su palabra. **y a** eomprenderla, juzgarla y apreciarla ‘Y en cierta medida, si se piensa no en las masas de lectores. sino en las rigurosas minorías de intelectuales de otras latitudes del habla castellana, de años sucesivos, se ve que nuestro autor no se equivocó. Hizo por eso bien en querer escribir, como lo aseguro sinceramente mas de una vez, para Conciencias mejores que las que presentía entonces en su propio país. Las reacciones nielquinas que inmediatamente hallo cerca de si le fueion demostrando hasta qué punto tenía ra/oil. Se le hizo blanco de críticas torpes. ile negaciones y desdenes. Así Ita sido casi sieiiipre entre nosotros. Uno de los hábitos ecuatorianos más perversos **y** pertinaces es el de organizar grupillos ile ostentosa pero ínlima capacidad intelectual, cuya hárbaraytribalobsesiónsedirigeaenenmbraralal;inia——nniufamaloeal, inválida **y** maloliente— a cualquier cacique ile los suyos. va derramar en cambio sudores copiosos por rebajar e1 iierito de ns talentos superiores. o por sepultar la obra de éstos en el silencio de **ulla** nianosa indilereneta. Aunque el sólo imaginarlo canse estupor. se debe saber que Montalvo, no obstante haber sido todo lo qne era, se convirtió en víctima de esos clanes, más can ihaleseos que intelectuales
Y bien, he ile insistir en que es muy cierto que el temprano deseo ile no encerrar su pensamiento ni su ambición ile nonibradía literaria dentro de los límites constringentes ile lo nacional, halió expresion precisa s’ eloetuen te en aquel título de fi *‘ostnopolita.* Pc ro he de agregar tambié u que, puesto il nc él fue **ti n** apasionado lector ile Lord Byron. resulta j usto que se suponga que la afición por ese nombre se le pudo prenuler con el conocimiento del gran poema viajero ‘Peregrinacion ile Childe-Harold’’ Efectivamente, al pie de un breve introi lo ile los versos ile éste, se hace constar entre paréntesis. Corno título o firma, la designación de *El cosmopolita.* Por fin, en conexión **eoil** eslos comentarios y referencias creo quie debe entrar rina aclaración más: la ile que, si bien Montalvo ilijo haber “bautizado ile Cosmopolita a este peroilen’’, uucll;i publicación en realidad no fue esto último. (‘areeió, eviilenteniente, ile las condiciones ile un periódico. Por lo tanto es absurdo que se la siga calificando de ese modo, y llaitianilo periodista a este creador. El earáeler ile sus ensayos, Hin ile los más cortos, tanto porel sentidoeon que se desarro—

Ibm sus asu ritos ci niio por los al rí bu tos csi L icos de SLI prosa, se hul lu lejos del que es propio de losartictilos periodísticos. Debería saberse que el niis— mo Montalvo se vio precisado a rectificar lo que había afirmado uncial— niente. con estas palabras. aparecidas en una de las entregas posteriores. y a las que nl) se les ha prestado atención: ‘Pero ¿qué viene a ser *L/cosniopo/ita* en real iduid’ No es pe riod leo porque los pe r:odicos tienen con diciones , agencias. días señalados para sal ir. Ce adernos periódicos no hemos conocido: se usaron tal vez en tIempo del paganismo (ironía dirigida a sus detractores ultracatólicos), y de aquí esta novedad”. 12 Hay pues que entender tiLle usó ial denominación han aludir a la forma serial o de cuadernos sucesivos que en verdad tuvo a edición de aquella gran obra. feliz com ie n zo de st’ destino de escri 1 or.

La extensión temporal de las apariciones de *El cosmopolita* fue exactamente de tres idos: de enero de 1866 a enLro de !869 Sus entregas. llamadas libros por su autor, lueron nueve en total, y seguramente no mostraron ningunil periodicidad. En 1866 se publicaron tres: uno en enero y dos en mayo; en 1867, uno: en agosto 7; en 1868, cuatro: en noviembre 5, en noviembre 30. en diciembre 15 yen diciembre 31; yen 1869, uno: en enero. Estos cinco últimos cuadernos, que fueron los únicos que descubrieron una edición de frecuencia regular, se caracterizaron por ser más bien cortos: uno de veinte páginas, y los demás de dieciséis. En lo que concierne a su contenido, casi todos los criticos ecuatorianos, por desconocimiento mescrupuloso más que por otra cosa, han estimulado el equívoco de que *El’ cosniopolna* fue “un periódico” que fundó Montalvo para “combatir al dictador Garcia Moreno”. Quien lea de veras esa obra se dará cuenta de que sus muchos ensayos se muestran ricos de un material preponderantemente misceláneo. *Y* de que en ellos no únicamente son diversos sus temas, porque aun hay diversidad de pequeños asuntos, que se ramifican de manera imprevista, al impulso de la imaginación y de aleccionadoras renienioraciones históricas, dentro de cada tema. Esquematizando la visión de aquel contenido plural, en que en forma libérrima y caprichosa se han entretejido consideraciones de naturaleza tan variada, como para impedir precisamente cualquier intento discernidor de materias, se alcanzarían a establecer más o menos las siguientes proporciones de éstas: un sesenta por ciento de tenias literarios y confidenciales, un treinta por ciento de los inherentes a García Moreno y a política interna del Ecuador, y tin diez por ciento de aquellosque se relacionan con problemasde la situación de Hispanoamérica, soh re todo fre jite España -

Ei cuanto a la temática de literatura de *El cosmopolita* conviene que

124 1 W’nn’p’i,i., ‘

no se olvide lo que extensamente lic cxpticstoen capitulosanieriores sobre as divagaciones roininlicas de Montalvo por paises de Europa. Alma soli— Liria y contemplativa. ensonada de lo pasado ante losvestigios y ruinasque atesoran algunas ciudades milenarias, posevo un a pluma sensible y erudita, tocada casi invariablemente de las gracias de lo lírico, para componer descripciones que cnibelesan ‘i excitan sutilmente la curiosidad de cierta aya refinada de viajeros. Algunas de esas cautivadoras imágenes —ya lo conocemos— se publicaron en el semanario quiteño La democracia, y se constituyeron en la base de algunos de los mejores ensayos de El cosmopolita, o en el estímulo de otros. de proposilo semejante. La verdad es (pie en esta obra fue trasegando hábilmente, con aptitudes de escritor, un caudal de su propio mutido subjetivo que satisface los anhelos inquiridores (Id biógrafo, a la vez que da a su personalidad el resplandor magnético que perseguian los románticos, sus maestros.
Pero he de aclarar que tales maestros del romanticismo -—-Byron, Laniartine, Hugo, (t’hateauhriand, Goethe, Musset— fueron para Montalvo, no propiamente modelos cuyas creaciones debía imitar, sino inspiradores de una actitud frente a las cosas; suscitadores de 5U5 reacciones íntimas, de sussesgos mentales, y en alguna medida de su enamoramiento por la deleitosa dulzura de las [rases. A ello se redujo la asimilación, desde luego vehemente, de las obras de esos autores. Y no otro beneficio fue el que les debió. Pues que la prosa que elaboró nuestro ensayista, hermosa y socorrida de afanes reflexivos, fue más bien el resultado de su capacidad y sus es[uerzos individuales. Demostró así —y ahí radica su mérito— que ni en el vacilante período de su formación se dejó avasallar por las influencias ajenas. De otra manera jamás hubiera llegado a ser lo que fue: el gestor de un nuevo estilo, el consciente remozador de la prosa castellana.
Para empresa tan excepcional estudió además las complejidades y secretos de nuestro idioma, en trabajos de gramáticos y preceptistas que ya he citado, y en las obras para él agradables e ilustrativas de Fernando de Rojas, Cervantes, Quevedo, Hurtado de Mendoza, los célebres Luises, Santa ieresa, Garcilaso y Manrique. Puede asegurarse que éstos le pusieron una brújula en la mano para que supiera eonducirse por en medio de la insospechable exte nsión de los problemas posibilidades y encantos de nuestra lengua. Y él 110 abandonó ya nunca, en ninguna de sus realizaciones literarias, ese instrumento de orientación -, seguridades. Algunos de los grandes críticos de afuera _cspeeialrr..nte los de España— llegaron por eso a decirle que él se expresaba como uno de los clásicos de los mejores tiempos. Pero no era únicamente ésa su característica definidora, no obstante la casticidad idioin:itiea de Montalvo, y hasta el sabor arcaico qtie aeOstum braba dar a algunos de sus giros. pues que de él debería afi rin arse

con mas precisión lo (lliC iITk) (fC sus exaltadores —— Rubén Darío— afirmó de SÍ mismo: que era muy antiguo y muy moderno.
En efecto, mi biografiado satisfizo vanas necesidades en su justa pretensión de dar con el verdadero camino de su gloria literaria: asimiló así las vibraciones sentimentales; el culto del pasado, sobre todo europeo; la inclinación idealizadora de los seres; el gusto transfigurador del paisaje, como representación artística y anímica; el sentido heroico de la predestinación personal, y el impulso comunicativo de la frase: todo eso, que pertenecía a la escuela de los románticos. Aprovechó, además, los atributos lingüísticos de una forma límpida y castigada; giros y vocablos expresivos caídos iiexplicablcniente en desuso; apotegmas filosóficos; sentencias de la sabiduría popular; agudezas de sentido, quizás de procedencia quevedesca, útiles para el manejo de la ironía; combinación acertada de ritmos en el orden interior de las expresiones: todo ello. extraído preponderantemente de los clásicos españoles y latinos. Estudió, por otra parte, gramáticas y preceptivas, no para esclavizarse a ellas, sino para respetarlas sólo en un grado indispensable, el cual en ningún caso habría de paralizar la viva y natural desenvoltura de su lenguaje: de ese modo, salvándose inteligentemente de gramáticos y preceptistas, que no van más allá del oficio de peones o alarifes dentro de la arquitectura imponderable de las creaciones literarias, él podía fortalecer, a toda conciencia, su voluntad esteticista, su autonomía en la forja de un estilo original y propio. Ahora bien. como fondo condigno de todo ese significativo aprendizaje, buscaba simultáneamente el enriquecimiento de su filosofía, con la lectura de pensadores de la Grecia antigua y de algunos de la Europa contemporánea: entre estosúltimos, sobreiodo los dela Ilustración: Montesquieu, Voltaire, Rousseau, principalmente. Y va que he nombrado a Montesquieu. he de recordar que la vehemencia de sus conocimientos de la vieja Roma se satisfacía en las vertientes de aquél y de Gibbon,Suetonio yTito Livio.
En fin, para la elaboración de un estilo definidamente suyo, que a él mismo no le desengañara, había ido encauzando su escrupulosa asimilación de autores de diferentes épocas y tendencias, junto con el fluyente caudal de su cultura en campos diversos, y con las virtudes ingénitas de su personalidad de escritor, Pero ese estilo vino a ser de tal naturaleza, que no tardó en darle, por el pronunciamiento reiterado de intelecuales insospechablemente serios, del extranjero, una posición preeminente en la prosa de la América hispana del siglo diecinueve. Bien pudiera afirmarse entonces, sin faltar a los rigores de la investigación y del juicio, que en 1866, con las sucesivas ediciones de los cuadernos de El cosmopolita, surgió un

tipo du critoK literarioN que resultaba inaudito en el ámbito de nuestros países, y en el cual se aliaban los primores de una estética refinada con el ágil espejeo de las ideas, Su destino cierto, por ello, fue el de fundar el ensayo moderno, con irradiación no sólo continental, sino en toda el habla castellana. Esto puede verificarse leyendo a los prosadores españoles de la Generación de 1898 e inmediatamente posteriores. Una parte de lo que hay en ellos de vocación hacia los escarceos del pensamiento y de entrega cuidadosa a los efectos estilísticos, o sea de facultades para elaborar una prosa de ideas y de virtudes literarias en sí mismas atractivas, ya sela halla en el ensayista del Ecuador. El polígrafo hispano Miguel de Unamuno le profesó una admiración sincera y trató de señalar aspectos en que él se le parecía. Ortega y Gasset, a su vez, dejó advertir tales o cuales características que son también afines con las montalvinas. Pues que quien conoce las páginas de Ortega, ricas de metáforas esenciales, aunque con un cauce filosáfico más orgánico, serio y derecho que el de Montalvo, alcanza a ver que nuestro prosador hizo ya bastante en su tiempo para que el ensayo mostrara varias de las excelencias modernas, que son tan atractivas en las obras magistrales del escritor madrileño. He de hacer notar también que la literatura posterior de Montalvo, creada en apenas unos veinte años más, siguió alimentando ese augusto hálito renovador de su primer libro. Por eso he juzgado necesario detenerme en el señalamiento de las circunstancias en que se gestaron las páginas de El cosmopolita, y en la referencia a sus méritos indudables.
Pero estas observaciones, que aquí sólo tengo que enunciar, no estarían completas si yo no aludiese por lo menos a la condición constantemente lírica de sus trabajos. En el “Prospecto”, o introducción de El cosmopolita, manifestó Montalvo que en los folletos que seguiría publicando no habrían de faltar “trozos de literatura y de amena poesía”. Por cierto creyó necesario explicar que ésta no se encontraba únicamente encerrada en las fronteras constrictivas de la expresión en verso. Y las irrefutables razones que le asistían para mantener ese juicio quedaban precisamente demostradas con los ensayos de esta primera obra suya, y con muchos de los que fue creando después. Por lo tanto, aquella su afirmación de que “hay poesía en prosa como la hay en verso”, halla un sentido probatorio incontrastable en el vigilado curso de sus mismos escritos. Tan verdadero es esto que se ha de errar en la apreciación de aquel gran libro de juventud, y de los siguientes, si no se repara en la atmósfera de poesía que ha saturado a muchas de sus páginas. Es pues evidente que Montalvo llegó a ser, a través de un buen número de sus creaciones ensayísticas, un admirable poeta de la prosa. El más alto poeta de la prosa hispanoamericana de su tiempo.

El másconcentrado, fino yconsciente poeta de la prosa en lengua castillan a d u ni rite ir n la reo período de su siglo.
Por bu. a ese imperio suyo sobre el lirismo de la mejor estirpe. a los elementos que he mencionado, de tendencias estéticas dispares divergentes que él supo reducir a encantadora homogeneidad en la elaboración de su prosa debió lina nueva y significativa victoria: a de precursor de la corriente nrüdt'rnjvta. Esta se caracterizó igualmente por su fecundo eclcc— ticzsmno literario sir celosa decantación de las iotluencias más disiiniJes. No se de tIc d ese' III 1 Cc u q u c l as m ay 'res fi gil ni s del n,odcr,usn,o. cuy a cr111-ciencia profesional de la pluma ha seguido siendo tan determinante hasta ahora, no han dejado de admirar a Montalvo corno si éste hubiera sido nn inspirador eficaz. nn artista del lenguaje que les ha atraído con los destellos de su estilo, un maestro que de algún modo es ha iluminado el camino. Sin duda por eso han escrito sobre él, con inteligente entusiasmo, los niás notables modernistas y posmodernistas: José Enrique Rodó, Rubén Darío, José Martí, Rufino 13 lanco—Fombona, Gonzalo Zaldumbidc, Alfonso Reyes. Para la persona particularmente interesada en conocer observaciones críticas sobre esta posición nlontalvina , hay un trabajo mío que aparece corno prólogo de una antología de ensayos de este autor, publicada en 1985 por el Banco Central de noestro país. 25
Con El cosmopulna nacía, corno se ve, el escritor más representativo que ha tenido el Ecuador, y la reacción lógica que había que esperar entre sus intelectuales no debía ser otra que la de un inmediato impulso açlmirativoy consagratorio. No fue así. Al contrario; se buscaron maneras de agraviarlo, O de hurlarse de él, o de minimizar la significación de sus letras, o de excluirlo desaprensivamente en cualquier apreciación sobre los creadores nacionales, o de cerrarle el acceso a los cenáculos, como queriendo. en fin, destruir su nombre con el ultraj,e,con el cscarnioocon las empeñosas manipulaciones del desdén, la indiferencia yel olvido. Eso sucedió cmitonces con Montalvo. Eso ha seguido sucediendo después con las contadas figuras de relieve de nuestra literatura, y aun de nuestra vida pública. Por ello, si alguien intentara revelar honradamente la figura moral de nuestro país, tendría que indicar entre sus hábitos perniciosos éste de trastornar los valores, no por torpeza simplemente, sino por herir a propósito. con decisión sádica, a las pocas inteligencias que, respetándose a si mismas, han debido rehusar cualquier tipo de arrehañamiento mediocre y ventajista. Y aquella culposa maña de subvertir el juicio sobre nuestros hombres, y sus obras Y sus actos, revolviendo cínicamente las categorías, ha hecho que consecuentemente se pervierta también el uso del bronce con que se
12S]11r] M rrrc .[lSwI rrir11 .1 ,rlrrrr 1),rv Se Iccrr,rrIc 1,1115511 cli, hircz .11 ,,ric,r Çc 'irla 15.11: cLJ11rll11 Ou'rr,

pcrel1niza a las persoTialidades históricas, destinándolo a seres de aparatosa figu racton pasajera. En fin, hubo y hay una abominable obstinación de empequeñecer a los de veras grandes y de glorificar a los homúnculos, Ya iremos conociendo las expresiones de Montalvo sobre estas prácticas nacionales desoladoras.

Se sabe que él era sensible a a opinión ajena. Amante confeso de una celebridad bien conquistada en su profesión de escritor, vigilaba lo mejor que podía la elaboración de sus páginas. y en cuanto las publicaba se ponía a examinar sus efectos, entre lectores comunes y críticos. Aguardaba pues ansioso las reacciones de éstos. En las letras había fiado su grandeza: no le quedaba *más* que concentrar su atención en las resonancias que ellas iban a producir. Hay que suponer por eso que los pronunciamientos adversos que se levantaron en el Ecuador sobre su primer libro, *El cosmopolita,* debieron de haberle acongojado y perturbado íntimamente. No de otro modo se explica el que, repuesto de las aflictivas impresiones iniciales, se enderezara a devolver los ultrajes con la mayor irritación de su ánimo. Probablemente, sin sospecharlo, esos tempranos detractores estimularon las facultades de su sátira, tan excepcionales como las de su voluntad artística para la forja del estilo con que se abrió paso a la fama.

Y bien, movido por aquella ansiedad de pulsar los criterios de otros intelectuales, tuvo que desembocar, aun antes de nada, en su primer desengaño. En efecto, pensando en que no debía imprimir sus folletos de *El cosmopolita* sin averiguar previamente el juicio de uno de sus amigos en cierta manera cercanos, el costumbrista José Modesto Espinosa, hizo llegar a éste algunos de sus manuscritos. Un regocijo maligno sintió sin duda Espinosa frente a tamaña oportunidad. Fingió inmediatamente estarle agradecido por ese gesto de confianza, pero poco después, en cuanto había corrido el plazo de la supuesta lectura, le propinó en forma taimada el zarpazo por cuya ejecución había estado muriéndose de ganas, y que no fue sino el primero de los que le preparaba. Simuló declarársele sincero, y con un aire del que sabe por qué aconseja, aunque sin atreverse a puntualizane claramente las razones, le insinuó que no pulblicara ninguno de aquellos ensayos. Trataba de darle a entender que su vocación no era literaria, y que mejor haría con dedicarse a cualquier otra labor. Consultados en seguida otros escritores, acaso del mismo conciliábulo, a quienes Montalvo había tratado en sus días de estudiante, comprobó que también ellos asumían la misma hipócrita posición disuasiva. ‘Ouerían que me metiera a zapatero”. confesaba más tarde, sacudido todavía por el justo impulso de sus cóleras. Con esta experiencia, se podría desde luego creer que mi biografiado sabía ya el medio en que iba a dar sus batallas, y que por lo mismo estaba



Juan Montalvo, retrato publicado en *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, año XXVII, No. 29, segundo semestre de 1883, p. 80.

sa Itt dable me n te p te ve ido pa ni en [renta rse a la at más [era de ti egacion es.
que llegaría a pesar sobre él. Aun más, no es difícil suponerque anos atrás —a finales de los cincuenta—, es decir todavía temprano, alcanzó a saborear un disgusto similar, a través de alguna confidencia de su hermano sobre las reacciones mezquinas con que la seudo inteligencia de entonces recibió la serie de sus hermosas imágenes de Europa, publicadas en el periódico *La democracia* de Ouito. A los que por acá escribían ¡es hacían mal efecto sus originalidades estilísticas, su constante uso de la primera persona **para describir las impresiones de aquel itinerario, sus alardes de erudición,** sus exaltaciones de la historia pagana. Su notoria superioridad de escritor, sobre todo -

Pero en el caso mismo de *El cosmopolita* hay que reconocer que la detonación de las críticas condenatorias o burlescas que se le destinaron halló una primera causa —la más apremiante por cierto— en el ataque de Montalvo al ex dictador García Moreno. Fácil es advertirlo con sólo observar la ubicación derechista del grupo que le zahirió con el furor de sus juicios- En las primeras líneas del “Prospecto” de la obra montalvina estaba ya, claro, su desafío: “Mucho es que ya podamos a lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tántos años; mucho es que no hayamos quedado mudos de remate a fuerza de callar por fuerza”. Más adelante, en las mismas páginas introductorias, agregaba: “Allí está Gabriel García que, con haber fusilado él también algunos prisioneros inermes, después de haber azotado a un general y obligádole a morir, nos parece peor o a lo menos tan malo como el que puso fuego a Roma”. Yen el primero de los ensayos que formaron aquel cuadernillo inicial de *El cosmopolita*, bajo el título de “La libertad de imprenta’, insistía en denunciare1 comportamiento garciano contra la expresión de las ideas, en los términos que siguen: “Sabe por otra parte el mundo entero que reinando Don Gabriel García la prensa ha estado con bozal, enmudecida, bien como el ladrón de casa suele hacer con el fiel perro. para que de noche no haga ruido”. El tono de las acusaciones de nuestro escritor se fue volviendo, desde luego, mucho más violento y exasperado. Lo veremos oportunamente. Pero aquí en la primera entrega de *El cosmopolita* se encuentra ya el comienzo de su determinación combativa, y no sólo eso, sino también el origen del duelo, que en sus consecuencias dura todavía, entre aquellas dos prominentes personalidades de la pasada centuria: Juan Montalvo y Gabriel García Moreno.

Eso del duelo fue una realidad. Conviene que no se lo desconozca. Por ni i parte he de sentar tal afirmación una y otra vez, para oponerme a cuantos se atreven a decir, con tendencioso desdén, que el dictador no dio ninguna importancia a las condenaciones y agravios montalvi nos, por

coits:dcrar que su eiiei go c:necía de influencia política. Una primera prueba de la caccion de Gareia Moreno surgió en forma inmediata, en cliatitil estuvo ciietilando a ciilrega Ti mero tino de aquella obra de Mon— tal\t, l.e l ibi;in sin duda niorlilicado sus reparos. Efectivamente, el primer olIdos' libro de It/covt?i(s/wliIÑ aparece el] de enerode 1866. Y la replica gui-diana se publica ci 23 de ese mismo mes: apeiias veinte dias después. Se la puede leer en la página 15 del numero 2 de ElSzid-,4niericano, ‘‘peno— dice semanal. politico. literario. cientítico y noticioso, de Quito. Conststic cii liii poema epigraitiatieo. titulado ‘‘Soneto bilingüe’’, que no llevaba lircia tic tutor igli:Ii que los demás trabajos de la publicación, pero cuya paici sudad perteneció i García Moreno de modo indiscutible. En efecto, usos sersos y los de otro soneto, que tiene como titulo ‘‘A Juan que volvio tullido de sus viajes sentimentales’’, han sido recogidos en el volumen Es(7flOS 5' (IISSIU'OV 'it' (h,/,,iel (;arrki Moreno, edición de Quito de 1 887, con prologo de Juan león Mera . Conviene que se conozca que éste los reproduce dejando dicha constancia. Además, hay un testimonio que impide dudar de la certeza de esa compilación. Son las palabras de os hijos de Mcra que cii el ensayo bibliográfico que le han destinado aseguran, al relerirse al periódico Et.S'ud-Aniericano, del cual fue uno de sus fundadores,
(Inc aquél guardaba para sí un ejemplar en el que ‘‘cuidó siempre de poner su nombre en los artículos suyos, y los de sus compañeros de redacción en los que a ellos pertenecían”. Doble prueba es ésta de la autoría garciana de C505 poemas. Y vale la pena copiarlos aquí, porsu procedencia, su mérito mismo y la escasa difusión de ellos:

A Juan
que volvió tullido de sus viajes sentimentales.

1)cJ:i ndo Juan sus áridas colinas
y el polcorosi) suelo tic sucuna,
sto en nudoso nopal crece la luna.
coronada de iniiñnicras espinas,
Recorrió ni' 1 regiones peregrinas:
mus alio pasara de la luna.
si tullido cn el lecho, por fortuna,
no quedara en las márgenes latinas.
Oit ijenipo nial pcrdidot Oh desengañosu
l)epmr lis lunas, el nopal. la sierra.
por' armar cte cositinihres y de teairn
Y u iuiimi.i alga y isinitis Hnos.
rcgrcs-,, rde ccm;mdrtipcdmm a sim herr:,,
:,L1iCn scmslosc cii ibis pies. voitiose en oi,uiro
iNi,,,.,' 500 mg

Sonri o ¡liii ngüe
dedicadu al ciisniopiilliiici
(**tililitIo fue** *Sancho* ufligo iI **(].onpiclt'glio.**
CO aciago y **oteuguido. Inste rau,**
vio te nd sis un cuoteo **Y Oc gro gi5'** -
que le ¡suso li lesli **en un iniprogito.**
Y **miró. Con grundisiuno cordoglo**
UI' 1 0V **C) 1 rC a bútI** los **y Un pat o**
las ranas, lo mismo que en AmnIsato,
lo cual, sin duda, le IICII<I deorgoglio
Y **"n, pssr** fin dssrm ido en un a pu la.
mio gallo. OIr naravmlld y el Ial Cuento.
corI su puta de gallo así rCmala.
Poca .jquicrcs. Juan. te diga lo que SICIIIIS?
SIC viste Id niisnio. yo tlmsciirro,
que debiste lumbién de ver un hurro)

Evidentes son, cii el primer poema, los términos de befa Carl que García Moreno se refirió al medio ilativo del que se desprendió Montalvo para su viaje por Europa, a la inutilidad de ello, y a la dolencia reUflltitllCa que le postró primeramen Le, y que luego le obligó a volver a su tierra COlI muletas, o ''en cuatro", segun el insolente decir metafórico del verso fInal Evidentes también son, en el hábil *Soneto bilingüe,* la precisión y el sentido de inofa con que aludió a la visita de nueslro escritor a la roca Tarpeya, en Roma. l'omó para eso algunos detalles sueltos de la imagen que él 1105 dejó de este lugar, y trató de mostrarlos a su modo, con el carácter de la más vulgar ordinariez, como para anular el significado y' el lirismo, tan certeros, de la descripción montalvina. En un capítulo anterior presenté yo esta parte del itinerario romano de mi biografiado. No he de pedir pues sino que se recuerde aquí su mención de los "cuatro esqueletados búfalos" que divisó en una "triste montañuela" cercana a aquel sitio. Y que asimismo se haga memoria de las siguientes líneas, con que trazó el cuadro fiel y vívido del rincón desolado que contemplé tras el Capitolio, al bordé de la nombrada roca l'arpeya:

Al vol ver de mi suh Ii nc desvarío vi. ya positivamente: vi a la ni uj,r rumana q lic su curredorcillo se esluha u cunlemplarmc. curiosa de ver despacio un clIranjerir l:tn sOhiiariov lleiutirno: las gOtts de agua que Cuan monótonas sobre as piedras rcsls,il.umdc, de la humilde eltozu: vi OII jergón en donde estaba acurrucado umi galo negro de ojos ccmrlc!l:urtcs: sr un gallo mmmmim'sil sobre Ii. p111 izquierda durmiendo ,iiientr:ts lItiO,. Y a mrcmmtpo ql ceSto sria el grito Ile las rallas. .siil,icnd,r del Foro, llcoal':u allis

rl] Litil-, }.í/Suj ,I,t,,o..,,,,, St Mus,1,,u.i Io,puct,T.iN;icLoti.iI.N' tl.ldc,•iicr,' J. H6tt1ug. O.

oídos en lino cciii ti balar distante de alguna hambreada oveja. Y votvi a decir dentro
de nsj mismo: ¿Esta es l{oniiiL 21

Me ha parecido indispensable volver sobre este asunto y reproducir las líneas anteriores, no únicamente con d ánimo de que se compruebe la exactitud de los detalles que tomó García Moreno para el propósito malévolo de su soneto, sino además para que se las tenga en cuenta posteriormente. Pues que pronto dejaré ver que los otros detractores de Montalvo se apropiaron también de ese mismo apunte de viaje para pretender burlarse de él, sin siquiera presentir cómo tendrían que ser despellejados por la sátira cortante de su respuesta. aparecida en una de las entregas siguientes de *El cosmopolita.*

Pero más allá de estos razonamientos debo hacer notar que Montalvo y García Moreno, estos dos gigantes de la historia ecuatoriana que tan radicalmente se aborrecieron entre sí, que se irguieron con la máxima energía en sitios antagónicos de un medio políticamente tempestuoso, y que tuvieron que pagar, el uno con el destierro y el otro con su vida, la fatal consecuencia de esa posición adversaria: que estos dos colosos —digo——, tan diferentes en su ser íntimo, sus determinaciones personaJes y su destino, eran sin embargo bastante semejantes en su capacidad para herir con la pluma, para convertirla en instrumento de castigo implacable de los enemigos, y muy parecidos desde luego en los temibles arrebatos de su temperamento. Por ello no resulta del todo absurdo preguntarse si Montalvo, en el caso hipotético de haber sido un hombre de acción y de haber captado el poder, no hubiera sido tan tiránico como lo fue García Moreno. Aunque chanceando él mismo llegó a decir: “No me hagan nunca presidente mis compatriotas, porque les vendrá todo junto como al perro los palos”. 2’) Tanto Montalvo como García Moreno miraban con la mayor repugnancia muchos hábitos perniciosos de la vida pública nacional. Ambos detestaban con todas sus entrañas la inmoralidad ene! *manejo* de los bienes fiscales. Ambos cran igualmente incapaces de perdonar a quienes les hubieran hecho víctimas de algún conato de ofensa o humillación. Ambos eran hijos de una época crítica y turbulenta, que demandaba actitudes desafiantes y de enardecido coraje. Ambos, en fin, estaban amasados en el mismo barro de un país trágico y doliente. Pero —siempre he de aclararlo—cada uno de los dos estaba señaladopara unagrandeza distinta: el tirano hizo obras ingentes y duraderas de gobierno, y murió aureolado de sangre; el escritor dejó el tesoro invaluable de sus creaciones literarias, luchó

1211 I’Tospetro.
aitropoI,cgc.Moiit.ilso l)c’,” lcr çcctacr,p:ig 141 c,iPágcnasí)escon”cniar.Ambalc’, 1969

por el establecimiento de los derechos y las instituciones civilizadas en et Ecuador, y sc extinguió. en soledad y pobreza. alumbrado por los destellos de una gloria indeclinable -

Y bien, el duelo entre estas dos figuras no se redujo a su intercambio de frases vejatorias en los comienzos de *El cosmopolita.* Fue mucho más lejos. De modo que insisto en que no se debe admitir la conjetura peyorativade que el dictador no dio importancia a los ataques del libelista, Porque ése es juicio interesado del elemento garciano. Se lo Puede palpar. y lo pongo como ejemplo elocuente, hasta en las páginas del respetable ensayista Remigio Crespo Toral, quien asegura que (sarcia Moreno “no hizo caso’’ a Montalvo; y. cerrando caprichosamente sus ojos a tina rn uy conocida realidad, intenta demostrarlo con las reflexiones que reproduzco a continuación:

no estimaba de sustancia os disparos a ¡tinge de Montalvo. Se disparó contra Urbina. Espinel, Moncayo, hasta contra os jóvenes Proaño y Valverde. *Y* infle lío niás tomaba en cuenta las divergencias con Borrero, Cueva (Agustín), algunos personajes eetesiásticos y hasta con el manso y benemérito Dr. Benigno Malo. Montalvo no te preocupó. pues no le creía capaz de emprender una rebelión. Tampoco le desterró. ni espió sus actos en el retiro dc ¡piales. García Moreno, ajeno a bajos oficios, 00 pago jamás a espías ni premió a delatores. Yen verdad, Monlalvo no conspiraba; carecía de Itis atribulos de la acción que constituyen al caudillo.

Cierto es que Montalvo estaba distante de toda aspiración caudillesca. Su índole no le predisponía ni siquiera para alinearse con alguna disciplina en un partido político. Pero, aparte el empuje de rebelión que bramaba en algunos de sus escritos, y de cuyos efectos no se debe dudar, hubo momento en que aun hizo diligencias personales en algún lugar de Colombia para reunir las armas que necesitaba una conjura de liberales en nuestro país. Eso del “retiro de ¡piales” es una manera engañosa de decir, de Crespo Toral, para enmascarar lo que ello fue en realidad: un destierro amargo de largos años, del cual nuestro escritor no alcanzo a redimirse mientras estuvo en pie el gobierno despótico de su enemigo.

Le disgustaban grandemente a García Moreno las batallas escritas de Montalvo, sobre todo cuando iba ya dando remate a sus estratagemas para apropiarse otra vez del mando. No se olvide que *El cosmopolita* se publicó después del primer período dictatorial garciano. Hacerlo en el curso de éste hubiera sido una temeridad, imposible casi de ser acometida. El propio autor lo aclara: “Los propietarios de imprenta perseguidos unos, corronipidos otros; los oficiales y cajistas fugitivos unos, en los cuarteles otros; gr;ln dificultad en fin de publicar ningún escrito. Y si a

toare’ **ptOsis.** ttLI,I ioieca feas innana Mínima. lid. **pSg** ‘65

pesar de todo se pub 1 icu bu u Igu no, ir en de rcchu ru u un ca labozc, al Hupli— CtS) de la ***I,arm,*** a los confines del mundo pasando por el Napo’’ ‘luyo pues que esperar Montalvo, Ii hizo bien. Terminada la tirania, quién podría ne— garque hubo va la sensación de cierto alivio general. Algunos hábitos poli— **twos** rierOn poco a poco cambiando. Aunquc ello no inspiraba a nadie conl ianza , pues que el país entero sabia que el influjo de García Moreno seguía proyectndose , entre telones, sobre sus débiles sucesores en el ejercicio del poder. Aquél, además, se agitaba en deseos de reconquistar la tuerza plena de su autoridad, y multiplicaba los medios de hacerlo con progresivo desculado. Pero su adversario, el escritor, estaba siempre ahí, mortificándolo, acusándolo, oponiéndose a sus pretensiones, y cada vez con acetilo niás vigoroso y vibrante. Se tiene que creer que, pesca lo refinado de su prosa (condición que era también criticada por sus rivales), la belicosidad montalvina contra el dictador sí de] aba efectos en el pueblo. A tra— !‘.z’ todo de las resonancias que le daban unos cuantos liberales jóveses. en **Llillelles mi** biografiado fue encontrando solidaridad y ayuda cons— taule. No es pues nada sensato suponer que el violento y codicioso político, que en esos anos se preparaba para encaramarse otra vez en el gobierno, **mirase** con p;tsividad los embates de aquella campaña de prensa. Lo probable es que él mismo estimulase, por lo pronto, las burlas y los agravios con **que** el grupo de susíntimossalió aquererempañarlas páginasde *Ef cosmopo lila.* **Efecuvamente, y corso** lo había previsto Montalvo por la ya referida **reaccion** hostil a sus trabajos juveniles de *La democracia,* **no** tardó en ser **duramente vapuleado con ocasión** de este libro, invocando motivos de la **más varada** índole: había, entre éstos, hasta los gramaticales. Eso era **como herirle en el centro** del corazón. Porque él amaba como nadie la lengua. **En el culto a ella reconocía su segunda religión. Se sentía orgulloso de los luicios de Miguel Antonio Caro y de Rufino Cuervo sobre la pureza idiomática de su estilo, y se complacía en reproducirlos para contrarrestar las censuras de los avinagrados críticos del Ecuador. Pero él, según lo podemos comprobar en la introducción misma de su obra, había presentido de algún modo ese género de ofensas, y se adelantaba a resguardarse de** ellas con estas palabras:

orden a lenguaje sepa, si alguno se previene a censurarnos, que lo hc mos aprendi - lii co los tutores clásicos, en los escritos del buen ticnipo. Suele suceder que el torneo de Una frase no suena bien para un oído torpe; que una manera de construcción, auto— 1 l/.td.L teoso por Ccr’anlcs y Granada, no la oyeron nl la saben los instruidos por Mata \T.OLJO que no tle,to,an a estimar Ufl corte nueVO 15010 CHUS V elsunuultu_’. y todo e’. lnne,ire e’, eee.s lilvecovas sobre qoe no eritendenius le gramática ospie Íalt,onos al arle de hablar bien; para lo cual acoden luego a SUS librajos, sin venir— sclc’. .i lis nicoles iple no bayarte ni diccionario e;ipiecs le o’islcIici tod,i uuua lengua...

No bede pasar por cierto adelante sin referirme a la extremada crueldad con que atacaron a Montalvo los escritores nacionales de entonces, ubicados en dos periódicos conservadores: *El Sud-Americano,* quiteño, a que antes he aludido, y el semanario *La patria,* de Guayaquil. Le hacían víctima de sus mofas y calculados desprecios. Trataban de convencerle de la "insignificancia" de su obra. Aseguraban no encontrar nada de mérito en ella. Y le clavaban ferozmente sus dentelladas, aunque siempre simulando no tomar en serio ninguno de sus trabajos. Considérese que Montalvo era todavía un Joven, de treinticuatro años no cumplidos. Que *Elcosrnopolita* era su primer libro. Que aún no había vivido ninguna experiencia frente a los críticos de su país. Que había puesto una fe entusiasta en aquellas páginas, fruto de estudios y de una concentrada labor intelectual. Y sólo así se alcanzará a estimar la dimensión de la pesadumbre con que se le atormentaba. La intenci(n de esos comentaristas era confundirle, anonadarle, hacerle arrojar la pluma para siempre. Quizás otro escritor primerizo hubiera visto pasniarse sus sueños de gloria literaria bajo tan amargas circunstancias. Amigo de las soledades y los silencios, cómo habrá devorado sus desazones, en impenetrable intimidad, aquel joven que hacía precisamente la primera revelación de sus capacidades superiores. En *El SudAmericano* se lo trató con saña en sus cinco números iniciales, que coincidieron con la aparición del libro de Montalvo. Unos pocos ejemplos de aquel venenoso pronunciamiento crítico serán suficientemente demostrativos. Téngaselosen seguida:

En el N°1, página 5, bajo el título de "La nueva escuela" y poniendo como epígrafe "Si es preciso reír, riamos" ——frase tomada de las páginas montalvinas—, se invita a los lectores a reírse de "la tétrica estatua del *Cosmopolita".* Se vitupera hasta de este nombre, tan noble y acertado: "Por lo demás, qué se puede esperar de un Cosmopolita que carece de patria, ya quien le son indiferentes todas las naciones y los pueblos?". Se intenta la primera burla de las imágenes captadas por nuestro escritor en la Roma antigua: "contemplemos al viajero solitario y taciturno, en la visita a la Roca Tarpeya y entremos en sus profundas meditaciones, participemos de sus melancolías, ¡ay! de esas melancolías que nos han arrancado tántas carcajadas!". Le señalan yerros de ortografía, que sin duda eran únicamente tipográficos, como el de *ladrado* por *ladrido,* y le reconvienen citándole al gramático Mata y Araujo, a quien ha aludido desdeñosamente Montalvo.

En el N' 2 de ese mismo periódico, también dentro de los comentarios acres de "La nueva cscLcla", y cte a. páginas 11 y 14, se vierten más agravios Y en dicha página 14 figura igualmente un trabajo titulado

“Cual ro palabras sobre el Sr - Dr. l)n . Gabriel García Moreno”, de Juan León Mera. Este lo ha reconocido corno suyo en su ejemplar privado de *¡ti Sud-A,nr’rit’ano.* ‘Tiene en aquél las expresitwlesque sigtiCli
1 labíansos resuello no escribir ni tiisa sola línea sobre los dichos de El Cosmopolita’. porque nos pareció un papelón despreciable, sobre todo, por la excesiva soberbia de su aulor, que apenas merece a burla que le ha hecho “El Sud-Americano”. No añadamos pues ni una sola palabra a lo dicho, no sea que el señor Montalvo ***crea*** que vale algo su obra, y pasemos al ratar de lo que nos habíamos propuesto.
Así hablaba su antiguo amigo y compañero. No se advierte sino que la envidia transpira por ese intencionado desprecio.
Pertenecen al mismo núlnero 2 el *Soneto bilingüe*, de García Moreno, que se almea en idéntica laya de burlas,, y una nota en que se anuncia una nunca \‘ista función’ de teatro.’’’ El Monopolítieo. Roma. Paseos noe— turros. Mis melancolías. Fatuidad. Un Zarramplín chupando el jugo de los clásicos”. El ‘gladiador *injustamente* enfermo, enclenque y acurrucado durante la pelea”.
Recrudecen Tos ataques en el número 3, también con el título de “La nueva escuela” yel mismo epígrafe de “Si es preciso reír, riamos”. Se concentra el énfasis en las reglas gramaticales. Se dice sobre nuestro escritor:
Nos hace saber que él no ha tenido por maestro a Mata y Araujo, sino a los escritores clásicos del siglo de oro de la lengua: nos amenaza con Moratín, Argensolas, Jovella. nos, Granada, Capntany, Baralt y cuando menos Mor de Puentes, yen las seis y media hojas que forman el prospecto del cuaderno iha cometido ochenta y siete faltas gramaticales’.. Oué falta le ha hecho al vanidoso Montalvo un compendio de gramática del señor Mata y Araujo!. Y en la página 21 de esa entrega se publican además estos ver51 **)5.**
Ultima carlda al autor de El Cosmopolita:
‘ro pluma al fin se movió
y el ensayo fue rüin;
aunqtie tu soberbia al fin
a la perfección llegó.
Pc ro con bu rl as y ve ras
se te ha dado mucho azote...
Veie,infeliz neo-Qaijote,
vete a Ambato a comer peras.
¡le de dar término a estas citas reproduciendo siquiera las líneas siguientes, del cuarto número de aquella enconr.:a publicación de tendencia política gareiana:’’ no tenemos pacie neia r a a lidiar con la inepcia, ni para sufrir las fanfarronadas de la más repugnante vanidad de un mozo estrafalario, que pretende pasar por sabio t ilósofo. y busca en vano la nombradía

• .‘‘. Afirman que desprecian “al altinhicado y culterano Juan Montalvo’’, e igualmente su erudición repugnante, ridícula vextemporánea’’.
Era indiscutible que para esta crítica dc sepultureros de la ntcligencia se habían o resuest ado las facilidades de mayor alcance den grato rio de García Moreno. Juan León Mera. José Modesto Espinosa entre otros.
Y, por fin, para que asimismo se tenga siquiera una idea de los perversos y picudos ultrajes con que le zaherían los presuntuosos zollos de la época, desde la otra trinchera periodística que he mencionado —La pa- (rin— es adecuado que vaya esta vez hacia las propias respuestas de Montalvo. En esa forma evito sobrecargar estas páginas con más injurias, y doy
la posibilidad de que se aprecien los argumentos dcfensivos de nuestro ensayista, en algunos de los cuales hay un gozoso y original uso de la ironía. Todo ha de reducirse, naturalmente, a un muestreo breve y esencial. Pero antes he de recordar que, igual que en El Sud .lnzerirano, estos escritos agraviosos se publicaron sin nombre de autor.
En ‘La virtud antigua y la virtud moderna” (A os señores colaboradores de La Patria”), les prueba el grado de intransteencia y de proclividad a la tergiversación con que le han enjuiciado por haber exaltado las excelencias de las personalidades que honraron las sociedades de Atenas y de Roma de los viejos siglos:
Déjenme ustedes escribir un libro ascético, y les ofrezco no olvidar a ninguno de los santos ni santas de la Corte Celestial. Pero está uno hablando de Atenas y de la Roma antigua, ¿y ha de salir con Santo Torné y Santo ‘toribio? Tengan ustedes conciencia. Y tengan también cuidado, porque si empiezan ahora a echar piedras a Sócrates. pueden correr la suerte de Anyto y Melito, quienes fueron perseguidos por los griegos. aborrecidos y escupidos de todos
En “Post Seriptum”, (también destinado a los señores colaboradores de “1 ,a Patria’’), que han querido usar las intenciones y el tono burlones de García Moreno, para tratar de rebajar al plano de lo insignificante el estupendo cuadro de contrastes de as dos Romas de Montalvo —la de su vislumbre del pasado y la de su contemplación del presente—. él les replica con ironía mucho más sutil y penetrante:
Y para ser buenos amigos. cúmpleme volvertes en la misma moneda sus amables obsequios en lo tocante al gallo, al gato, y a la mujer romana, cosas que les han hecho solazar oc) poco, co ese lenguaje tan ¿sainado a la burla: el zaherimiento irrita; la broma fina y culta puede correr y pasar cnt re amigos: :‘ 1 st o ile la sal que purifica y mantiene las cosas en su punto; la de botica es amarga, ref go;iíOc, vsi a más de esto se la propini ftiera tic tiempo, hasta es venenosa ... Pties, Señor, css. gallo no está mal en donde está; ¿.01 por qoé había de estar’? ¿,l’orqoc esta pral oso t,n: la p o;t tzqoicrda stsl;otteis— te’? Aqtu está mi error; póngale yo sobre la derecha, y tactos qcicdahao contentos

l'reiiifllantitc que tienen de particular tos gallos y gatos de Roma para haberlos tiaiclo cttlacton con preferencia a los de cualquiera iota porte. tienen de particular que son tos 11u5 si. que no mc parecieron tan por de 'lis para la poesia. Si uno ve un gallo en Roma, quiere hablar de dI. ha de hablar Ile di. o del que ustedes tienen en su casa ejote sus gallinas? Si en lugar de ese galio 1 cspo utgij el de San Pedro. entonces si quedaban ustedes para hacerme presidente

.uego, en demostración palmaria de su finalidad poética vuelve a citar los elementos qUe ha usado, tanto en lo evocador como en lo descriptivo y les formula a los *censorinos* esta pregunta en sí misma elocuente:' La Ro mi a iit tgu a y la moderna ¿ no están bie ¡1 contrapuestas?" - Cierra en seguida su defensa avergonzando a susdetractores por la falta de ética y valor con que han procedido: "Daré fin a este largo escrito —les dice— invitando a ustedes y a todos los escritores hombres de bien, a firmar los suyos". "Hay mucho de vil, de cobarde e indecente en ocultar su nombre cuando se hiere a otro: el anónimo infama, no al que es víctima de él, stno al que tras él se oculta'' -

Un buen número de las respuestas que dio Montalvo a quienes fingían malentenderle para denigrarlo podrían ser agavilladas aquí, con el propósito de disponer de una impresión general de cómo fue recibida su primera obra —tan excepcional— en el medio literario de su propio país. 'Inste fue por lo común, entre nosotros, el destino de sus trabajos. Y no únicamente por su beligerancia política, stno sobre todo por los méritos superiores de su personalidad de escritor. Otie esto último, téngaselo por seguro, rara vez lo perdonan los aguerridos y emplumados sindicatos de la inteligencia nacional. Finalmetlte , con el propósito exclusivo de no dilatar estos desoladores testimonios sobre su caso, mediante otras expresivas transcripciones, sólo me he de limitar a la recomendación de sus páginas de "Contraccnsura", dirigidas a José Modesto Espinos'a. En ellas, que están en *El cosmopolita,* igual que las que he reproducido antes, explica las razones que han determinado la estructura de esa obra y las características de su singular estilo. Aun defiende la calidad de sus versos a Don Andrés Bello. desdeados acremente por Espinosa "Quien —le dice— por toda poesía no ha leído sino el *Sopla que qut'nta,* ¿podrá ser juez en poesía?''. Y, tras llamarle Monsieur floileau de órgano ambulante, expresa así su ex— trañez.aa los lectores: ''Los poetas cali! icati do los míos de ***Sonoros versos*** (véase *El* 1 *mericano,* del Perú), y este alma de cántaro llamándolos prosa, y de la *más trivial!* Fray Trivialete de Prosapete - su reverenda tendrá voto en el Capítulo de la Merced, no en estas cosas".

José Modesto Espinosa, cost tttnbrist a que había adquirido retlotTlhre en el país por el sentido gracioso de sns ettadtos la animación de un len-

guajc de cicrtu vena popular, le habla agredido particularmcnte en la en. trega u úme ro 1 de *La patna,* de fe brero de 1866, pero no fi rinando con su propio nombre, sino con su anagrama, de Tomesdo Pisenaso. Parte de esas burlas y objeciones fueron recogidas más tarde en el volumen segundo de sus *Obras (‘onpleras,* aparecidas en 1899.

Ahora bien, toda esa montaña de reacciones negativas, ya hostiles. ya calculadamente desdeñosas, ya de sordera prevenida y de intencionada indiferencia, con que se pretendió aplastar al más alto de nuestros escritores, y con que desde luego se le amargó profundamente, ha venido a parar en pedrisco infame, que a su tiempo ardió de maldad; en escoria, en desecho, en nada. O, a lo más, en signo probatorio de la pugnacidad canallesca con la que las hordas de la inteligencia vulgar suelen arremeter contra las personalidades a quienes no pueden medir por el mismo rasero. A causa de esas hordas tuvo que aprender nuestro prosista a renegar dolidamente, querellosamente, de la tierra en que había nacido: “Denme un Ecuador libre, ilustrado, digno, y soy ecuatoriano; de lo contrario me quedo sin patria”. Por fortuna, grande era su fe en sí mismo, en sus facultades. De modo que no se dejó desalentar ni mudó sus propósitos. Y, gracias a ello, y en oposición a la condición desmoronadiza de los escritos con los que se intentó disminuirlo o infamarlo, cualquier observador sagaz de ahora nota que muchos de los valores del primer gran libro de Montalvo ni siquiera han perdido frescura. No obstante los ciento veinte años corridos desde su aparición, *El cosmopolita* conserva pues la integridad de sus encantos y de su vigor comunicativo. Aun aquello que para algunos críticos ha sido motivo de reparo, y que concierne a la falta de continuidad y derechura en el desarrollo del tema central de varios de sus ensayos —según se puede advertir por ejemplo en las descripciones del jardín del Luxemburgo—, se nos ofrece más bien con el carácter de una aventura intelectual excitante, propia de una imaginación ágil, que no desfallece ni prende extenuación en los que la siguen, pues que suyo ese1 frenesí de las sorpresas. Ni más ni menos que lo que ocurre cuando se va zigzagueando por ci deleitable e ilustrativo curso de divagaciones de Miguel de Montaigne. Pero la afinidad literaria, que de veras la hay entre estos dosautores, no es ningún caso absoluta. Montalvo supo hasta dónde asimilaba a su Montaigne.

Finalmente, este secreto de perennidad de la primera obra rnontalvina no descansa únicamente en las virtudes de su estilo, sino también en la sugestión de su contenido mismo. Se ha dicho muchas veces que mi biografiado no creo una filosofia. Que no fue realmente un pensador. en sentido estricto de csta voz. Puede ser qtie eso sea asi. No es necesario entrar a examinarlo. [Jebe sernos suficiente reconocerle como un cnsayls

la de sólida cultura. (1IIC manejaba abtindaTltes ideas y que sabía elevar a un planu de universalidad y permanencia buena parte de sus temas. hasta los que eran caedizos.y los de su iittima subjetividad. Aún más, por el don protético de algunas de sus visiones (como sucedía también con el argentino Domingo Faustino Sarmiento). lo que escribió hace más de un siglo sigue teniendo actualidad.
Poi lo mismo, si se hicieran circular ahora El costnopolua valgunos de sus libros posteriores con la frecuencia que se asigna a la producción de otros autores, no faltaría a aquéllos un público dispuesto al disfrute de su lectura. Y su interés se multiplicaría, por cierto, si se intentaran ediciones antológicas de las páginas más atractivas de los volúmenes de ensayos que él nos dejó. En el ámbito ecuatoriano de su tiempo. es verdad que éstos sólo se difundieron de manera limitada. Y no únicamente por los tropiezos a que he venido aludiendo, sino además por el carácter selecto de su lenguaje. En ello, aparte de todo lo ya indicado, basaron también sus burlas y desprecios los que se le enfrentaron. Fingían en efecto que estaban listos a convertirse en sus asiduos lectores “con tal de que hable la lengua popular”, “con tal de que dé soltura a los períodos y las cláusulas, y se sirva de construcciones vulgares”. Montalvo se irritaba, inevitablemente, y con el ardor de esa justa indignación observaba’:” No me entienden, porque no prohijo ese idioma triorquida, ese monstruo nacido de tres padres de diferente naturaleza, esa jerga americana compuesta de castellano, Irancés y quichua”. El no estaba para hablar “a lo corre — ve — y dile, a lo truhán, a lo barbero”. 131 Pero, lamentablemente, se ve que de aquella posición de los que le detractaban ha arrancado, una y otra vez, cierta afirmación crítica harto exagerada: la de que nuestro autor escribió para un auditorio inexistente, (jada la forma literaria que con tánto celo cia boró - Desde luego, aceptar dicho criterio en forma absoluta es caer ene1 más insensato de los desconocimientos: el concerniente a la pericia pasmosa de Montalvo para adaptar sus expresiones a una rica gama de propósitos. que iba desde el ataque deliberadamente rudo y satírico hasta el logro de un lirismo arrebatador o de un haz de consideraciones cuidadosamente afilosofadas. No debe pues oh idarse que a selección estilística, que él amó con tan noble sentido de la prof esion de escritor, no le impidió. cuando lo quiso. poncr a vibrar el alma de las gentes de cualquier condición. A ello obedeció el que se le señalase con admiración a su paso por as calles de Quito, identificándole bajo el nombre de su primer lihrr . ahí va el Cosmopolita, se oía decir en repetidas ocasiones, con entusiasmo. También a él le placía la— marse de ese modo. Y aun Cosme, chanceando familiarmente, segtin pue 13 FI coçr’wpohh,. 1 un... [!iI...ip.lgs IDy X

de verse en la firnni de una carta que dirigió a Roberto Andrade. Pero sobre todo hay que recordar que por ello, por la irresistible aptitud suya de llegar al público cuando embravecía sus campañas en casos eoneimlos de condenación política, se convirtió en el más influyente luchador antig.ii ciano.

De entre las varias pruebas que aquí tendría yo que invocar hay una muy elocuente, La relacionada con la descalificación de Garcia Moreno como senador del Congreso de 1867. Esta humillación la sufrió como consecuencia del premioso reclamo de las páginas de Montalvo. De este hecho han quedado varios testimonios coincidentes. Lo sufragios de Pichincha habían conferido la senaduría de la provincia al doctor Manuel Angulo. Ese resultado lo dio a conocer oficialmente el Concejo Municipal de Quito, que entonces era el organismo competente para ello. Pero al día siguiente, por ajetreos intimidantes del ex dictador, esos mismos concejales cayeron en la desvergüenza de cambiar los efectos del escrutinio, desposeyendo de su elección al doctor Angulo, para pasársela a aquél, que había obtenido apenas la tercera parte de los votos del legítimo triunfador. Montalvo se sintió urgido por tales circunstancias, e hizo oír en seguida sus razones en contra de la pretendida usurpación de García Moreno:

los pueblos les han dicho ¿os elegimos, para que nos dejáis en manos de nuesiro enemigo? Diputados-comadrejas, bien merecen que el gran mayordomo es pele a todos, los ensarte en su asador, y los haga reventar al fuego. —En cuanto a ese senador, no debe buscar en el congreso un asiento que nadie le ha ofrecido .. . Yo no sé de dónde le ha venido a esle hombre el convencimiento de que la nación es propiedad suya: todo lo quiere. y iodo lo quiere por la fuerza: si no fue electo senador, ¿por qué se empeña en ir al Scnado' — El senado eslá en el deber de excluirlo de su número por conveniencia por jusiicia . . Vamos, caballeros, dejemos de ser esclavos, principiemos a ser hombres: dejemos de ser víctimas, principiemos a ser ciudadanos; dejemos de ser perros. pri Ilcipiemos a ser gen te P2

Instalada al fin la Cámara, hubo un desborde oratorio en el que precisamente parecía que resonaba la voz del Cosmopolita con sus justas argumentaciones. García Moreno se vio obligado a dejar la sala parlamentaria. Salió al comienzo mismo de la sesión mascullando vociferaciones, y dirigiendo hacia el escritor, que se hallaba en la primera fila de la barra, el relámpago de odio de su mirada. Los senadores no demoraron mucho en proclamare) desconocimiento que hacían de aquella representación espuria. Y Montalvo, gozosa su conciencia de sagitario de las buenas causas, abandonó entonces el lugar, entre los aplausos espontáneos del público.

02 —F:s,,I,a,,n,hjc.H,',n,op,,hw 1'',,,,' ii,itud,pg 231

ra p Fue ba de la n ti ue Ti cia que proyectaba en la vida política de ese fliOilieTltO se la puede pulsar en el comportamiento inicial del Presidente icr(niino (‘arrión - Es conveniente que yo aclare que la tan aludida primera obra montalvina cmpe’zo a ser publicada bajo el régimen de dicho ciudadano. hombre de ánimo reposado y de claros sentimientos cívicos. Nuestro prosador sabía que las ambiciones garcianas de mando no cesaban de amagar, y aun de hacerse realesen formaindirecta. desde losinterioresmismos del palacio. Y se afanaba por eso en conjurarlas. llenando de fe a Carrión. exaltando los atributos de su personal ejercicio del poder, como los de la tolerancia de las ideas y la consagración de los derechos de todos. En uno de sus escritos llegaba a formularle la advertencia que sigue, tanto para las acciones de la presidencia como para el bien común:

ciarcia Moren, ha corrompido la forma de gobierno, ha convertido la Republica en dcspot **i** smi - ¡‘re eisti es it tic este inicuo sistema se destruva: cayo e tirano, pues caiga la ti rania: inantene r los malos usos ¡ u **ti** oducidos por otro, poco se dite re ncta de ser introductor de ellos. Señor Carrión7 mie ni ras más se diferencie usted de Garcia Moreno, más acrecerá nuestro aprecio; mientras más impruebe sus actos, más legales, más humanos. más brillantes serán los suyos.. La costumbre de ver padecer o de padecer nos hace no mirar con el horripilamiento que merece la dictadura de Garcia; pero contemple usted y vea que es monstruoso esto de haber dado en tierra con los derechos del pueblo, con la forma de Gobierno, con la dignidad del hombre. ¿Sosten’ drá tisicd las obras de ese desgraciado? Imposible - :73

Por desgracia, Carrión había sido en cierto modo hechura de ese mismo tirano, y, aunque le era del todo desemejante, fue poco a poco cediendo a las presiones de éste. Hasta que le llegó el momento de cometer un brutal atropello contra el Congreso —esto es contra los legisladores que descalificaron a García Moreno—, y su efecto le fue políticamente desastroso. Se produjo en seguida la condenación pública y la reacción viril de los parlamentarios, que le arrastraron a lo que entonces se llamó un “vacío de poder”. Y prontamente, con la celeridad en él acostumbrada, García Moreno mandó al comandante general de las fuerzas militares a exigir a Jernimo Carrión que renunciara la presidencia de la república. No le quedó pites otra cosa rl oc di 0111 ir, ni obstante su desagrado e inicial resistencia. Hubo en realidad, como antecedentes, tres hechos concretos: la decisión frustrada de disolver las Cámaras, mediante decreto de gobierno; el envio de un batallón armado a os recintos de esos representantes nacionales. que no se dejaron amedrentar ni con los disparos, y cuya actitud unánime de ejemplar entereza obligó a los soldados a retirarse lacios y avergonzados; y, por fin. la resolución de los ofendidos legisladores de declarar

5% insprncnio” *-oçmcpaha,* **it’idpag** 297

que el Jefe del Estado se había “hecho indigno del alto puesto que le confiaron los pueblos”.
Se encargó del ejercicio del poder el Vicepresidente. Pedro José Ayteta.
Hubo nuevas elecciones. García Moreno, cuya omnipotencia parecía no cuarlearse jamás. designó como candidato al abogado quiteño Javier Espinosa. Hombre bien visto en lodos los partidos. Aun para Montalvo encarnaba él la mejor de las soluciones.
García Moreno ha hecho bien —escribió-—— en echar por este camino; los liberales han hecho bici’ en salirle al encuentro, con los brazos ah le rius-Paz. paz. a nligos Solos. nada podemos; entre muchos, podemosalgo. Si D. Gabriel obradcbuenafe.r parece fuera de duda, no sospechará tampoco falsía cn los que más recia e impetuosamente cerraron con él cuando fue tirano.
Uno de ellos, el principal, el mismo Juan Montalvo. Véase pues cómo en esa circunstancia precisa le tendía la mano, con ánimo conciliatorio, que no era de cobardía, ni de apocamiento, ni menos de codicioso oportunismo. Hizo por eso bien en aclararlo francamente:
Si 9. Gabriel subiera prcscnlado por candidalo a uno de los que acostumbraba, teniendo por cierto su triunfo, hubiera yo alzado c,cn cabezas y vibrado cien lenguas flor. tifcras en el tire, y hecho pedazos mi pluma, de puro escribir con ira, por esa 00ev;’ iniquidad - Ksto es dcci rle que Inc guia la justicia, y no una vil trastienda,amigo mio -
Tan cierto era eso, que no le importaba el no tener ninguna relacion personal con el candidato, ni el saherque ésle era hermano de su enconado y mezquino insultador, José Modesto Espinosa.
El nuevo gobierno debía sólo completar el período trunco del ex Presidente Carrión. Esto quiere decir que se lo había constituido, mediante el sufragio popular, únicamente parados años. El flamante mandatario pensó entonces en asegurar un clima adecuado para el desenvolvimiento de la vida pública, dignificando la autoridad, promoviendo el respeto al ciudadano, vigilando la administración correcta del erario. Bajo esta atmósfera favorable siguió editándose Elcosn2opolua.
Pero en 1868 sobrevino una tragedia descomunal, consecuencia de uno de los azotes de a naturaleza que más han atormentado al país: la destrucción de Ibarra y de ocho poblaciones irnhahureñas, sacudidas por un terremoto de fuerte intensidad. Se produjo éste a la una de la mañana del 16 de agosto de aquel año, cuando las gentes dormían. De modo que el violento y estruendoso derrumbe de su mundo les sepultó sorpresivamente a muchísimas de ellas. A más de cinco mil. Familias enteras perecieron.
5.54 51 lII ,ln)p+0 _(_‘[!I,, — [)!!.]t5’7_

En brevísimos instantes todo se lo tragó la tierra: vidas de hombres y de animales, muros y techumbres de las ciudades, acequias y aguas manantías, ladcras en que se estremecían los trigos y valles de pan scmhrar, chozas y alquerías. 'Fodo se lo tragó la tierra. El pánico, la impotencia y el desconsuelo, las súplicas y las lágrimas surgían en un punto y en otro, incontenibles, y se extendían entre nubarrones de polvo y un cielo gris también compungido.

Ese acontecimiento aciago se proyectó significativamente en la historia de nuestros dos personajes rivales, García Moreno y Montalvo, acentuando los relieves de la grandeza que particularmente les caracterizaba. Porque, cada uno a su manera, ambos respondieron a la catástrofe con demostraciones de una capacidad superlativa. García Moreno se encontraba residiendo, con su segunda joven esposa, en una hacienda arrendada en Guajialá, a un paso de Cayambe. Ahí rumiaba los recuerdos de sus últimas decepciones políticas, y en secreto urdía los planes de retorno al nunca desamado solio presidencial. La reventazón volcánica del Imbabura, las ciudades abatidas, el clamoroso duelo popular se le representaron íntimamente como un llamado frenético a la lucha, como una incitación insoslayable a ese tipo de acción que realza el espíritu heroico y que, simultáneamente, genera adhesiones colectivas en su torno. Era ése pues otro de los desafíos en su laborioso destino. Viajó de inmediato a la capital. Lo hizo para ofrecer su colaboración al gobierno en la difícil empresa de atender a la provincia norteña que había quedado devastada. El sabía que allí necesitaba extirpar los odios que en ocasiones anteriores había provocado. Se le oyó con enorme interés. Tal era efectivamente el hombre que las circunstancias exigían. Se le extendió así el nombramiento de Jefe Civil y Militar de Imbabura, rodeándole de las mayores garantías. García Moreno iba a llevar los socorros, pero también a castigar con mano inexorable los actos de bandolerismo y depredación, que, como siempre, ya habían comenzado a comparecer. Por eso, en la primera proclama, firmada en las 'Ruinas de San Pablo' el 23 de agosto de 1868, entre otras frases dejó resonando estas palabras, fiel reflejo de lo que iba a ser su autoritaria presencia:

El horrible lcrremoto que ha arruinado muchas antes florecientes poblaciones, sepultando en sus escombros a la mayor parte de vuestros deudos y amigos. no es la única tic las espantosas caja nl dades que la cólera del ciclo, justame n te irritado, ha de rramado sobre nosotros. La desnudez y la miseria a que esa catástrofe os ha reducido, y sobre todo, la nube de bandidos que se han lanzado a buscar en el robo una infame gana ncia, han puesto el col mo a vuesl ros desasl res y convertido esta hermosa provincia en un campo de desolación y mije rte , de lágrimas y delitos udadme a cu nl pl ir

en vuestro provecho os nobles deseos de nuestro bcnfico Gobierno. Los malvados,
que tiemblen! Si continúan comcticndocrímerics. serán exterminados, *35*
Al parecer, la psicosis que perturbaba a los amedrentados sobrevivientes había creado la imagen pesadillesca de esas hordas de criminales y ladrones. No había sino tal o cual actitud sospechosa, que García Moreno la sofocó haciendo vibrar el látigo sangriento sobre la espalda de las víctimas. Pero su obra de reconstructor alcanzó características formidables:
trajinó a lomos de bestia ya pie por todos los rincones que habían sufrido los estragos del terremoto. Dispuso y supervisó la reconstrucción de puentcs y de caminos. Improvisó moradas para aquellos a quienes la tragedia había aventado a la intemperie. Se empefió con un coraje titánico en remover los escombros de Ibarra, y en tratar de devolver algo de su normalidad a la vida de la urbe.
Cumplida su abrumadora faena regresó a Quito, para informar al gobierno de cuánto había acometido y de lo mucho que restaba por hacer. Y, desde luego, para entregarle la renuncia de aquella memorable Jefatura Civil y Militar de Imbabura. Sintiéndose entonces seguro de la gratitud del Presidente Javier Espinosa, no vaciló en proponerle que respaldara oficialmente su candidatura para sucederlo, pues que el período de éste terminaba en agosto de 1869. Habían aparecido ya los nombres de otras figuras notables en la escena electoral de los principales centros del país: en Quito, Francisco Javier Aguirre; en Guayaquil, Pedro Carbo; en Cuenca, Benigno Malo. La reacción del mandatario no pudo ser más noble y sensata: se negó a favorecer a García Moreno, y más aún a amparar ninguna intención fraudulenta para entregarle el poder. En esa respuesta, por cierto, ponía en riesgo su propia estabilidad. Pues que a él ni a nadie se le escapaba cuál habría de ser el comportamiento garciano de estratagemas, atropellos y furores en el rencoroso y a la vez codicioso propósito de privarle de la investidura de presidente de la república.
Ahora bien, en lo que concierne a la capacidad impar con que Juan Montalvo dirigió su atención a la espantosa tragedia de nuestra provincia del norte, hay que encomiar en aquélla, no el esfuerzo fecundo de la acción, sino sus atributos intelectuales para recrear poéticamente la imagen de la desoladora realidad, y para hacerla resonar en el alma de la máxima figura del romanticismo europeo, que era a la vez una de las mayores del siglo: en el alma del autor más universal de Francia: en la de su venerado y amado Víctor Hugo. Hazaña realmente significativa en el ámbito de las

135 ***Esr,ilos ydiscursos deGabrielGarcia Moreio,Tomo*** II. Ibid. **págs** 27 **y** 25.

le! ras patrias. Lo que se propuso nuestro e nsavist a, eso lo consiguió de veras. Conmovió pues al glorioso patriarca con sus encendidos apóstrofes. ‘I’an!o que él le respondió en seguida. desde el otro lado del mar. Su escrito , incorporado a las páginas de *El cosmopolita,* alcanzó asi celebridad. El riguroso crítico argentino Enrique Anderson lmbert juzga que José Martí, el modernista de Cuba que compuso también unas imágenes magistrales de otro sismo, y que llamó a Montalvo gigantesco mestizo, con el numen de Cervantes y la mala de Lutero’’, se dejó acaso inspirar por la prosa montalvina de aquel trabajo: “puedo imaginarme —dice Anderson lmhert— que el autor de *El terremoto de Charfrvton,* en caso de haber leído *El terremoto de Imbabura*, debíó de haber sentido el influjo poderoso de esas frases que ahora nos parecen sonar a Martí: las estrellas se apagaron en el firmamento con un chirrío temeroso: el incendio nace y crece como gigante en medio de los escombros, iluminando ese teatro, donde la muerte, repleta y abominable.salta de alegría.’

Montalvo no estuvo presente en el escenario de la catástrofe. Ni lo visitó seguramente antes de escribir su ensayo. Pero el ambiente de Quito se habia saturado de noticias, de comentarios, de referencias descriptivas de ese hecho funesto. Además, el gobernador de Imbabura, Manuel Zaldumbide, separado bruscamente de sus funciones por el inesperado Jefe Civil y Militar de la provincia, Gabriel García Moreno, se había dado prisa en publicar una “Vindicación”, o defensa personal de las ingentes labores quccumplió antes de la aludida aceióngareiana, osca cuando todavía temblaba la tierra y había que socorrer a víctimas y desvalidos. Aquel documento, que es un testimonio fidedigno de la tragedia, y que ha sido parcialmente reproducido por el profesor Roberto Morales, contiene trazos de animada y patética descripción que bien pudieron ser conocidos por mi biografiado, amigo del autor de tal vindicación, y particularmente de su hermano el poeta Julio Zaldumbide. Hay pues que suponer que no le hacía falta ir a impresionarse con las ruinas de Ibarra y de sus poblados circunvecmos. La imaginación propia de él, a su vez, no necesitaba sino esa laya de datos, ya orales, ya escritos, que naturalmente le iban produciendo una íntima lastimadura, para componer su cuadro del terremoto. Antes de intentarlo recordó, por cierto, que el gran Hugo había lamentado en versos vibrantes ci abatimiento de ciudades de Nicaragua, bajo la furia volcánica del Momotombo *(Motivos del Motnotoínho)*, y creyó sin duda que había llegado la ocasión adecuada de hacerse escuchar por el semidiós de Eranrnbcri. ***El uncí, ¡u),w,,*** *.,,,,luh•n.* **Mctlcliin (oI,,mhiu Editoria! Bedo,,t. SA.**

cia. A ello—y nada mas que a ello— obedeció el qu se le ocurriera escribir su ensayo en lengua francesa, dedicándoselo a aquél. Montalvo mismo da cuenta de haberlo concebido en ese idioma ajeno, cuando hace la publicación de su versión española en el libro quinto de *El cosmopolita.* Dice, en efecto: “Esta elegía, si le cuadra tal denominación, ha sido escrita en francés. Se la publicará en París probablemente: mientras esto suceda, si es que sucede, hemos querido comunicar con nuestros compatriotas nuestros pensamientos y afecciones, y publicamos la traducción castellana”.

Una de las rarezas de El trastorno de Imbabura” (que ése fuc el título original) vino a serprecisamente esta de haberse escrito primero en francés. Nuestro autor se vio en más de una oportunidad tentado a crear sus obras en dicha lengua, por la vehemente ambición de universalizarlas. Pero por fortuna no ocurrió eso. Piénsese en que el encanto de su estilo dimana sobre todo de su penelración original y lírica en el genio del castellano, su habla materna. En lo que toca a este caso, aunque era sabido que Víctor Hugo sí poseía un relativo conocimiento de ésta, Montalvo no se hallaba dispuesto a fiar en tales indicios, para él insatisfactorios. Al contrario, aspiraba a que el gran poeta le comprendiera totalmente, y a que percibiera con nitidez el trémolo de su emoción creadora. De modo que realizó el empeño de expresarse en un francés de evidente gusto literario, igual que lo hizo una década antes, cuando en París escribió su carta a Lamartii le. Y, como resulta fácil suponer, entre las imágenes de lo que fue la “nueva Arcadia” imbabureña, y de las montañas andinas con sus cielos coloreados, y de los destrozos que de pronto ocasionó la violenta conmoción de la tierra, y de la angustia de los sobrevivientes en medio de sus casas en ruinas y de los cuerpos mutilados de sus deudos, colocó la figura casi deificada del gran Hugo, para dirigirle sus voces de exaltación y de ruego de espiritual y lírica solidaridad:

Y tú, quc alojas cn tu pecho un dios; tú, a cuya disposición está una profetisa de continuo; tú a quien las Musas hablan al oído, y descubren acontecimientos de lejanas tierras,¿sabes lo que sucede en el nuevo mundo a la hora de hoy? Tú, poeta del corazón, ciudadanodel universo por la sensibilidad yel amor; tú, para quien un arruinadocastilb es un poema, una pared carcomida una elegía, una columna solitaria asunto filosófico de meditaciones ... ¿no tendrás una mirada para estas ruinas, un ay para estos ayes, una lágrima para estas lágrimas? El acontecimiento es grande; grande como tu alma, poético según tu poesia. Si el universo es dominio del poeta, encasbíllate en el Chimborazo y contempla el mundo desde su inmensa elevación. Y si descubrieres por Ventura al pequeñuelo bárbaro que en ajena lengua se ha atrevido a dirigirse a ti, no mires a su inteligencia, que es cosa diminuta; pero ve que en su arrogancia se propasa hasta el extremode medirse contigo en afecciones.”

‘3 713 icrrem,’io de tmi,abura. A Vicio, Iiug,’. *EIc-osmopoliia,* ii,O. págs. 2b4-278.

Esta prosa clegíaca, aparecida en español en la edición de *El cosmopolita* de 5 de noviembre de 1868, debió de haberla escrito Montalvo a fines de octubre. Pero a Víctor Hugo ¡allegó medio año después. De tal suerte que él juzgó inútil componer ya nada con el tema del terremoto. Se apresuró, esto sí, a responder a mi biografiado con una elocuente nota, que se conserva en el archivo de la casa montalvina de Ambato. Este es su texto, traducido del francés:

Hauteville Housc, l8de abril de 1869

Señor,

Aunque me ha llegado tarde la preciosa carta en la cual tiernamente me invitáis a cxci- Lar la piedad por ese terrible infortunio de todo un pueblo, no dejaré de aprovechar la primera ocasión que para ello se me presente. He denunciado frecuentemente a los azotes de la humana especie, os déspotas; así denunciaré también a esa otra especie de tiranía del hombre, los elementos. Siento no haber recibido a tiempo vuestra elocuente carta; mas haré lo posible para despertar cuanto considere a propósito para el intento, ya que soy en todo de vuestro mismo sentir.

Os estrecho la mano porque manifestáis un noble corazón.

Víctor llugo.

Y bien, ha quedado así expuesta, mediante este breve grupo de páginas, la importancia de la gravitación de un mismo hecho trágico —el sismo de Imbabura— en la historia de las dos figuras sobresalientes, antagónicas entre sí, de nuestra centuria décimononica. A través de este recuento se habrá alcanzado a advertir que tanto Montalvo como García Moreno procedieron a igual tiempo en forma nada común, dejando cada uno la huella imborrable de sus facultades superiores: el primero con la palabra, el otro con la acción. Lo que luego les vino fue un nuevo enfrentamiento del uno con el otro, más áspero que los que habían experimentado anteriormente, y cuyo desenlace fue borrascoso en la misma medida. El ex dictador había seguido pugnando por la vigorización de su candidatura presidencial, aun a pesar de la determinación de imparcialidad del gobierno de Javier Espinosa, a quien, como ya sabemos, no logró convencer en su demanda de apoyo. La adopción de cualquier arbitrio de violencia la dejaba para después. Era su alternativa. El escritor estaba por su parte resuelto a cerrarle el paso con el máximo coraje. Aun poniendo en juego su propia seguridad personal. Su candidato era el liberal Francisco Javier Aguirre, cuñado del general Urbina. Pero hubo de proponer más tarde el nombre de Antonio Borrero como medio de conjurar las maliciosas afirmaciones de un supuesto movimiento subversivo urbinista, que habían hecho circular los conservadores. El lenguaje en que se embravecía la pluma montalvina para opo t3 homenaje a Moniat,o. *(uliura* (13 de ahnl de 927). (Ambato).

nerse a la campaña de su rival impresionaba por su vibrante rotundidad. Ténganse aquí estas breves muestras:
García Moreno no puede ser presidente, porque las tres cuartas parles de la nación ven en él su ruina: para unos, es la tumba; helado y tétrico, García Moreno se les presenla como un espectro horripilante: para otros, es el destierro: García Moreno se les aparece en forma de hambre, cual fantasma Ifttdo y pavoroso. Para otros, es la infamia. García Moreno zumba a sus oídos y serpentea como el látigo. Para otros es el martirio: García Moreno retiñe con el chis chas funesto de los grillos y la barra..t3I En cste pueblo donde el ingenio descollante es un pecado mortal: donde la instrucción es una pesie de cuyo contagio se huye con pavor; donde las aptitudes para el mando, y la inteligencia adornada con los grandes ejemplos de la historia son defectos, razones poderosas de insignificancia, por fuerza tenemos que escoger entre lo ruin: Borrero. Carbo, Aguirre, a un lado!.- Y sepa (García Moreno), que sise empeña en su propia candidatura, a nuestra será irrevocablemente el Señor Aguirre, y tendrá que matarnOSO morira nuestras manos.
Con tan radicales incriminaciones y semejante desafio, la suerte de Montalvo giraba ya en el torbellino de las azarosas consecuencias que se avecinaban. Y que se presentaron abruptamente, mucho más pronto de lo que se las esperaba. En efecto, invocando el falso peligro de un alzamiento de Urbina, y fascinando a los jefes de los cuarteles, García Moreno depuso a Espinosa en la noche del 16 de enero de 1869, y asumió el mando de la nación. Varias escoltas recorrieron determinados lugares de Quito para aprehender liberales. Juan Montalvo, que se hallaba en la ciudad, buscó inmediato asilo en la legación de Colombia, en compañía de Mariano Mestanza y Manuel Semblantes. Al día siguiente, 17 de enero, veinte años exactos antes de su muerte, recibió pasaporte para abandonar el país. Salía al destierro en total pobreza. Ni siquiera podía volver sus ojos humedecidos por la ternura a su esposa María Manuela y su diminuto vástago, Carlos Alfonso, porque ellos estaban lejos: bajo el techo hogareño de Ambato.
39 “De a ncficada de a razón”. Elcosmopo(ika. Ibid.

CAPITULO XIV
El destierro: Ipiales y París
No me resisto al deseo de reproducir aquí, en la página inicial de este capítulo, algunos versos de las *Letaníasdel desterrado*, composición escrita por el estupendo novelista y poeta guatemalteco Miguel Angel Asturias.

Lo hago por dos motivos: por su exacta interpretación de la suerte aflictiva deL hombre a quien se le descuaja, o saca de raíz, del suelo de su patria, y por la aproximación misma de aquel autor —Premio Nobel— a la literatura montalvina. Estos son dichos versos:

Y tú desterrado:

Estar de paso, siempre de paso,
tener la tierra como posada,
contemplarcielos que no son nuestros,
vivircon gente que no es la nuestra,
cantar canciones que no son nuestras,
reír con risaque noes la nuestra,
estrechar manos que no son nuestras,
llorarcon Hantoque nnes el nuestro,
teneramoresque no son nueslros,
proh-areomida que no es la nuestra,
rezar a dioses que no son nuestros,
oir un nombre que no ese1 nuestro,
pensaren cosas que no son nuestras,
usar moneda que no es la nuestra,
senlireamunos que no son nuestros
dormir en tumba que no es la nuestra.
mezelarse a huesos que no son nuestros,
que al tin de cuentas, hombre sin patria,
honshre sin nombre, hombre sin hombre.

La filosofía de ese amargo ritornelo de que "no es el nuestro", de que "no son nuestros", no puede ser más expresiva para dar a entender el despojo de lo propio que sufre el desterrado: ni su nombre mismo le parece el suyo, pronunciado por labios extraños, de personas que, no obstante es- lar cerca de sus ojos, se hallan sin duda lejos del mundo verdadero de sus sentimientos. Y un hombre íntimamente ignoto entre los que le rodean, "un hombre sin nombre", es en definitiva un "hombre sin hombre", un ser que ha perdido la cálida esencialidad de sí mismo en las razones de su existencia. Ello en gran parte fue lo que ocurrió con Montalvo, durante largas temporadas. Por eso constantemente, en desahogos confidenciales, en explicaciones del destino aciago de los que se han partido voluntariamente de su país, o de los que han sido privados a la fuerza del suave amparo hogareño; en vibrantes querellas contra la barbarie política y denuestos iracundos contra la tiranía, ha tenido que referirse a los males de la expatriación y de la ausencia. Yo necesito recordar ahora que al final de mi capítulo VII di cuenta del pensamiento de nuestro escritor sobre las congojas irremediables que resuenan en la nostalgia de los que han dejado, libremente o por imposición, su techo, su familia, sus amigos. Y que asimismo prometí volver sobre el tema del exilio renovando la invocación de sus páginas de "Los proscritos", en que él ha expuesto aquellas impresiones. Así debo pues proceder ahora.

"Los proscritos" es un ensayo que lo publicó en el libro número tres de *El cosmopolita:* esto es en mayo de 1866. Montalvo no había **experimentado** todavía las angustias del desterrado. Lo que conocía eran las tristezas que provoca el sentirse lejos del terruño amado, y que las padeció durante los tres años de soledad de su ejercicio diplomático en Europa, de que he hablado circunstanciadamente en anteriores capítulos. Pero aquello era por cierto suficiente para que imaginara cómo debían de ser los sinsabores del que soporta esa laya de dura y muchas veces injusta expiación, que poco más tarde se descargaría también sobre él. De manera que sus frases, en que hay la misma emoción fiel que se dejó percibir un siglo después en los versos de Asturias que aquí he reproducido, pueden llevar a la falsa suposición de que son, no puntos de reflexión premonitoria, sino consecuencia testimonial de una realidad ya vivada por él: la de los exilios forzosos con que personalmente se le castigó en oportunidades posteriores. No haciendo memoria, sino presagi"ndo pues lo que él por destino iba a sufrir, se adelantó a dirigirse entonces al lector con estas razones:

A las penas que el destierro trae consigo añade la indignación que causa la injusticia. la acerbitud del corazón al contemplar el triunfo de la tirania, y ve cómo es terrible

la situación LIC los proscritos - citando (u coritzóti opriniido se le quiere salir por la garganta no dices para ti: ¿Por qué estoy desterrado? ¿por qué se me priva del trato de mi familia y o is an ׀ gos? ¿por qué no vuelvo a ve ŧ los lugares queridos donde nací, crecí y mc volví hombre? ‘rus prendaste granjearán blandas afecciones tonde te halles: pero es otro el modo de querer de los que nos han querido siempre. y no lees dado decir que puedes de un día ‘otro cambiai los objetos de tu cariño - - - .- Ay! dices. ¿cuándo volveré? ¿he de morir en el destierro? ¿una sepultura prestada ha de recibir mis huesos?

Y, como es lo usual en caracteres sensibles, y más aún en aquéllos que palpan y reconocen la singularidad de los amables encantos de un específico lugar del mundo agreste —es decir del retazo de naturaleza al que pertenecen— se ve impulsado a apostrofar en forma cariñosa a los desterrados, con estas expresiones enternecedoras:

Sí. volved amigos; ya harto habéis apurado la amargura del destierro. La fuente, el río, el prado, la tierra de la patria son necesarios ya para vosotros; el cielo, las nubes, los montes, las selvas de la patria son necesarios ya para vosotros; la verde yerba por donde ibais, la hojarasca en que os tendíais, la sombra del árbol que buscabais son necesarias ya para vosotros,”0

En verdad, y en coincidencia sincera con estas afirmaciones, Juan Montalvo se revela más ligado al marco natural, todo pureza intocada y rusticidad, que a los centros en donde pulula la civilización con sus desabrimientos, sus vicios y defectos. La intensidad evidente de sus afectos se proyecta hacia allá, hacia el medio todavía indomeñado de montes y bosques bravíos: “Esa es mi patria —ha asegurado—: cosmopolita ahijado con la naturaleza”, O gira en torno de la dulzura de sus campos apaciblemente laborados, a los que solía volver los ojos distantes con añoranzas que conmueven. En cambio parecía que asqueaba las condiciones de la sociedad ecuatoriana en que se había formado y había lenldo que batallar tan dolorosamente. Por eso sus enemigos le zaherían de vanidoso y apátrida. En un ensayo titulado “Las vísperas sicilianas”, recogido por Roberto Agra- monte en *Páginas inéditas* (Editorial J.M. Cajica Jr., Puebla, México, 1969), él confesaba con el mayor desembozo:

Un ginebrino, cuya lamentable bistorta refietc Víctor Hugo, se dejó morir de pena por no haber nacido inglés. Desde que tengo uso de razón, vivo muriéndome de pesa duniht de no haber nacido inglés, francés alemát uando menos tengo el loco deseo de dormir, noei neucn It iñi ,s como uno de los siete sabios, sino diez siglos, pro- fu ndinic ne, sin despertarme ni tus no nuto - Dcs1,ués de treinta generaciones la América del Sur será quizás bahitilile - si es que os ‘ cnt Ferran en ceniza sus volcanes, o no se la tragan sus mares, como a la antigua At li si ti sta -

540 ***EF*** *con,,spohicj* **ih’&p45s25743{**

Y, naturalmente, fueron mucho más tajantes los términos condenatorios que formuló sobre las circunstancias abominables que corroían a su propio país, con masas populares eternamente burladas y vejadas, como hechas para la debilidad y la sumisión, y con hordas inacabables de oscuros politiqueros, adiestrados en el juego de las *más* sucias y funestas perversidades. Un siglo y varios decenios han corrido desde entonces, y esas incriminaciones de Montalvo no han perdido fuerza de convencimiento ni actualidad, como para probarnos que sí hay males que duran más de cien años. Juzgo por eso innecesario aclarar que era torpe acusarle de apátrida por el tenaz y rotundo acento de ellas, y que en el honrado espíritu crítico de las mentalidades superiores se mueve siempre una gran corriente de amor, de amor consciente y dolido, que hace objeciones y denuncias tratando de mejorar las condiciones de los pueblos y la ática de sus sistemas y sus hábitos. No cabe pues hallar contradicciones en el comportamiento montalvino. Era un escritor sincero cuando hablaba sobre la tierna pesadumbre de la nostalgia que acompaña a los viajeros, y sobre las angustias del desterrado, y lo era también, sin paradoja, cuando confesaba los deseos de irse lejos de su tierra natal, en la que las ruindades y el despotismo de los gobiernos, y el hostigamiento de los gremios intelectuales, y la desalentadora mdi— gencia cultural de las mayorías, concentrados cn invencible alianza, le impelían a buscar la triste y siempre dudosa solución del refugio en países extranjeros. Alguna vez, en expresion de todo candor, llegó a decir que nada les quedaría a deber a los ecuatorianos si se le entregaba el ejercicio de una embajada. Oue jamás por cierto se le dio, a él que como ninguno lo merecía. En otra ocasión, desesperado al creer que el esforzarse en su medio nacional era ni más ni menos que clamar cn el desierto, o pasmar sus evidentes aptitudes y su presentida consagración de escritor, se decidió a proponer un contrato de trabajo literario al gobierno del Perú, a través de su ministro de relaciones exteriores, Toribio Pacheco, a quien dirigió una carta en fecha no determinada de 1866. Esto es, en el año en que estaba publicando *Elcosrnopolita.* Se ha afirmado que Montalvo desistió a última hora de mandar su epístola a Pacheco, movido por escrúpulos pat rióti— cos. a los que en realidad era profundamente sensible. Conviene que yo recomiende, desde luego, la lectura de *España)' la triple alianza*, que está en el primer tomo de ese libro, para que se aprecie el buen concepto que mi biografiado tenía sobre el ministro de la república vecina, y para que se compre nd a que un a causa co ni ú ti ti n ía a F Ti spa n cut iiié rica en ese fu 0111 en— to inquietante: la de su defensa frente a los amagos (fc' recoriquista por parte de España. Pero debo al nusino tiempo precisui- que bav también el criterio contrario con respecto al aludido desistimiento. Asi, Oscar Etréri Re—

ycs en su biografía de Montalvo, ha hecho referencia a que aquella carta se ha difundido a través de dos ediciones: una, la revista que publicaba en Lima Mariano Ignacio Prado, quien ascendió a la presidencia del Perú en 1876, y otra la Revista de América, de marzo de 1913, bajo la dirección del escritor peruano Francisco García Calderón. Enviada o no a su destinatario, lo que sí se muestra palmariamente cierto es que la propuesta no pasó de ser simplemente eso, porque no se concretó en ningún tipo de acuerdo.

Para que se adviertan el grado de desconcierto y la gravedad de los daños animicos que irrogaron a Montalvo las incomprensiones, las burlas y los agravios desatados en su contra en nuestro país, conózcanse siquiera unas partes de esa carta a Toribio Pacheco, que aquél debió más bien destruirla en cuanto la redactó:

Señor Ministro:

El valor y la habilidad política dc los gobernantes de las naciones obran grandes cosas: la gloria viene envuelta en sus hechos mismos; pero a la pluma le toca el comentarlos a la posteridad. Los héroes y los legisladores de lo antiguo nos serian hoy desconocidos silos historiadores y poetas no hubiesen tomado a su cargo el perpetuar su memoria. El periodismo es ineficaz; su imperio es efímero, y después de satisfacer la curiosidad del dia, nadie hace caso de sus columnas. Los acontecimientos que acaban de suceder en el Pen'i y Chile, han menester otra clase de esciitos ....-Deseo pues, señor Ministro, publtcar en 1 .ima o en Santiago una obra acerca dc Sud América, teniendo en cuenla las proezas y el éxito de la guerra con España, la justa y debida revolución del Perú y las grandiosas consecuencias, juntamente con la conducta y noble porte de los hombres que la han llevado adelante, En el Ecuador no sólo es imposible llevar a cima una empresa de esa naturaleza pero también es peligrosa: no soy mal hijo de la patria, si digo que éste sí que es pueblo semihárbaro: mi patria no es la tierra en que he nacido sino aquélla en donde reinan las virtudes y las luces - si el Perú, digo, quisiese proteger mi pluma no tendría de qué arrepentirse. Si hasta ahora estoy desconocido es porque *de nada nos sirve e/favor de la naturaleza, si la suerte nos quiere rna!*. La tiranía va siempre contra los que no la sirven; esio junto con mi honestisima pobreza me han mantenido mudo en este rincón, viendo correr por sobre milos días, iriqui. o ya, pensando que para nada inc servirían mis estudios y una cierta claridad que sentía dentro de mí. Sin una desgraciada enfermedad, que en mi entenderme postraba para siempre, no habría vuelto de Europa y no habría perdido tanto tiempo. Pero una vez aquí, no he podido regresar y se me handesvanecido misacasodemasiado remontadas esperanzas. Contaba en Fraocia con eí patronazgo de Lamariine y de otros hombres lustres, y no veía lejos el día de la gloria: allí me alcanzó la desgracia, y no mc ha aflojado hasta :,hora. ¿Querría ustcd, Sr. Pacheco, ser para miel Ministro de Augusto? Supongo que usted influye mucho én el gobierno y en el Jefe Supremo. La franqueza jamás procede de ánimo vil: estímela yohrecomo hombre nocomún i4i

i 1 Monta('c'n,wej'iiio tani, ibid pdg *53)*

Esta carla es liria prueba de que las razones de su temperamento sonador y las sinrazones de las circunstancias adversas y azarosas en que batallaba le conducían a ampararse a veces, en las abstracciones del iluso. Probablemente rio se había detenido a pensar, en este caso, en la disposicien enconosa que podía haber producido en el país vecino su misma obra *El cosmopolita,* cuyo ejemplar le había remitido a Pacheco por dos ocasiones. No se olvide que en la carla a Gabriel García Moreno, reproducida en las páginas iniciales de aquélla. Montalvo clamaba insistentemente por la declaración de guerra al Perú, y aseguraba que, de no estar sufriendo la postración de su encarnizada enfermedad, él se “ercería honrado con la simple plaza de un teniente, o cualquiera otra en que pudiera vencer. O morir corno pocos mueren”. Finalmente, vuélvase a hacer memoria de que a nuestro desdichado gran hombre no le sobrevino la salida del Ecuador por una destinación diplomática ni por ninguna ambicionada contratación intelectual extranjera, sino por la repentina y huracanada amenaza que se levantó con la nueva dictadura garciana, en ese trágico 16 de enero de 1869 que ya he invocado. Todo fue cosa de improvisación para la marcha hacia el norte. El escritor, Mcstanza y Semblantes, poseedores de sendos pasaportes, dejaron al amanecer del 17 el asilo de la embajada de Colombia. Iban apenas con lo indispensable. Vestían botas con espuelas, sombreros y ponchos, que habían logrado llevar consigo en una reducida maleta, en previsión del exilio inminente. El representante diplomático de aquel país les había proporcionado unas modestas caballerías de alquiler. Tenían que hacer rumbo a la población de Ipialcs, que está al otro lado del río Carchi, línea demarcabria ecuatoriano-colombiana. Se tomaba para ello no menos de una semana. Trotando donde podían; a paso lerdo en las partes difíciles o dañadas del camino; haciendo que la esforzada pezuña de sus animales jadean tes cscalara a los sitios elevados de la cordillera, y deteniéndose, en fin, ante las autoridades que les obligaban a identificarse y exhibir los papeles de su salvoconducto, alcanzaron a llegar después de tres días a Pcguchi, hacienda y caserío próximos a Ibarra. Desde ahí les quedaba una extensión igual de viaje. “En Peguchi —<ontaha más tarde Montalvo en el seno de la intimidad— encontréme con un caballero. Venía yo montado en una cabalgadura deleslable: a Peguchi llegué enfermo’ el joven Víctor Gangotena, después de comportarsc hidalgo en tod’. me proporcionó un caballo muy bueno”.

Eso de cualquier modo fue un alivio. Sentía el estropeo del largo recorrido en una montura de tan mala condición, indócil a sus destrezas de jinete. Sobre lodo le afligía el problema de su pierna reumática. Pero tamfl

bie rv una irritacion de la garganta. Avanzaba pues rial humorado y silencioso, aunque sin quejarse ni dar a notar que le flaqueaba la voluntad, Su estoicismo fue siempre ejemplar. En Ibarra se desmontaron, para per'ctar allí. Y pronto se les acercó al tambo, o venta humilde en que se es había acomodado, un vejancón que ejercía el gobierno de la ciudad, y que alardeaba de títulos de nobleza. Tras un saludo más bien autoritario y la lectura de los documentos de los tres deportados. dio aquel unos pasos hasta ponerse cara a cara con Montalvo. y entonces sorpresivamente le increpó por su irrespeto a la ***aristocracia*** de Gabriel Garcia Moreno. al habérsele declarado enemigo: Cómo ha sido posible —le decía furiosamente—, cómo, que usted usted! haya cometido la audacia de faltar a don Gabriel en su dignídad y en su elevada clase social, tan distinta de la suya. Desde luego, de gentes como usted —agregaba sin darle tiempo a responder— hay que esperar siempre lo peor. Quiso continuar, acostumbrado como estaba a confundir el ejercicio de la autoridad con el ultraje, pero el escritor, que había olvidado súbitamente sus molestias corporales y su fatiga, y que tenía todas las ganas de escupirle en el rostro, sofrenó un poco la iracundia que le poseía en ese momento, y, lanzándole una mirada de fuego, rasgó un gran carajo y de un empujón le puso al miserable afuera, exigiéndole que primero vaya a asentarse la greña y a lavarse las manos.

Ese incidente estaba demostrando que *El cosmopolita* había circulado por una y otra parte del país, no sin dejar sus efectos. Estos por cierto se descubrieron mejor en un hecho inesperado, que se dio en esas mismas horas, en el ambiente fácilmente franqueable de aquel modesto albergue del camino: fue el flujo de muchos curiosos anónimos, del sector popular, que, en cuanto supieron que ahí se encontraba reposando el bravo polemista, iban y venían llenos de callada excitación,con el ánimo de conocerlo y de mirarlo despacio. El propio Montalvo nos lo ha revelado con ironía en el siguiente pasaje de *Los incurables,* folleto de improvisada defensa personal que publicó en Bogotá, y en cuyas páginas puntualizó el origen de las' actitudes agresivas con que, en 1872, se le enfrenté el doctor Mariano Mestanza, pese a haber sido su compañero de desventuras en este viaje al exilio:

En tas ruinas de ibarra. de paso para Colombia estaba yo estirado por ahí en a barra- quita donde me acogieron. Entraba la gente y salía cn curioso vaivén, sin saludar ni despcdirsc. después de contemplarme agrupada en frente mía. ¿Cuál es? decían. ¿cuál es el cosmopolita? En esto le veo a mi doctor Mcstanza tieso como la carabina tic Ambrosio, inmóvil, agrio. frunctdo. tactiurno, emponzoñado, porque la gente del pueblo no pregu ntaba: ¿Cuál es el doctor Mesta nza? Desde entonces me j uró odio mplaealsle. 1 os imbahureños tenían doble razón para desear eonocertne, mis escritos u general, y las páginas en que yo babia lamen' ido su catástrole; cuyas páginas (sic),

sea dicho de paso, me valieron lina hon rosa carta de Víctor litigo. ¿Otié había hecho
por su parle el ahad de San Sulpicio?. **4?**
Provocado este disgusto en las interioridades de Mestanza, y no obstante la compañía siempre]eal y afectuosa de Semblantes, el resto del itinerario se le tomó aún más pesado a nuestro escritor, Cabalgaban por el valle de polvo, insalubre y ardiente, del Chota, por los riscos pedregosos que conducen a las poblaciones del Carchi, por los fríos desiertos del páramo, en donde la naturaleza, como para defenderse del hostigamiento del clima, ha multiplicado esa tibia y aterciopelada réplica de las orejas del conejo que son los frailejones. Hacían sus paradas, de cuando en cuando, en cristalinos abrevaderos para las bestias, y luego en rústicas posadas de caserio para yantar y dormir. Así alcanzaron a llegar, a los seis días de su partida de Quito, al punto extremo del norte del país, Tulcán. Afortunadamente había ahí personas amigas de uno o de otro de esos tres emigrantes. Y de modo particular lo eran aquellas que profesaban el credo liberal, denominador común de los opositores de la dictadura. Fácil se hacía entonces advertir que en esa ciudad había sido más cierta y eficaz la resonancia de *El cosmopolita.* Al respecto, bueno es que yo recuerde que Tulcán fue de los lugares más adictos a las campañas políticas de Montalvo. Hasta hubo ocasión en que su pueblo, en vibrante manifestación callejera, proclamó el nombre de él para la presidencia de la república. Por lo mismo, nada es más justo que aceptar, ya que hay alguna constancia de esto, que fue una familia tulcaneña—la de los Arellano del Hierro— quien le recomen dó ante e1 doctor Ramón Rosero, de Ipiales, para que le acogiera en su hogar. Unicamente de esa suerte se explica que pudiera conseguir, como en efecto consiguió, inmediata y generosa hospitalidad.
La casa de los Rosero estaba en pleno centro de la plaza principal de ¡piales, que es la *20 de Julio.* Amplia construcción de dos pisos, con un espacioso jardín interior, era de las mejores del villorrio. 1 lasta ahora se yergue con aire respetable, aunque ya bastante modificada. Las habitaciones familiares estaban en la parte alta, y eran dilatadas y claras. Al ilustre forastero se le arregló un aposento algo más pequeño y modesto, pero cómodo y escrupulosamente limpio. Sus compañeros de destierro —Mestanza y Semblantes—habían continuado viajando hacia la costa, para navegar a Panamá, ‘i desde allí hacia Europa. Terminaron incorporándose ellos a la colonia ecuatoriana de París. Montalvo carecía totalmente de medios. Se vio obligado a permanecer en la gris y melancólica soledad de aquel poblado, bajo el peso de amargas incertidumbres, agravadas porsu misantro 4
[.usuiçul .,i,ics, ***Pág,na' desconocida,.*** Bogoiá. Tipografia des **[‘(1,16,,.** it,,], 872

pía incurable, por su aversión a toda aya de humillaciones, por tiria insuperable timidez, que tomaba las formas de la delicadeza y a hurañia. Cierto es que se sentaba a la mesa hogareña del doctor Juan Ramón Rosero, y que en ella se le oían con seducción y cariño sus Frases de impresiones.. comentarios y confidencias. Ni la lentitud con que redondeaba sus expresiones ni el timbre débil y agudo de su voz conspiraban contra el efecto que naturalmente hacían sus ideas y sus espontáneas muestras de ingenio en aq tic 1 grupo tan privado y cordial. Pero mio pasaban de eso sus fugaces re! a— ciones . tU no mi ti ma ha con nadie - Y peor afuera, cli ci mu mido de la ca Ile.

Desde cuando llegó a ¡piales su hábito era andar y andar, triste y abstraído, por los sitios desamparados de las afueras. A ello obedeció el que un día ocurriera un hecho que es revelador del infortunio que se cernía sohrc su condición de proscrito. Lo ha contado su mismo favorecedor el doctor Rosero. En efecto, ha hecho éste referencias a que el “señor Montalvo” era noble en sus reacciones, intachable en sus costumbres, y desde luego zahareño, renuente a tertulias y visitas, y a otorgar a nadie confianza. ***Y*** en seguida ha recordado que, como se alejaba a menudo de la casa, en una ocasión le aguardaron inútilmente para almorzar. Ni aparecía ni había dejada ninguna indicación. Ello le inquietó de tal modo que averiguó entre los vecinos si le habían visto caminar hacia algún lado, sólo mediante informaciones dudosas y conjeturas fue atravesando llanuras solitarias hasta aproximarse 1 un barranco distante, al pie de cuyos declives consiguió al fin observar la tigura recostada de su huésped. Apresuró el paso y, sin que jamás lo hubiera sospechado, le sorprendió en total abandono, con el rostro mojado en lágrimas. ¿Mc espía usted?, le dijo éste incorporándose rápidamente, y haciéndole notar la irritación de que le hubiera encontrado en ese preciso momento de su conmovedor y escondido desahogo personal. El doctor Rosero no atinó a responderle nada: sentía la misma confusión de Montalvo. Se le habían enrojecido las mejillas.

—Parece que me quedé aquí más de la cuenta, mi doctor Juan Ramón, expresó entonces mi biografiado. recuperando en cierto modo el sosiego. Y continuó: aunque usted no lo haya imaginado, yo soy desde muchacho algo propenso a estos enternecimientos y a este tipo de lágrimas, No (Jebe usted creerme un cobarde . . - y le pido la mayor reserva sobre esto, con los de su casa y con sus amigos. Al fin, usLed sabe, a nadie le está prohibirlo soltar sus pocas lágrimas a solas, lejos de cualquier conmiseraeión, Yo te migo fuertes motivos para esc.

LI doctor Rosero le interrumpía a ratos sus reflexiones cori breves palabras de isenhirimiento: comprcntlo’’, ‘‘.isí es’, ‘‘este destierro e ha traído i usted dolores e incomodidades’’

Muchos, aseguraba el escritor, y razonaba sobre la humillación que había en compartir el pan de la mesa ajena; sobre las desesperanzas del retorno a un país que seguiría indefinidamente, iquién sabía si hasta que se le acabara a él la vida!, en las garras de la tiranía; sobre el olvido de que ya era víctima por no estar en una posición eminente; sobre la pérdida del hogar, con un niño de pocos años en el desamparo. Aludía a Carlos Alfonso, porque Carmen no había nacido todavía.
El alumbramiento de ella ocurrió muy poco después. Mientras nuestro escritor se hallaba en ¡piales. En el archivo de la Iglesia Matriz de Ambato se puede en efecto leer la siguiente constancia: “En ocho de Mayo de mil ochocientos sesenta y nuebe bautisó solemnemente el P. SS Cadena a María Carmen hija lejítima del Sr. Juan Montalbo y de la Sra. María Gusman: fue su madrina la Sra María Carmen Gusman á quien advirtió obligacion y parentesco. Doy fe Joaquín Uquillas”.
llago notar, en una ligera digresión, que ese nacimiento ha ocurrido a los siete meses exactos del enlace conyugal de Juan Montalvo y María Manuela Guzmán. Cabe entonces preguntarse si Carmen fue hija engendrada dentro de matrimonio, esto es, si fue sietemesina, o si su procreación, ocurrida acaso dos meses antes de éste, determinó a los padres a realizar prontamente su boda. Si se dio esto último, ello significaría que los amantes habían reiniciado sus relaciones prohibidas después del drástico rompimiento que se produjo entre ellos, y al queme he referido en el capítulo correspondiente.
Por cierto, en ¡piales recibió oportunamente Montalvo la noticia del advenimiento de su hija, a quien no había de conocer sino de siete años de edad. En esos mismos días le llegó también la primera carta de Eloy Alfaro, desde Panamá. Este joven revolucionario y futuro caudillo y estadista, un decenio menor que mi biografiado, ya se había empeñado en audaces hechos de armas desde su adolescencia. Era urbinista y ardoroso combatiente de la libertad. Estaba poseído de una radical aversión a la dictadura garciana. En uno de mis ensayos del libro *Confesión insobornable* he manifestado que no podrán representarsc fielmente a Alfaro sino los que contemplen la figura de él entre los numerosos episodios de violencia que en su época hicieron trepidar al país entero. Se mostraba evidente que las luchas comenzadas en los años heroicos de la independencia sólo habían alcanzado a declinar en forma pasajera. Pues que tras breves períodos de tregua volvían a recrudecer, insofocables, e igualmente angustiosas. Eran como rescoldos que habían aguardado avivarse al impulso del huracán. El coraje animaba el pecho de mucha gente, y np únicamente de los guerreros. Hasta los intelectuales sufrían el influjo de esa atmósfera tumultuaria,

que los predisponía para la acción viril y riesgosa. Es por eso muy obvio concluir que a Eloy Alfaro le puso su tiempo una espada en la mano, las transformaciones que él quiso para su país, aquéllas por las que m:iii(iivo en pie de combate a un pueblo generoso, tuvieron que convertirle cn un hombre de trinchera. Lo fue por años y años. Hasta su avanzada madurez. A eso obedeció el que se ganara. igual que antes en su patria el argentino Domingo Faustino Sarmiento, el glorioso apodo de Viejo Luchador. Y si es cierto que en innumerables acciones de armas conoció la derrota, tamhién lo es el hecho de que siempre salió de aquéllas con e1 ánimo retemplado. Con una porfía de grandeza cada vez más firme. Tras varios lustros de campaña, en que dilapidó energías y fortuna, instauré por fin su liberalismo. Eso significó mucho más dc lo que comúnmente imaginarnos. Junto con la doctrina, que en sí misma traía el renuevo vital de las conciencias (y esto no es un simple decir), se fueron estableciendo cambios jurídicos, institucionales, educativos, sociales y de comportamiento internacional que persisten ahora, como para probar la hondura y sustantividad de ellos. El viejo guerrillero, que ya armó sus guerrillas en años distantes, realizó la única revolución verdadera que ha experimentado este país después de su independencia.
Y bien, hacia la fecha, de mediados de 1869, en que escribió su carta a Montalvo, se hallaba establecido en Panamá, y no había aún cumplido sus veintisiete años de edad. Desde esa ciudad estimulaba, socorría materialmente y orientaba los conatos revolucionarios liberales que se gestaban, por desgracia con mucha incoherencia, dentro del Ecuador. Y desde luego, cuando le demandaban las circunstancias, no vacilaba en abandonar su casa para ir a confundirse personalmente con los rebeldes. Esa existencia agitada y fragosa no le había permitido tener algún encuentro con el escritor. Pero entre los dos había ya una familiaridad espiritual, consecuencia de su aprecio mutuo y de una común posición ideológica y política. Alfaro sentía que necesitaba junto a él una pluma heroica, que suscitara el coraje revolucionario colectivo y perennizara, además, sus propias accioncs de combatiente y caudillo. Montalvo, por su parte, advertía que le eran necesarios los fulgores de una espada superior, no convicta de barbarie ni de torpes desmanes e intransigencias, sino sólo enardecida de amor por la suerte de la nación; para ver al fin realizados los propósitos de sus campañas, y satisfechas también sus legítimas aspiraciones individuales, en proporción a su creciente prestigio de escritor. Había pues el ambiente favorable para que ambos se comprendieran y aproximaran. Eloy Alfaro contaba afortunadamente con los medios de ayuda que le eran más preciosos a Montalvo. Medios por cierto prosaicos. aunque imprescindibles: los

dci dinero. En efecto. aquel hombre de arruas era a la vez Un empresario c'Kccpcloflal. Había conseguido hacer ganancias cuantiosas en Panamá, no OiNLíIltc su condición de inmigrante. Ejercía el comercio en una época en qac ahí circulaban muchos capitales extranjeros. Mantenía relaciones con lnv.latcrra y Francia. Era agente de una línea de navegación alemana. In— vcrtia Inertes sumas en actividades mineras, y le era muy rendidora su explotacion de la plata en yacimientos de la república de El Salvador. 1 lahía logrado, en [in , constituir bajo su nombre para el manejo de esa pluralidad de intereses, una compañía realmente millonaria. Pero lo ejemplar en él cia ple jamás se veía devorado por el afán avaricioso de atesorar lo
qtle sus desvelos le producían. Aparte de los gastos de sus movimientos armados, la mano de Alfaro no se daba así tregua en sus actos de generosidad con el padre. los hermanos, los amigos. Esto lo sabían los ecuatorianos. Por eso mc atrevo a suponer que algunos jóvenes liberales de Ouito, mediante tal o cual tipo de correo reservado, alcanzaron a requerirle que volviese los ojos al cosmopolita, perdido en su exilio ipialense; oque Manuel Semblantes —que ello es asimismo probable— de paso a Europa, le visitó en Panamá y le habló de la desastrada situación económica en que había dejado a su ilustre compañero de destierro en el villorrio fronterizo de Colombia. No ha quedado prueba de ninguna de estas dos iniciativas. Ni tampoco se conoce el texto de la carta con que invitó a nuestro escritor a hacer el viaje a Panamá, y con la cual seguramente le envió el respectivo auxilio de dinero. Mas debió de haber habido uno de estos antecedentes para aquella su determinación de salvarlo de la oscura soledad pueblerina en que estaba consumiéndose.
juan Montalvo reconocía que iba a ser mayor la distancia que hasta entonces le había separado de su patria y de los suyos. Sin embargo, sentía un losequé de consuelo y de renovación de su fortaleza de ánimo con los auNpicios llegados de Alfaro. Preparó pues su salida de Ipiales con los ser'icios cordiales del doctor Rosero: se le ofreció un buen caballo, y se le consiguió la compañía de otro jinete y de un par de arrieros que tenían que haccr ci mismo rumbo hacia la costa colombiana. El trayecto era de veras di ici 1. 1 labía que practicarlo, en buena parte, por en medio de vastas y cerradas extensiones de selva, con sus acechanzas de mosquitos y reptiles y los naturales agobios de un clima caluroso y húmedo. Fue esa una de sus 'uds ingratas experiencias de viajero. En los varios días que le tomó el des— plazainicnto a la población occidental de Barbacoas, y luego al pequeño ¡'bel te de lomaco. hubo oportunidades en que se tragó las lágrimas de la mc iipi.icbn y de la sensación total de la desgracia. Echó maldiciones contra García Moreno y suspiró por su techo ambateño, en que cran ya dos

los vástagos que se veían privados de la rutela paterna. Cuando arribó a su destino estaba ciertamente maltrecho. Tornaron a fastidiarle los corisabidos problemas de su salud. Halló hospedaje por dos días en los altos de un modesto albergue tropical de madera. Pues que debía aguardar ci barco que venía del sur. Al acoderar éste lentamente ene! rústico muelle de lunaco, algunos pasajeros se asomaron a a borda, y entre ellos estaba ci general ignacio de Veintemilla, futuro dictador de la república ecuatoriana, desde luego víctima, a su tiempo, de los encarnizados ataques de la pluma montalvina. En el momento de ese repentino encuentro eran todavía amigos. Por ello, al mirarse el uno al otro de manera tan inesperada, parece que sintieron una satisfacción recíproca, y se saludaron efusivamente.
Veintemilla, tras haber sido colaborador de la primera administración de García Moreno, había devenido,como consecuencia del asesinato de su hermano. en opositor violento de! régimen de aquél. Precisamente en esta vez ha
recibido pena de destierro y llevaba la intención de refugiarse en Europa. Como se ve, a los dos les unía su aversión a la tiranía garciana y una suerte común de emigrados forzosos. Aun más, tanto el general como el escritor habían expresado laconveniencia de poner fin a la vida misma de su enemigo. Por la confesión de uno de los ejecutores de aquel magnicidio, ocurrido años después -—Manuel Cornejo Astorga—---, llegó en efecto a saberse que el general Veintemilla había afirmado, al salir deportado desdé Guayaquil: “La historia nos enseña el camino por donde debemos marchar. Marco Bruto mata en Roma al tirano en pleno senado, sin otra fórmula que veintitrés puñaladas y sin otra ley que la libertad de Roma ... para zafar de un pícaro como García Moreno no hay otro camino”.
Desde luego, los temperamentos de estos dos ecuatorianos que así, casualmente, se juntaban en Turnaco para una misma navegación, eran notoriamente distintos. E inapropiados para e! ejercicio de una real amistad. A Montalvo lo conocemos ya como un ser inclinado a las esquiveces, los silencios, la hermeticidad del misántropo. Y además como alguien permanentemente apegado a una morigeración casi monástica de las costumbres. Veintemilla, en cambio, era expansivo, jactancioso, farandulero. Y, por su medio socia! y las oportunidades de su ascensión en la carrera militar y en los círculos de influencia de la política criolla, se había habituado al boato y a los goces de la buena mesa y el licor. El aspecto personal de ambos era también desemejante. De modo que cualquiera podía notar el contraste que hacían mientras se reunían en las largas horas de su viaje, para diálogos en que el escritor constantemente callaba, ya por desdén, ya por la insondable meditación en sus propias cosas. Ambos, esto sí, habían

coincidido en asegurar que Eloy Alfaro estaría pendiente de la llegada de ellos a Panamá. Y eso sucedió así, efectivamente. Porque aún no había acabado de tondear el barco cuando ya lo divisaron, sonriente y agitando con su mano derecha un albísimo sombrero de paja, de su tierra manabita. Era la primera vez q'e Montalvo veía a su futuro favorecedor. cuyo oportuno mecen azgo iba a servirle, en parte apreciable, pa ra sobrellevar durante más de una temporada las privaciones de sus dos exilios. Pequeño, robusto, de rostro castigado por los soles, con el pelo cortado al rape, militarmente, y con bigote y perilla definidamente oscuros. Se le advertían unos o— jos expresivos y relampagueantes. Era animado en la conversación, pero ella era de acento suave y cordial. Su voz misma era muy poco sonora. Pronto simpatizaron entre sí estos dos hombres superiores, escogidos por el destino para una gloria tormentosa. Fraternizaron pues amablemente en los breves dias de Montalvo en Panamá. Y hasta pareció que éste salía de sus desalientos bajo el calor de los entusiasmos revolucionarios de Alfaro, de su vitalidad y energía, de la fe magnética que ponía en sus proyectos y sus campañas. Por otro lado, ahí mismo recibió pruebas inmediatas de su generosidad. El futuro estadista le instaló cómodamente. Le compró pasaje para Francia. Le dio una suma de dinero para las primeras semanas de permanencia en aquel país, y aun le prometió extenderle las ayudas que en lo posterior llegara a solicitarle, para cuyo propósito le hizo tomar nota precisa de sü dirección panameña. Nuestro escritor se lo agradeció, no sin aclararle que todo ese apoyo lo tomaba a título de crédito, que trataría de satisfacerlo prontamente. Eran razones de dignidad, y no de esperanza en un cambio de su condición, las que le hacían hablar de ese modo. Alfaro también alojó a su costo al general Ignacio de Veintemilla, quien desde luego no le aceptó ni el pago del viaje ni ningún otro tipo de asistencia, pues que García Moreno había ordenado que en la pena de su destierro no se incluyese la privación de los emolumentos que se le debían por su alto grado militar. Además contaba con otros recursos propios.
Gracias a esta magnánima determinación de su inesperado mecenas, Juan Montalvo consiguió llegar de nuevo a Parfs, hacia los primeros días de julio de ¡869. Encontró, ante todo, que el clima estaba todavía delicioso. Le poseía un fugaz optimismo, tan infrecuente en él. Buen conocedor de la ciudad, no le fue difícil tomar una residencia agradable, aunque proporcionada a los pocos fondos que llevaba consigo. Pensaba que en esta ocasión debía buscar un beneficio económico de su ejercicio de escritor. Se suele recordar que alguna vez expresó enfáticamente que 'su pluma no era cuchara", para dar a entender que su literatura no estaba animada de prosaicos fines utilitarios, y que por lo mismo el lucro andaba siempre lejos

de la práctica de sus talentos excepcionales. Si realmente él lo creía así. ése era un errado creer. Porque nada es más digno que obtener una ganancia con e' trabajo honrado, yen ci escribir puede haber no úriiemente la honradez de una labor abnegada, sino también una suma de rigores éticos. Habrá entonces que suponer que lo de cuchara" hacía referencia más bien a la desvergüenza, desgraciadamente extendida, de los hombres de pluma que truecan a ésta en instrumento canallesco de provechos inmorales y de granjerías, poniéndola al servicio de cualquier género de infamias, N1ontal-yo se hubiera dejado matar antes que caer en semejante debilidad. Pero lo otro —---el alcanzar el sostenimiento cotidiano mediante la profesión de escritor— no estaba fuera de sus aspiracioiles, siempre que ello no conspirara contra las calidades de perennidad de su obra. Prueba de eso fue la carta al ministro peruano a que ya he aludido en este capitulo. También lo fueron ciertas frases suyas relacionadas con el proyecto de ir perpetuando, mediante el testimonio impreso, los grandes hechos de Alfaro. Y desde luego lo fue el requerimiento formulado al intelectual colombiano José María Samper. en esta segunda estada en París. Más adelante haré una rápida memoria de eso,

Llegado a la capital francesa, su interés inmediato fue establecer co nexiones con las personas que quizás se hallaban en disposición de ayudarle. Había un grupo de ecuatorianos radicados ahí, cuya condición económica era más o menos satisfactoria. Algunos procedían de familias que se habían ennquecido con el laboreo de la tierra y la exportación. En su mayoría conocían y apreciaban el prestigio literario del cosmopolita. No faltaban los que aun se habían entusiasmado con lo explosivo de sus campañas anticonservadoras. Su posición de librepensador y de adversario de las dictaduras, en torno de la cual se arremolinaron en el Ecuador las desconfianzas y los odios políticos, y también las objeciones de los ministros de la Iglesia, le había conquistado en verdad una irresistible nombradía. En París se hallaban también algunos hispanoamericanos que amaban las virtudes estilísticas de sus escritos. Y estaban por cierto dos o tres de sus antiguos amigos franceses. Todo le inducía a suponer que su extrañamiento ahí tendría que ser de algún modo llevadero. Una de sus primeras cartas, fechada el 19 de julio de 1869 en aquella capital, le muestra con un evidente ánimo de alivio. Se la dirige a su amigo el doctor Cayetano Uribe, cónsul general de Colombia en Quito, quien le ayudó sin duda a asilarse enia legación de ese país y a obtener salvoconducto oportuno para salir al destierro, y con el cual además parece que mantuvo correspondencia desde Ipiales, tal vez políticamente inconveniente para Uribe. Léase esa carta, que da una imagen elocuente de esta nueva experiencia montalvina:

Muy apreciado íofligo: ¿Me parece que de Paris puedo escribirle sin poneile en riesgo ninguno? No dirán a lo menos que he venido a *enganchar* a Francia, asi que ya voy con Rosas **y** pasi usos. Siento en ci al n,a, mi 1)r. Uribe, haber sido yo a causa, muy involuntaria por cierto, de las molestias **que** le han causado en Quito: mi deseo de **comunic1ir** con u **it** amigo como usted y la inocencia de mis cartas, me volvieron imprudente. Ahora, si algo le incluyo, serán misivas de Rousseau (aunque sea de la tumba) **y** de Desmarres o del Papa si Ud. quiere.- ¿Qué aventurón esese, dirá Ud.; el *Cosmopolea* en Paris? Si señor, en Paris, en la capital de Francia, nada menos: audacia, audacia, **y** más audacia y nada más. ¿Vamos a ver, vivir o morir arrastrado por esos ruines pueblos, hambreado y embrutecido? ¿No era peor quc venir a buscar aunque sea el hambre cii el mundo de la luz? Tal vez he hecho una tontera; pero tontera de mucho talento.- 1 lay ni ro mal agüero para nti, querido amigo: Victor ¡lugo me ha dirigido un a cari a :ni lóg raf **i**. Recibir felicitaciones de bis hi **ml** bres más i ust res, tener carias de Lamartine y Victor ¡lugo, ¿noessuficicnte titulopara moriren la nnseria, perseguido por mis compatriotas, aborrecido de antigos? 1_as cosas de Dios él las principia y él las concluye: nadie puede poner la mano en la suerte, Que el porvenir es oscuro, todos lo sabemos' *i en la oscuridad del ¡rito gentlina alguna luz, ella se deseraeols'erá.* Por ahora no estoy bien sino a fuerza de energía. - Escribame y no sea tan lacónico: el escribir a un amigo es también buena ocupación. V:ílgase de don Teodoro Gómez para la remisión de sus cartas. **43**

Aquí he de sentar una aclaración harto interesante. La carla de Víctor hugo a quc está aludiendo es la que ya día conocer en esta biografía, y cuyo origen fue el de las páginas que Montalvo le dedicó, admirativamenle, con ocasión del terremoto de Imbabura. La fecha de aquélla es la del 18 de abril de 1869. De manera que nuestro escritor debió de haberla recibido en ¡piales a mediados de año, breve tiempo antes de viajar a París. Pero lo que pocos saben es que dicho ensayo elegíaco lo hizo él llegar al venerado patriarca del romanticismo francés, al gran Hugo, a través de otro ecuatoriano: Manuel Gómez de la Jorre. Que fue precisamente hermano de la pcrsona a quien nombra en la epístola a Uribe que he acabado de transcribir. Este don Manuel —como se acostumbraba llamarlo—' esta- ha residiendo en la capital de Francia, y para entonces tenía una buena relación de amistad con Montalvo. Gracias a su mediación nuestro escritor satisfizo el particularísimo anhelo de ser leído por aquel espíritu superior a quien había destinado esa su prosa memorable, y, lo que es más significativo, recibió la breve pero alentadora nota de respuesta. Cuando la amistad con Gómez de la Torre se deshizo parece que éste intentó apagar el natural impulso montalvino de mostrarse orgulloso con la carta autógrafa de Víctor Hugo, indicando que ella se debió a su diligencia personal y directa en París. La reacción de disgusto que tal revelación,conocida a través

45 .'sfs,sla soessuPj"'is' laru, **lsd,** págs **it -82**

de un escrito injurioso de Marcos Espinel, produjo en Juan Montalvo, se ve en las palabras que entonces publicó:

Ah —.iijo——. don Manuel mal hombre el no haberle conlesiado una carla ruin, el haherlc quitado ia salulación cuando supe que no debía saludarle, no cran deudas de cobrar con quimeras atroces. Pc ro la vanidad :5 cruel como la hic na - 1 .a barba cana es el símbolo del respelo: mas cuando la nienli rase aposenta en ella, los dioses se van de ese bosque sagrado -- -t a sangre se le ha de agolpar al rosl ro al pobre don Manuel, cuando oye a sus paniaguados hablar de sus favores para conmigo y de **mis ingratitudes.** Ingrato, horriblemente ingrato, porque no pagoen dincrosonanle a don Manuel Gómez de la Torre la carta con que me favoreció el poeta Victor Hugo! Lo han dicho, ellos lo han dicho. ¿Me dictó por si acaso don Manuel las páginas escritas con ocasión del terremoto de Imbabura'? Fsta ol,rii a 'nc ha val ido esa carla. ¡Ah! ya caigo: don Manuel "hizo cuanto humanamente se puede hacer por alcanzar para mí de Victor Hugo patentc de literato, como los ladrones ohticneri certificados de honradez. Si esos esfuerzos inauditos no los hice yo sino don Manuel, a él le toca la ganga de la comparación; y hace mal en ocuparsc cnn tanto empeño en cosas semejantes a las que profesaban *los beatos de Cabrilla.* Victor Hugo es hombre que dirige cartas honrosas a quien no las merece, a ruegos de uno quc no conoce, Cristo crucificado! Antes se aprovechó ese señor de la oportunidad de remitirle al poeta mi elegía, para enderezarle l también su papelito, y me debe el poseer un autógrafo de dos líneas del viejo socialista. FI es el ingrato -.

A la verdad, Hugo no era de los que se prodigan en comunicaciones epistolares con otros literatos, y peor de los que acostumbran repartir lisonjas por el requerimiento de cualquiera. Enteramente vano sería que yo dijera esto si no me propusiera llamar la atención sobre el punto extremo a que llegaban los argumentos de los ecuatorianos para desconocer los méritos de su compatriota. Lo que sí tenía caracteres de evidente era la disposición huguesca en favor de asuntos que concernían a lo hispano, entre los que se contaba la apreciable prueba de lirismo del trabajo de Montalvo sobre la catástrofe de Imbabura. Yo debería hacer notar que, hacia esos mismos años, aquel indiscutido genio de Francia escribió también otra carta, sin duda más elocuente que la recibida por nuestro autor, a un periodista argentino: Héctor Varela, director y redactor en jefe de *El Americano*, e hijo del célebre creador Florencio Varela, que se refugió en Montevideo por su lucha antirrosista. Víctor Hugo se expresó entonces en nuestro idioma, con frases no desprovistas de encanto, y llegó precisamente a hacer a dicho redactor esta confesión: "Amo esa gran lengua española que usted escribe tan bien - y que yo balbuceaba en mi niñez",

Por fin, en lo que toca al rompimiento entre Manuel Gómez de 1:: Torre y Juan Montalvo, y a cuya incidencia se ha referido éste en las lineas

14-1 •j,alaÇ . *¿'dgrnas aesccjnocuigj* 1flairs flf-.ogn,ti,, **fr 51 Md,c,s** Marzo le 1871 AmÑO,, Fil,' '1,, Sí its 754.257

que he transcrito, es conveniente saber dc antemano que esta segunda permanencia cn París no le resulté nada fácil. ‘Podo lo contrario, pronto se VIO en la angustiosa soledad oceánica deja vasta ciudad, sin medios económicos y sin las oportunidades de trabajo literario que, con optimismo, creyó iba a encontrar. Y corno se le Volvía delicado dirigirse tan de inmediato a Eloy Alfaro, no le quedó más alternativa que acudir a tal o cual amigo de la colonia ecuatoriana, en demanda de préstamos. Uno de aquéllos fue el tan mentado “don Manuel”, que seguramente le atendió en las primeras ocasiones en que se le acercó. Y que después, suponiendo quizás que así también le brindaba una ayuda adecuada, le mandó unas camisas nuevas para su uso personal, acompañadas probablemente de la carta a que con disgusto ha hecho mención nuestro escritor. Pero más que ella misma lo que debió de haberle ocasionado descontento fue el tipo de obsequio. que se lo devolvió de inmediato con la indicación de que él no necesitaba esas prendas. Hago ahora esta afirmación porque alguna vez se la he oído, confidencialmente, a Gonzalo Zaldumbide, admirable prosador y crítico de la obra montalvina, quien fue —téngase esto en cuenta— hijo de Julio, o sea de uno de los amigos más cercanos de Montalvo, y a la vez sobrino materno del propio Manuel Gómez de la Torre. Se ha citado también, entre algunos estudiosos, otra causa de la abrupta terminación de aquellas relaciones, que bien puede estar entrañada de verdad: es la de que, fastidiado con las peticiones de préstamos, “don Manuel” llegó a decir despectivamente ante un grupo de ecuatorianos: “este zambito no me deja tranquilo”. Y, como es lo corriente, parece que hubo entre ellos un correveidile que no demoró en soplar chismosamente esas palabras en el oído de mi biografiado. Este debió de haberse sentido profundamente herido. No era para menos. Por eso quizás concentró su indignación en medida tan grande, que no dejó de zarandear después a Gómez de la Torre, cogiéndole como un pelele en la punta de su pluma cruelmente satírica.

En esos primeros meses de esta nueva permanencia parisina, él acostumbraba verse también, y de modo más constante, con otro compatriota, que hacía estudios en la Sorbona: Rafael Barba Jijón. Es probable que a éste le guardara un afecto sincero, Ello se desprende de la forma cómo se conmovió con la noticia del fallecimiento de su madre, Antonia Jijón, acaecido en aquella misma capital. Deseé estar en ‘as exequias, y se impacienté por no haberlo conseguido, pues que ç encontraba en otro lugar. Había ido en efecto a Fontainebleau, a rei”1rse con uno de sus mejores amigos franceses, a quien evoqué en ¿ilgún capítulo anterior, al describir e1 primer viaje de Montalvo: Carlos l.edru. Y había batallado Vanamente por despedirse de él y de los suyos para volver oportunamente a París. ‘TÚ sa

bes —le explica a Barba Jijón demandándole los debidos perdones— lo que son las mujeres cuando esconden el sombrero, el paraguas y ruegan y se enojan y se salen con 1-a suya, pues bien, discúlpame”. En compensación de esa falta no meditada e inevitable escribió entonces, dedicadas a Rafael Barba, unas páginas elegiacas realmente hermosas, que son de lo mejor de la literatura montalvina, y que no deberían estar ausentes de ninguna de sus antologías. Se titulan “Le Pére Laehaise” —nombre de un conocido cementerio parisiense— y encierran, según lo hice notar en el capítulo quinto de esta biografía, en una prosa lírica de gran aliento sentimental y filosófico, la exaltación de las bondades maternas y las expresiones de inútil consuelo, o de incurable desconsuelo, dirigidas al amigo que llora por todo lo que pierde con la madre que ha perdido. Montalvo sugirió a Barba Jijón que las hiciese publicar en *El **correo** de Ultramar,* que se editaha en París. Mas eso no llegó a cumplirse. Por jo menos, a mi no me ha sino posible encontrar el escrito en la colección que he consultado de aquella revista. Su autor tampoco lo recogió en ninguno de sus libros, Apareció sí, independientemente, en la misma capital francesa, y con fecha determinada: 20 de septiembre de 1869. La imprenta fue de “Charles de Mourgues Hermanos”,de la rue J. J. Rousseau,58.

En el transcurso de esas semanas pasó a la ciudad marítima de Niza. Tal vez buscaba un mejor clima, en resguardo de los ya próximos fríos otoñales. Los recursos recibidos de Alfaro se le iban por cierto agotando, corrido el primer bimestre de su llegada a Francia. Por eso se vio pronto precisado a acudir al mismo Rafael Barba Jijón, a quien envió desde *Niza* una carta de petición de ayuda que no se ha divulgado, ni se ha recogido en el epistolario de Agramonte. Es la que sigue, y que la reproduzco tomándola de una transcripción de Gustavo Vásconez Hurtado, quien la conoció en poder de Alfonso Barba Aguirre:

Rafael, querido amigo: ¿Me harás ci favor de leer soto esta carta? A n,is c . ‘tas les tengo miedo; a mis *amigos* horror. Dios sabe cuánto me cuesta la rcsolii u que al fin me ha sido preciso lomar de dirigirme a ti mismo. Tal vez con n,i repugnancia te he hecho alguna ofensa; pues se necesita haber enterrado la sensibilidad **y no vivir** sino del egoísmo, para llevar a disgusto confidencias como la que voy a hacerte. [.a última peseta me la he comido ya: ¿qud le diré al dueño de la casa el día de la próxima cuenta? Nunca había vn pçnsiíio que el desucrro lomase ian horrible fornt;i: n,icniras haya hombres, un hombre no debe llegar a este :rance: los amigos deben repartirse el hambre **y** la comodidad como hermanos: para tos proscritos de la misma patria cada uno de ellos debe ser persona sagrada. Peo, no lo cnt en de así ci duro corazón del ecuatoriano: habiéndo mc dirigido casi con ero ura en París al que yo te nO por el mejor de todos, salí mal: ¿si el i,ijo lic Jesucristo obra con esa n,iserieordói. qué st-rin los impios?. Que **Vivo con** la modestia que exige n,i situación, ya te lo imaginas. l’iics

bien. lo más barato que se puede estar en Niza es 40 frs redondos en mi humilde *rUlo,* morada casi campestre: no vayas a pc nsar que me estoy paseando en los Palacios del Pases, de los lngleses Mi temperamento allá me lleva: pero mi fortuna, Imigo qué demonio pon te ahora los indispensables gasti tos extraordinarios, y dime si te seria posible ofrecerme los nl it francos que te pido - Restituidos te serán mi querido Rabel, aun cuando yo muera por aquí: eserihi réa rtj i hermano, yen cualquier tiempo recibirás algo más que mi gratitud.- lo que más me disgusta de mi suerte es que ole envanece: in e he visto llamar en va ri os e ser i tos de Amé rica *: célebre, ilustre,* It or,ra di ¡os *li'iras.* g/oria *de* so *Patria,* y otras cosas de éstas: junto con esto llega ya el día del hambre; ¿debo o no pensar que valgo algo en efecto? Escribo, escribo con ardor: o me engaña la esperanza, o por ese camino saldré a la fatna y a la comodidad - Si sucede lose gis ndo tú no habrás contribuido poeo a la honra de tu patria, y tal ve,. de la América del Sud.
Reveladoras son estas frases de los aprietos económicos que había empezado a sufrir en Europa, igual que le aconteció en Ipiales. En tales casos pensaba primero en la generosidad de su hermano Francisco Javier, tan comprensivo con él. Por desgracia la condición de éste no era para Socorrerle fácilmente, en cuak1uier circunstancia, desde lejos. Las perspectivas se le volvían pues alarmantes. Confesaba en su carta la modestia en que procuraba vivir, y desde luego no dejaba de hacer notar --—duro contraste— cómo amaba la dignidad en sus hábitos y su atención personal. Hacía alusión a que se había acabado de frustrar un intento de hallar algún apoyo misericordioso en un hijo de Jesucristo". Se ha afirmado que estaba refiriéndose con esa medio velada designación al obispo Checa, sobre quien Montalvo llegó a expresarse, sin embargo, en términos de cordialidad y respeto. Y lo más paradójico, lo más abominablemente contradictorio, según lo reconocía con gran decepción el autor, era el ser llamado, entre sus aflicciones y sus hambres, "célebre, ilustre", etc. Yerra por eso todo aquel que se representa a nuestro máximo escritor sólo en posiciones de arrogancia y belicosidad, sin advertir lo que hubo de privaciones, de modestias, de humildes angustias bajo la perturbadora figura de su grandeza.
Antes de salir hacia Niza parece que fue a establecer contacto con Guillermo Lavino, quizás para hablarle de la idea de ponerse a crear sus trabajos literarios bajo el mecenazgo de algún gobierno democrático o institución oficial. Me resulta difícil identificar a este personaje. La única constancia que hay es la de una nota guardada por mi biografiado, fechada en París el 30 de setiembre de 1869, y en la que menciona a su "amigo Rafael" (Barba Jijón), y lamenta no haber estado en casa para recibir al admirado autor de "Le Pare I,achaise" y de la carta a Lamartine.
'l'amhién se comunicó, personalmente y de modo epistolar, con el magnífico escritor colombiano Josc María Samper, que se encontraba tem—

poralmente en la capital francesa, y cuyo juicio laudatorio muy ferviente le había placido tanto en los días de la publicación de *El cosmopolita.* Por cierto no se debe olvidar, cuando se toca este punto, que Montalvo le enderezó reparos tajantes —no desacostumbrados en sus relaciones— cuando advirtió que estaba dudando de una opinión suya y malentendiendo la verdadera conducta política de un representante diplomático de Colombia frente al liberalismo ecuatoriano. Samper no renunció por ello a sus sentimientos de adhesión hacia nuestro ensayista. Al contrario, con gran noblezainsistió en ellos, como sedesprendedelassiguientesexpresiones, contenidas en carta parisiense del 1 () de noviembre de 1869:

Ile vuelto a sufrir algunas indisposiciones del estómago. esto, agregado a ocupaciones urgentes, exigidas por mi próximo viaje, me ha hecho demorar, muy ami pesar. la respuesla que debía dar aso grata y estimable (aunque irritada) carla del 28 Octbre. ppdo. fien que no luye de nianera alguna el rienor deseo de contrariarle a U. u ofe odcrle en la cosa más leve, casi casi me alegna de haber, sin quererlo, provocado su enojo, puesto que éste le ha inspirado una carta en la que U. se ¡nuestra tal cual es:
con toda la e nc rgi a de su carúc ier, la santa cétera de sus convicciones y un alto seo
miento de dignidad. Es verdad que U. fue algo lejos, pues en un rapto de orgullo me soltó alguna expresión que parece indicarme tesentimiento personal.- También repito a U . que con mucho placer haré cuanto esté a tni alcance a fin de lograr lo que espontáneamente le ofrecí a U. aqui: que Colombia pueda ser con ventaja su segunda patria. Qué buena fortuna sería ésta para los colombianos, y más aun para las letras ainericanas, pues U., con plena libertad de acción y de publicidad, podría dar el más amplio vuelo a su fuerte y distinguidísimo ingenio y elevado carácter.

Con claridad se ve que Samper tenía conocimiento de las aflicciones que estaba sobrellevando Montalvo en Francia, y que ya los dos habían tratado sobre los empeños que haría el primero ante las autoridades de Colombia para conseguirle el patrocinio que necesitaba para su literatura y su sostenimiento personal. Lo lamentable fue que esta iniciativa no tuvo buen resultado.

Las estrecheces se fueron entonces agudizando durante su exilio en Francia, a donde han ido a perecer de indiferencia y miseria unos cuantos valores de las letras hispanoamericanas. Se ha supuesto que los desastres de la guerra franco-prusIana de 1870-1871, en que aquel país sufrió uno de los peores descalabros de su historia militar, y en que tanto se arremolinó su atmósfera popular, determinaron el agravamiento de la azarosa existencia del pobre desterrado. Puede que el]o haya sido así. Pero bueno es que se observé también que en Paris no es nada sencillo que lleven adelante esperanzas de éxito y de redención material los creadores extranjeros. y más aun los que pertenecen a este nuestro costado del mundo. Con todo, Montalvo supo mantener, aun en tales circunstancias, su simpatía por

Fit,icia. “Me gusta —ha confesado precisamente el 19 de julio de 1870— 1 [cponderancla de Francia: al mundo ninguna nación le aprovecha más, ‘cría para mí un verdadero pesar verla descender a potencia de segundo o Lrcer orden”. Y pues que pensó que “la seña más evidente de barbarie es la ausencia de hombres superiores”, no se resistió, por contraposición, a exaltar al pueblo francés con estas palabras: “pueblo ilustre, pueblo grande a pesar de tus defectos!”. Natural es que percibamos, en consecuencia, el sobrecogimiento de emoción con que entonces tuvo oportunidad de contemplar el ambiente de las calles de París, cargadas de una multitud impetuosa, galvanizada de furor heroico, que se aprestaba para la confrontación bélica con Prusia, la cual ciertamente, desde el primer momento, le resultó calamitosa. Nuestro testigo apuntó lo que vio en la fecha que he mencionado arriba, y como parte de un diario personal que escribía entonces.

Movido por la fuerza de las mismas impresiones de una guerra quc se desencadenaba ineluctablemente, manifestó también, entre aquellos apuntes íntimos, su preocupación por una enigmática amada (al parecer noble y de fortuna), establecida en Niza, y aludida con el nombre que quizás había tomado de un poema de Goethe: Lida. Jorge Jácome Clavijo145 dice ello y la identifica, en un luminoso y muy útil estudio sobre este idilio, con la alemana Laida von Krélin, que se dejó arrebatar por la pasión de Don Juan de flor —personalidad vicaria de mi biografiado, según lo expresé en el capítulo XII de este libro—, y cuyas aventuras se narran en su *Geometría moral.* La verdad es que de aquella joven no ha quedado otro rastro que el vagamente literario: las palabras de esas notas confesionales; su imagen novelesca en los episodios descritos en la *Geometría moral;* unas invocaciones raudas en *Los capítulos que se ie olvidaron a Cervantes* (el número XLII) y en el drama *El descomulgado;* y unas doce cartas, (todo fruto de la investigación del doctor Jácome), con insinuante sentido de la experiencia vivida, cruzadas entre dicha extranjera y Montalvo. ‘Lida —se dice éste a sí mismo en su diario— ... qué será de mi pobre Lida? Ahora es cuando ha de llorar. Sus dos hermanos son de los húsares del rey. y morirán probablemente, lo mismo que el viejo coronel,su padre”. De ese haz de epístolas la que concreta mejor la probabilidad de esta relación es quizás la que nuestro autor le dirigió desde Niza el 30 de noviembre de 1869, y en la que, firmando con un nombre que no es el suyo, el “nombre de amor” Lautar, le aconsejó la necesidad de sofocar la pasión que les consumía, pues que mientras él cree en la “mocencia”,en la “virtud”, en la “calidad de gran dama” de Lida, ella no puede “estar tan confiada” ni le debe amar. Le confiesa, sí, ser “un hombre de

145 Jorge Jácome Clanjo. *Mon’uJ* **ay ¡ida en N,oa. Ambato. Ed,t Pío XII.**

bien”,pero no por ello se cree “incapaz de cometer un crimen, de cometer algún grande y bello crimen”: el de la posesión corporal de la amada. Estas llamas —le agrega— me hacen mal: tú ardes, y tu fuego me devora”. “Lida, mi bella, mi dulce Lida, tú mereces no amarme más”. “No podemos conversar más; escríbeme pues”. 146

Su condición de emigrado con escasas relaciones de amistad en un medio tan poco acogedor, y con el tormento sobre todo de su perturbadora e insoluble exigüidad económica, probablemente no le permitía sentir la disposición de ánimo apropiada para ningún compromiso de amor. La pasión de Lida, y de él hacia ella, corrió por eso la fatalidad de pronto disiparse. Muchos sacrificios, silenciosos e ignorados, suelen ir acumulándose en los adentros del destino de un desterrado del linaje de Montalvo. Y más aún en una época como aquélla, azotada por el vendaval siniestro de las armas. Aunque es necesario reconocer que en su caso el trastorno bélico proyectaba sólo efectos subalternos o indirectos, porque los males preponderantes, de mayor impacto, procedían esta vez, igual que siempre, de la imposibilidad de obtener ingresos seguros y periódicos. Ni de ahi ni de afuera nada le llegaba en su indispensable oportunidad. De modo que, solitario y desencantado, en ese año de permanencia francesa, sólo tuvo fuerzas para verter confesiones íntimas e ideas, suscitadas por la realidad que pesaba sobre sus emociones, actitudes y convencimientos, en los renglones de un diarto del destierro, o ***Diario** de un loco* según su manera de titularlo en alguna referencia a sus creaciones literarias. Algunas de esas páginas las escribió en francés, y jamás las tradujo al castellano, ni tampoco alcanzó a publicarlas. No es desde luego absurdo conjeturar que lo que se ha salvado de ellas está incompleto, pese a la acuciosidad inteligente y cariñosa de Roberto Andrade. Este entregó para que se imprimieran, al sociólogo y fecundo montalvista antillano Robérto Agramonte, muchos trabajos de nuestro ensayista: conocidos unos, inéditos otros. Y entre ellos, algunas partes de aquel diario.

Para el biógrafo entrañan un interés pnmordial las confidencias que manan cristalinamente, sin segundas intenciones, en apuntes de naturaleza tan íntima. Juzgo por ello conveniente la aproximación, bien que rauda. a un puntoyaotro de esediariodc veras fluido, para redondearuna noción clarificadora de los porqués y los para qué de cuanto entonces sentía, pensaba y hacía. Véase así, siguiendo este procedimiento de rápidos contactos, con qué elocuente persuasión aconsejaba la disciplina de las prácticas inteectuales, seguro de que su abandono ocasioraha el detrimento de la intc14, *AP,n,wI* ‘ssurprh *¡ano* Jh,d. págs 56,’ Mi

gridad *y* eficacia de ese tipo de faculiad: "Si dejas de pensar, el pensamiento se enmohece: úsale como Ja llave de tu puerta". *"Por* qué vibran tan claras y penetrantes las campanas? Porque suenan todos los días: cubridlas de una capa de orín y serán roncas y desapacibles". El cree, con indiscutible perspicacia, 'que un hombre de mucho ingenio o *esprir,* no puede jamás estar dotado de un pensar profundo. *El* ingenio es la sonrisa del talento". Y agrega, puntualizando de esa manera su preferencia, que él nunca 'pondría gran confianza en los hombres de ingenio". Por su parte, se ha visto constantemente entregado a la seriedad de las reflexiones. Yeso deberían saber los que le niegan *irreflexivamente* esa suerte de capacidad:

"He tenido —dice——- muchas ideas perdidas en mí vida. Si hubiera conservado por escrito todo lo que he pensado, tal vez sería un filósofo".

Desde luego, dentro de este mismo campo, establece esta desalentadora observación, no desprovista de una desgraciada verdad: "Bossuet decía que si la fortuna le hubiese favorecido menos en lo relativo a sus bienes, probablemente habría tenido menos talento. La miseria raras veces aguza; casi siempre entorpece. Mi inteligencia es menos activa mientras más necesidades padezco". "Ocupado en zozobras y pesadumbres, se piensa menos, y cuando se piensa, es con cierta acritud y amargura". Pero, en forma consecuente por el lado que estas cosas se miren, él sabe que esa misma consagración a los hábitos desinteresados de la inteligencia lleva en sí el triste efecto de las pobrezas materiales. Esta es una evidencia que, como pocos, la sufre Montalvo en su propio pellejo. Ni siquiera bacía falta que lo dijera:

"No me sorprende que yo nada tenga. Jamás he hecho nada para tener algo. El dinero es más necesario que la instrucción. Y es ahora cuando me doy cuenta de ello. Los tontos que han sido más pobres que yo, hoy viven holgados; los malos a quienes yo hubiera dado un par de botas, nadan en riqueza. Han sido más sagaces; mientras yo empleaba mis días y horas estudiando, ellos se procuraban los medios de ganar dinero".

Igualmente conexas con este género de lucubraciones alrededor de las aerividades intelectuales, aparecen sus confesiones sobre el gozo irrenunciablede las vanidades que aquéllas estimulan, y también otras que conciernen a su desbordante aspiración de alcanzar las primeras posiciones y la celebridad literaria.

No es malo —apunta en su diario— ser el primero e. cualquier parte: primero en la guerra, primero en las letras, primero en las vi tudes. De ser bandido, quisiera ser el capitán; de ser fraile, el provincial, yen sie.uo necesario ser hormiga, ***jamás vendría*** en ello, no siendo sino para ser el guía. ¿Lo confesaré? Una de mis más irremediables flaquezas ha sido el deseo de renombre, y una de mis constantes pesadumbres el no sentirme con capacidad de conquistarlo.

Incomparablemente reveladora es esta declaración de aquella lucha pugnaz, en que no le faltaron los desalientos y las hesitaciones, por satisfacer la ansiedad superior de la fama. Y añade unas palabras de las que se desprende una inohjetable conclusión filosófica: “Pero si todo cs vanidad, preciso es que vivamos de ellas, y si alguna hay grande, hermosa. positiva, sin duda es la de la gloria; importa mucho ese afecto del hombre que en sí trae envuelta la idea, y acaso la prueba de la inmortalidad del alma’.
En el mismo grado útiles para la imagen animada que de su héroe debe entregar el biógrafo son los trasiegos confidenciales sobre aspectos visibles de la persona y de su comportamiento ordinario. Sabido es que Montalvo era de estatura descollante y que la altivez era en él manifestación espontánea o connatural. Pues ahora conviene que se le oigan a él mismo los secretos siguientes:
Entre las reformas que yo hubiera hecho en mi parte física, la primera habría sido re- bajarme cuatro dedos de elevación; porque cuando veo por la tarde mi sombra extenderse por el suelo corriendo pareja con las de los árboles, gano la soledad con una cierta sensación de tristeza. En tiempos de desgracia convendría que nada fuese extraordiii :i rio en el hombre, a fin de no llamar la atención de los demás. - Bueno es el garbo, pero el natural, aquella elegancia no buscada proveniente de la soltura de los miembros y la gracia de los movimientos; pero ese garbo que originan los tacones altos y resonantes, el cuello almidonado y el bejuco, me parece gallardía de carnero cuando se pone a gritar y alzar los cuernos insolente.
Respecto a sus sentimientos y su conducta, sienta esta confesión:
Mi más grande desgracia es no tener un amigo y creer que es imposible tenerlo. Tanto afecto profesé hacia aquellos que me han traicionado con su frialdad o su cobardía. que se me hace difícil creer en la amistad y afecto. De mí dicen muchas cosas malas. La mitad son falsas, el resto se contradice con el sentido común,
Ello en gran parte tuvo origen en su total resistencia a condescender con las injusticias, las inmoralidades y las bajezas: “Amable con la iniquidad nunca lo he sido; la infamia me enfurece; la mentira me llena de indignación”.
Bueno es preguntarse sino hay en eso un hermoso rasgo quijotesco, un indicio de valentía y de generosidad. Y precisamente por la resaca de amargas reacciones que con tales actitudes iba levantando a su paso, y por el dolor de su forzoso vagabundeo de expatriado, ha debido también escribir en su diario esta constancia de lo que ambiciona con el calor más puro y sincero: “... una casita rodeada de un huerto, con flores a la vista, y un río cuyo susurro llegue por la noche a mis oídos; colinas verdes y pradecilbs donde pasten algunas vacas, y me den leche espumosa por la mañana; mujer querida, lindos niños, ningún motivo de zozobra;” (es el airccillo

nost;ilgico del país, que le [oLa tiernamente el corazón), y luego, con una gracia finamente irónica, con la que quizás solía hacer reír hasta las lágrimas a alguno de sus raros contertulios, asegura:
si Dios quiere poner ci colmo ami felicidad, me concedería el ver ahorcar a seis o siete de mis cnernigos en los árboles del patio; ¡con cuánta emoción, con cuánta ternura los contemplaría, y cómo los compadeciera! Preciso es perdonar a los enemigos, si. preciso es perdonarles, pero nunca antes de verlos ahorcados.
No insistiría en que las últimas palabras de la cita precedente son solamente una manifestación de su talento para la festiva y atinada expresividad de la broma si supiera que se ha acabado por fin la casta camita de los distorsionadores de la personalidad de Montalvo, siempre proclives a señalar a ésta como la encarnación monstruosa de insaciables odios y venganzas. Pero estoy más bien convencido de que eso. lamentablemente, no ha sucedido todavía. Y por consiguiente no sólo he de tener que subrayar aquí la pura e inteligente disposición humorística de nuestro escritor, sino que también he de llamar la atención sobre la compleja composición de su temperamento individual, en que se habían entretejido la violencia y la mansedumbre, la soberbia y la humildad, las agriedades y las ternezas, en proporciones que no se ajustaban al equilibrio y la facilidad que caracterizan a las almas comunes. Su caso permite apreciaren qué grado era definidora la advertencia que hacía Goethe cuando, tras la comprobación de la índolc de sus propias virtudes y defectos, ciertamente de dimensión genial, no quería dejar de confesar a su amigo Herder esta verdad sustantivamente humana: todos tus ideales no me impedirán vivir en la verdad; esto es, ser bueno y malo, como la naturaleza. Es evidente que mi biografiado era hosco e irascible en medida extrema. Alababa la actitud de Jesús en el instante en que éste echaba a los mercaderes de su templo. Amaba a Don Quijote por el ímpetu irresistible con que el nervioso caballero relampagueaba de cóleras súbitas y justicieras. En las viejas historias de griegos y de romanos, surtidero de muchos de sus escritos, y aun en los textos bíblicus y de los padres de la Iglesia. que también comentó para desarmar a los que le acusaban de profano. hereje y clerófago. fue hallando asimismo ejemplos de indignaeion fulminante, y hasta de coraje heroico, para reco— rmmend:irlos a *sus* lectores ‘Podo ello, al parecer. no hace sino descubrir que NI ,mima]vo se placía en dar cori las afinidades que su carácter necesitaba, no unic:mmnente para justificar os desahogos de su irritación en el trato con Los dcm;is en el manejo de su pluma, sino también para fortalecer constanteniente el ejercicio de su propia beligerancia. Pero —esto es lo que me interesa indicar con claridad——- toda esa suma de arrogancias y reniegos

quijotescos se enlazaba en él con una disposición de ternura natural y frecuente. Al extremo de que era propenso a las lágrimas en lo más íntimo de sus soledades. Yerran pues losquc desconocen, como fondo ch uentcmente humano de las manifestaciones de su temperamento, aquella aher- nación de durezas, desafíos y orgullos, por una parte, y de conmiseraciones, delicadezas y congojas, por otra. En la última de sus producciones literarias —*‘-El espectador*— él mismo menciona algo de esa doble proyección de sus reacciones individuales con estas palabras precisas: “Con los perversosyo he sido implacable; mas pregúntennie si he quitado la vida a un pajarito, si he pisado adrede sobre una hormiga”.

Y bien, como referencia final a las notas de confesión del diario íntimo que vengo evocando, creo ineludible trasladar a éstas páginas algunas frases de lo que dejó escrito el 7 y el 8 de junio de 1870. Porque ello va a servir para remarcar aún más estos aspectos de la dolida sensibilidad de Montalvo. *Y* porque, además va a mostrar la insoportable penuria a que llegó en su segunda estancia en París, yen la cual con tanto desgano le atendieron sus paisanos radicados allí. El 7 comienzan sus apuntes con esta imagen de lo que era su desolado pasatiempo de vagabundo, sin planes ni compañía de nadie, por losmás distantes sitios de la ciudad:

Hoy he tenido un furor de locomoción que me ha hecho que recorra París de uno a otro extremo, y he llegado hasta los alrededores mismos. De Luxemburgo fui a Auteuil. a lo largo del Sena, Me adentré en el bosque. Y de él pude salir por Passy. Los Cerros de Chaumont, el Jardín Británico, el Parque Moneeau, nada se me queda cuandome pongo a deambular como un judío errante. Tren, a pie, todos los medios empico. Y creo queme moriría si me inmoviliz.ara durante estos terribles días de inquietud, cuandoel tedio de la vida toma formas tan presionantcs, que mees necesario aturdirme con un continuo cambio,

Y en ese mismo 7 de junio las confidencias terminan con la relación candorosa, pero de intensidad patética, de la imprevista intromisión de un ecuatoriano en la escena privada —que él la hubiera querido inviolable— de su pesadumbre de puertas adentro:

Cuando regreso cola tarde, la inquietud se ha transformado felizmente en una innienSa PC ro dulce tristeza. Estaba yo escribiendo, tenía los ojos húmedos de 1 igri olas. al momento en que entró B. El respeto esta ei.slorosa situación, y no lic preguntó nada. Un poco después, tímidamente. me mnvt4 a comer. Monté en cólera. ¿Gónio’.’

—le dije. ¿Me invitas porque sabes que yo no tengo qué comer? ¿Ustedes creen que lo que me hace falta son invitaciones, 9 base te que uno pueda vivir comiendo una vez al mes? Son ustedes Indos unos cobardes, que mt’ dejan perecer aquí, ¿Y vienemi a exasperar aun más mi amargura con sus idiotas he nevole ncias’! Nunca inc i nvi laste a eonier cuando yo tenía qué comer. El quedó iurt,ado. ¡el pobre! Lejos de haberse

Dejado llevar **por** la emoción me mostro dulzura me aplaco y te´rmine yendo a comer con el en restaurante Peters
En lo que toca a lo que e ha acontecido el S tIc juniO. y que ¡it) C5 sliiO tilia continuación de sus amarguras de la víspera. he de tomar esta revcl lcioii suya que es profundamente conmovedora:
Ile pisado todo el do tendido en ci piso de ni cuarto, presa de la más negra melancolía. cori tal destrucción tic fuerzas lisie_ls. que orar tic,, pocticra lcrniuiarcn la muerte.
Y he de recordar también que en esa misma pagina de su diario confiesa que le han enviado una carta firmada por la Condesa Valentine de 1 .amartine'' , la cual esperaba con desatada impaciencia, no obstante haber corrido solo dos días desde cuando él escribiera a esa sobrina del gran poeta francés, ya para entonces fallecido. Esto último tiene una breve historia, re l:tcionada con uno de sus primeros halagos literarios y con la actual des— cutura de sus pobrezas. Conózcasela en pocas lineas: nuestro autor din— gio una nota epistolar a la mencionada condesa. diciendole: ‘‘Me he enterado de que usted ha hecho un llamamiento a los poseedores de autógrafos de \l de I.amarline - para formar la colección de su correspondencia. ‘len— co ci honor de poseer dos cartas de su ilustre tío, de las cuales una de ellas se con trae 1 una de las más notables etapas de su vida . . . -. - La respuesta, cuyos iérminos se desconocen - porque no ha sido conservada, es precisamente aquella a que ha aludido en su (llano. El, entonces, según constancia se ntada personal mente ahí mismo, le ha enviado una segunda carta, que es prueba de que estaba buscando ayuda cconomica. Es la que sigue:
ísioy muy agradecido dc su amable carla y le envio el autógrafo de M, de Lainartine, **y** al mismo tiempo una reseña, en que usled podrá verla ocasión en que tuve el insigne honor de que él me escribiese.- El precio que corresponde a este glorioso recuerdo, Dios osabc! ‘so espero que usied Inc lo hará compensar, como usted me loprometió.
Hubo después un corto cruzamiento de notas efusivas entre los dos, es de imaginar que alguna retribución debió de haber recibido Montalvo. la afable condesa le renové sus simpatías en una misiva final, de 12 de junio de lS7t), que contiene estas palabras':" Me es grato devolverle, con la cxpresión del más vivo reconocimiento, el artículo que se dignó enviarme para que lo copiara, y no he podido menos de admirar al artista. Imposible es leer sentimientos tan elevados, expresados en un estilo tan elocuente y generoso, sin experimentar profunda emoción.
14) 1.1 cmi Iorianoa quien ha mencionado sólo con la inicial *8* **tic su apellido es Rafael Barba. i.o ha declarado el .isqris, 41 onia ivo al dde esos nombres en su nueva referencia a dicho episodio, que está en "Prona de la ‘rosa", le** sri **Ii'ileio** *El aniropófagri.* **puhhrado en Bogotá en 1872**
1411 *Sl* **misil moensi,epoiolaeio. bid, págs. 119 a 91**

Por todo lo que he expuesto se habrá observado que los auxilios que nuestro escritor alcanzaba eran intermitenles e inciertos. Y que. por otra parte, el carácter de él y su sentido inalienable de la dignidad los tornaban a veces más irrealizables. Hubo ocasiones en que devolvió, encolerizado, una cantidad de dinero que se la había hecho llegar sin que él la hubiera solicitado. Válgame como ejemplo la relacion que hizo él mismo. y que se publicó en as páginas de ¡si antropófago, y de cuya veracidad puso corno testigo a la propia persona que se manifestó en ese espontáneo acto de generosidad . Ha referido efeetivamen (e Montalvo que en su destierro. ‘en esa vorágine espantosa de París’’, “el menos ruin de sus compatriotas’’ adivinó la situación de hambre en que estaba casi agonizando, y le envió una suma de francos, prometiéndole “que guardaría profundo secreto”. Y que él, no obstan te la gran necesidad de esa ayuda, no pudo sofocar el impulso de devolvérsela inmediatamente.

Yo —aclaro—-— no se la liabia pedido, ésa era lina dádi’ a: me ofrecía ci secreto. cao era una otensa. la lionihria de bien, la hons’siiciad. el orgullo vive!, al aire lihrc. el medio dii caso hora. SenO eneresparsenie la sangre en las venas: a la indignación sucedió la vergueo/a: cai luego en l,ra,os de la melancolia. y coniesié: señor don (‘arlos. icepio lii Pien., so]iinrid de tisir’d si cliiicic lo,.

Y, en una nola de pie de página, agregó: ‘‘Ir] señor Carlos Aguirre es mi contrario en política, por tanto liii enemigo, según la loable costumbre de estos benditos pueblos. Pero es hombre de’ bien y caballero; no ocultará la verdad, pregiaiienle, allí le tienen’’.

Parecía que la maldicion que pesa ha sobre él era, sobre todo, el ver constantemen te amenazado su decoro - Un hombre tan puntilloso. tan amante de su decencia y del alarde de los’’(ltrl)iI()s de su figura moral, que hubiera qtierido sentirse siempre respetado y lisonjeado, tenía que sufrir mucho en ese mar tormentoso de inacabables privaciones que le obligaban a recibir el pan de manos ajenas. Recordaoa por eso, para enrostrarlo a los demás, y particularmente a sus enemigos, que los genios, o personalidades “sublimes’’, están sujetos ‘‘a mil flaquezas, y muchas veces son más tristes y apocados que el vulgo de los hombres’’, Les hacía también notar que el pedir fiado estuvo en el destino impar de nada menns el Libertador, “Bolívar humilde, Bolívar suplicante - Bolívar pidiendo cuatro reales!”. Seguramente aludía a los avatares económicos de éste en Jamaica. Y en lo que eoñcernía a él aseguraba que no Ii abía aceptado socorros sino a tít u— lo de préstarrios, con la decisión de pagarlos oportunamente. ‘‘Día legará
—escribió respondiendo a una sciic de especies calumniosas de sus adversarios - quiéralo ci cielo, cii que o devtic va con usura sus cuatro pedazos de cobro-a]as tristes que no Lis dieron sino para ponerse a llamarme

ladrón al otro día”. Particularmente se refería a la acusación infame con que se le había zaherido, de que ‘le había venido robando *la tiirad* de sus haberes” al general Ignacio de Veintemilla. entonces su amigo y más tarde uno de los condenados a los suplicios infernales de su pluma. “Vsted lo dijo?”.le preguntó a aquél en el aludido folleto. Pues que “Manuel Gómez lo ha escrito, y Mariano Mestanza lo ha hecho publicar por la prensa”. Frente a ello no le quedó sino aclarar que se trató de una “triste suscripción”, en la que dicho militar “puso su parte”. Estas son sus palabras, con referencia precisa a Veintemilla: No reciba usted nada sino de aquellos en quienes vea sobrada buena voluntad, le dije: rehuse a Palacios, no admita a Juan Aguirre, tírele en la cara, si algo ofrece Manuel Gómez. Veinternilla está ahí vivo y efectivo: los que pusieren en duda este rasgo de mi carácter, a escribirle”.
De otro lado, hacía bien en afirmar de cien maneras que no andaba a caza de dinero por inescrupulosas codicias, cual se pretendía dar a creer en libelos infamatorios aparecidos en su contra. Puesto que no sólo que no era ‘un Flarpagón que socaliña para enterrar”,sino que en más de una vez sabía, él también, ejercitar la caridad saliendo del abismo de su indigencia.
Un día —nos cuenta— no me había quedado por todo caudal sino un tranco en el *bolsillo, y* se *Jodí auna muchachira, porque* todos estamos obligados a dar de *comer* al hambriento. ¿No se lo había de dar? Traía atada la cabeza; en sus rasgados ojosbrillaba el hambre, pues, el hambre tiene también su resplandor .,. .- Sc me llegó, y me miró y me extendió la manecita: ¿no le babia de dar mi franco? Al otro día tomé una taza de leche, y lo pasé contento; al tercer día tomé una taza de leche, y lo pasé triste. Y cuando el sol se ponía, cuando sus últimos rayos doraban las cimas de los árboles del campo de MarIe, y la colina de Meudon estaba resplandeciendo en el luminoso vapor de la larde, bajó por el Trocadcro, y puestu de codos ene! brocal del puente del Alma, me csln%c viendo azul el turbio Sena.,..
Escenas de esta guisa se repitieron en su tercera Francia, y desde luego en los años setenta de su exilio de ¡piales.

CAPITULO XV

Otra vez en ¡piales, por varios años

He acabado de ofrecer una memoria global de las características con que se desenvolvió la existencia de Montalvo en París, en el tiempo exacto de un año. Ahora me corresponde recordar que, corrido éste, y frustradas todas sus esperanzas de radicar ahí sin angustias. se afanó en recoger, mediante préstamos que casi nunca pudo pagar, la cantidad de dinero indispensable para su retorno a Hispanoamérica. La consiguió al fin, y preparó prontamente su partida, desde Marsella. Volvió a tener como compañero de viaje al doctor José Mariano Mestanza. con quien, según lo evoqué oportunamente, cabalgó desde Quito hasta la población ipialense de *Colombia,* en la iniciación del exilio. Pero los distanciamientos y disgustos que di a conocer entonces, y que ya en aquel itinerario se produjeron entre ellos, se exacerbaron inesperadamente en esta nueva ocasión. Conviene que se los explique porque arrastraron consigo desagradables consecuencias. Como pretexto obró algo que insinúa nuestro ensayista cuando confiesa que, ya arribado a Panamá, "por un incidente imprevisto, de esos que suelen afligir al viajero, se vio de repente sin medios de pasar adelante" Probablemente no se le hizo efectiva alguna promesa de ayuda económica. *Y* quizás entonces, forzado por ese hecho que creyó insuperable, tentó vado en una supuesta disposición de solidaridad de Mestanza, aunque Montalvo enfáticamente lo ha negado, con estas vehementes palabras: "Ni en artículo de muerte me hubiera yo dirigido a ese tacaño, que de buena gana dejaría perecer a su madre". Juan León Mera, que constantemente se contó entre los "Pasquinos", o autores anónimos de calumnias, que se confabularon contra el buen nombre de nuestro escritor, quiso en cambio dar a entender que Mestanza evitó ser petardeado por éste, porque "no es de los que se dejan sacar las pesetas". A la hora de hoy resulta en verdad aventurado señalar con precisión cuál fue el antecedente que motivó la

nueva discordia entre los dos viajeros. Si se sabe de ella, eso se debe a que 1111 plopiO biograíiado ha referido que, en el puerto panameño, Mestanza le habló moviéndole camorra, insultándole en lugar público, donde hahia (Inc *1* 1 rustrase el casi go’’. Y desde luego el desenlace, dado el temperanenio montalvino, tuvo que ser lo que se conoce que fue: áspero y enconado. Aguardó en efecto el escritor a que el grupo se disolviera y que su detractor caminara, como desprevenidamente lo *hizo,* hacia las orillas del mar, para allí sí exigirle una satisfacción de sus agravios. No hay duda de que debió de haberse acobardado Mestanza, de acuerdo con la impresion qrle los ha transmitido su irritado desafiante: tirosero, insolente, atrevido donde hay quien se interponga y le defienda: humilde perro que se arr, ncona rabo entre piernas y queda anonadado, cuando se le coge a solas’. [‘ero las consecuencias no terminaron entonces. ¡jubo después, al parecer. una funesta zancadilla de Mestanza para comprometer a su rival ante el gobierno de García Moreno. Efectivamente, en abril de 1871 desde lima escribió una carta al general José Maria tirbilla, exiliado en Paita, *1* n í ormándole de una supuesta invasión alfarista a playas ecuatorianas, con armas recogidas en Panamá, mediante la remisión de erogaciones de cdidadanos guayaquileños a la trontera del Carchi, a nombre de Juan Montalvo. t.a tal subversión era quizás cosa imaginaria. Y lo rIel dinero enviado a éste era, ademas de afirmación completamente falsa, un medio mahgno de e nvolverlo en las sospechas del dictador. Ial es! atagema perniciosa se real izó poniendo cr1 oneajoente , con error de indiscutible mala fe segun Montalvo. la dirección del destinatario, de modo que, en vezde iral puerto
peruano donde vivia Urbina, la carta llegase a terceras manos en Quito. *y* a través de ellas a García Moreno. Esto alcanzó a comprobar bien el escritor. mediante un testimonio de Teodoro Gómez de la Torre ——hermano del famoso “don Manuel” de París—, y lo hizo público en un cuadernillo impreso en Colombia, titulado *Fortuna* y *Felicidad* (Ipiales, 1871).
El doctor Mariano Mestanza no demoré, por cierto, en formular su réplica. Más que la justificación de las tortuosas circunstancias que rodearon a la aludida epístola, y cuyos resultados podían agravar los riesgos del destierro de Montalvo, parece que le interesó el virulento desahogo de sus rencores contra él. Y así buscó dispararle los venablos que alcanzaban a lastimarle más. En un folleto de una veintena de páginas., editado en Lima sin pie de imprenta. en 1872 ***—La** verdad. !?efutacián a las calumnias de titan Afotrtalio*—, no tuvo en realidad ningún escrúpulo en calificarle de *;faivario. mentiroso, non calumniante, pordiosero, estafador!*, y en asegurar que ‘‘Montalvo ecogió en París, en su saco de pobre, muchos miles de francos, embaucando a algunos ecuatorianos, amenazando con su plri—

rna a otros, y rogando a los demás”. Pero estas ofensas no constituyeron sino el principio. Pues que pronto aparecieron otras publicaciones infama(arias, **como** para ensombrecer aun más el infortunio del escritor durante **su** nueva permanencia en ¡piales, a donde fue a cumplir e! resto de su expatriación
A dicho lugar en efecto volvió tras su año tormentoso en París. Primero, según ya lo he indicado, arribó con Mestanza a Panamá. Ahí, también eso está ya descrito, llegó a faltarle dinero para continuar su viaje. A fo rt un adam ente acu rlió Al faro en su ay tuia - coRi o en i a vez pasada. El mismo lo ha relatado con las palabras que siguen
nire los **nombres que han** de **hcndecirporcticni:i olía, está** el de bIoy Alfaro,joven apenas conocido para mí, amigo nunca. Tan luego como supo el trance en que me hallaba, se nc vino por sus pasos., **y** me lrant1uil,Zó con la mas exquisita delicadeza. Y no contento con Iraerme un billete de pasaje de primera clase, me ofreció una lelra para Barbacoas de la suma que yo quisiese, la cual rehusé. porque en esa ciudad me espe riha otro am igo.otro hermano **49**
Con esos auxilios consiguió entonces dirigirse a lpiales. en donde casi no dejó advertir ni su presencia, pues que se estuvo muy poco tiempo en alguna posada. Parecía que esta vez se sentía sólo de paso. Su maleta, ahí en la habitación, cerca de sus pies, le daba acaso la impresión de un lebrel vagabundo que se hubiera tendido a dormir apenas. brevemente, sus fatigas, y que estuviese aguardando la palmada de su dueño para partir en seguida. El rumbo en esta nueva ocasión fue el del sur, El propio Montalvó ha evocado este hecho en una página hermosa, rica de animación, en la cual surge la imagen del ex presidente ecuatoriano general José María Urbina, desterrado por García Moreno, con trazos de ejemplaridad conmovedora, Recuérdese que, entre las veleidades de la políliea nacional, aquel personaje estimuló reacciones contradictorias en la pluma montalvina: de apología en una primera etapa, y de escarnio cruel, posteriormente. Conviene pues seguir a nuestro escritor a través de esas líneas de su testimonio:
Cansado —dice.--.- de la soledad en que vivía a los pies del (‘hiles **y** el Cumbal, allá en los altos Andes, salí al mar de occidente después de noeve días de montaña. Halláhame un día, recién llegado a Lima, a la mesa del Gra,t !!ote/ de esta ciudad. Entró un anciano fijos los ojos en mí desde la puerta:cont’ sus ademanes eran de echarme los brazos al cuello, aun antes de conocerlo, me puse en pie Juan, dijo, Juan y me abrazó estrechamente descansando su cabeza canil sobre iii hombro. Era el general Urhina Cenamos junios cinco o seis noches té s’n otra cosa - Mi anfiirión era lan poderoso **y** vivia lan holgadamente, que no había en su euarlo sino una tacita sin asa **y** una eticliara . las cuales me eran cedtdas. El ex preside nte del E coador lomaba su buen té en un ja rri lo de hoja de ata más viejo y de.spo rti 1 lado q **tic** el Señor del Buen Pasaje,

49 -. Prosa sic **la** post”, **E/ *antropófago,* Cid,** pág. **191,**

hiatietidoel inicar con un mango de plunia Otro joven proscri toque lea_’onipañaha lo totuala por su parle cii un asiento de bote Ha, de esos que en las aldeas sirven de tiutero i los niuchaelios pobres. la cuehara tic éste era un palito tic tósforo. LI té raras seecse r:t té: cuando no lo era saboreábamos tina muy tiuenti agila libia. guard:iiidonos lealmente e1 secreto: ninguno de los tres le deeha al otro que no era aquella sustancia de la que se consume en Pekín a la mesa del hijo del sol. Id ex presidente andaba abrochaciti desde la quijada has-tael ombligo, por lalta de .. rekij Y recibía aquí de paso utia solemne desmentida nuestro gran García Moreno - A pesar de inopia tan rematada, tunca le oi una queja ni le vi abatido a ninguna hora. Sil

‘Iras otros contactos con pocos paisanos que habían igualmente emIgrado a la capital del Perú, y frustrado en su tentativa de hallar un modo decoroso de radicar ahí, después de algunas semanas decidió al fin regresar a sus soledades de Ipiales, que a pesar de su tristeza le resultaban más acogedoras -

Fue así, mientras declinaba ya 1870, cómo los humildes vecinos de la aldea fronteriza de Colombia pudieron descubrir otra vez, por entre la paz cenicienta de sus calles, la figura inconfundible de Montalvo. La veían como si casi no hubiera cambiado. El mismo aspecto insondable en su soledad - La misma arruga melancólica en su gesto. 1 .a misma cadenciosa y leve cojera en sus pasos largos. El mismo aire sufrido en su atuendo oscuro. La misma i mageti alicaída en su paraguas, e ompane ro i nfaltable cuando los tluharroties presagiaban aguaceros o garúas. los mismos pliegues pesados ei el poncho, cuando éste había sido convocado por los fríos tiránicos de la noche, en ese alto paisaje cordillerano - Pero algunos moradores del villorrio que poseían la sabiduría de mirar con mayor penetración, sí. ellos sob re todo, alcanzaban sin duda a notar q tic e se hombre t acitu mo había regresado con ni uest ras de una más conce ti 1 rada fatiga: de u ti a fatiga i nte— rior, nacida de los desalientos.

II ab ía recibido al be rgu e en la ni i sni a habitación de la casa de 1 doctor Juan Ratnon Rosero en donde vivió aproximadamente cinco meses en los comienzos de su destierro, Nuevas sensaciones de incomodidad íntima, de mal disitu ulada vergüenza, experimentó al llamar otra vez a las puertas de aquel caballeroso huésped. Habló de no molestar sino pocos días, y de retribuir oportunametite los gastos de su alojatiitetilo. FI doctor Rosero, que salió a atenderlo en persona, no quiso ni oír ese género de advertencias y ponsa Lo acogió pues de inmediato co,” ‘a alguien de la familia, Y con la colaboración de las tnanos femenit’ : de su casa se apresuró a brindarle, a la hora misma de la noche en que llegó. lumbre alimento y lecho. las blancas sábanas de éste parecía que crujían por su bien almidonada

Sil Ii ,,‘‘oi,ntd. lSd. nao. 158-155.

limpidez. Si tales personas hubieran realmente sido sus parientes cercanos. va Montalvo se h abría sen t ido como en ucd o de los ha lagos hoLrarenOs por losque siempre estuvo suspirando. Se instalo de todos modos Jon rda— Uva satisfacción, entre las ¡nedioeies posibilidades que ofreeia el poblado. Que eso era Ipiales en 1870. Sus moradores apenas si pasaban de cinCo mil. Las calles eran de tierra, y algunas de ellas descendían en fuertes declives o alcanzaban a prolongarse en serpeantes caminos de cabras, por las verdes laderas. En la Plaza 20 de Julio. frente a las ventanas de los Rosero, se alzaban las copas con gorriones de unos pocos arboles, y al pie de ellos contrastaban graciosamente el amarillo de as retamas con el rojo explosivo de los claveles y los matices suaves de los pensamientos y las violetas. En algún momento se oía, allá en una de esas casi desiertas vías pueblerinas, el paso inconfundible de una carreta de hueves, los eles de coyas ruedas enormes resonaban con sti característico rumor iasiimero. Iba cargada de paja,de leña o de ramas fragantes de eucalipto. El carretonero, campesino de sombrero eón ico de lana endurecida, y con rtiana yal pargatas. caminaba a un costado de la yunta. afligiendo de cuando en cuando el lomo de los animales con la punta de su pértiga. También se escuchaban, ocasionalmente, la voz de los pastores de ovejas y el trote menudo y aterciopelado de éstas. Igual, el galope rítmico de los caballos, o la marcha, entre arres e interjecciones crudas, de mulos que transportaban mercancías o vasijas de agua pura, tarros de leche ordeñada o de aguardiente. Pequeños grupos de hombres, que formaban, en el lugar en que brevemente se congregaban, un ruedo de ruanas listadas y sombreros negros, conversaban más bien con acento silencioso. y sólo a momentos dejaban elevaruna exclamación que vibraba, o alguna sonora risotada. Eran en cambio más constantes y alegres, en las horas libres de sus rutinarias faenas, el parloteo desordenado y los gritos agudos de la chiquillería escolar. Las vecinas, por su parte, no más de dos o tres, se detenían a saludar sacando su mano derecha por el borde inferior del pañolón y acariciando con una imperceptible palmada la espalda de la amiga. So fugaz y opaca tertulia no era sino un intercambio de comentarios sobre lo mal que está el mundo, y de chismes y murmuraciones. Y. presidiendo esta atmósfera de la vida de la aldea, se expandía periódicamente, de modo puntual, el eco estrenieeedory melancólico de las campanas de la iglesia, que pregonaban el paso de las horas. llamaban a misa, convocaban a las lecciones del catecismo, anunciaban las oraciones de si ti cero reeogi ni i cnt o de la ca íd a de la tarde. En su ni a, los días ra nscu rría ti con apagado paso bovino, o con color sombrío de panza de hurra. Por ello hay que suponer lue los sentimientos dolientes de un expatriado como Juan Montalvo dehieron de persistir sin alivio en aquel niedio.

Pero ¿por qué, entonces, tomó la determinación de refugiarse otra Vez en Ipiales? La respuesta nos la tiene él mismo, que aclaró que no había aceptado insinuaciones de quedarse en lima o de pasar a Bogota, pues que había pretendo dejarse estar en ese poblado ‘de pocas necesidades, donde en ultimo caso puedo vivir con echada como indio, o con un vaso de lcche como tilosofo, o con tres habas pordía como santo’’. Y no se crea que hay exageración ninguna en lo que nos ha querido significar con tales palabras. El no era de los que acostumbran difundir querellosamente sus privacio— iies. s aun menos de los que tienden a abultarlas. En este mismo capítulo alcidrr-é a la desastrada situacion que tuvo que sobrellevar en sus largos iilos de lpialcs.

Desde luego, no estaba dispuesto a dilapidar el tiempo de este destierro. lampoco en Francia, en el reciente lapso de su desesperada perma— nenci a allí, y pese a todas las torincn tosas circunstancias que va conocemos, se permitió un total renunciamiento a sus labores intelectuales. Aquí en el abandono imperturbable del villorrio se había hecho la decisión de 1 rabajar con disciplina y tesón. Sepan ——aseguraba— los que de mí se acuerdan, que mi proscripción no es estéril’’. Pero es interesante que yo haga notar que cuando eso advertía estaba aún corriendo el año de 1872,

no obstante, ya podía citar como pruebas de lo que afirmaba los siguientes títulos de sus nuevas creaciones: ‘‘El bárbaro de Amenca en los pueblos civilizados de I:urojla Un torno, en verso. Capítulos 1l’e se le olvidan,yi a Cervantes. Dos tomos. El libro de las pasiones. Dos tomos. Diario de un loro, Un tomo. De las virtudes y los vicios.

Con respecto al primero de esos libros —El hrírharo de América—, debo recordar que a él se refirió en la intimidad de una conversación con dos ecuatorianos, diciendo: “En mi juventud compuse versos. Compuse un poema de viajes, por el estilo de Childe Harold: después he salido bien en la prosa, y ci poemita ha quedado relegado para pasto de ratones: lo publicaré algdn día, pero anónimo”. Quizás desconfiaba del valor de éste. No llegó a editarlo, y se ha perdido para siempre. En lo que concierne al Diario de un Loco, algunos de cuyos fragmentos comenté en páginas anteriores, se tiene que reconocer que ha desaparecido en gran parte. Y por fin no hay ni rastros del volumen titulado De las virtudes y los vicios. Se salvaron en cambio las otras dos obras nombradas por su autor: Los capítulos que se le olvidaron a C’ervantes (novela de recreación del Quijote) y El libro de las pasiones (teatro). Mas, desafortunadamente, ellas no consiguieron ser publicadas sino después de la muerte de Montalvo. Su produc 0 I’rua dch pr,naHnn’pJgu.llJ.j.g OK

ción piale nse no consistió solo en eso, ciertamente. Porque él siguió escribiendo mientras vivió ahi. Apenas si necesito llamar la atención sobre los Siete tratados rahajo tan cd obre como fundamental— y la Geometría ,noral——-olumen de contenido amoroso—- que nacieron igualmente en la humildad be Ile mítica del desamparo de Ipi al es. Y había desde luego u tia gran demostración de entrega literaria - o de fe personal en sus talentos excepcionales. atrás de aquel intenso laboreo, tan difícil en un ambiente de aldea, notoriamente desprovisto de condiciones necesarias. y caracterizado por una común y sorda rustiquez. itt mismo, al evocar la génesis de SUS capítulos cervantinos, en las extensas sagaces páginas que les sirve de iniroducción. nos Ita entregado esta fiel pincelada de dicho medio: 'FI caso fue que un tiranuelo de esos que no pueden vivir en donde hay un hombre y llaman enemigos (101 orden t los campeones de la libertad - nos tomó un dia y nos echo en un desierto'' AludiaaGarcía Moreno y a su exilio en ¡piales. Y agregaba, con expresiva vehemencia: pero a]lívivirnos algunos (años) sin trato social, sin distracciones, sin libros-', sin libros, señores. 5111 libros! Si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas No había en el pueblo. en realidad, otra biblioteca que la de la casa parroquial, con una decena de volúmenes de escasísima utilidad. Por ello es bueno que se observe que lo que se muestra como caudal de saber en algunas de las creaciones inontalvinas de entonces, procedía de libretas que llevaba con él yen que había registrado párrafos, sentencias y datos de sus bien escogidas lecturas de juventud —que fueron tan abundantes— y naturalmente también del rico sedimento de su cultura, en que tánta parte había tenido su incomparable capacidad nemónica. El propio escritor, muy convencido de los efectos de semejante virtud, ha declarado enfáticamente que "un hombre privado de memoria, de hecho queda sin imaginación: le faltan los recuerdos, las vagas y lejanas reminiscencias".

En fin, quede establecido así, mediante las indicaciones precedentes, que Montalvo se impuso así mismo, para cumplirlo día por día, un proyecto de elaboración de obras serias en varios géneros literarios. Más adelante hallaré yo ocasión de examinar el valor particular de cada una de ellas. Pero, por lo pronto. hago notar que a manera de contraste, e igual que aconteció durante la publicación serial de El cosmopolita, en los años de ¡piales se vio también obligado a improvisar páginas periodísticas de naturaleza política, ya enzarzarse en tempestuosaspolémicascon sus detractores. El desde luego sabía cotimo era de fallecedera esa literatura repentista - Y si procedía así era porque juzgaba que le resultaba forzoso enfrcntarse a hechos de la sida pública y de stis antiguas rivalidades. Recuérdese que precisame nte en aquel 1 572 que he ve nido mencionando fue víctim a de los

más ofensivos denuestos, entre los que se contaban los de pillo, estafador, calumniante de profesión que exige la bolsa o la honra con sus escritos, escarnecedor de su mt' j e r (por sti ('arta de ufl padre jo ven, ya analizad a en esta biografía) malvado, masón, monstruoso engendro de dos razas malditas, Y recuérdese también que una porción de tales incriminaciones e nproperios apareció en un follew del doctor Mariano Nlestanza. La otra vino poco después, en un lihclo anónimo editado en Guayaquil, y cuya paternidad la atribuyó nuestro escritor a Juan León Mera, no sin señalar la cooperación del mismo Mcstanza y de Marcos Espinel y José Modesto Espinosa. En verdad, ante todoesto, cuando uno se pone apensarcon serena atención en la suerte que corrió Montalvo desde la publicación de El cosmopolita —el malhadado libro, como amargamente llegó a llamarle— hasta esta etapa de su destierro, quisiera resistirse a creer en ¡as dimensiones de tanta adversidad: las hambres de París, las incertidumbres de sus viajes, la miseria de Ipiales. los odios y acusaciones infamantes de los intelectuales de su propio país, las desesperanzas del retorno, y algo más, que precisamente perteneció a este fatídico 1872: la inesperada muerte de su hijo pequeñuelo Carlos Alfonso, de cinco años y ocho meses apenas, que se le comunicó desde su lejana ciudad de Ambato.
Y bien, tornando a lo de los agravios, he de insistir en que mi biografiado salió a defendersc con varios cuadernos impresos. El principal de aquellos fue El antropófago. (Atrocidades de un monstruo). Ya lo he citado en más de una oportunidad, en este capítulo. La iracundia parece que truena, incontenible, en sus páginas, entre los argumentos con los quc fue explicando el autor la razón de sus actos; y los dicterios a su vez dejan la impresión de que relampaguean con inspiración súbita y certera, corno para convertir en cenizas la figura de sus contrincantes. Sobre todo, la de Juan León Mera, con quien. ;iños atrás, había intercambiado frases de amistad y de afecto. Pero aparte de ello, y no obstante unas cuantas líneas desmoronadizas, cuya condición de escoria reconoció el propio Montalvo, hay en El antropó jugo un cristalino ondear d ideas fuertemente sugestivas. Se imprimió éste en Bogotá, en el mismo 1872. Y, cuando estuvo listo, no circuló. Pues que de modo sorprcsio el escritor mandó quemarlo en el propio taller. Tratando de explicar la causa de ello se ha afirmado en el Ecuador, con injustificable acrimonia, que Montalvo se avergonzó del fondo notoriamente ruin" de su escrito. La :azón, según su propio testimonio, fue otra. Los cuatrocientos cincucita ejemplares que formaban la edición, ha indicado, no le podían ser remitidos a ¡piales en menos de tres años (cuatro por semana), a un costo de correos aceptable. En caso distinto —o sca el de un despacho inmediato, en ocho o diez remesas— el porte

que debía pagar estaba muy por encima de sus escasas disponibilidades. El dueño de la imprenta bogotana recibió Ja orden con tristeza. Le pareció una profanación el destruir ese elocuente y atractivo folleto de un c nienar de páginas. Y como no le quedaba más remedio que hacerlo, se le ocurrió salvar siquiera unos pocos ejemplares, obsequiándolos a diputados de Colombia: uno de ellos, al representante del Estado del Cauca. Este, por st' parte, se lo envió algún día a Roberto Andrade. Y yo tengo que confesar, muy complacido, que sin esta feliz circunstancia no me hubiera sido posiMe referirme a estos importantes pasajes de la vida de Montalvo.

Acabé de manifestar que la irritada reacción de nuestro ensayista contra Mera resultaba totalmente dist1nta de su antigua disposición cordial. Eso era así. Pero falta aclarar que las divergencias de los dos comenzaron después de la publicación de El cosmopolita. Y ellas venian a ser, entre otras cosas, la resonancia de sus diferencias de temperamento, de formación, de asimilación de ideas y de comportamiento político. En efecto, a pesar de que ambos eran no únicamente de la misma generación literaria, sino de la misma ciudad y el mismo año natal, sus personalidades se hacían sentir en posiciones antagónicas. Aunque no del todo irreconciliables. Así, gracias a la perspectiva que nos ofrece e1 tiempo, se alcanza a ver que coincidían en varios aspectos de orientación estética: el gusto romántico y la predilección por Chateaubriand, la poetización del lenguaje y los escrúpulos de limpidez formal de los clásicos. Era pues evidente que las aversiones que llegaron a profesarse debieron tener origen en la emulación nada saludable que experimentó Mera frente al primer libro de Montalvo, y en su mentalidad ultraconservadora, que se retdrcía de incomodidad al contacto con las expresiones de librepensador que traían esas páginas. Las disparidades fueron por cierto acentuándose. En 1868 alcanzaron su clímax. El novelista de Cumandá y un tío suyo, Nicolás Martinez. publicaron un planfeto con ultrajes al cosmopolita: entre éstos, los que le hicieron especialmente mella fueron los alusivos a su procedencia familiar, con supuestos componentes de indio y de negro. Eso le enardeció de coraje. Advirtiendo que él “no sufre le toquen un pelo ni le miren al soslayo”, arremetió contra “ese par de belermos” que las daban de “aristócratas”. “Que la gente de sexo conocido nos insulte, nos persiga, nos mate
—aseguraba poniendo sus ojos en Juan León Mera—, puede aguantarse; pero que ese semi-hombre que todo lo hace en cuclillas, se encarnice y nos muerda tanto, no es posible”. Le enderezaba luego esta pulla rimada:
“Poeta que llueves sentado —imitando a las mujeres, —- dime tú ¿qué decir puedes—de los que llueven parados?”. A seis llegaron los opúsculos de

agravios de Montalvo. Por donde se ve que no daba paz a su mano mientras no satisfacía sus arremolinados impulsos vindicativos.

Pero las dimensiones de aquella gresca no fueron puramente verbales. Pues que los dos autores ambateños—ahoraconsagrados en el panorama de las letras hispanoamericanas—se dieron de golpes en un paraje solitario de las afueras de su ciudad. Eso ocurrió exactamente en la tarde del IX de julio de 1868. Y es bastante sabido que mi biografiado llevó en ello la peor parte. Mera ha descrito cómo se desarrolló todo, con trazos seguramente veraces, por la forma fiel en que está reflejado el carácter de Montalvo. Estos son los detalles: bajaba el primero de ellos de su quinta de Atocha. rumbo a la villa cercana, cuando de pronto oyó que desde un rin- con del camino alguien le gritaba:’ ven, miserable”. No era otro que su rival, que saltó a querer halarle de la bufanda. ¡lizo él resistencia. Consigulo al fin desprenderse de modo violento, al tiempo que profirió un insulto del más grueso calibre. ‘tomó en seguida la iniciativa del ataque. Agarró por el cuello a su enemigo, le sacudió, e intentó mandarlo contra el suelo. Montalvo se mantuvo sin embargo en pie, casi jadeando. Y, luego de dar dos pasos atrás, desenvainó el estoque del bastón que ordinariamente Ileaha consigo, y de un corte dejó maltrecha el ala del sombrero de Mera. Este alzó, entonces, su largo brazo y le descargó furiosos y ciegos bastonazos, que debieron de haberle producido lesiones y dolor. No obstante, nuestro escritor no se amedrentó ni vaciló por eso. Pues que echó a un lado e1 estoque, y se arrojó de nuevo, esta vez a golpes de puño, contra su agresor, quien a la postre le dominó. En efecto, engarfiándose del cuello hasta casi asfixiarlo, le obligó a abandonar la pelea. Léanse, como evidencia de ello, estas palabras del autor de ***Cumandá:*** “te aprieto, te estrujo, te ahogo, y al caer arrimado a un cerco, exclamas con voz fatigosa: Mera, entendámonos. Me causas lástima entonces y te suelto”. Pero no se separaron ahí. Montalvo sintió recelo, con razón, de ser agredido por un puñado de labriegos de Atocha que conocían a Mera y que acertaron a pasar por ese apartado lugar con dirección a la ciudad. Y, corno había que esperarlo, le requirió su compañía hasta las calles de ella, en tono sin duda varonil. Caminaban silenciosos. Cada uno con el más concentrado enojo en las entrañas. Llegados a Ambato, nuestro escritor, malcontento con los resultados del enfrentamiento, se volvió rápidamente hacia su rival, y mirándole a los ojos le desafió a batirse con revólver. Mera no le aceptó, y entonces aquel no quiso alejarse sin antes decirle: “Me alegro de no haber encontrado en ti un hombre cobarde, abyecto; pero como hemos peleado como indios y a cosa ha sido fea. que nadie lo sepa. por mi parte te ofrezco no contarlo ni ami hermano”. Tanto la actitud del desa

fío como las frases transcritas son seguramente verdaderas, porque muestran e1 temple indomable y e1 sentido del decoro qoe dieron carácter a la personalidad montalvina.
Debo desde luego aclarar que mt biografiado negó lo que sobre este episodio había asegurado su contrincante: cómo —decii——- ese que todo lo hace *en cuclillas* ¿podrá coger del pescuezo ni a un gato?’’. Y más bien prefirió no dar su propia versión, que hubiera sido útil para desvanecer cualquier falsedad de la otra. Lo que sí se niueslra evidente es la índole del ronipituicillo absoluto que adquirieron aquellas ofensas mutuas, de palabra y de obra. Eso continuó ya para siempre - De manera que el panfletotitulado *El antropófago* vino a ser parte del encadenamiento de incidencias belicosas con que ambos se enfrentaron. Yen el cual no se debe olvidar la réplica indignada que concitaron las páginas de *La dictadura perpetuis* que Montalvo envió a un diario panam ño para denostar al gobierno de García Moreno. Esa réplica apareció en Guayaquil sin firma de autor. como se había vuelto usual cuando se atacaba a nuestro ensayista. Pero, por los puntos de vista y la testarudez de la campaña contra éste, era obvio que procedía del grupo conservador de Juan León Mcra. Se la publicó bajo el título de *f). Juan Montalvo* y *la Verdad contra él o sea la* defensa *del Ecuador contra las calumnias e injurias publicadas en elJolleto titulado La Dictadura Perpetua* (Imprenta del Guayas, Guayaquil, 1874. Anónimo de 20 páginas). Tras advertir que no se les deha acusar por el lenguaje ‘más o menos destemplado” en que se expresaban, pues que “no estaría bien que contra quien dispara plomo, lanzáramos balas de algodón”, se precipitaban a acometerlo con brutal reciedumbre, yen el furor de su agresividad conseguían formar, como a golpes de puñal una imagen de nuestro escritor en la que —reconozcámoslo por ser las imperfecciones lo propio de la naturaleza humana— no falta algún lejano indicio de autenticidad. El reproducir en seguida aquellos trazos inmisericordes será útil hasta para que se observe cuál era la impresión de la personalidad de él que los adversarios procuraban difundir entre sus contemporáneos. Desde luego, de tumbo en tumbo, a través de un siglo entero, ha habido el tendencioso afán de dar persistencia a aquel retrato luciferino. Téngaselo pues aqui, pero con las muchas reservas de juicio que son necesarias:
Hay en Montalvo, como diría Timón, uno. dos. tres, cuatro, un sin número de hombres en un todo diferentes yen un todo **semejantes.** E! hombre cristiano y el hombre impío; el hombre espiritual y el hombre materialista; el hombre de ideas elesadas y el de pasiones miserables y mezquinas; el hombre que ensalza la honradez y el hombre ¡w tard st, de profesión; el hombre que pide que la ve rttact se oculte etia ndo ha de esca n - dalLar, y el lionibre que ptit’lica los secretos tic la mujer que omvioo Lo l]evar su ion’—

bre; en fin el hombre que exige de los demás la virtud suprema, y el hombre que no
ha tenido jamás otra aplicación que maldecir de todo y dc todos sin piedad. Aquellos libelistas, sin duda sus ya conocidos enemigos, insistían en su acostumbrado género de insultos: “disfamador de su virtuosa esposa y guardador de la honra de las prostitutas”; “él, como todos los malvados, jamás ha conocido ni la obligatoria virtud del trabajo”; “hábil escudriñador del bolsillo ajeno”; se le permite “la dictadura que ejerce sobre los bolsillos” por no otra cosa que “el temor de ser víctimas de la lengua viperina de aquel demonio”.
Lo bueno era que, entre el acosamiento de sus encarnizados vapuleadores, de tarde en tarde también le llegaban a sus soledades de proscrito las cartas lisonjeras de intelectuales de otros países; y aun, alguna vez, contaba con la visita de tal o cual amigo del Ecuador que le admiraba sinceramente. De todo ello hay asimismo constancias. En lo que concierne a esas visitas infrecuentes puedo recordar el caso del general carchense Nicanor Arellano del Hierro, que parece que más de una vez le invitó a pasar, con el debido sigilo, en su hacienda Santa Rosa del Carchi. Y de igual modo el caso del joven liberal Roberto Andrade, algo más asiduo en sus acercamientos al desterrado. Gracias a aquél me es posible dar en csta biografía dos imágenes muy vivas del Montalvo de ¡piales. Esta es la primera, en palabras del propio Andrade:
Desde el cuarto donde me recibía, noté, mirando a su alcoba que era muy escasa la ropa de su cama, para el clima: acababa yo de recibir una frazada nucva, enviada por mi madre, y se la regalé.- A buen tiempo, me dijo; y a continuación me envió un par de botines muy finos, hechos en Ambato, pero no adecuados para mt pie, lo que me hizo comprender que quería recompensarme por la frazada, y no tenía otra manera de efectuarlo.
Siempre, como se ve, el sentidó del decoro presidiendo sus actitudes. Y la otra imagen es la que sigue, también en texto de Andrade, que describe un episodio de 1875, en la misma población:
Rafael Qirnefo y yo, ambos muchachos, pero educados en colcgios de Quito, fumábamos todos los días en la habitación de D. Juan: él no nos decía nada, y no nos dimos cuenta de su disgusto. Un dia, cuando ya habíamos fumado algunos cigarrillos, nos dijo: Fuman Uds. mucho, ¿no? En Panamá me regalaron 2(X) cajas de puros de La Habana; y yo, como no sé fumar... Cornejo y yo nos miramos, radiantes de esperanzas. Como se prolongaba el silencio, nopude ya contenerme, y pregunté: ¿Los conserva? Echó una carcajada de esas que jamás concluyen, y Cornejo también se contagió. Yo agaché la cabeza, aturrullado. Me enferma hasta el olor del tabaco: tuve que regalar las cajas inmediatamente, suplicando ami amigo no fumara sino lcos, dijo, riendo

ioda’ia Acto continuo tos lesattia,iios **fil** ainigl **50. l!i;OIICCS** PC, **r** el baleen
tlas.s **‘lo** cok **1111,15** a fumaren presencia de él
Me parece conveniente (pie se repare en dos detalles de es,- **j** -‘inc moranza, Fidedigna por proceder de **alguien** que conoció y trato a \ioitt,l— yo: el de la fuerza espontánea y contagiosa con que tanihién él, tan severo y hermetico, sabía soltar alguna vez su buena carcajada. cii el seno de la intimidad: y ci de su declarada abominación del lnihit,’ de fumar. Sobre esto último, aparte de su propia confesión escrita, hay el testiTii()iliO Lic Emilia Pardo Bazán, stl célebre amiga de España. que yo habré de llIcerIC) comparecer oportunamente, en otro capítulo, para desvanecer erradas iiiformaciones que se han entregado alrededer de la vida del escritor cii su tercera estada parisiense, que fue posterior a ésta de Ipiales.
Aquí. en el villorrio fronterizo de Colombia, según he techo va iiolar, nada que no fuera la elaboración de su obra literaria le colmaba de veras el corazon. indefinidamente, sin esperanzas casi, sobrellevaba pues contratiempos y azares. A tal punto que no le quedó más alternativa que acostumbrarse a toda laya de renuncianlieni os, impuestos por su pobreza y la ahurridara insignificancia del poblado. Al mes de su arribo dejó el hogar de Juan Ramón Rosero. cuyos afectos siguió cultivando con fidelidad. lampoco olvido jamás la solicitud bondadosa con que le atendieron ahí las hijas de ese colombiano hospitalario. Jesús y Mercedes. Al despedirse de éstas, les pidió que conservaran la mesa en que él solía escribir, y la cual yo pude todavía conocer hace algunos anos. en el jardín interior de la casa del doctor Rosen): era más bien rústica. larga y delgada, con cajon central patas torneadas. Cuatro decenios después nc la muerte tic Montalvo. en 1929. el preft’sotado (le ensenana piunaria de la po)’’incta del Chimborazo. del Ecuador, promovió la idea de recoger contribuciones del inacisterio fiscal pal-a adquirir la aludida casa de la familia Rosero y concertina cii sede del consulado que existe en piales. Como es lo uCual entre nosotros, la iniciativa se quedó en simple ilusión: cargada tic rctorica, eso sr De todos **modos,** el 7 de agosto de ese mismo tito se lijó a lo menos. en su fachada, una l:ipida de mármol cuya leyenda dice: ‘‘En esta casa vivió Juan Niortirtis,,. excelso 1jcusadoi **i,I1,j,,lCal iLllL,Cioi,** l41i). iIOí,ILTI,ijt. LIC los hijos del (‘anclti”. Por simple ncces:Jad t’iforitiati a. he de indicar lic se coloco ruta llueva inscripcioil coninenioративa hace ib mucho lien,1,,, mientras voejercia la presidencia de la casa de la Cultura Ecuatoriana.
Traté de expresar niás arriba que. pasado el piiuiei tites de este su regreso a Ipiales, mluestro ensayista quiso mudarse de vivienda pat evit:tt
te FHC.nR.j.wI(.Iw]:,o:aHLkc..’r.ni,,,n tL-,F r,e’mso ic’t,,,a-L .io’ **ü-j**

nia\ores molestias a SU desinteresado huésped. Ilall(así [Hl par tic piezas en titro inmueble, también céntrico. Esta vez, una faiiitlta l3urhano se las (110 en alquiler. FI aguardaba para hacer tales pagos las modestas remisio— les de dine ro ie su ie rmaiio Francisco Javier. Más tarde volvio los **OJOS** a su lavorecedor el general Eloy Alfaro. Y después de éste a un joven liberal quiteno. llaniado Rafael Portilla. Pero no eran únicamente el arriendo tIc las habitaciones y la alimentación losque demandaban tlicha ayuda. Ne— cesitaba. en electo, disponer de sumas adicionales: ya para la limpieza y arreglo del apartamento; ya para el lavado y planchado cte sus prendas personales y ropa de cama; ya para los materiales qtie usaba en la escritura de sos 1 ibros ; ya para la ini piesion de sus folletos polcmieos en [piales y en Bogotá, y ya, desde luego, cuando las circunstancias se lo exigían. para las atenciones de su salud. De donde resultaba que los socorros casi nunca le eran suficientes. Se obligaba por eso a prepararse él mismo el sustento. (1ue muchas veces se redujo a dos papas cocidas y tina tasa de caté negro. Y se ve ia igualmen te precisado a vender alguna cosa de valor, de la cual e habrá dolido mucho desprenderse . Se quedó así sin un hermoso reloj tic bolsillo. Y luego —piénsese en lo que eso significaba— sin su mejor pluma, que era una costosa joya de oro. La enajenación de ésta tiene su propia historia, que la he cte referir en seguida. Ante todo he tic observar que tiche rechazarsc ya de modo defiaitito, por pueril y falsa, la afirmación lanzada por no sé quien. y que recogio tun periodista llamado Alejandro Campaña cii un diario de Quito —FI Comercio’—, el 31 de abril de 1918, sobre que Víctor 1 lugo ohsequió dicha pluma a nuestro autor, con ocasión de su prosa elegíaca del terremoto de Imbabura. Nada es más desatadamente ictiaginario que eso. La relación entre los dos personajes no consistió sino en el envio de su ensayo, por parte de Montalvo, **y** en a breve aunque expi esl\ a esquela tic agradecimienio que le puso su destuilatario , el genial
patriarca de las letras francesas. Conviene que se sepa que en el casquillo de oro labrado en que va inserta la pluma, también cte oro, se han inscrito ‘1 nombre de la ciudad y el ano de su fabricación: New York, 1876, y se Ita puesto ademas tui numero: el 7. [‘oes bien, se hace indispensable tomar en cuenta que las páginas montalvinasde lamentación por la catástrofe irn— liabureña —dedicadas a 1 lugo. como ya lo expliqué en otro capitulo ---se publicaron en noviemlire de 1866. y que éste escribio su nota de respuesta el lb de abril de 1809. Esto quiere decir que hasta la fecha de fabricación neoyorqttlna de la pluma habían corrido no menos de siete anos. ¿Cómo, entonces, se ha de seguir creyendo que Víctor Hugo, (Irle destinó muy pocos mnlutos a la breve redacción cte sus letras a Montalvo, y con quien no volvió a te nc r ni ngu n a otra re 1 Ici ón . había (te se gu ir guardando me mo ri a,

y una memoria muvadmirativao afectuosa, durante siete largosaitos. para
hacerle el regalo de la pluma en 1876. o después. El reconocimiento de
a grandeza de nuestro escritor —cntiéndaselo bien- — no necesita insen— clones de esa aya, ni de ninguna otra.

Puntual izada esta aclaración. conozcase la Ii storni de 1 raspaso de aquella joya inapreciable. Y nada mejor para el efecto que sacrificar a exposición propia, y poner en su lugar el testimonio nutrido de detalles veraces de un colombiano que, a comienzos de nuestro siglo, con un certero sentido de las valoraciones, se refirió a ese hecho. Algo ¡11]5 aún: como se había convertido en uno de sus dueños, con su escrito testimonial realizó la donación de la pluma de Montalvo a otra personalidad de la cultura del Ecuador. Este es el texto de su documento, en lo principal:

ipiates, junio25 dc 1910.- Ilmo. Sr. Arzobispo Dr D. Federico GonzálezS.' Quito.- Mi muy respetado y estimado Sr. Arzobispo: Por i,iicrniciiio sic Rosalino O terrón le reni it i ha cuatro dias un plumero y pluma de 'ro No - 7 fabricados en N - York cii 1876. Esta prenda tj oc tengo c t honor y el placer de regit Idi se a a su Señoría, tiene el méri mdc h,iber pertenecido al gran escritor eetiitii,ri:ttlil. el ilustre Juan Montalvo. que fue honra del género humano, según la expresión cje ('antú, cu:ttido les,i los Siete 'lraj,id,,s — Nlontalvc, vivió desterrado algu nos años en esta ciudad Aejui eserib,n aquella obra: es lo probable. pues Manuel Masos re ha referido haber puesto en un:pio algunos de los Tratados.— Montalvo. que no era rico soto tic genio, en tos nionien— tos más angustiosos mandó cender su reloj de ores se] plumeas.— Id Corone] Francisco Vela, que era un cumplido caballero, no quiso eotitprarle el últinu,. 11cm mande a Moni,tis'o su salar rogandole conservar la prenda. éste tui qiuso teepiar el dinero sieo a cotislieton cje que Vela se quedara con ella. Este amigo tite rcfirs'i el casi, ahora ,,ids ile 15 at'iosH' ' l)espués tic so muerte la señora 1—t ornetia Etijas, sil s'toda, me regaló el plitritero: le niarieta que hay la al'tsolutíi seguricl.tel ele que ,etiertceó al gr:ai SIon— talvo.- Fis los :ie't,t:iles aniarguísinios instantes por las que pisa el Ecuador: cuando tetas sos hijo'. se salt levantado movidos por el tt,isrito espitiiit que itrll:imó a los lié— roes del t'iehineh:t y' Ayacucho, para defendeilo tic su secular :ttiihieioso enemigo:

cuando e'! Atzitbispo de Quilo ha sido la primera y mayor fuerza que ha titos ido it] pueblo ecuatoriano para protestar ante cI rituneli, ctvilirad,t tic los abusos de los usarpiiclsttes .me ti:, p.itectdo ci momeoto más tiporturto paris tii:tti,iar]e regalar a su Sedo' ría esa platri:s que estuvo siempre al scrsieio de la ¡'.itr t:t 5 corOt ,t la irania. Oja]a más tarde se e,stiservee u ci Museo ele Qsuto, co uso sir, 1-ce eterdo de Lo dos eeuat:,i:uios tiste, cii Isis útsims,s ricnipns. han dado más gloria a 1.i Naco',,, Esa pluma.

ile Cejv:inteç que nadie se ha atrevido a tom:irta ti e' donde 1:, dejó su ehieñs,, bis', la pnc°' Ii iu:o i,is es u Señoría para que eserib: ie'sne]I,t oliios pa reciclas al dtiseesrss:i pronune' ud', :uiie e'l liar:,il,5n tjravcrsitarie, ...—Sss mciv 'tenis' y luinulde' sei 'ti-_ii ('anule, .'\ .-\ls are?. iSi

s,'o'i' .ss','s.,,sr ;,ss,'sd5'jss.i,,i,,i,,osc,ii' \t,sis.,sis,,.5,t,,,,,t,s:tL,,si,is,,,,,i,,.cis,s,sois.i, ''rs; u,,,.

O iii.,,t,,,, .55'.! 51.555 ,is,.e'g ,-,uç,,i Cssiius',u i,',,,s i;Oi's, (,5i '''.5 i'iOs .,,:,s,u.Ls,i, i iu.i,a',.,is,,

Id arzobispo Go'niálei Suarez contesto a Alvarez con titia corta misi'a. cii tille le tiiantlcsto haber recibido ''ptiiitualmcnte el plinnero con la
pluma' y le agradeció 'por su tan valioso obsequio, del cual yo no puedo taetios de hacer la estimacion debida''. Pero probablemente sintió escrúpulos de diversa índole que le impidieron usar el precioso presente. lo
guardo en cambio con especial cuidado, y lo pasó a su legatario José M Vacas en las vecindades de su muerte. De dichas ni anos foca dar por ventura, quizás mediante compra, a la "Sociedad Juan Montalvo", de Quito. Y ella, por fin, donó la pluma a la Municipalidad tic Ambato, Que la conserva, para que se la pueda mirar, en una de las vitrinas de la *Casa de Montalvo,* de aquel la ciudad. (Por desgracia, he acabado de saber, en este abril de 1987, que hace cinco años fue robada de ahí esa joya histórica inestimable, y que no hay esperanzas de recuperarla).
l,os rigores de la adversidad se han ensañado también con la salud de mi biografiado durante la interminable permanencia que tuvo en ¡piales. Aparte de la vieja afección reumática, de alguna dolencia inesperada Y tic ocasionales resfríos, contrajo una para él rara cnermcdad. que se ohs— tinó en molestarle por varios meses, y que parecía efecto de una extremada sensibilidad dérmica y emotiva. Se vio en la necesidad de dirigir una carta de explicacion de las caracteristicas de ella, y tic sus posibles causas, a un inédicti de Colombia con quien había hecho amistad. Gracias a su contc nido se nos revela ahora, con iluminación insospechablcmente veraz, algo de la intimidad menos confesable de Montalvo. Por eso juzgo útil reprodu— cu' siquiera una parte de ese documento contidcncial. Es la que sigue:
ipialcs .21) de setiembre de 1871.- señor Doctor Ramón 'i'olcdo.' ...Hace dos o tres meses que estoy padeciendo tina gran molestia. la cual es un hormigueo feroz de la sunguc po iOdO ci cuerpo ,así como salgo iii sol y c;iminu, tilia o dos cuadras. No es cotttczn sitio dolor pungetite bajo la epudcrntts, Como piquetes tic aguja. y tan ejeeuti' sus, que a seces me dcsespera.. ..Debo decir a lId, que tus Funciones están perfecta— ncntc'arrcglatlas y que mus hábulos y costumbres son de anaenrela. Por donde me in' cinto ,t ercer que csla enfermedad es puramente ucrv'osa t:mhi tiiás cuanto que el mis— uit, eleciu que produce '1 en miel calor y la agitación Física, producen las emociones ud ;intttio. tui unos un]icntc, de cólera, de surja res Oc rusa. y uiii está el hormigueo. aunque no tan schcmcnte como cuando t'alitino ui stil. Mi tcuipcramcriisi es bilioso
—.neo liNo, u siempre he padecido algún efecto de esta consttsucuón tun ocasionada ti'', ttialcs.- Debo decirle que la enferinetlad de que hice caitia ahora pote. nada licite que ser csut la presente. pnrcue no fue sino tttia luustimdtlura en la euinilla aunque es cierto s1tlc elttsutiecs mismo pruteipié a sentir la tiisulcsiia queme iiqucjiu. Cuando hago buen cjcueicitu no mc falta disposición para cotncr; duermo bien aunque no como tun 'lenas eitt tirad .

'5 *.SI"nuuulou,',,'ui'yuuuiuuIuur,,'.* ti'id. *p'ug 05*

Metido en la casa por sus temporales aflicciones de salud, o metido horas en te ras e ri *1* re 1 . pa PC les de su ni esa en la ardo rosa el ahoració ***ti*** de sus libros, o rnet do en los silencios de sus rrenu nciahles paseo por los alrejedores del pueblo, lo común era que no se le viera en compañía de nadie, De cuando en cuando llamaba a su Puerta alguno de sus amigos liberales de Quito o l'ulcán, con los cuales, por cierto, mantenía una correspon ecia epistolar que le servía para estar informado de la situación política ecuatoriana y para alentar y orientar las actividades de oposición al régimen de García Moreno, Su débil esperanza de retorno al hogar ambateño no hallaba más vislumbres de realización que la caída del dictador. Visitantes menos infrecuentes que esos coidearios resultaban ser—quién lo creyera— los niños del vecindario. Esto lo recordó él mismo en sus libros, en un par de ocasiones. Y hasta fue muy concreto cuando en *El* ***antropófago*** dijo: “Casi todos mis amigos pertenecen al dulce gremio de la infancia; nunca me faltan visitas infantiles; a donde voy, busco a los niños”. En otra parte de estas reseñas biográficas hice yo alusión a unas aventuras amorosas de “Don Juan de Flor”, qutse narran dentro del variado texto de la obra *Geometría moral,* e indiqué lo que había de trasiego personal de su autoren el alma de aquel Don Juan. Ahora en cambio he de llamar la atención sobre lo que hay también de prolongación de sí mismo, de reflejo vivo de Montalvo, en la figura de Herculano, protagonista de una novelinatitulada “Safira”. que igualmente pertenece a la *Geometría.* No se olvide que sus páginas fueron escritas ahí en ¡piales. Pues bien, aquel Herculano era —ni más ni menos que Montalvo— “un extranjero que llegó un día a una ciudad pequeña de la Nueva Granada, y se estahFeció en ella sin ruido ni aparato de ninguna clase. Nadie sabía quién fuese ni de dónde viniese, porque no era él sujeto de entrar en conversaciones íntimas . Sus rasgos. su aire, sus maneras, sus hábitos eran asimismo los de nuestro autor. Y como él, se alejó un día de aquella población sin que se hubiera sabido de qué modo ni por qué, ni hasta cuándo. Pero pasado largo tiempo volvió, en representación también fiel de lo acontecido con Montalvo, y fue para sentirse reanimado con el jubileo cariñoso de la chiquillería. Porque la gente humilde del pueblo y los niños se dieron cuenta inmediata de que *elsenor* estaba de nuevo entre ellos: *el* señor era el vocativo con que usualmente le llamaban . Y no se resistieron a ir a saludarle en su habitación solitaria. Se produjo así una escena en la historia de Herculano que pudo en verdad haber tenido lugar en la propia vida de nuestro escntor, durante esos años de ¡piales Toniémosla pues como un episodio básicamente real, y apelemos a los mismos trazosdescriptivosde él,que son los que siguen:

corno ic,ihartios tIc dccii **iccien liegatio** e/ **Irvinre nno una** muchacha gordarde cual T **:IórIs deeririd.** rtihia crespa sin **telirti r** Loilrn dci puehiti. rio lrtii:i /ap.ihns lonpia csost. **y li[L'fl al,iviaçl,i, corno lina pnrieesrl:i plebeya.** De **entree** 1 seno cli choco sacó dos **l,ue'os trescos ahuirados, res1ii:rrideeie ríes. extendida** la ni,incii **i.** lijo ''Son de 'iii gallina 'regía'' — E **ncgo** llegó tiria **5 iCjI** li:iverido **en hr,izos tilia** clriqn,la ojinegra, lnotltnrinliia Cuyo pelo ensoriijadi cIaba en alzamiento populai bolie el peeliti de la flitljei y Stls propis mallos, apellas si podía domar y **sujetar un** 1)011(1 stihversiso qw venia **riolestatidri por** ti nipietii;i. estiles titetendo etiarila queja

oir i rgr i **Y** cuanta tiesve rg he liza al rol pueden caber en se iiiej **ti** nl e tribulación — llega - ion en seguida dos pdlrtos de lo más simpático: era el loro ini cholo moreno, no dos le reí as d e al tu tic Ii ip) rrrirlt, bien e' imi do .. camisa era indo lo que ten la, sal it' ti y itronibad a alrededor vr yo como el diablo .. Su coni pa ñ e ni es u hio : pelo largo **y** liso, crinio Eserpiori Al ricroin. -

Pero no hay que dejarse atrapar por esta suerte de incomprobados theta lles, ni tad verdaderos quizás, mitad acaso letleiOs Porque Herculano se lutlestra solo como reíle jo inconereto e inestanie dci propio autor. De nodo que se debe volver una mirada escudriñadora a éste. Y sólo así, en— buces, se alcanzará a advertir rjoe las visitas que ueeibfa 1111 en Ipiales. ituque pocas. eran tambiéui de otro género. No faltaban en efecto las de erlt-aeter muy intimo y privado: las de sus amores. Con todo lo anacoreta **rl** enemigo de los deleites mundanos que solía conlesarse. Montalvo no po— lIra. III lenía por qué. renunciar a los saludables reelrlrtros del sexo. Y no se olvide que éste suele lornarse más imperativo et:rn'io más eventuales soli las condiciones que halla para su satisfacción. Por eso nuestro prosisla se sinlio rapidamente estimulado cuando dio con tIna mestiza (te la pequeña cuidad. supoestanienle apellidada Hernández. qtie se conipromelio tI l:rs labores de Lívido e pInchado y que mostraba irur eenio dulcemente tíecqtriblc. lera oven Acaso estaba en los treinta anos de edad. Su cuerpo ci]' robustos bien **propsreiolirldo.** Tal \e7 impereeptrlrleinente menos que irictlrano. las caderas. los 111115105, los pechos tlsleillrllgln una redonda r cas, sirlnipiiios:i plenitud. Id rostro hallaba el acento nc sin gracia en tinos e\presivos ojos pardos. (Irle contrastaban con la limpia blancura de la piel. 1:1 pelo, negro. se reparlia cii dos mitades y se reetigia hacia atrás en tin nlloil abultado, al qtne stijelaba dócilmente llli peitieta sencilla. Stls auNirlrir's todas eran las de la genle humilde, llcllrllba pOCO y se cuidaba de rin dar señales de al titi: impertinencia. Precisamente el muro que sealzabrl errr:e los tlss era el riel respelo con que ella prtieedna Lente al escritor. Ya !i,llliri dado cuenta. esciertts. desu pobre/a. pelocon la misma prontitud ir:ibn,n !loradu el reliexe superior de aquella perstiiraliciad. en la que nadie t-oise('uia descubrir alardes vanos. sino únicamente el ¡jalo de seriedad qne es propio de los lirilsíttis inteleett ales.A él se le bacra también trabajoso vencer el disraireiritisicritoereado por ese respelti. l)e intineris qtie patll:l

tinamente, con esfuerzo y tacto, le lue haciendo notare1 aprecio a que le movÍan sus lahores. su delicadeza, su callada solidaridad cori una víctima del destierro. **s** finalmente le declaró **que** admiraba sus atractivos físicos. La si upatica mestiza. con certero instinto femenino. ha percibiendo los propósitos de conquista de aquel hombre tan especial. acaso tan ardoroso, y se los tole ra ha poco a poco. y cedía sin hrusqtiedades. c orno disponiéndose por su propio gusto, naturalmente, al desenlace. Hasta que al fin **fueron** llegando, por el lado de él, los indicios ncoii [undibles del enamoramiento y ta pasión sensual, y ella tuvo que permitírselos sin otras resistencias que las de su pudoroso recelo. Así fue como le entregó una tarde el don de su guardad a doncellez e ti la so lcd a d de aq ‘tel posen (o, al que iba regularmente por las necesidades de su oficio.

A Montalvo, pese a su vida autónoma y desuncida largamente de la intimidad conyugal. le agradaban más las práctets de la monogamia. Era por eso. durante largas temporadas, el varón de una sola mujer. Ahí en Ipiales volvió a demostrarlo. Pues que mantuvo por años ese concubinato, del que el biógrafo Oscar Efrén Reyes ha afirmado que le nacieron dos hijos: Adán **y** Visitación. Hasta ha llegado a indicar que comprobó que Visitación vivía aún en 1935. en aquel lugar de la frontera colombiana. Pero, tras una prolija investigación realizada en el archivo parroquial de Ipiales. y en la cual he consultado las partidas haurismales registradas desde 1870 hasta 1882. debo por mi parte asegurar que no hay constancia del nacimiento de los vástagos Montalvo Hernández. a que se refiere el indicado. autor. O. E. Reyes. He de advertir, con todo, que el doctor Jurado Noboa alcanzó a hallar los registros bautismales de José Adán (7 de febrero de 1873) y de (‘lara Visitación (22 de octubre de 1875). El primero, como hijo natural de Pastora Hernández. [.a segunda, como hija legítima de Víctor Coral y Pastora 1-lernández.

Desde luego es necesario aclarar que, siguiendo las despreocupaciones que practicó por lo común en su condición de padre, mi biografiado jamás aludió, ni en sus libros, ni en sus cartas, ni en tloeumento alguno, a este par de descendientes ilegítimos. Pero lo extraño, **y** al parecer nada justificable, es que también se encerró en su silencio de igual carácter, de indiferencia y olvido, frente a su hija de matrimonio, María Carmen Montalvo Guzmán, hermana menor de aquel otro níño nnbateño que murió premaluramenle. **y** la cual vivió con María Manuela y sos abuelos mater—

Pese a las reservas de su amancebamiento en Ipiales, fue imposible que los vecinos del pueblo, inclinados como la mayoría de los lugareños a las diligencias del correveidile y el murmurador. no se dieran cuenta de tales relaciones intimas. Que comenzaron por sublevar al cura ya un puñado de feligreses de su iglesia. Cierto era que a ese hombre le habían visto llevar una existencia de *gran* adustez, con *renunciamiento* absoluto de halagos mundanos; que conocían, a través de referencias, el grado de las privaciones que soportaba y algunas de las caridades que, no obstante, había hecho a gentes más menesterosas que él; que habían oído que más de una vczse pasaba, entre lecturas yescritos, "con sus ventanas alumbradas hasta el amanecer", y que en suma se les hacía duro no admitir que se conducía con el retraimiento y la moderación de un filósofo. Pero, aparte de esos amores clandestinos, lo que asimismo les irritaba al párroco y a su grey era observar que no oye misa, ni va a la escuela de Cristo, ni manda decir responsos por el alma de sus mayores". Y, como no consiguieron atraerle para formularle sus reparos, prefirieron reunir a unos cuantos muchachos de las casitas de las afueras del pueblo", y enseñailes que le perturbaran la transparente paz de sus paseos gritándole desde lelos:

Masón! Hereje!".

Porque Montalvo, igual que en sus dos permanencias solitarias en Paris, igual que en sus experiencias de viajero por Europa. igual que en sus períodos familiares en Ambato, igual que en su laboriosa y a la vez cavilosa vida de estudiante en Quito, igual que antes y que lo que vendrá después. igual que siempre, se deleitaba en Ipiales con la melancólica manía de sus andanzas. Erraba preferentemente por los parajes menos frecuentados, desde los cuales podía extasiarse, quizás con lágrimas en los ojos, en la contemplación de la naturaleza. Y ele tan lo rondar y rondar esos paisajes del apacible villorrio de entonces, se encarinó con ellos, y hasta hubo un momento en que, desde la distancia, llegó a asegurar que "ya estaba suspirando por los aires de Ipiales" - Buena prueba del fervor *e* motivo de su relación con e1 rústico y fascinante entorno de ese pueblo nos ha dejado en unas páginas de *Geometría moral*, de cuyo contenido son las frases que siguen:

No he visto en el hori ante de cierto paR andino cuaclios por tenitsss *que* no hallaran cabida ni en la imaginación de Milton: las nubes. r-,,artrdris en largas plumas. se extienden desde ci occidt—nie hasta ej cenit en fornia de ahornes' ipoeatipiico. o de cola de un pavo real gigantesco. . - La escala de j sueño de Jacob no es ni más grande. ni "is trella ni mis misteriosa: niedio obscura va la tierra, un suave irilisor ijutiona todavia la bóveda celeste - El sol, *en* el 1 rópico de Cáncer, se 'nc justamente tras el Çorr,l,al, coronado de nieve perpenia. En lina jnehi ida (tel monte se ipirian a laidee nornes nubarrones; el sol, en su descenso, lo', hiere de sosl;tvo, los enciende.

y arden esas nubes Figurando una hoguera suspendida en el firmamento... .-
El ***rojo*** se desangra. el amariflo palidece, el violado flaquca. ci blanco desmaya mucre todo, y un pardo ciclo se cx,t-ode por el universo

Estos halagos de taciturna guisa espiritual, algunas lecturas —que no las hubiera tan ralas— de libros que de tarde cii tarde le enviaban, por ruego suyo, sus amigos ecuatorianos, y sobre todo la ahincada dedicación a su carrera de escritor, constituían el principal contrarresto a los males del ya largo destierro. Su humilde concubina no era, no podía ser por su depauperada condición en lo cultural y lo aterial,un sostén ni una verdadera compañía. Por todo ello se desesperaba pensando en la necesidad del regreso a su tierra. Escribía a los jóvenes liberales incilándoles a una decidida lucha contra el dictador. Se comunicaba con Alfaro tratando de ofrecerle el concurso de su pluma. como un arma de combate más en la creciente reciedumbre de sus campañas guerreras. Y su vehemencia aumentaba con los ajetreos políticos de García Moreno para perennizarse en el gobierno. Apoyado por sus correligionarios, éste aspiraba en efecto a un período más. La ciudadanía se había ido conformando con ese estilo rígido de conducirla. Porque, al **fin** y al cabo, en los últimos años no había ordenado fusilamientos ni azotes. Aunque sí cárceles y confinios. como el de los periodistas de la *Nueva era* de Guayaquil, Miguel Valverde y Federico Proaño. A ellos les había hecho recluir.en lo hondo de la selva oriental ecuatoriana, a orillas del río Napo, en febrero de 1875. Pero, por sobre este tipo de violencias, era también evidente que estaba empeñado en-hacerse reconocer como un mandatario progresista, creando fuentes de riqueza, promoviendo labores agrarias, buscando la verehraeióri de las regiones mediante el ferrocarril los caminos, atendiendo la difusión de las ciencias, mejorando la enseñanza militar. Hay una observación interesante, que no deja de ser definidora, formulada por el historiador liberal Belisario Quevedo. Es ésta: García Moreno quiere hacer la grandeza del país aprovechando fuerzas sociales que existen. Montalvo quiere engrandecerlo forjando un sistema de fuerzas que no existen. 56

Hay pues que conjeturar que aquel hombre de acción deseaba seguir realizando las obras que se había propuesto. A eso se debía haber agregado su inclinación naturas a las voluptuosidades del poder, e igualmente el reclamo tenaz de los aparceros de su régimen. I.o cierto fue que los conservadores y el clero de provincias se volcaron en una labor de proselitismo. Primero fue e1 recoger firmas —dadas muchas veces con desgano, por presiones religiosas o por temor a las reacciones del déspota—; después vino

jSt, (on.’dcçac,o,c-.snl,,ç 5 ***..ço,, Moven, - f ,r,e., j’,Hin,*** lsl,l,., ic’,Ion-an-a M{nrnn. ihd,pSg :7

el preparar las elecciones ene! ano de la terminacion constitucIonal del gobierno, y en ellas se constguio finalmente designarle para ejercer sitj tercer periodo, con un escaso total de veinticInco mil votos. Uno de sus rilas ardorosas e inteligentes parttdarios, el escritor Juan León Mera, ha histortado este hecho en *La cluuulura* y *la restauración,* y ha dejado su testimonio en estas palabras:

A García Moreno le repugntó al principio la ieelecoón de consta al lulor): pero las instancias de cuantos le rodeaban **Y** sosteníais en st' potilica, la favorable icogida que el provecto tuvo de parte del pueblo, gustoso de It ***paz,*** de la libertad para el trabajo **y** de otras garantías que había gozado por espacio de más de un lustro. y, sin duda. los deseos del **mismo** Presidente de continuar su obra-le hicieron ceder, convino en que se le reeligiese, yen el mes de mayo las urnas electorales recibían mni)s de ve in tic, oco mil votos, sin oposición, para que a la cabeza del Gobierno continuase el niisrn{) magistrado. El Congreso debía instalarse el lO ile agosto, y ante él te **it la qne resignar** el poder García Moreno, para volverlo a tomar después de un nuevo Jara milenio. Muchos senadores y dipulados se hallaban ya en la eapílai

Todo se movía entonces con tranquilo optimismo, y con las naturales seguridades de efectuar la ceremonia solemne de la nueva investidura. Eso sí, de adehala, se había venido buscando un pronunciamiento favorable de la llamada opinión pública. Aun de la de aquellos países en donde germinaban intereses políticos sobre lo nuestro. Tal era el caso de Panamá, sitio de tránsito y de ocasionales permanencias de los desterrados del Ecuador, y centro de las actividades antigareianas de Eloy Alfaro. No de otra nianera se ha de explicar la correspondencia enviada por los partidarios de! diefador al diario panameño *Star and ¡leraid,* enalteciendo a aquél y justificando los afanes de la reelección a que me he acabado de referir, Era indudable que en esa remislon alentaba también el propósito

l oyeetar algún flujo de simpatías en lectores de los Estados Unidos de N - A., pues que dicho periódico se editaba en lengua inglesa. Pero lo que jamás sospechiiroia los acuciosos propagandistas del déspota fue que hubiera algún ecuatoriano que acometiera rápidamente, con efieai oportunidad , el empeRo de destruir los abultados argumentos de su apología. Nunca tampoco se les ocurrió imaginar que ese ecuatoriano iba a ser preeisamelite el tnñs titailieo virulento opositorque tenía García Moreno: esto es, el desterrado de lpiales. No menos aun pudieron adtvinar que la respuesta i'rlolltalvitsI, ptiblieida en las columnas del mismo diario de PtttIlfla, y luego en folleto de veillficuatro páginas, iba no únicamente a ftiltninar la ansiada eonti luaei It presidencial de su caudillo, sino a provocar la súbita eliminación de la propia existencia de ésle - Poque , efeetivanielil e, no se debe desconi ee r que Ii (ibo aquella suma rica nteeedentes y de eooseeuen—

cias, corno par;I aumentar su relieve de significación histórica, en la génesis del famoso libelo *La duJadura perpetua.* (Error del *Starand líeraid).*
Montalvo lo escribió en cuanto se le mandó la información indispensable. Probablemente lo hizo por insinuación de Eloy Alfaro. Y habrá que atribuir también a la diligencia alfarista las ediciones ya aludidas, que fueron fechadas en Panamá el 28 de octubre de 1874. Desde luego lic de adarardos puntos: la redacción la realizó nuestro polemista en Ipiales, durante su exilio; y la circulación del impreso no comenzó en la ciudad de Quito y en otros lugares del Ecuador antes de mayo de 1875. Es decir, hubo ocho meses de retardo. Finalmente, si intento mostrar el efecto que desató el escrito en la vida nacional, he de apelar a la reproducción de sus párrafos más elocuentes, que determinaron la acentuación del juicio adverso a la personalidad del dictador, y de la necesidad de acabar con él para siempre, como único medio de aliviar al pueblo de sus agonías y desesperanzas. Léaselos, pues, en seguida:
A los SS. RR. del *Star ¿md Heraid*.- Señores Redactores: Entre los títulos con que en su estimable periódico se recomienda al pueblo ecuatoriano la reelección de Garcia Moreno, se les pasó por alto el rasgo que más ilustra el carácter de su héroe y los hechos que más simpático le vuelven a ojos amer]canos: digo las públicas y reiteradas tentativas por vender su Patria a las monarquías europeas, sin contar con la guerra que fue a buscar al Perú y llevó al Ecuador en la memorable expedición del general Castilla - - . Los mayores enemigos de García Moreno, *greou’* ***e,te,n,e.ç,*** dicen ustedes, se veo obligados a confesar que durante su gobierno, la república ha gozado de paz. *y* que monta mucho el progreso material no menos que el moral - Yo lo niego. y negarlo ha todo ci que tenga conocimiento y guarde memoria de las cosas. Dos guerras exteriores y cien revoluciones no son documenlos de paz, amigos míos: los huesos que están blanqueando en las colinas de Guaspud no acreditan el espíritu pacifico de (iarcía Moreno Se invaden los campos inocentes, se arranca al labriego del arado: paz, Se ama rra a artesano, se despueblan los talleres: paz - - - ¿Esta es la paz por cuyo motivo el tiranuelo debe ser dictador perpetuo?. - El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, ci verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano, todo esto es un océano de sombras corrompidas! A great amount of moral progress.- Garcia Moreno dividió el pueblo ccuatotiano en tres partes iguale-. la una la dedicó a la muc rte, la otra al destterro, la ültim a a la servidumbre - Los **nl** uertos no pueden conspirar, los esclavos no se atreven, lo:; desterrados han conspirado mil veces. - El esi re no de esa tumba de los vivos (el Penal García More no) fue lastimoso:
una mujer, una pobre niña descarriada: subió las funestas escaleras en medio de gendarmes. el lúgubre edificio cayó sobre su corazón con toda pesadumbre - corrió hacia una ventana inconclusa, y se arrojó al palio de cabeza, García Moreno, triunfante, solemnizó esa fecha con un almuerzo singular: hizo freír los sesos de esa niña con la sangre de Maldonado, y se hartó hasta la borrachera. El piensa que lo tiene digerido, y no sabe qtte la indigestión se hará sentir el día de la cuenta - - - -- Del i’aragtz:ty, se fueron; de Buenos Aires, se fueron; de Bolivia, se fueron; de Guatemala, se fueron; del Salvador, se fueron; el doctor Francia, Megarejo, Carrera, Dueñas, dioses de

menor cuantía, títeres del Olimpo, se fueron! y no así como quiera, sino marcados en 1:, frente con ci hierro con que los pueblos señalan a los tiranos para que sean reconocidos en las regiones infernales.- García Moreno no se va todavía, el esfinge no se mueve: su castigo está madurando en el seno de la Providencia; mas yo pienso que se ha de ir cuando menos acordemos, y sin ruido: ha de dar dos piruetas en el aire, yse ha de desvanecer, dejando un fuerte olorde azufre en torno suyo.. ,t57

Montalvo había sido en su primer libro más explícito en la invocación de la necesidad del tiranicidio. *Pero* en este folleto, aparecido cuando ya muchos opositores estaban hartos de la sañuda existencia del dictador y de sus renovadas pretensiones de no abandonar nunca el gobierno, hacía bien en insistir en su proposito de acumular razones de convencimiento y de excitación emotiva que contribuyeran a empujarlos hacia el rescate heroico de la dignidad del pueblo y de su derecho a vivir sin servidumbre ni temores. Pudo no haber sido este escrito —y realmente no lo fue— de lo mejor de la literatura política de nuestro autor, y, no obstante, al llegar al país en su momento climatérico, tuvo una gran fuerza de sacudimiento, y aceleró la pasión antigarciana hacia su combate decisivo. Flago notar de paso, porque lo juzgo interesante, que el más celebrado poeta hispanoamericano de nuestro siglo —el Premio Nobel Pablo Neruda—, en su versos sobre "el general Franco en los infiernos", de *España ene! corazón*, trazó una imagen de ese caudillo de la Falange, protagonista de la hecatombe de la guerra civil de la Península, que muestra rasgos bastante similares a los concebidos por Montalvo para caracterizar con extremado patetismo, en las líneas de su *Dictadura perpetua,* los apetitos de barbarie de García Moreno. Efectivamente, tanto en este panfleto como en el poema de Neruda cada uno de los dos tiranos está encarnado en la figura de un chacal que almuerza la sangre y los despojos de sus víctimas inocentes, Ahora bien, uno de los jóvenes conjurados que en Quito organizaron el asesinato del gobernante ecuatoriano ha dejádo un testimonio fehaciente sobre la manera como les incitó el escrito montalvino. Dice Roberto Andrade — wc es el participante directo a quien me refiero— que la curiosidad del pueblo por *La dictadura perpetua* obligaba a sacar copias de ella secretamente, para su lectura privada en grupos familiares y amicales. Su padre había traído algunos ejemplares de la provincia de Imbabura. El tomó uno e nivitt5 a sus compañeros liberales Manuel Cornejo Astorga y Florentino Uribe para leerlo en su aposento con mucho sigilo, a puerta cerrada, alumbrados por una vela de cera. Los tres estaba aún en los comienzos de su juventud. Andrade andaba por los veintites años. Cornejo, que era el mayor, no pasaba de los veintiséis. El impacto que produjeron esas páginas

157 /aS, wdsn, *;,rrpeiiai,* jan .imS. '1 ipi,grSia u, R. de ja Torre e hijos. ociubre de 1874

en todos ellos fue ciertamente poderoso. Casi temblando por la excitación, reconocieron que había sonado su hora de actuar, con desdén absoluto de riesgos y sacrificios. Juzgaron que el no asumirla decisión de matar tirano venía a ser una forma de cobardía o de complicidad. Se compruinctieron a encaminar de inmediato las diligencias. Lo primero era buscar adeptos. Cornejo iría a Guayaquil. Uribe lo intentaría en los círculos de la capital. Andrade viajaría a Ipiales, a escuchar el consejo de Montalvo. La verdad fue que el segundo de ellos desertó de la conjura, y que los otros dos no se movieron de Quito. Pero, en cambio,allí mismo empezaron a desplegar una actividad tenaz y temeraria, que ya no pararía sino con la consumación de su propósito: Andrade había formulado una determinación muy precisa, que la mantuvo hasta el final: matar a Garcia Moreno a la luz del medio día y en el lugar más público de la ciudad. Creía que el proceder así serviría para que se les indentificase como libertadores del país, y no como vulgares asesinos. Pronto tuvieron a su lado al humanista y poeta Abelardo Moncayo, enardecido por el mismo entusiasmo y poseedor de una firmeza que no iba a capitular ni en el instante trágico. Luego se les sumó el doctor Manuel Polanco.

Si alguien.sin oírlos,les hubiera visto juntos en la habitación de cualquiera de ellos, los tres sentados mientras el otro se paseaba con aire peripatético de una esquina a la otra, y todos notoriamente concentrados en el tema de la conversación, y todos dispuestos a demostrar con el movimiento de las manos el énfasis del propio convencimiento en las exposiciones, que las hacían a su tiempo, o a veces simultáneamente; si alguien, pues, desde cierta distancia hubiera alcanzado a contemplarles, era seguro que hubiera supuesto que se trataba, no de un cónclave de conspiradores, sino de un grupo de jóvenes maestros que dilucidaban asuntos de sus disciplinas intelectuales. Una misma atmósfera de distinción les unía. El doctor Manuel Polanco, de treinta y dos años de edad, era blanco y de pdo negro y ensortijado. Sus ojos, igualmente oscuros, se animaban expresivamente en los momentos en que hacía alarde natural de su elocuencia. La frente, espaciosa, y la barba poblada, que se cortaba con esmero, contribuían a prestarle respetabilidad. Sus ademanes eran francos. Su apariencia total, con su mediana estatura y su fortaleza y elasticidad, revelaban cuánto había en él de salud y energía. Su vida estuvo siempre regulada por la mayor austeridad. Había sido jesuita y profesor, pero un día se arrancó del convento y abandonó la sotana. Su personalidad había estado forcejeando, incómoda, entre los yugos sacerdotales. El otro, Abelardo Moncayo, pertenecía a una familia distinguida de Quito, igual que el anterior. *Y* como éste, había vestido la sotana de San ¡gnacio de Loyola, y asimismo había

ejercido el magisterio. Sus cátedras las había desempeñado en Cuenca y (iuavaquil. A su retorno a la ciudad nativa, por disparidades académicas C0i1 sus superiores de la Orden, había resuelto apartarsc del clero. En los dias dci complot antigarciano había cumplido ya sus veintiocho de edad. Era de tez blanca y de ojos más bien çlaros. Mostraba una frente alta y despejada. Su barba, sedosa y rubia, terminaba en punta, cuidadosamente cortada. En todos sus actos se descubría sencillo y afable. [labia guardado una ya antigua amistad con el doctor Manuel Polanco, a quien le había amonestado en más de una ocasión por su propensión a la irritabilidad. El tercero, Manuel Cornejo, egresado de la universidad, era también quiIcño. La suya era una familia prestigiosa y de sólida fortuna, Repartía aquel su tiempo entre las investigaciones, las lecturas y la administración de los bienes de su madre viuda, que vivía rodeada de prole numerosa. Era de mediana estatura. Un tanto delgado y flexible. Su rostro se mostraba invariablemente pálido. De modo que permitía que se destacaran más sus ojos vivaces, casi fulgurantes. Amaba la alegría. Su ingenio chispeaba entre los amigos a quienes frecuentaba, que solían recoger y difundir sus donaires. Y, por fin, el otro miembro del grupo era Roberto Andrade. Procedía de un hogar querido y respetado, de la provincia del Carchi. Había nacido en la población de Bolívar. Su padre guardaba admiración a Montalvo. y ese sentimiento se lo transmitió a él. encendido y acrecentado, sin siquiera habérselo propuesto. De modo que el joven se engreía de su espíbtu montalvista. Y precisamente en el año de aquella confabulación se convirtió en el motor de los actos que precedieron al tiranicidio. Con Cornejo. de 26 años, y él de 23 —según lo he manifestado ya— eran los más jóvenes de los conspiradores. Andrade había terminado sus estudios de leyes, y se preparaba ya para el grado doctoral, que jamás le llegó. Su frustración profesional no reconoció otras razones que las derivadas de su participación ene1 asesinato de García Moreno.
Los testimonios que se han ido publicando demuestran que los ex-jesuitas Polanco y Moncayo estuvieron de antemano comprometidos a intervenir en la caída del dictador, acaso por un estímulo originado en las ambiciones personales del ministro de guerra general doctor Francisco Javier Salazar. Este desde luego se propuso desvanecer las sospechas que desde el principio se descargaron sobre él. haciendo imprimir su *defensa documentada.* Y bien, aquellos dos conspiradores habían estado ya pensando en un contacto con Roberto Andrade y otros elementos de la juventud universitaria liberal, para prender un sentido más depuradamente cívico en su acción. Pero Andrade se les adelantó en la iniciativa de tal encuentro, visitando a Abelardo Moncayo y comunicándole el proyectn de magnicidio

en que se habían embarcado él y su compañero Manuel Cornejo. Más tarde congregaron a otros alrededor de su causa. Entre ellos a Rafael Portilla. que se trocaría en el más generoso y servicial amparador de nuestro ensayista; a los propios sobrinos de éste, Teodoro y Adriano Montalvo, y a su futuro primer biógrafo, doctor Agustín L. Yerovi. He de aclarar, por cierto, que el doctor Manuel Polanco, al ser visitado en 1878 por el periodista antigarciano Miguel Valverde, en su celda de la penitenciaría de Quito. le reveló algunos detalles sobre el crimen político de un trienio antes, **y** le hizo la confidencia de que él, por indicación del ministro Francisco Javier Salazar, había requerido la participación del comandante Francisco Sánchez, 2° jefe del batallón de artillería N° 1 . cuyo cuartel se hallaba a pocos pasos del Palacio de Gobierno; y además la del capitán colombiano Faustino Lemos Rayo. A la verdad, el comandante Sánchez se presté para la conjuración inicialmente, pero luego usó unas cuantas mañas con el fin de cumplir a medias la promesa que se le había arrancado. Ninguna duda cabe de que su proceder fue en todo momento ambiguo, o sospechosamente pasivo.

En cambio Rayo —y ello prueba que obró de acuerdo con las instrucciones del doctor Polanco— se presentó puntualmente en la hora del hecho sangriento, y se convirtió en su principal ejecutor. Pero en su caso conviene que se explique con absoluta claridad que hubo razones personales que pesaron en su ánimo, incitándole furiosamente, no a redimir de las garras de la tiranía una patria que le era ajena, sino a beberse la sangre de su enemigo. He de llamar por eso la atención sobre dos o tres detalles bastante elocuentes de su vida en el Ecuador. Vino acá el capitán Rayo por la frontera del norte, mezclado en alguna tropa mercenaria. Casi de inmediato entró al servicio de García Moreno, ya para entonces erigido en autócrata. Este se dio cuenta, con su rápida percepción del carácter de los demás, que allí tetiia ya a un hombre temerario, de los que él necesitaba para sus empresas militares. Pronto, en realidad, Faustino 1 .emos Rayo se había hecho admirar por su arrojo y su destreza en el manejo de las armas, Daba adicionalmente muestras de ser leal. De suerte que el gobernante creyó adecuado tom arlocorno uno de los oficiales de su confianza, para comisiones notoriamente difíciles Precisamente una de ellas [nc comandar la escolta (Inc condujo tun grupo opositor, de frades y civiles, a su confinio en las selvas del oriente. Tras ello, y quizás por deseos del propio Rayo, le extendio el nombramiento de gobernador de la provincia del Npo, en la misma desamparada región Tales deseos reconocían, sin duda, no otra causa que la de rin fácil enriquecimiento. Porque se ha afirmado que. en (dauto inició sus funciones. distribuyó algunos miles de pesos entre indigenas que se ocupaban en

la extracción del oro, a fin de que se los restituyeran en dicho metal, Lo malo para él fue que no le duró su empleo. Ni siquiera se le dio tiempo para salvar su dinero. Una medida tan repentina como desconcertante no se originó —hay que aclararlo—, por lo menos de modo directo, en cides-
pacho del dictador. Fue más bien consecuencia de las facultades de organización administrativa que confirió poco después a una misión de evangelización **en esos** pueblos, llevada a cabo por los jesuitas. A estos religiosos **debió pues el capitán colombiano el despojo de su gobernación. Que él** consideró **un atropello. Hizo entonces un apresurado viaje a Quito. Estaba** seguro de la amistad de García Moreno. Trató de verlo. Acudió una y otra vez al Palacio. A la postre fue recibido. Pero el dictador le comunicó que había aprobado la destitución que le habían impuesto los jesuitas, y que además le prohihia volver al oriente. Perdió así el trabajo y cloro esperado de su cuantiosa inversión. Hay estudiosos que han supuesto que esto determinó el odio de Rayo hacia el gobernante, y el posterior desahogo de su venganza. He de recordar asimismo que se ha expuesto también otra conaura, basada en referencias vertidas por el hijo de **un** diplomático francés de aquella época. Es la de que Rayo vivía muy cerca de la casa del tirano, y que éste había descubierto la incitadora belleza de su esposa. Al punto que comenzó a codiciarla. Mandó por eso al dócil capitán colombiano a las lejanías del Napo, y élse sintió así libre para visitarla, cortejarla y tratar de poseerla sexualmente. La hermosa mujer se resistió a la seducción, pero el marido llegó a enterarse del ladino y cínico asedio de que había sido víctima. Esa habría sido otra razón del odio que Rayo declaró a García Moreno. Y hay una tercera suposición: la de que éste, ya atraído voluptuosamente por aquella joven, nombró a su esposo gobernador de dicha provincia distante, de muy difícil tránsito, para tenerlo desconectado y totalmente desinformado de su hogar, y para lograr él, cómodamente, la realización plena de sus amores prohibidos, con sigilosas visitas noctunas. Los que han luctihiado de ese modo han pretendido aun hacer notar que hubo un hijo de esas relaciones, a quien desde luego se le dio el apellido de Rayo. Este probable descendiente adulterino llevó una vida de pobreza. Murió en la ancianidad, sin familiares ni amigos. en un habitáculo del Hospicio San Lá— iaro, de Quito. Yo, igual que muchos lectores de una revista ecuatoriana, alcancé a ver unas fotografías que se le habían tomado poco antes, y de veras me pareció advertir en la forma de su cráneo y en sus rasgos fisonómicos una clara semejanza con la cabeza y los trazos enérgicos del rostro de García Moreno, según las imágenes conocidas de sus últimos años. Lo recuerdo perfectamente. Y bien,es imposible que no haya habido uno o más

de los antecedentes que se han conjeturado cii el origen de la conducta fero l. que adoptó aquel capitán colombiano. Faustino Letiios Rayo.
De los jóvenes conjurados, los tres más resueltos eran Carne jo. Andrade y Moncayo. Pero cerca de ellos estuvo siempre Rafael Portilla. Le animaban el mismo convencimiento e igual coraje, aunque procedía con mayor reflexión y prudencia. Por eso no intervino personalmente en el acto con que se puso término a la vida del dictador. Desde luego, no escapó a las acusaciones y las calumnias del grupo garciano. Inventaron la infamia de que había recibido fuertes sumas de dinero de la francmasonería del Perú, intentando desprestigiar así sus manifestaciones de generosidad y de apoyo económico a las diversas campañas liberales. Portilla era incapaz de indelicadezas, inmoralidades o ilicitudes. Había hecho fortuna a través de sus padres y de sus esforzadas labores en el comercio. Y era admirado y querido por su desprendimiento. A Eloy Alfaro le había costeado una parte de sus acciones de guerrillero. A Montalvo le ayudaba constantemente, sin evasivas ni reparos.
Con un núcleo tan reducido, lo admirable vino a ser que la determinación del movimiento rebelde en ningún momento desfalleció. Los pasos hacia la consumación del tiranicidio se fueron dando, uno por uno, desde el mes de junio de aquel año de 1875: reuniones de los que dirigían el complot; conversaciones con la amante del comandante Francisco Sánchez, la guapa Juana Terrazas; entendimientos absolutamente individuales y secretos entre aquél y el doctor Polanco; proselitismo cauteloso a través de los grupos liberales; señalamiento de las acciones específicas que deberían cumplir los principales confabulados, incluidas las del asalto mortal a García Moreno. Y fue el comandante Sánchez quien fijó el día de llevar a cabo estas últimas. Tenía que ser el 6 de agosto, en que él habría de estar de guardia en el cuartel, frente a toda la tropa. Sólo así podría venir inmediatamente el pronunciamiento militar de respaldo a los Tonspiradores. La noche del 5 se la pasaron juntos Roberto Andrade y Manuel Cornejo, en la habitación del primero. Hasta casi la madrugada estuvieron redactando cartas y proclamas, cuyo contenido nunca llegó a conocerse. Andrade le mostró el revólver pequeñísimo que hahia logrado comprar en forma emergente, en un almacén que concedía créditos a su padre; sus balas cran del diminuto tamaño de un garbanzo. Cornejo sí estaba debidamente armado, aunque alguna inquietud parecía que le perturbaba. A momentos se paseaba por el cuarto calladamente. Hasta que al fin le confió a su compañero la razón mayor de su azoramiento: temía que llegaran a ser fusilados, por obra de alguna traición. Se miraron los dosa los ojos, en expresión evidente de que les poseía la misma inseguridad. El temperamento de Cor—

!iC)O it) era desde luego para persistir en esa laya de ideas sombrias, y así praito reacciono con lina de sus habituales denloslraeioilcs de gracia: se 1115 ctlsavar burlonamente, como SI se hallase eit tina representacion ltuitiai. ci estilo de niarcha arrogante con que ay mzar'a hacia el patihulo. e Ichal el salto que daría sobre la escolta para escapar. Porque el-—le decía a -\iclrade - lo se dejaría jamás fusilar. Pero ay! el desenlace de los he— chis fue Litalmente disli[ito el jOVCil tije detenido y ejecutado por rin pelo— Iii. En la mañana del 6 de agosto alcanzó a ir a arreglar apresuradamente 5115 asuntos íamiliares.como Si de veras no cesara de oprimirle una lúgubre y certera prenioilicion.

U día era luminoso, y aun sofocante. Como son los días veraniegos de agosto. Sin embargo, algunos de los que iban a atacar al dictador llevabai sobretodo. Acaso era para ocultar sus armas. 1 U oven A ndrade al— mor/o temprano. antes de las once, en un restaurante de la cuesta de San Agust iii. 1 n seguida se levantó, miró a su alrededor y salió para encami— ti irsc con prest'a al A reo de la Rei mt, que distaba unos seiscientos metros dci sitio en que se encontraba Allá vio que estaba ya iguardandole Abelardo \lonc:io. Volvieron a decirse cual era e1 papel que les correspondía en ci plan sangriento que se había fraguado. Ambos debian hacerse cargo (LI cdecau presidencial. coronel Pallares, agarrándole de los brazos e in— Iltovdu'indole, mientras otros consumaban la agresión armada ¿t García Moreno. Estaban algo nerviosos. Se les hacían lentos los minutos de la an— glistiosa espera. Fumando y conversando, ya arrimado el uno a la pared esquinera, ya ambos dando asos sin alejarse del lugar, se habían quedado mis de inedia hora acechando la aparición del tirano. Pero él no salía de su e:isa , si toada en la Plaza de Santo Domingo, a pocos metros de la iglesia (ese inmueble ocupado durante muchos años de nucstro siglo por el minis— lerio de educacion sigue con las lineas arquitectónicas de antaño). Los dos

enes consegtuan divisar bien la fachada ye! portón de la residencia, des— de la iec ra opuesta a la del Arco de la Reina, y advertían que el gobernante, acostlitllbrado a dirigirse al Palacio entre las diez y once de la mañana, en esta ·. e,. en que estaban para sonar las campanas del mediodía, no se rcsoivi a :i abandonar el hogar. Una amarga desa/.n comenzaba a ator— neil 1 ir 1e5 Se vieron en la necesidad rle afrontar el riesgo de hajar hasta la Plaza. En ella descubrieron, no sin sorpresa. a uit buen numero de perso— mis. cilnio eaniinaiido sin destino, o iiigiendo curiosidad por una ceremonia publica que se realizaba ese momento en el Colegto de los Sagrados Coraioiies. Manuel Cornejo estaba por ahi con otros de los conjurados. El les asegu ró q tic toda esa gente era suya. y que se babia congregado allí para respaldar el atentado. Mas la ansiada víctima no daba señales de mos—

trarse. La intranquilidad 1iticsse acerit aba en el grupode los óveries iristi— gadores. (‘ornejo ies recordaba que un camisario de polea ainreO. gire desde luegodeseouoera que el era tirio de losconiprometrdos. le ruino que rabia legado hasta los oídos del mandatario el rumor de que Rayo’. otros adversarios, entre los que figuraba el doctor Polauco. se preparaban paLi asesinarlo, pero que aquél, tan segu ro del poder de si ni ismo había contestado desdeñosamente que no había que hacer caso de “charlas de abogadillos y estudiantes’. No era Fácil pensarsi estaba para caer cii el nias magreo error-de su existencia. osi (1uizaseslak,a ur-diéndolesuna eeladri.

Manuel Cornejo volvio, no obstante, a dar pruebas de sir corale personal. Avanzó basta la entrada de la casa del dictador, y se arrecio a preguntar a uno de los edecanes a qué hora iba a salir el doctor **(rarcia** Moreno: no será antes de la tarde, le respondió el oficial en forma lelizinente desprevenida. Esta noticia se extendió entonces por la plaza. Iransmilién— dosela cautelosamente de unos a otros - Y hasta que r’anscurriera el tiempo que se preveía. Cornejo y Moncayo se metieron en los interiores del ya mencionado colegio, en donde continuabar’ los actos aeadeinicos de las niñas, Andrade tomó ubicación en el piso alto de una pu piedad vecina a la del jefe de Estado. Pero no habían pasado ni qiunce minutos cuando por fin éste aparecio . Esta ha pu cro y elegante. 1 levaba puesto un sorn – brero legro, de copa alta. (‘aminaba airoso \ con su habitual gesto de’ adustez. A su lado iba el edecán coronel Pal ares, Atrás. no miv cerca. dos de sus escribientes. (‘rozaron Santo Domingo, cuco aIlllniO espacioso >e había quedado inexplicallerncrite desierto. Llegaron hasta la actual calle Sucre. y doblaron por ella cori dirección a la iglesia de la (‘onipañía de Jesús. Entraron él el militar a una morada pióxinia a esta, de la [airiilia Alcázar, para la acostumbrada visita de García Moreno a sus suegros. En la puerta de afuera se detuvieron, siguiendo niansameitie su gris rutina, los dos ainanucnses.’l’odo en ambos —alma, caree r sestidura prodoera la iniprcsion de las cosas descoloridas. Roberto Andrade, que liaNa adscrri— do el movimiento de las cuatro personas, \ oló a ll:miar a sos conipaireros Cornejo Moncayo, los que’ en ese instante tcsiejabari cori risas las rutenvenciorles de algunas niñas del (o]egio dc los Sagrulos (ora/ones. siu imaginar siquiera que el (helador se había acercadora al logar dc’tiu:rnlo para su sacrificio. los conjurados riarcharori entonces. ri ¡iris, casi sin Irablarse, con dirección al templo de la Compañía. Solo cesó **sil** jadeo. \ se lranqtnlizarou. cuando pudieron obseivarque los dos empleados aguardaban todavía a su jele al pie de la casa de la visita. (oir plicas palabras :ieordarori separarse inorncrilaueariicutr’ irruiar ubicación en sitnis estrciti’gicos. desde los coalesse porrlríai: 1 espiar el paso de su viehina Así disper

sos y alertas, se estuvwron algo más de un cuarto de hora, Exactamente hasta cuando les vieron reaparecer al gobernante y su pequeño s5quito. Cornejo babia resuelto que el ataque se consumara en esos minutos. Se juntaron pues los tres jóvenes y empezaron a caminar a muy poca distancia de García Moreno, pero por la ***01ra*** acera. Mientras éste avanzaba ***por*** la de la Compañía y la vieja Universidad, ellos lo hacían por la de los almacenes y El Sagrario. Unos metros antes de la esquina se encontraron, en su propia accra, con un grupo de transeúntes, entre los que vieron, no sin sorpresa, al capitán Faustino Lemos Rayo. Todo se les aclaró en ese segundo. Era ya evidente para ellos que el colombiano se había complotado también. Su estatura era más que mediana. Tenía el pelo rubio. La fisonomía se le insinuaba casi agresiva por lo franca. Se hallaba vistiendo en ese día un sobretodo largo. de color gris. y un sombrero de fieltro de la misma tonalidad. En el instante en que iba a pasar el tirano por la accra de enfrente, acababa de encender un cigarrillo con el fuego solicitado a alguien. De modo que alcanzó a volverse hacia la calle para clavarle sus ojos desafiantes, en los que aquél pareció que ni siquiera se había fija (10. El sol lo dominaba todo, en medio de un azul infinito. Ese sector de la ciudad aparentaba una gran calma. En el vecino cuartel nadie se movía. Había solamente un centinela con su rifle, a un costado de la entrada. Debió de haber estado para sonar ***e1*** golpe vibrante de campana de la una de la tarde. García Moreno y sus acompañantes subieron despacio, y casi en silencio las pocas gradas exteriores del Palacio. Cornejo. Andrade y Moncayo aceleraron entonces su marcha, con el ánimo ansioso de darles alcance oportuno, pues que aquellos habían comenzado ya a andar, entre varios pasantes, por el alto portal del Palacio. Y cuando ya se hallaban casi sobre su presa sintieron que Rayo, empuñado de un machete “Collins”,se abría paso entre Cornejo y Moncayo, se echaba el sombrero hacia atrás, y ganándoles espacio daba súbitamente un grito: ¡tirano! García Moreno y el coronel Pallares giraron con impulso automático, poseídos de espanto. La gorra del militar había saltado al suelo por la brusquedad del movimiento. Acto seguido. el agresor puso su mano izquierda en el pecho de la víctima y, a la vez que exclamaba al fin llegó tu día, bandido!, e mandó un tremendo golpe de machete, con la intención de cortarle la cabeza. La instintiva reacción defensiva de García Moreno impidió que el corte fuera mortal. En ese instante, alentado por la violencia de Rayo, Manuel Cornejo le dísparó un tiro de revólver en el cuerpo. El tirano alcanzó a dirigirle una mirada de estupor, mientras le ***ola gritar:*** ¡aquí pereces, carajo! Roberto Andrade y Abelardo Moncayo asistían a la escena cumpliendo también el papel convenido: en efecto, sostenían fuertemente al edecán coronel Pa-

llares, quien no acertaba a hacer otra cosa que pedir auxilío con voz ya enronquecida. Los dos escribientes se habían hecho humo. El portal se veía lleno dc gente. que corría de un lado para otro buscando la huida. Eran en su mayor parte e niple a dos de la casa de gobierno. Pero rio había un a sola persona que arriesgara su vida por el Presidente. En el cuartel cercano nadie se asomaba siquiera. Quizás el comandante Sánchez esperaba que el asesinato se hubiera consumado. Hasta ese punto. y nada más. dio la impresión de que guardó lealtad a los conjurados. *Y* García Moreno se mantenía aún en pie. Las heridas le hacían sangrar. Sin que ninguna hubiera sido lo suficientemente grave. Por eso consiguió eludir otro golpe de machete, y correr hacia el portón de! Palacio. Andrade soltó al edecán rápidamente se adelantó a cerrar el paso a la víctima, para que no llegase o escapar. Casi frente al umbral le detuvo, y con incontenible furia le lastimo el rostro, al atacarle con la cacha de su pequeño revólver. El asegura que le disparó en la cara. Mas no debió de haber sido así, pues que le hubiera ultimado.

El dictador había perdido sus fuerzas. No intentaba ni siquiera sacar su arma. Unicamente repetía con acento tembloroso palabras de indignación, como éstas: ‘A mí, a mí, asesinos, canallas, me matan!”. A la verdad, estaba vencido. Con los brazos formando arco por sobre el sombrero, a fin de ampararse de algún modo, echó a andar en sentido contrario, mientras Cornejo amedrentaba con disparos al aire a cuantos pretendieran acerearse. Faustino Lemos Rayo, a quien un hombre de color se había atrevido a asirle de su muñeca, sabía que el atentado no podía frustrar- se sino con riesgo de la propia existencia, bajo el peso de la venganza garciana. Se liberó pues de aquel desconocido que le atenazaba, no sin desgarrarle la piel de la mano con un gran corte, y se lanzó de nuevo a descargar machetazos en la cabeza de García Moreno: éstos sí fatales, porque le produjeron hendiduras en el cráneo. Vacilante , entonces, con heridas y coágulos de sangre por todos lados, ya casi ciego, fue retrocediendo hasta el borde del pretil, y no pudo sostenerse. Desde el segundo balcón de éste. en el lado del sur, se precipitó de espaldas hacia el pavimento de la plaza. Andrade le vio caer, no boca arriba sino de bruces, con el rostro contra el suelo, pues que el cuerpo dio una vuelta en el vacío. Porello ha afirmado que se cumplió la profecía de Montalvo, proclamada también por éste, de que “ha de dar dos piruetas en el aire y se ha de desvanecer”. Asimismo se hizo realidad otro vaticinio, de nuestro propio escritor. Es el que se revela en su drama *El dictador*, en cuyo acto final el pueblo embravecido mata al tirano, encarnación eviden te de García Moreno. Lo de veras curioso —lo dije ya antes— es que el autor puso en su manuscrito de Ipiales

la echa de terminaejon de **esa NC/a tealral, y** fue la del 7 de igoslo de 1873. **¡:5!)** sigiirfica que sélo **p(Ii** [nr (ita **110** fue la misma del t inieidio real, que acaecio a los dos años casr exactos: el 6 de agosto de 1875. Y **para que se pcreiba tun más este sentido** de las coincidencias, en que parece trabajar una **oculta preinolliei(n. neees o recordar igualmente que en** el eusavo 'Co-
tu! icacion eon los **espírit ns'** de ***it!*** *('OSfliOJ7O!iiU,* lechado en el **¡3osque** de ldeoa (Ambato) el mismo 7 de **agosto, pero** de 866, el **autor imagina haber** descendido a los **inhernos en una avenitira dantesca, y** haber eneon— trado padeciendo ahi a dosespíriltis de **tiranos en Has** de un aspecto gemelos: los tic García Moreno **y** Pitan Manuel Rosas, el caudillo dc las pampas. Id dictadorecuatoriano estaba para entonces más vigoroso que nunca. Falniban **nueve años. medidoscasi con** tina exactitud de reloj. pri so asesina— **mo. ·· p este** y **otros modos son varias las vislumbres protéticas que en su carrera literaria tuvo Montalvo. corno para que yo tisis!' en lii conven— ciimemmto** de as afinidades que le he ido **encontrando con** el gran argentino i)onimngo Faustino Sarmiento.
I)esplomado García Moreno sobre la calle, desde aproximadamente dos metros de altura, no acababa tic morir. Era excepcional su fortaleza. ¡lacia esfuerzos por apoyarse en uno de los codos, intentando levantarse. 'tertanlentea cualquiera podía inspirarpiedad el estado en que casi agoni— ¡iba va. todo él bañado en sangre. Pero Rayo estaba ciithri;igido de furor. Descendió así las gradas con la nLi\itna celeridad, y icesando se fue hacia su vicinia a darle nuevas nirelietadas 1-lasta cuando comprobo que bahía hillecido.
1 os tres jóvenes conjtirtdos, ('ornejo, Andrade Moncayo, agila— han sussotiibrcros **y** voceaban la pldra libertad hacia tui grupo de amigos que se había apostado cii el itrio de la Catedral. Pero éstos les espondie' ron cori la advertencia vehcniiente de qtie tenían que luir, porque ya salía contra ellos el batallón del eomantiante Sánchez. Corrieron, en electo, itisti ocultirse detrás de la pila de la plaza. Desde allí vieron a un soldado (tisparir su rifle contra Rayo. De modo que éste se dobló cii una nnrerte tráuie, en el mismo escenario. lunto al cuerpo todivia (atiente del tirano. .'\ndrnde **y** \Ioncavoalcinl/:,ron:i mehugrarse e): uní casi de aiutcos. no lejos dci lugar. ('orneo \ Pol:ineo fueron detenidos. como vilo lic ntlcnctonilo. Al primero de éstos **y** tun o\en Campu7tno. totalnieute nocente. los jueces les hicieron fusilar, sen:ún se lo refiere timbien cii las páginas noii alvinas tic ***El** espectador,* la noticia del sacrificio garciano corrió en verdad rapidamente, por el pais entero **y** as naciones vecinas. Pronto pires li oyó el ilustre deslerrado de Ipiales, suscitador de las caderas juveniles contra la iliemidtiri. Y no indo milenos de afirmar entonces conteniendo casi el aliento por 1.1 impre

sion: no ha sido el machete de Rayo, sino ni pluma quien le ha matado. Ello íue corroborado mediante alusiones que hizo cii más de un escrito, y en lasque estimó aquel hechocomovictoria **suya.** En alguna oportunidad hasta llegó a expresar, al lamentarse por todo lo que había ocurrido en el Ecuador de os años siguientes, que “de hue mi gana le hubiera perdonado la vida al gran tirano’’. Impetuosa arrogancia o eonvencuniento sincero, lo cierto fue que su exclamación primera movió a los áulicos del dictador difunto a reconocerle corno inspirador directo de los ejecutores del crimen, y a acusarle por lo mismo de responsabilidad delictiva de tipo intelectual Usaron entonces los necesarios sofismas juridicos, y a través de los canales administrativos y diplomáticos demandaron a las autoridades colombianas la extradición de Juan Montalvo, A inc éstas alega han, además, sin ningún fundamento, que él y otros emigrados habían sido sorprendidos en el empe ño de enganchar tropas para combatir al nuevo gobierno, de Rafael Pólit. Afortunadamente, los funcionarios de Colombia se resistieron con lirmeza a entregarle. Intuían que se le podía hacer blanco de un enconado revanchismo político, en medio del caos en que se agitaban conservadores y liberales, con mandatarios efímeros, como el doctor Javier León, el ya mencionado Pólit y José Javier Eguiguren. El primero de ellos había sido ministro de lo interior del régimen gareiano. Es interesante recordar las palabras con que Ramón Cerón, jefe municipal de Ohando, en Colombia, respondió al representante de su país en Quilo, Venancio Rtae— da. pues que ellas son muestra elocuente no sólo de la defensa de asilo. sino de la adhesión afectiva que había conseguido despertar la conducui ejemplar del desterrado:

Singular es por otra parte, que el Gobierno del Leuador sea víctima de tao grose ros engaños, y muy doloroso que con Ocasión tan ruin se estampen nombres que no pueden pronunciarse sino en casos grandes y con resaelo. (‘úmplemc decir **a** usted, señor Ministro, que es tal la simpatía de que el señor Montalvo goza **cii** estos pueblos. simpa— ha **lundada en su carácier** y comportamiento, no menos que en su amisiad declarada por (‘oloinbta, que una demostración contra él de parte de las auloridades. en todo caso habría ofeodido altamente al público.

Así, gracias a ciudadanos hospitalarios, lúcidos y sensitivos, de la vecina república del norte, Montalvo no fue devuelto al Ecuador corno un sindicado vulgar a quien reclamara la acción punitiva de la justicia. Porque es sabido que las engreídas y falsas democracias de nuestros países suelen dar cabida a las más funestas paradojas: bien podia haber ocurrido (lIC ese uchador insohornable que buscó el imperio de la libertad para su pueblo. y qtie babia sobrellevado años de soledad, de pobreza y de amarguras intimas en tierras extrañas, voRiera a la suya pr pia a expiar esa vocacion de civismo ci’ la lobreguez de una zahúrda destinada a delincuentes,

CAPITULO XVI
El animoso regreso a Quito y nuevos infortunios

Pasaban las semanas y Juan Montalvo no se movía de Ipiales. Se alar gabasu exilio, entre penuriasy renunciamientos, La eliminación del tirano en nada le había beneficiado. Ni siquiera un alivio a sus incertidumbres parecía que al fin destellaba en el hondón de sus soledades., como recompensa merecida a las campañas de prensa que había desplegado. Lo que él podía haber querido, que era su apoteosis de parte del pueblo o de algún sector culto y consciente de la ciudadanía, o a lo menos la adhesión clara de las figuras prominentes dci partido liberal que habían ya visto en elpolyo a su enemigo. estaba en realidad lejos de que le aleanzara. Todos los pesares que he ido puntualizando, dimanados de la rotundidad con que nuestro escritor mantenía sus convicciones doctrinarias y su magisterio de ética y civismo, y desde luego derivados también —jquién lo creyera!— de la superioridad de sus facultades de creador literario, no habían logrado estimular ninguna reacción concreta de reconocimiento hacia él, tras el 6 de agosto de 1875. 0 sea, después de aquella fecha supuestamente liberadora, en que el temido autócrata se derrumbé, vencido por los truenos de la pluma montalvina y la descarga inexorable del súbito “rayo” colombiano. Nada, en fin, se mostraba siquiera como una mano extendida hacia el desterrado, incitándole a que se restituyera al hogar, a poner término a la orfandad de los suyos. Y menos aun a que volviera para contar con su inteligencia en las labores del nuevo gobierno. La maldición de la desniemona, desaprensiva o intencionada, y la práctica sorda de la ingratitud son dos e lemen tos abominables que han caracterizado permanentemente a la personalidad nacional. Montalvo fue víctima ce ellas, pero además, en los momentos en que sus libros se abrían paso hacia la consagración extranjera, lo fue de las dentelladas del rencor y de la envidia entre los ecuatorianos.

Un cuatrimestre bahía corrido desde **la *muerte*** de García Moreno cuando el gran escritor, en carta fechada en Ipiales el 17 de diciembre de 1575, preguntaba con decepción a uno de sus muy pocos favorecedores — el joven liberal Ratael **Portilla, mecenas ¡rnprevislo** a quien todavía no co— nocia personalmente—: “para qué he de pensar yo en viaje a Quito, amigo mío? Nada tengo que hacer allí”. Estaba tristemente persuadido de que mie nl ras él había cumplido su deber contra la dictadu ra los políticos no conservadores del país, pervirtiendo el sentido de la victoria, ni siquiera habían entendido cuál era el suyo, pues que sobre el cadáver del tirano Ita— b ia n levan t arlo y fortalecido la autoridad de los q **tic** fue ron colaborado res de éste, y las leyes garcianas seguían intocadas, en so rudo vigor. Con tod, aunque sin convalecer de sus desengaños y de su pesimismo, una semana después ——exactamente en el dia de Navidad—— volvió a dirigirse a Portilla para comunicarle que había cambiado de parecer. Le escribió entonces lo que sigue:
“lo cuando sea para un nuevo destierro, me he determinado a ir. Estos tocando con varias diticnttades puramente físicas para mi viaje No sé siquiera dónde apearme en Quito: tal es ci horror que han infundido en mi ánirlto tuis antiguos encmigos. Usted cc ilcareli. qucrido Rafael, de prepararme ;ilojaniicnto correspondiente al ciecorci que debo guardar en ***mi*** posición. Yo de tun geni sos o,elni;udi, a lo espacioso *y* decen— mc ,ihora se añade la necesidad de eolocarse b,cn. NO re gUstaui esas casi mis pat_ion luiorsu,lo quisiera un buen departnnentii en imita casa lumul’itad;t por una fanuulia litsi,est;t .. . .- Ya ansio conocer a usted y abrazarle como a uno cte mis mejores amigos.
()bsérvese que no sabe ni en donde se ha de desmontar de su caballo en mi eiudmid de Quito. **Ha** roto sus antiguas relaciones, Aunque, ni conserva ni.lolas e hubieran servido, pues que **jítTflá5** dio a nadie oportunidades de cotilianza suficientes como para que, en **ulla** condición cual la de ahora. se le olrezc’a hospitalidad. No hallé así otro medio que el de solicitar a su mibiicgmnlo y oven servidor Rafael Portilla que le bosque un alojamiento decoi oso, adecuado a su posición’’. Se releria a su presttgto , que era cvidcute pese a las enconosas negaciones y. los vituperios. Y en el curso LIC las respuestas que rccthtó de Portilla sobre sus sartas recomendaciones, crevo también que debía hacerle otra advertencia: la de preferir la parle alta de un buen inmueble.’ Habitación cli piso bajo. (Ir- ntnszuna manera ;idtnitmi usted. Mi salud no lo sulre’’. ‘lemía realmente que se e agravara su padecimiento reumático.
‘nr fin, entre tantos afanes tic búsqueda, iendn de un punto al otro miel ccittto de Quito. el joven hallé una vivienda adecuada cerca de la plaza de Saulo Domingo. y le insinué que le aulorizara a tomarla. Pertenecía

a una niuje r llamada Mercedes U arzón. Nuestro a u lo r se la aceptó. Y a aquella en electo arribo. pero Iras varios aplazamientos de viaje, Que tic— ron causados por la (alta de dinero, por las durezas del invierno, cuyas lluvias diluviales destrozaban los eam i nos, y por contratiem pos relacionados con su salud. El primero de tales ¡olivos le llevó a ser absolutamente explicito con Rafael Portilla. En el último dia de diciembre del 75 se decidió, por eso, a requerirle el apoyo que necesitaba para la subsistencia en la capital ecuatoriana y para la realización de la finalidad que guardaba su regreso. que era la de abrir un nuevo frente de lucha a través de la prensa. No pe nsaba pues volver para hallar acomodo dentro del gobierno. pese a los derechos que para eso había adquirido. Las codicias de la politiquería liliputiense jamás corrompieron su alma, ejemplarmente insohornable. Iba a dejar las estrecheces de ¡piales para soportar otras semejantes en Quito, bajo la ayuda incierta, y para él siempre tormentosa, de sus pocos amigos y de su hermano Francisco Javier. Desde luego, a Portilla le demandó su auxilio recomendándole una digna reserva. Era la primera vez que le molestaba. Después acudió a él con inevitable tenacidad. Por el texto de sus cartas se echa de ver que no siempre se manifestaba puntual o solícita la atención que recibía de su mecenas. Es natural suponer que el joven no estaba a veces en disposición económica de servirle con inmediatez, oque, como a cualquiera, le importunaban los apremios de su amigo, a quien por cierto no le perdió nunca la admiración ni el respeto. Habrá habido, no digamos que no, objeciones delicadas, o esquiveces con exposición de razones, oquién sabe qué frases de comedida excusa, en algunas de las respuestas de Rafael Portilla. Pero no me ha sido posible dar con ellas, y mucho lamento que no se las haya conservado. Por eso vuelvo a interrogarme, como lo hice en un capítulo anterior de esla obra: ¿Quién las destruyó? ¿El propio Montalvo, o sus familiares, o los liberales que se aprestaron a exaltarle después de su muerte y que quizás conjeturaban que tales documentos iban a opacar la imagen insigne que de él querían entregar a la posteridad? Hago notar, además, que la suerte recaída en ese haz de epístolas, ya inexistentes, fue también la de las contestaciones que le envió Eloy Alfaro, otro de sus constantes favorecedores. *Y*, de igual modo, invito a recordar que éste, movido quizás por una intención de la naturaleza que estoy imaginando. quemó por su parte las cartas de contenido privado que le babia dirigido nuestro escritor.

Para volver a Qoito debió pues —como he acabado de afirmarlo— poner sus ojos en Rafael Portilla, haciéndole percibir lo extremado de su

escasez. Si él no se decidía a proveerle de lo necesario, no le quedaba otra cosa que seguir sepultado en su extrañamiento. Las comunicaciones que con insistencia le hacia llegar desde ¡piales son, en tal aspecto, harto elocuentes. El 26 de diciembre de *1875* tuvo que expresarle lo siguiente: “El encargo de ustedes, los jóvenes, es reunir inmediatamente algunos fondos. Usted es mi agente público y confidencial de advertía la conveniencia de no hacer “esta excitación” a su nombre); yen calidad de tal, le diré de una vez que necesito recursos . Líneas más abajo, en la misma epístola, enviada con Rafael Cornejo, le hacia esta puntualización: ‘Estos son los objetos que necesito: un par de botas de montar, ciñéndose álas indicaciones que le hará Cornejo. Unos anteojos de camino, de luna azul. Dos pares de guantes, uno de ante y otro de cabritilla doble. Una funda de sombrero”. El 13 de enero de 1876 le concretaba esta indicación, sobre la misma materia: “Hasta ahora no me entregan las cosas transmitidas por usted a Tulcán; de suerte que si, como estaba resuelto, hubiera salido el 10, habría carecido yo de esos trastos. Pantalones de montar tengos dos; en vano se ha privado usted de los suyos; no era eso lo que necesitaba”. El 27 de enero le insistía en su interés de contar con dinero: “Ud. calla sobre puntos que requieren contestación. Si no voy a combatir por la imprenta, por falta de recursos, no tengo para qué ir, ni lo deseo”. El 3 tIc febrero se vio obligado a molestarle de nuevo, en demanda muy precisa y urgente del mismo tipo de auxilio:

1 tabiendo resuelto mi vuelta a Quito, escribí a Panamá, de donde me venían mis recursos, para que suspendiesen la remisión acostumbrada (esto permite suponer que era Eloy Alfaro quien contribuía a su sostenimiento en Ipiales). Mi retardo involuntario aquí, ha hecho que vengan a agotárse me los medios de subsistencia y me he visto obligado a tomar una sumita, en cambio de una letra que usted cubrirá en Quito, dejando el ree od,t, Iso pa ni cuando por allá arreglemos nuestras cosas (“de qué modo, con qué ingresos”). No son sino treinta pesos, los indispensables para el viaje. El sujeto es don Evangelista Burgos, comerciante, que puede tomarle algunos efectos (del almacén que Portilla iena en Quito).

Y. por fin, el 20 de abril, le dirigió este pedido: “Si me es posible saldré antes del primero. Hurtado escribió a Burgos que tenía esas botas polainas de hule sin pie que e pedí a usted. Mándemelas a vuelta de correo, sin falta, pagando el porte y dirigidas al Dr. Rosero. Así vendrán seguras”.

Es imposible no reconocer la bondadosa raciencia y la inteligente disposición de generosidad con que el joven ‘iberal Rafael Portilla servía a la personalidad más connotada de la cultura de nuestro país, don Juan Montalvo, pese al juicio empecinadamente negativo de la crítica literaria nacional y a los ultrajes y calumnias con que se intentaba mancillarlo y empe que ñ ccc rl o.

Afirmé que otras de las causas de la postergación incesante de u retorno a Quijo fueron las condiciones de su salud y los rigores del clima invernal. De todo eso da cuenta en las cartas que he invocado. En ccto, a Rafael Portilla le transmitió la noticia de que por fin estaba mejorando de la lesión que había sufrido en tina pierna, al tropezar en un baúl mientras hacía su equipaje. Las lluvias, por su parte, seguían azotando la *zona* con destructora testarudez. Tomaré de su epistolario algunas referencias. En abril de 1,976 le advertía a Portilla el invierno es tan riguroso y los caminos están tan malosqueseria imprudencia puierseen viaje ahora mismo". A fines de ese mismo mes, a otro de los jóvenes liberales que le apoyaban —Roberto Andrade— igualmente le aseguraba: 'La gente está haciendo rogativas contra el diluvio: mi salida el primero es imposible a menos que ustedes quieran que me quede en el camino descalabrado. Esioy resuelto y listo: con ocho días de verano me hallo en marcha. IH

Todo lleva a suponer que sólo a mediados de mayo de 1876 consiguió poner nuevamente sus pies en la ciudad de Quito. Sus primeras cartas capitalmas de este período están fechadas desde el 20 de ese mes.. De Ipiales salió en compañía de Daniel, hermano de Roberto Andrade, a quíen había mandado el e de ellos con un par de peones y un magnífico caballo para el proscrito. Después de cuatro días de viaje desmontaron en Peguchi, en la propiedad de aquel viejo liberal, antiguo amigo suyo. El lugar está próximo a Ibarra. Ahí se le preparó el ambiente del modo más agradable
hospitalario, para una breve estada de 24 horas. No faltó el "gran café de Doloritas", hija del anfitrión. Tras los abrazos del encuentro con que le recibieron don Rafael Andrade, su mujer y sus hijos, reparó en la presencia, también afectuosa, de Abelardo Moncayo, a quien habían hecho llegar ocultamente desde la capital, por requerimiento de Roberto. Ahí estaban pues, frente al gran suscitador de su frenesí heroico de libertad.
de os que pariiciparon en la mortal liquidación de "la dictadura perpetua". También habían ido a saludarle algunos liberales iharreños. entre ellos un anciano bastante conocido, llamado Amadeo Rivadeneira. \
obstante la distancia —más de media semana de cabalgar—, había llegado desde Quito. con igual propósito, otro de los adeptos de mayor confianza de Montalvo, Máximo Terán. Con éste conversó "a solas hasta muy avanzada la noche",según el testimonio de Roberto Andrade.

Nuestro escritor sentía como vivificada su alma, antes enferma de retraimiento y taciturnidad por los años del exilio. Hablaba- Inquiría cosas del momento político, de la condición económica del país, de la suerte de

1* 511 1odsI.,si,.nsç..pc** u nes,r,wcde,,dc Mont.I ,.,,. ***i,,'k, ii'd.

algu las personas. A ratos hasta chanceaba. Pero en el centro de su corazón había algo que le desasosegaba: era la desconfianza en ci tipo de reacción *((nc* des *penaría su* regreso en los círculos administrativos, en las gentes de los partidos, en ci grupo de los intelectuales. ¿Le mirarían con respeto, con gratitud, con admiración, por la dimensión de su lucha y de sus sacrificios y por las excelencias de su capacidad creadora? ¿Pedirían en el gobierno su consejo? ¿Aceptarían en uno y otro lado las frases de orientación del apóstol que volvía, tras tanto tiempo, a la tierra de sus desvelados amores y preocupaciones? ¿O continuaría la porfía del desdén mañoso, de efectos bien calculados? ¿Se sublevarían otra vez en su contra el resentimiento y el rencor? ¿Estaría reservándole el destino a sorpresa de otro destierro, de otras humillaciones y penurias? ¿Y qué actitud encontraría en supequeña familia: su mujer y su hija Carmen? Triste era, en verdad, retornar con todo ese vuelco de incertidumbres, agitándole el pecho. A ello se deb(a su hábito de callar de repente, o de quedarse abstraído, como ajeno a la atmósfera en que se encontraba, y con una expresión de súbita melancolía en los ojos.
Sin embargo, ahí en la casa de la hacienda de Peguchi, fue notoria la animaciótt de la tertulia que desenvolvió con sus buenos amigos. Por las cartas que había recibido de Quito y Guayaquil, él se revelaba conocedor de los principales problemas nacionales. Aun les hacía saber, a cuantos le estaban rodeando en ese momento, sentados en los butacones y sillas de la encortinada sala de recibo, que algunos ciudadanos habían reclamado su presencia en el Ecuador para que reinieiara sus acostumbradas campañas de prensa, en defensa de las aspiraciones liberales. Eso precisamente había contribuido a convencerle de la necesidad de la vuelta. Para precisar mejor las cosas se debe recordar que el propio Montalvo había participado ya, desde ¡piales, en los movimientos de opinión que pesaron en la voluntad de las mayorías para escoger su nuevo presidente. Esos dialogantes de Peguchi así lo reconocían también. Todo fue consecuencia de una especie de caos que desató la desaparición del tirano, hombre que había dominado a su antojo, y largamente, la escena pública del país. Los peleles que de manera fugaz fueron alzados para reemplazarle ene1 ejercicio del mando, no representaron otro papel que el de apaciguadores del frenesí de castigo que se reclamaba, especialmente desde el sector de los conservadores, contra los ejecutores y complotados del asesinato gareiano. Había pues llegado la hora de elegir un jefe de estado según las prescripciones constitucionales, y en respuesta a las demandas de orden y trabajo que parecía que cundían por todas partes.

Asomaron varias candidaturas. Principalmcnle. la del doctor Auto- Rio Borrero, la de Antonio Flores Jijón, ministro plenipotenciario de García Moreno en Washington, a de Vicente Lucio *Salazar,* hermano del gencral Francisco Javier. ministro de guerra. Mi biografiado había insinuado ya. con alguna anterioridad, cii las páginas de *El cosmopolita,* aquel nombre de Borrero. Yen el período previo a las votaciones, Manuel Polanco. que aún no había empezado a expiar en la cárcel su intervención en el tiranicidio, había llegado a publicar una hoja suelta en la que proponía también esa candidatura. Consecuente con la posición que ya tic sí mismo se conocía en el país, Montalvo respaldó dicho parecer en favor de Borrero. Hizo imprimir para ello, el 20 de setiembre de 1875, en la tipografía ipialense de Nicanor Médicis, un escrito suyo, de seis páginas, titulado *La voz del norte.* De ese modo satisfacía además la consulta que sobre la situación política le habían formulado dos amigos carchenses, a los cuales le unían sentimientos de afecto y gratitud: el liberal Nicanor Arellano del Hierro y el eclesiástico Daniel Martínez Orbe. Su criterio venía a ser una recomendación de los atributos de ilustración, civismo y tolerancia de Antonio Burrero. Hubo desde luego algunos individuos de la derecha que, irritados todavía por la hora sangrienta del 6 de agosto, y más aun por los pronunciamientos de Montalvo y Polanco. se rebelaron contra aquella candidatura. calificándola de "candidatura del crimen". Pero pucos quizás se inclinaron a escucharles. Pues que. realizado el escrutinio de la justa electoral correspondiente, se proclamó el triunfo de Borrero con una cifra aproximada de cuarenta mil votos, que para entonces resultaba no sólo concluyente, sino asombrosa. Y así, el 9 de diciembre del año indicado, tomó éste posesión de la presidencia de la república, tras una cauda]osa manifestación popular en las calles de Quito.

El nuevo mandatario buscó gobernar con ániniu conciliatorio, que degeneró en vacilaciones debilidades. Daba repetidas muestras de no entender el sentido de las exigencias del país en ese preciso momento. Parecía no disponer de una vislumbre cierta de lo que era indispensable para asegurar a todos un futuro de paz. Se sentia amedrentado por las arremetidas de la prensa conservadora y por las presiones de algunas figuras del garcianismo, todavía inextinto. Al extremo de que no Permitía el acceso franco de personalidades representativas del liberalismo a las dignidades más altas de su administración. Y de que tampoco se atrevía a reunir la convencion nacional que ese partido reclamaba, para derogar a constitución política de 1869. instrumento asfixiante que había dejado la dictadura, o para introducir a lo menos algunas refo-mas en sus disposiciones fu— ncsta men te constrictoras.

Las consecuencias de descontento y de oposición al régimen no dern raron en comparecer en algunas de nuestras ciudades. En Guayaquil e.,nlcnzó a puhlicarse el periódico *El convencional*, para tratar de exigir la *ct* O vocatoria a la ya mencionada asamblea, no sin puntualizar la adverlela de **(1C** la sordera gubernamental iba a producir el estallido de una *ts* irclta. La admonición no estuvo descaminada. Pronto, el 3 de mayo de 876. debieron alzarse los rebeldes con el respaldo de fuerzas militares y de policía. Y sólo una delación sorpresiva pasmó su asonada. Algunos de los responsables fueron detenidos. Habían logrado escapar, por un aviso oportuno, Eloy Alfaro **y** Miguel Valverde. El coronel Teodoro Gómez de la Forre, figura prominente de la vida pública a quien Borrero le había designado jefe militardel puertoguayaquileño, se apresuróa dimitir. Los hechos, tanto oficiales como del sector de la conjura, le habían provocado una inocultable repugnancia. Por fin, el 20 de junio fue nombrado el generol Ignacio de Vei ntemil la para tomar su lugar. U mi cosa era evidente: se aproximaba el colapso de la presidencia de Antonio Borrero.
Los contertulios de Pcguchí concentraban su interés en los temas poI,ticos del momento. En forma unánime manifestaban que Juan Montalvo tendria que asumir una posición crítica y orientadora. El se entusiasmaba. Se lo notaba en la iluminación emotiva de sus ojos. Pobre gran escritor!. en el londo era un iluso. Elaboraba con ardor, con pensamiento vehemente, con originalidad **y** encantos expresivos, sus páginas admirables, y éstas, en vez de ser eficaces en su propósito de cambiar la conducta desacertada u infame de los gobernantes, y de estimular la comprensión colectiva hacia su contenido e intenciones, atraían más bien las cóleras de aquéllos y de sus turiferarios, y dejaban impasibles a las mayorías, como también encrespados de indignación a los intelectuales ecuatorianos que ya de antiguo e envidiaban y aborrecían, En verdad, hay que por lo menos reconocer que él se había dado cuenta temprana de la inutilidad de esforzarse en el ejercicio de la pluma en un ambiente como el nuestro Y que en eso gran desgi acia—— casi nada ha cambiado a lo largo de más de ele n años. En su
me ra obra. *El cosnio po/ita,* va ce rteraniente había asegurado que “es— eribi r . no es servir al público - es pedirle un servicio’’. “Pues ¿no hay imbécilcs q nc se imaginan de bnen a Fe darle a uno pruebas de amistad y conside— racion con leer oque ha escrito’!’’. Yconcomitanlenwnle estaba convencido de que nada alcanzaba, como autor combatien te. de sus empeños por redimir a nuestro pueblo de la servidumbre y el infortunio, ya que éste no sólo que no le entendía, sino que. aun más, en vez de corresponderle con
-,itiiurd. lo hacía con tas entrañas revueltas de bilis y de iracundia. Para **dar** precisamente una idea de lo “ana y desoladora que había sido su lucha



Juan Montalvo, busto en Bronce de César Bravomalo
Parque del Oeste, Madrid.

escrita en n uestro pais había creído necesa rio acudí r a la evocación de Lina anécdota vivida por él mismo, y que la ha narrado en su libro *Las catilinarias* con sus dones magistrales de fidelidad descriptiva y de ironía. Le pareció que con ella mostraba lo que le había pasado por meterse a dcfei HIlL de una multitud enyugada y masoquista. Eslaque sigue:

Una noche, paseando con luna por tos al reded res de u cia ciudad dc 1 Ecuador. (ti con un indio ebrio que, ciego de cólera. estaba macando iso nitijer No contento COfl los puños. se aparcó de prisa, cogió una piedra enorme. Y se vino para la Víctima derribada en el suelo. Verlo yo. dar un salto, echar a mis pies al tu Li NO. pisarle en el pescuezo. codo fue uno. i.a india se levan la. se vie nc a Ir i, sicLi ntiosc de la boca con os dedos un mundo de tierra de que el irracional le había henchido: cuando puede hablar. suella la tari billa Y nic alesta de desvc rguc nzas. Me stizo ladrón ¿qué le vn ni qué te viene en que tui marido me mate? Hace bici, de pegarme; para eso es mi marido. *.Çhúa, manapm!mga, huairo -apan,ushca,* ándate de aquí: quiero que me pegue. que me mace mi marido. i So

Oyéndolos estoy a mis apreciables eompairiotas:Mestizo ladrón! siquier zambn; *shúa, manapinga, huairu-aparnushca,* ni más ni menos que para la india. Será mejor dejar que su marido la mate aesta hembra estrafalaria también; pues todos ellosjuncos alcanzan a componer a lo más una hembra: pero bien casada, eso si (Hacía entender que La! marido era el déspota tgnaeio de Veintemilla). iri

No obstante la cadena de sus decepciones y de sus desalentadores convencimientos, en este encuentro en la hacienda de los Andrade volvía a enfervorizarse con el propósito de otra contienda de prensa. Aun parecía que se engreía con las palabras de alabanza y de fe que le dirigían los amigos que en ese instante le rodeaban. Llegó, por eso, a pedirles que le permitieran encerrarse en una habitación cualquiera, durante los minutos que le fueran indispensables, para escribirunas páginas que concernían a la aspiración nacional más premiosa, y de la que justamente estaban tratando en su conversación: la de la Convención que pusiera término a la carta política dela dictadura garciana. De ese modo nació, ahí en Peguchi, su trabajo titulado *Voto de Imbabura,* el cual se lo publicó poco-después en Quilo, y aun se lo reimprimió. En carta enviada desde aquí, el 26 de aquel mes de mayo de 1876, le decía a Roberto Andrade:’ Ayer le escribí por el correo. Hoy va el “Voto de Imbabura” como debía. Dígame qué efecto produce allá...” -

Puede afirmarse con razón que el día en que pasó Montalvo en ese rincón agreste de mitad de su camino le resultó úlil tanto para preparar el ánimo hacia sus futuros embates de libelista como para ver los medios

iv .Shi,ri, iiaiiupifl,(’a, hiUiiOoLf,U,’i’O)”,’ ,idVCiiCdI?o ctiir°riici’d,> l.!tt-i,iI ,iiciilc iruiiic, pote1
deisutor)
liii *I.,o,urilz,,a,ici.s.* rin 1. Ibid. pija 1 Lvi Li.

de rodear de cíe rta dignidad su entrada en la capital - El dueño de la hacienda, en ademán siempre solidario, le proporcionó una hermosa y luciente cabalgadura. Y en horas tempranas de la mañana, tras el desayuno servido con diligencia caritiosa. el escritor, tres amigos y un par de peones hicieron rumbo al sur. l'uvieron tres jornadas fatigosas, por caminos y senderos que *aún conservaban* los daños del invierno reciente. Desmontaron en Pomasqui, un aldeorro a quince kilómetros de la ciudad. Ocuparon una posada ¡sara el descanso de la noche. Allí encontraron a Rafael Portilla, acornpañado de cuatro liberales, tan jovenes como él. Montalvo se sintió más tranquilo. Ya coma ha con una valiosa comí iva de ocho personas para arribar a Quito. Además, Portilla, suespontáneo anfitrión,lecausó unade las más placenteras impresiones. Era ésa la ocasión en que se conocían personalmente. Le observaba yescuchaba con deleitable atención. Su palabra suave, sus gestos sobrios y sus manerastodas le parecían llenos de sinceridad. Bien acicalados los nueve jinetes, y con sus caballerías en magnificas condiciones, partieron hacia la capital. El trayecto no era mayor. Y así poco después. a eso de la diezde la mañana, pudieron llegaral Parque de Mayo, o el Ejido, según su vieja denominación tradicional, que está en el sector norte de la urbe. Un puñado de personas —mezcla de estudiantes y liberales—, sin duda tan reducido como para enfriar de decepción al belicoso emigrante que volvía después de siete años de ausencia, le recibió con señales de curiosidad y de breve saludo. En ese grupo se hallaba un joven de casi diecisiete años que se convirtió en escritor y panegirista montalvino, y que ascendió a la presidencia de la república cuatro decenios después Alfredo Baqticrizo Moreno. Y precisamente gracias a él nos han quedado unas dos imágenes fieles, pero que las hubiéramos querido más amplias y detalladas, de la entrada de Montalvo en Quito, y de su instalación en una casa cercana a la Plaza de Santo Domingo. Bueno es que se las aprecie. Con relación a la llegada, éstasson suspalabras:

Pude conocerle a su vucila de Ipiales. Le vi entrar en la capital con escogido y corto acompañamiento de amigos, sobre un caballo negro de buena estampa, con sombrero alto y blando de paño, cual solía llevarlo en sus frecuentes paseos hacia las afueras de la ciudad, y botas de charol con espolines de plata. La figura, la misma que nos es tan tamiliar. Y comenzó entonces el ir y venir de una chismografía malévola. Un desagradecido de más de marca, altanero y soberbio que lodo lo veía para abajo; un sujeto de pretensiones y exigencias inauditas. Se hablaba y ponderaba de ciertos regalos devueltos desdeñosamente; de su herejía; de so pluma; de su furor y sus ataques contra la Iglesia, contra García Moreno y los suyos, de modo y forma todo ello, que alrededor de su nombre y su persona habla una leyenda que crecía siempre con recelos y temores, una leyeada de vivas y despiertas odiosidades ***que tendía a*** dejarlo en uno como aislamiento premeditado'6'

HO —CorrespoildenVlu de Mo',l.,I,o, ***Rr,,.s*** udc ja Casa de SI *uniste,,.* Ambato) 'br, ide 1949. pOg' 1 'Ir

En cuanto a su albergue quiteño. ci testimonio de Alfredo l3aquerizo Moreno es el que sigue seglin contenido que ha sido lomado de la carta que dirigió el 12 de marzo de 1936. desde Villamil al señor Carlos 13. Sevi— la, director de la Casa de Montalvo: Añadiré sólo que ‘e uve poi vecino no nitielios días a oque oc acuerdo. pero vecino a quien nunca vi entrar cii la casa, ni salir de ella. iii asonuirse al litilcon de iiiailera. verde y volado, ni aeeretirse al vidrio siquiera de la senlana pr niiitir a la calle, que es un mirar curioso y natural; y, mucho más en un recién llegado.- l?sç1tiina del co’’ici’— oo bajo, carrera de Guayaquil. casa de rin señor Pazniiño, cnionees. o después. nc parece. con portada de piedra t,iistada. A la pi_ie—la r en el /tieil;in se ventilti sal - ri,tichzi sal, **y** al patio entraban recuas. no satiré decir si todas ellas cargadas de esa sal, o
hiCo con otra mercancía cualquiera. [U (osmopoltia ocupaba sitias piei:isc us-assc alunas, que daban frente a las noas, eran objeto de ni explicables jusenil curii.sr_lad Pero no curiosidad de verle, curiosidad satisfecha uds de uir,iicasión cii la calle, cuando a media larde salui de paseo con uno que otro aniigo. envuelto en anclui Ldfra espiñola y sobre la cabeza el soinhreru *café* claro que le conoci. hltoido y alio de copa. Iba arroganie. garboso, el paso cori cieno ritmo naiural de persona que se estiran sabe de sí que vale. mas ni orgullosa ni altanera - Nunca le vi volver la cara, ni nitrar de lado. La mirada al frcnie. siempre al frente. El aspecto. el seoililariie niorerio pálido, el de una honda y consta ole concentración, el de una concentración que preso ide de lo extcriors’ vive y piensa y medita cr1 lo invisible de su morada os aullo ittierisr.
[,a curiosidad del joven Ilaquerizo Mo’eoo aptio taba más bien hacia los hábitos de tipo literario de su vecino, jamás visible en la casa misma. Por eso ha manifestado en el documento que estoy transcribiendo:
¿Qué horas s- cuántas en el dia dedicaba mt célebre vecino a cs,i sir larea sIc escribir’? ¿1_e molestaban o importuritilisin las pcrsoms quc acuclirian sai duda ti saludarle.’ isiS tarle, lisonjearle y hasta incitarle direciti o indircelamcnt e eou re latos, cli ismeci 1 los y denuncias de la revuelia y enconada polilica de aquel ucmpo’?.
Al un, no le quedó sino resignarse a no saber si escribia con pausa y esfuerzo, o si descansaba a ralos, o sise encerraba, para no ser interrumpido, en la soledad de ‘aquella antigua casa posada. de podada de piedra. desal en el zaguán y rectiasen ci palio’’.
Y bien, el inmueble aquel sigue en pie todavia, No está ubicado en la plaza misma de Sattto I)oniingo. como se ha venido afirmando, sino a Litios cien metros de ella, Eiaqtiertzts lo la prensado claramente: en la calie Guayaquil. sector del *c’onlc’rc-io i’ao.* Hasta ahora es posible mirar sri mares) sic piedra, senctllametile abrido por las manos de alguno de nuestros itilaligahles indios cattterotie, lamenlablemente, el viejo porton había sido reemplazado por dos hojas livianas. de labIas piuladas. Se r’otiser’-an co e;utiliio los balcones voladIzos sor, lislones de madera y varillas de *hierro* ligeramente adornadas. Pero no ha corrido la nflsm;i suerle el zaguán. de

piso pintoresco, cubierto otrora de redondas y azulinas pedrezuelas de río, pues que se han echado ya abajo sus paredes, para hacer tiendas sobre él y en ambas partes laterales. De modo que en el lugar en que antes se alineaban los sacos repletos de sal, se venden hoy telas y bisutería. Tampoco persisten el patio anchuroso y los corredores bajos en que se arracimaban unas cuantas bodegas. El espacio ha servido para que se levantara allí, en el interior, algún tipo de construcción adicional. En verdad, en la ¿poca de Montalvo la casa no debió de haber parecido *muy modesta.* Aunque a él, sin duda, tuvo que haberle resultado deprimente e incómoda. Sobre todo por el mercadeo pertinaz de la sal y el paso alborotador de las bestias de carga, que ingresaban difícilmente por el zaguán. obedeciendo con infeliz mansedumbre a los golpes del acial y los arres y carajos del mulero. Más de una vez nuestro viajero se vio obligado, desde luego con triste y callada insatisfacción, a vivir en moradas que carecían del ambiente de dignidad y holgura que sus gustos apetecían. Y así, no le quedó más remedio que en sus temporadas de la capital residir en dicho lugar, tras su regreso al país en aquel año de 1876. Por lo tanto, después de sus estadas ocasionales en Ambato, en los pueblos de su provincia y en Guayaquil, que en ese período se le ofrecieron, volvió siempre a las habitaciones que había tomado en alquiler. Pero es necesario que yo recuerde que, poco después, llegó a contar simultáneamente con dos albergues en la ciudad de Quito. Estaba situado el segundo en un sector opuesto y distante con respecto al del cen(ro; esto es, hacia el norte. El propio escritor ha dejado constancia de ello en carta dirigida a Roberto Andrade el 12 de junio del mismo 76, en la que le ha precisado: “De día, vivo ene1 Ejido, en casa de D. Rafael Salvador, esto es, en la cuadra de él, que está en el camino. De noche se me puede encontrar en casa de Mercedes Garzón”. Con la voz “cuadra” se refería quizás a una sala exterior y espaciosa de tal propiedad. Buen caminador—* 1ue eso lo fue siempre—, no sentía ninguna molestia en andar diariamente desde el actual Parque de Mayo hasta cerca de la Plaza de Santo Domingo.
En fin, estaba pues Montalvo instalado en la capital en la forma que sus amigos habíanle conseguido. Mas él sabía, según lo había confesado, que su regreso al Ecuador conllevaba el propósito de preparar nuevos escritos: unos de inspiración puramente literaria, que tanto le placían y en los cuales afincaba particularmente su esperanza de pasar a la posteridad, y otros, destinados a la reciedumbre de las batallas políticas, en los que en cambio hacía descansar la satisfacción de sus deberes frente a la historia dramática del país, a la vez que su confianza en entregar de sí una imagen ideal, como la de los varones ilustres a quienes admiraba, en lo antiguo

y lo moderno. A ello obedeció el que, corridos apenas poquisimos días desde su arribo a Quito. publicara una hoja pregonando el inmediato advenimiento de sus nuevos trabajos. Apareció ésta el Mide mayo de lS76. con el título de *Asomos de El cosmopolita,* y contenía entre sus indicaciones las que transcribo en seguida:

Mal corresponderíamos a las esperanzas del partido liberal y de nuestros amigos, si hubiésemos vuelto al Ecuador para nada. La pesadumbre que nos causa el haber perdido la tranquilidad y el silencio de nuestro destierro, ha de hallar resarcimicnto en 1 ane u pació n pal ri dii ca que nos propon e m os. *E!* cono *upe/ita* **con** el ro n oin h re **y** c n otra forma, va a presentarse en la liza nuevamente, cubierto, de todas armas... .-Si hasta ahora no saben por aqul cómo escribimos, ya van, verli,todos *E/regenerador* procurará regenerar con lecciones de moral y sana política, según el caudal de nuestros conoc **i** m e n tos.

También a sus gentes de más confianza les había anunciado que *El regenerador* abriría en esos días su campaña, esgrimiendo la espada “con el mismo brío que *El cosmopolita”.* Aun les había transmitido esta impresión, aludiendo al ministro de gobierno Manuel Gómez de la Torre: “Algunos de mis enemigos ya se han dado por muertos. D, Manuel está mal herido, antes de que yo lo hubiese tocado”. Le tenía en efecto destinada una crítica dura, seguramente satírica, en las páginas que estaban prontas a salir, del primer número de su nueva obra. Pero Montalvo jamás pudo ni imaginar lo que ocurrió en vísperas de que éste fuera lanzado a la circulación, el 22 de junio del ya indicado año. Y ello fue que en la noche del 13 de ese mes, la familia del ministro Gómez de la ‘l’orre se reunió en casa de él a celebrar un cumpleaños. Hubo mucha animación. El licor corría generosamente. Nadie se acordaba de los asuntos políticos, que en varias partes del país iban poniéndose cada vez más irritantes. De pronto, sin que lo advirtieran otras personas que aquel alto funcionario **y** uno de sus hijos, se presentó ahí, haciéndose anunciar con alguien de la servidumbre, el cajista de los talleres en que estaba editándose el primer cuadernillo de *El regenerador.* Les pidió ser oído con la debida reserva. Le hicieron pasar al estudio. Sacó entonces las pruebas de imprenta de esa publicación, que las había llevado ocultas, y les enseñó el texto de los agravios contra Manuel Gómez de la Torre que ellas contenían. La reacción de padre e hijo fue de indisimulado coraje. Aquel se quedó con las pruebas y despachó al vil artesano con palmadas de agradecimiento en la espalda. Tomó luego a su descendiente por el brazo y juntos entraron de nuevo en la sala principal, en donde seguía la fiesta. Por cierto el joven se dirigió inmediatamente hacia dos de sus parientes, de su misma edad, para comentarles lo ocurrido. Les parecía abs tres una afrenta para la familia. Prefirieron por el mo-

mento gLlurdar secreto. Pero estaban unánimemente poseídos de iracun• dia, que se estimulaba con las copas que bebían. Creían que era la hora de tapar la boca al zambo canalla'', ''al mulato atrevido''. ''al infeliz calumniador'' . Y al fin, sjn que se conozca cuál tic ellos fue el tic la iniciativa, salieron los tres en busca de Montalvo.
Ya en la calle, solitaria a esa hora de la noche, se encontraron con Manuel Semblantes y Rafael Portilla, amigos leales del escritor, y Gómez de la 'l'orre en forma amenazadora les averiguó por éste. Pero, acto seguido, recordando que también Semblantes había criticado públicamente al ministro, se aproximó a él y le dijo: iY' ahora mismo, también usted me va a pagar por los insultos ami padre! —No han sido insultos, sino censuras a sus actuacione.s ministeriales, alcanzó apenas a responderle. Porque de inmediato sintió una lluvia de bastonazos en la cabeza. Rafael Portilla, que estaba a su lado, y que lo vio desguarnecido, se apresuró a prestarle entonces su bastón, y Semblantes pudo así herir a su atacante en la mandíbula y en la frente. La pelea, corta aunque violenta, fue pues entre los dos. Y tuvo lugar muy cerca de la morada de Montalvo. De modo que algún conocido suyo y de los dos jóvenes amigos, que vio casualmente aquella escena, corrió a darle noticia. El había estado trabajando. Salió precipitadamente. Consiguió al paso armarse de un martillo, y se fue en pos del grupo agresor. Mas era demasiado tarde. Este no había demorado en esfurmarse, casi por encanto.
Al día siguiente bramó la pluma del gran libelista, En efecto, dio él a la imprenta una carta furibunda, dirigida *Al senor ¡'residente de la República.* Afirmó en ella, entre otras cosas, lo que sigue:
Sangre de liberales, sangre de vuestros amigos quc ayer os elevamos a la presidencia dc la República, ha manchado las calles de esta capital. Vuestro ministro, el señorMamiel (jómez de la Torre, le ha dado una gentil bofetada al Gobierno de que forma parte, emhcodando a sus hijos y echándoles afuera a cometer delitos... . - Nosotros estamos usan do del raciocinio; ellos, los gomeros, de la precipitación y el ofuscamiento; nosoiros de la luz del día, ellos de las sombras; nosotros de la pl urna, ellos del palo ministerio de a policia tuvo a bien anoche elevar la qucj a al padre, y consultar al ministro. Mi hijo tiene razón, respondió este hombre incauto. ¿Tiene razón de ipandiltarse entre cuatro o cinco personas para aconicicl i sin incl,siduo solo? Poned a un lado a este hombre infausio. y ved luego a vucstros cornpamr,ota proclamaros con nuevo amor fuera del siniestro hombre del 13.115 ¿no lia 331 cntrc vuestros compatriotas capaz de ayudaros y salvaros? - 1., victuna tkhia ser cstc vuestro amigo y servidor, señor presidente, según la lanfarrunada con que la p,iridilla se acercaba ini cas — Noticioso del peligro de uno de tos niñas, lic echo tluera. ¿Qué arma tienes? le pregunto a un carpintero en la puerta de 1. calle. ——tii niarul[o, señor. — Venga el martillo. Todos mis amigos estin dispuestos, nionr por iiii; so moriré por casta cual de ellos - Los *valientes* me reconoce',. vine ih,rcm, ata: y Ial vez iban por ini! ¿Cuánias cabezas hubiera yo hendido, c,';intas Ircnlcs atiicmta con ml arma

de cíclope en habiendo algún atrevido entre ellos? A loscinco nlinuios.veinte jóvenes me rodeaban: la solidaridad de la vida y de la muerte es la garantia y el timbre de un partido. ¡-lágame asesinar el ministro Gómez de la Torre con sus hijos. de noche, en mi casa o en la calle; ¿no tengo yodeudos, amigosapasionados. pueblo adicto y valeroso que le hagan pedazos al siniestro viejo?—Scñor presidente. hoy ha menester vuesira excelencia la resolución que le ha estado faltando: ahajo el ministro indigno. ye1 pueblo es vuestro. 102

Publicó esta carta yen seguida se interesó en hacerla circular por las principales ciudades ecuatorianas. Mi biografiado fue extremadamente celoso en dar difusión a sus trabajos, y en procurar el afianzamiento y desarrollo de su nombradía. Tanto en su país como en el exterior. Adniinistraha pues con diligencia la propaganda en torno de si. Había en ello su punta de vanidad, es cierto, pero también algo de una consciente obligación de buscar, sin desdén de ningún esfuerzo, una aureola de dignidad y magnetismo para su destino personal, que él íntimamente lo sentía superior. En concordancia con esas inclinaciones de su comportamiento, estuvo convencido de que había que dar la debida resonancia a aquel documento. cual si contuviera una prueba de su propia valentía. Y, en cuanto a ésta, es cierto que muchos se hallaban dispuestos a reconocérsela, aunque sin dejar de notar, más de una vez, la tendencia montalvina a la exageración de los detalles y a los toques de teatralidad en las descripciones de su arrogancia. Quizás por eso en esta oportunidad se vio precisado a aclarar a su coideario y seguidor Roberto Andrade, en una epístola en la que le requería el hacer circular en Tulcán e ¡piales el aludido reclamo impreso, que ‘los sucesos de esa noche fueron, al pie de la letra, como os refiero en mi carta al Presidente”. Pero hay algo que se debe también advertir, y es que ésta produjo sin duda ci efecto que deseaba nuestro escritor: la separación del ministro Manuel Gómez de la Torre. Pues que, líneas más abajo, seguro del éxito que había alcanzado, le sugería contarles a los norteños “cómo al primer estornudo de su amigo, han caído por tierra los poderosos”, Y no sin un evidente engreimiento, aunque sin desconocer tampoco el riesgo que con eso había asumido, y usando el nombre que gustosamente se daba así mismo, en la parte final se expresaba de este modo: “Dígame si el buen Cosme ha venido en vano. La venganza de los Gómez de la Torre es mortal”.

Indiqué en páginas anteriores que se hallaban listas las pruebas de imprenta del primer cuadernillo de *El regenerador,* y que éstas motivaron los hechos que he evocado. Mas eso no fue todo. Porque, tras la victoria obtenida por Montalvo con su carta al Presidente, se le presentó la necesiit,?

Monuiñ,,,’,’.uepnwl.ui., II’’0. p.,g lS, 3]

dad correlativa de cambiar el texto de uno de sus ensayos, yeso determinó la demora de varios días en la aparición del folleto, ocurrida, según lo establecí ya, el 22 de junio de 1H16. Las palabras que reproduzco a continuacion ponen en claro estas incidencias, y confirman sobre todo la alusión a la caída del ministro Gómezde laTorre:

¡ labiéndole echado por ahí Como una pluma a nuestro am o don Manuel al primer cslornudo, nos hemos tomado gcncrosamenle el trabajo de rehacer nuestro escrito, perdiendo la edición de mil doscientos ejemplares, lirada ya, y faltando al público en cuanto al dia de ***El regenerador.*** Por una lección de magnanimidad perderíamos la vida, no que una lrislc suma de dincru. Hombre caído, homhrc niuerto para nosotros:

séale la tierra Iigera Alli le dejamos responseando al exmintslro, y le echamos agua bendita - Olvido y suc ocio son la historia de los hombres ilustres por la insignifican1 (0
cta.

El párrafo que he transcrito permite conocer, de paso, que se imprimían mil doscientos ejemplares de *El regenerador.* Este tiraje resultaba seguramcnte apreciable en el medio quiteño de hace una centuria. Más aun si se tiene en cuenta el precio unitario de venta, de una peseta, que no era de ningún modo bajo en esos años.

Pero no comenzaba ni a componerse siquiera el segundo opúsculo cuando ocurrió otro hecho grave con la misma familia del ex ministro. Bien habíalo presentido Montalvo cuando afirmó que “la venganza de los Gómez de la Torre es mortal”. Sólo dos semanas habían pasado desde la noche del escándalo denunciado al Presidente por el escritor. Transcurría en efecto el 29 de jumo. Era un día alegre y soleado. Se encaminaba él al centro de la ciudad, en compañía de su sobrino Adriano, tras haber paseado por la verde pradera del Ejido. Se hallaban más o menos a la a]tura de la actual Plaza del Teatro. Iban por el centro de la vía, precisamente por la cínla angosta de laja, o de planchas rectangulares y lisas, que se extendía en inedia de la calle empedrada con guijas redondas de los ríos —que así eran las principales calles de Quito—. cuando alcanzaron a ver con desagrado que en sentido contrario al de ellos, y por la misma faja céntrica de laja, avanzaba Joaquín Gómez de la Torre, hijo del ex ministro, acompañado de otra persona. A poco andar fatalmente se encontraron frente a frente Montalvo y ese rencoroso rival, Y, como había que prever, ninguno de los dos quiso ceder la hilera de piedra peatonal al otro. El primero en lanzar la esperada ofensa fue Gómez, quien, de.orándole con los ojos, le griló: —Retírate, zambo canalla!.

—Jú cres quien debe retirarse, infame!, le repuso el escritor con igual coraje. El agresor, entonces, sacó violentamente su revólver, y éste se le disparó: la bala pasó a centímetros

‘SI H,cncnst(,,T)rnut.itt ,ag E

del **cuerpo de** SLI **adversario. El, a su vez, en rápido e instintivo movimiento** de val ¡ente de fe risa alcanzó a empuñar también su arma. y a encañonarla contra el rostro de (**'diez** de la Torre. Al propio tiempo le th1o en tono de absoluta resolución: Dispara el segundo tiro, y te mato! El atacante se amansé en seguida. Quiso convencerle de que su intención no fue otra que la de desafiarle a duelo. Montalvo le expresó que aceptaba ese duelo. Entre tanto, había ya decenas de curiosos. Los dos contendores, todavía alterados, determinaron en el mismo instante el sitio para hatirse con sus armas de fuego, que debía ser la verde explanada del Ejido. Hacia allá pues se dirigieron. Pero al llegar a la Plaza de San Blas, que no está sino a trescientos metros del lugar en que se produjo aquel dramático desfío. apareció el general Francisco Hipólito Moncayo, gran admirador de nuestro ensayista, y, enterado del problema, en forma inusualmente generosa quise tomar el arma en su representación: – Usted no combatirá, don Juan.

manifestó, pues que su vida vale mucho. Pero Gómez de la Torre le obsei vó que no era el general quien le había ofendido. Hubo un intercambio de frases, que poco a poco fueron perdiendo su aspereza. Intervinieron en favor del arreglo muchos de los curiosos, que al fin vitorearon a cada une de los duelistas. En seguida fueron llamados al despacho de un comisark de policía. Acudió un delegado del escritor. Y allí se convino en que no se debía formar una causa penal, **y** ni siquiera intentar ningún comentario a través de la prensa. Esta recomendación le fue formulada de modo especial ami biografiado, que se quejé de ella posteriormente, al observar que la otra parte fue distorsionando a su antojo la naturaleza de fos hechos. Los términos del pacto, firmado por los protagonistas de la pretendida confrontación, fueron los siguicntes: Por intervención de amigos comunes, el señor Montalvo y los señores Gómez de la Torre convienen, el primero en no hacer por la imprenta la relación de los últimos sucesos, ocurridos el día 29 del mes presente, dejándole al joven Gómez el derecho de llevar adelante sus empresas". Gómez pidió que se suprimiera la última frase, y Montalvo le complació tachándola con su propia mano. Es decir. el tal convenio se convirtió en una suerte de malintencionada e intolerable mordaza para nuestro escritor.

Este, si bien se resigné a no hacer sino una breve alusión en el folleto número dos de *El regenerador,* con la cual rectificaba una información falsa y denigrante que sobre el hecho había dado el coronel Teodoro Gómez de la Torre, no dejó en cambio de manifestar públicamente, en alguna oportunidad, que había amedrentado a Joaquín haciéndole oler la pólvora desu pistola. También lo dijo, con tono zumbón, en la décima de sus *Catilinanas.* Y, a pocos días del incidente —el 4 de julio de 187&— le puso a

su amigo Roberto Andrade una carta con su propia relación, que era ésta:
Ya len drán usiedes noticia tIc 1 ha lazo casual de Joaq uun *Gómez.* E r ro el ca nafla y yo salt hien, porque teniéndole **como** le uve hajo el cañón de ini revólver, le di tiempo, **y** aun le autoricé a disparar de nuevo. Las ocurrencias posteriores han sido dignas de Ial agresor: piden misericordia por adormecer el juicio de la imprenla, y ,hren guerra de mciii iras e im posluras.'
Como habrá podido ya suponer cualquiera, por la lectura precedente, Montalvo acostumbraba llevar consigo un arma de fuego. Y la reconocía útil, afirmando que sin ella no hay razón que valga para los ecuatorianos. Aun más, en el último de sus libros *—El espectador—* insistía en redondear con toda sinceridad este encomio: 'La pistola conserva sus títulos antiguos, es gran señora en todo tiempo; y para salvaguardia del honor, vale tanto como la hoja toledana. Lord Byron metía once balas en un mismo agujero: no hagamos tanto; pero como acertemos la primera, no habremos quedado mal". Yen el mismo trabajo, que es el titulado "Del duelo", y que figura en la última parte de la citada obra, llega a enaltecer hasta la práctica de aquél: "Donde asegura— la ley y las costumbres rechazan el duelo, reina el palo, el garrotillo vil; y son esos, esos hombres, los que llama bárbaro el desafío, y persiguen de muerte a los que salen al campo de 1 honor como buenos y leales!''.
Las cosas que se le fueron presentando a mi biografiado a su regreso al Ecuador, según se ha acabado de ver, se mostraron notoriamente turbulentas. Su labor de intelectual combatiente, que por cierto no era sólo de crítica despersonalizada de la situación en general del país, sino además de arremetida contra los sujetos prominentes de ese momento político, en un lenguaje de burlas hirientes y de tratos despectivos, no pudo menos de levantar un clima de indignación en varios sectores de la sociedad. Estos se empeñaron a su vez en gestar una imagen monstruosa de Montalvo para difundirla entre las mayorías, y provocar así su odio contra él, O cuando menos sus recelos. Por la fuerza de tales estímulos, la imaginación de la gente fanática de aquel tiempo dio origen a una serie de fantasmagorías, como las de que nuestro escritor paseaba a medianoche por el Ejido para entenderse a solas con el diablo, y de que los cascos de una caballería infernal solían resonar entre las sombras al llegar al patio de la casa misma en que vivía, A eso se debió quizás el que el propio Montalvo alcanzara a ver, en más de una ocasión, cómo se santiguaban las beatas a su paso. Pero mientras en el ruedo de sus amigos liberales se referían entre risas esas ocurrencias, a él se le oyó preguntarse con desolación íntima: ¿por qué habré **lo** *.jnía,tN,,c,,,, furnn* **Ii.IImI.p:ig4iil<**

nacido aquí entre estas gentes? Y, naturalmente, su deseo fue siempre ci de probar que él era distinto, por lo humano, lo tierno y lo cordial, de la representación demoniaca que le habían forjado sus enemigos. Recuérdese que ocho años después de aquel transitorio retorno al Ecuador, en la ardorosa defensa que de sí ensayó en uno de sus libros postreros —La nicrcurial eclesiástica—, trazaba este cuadro vindicador de sus sentimientos puros y hospitalarios:

Un día vinieron dos clérigos ami casa, a honrarme con su visita, después de los siete años de mi primer destierro. No desterraba para menos que para toda la vida el reve'
rendo padre fray Gabriel García Moreno. Si Faustino Rayo no le santigua con un machete, yo no vuelvo nunca a mi país, es cosa notoria. Verdad es que no vivía muriéndome por los troglodilasdel Ecuador; pcrocuando fue posible volver, volví, no lo niego. He allí mis dos clérigos a visitarme, como queda dicho. Llamábase el unu Leopoldo Freire. el otro Vicente Pásior. Chancearon como gente llana, me dieron un poco de matraca respecto de mix ideas avanzadas, como dicen los galiparlistas, y se fueron de muy buen humor, sin haber dejado el pellejo en mi casa, según ellos lo habían temido al entrar. 65

Para satisfacción de sus vehemencias sentimentales, que eran tan verdaderas como sus borrascosos impulsos de lucha por la prensa, visitaba a su hermana menor Isabel Adelaida del Espíritu Santo y a su sobrina carnal, Rosario González Montalvo, que habían tomado los hábitos de monjas en el Monasterio del Carmen Bajo, de Quito. Isabel Adelaida ingresó en el convento el 4 de mayo de 1874. Hasta ahora se mantiene en estos claustros el recuerdo, transmitido a través de tantas generaciones. de las visitas de nuestro escritor, a quien la comunidad profesaba mucho cariño. Hasta ahora se conserva una hermosa escultura de madera, de 28 cms. de largo, de una Santa Teresa de Jesús, enviada por Montalvo desde París a sor Isabel Adelaida. Pero en el mismo plano de estos contactos familiares se debe también recordar que tuvo cotidianamente, aunque por cortísinio tiempo, la frecuentación de su hija pequeñuela, María del Carmen, que apenas contaba entoncessiete añosde edad. La había hecho venira la capital con una hermana de él.

También se sintió súbitamente alentado, por lo que él creyó una prueba de reconocimiento y de consideración personal, cuando el Presidente Borrero le invitó a que conversaran en palacio, tras la renuncia presentada por el ministro Manuel Gómez de la Torre. Y efectivamente concurrió con puntualidad a la cita. El primer magistrado le recibió, a su vez, de modo cordial. Le manifestó de entrada la alta estima que sentía por su literatura, de estilo castizo e inspiración insospeehahiemente cívica. Pare'65

Mr,r,ioaIrcIeitaona. Quilo 5I7. Imprenu 1_u Gulri,bcrg. 15(1 151

ce que hasta le indicó que había oído placenteramente tina insinuación del coronel Teodoro Gómez de la Torre, a su juicio digna de ser examinada, en favor de Montalvo: era la de confiarle la representacion diplomática ecuatoriana en Bogotá. Si se piensa en que a mi biografiado le gustó desde joven la idea de una destinación de tal carácter, según su propia confesión, no será aventurado suponer entonces que la conversación comenzó en los mejores términos para él, y que por lo mismo debió de haberle respondido con muy corteses expresiones de aquiescencia y agradecimiento. Pero el Presidente no fue más adelante en sus palabras. Ni tampoco, después. en sus determinaciones. Pasaron, ya en un ambiente propicio para los entendimientos, a referirse con criterios individuales a la situación política. Montalvo insistió en la necesidad de las reformas constitucionales, previa la convocatoria a una Convención Nacional. Criticó la actitud intransigente del ex ministro, que había aun ordenado la persecución de los numerosos liberales que firmaron el Voto de Imbabura, documento público en que se formulaba precisamente la antedicha proposición. Borrero le declaró que reconocía la inspiración rígidamente garciana, e inipropia de un gobierno que no se reputaba conservador, de aquella ley fundamental. No obstante, no le prometió sino estudiar con cautela su requerimiento, aduciendo que había asumido el poder bajo juramento de respetar la Constitución. Su interlocutor quiso hacerle notar que ella perjudicaba a los ciudadanos, y que en consecuencia ninguna validez legal ni moral tenía el acto de jurar en daño de terceros. El Jefe de Estado, que hasta ese momento no había tratado al escritor, le observaba con respetuosa atención. Se daba cuenta de que, a través de esa voz aguda, que a momentos se apagaba, y del demorado encadenamiento de esas expresiones, se animaban sin embargo ideas fuertemente persuasivas, por su gran claridad, por su eficacia patriótica, por el sedimento no rebuscado de su erudición. Y tan dispuesto se sintió a seguir escuchándole, que le pidió opinión sobre las personas adecuadas para llenar las funciones de ministros de lo Interior y de Hacienda. Montalvo le manifestó que si deseaba tranquilizar a Guayaquil, evitando así una ya inminente conspiración, debía nombrar a Pedro Carbo para la primera de esas dos dignidades, y a Ramón Borrero, hermano del Presidente, para la segunda. Aceptó éste de buen grado la sugerencia, y únicamente condicionó su cumplimiento a la concreción de una propuesta impresa del escritoren dicho sentido. Todo, según el convencimientodel instante, pareció haber salido para él admirablemente, casi a pedir de boca. La despedida fue también cordial. Pero el mandatario, atrapado de inmediato por los recelos, las suspicacias, los retorcimientos de la voluntad que por lo común estragan la naturaleza de los que entre nosotros llegan a

aquella encumbrada jerarquia, se puso a hacer consultas en ci bando opuesto al de los liberales, y al fin no cumçtlto su palabra. Realizó en forma totalmente distinta las dos designaciones ministeriales, Montalvo quedó, así, públicamente burlado.
Láase e! testimonio dejado por él mismo, y que se refiere específicamente a su acuerdo con el Presidente Borrero. Estas son sus frases:
Este hombre sin talento ni conciencia, sin formalidad ni pundonor. se perdió por una bellaquería. Sc convino conmigo cn nombrar nlinist 1 ‘1 1). Pedro Carbo: Con esto se salva Ud. de la rcvotución,le dije; tos tiberaks tendrais una prenda. y tos guayaquileños quedarán satisfechos. — ¿Cree Ud. en revolución?, me dijo con Ironía. —Estoy seguro de ello, repliqué. Tuvo miedo el presidente, y nie dijo: Proponga Ud. pur la imprenta la combinación, y yo extenderá el nombraniienlo. Propuse la combinación; él exlendióel nombramiento.. en otra persona adversa al partido liberal.
Y algunos días después, en carta a un amigo cercano, volvió a hacer alusión a esto, en términos de franco disgusto: “D. Antonio —le dijo— nos engañó vilmente en el nombramiento de Ministro: nada hay que esperar de este t on Lo



CAPITULO XVII

Labores, desafíos y destierros

Y bien, Montalvo siguió en Quito, entregado a sus labores de escritor, aunque sintiendo que se le recrudecían dolorosamente sus decepciones. Había pues vuelto a apurar los tragos ásperos y amargos que siempre le tenía reservados la mano eternamente errada del pais. Publicó los tres primeros cuadernos de El regenerador. Aparecieron entre el 22 de junio yel7 deagosto de 1876. Con unaextensión dedieciséispáginas,de formato menor que el de El cosmopolita, cada uno de ellos. Después varió. cii más y en menos, esa extensión. Su contenido era en cierto modo misceláneo, aunque las preocupaciones políticas y sociales sólo en contados temas debilitaban su acento. Es interesante señalar que las páginas primeras del folleto N° 1, tituladas “De la improvisación”, le sirvieron para confesar que, siguiendo el principio de retórica de “que los discursos de las grandes ocasiones han de ser a todo trance compuestos de antemano”,había fijado en su memoria “cuatro sandeces para su llegada a Quito”. Pues que se le había informado que los jóvenes amigos de esta capital pensaban no dejarle entrar oscuro yen silencio”. Probablemente no sucedió eso, ni hubo. así, las circunstancias adecuadas para “la que debió haber sido su improvisación”. De suerte que entonces, y a fin de que ésta no se le “pudriera en la cabeza”, le pareció conveniente ponerla por escrito en el comienzo de aquella obra, indicando que sus ideas cardinales venían a ser exactamente el fundamento del ‘programa de El regenerador, cuyo enunciado, en síntesis, era el de razón, valor, progreso”.

Si en El cosmopolita publicó un ensayo llamado “Lecciones al pueblo”, en esta nueva obra, dentro de cada uno de los tres opúsculos que he mencionado, volvió a dar a luz sendos trabajos del mismo título, y de naturaleza semejante. Tales enseñanzas populares adoptaron como su modelo el espíritu liberal y la dialéctica de los libros, muy famosos e influyen

ies en el siglo diecinueve del abate francés Rugues Félicité Robert dc Lamennais, sobre quien recayó una condenacion del Papa Gregorio XVI - No fue por cierto sólo esa suma de cuatro ensayos montalvinos la que recibió las vibraciones potentes y renovadoras del pensamiento de Lamennais, a quien ciLó nuestro propio escritor, pues que ellas se dejan también notar en algunos pasajes de Las cari/manas, de los Siete tratados, de la Mercurial Eclesiástica y de varias publicaciones recogidas en la edición póstuma de sus Páginas desconocidas. A su debido tiempo recordaré otra vez este inflttjo, tan determinante en las reacciones de Montalvo frente a la Iglesia y la fe católica.

Respecto a su posición política y religiosa es conveniente que llame la atención sobre su 'Discurso pronunciado en la Instalación de la Sociedad Republicana, que contiene una exaltación de la Internacional cuyas expresiones han sido malentendidas y tergiversadas en nuestro país. Se le ha atribuido en efecto a mi biografiado cierta afinidad con las tendencias de una izquierda dogmática que desde luego no fueron las suyas. Y ya temiéndolo inteligentemente él mismo, se decidió a incluir dicha pieza oratoria en el cuadernillo segundo de El regeoerador, con una aclaración muy taxativa, que es la siguiente:

Oído una vez, pudo quizá ser mal entendido el discurso que motiva este comentario por los cincunstantes de oreja poco atenta', puesto por escrito a la atención y el examen de todos, no ha de tener mucho de Dios el que halle en él ideas insanas o tendencias hacia lo que perjudica y pierde a las humanas sociedades. El expone su modo de pensar dc esta manera: Si algo contuviera (la Internacional) contrario a los sanos principios en punto a religión, a política, a buenas costumbres. protestamos contra ella, y no la admitimos sino en cuanto a los principios de justicia que se agitan y crecen en su seno Si la Internacional no es esta que describo, no es la que apruebo; y si esto no basta para con los católicos de la tierra, lapidenme)6'

Católicos o no católicos, todos estamos obligados a respetar la índole verdadera de las ideas de Montalvo en este campo religioso y político.

Una lectura sosegada de estas primeras partes de El regenerador, que he separado de las posteriores por razones de composición de esta biografía, revela que su contenido rehasó el simple marco de las críticas, todavía no muy tajantes, al régimen de Borrero. Fue pues vario el reino de sus asuntos, como en el caso de El cosmopolita, y eso hay siempre que aclararlo ante los que esquematizan sus estudios sin un conocimiento escrupuloso de los trabajos montalvinos. Así, a más de los temas que he expuesto, se

61 0 reg,'ncoidor. lomo. ih,d, págs NS a 94

encuentran cii estos tres lolletos iniciales, e ti aliernacion capE iclitisa. evocaciones familiares, descripciones tic vta es remembranzas hislc ricas. páginas de apología de los mártircs quiteños tic la libertad y Ecl les ti lies - en fin, dci más divcrso carácter. Y todo ello. con los ncoiilundihlcs touies de gracia formal en que se empeñaba este gran escritor.

En las últimas páginas de la tercera de esas pequeñas entregas hizo constar un “Adiós’, del que bede extraer los términos que siguen. reveladores de su intención:

Pl Cosniopriliti no es el judío errante a quien la fatalidad impele o arrastra’ por Lis cual ro partes de la tierra: al contrario, cuando este buen camarada consigue pone rse donde nadie le vea, se deja estar ealladilo, ininortalizándose en el silencio y el olvido Su pasión es la ial oraleza: una montuna, un bosque, un río son amigos para él. a migos socorridos, adorados - En favor de la palria, bien puede uno echar a un lado un mal ministro, poner en calzas prietas a cien pillos ... e rse al seno de los montes a cultivar la poesía práctica ... Si no volviere a entre vosotros, tendréis noticias mías de Guayaquil, Lima, u otra parle. Voy a tomar un baño de poesía, a darme un toque dc silencio y olvido en el seno de la naturaleza, a las puerlas de las selvas orientales, y procuraré salir león de adonde voya entrar tigre cebado.

La verdicI es que, como lo anunciaba, dejó transitoriamente la ciudad de Quito, Se lue, eso también es cierto, hacia la entrada de las selvas de nuestro oriente: eslo es, a la propiedad rústica en que vivían y laboraban sus hermanos, a un lado de Baños. Pero su propósito, igualmente real, de ir a renovar sus energías de luchador escrito en los apacibles rincones de la naturaleza se vio repentinamente interrumpido por los requerimientos de Alfaro, quien había llegado a Guayaqui] a preparar un pronunciamiento contra el gobierno de Borrero. Para esos días desempeñaba ya la jefatura militar del puerto el general Ignacio de Veintemilla. Y éste, a pesar de que, un mes antes de su nombramiento, le había reducido a Eloy Alfaro a un breve encarcelamiento por conspiración. miraba con buenos ojos la posibilidad de echar abajo al Presidente, y fingía ignorar los ajelreos sediciosos en que aquél había persistido. No procedía así, vale la pena aclararlo, porque se hallara penetrado de los mismos principios liberales y revolucionarios de Allaro, ni porque, como a éste, le doliera la sittiaeión aflictiva del país. Desde joven le habían poseído la pasión de mando, los halagos de una vida de influjos y la capltosa satisfacción de las vanidades, lbsmeando por eso cualquier afán de alteración de la paz interna entre políticos y gentes de armas de Guayaquil, se había dado modos de hacerles comprender su simpatía, y aun más. cuando las circunstancias se lo perni ¡lían, de estimularles con un eventual apoyo de su parte. El gobierno reeihio con

alarma los rumores sobre las tentativas de traición del general Veintemilla, e inmediatamente le amonestó, desde la presidencia de la república y la gobernación de la provincia del Guayas. El negó, apelando a su honor de militar, el haber adoptado una conducta contraria a sus deberes. Y, naturalmente, se reía para sus adentros. Pues que intensificó sus contactos con los cuarteles de la plaza confiada a su mando. Se sabe, de otro lado, que sostuvo conversaciones con Eloy Alfaro y varios dirigentes liberales, revelándoles en determinado momento su franca posición de solidaridad antiguhernamental. Hasta les ofreció las fuerzas que comandaba para enarbolar en el país, como una enseña victoriosa y salvadora, la doctrina de ese partido, mas coti la condición de que a él se le proclamara Jefe Supremo del Estado. Mientras hacia sus promesas al liberalismo costeño, nada menos que él, hombre sin credo ni partido político, seguramente se estaba también riendo para sus adentros. Las cosas fueron llegando desde luego a su clímax, y Veintemilla se vio precisado a renunciar la jefatura militar de Guayaquil en los primeros días de setiembre de aquel año de 1876. El polvorin estaba pronto a estallar, para convertir en cenizas la confusa y vacilante presidencia de Antonio Borrero.

El 6 de ese mismo mes, reclamado por Alfaro, según lo manifesté, llegaba a aquella ciudad mi biografiado. Quijotesco e inapaciguable como siempre. Peroen esta ocasión,tan distinta alade suentrada a Quito, había una multitud ansiosa por recibirle y exaltarle. Obraban en eso, es cierto, las circunstancias del descontento colectivo y del frenesí revolucionario que entonces se extendían insofocables. y obraban también las incitaciones eficaces de los seguidores de Alfaro y de los jóvenes liberales que habían aprendido a mirarlo como defensor luminoso e irreductible de los principios que ellos profesaban. Sin embargo, la suma de todo esto no habría alcanzado a levantar en dicha medida el entusiasmo popular, si supuestamente hubieran faltado los efectos propios de la resonancia múltiple de Montalvo: de genialidad para conmover con el uso de la pluma, de valor para afrontar los riesgos de la persecución y la muerte, de estoicismo inquebrantable para sohrellevar el hambre y el abandono en el destierro. tinos más, otros mcnos, muchos de los que se habían congregado a verlo y a vitorearlo conocían algunos de los atributos que caracterizaban a la personalidad de nuestro polemista. Parecía pucs que lo contemplaban como mdc ad o por un u alo de leyenda.

a comitiva que le do el primer saludo a su arribo a la ciudad, de jbvenes en su mayoría, le condujo al lugar mismo de la manifestación pú

hlica, Subieron al segundo piso de la casa desde la que Montalvo debía recíhir ese homenaje, tan emotivo y caudaloso. Jamás antes había habido para él. ni para ningún otro intelectual ecuatoriano, ni ha vuelto a haberla, una Ovacion de carácter semejante. Los gritos insistentes de Montalvo y de libertad-— términos que han quedado unidos para siempre en la historia de nuestra nación— estremecían la atmósfera abrigada de la noche del puerto. El escritor, con ojos humedecidos, observaba desde un balcón esa marca humana. Sabia que tenía que hablar, pero no se sentía capaz de hacerlo, Así son de tristes y contradictorios los secretos de la grandeza de los hombres. No halló pues arbitrio mejor que prometer un agradecimiento a su modo, mediante la palabra impresa. Que en efecto circuId entre las manos ávidas de esos ciudadanos, al día subsiguiente, y que se recogió en la obra *El regenerador,* como su entrega número 4. El trabajo está fechado en Guayaquil el 7 de setiembre de 1876. De él son las expresiones que siguen:

Mil. dos mil, cuatro mil ciudadanos reunidos en una casa, una calle, son el trueno que precede a a tormenta. Cuando de mitlaresde bocas sale a un mismo tiempo esta patabra: libertad! preciso es que ese pueblo sea libre y grande ... No quiero hablar de ef. porque mi modesta persona desaparece atrás de esta noble figura que tarde o tempraia ’ hcn,&,s de poner de pie: la libertad. La gran demostración que acabáis de hacer, no es al i od vid uo, al escritor simplemente; es al campeón de los derechos de los pueblos, al oficial de la civilización, a la vteóma inquebrantable de la tirana. Os doy las gracias, no a mi nombre, sino a nombre de la patria. Repitamos el grito suhl 1 me que anteanoche llenaba los ámbitos del Guayas: iLierlad! Libertad!.

Es de suponer que a Montalvo no se le borró la imagen de esa multitud ferviente que le aclamaba. Ni tampoco, por desgracia, la impresión del pasmo que en ella produjo su incapacidad de improvisarel agradecimiento correspondiente. Todos esperaban una alocución en la que reson-ara, vibrante, el pensamiento apasionado de aquel maestro de la frase y venía a suceder precisamente lo contrario. Lo que primero les decepcionó fue el acento opaco y un tanto agudo de su voz. Y, en seguida, el ruesro que les dirigió, de permitirle usar, no la palabra viva que es indispensable en tales circunstancias, sino los trazos de una página escrita de reconocimiento, que él les prometía para el día siguiente. Insisto pues aquí. como lo he hecho en el estudio crítico que sirve de prólogo a la antologia montalvina que preparé para el Banco Central del Ecuador, en que un intelectual

(a o *,rgrm’ra.io,.* 1 *una,,* lSd, *ps* [35-142

como él. que poseyó una riqueza idiomática tan inimaginable, que dispuso de Ut1 abundancia de vocablos acaso no igualada, que sabía Como componer sus giros para (1UC en ellos la palabra se embelleciera. sonara melódicamente *y* diera de sí efectos expresivos apenas sospechados: un dominador’ lan cabal y único de la frase, como era él, estaba no obstante angustiosamente negado para cualquier tipo de improvisación oral. Por eso se mantuvo lejos de la cátedra y la tribuna. Aun rehusó el cumplimiento de la representación parlamentaria ***que*** le confirió el voto de los ciudadanos. También en la conversación —y de eso han dejado constancia los autores de España que llegaron a tratarle—se desenvolvía con alguna pausa y afectación. [ha redondeando lentamente sus oraciones, ni más ni menos que si se hubiera encontrado, no frente aun contertulio, sino a la hoja én blanco en que acostumbraba verterse literariamente.

Pero, a pesar del desengaño con que debió afligirle esta prueba de inelocucncia frcnte ala muchedumbre, era evidente que por fin había conseguido verse públicamente lisonjeado, acaso como siempre lo soñó. No tenía entonces más de cuarenticuatro años de edad. Esos millares de guayaquileños anónimos, al aclamarlo con tanto ardor, estaban como coronándole gloriosamente con las hojas del laurel simbólico: iviva Montalvo!, viva la libertad! ... Infortunadamente, aquel gran héroe sin espada, aquel héroe de la pluma, no alcanzó a paladear sino pocas semanas el sabor de su apoteosis. Porque justo el mismo 8 de seticmbre en que circulaba el agradecimiento impreso que él había ofrecido ***a*** la ciudadanía de Guayaquil, y ahí precisamente en esa ciudad, el general Ignacio de Veintemilla, ahominador de la pluma, y él sí un espadón familiarizado con los atropellos y la sangre, se hacía proclamar Jefe Supremo y Capitán General de los Ejércitos de la República. Surgía pues otro dictador. Y una nueva sombra de repudio y de venganza, de zozobras, ausencias y lágrimas secretas, estaba pronta a caer sobre el destino de Montalvo.

El usurpador del mando lo había arreglado todo. Respaldo unánime de los batallones que guarnecían Guayaquil. Colaboración inmediata de un viejo guerrero y ex presidente —el general José María Urbina—. dispuesto a conducir una parte de las armas rebeldes hacia la ciudad de Quito, pues que la otra marcharía bajo las órdenes del propio sublevado. Adhesién de varios sectores liberales, convencidos de que así triunfaría su causa. Sesión solemne del Cabildo guayaquileño, en la misma mañana de aquel 8 de setiembre, para expedir un acuerdo de desconocimiento de la presi

dencia de Borrero y de establecimiento de la autoridad gubernamental del general Veintemilla. Puidosa manifestación de apoyode una asamblea popular, que se congregó en torno del aludido Ayuntamiento gracLs a la difusión de centenares de hojas volantes. Juramento del nuevo Jefe Supremo ante los ediles y los asistentes, con estas palabras: ‘Prometo por mi palabra de honor mantener la causa del pueblo, y por tanto, reorganizar la república bajo los verdaderos principios de la causa liberal”. Quizás esa vez, en ese primer momento, no se estaba aún riendo por dentro, pues que organizó un gabinete respetable, a cuya cabeza aparecía nada menos que Pedro Carbo, gran figura de la vida pública de nuestro país.
Pero el presidente Antonio Borrero no se consideró todavía depuesto, y, en cuanto tuvo noticia del movimiento sedicioso, organizó a su ve:
un ejército de tres mil hombres para hacer frente a los soldados de Veinte milla y Urbina. La conflagración con caracteres de sangre parecía pues inminente. Y en efecto la hubo tres meses más tarde: en diciembre del 76. Los historiadores han asegurado que en la hacienda GuIte, a alguna distancia de Riobamba, fueron abatidos centenares de combatientes de los dos bandos, y que en un paraje denominado “Los molinos” ,cercano a Guaranda, cayeron muchos otros. De suerte que la asunción del nuevo dictador resultó violenta, y dejó una secuela de rencores, de angustias, de temores y desconfianzas. Nuestro escritor alcanzó a columbrarlo con innegable inteligencia, y trató de ayudar a evitarlo por los medios que creyó eficaces, en su justa oportunidad. Primeramente intentó persuadir a Veintemilla, igual que lo pretendía también Alfaro, de la necesidad de abandonar la jefatura suprema. Ninguno de los dos fue atendido. Se delerminó entonces a publicar el 9 de octubre un llamado a la concordia acona,bajo el titulo de “El ejemplo es oro”. Sugería que se organizara un triunvirato, con ciudadanos de Quito, Guayaquil y Cuenca, y que aquel convocara a una Asamblea Constituyente para elegir, mediante los votos de sus miembros, al nuevo presidente de la república. Eso era echar abajo la revolución veintemillista, hacer que se frustraran los planes codiciosos de ese caudillo en ciernes. No faltaron los que se lo advirtieron, previniéndole contra mi biografiado. Y, sobre lo que fue entonces su reacción, nada hay tan elocuente como el propio testimonio montalvino. apareido en el *Desperezo del regenerador.* De ahí he de arrancar las frases que siguen:
Un día vino ami casa ca Guayaqtnl un joven oficial, lleno de gentileza hermosura:
blanco, de barba ar’stocrdiic bien ienidn, sus lordad,iras militares esiahan cn él

corni, nacidas. Larga y afectuosa (tic la visita. Volvió al otro din y comiúconnsigo. brindo por la corona Con que pronto Li ptria ceñiría mis sienes y dijo cosas pOliIICiiS Y resonantes. Esa misma ¡loche, a las tlos de la mañana, llamaron ‘la puerta de calle:
era el gallardo militar. Su excelencia, dijo, suplica a Ud. pase luegis 1 so casa, para un asunto de interCs público sunianienle urgente. Sali con mi amigo, que se deshiro en atenciones y Finezas el largo de una calle. Al pasar por una esquina, salta de por ahí una escolta, la bayoneta calada. Sepa usted qoe le llevo preso, exclama el noble oficial, con gran energía y denuedo. Al centro! De ese camino a bordo de un buque:
al otro día por la mañana, abrirse al mar ... desterrado. Veintemilla no había pagado ni el pasaje: yo, sorprendido en la cama, no pude haberme apertrechado de onzas de oro: mis amigos, ignorantes de lo que pasaba, no tuvieron tiempo de hacer por mí lo que hubieran querido. Confieso qtie en siete años de destierro de García Moreno, padeci menos que en el destierro de Veinteniilla. i69
Según esta relación de veras precisa en sus detalles principales, el dictador urdió el engaño en forma cínica, y su ejecutor fue un instrumento tan vil como la concepción misma de la celada. Veintemilla había sido amigo de Montalvo y compañero de su destierro garciano en París. Aun —recuérdese lo que yo he narrado sobre aquellos días— él promovió una ayuda económica para el escritor, entre los ecuatorianos radicados allá. Pero lodo había cambiado de pronto. la violencia política, que desordena ciegamente los sentimientos y las normas de honestidad del comportamiento, io hizo sino empujar al nuevo Jefe Supremo, de altna ineserupulosa y tornadiza, a disponer los aclos taimados con los que aventar a otro exilio a su idealista censor, hasta entonces mesurado y reflexivo frente a las actitudes de aquél. El pequeño barco de bandera extranjera lo llevó, entre incomodidades y displicencias, hasta Panamá, centenario sitio de re fugio para muchos desterrados ecuatorianos. Ahí por ventura tenía algunos conocidos, en cuyo trato le había introducido Eloy Alfaro. Logró instalat’se , aun- (Inc con los azares de siempre. Consiguió, además, comunicarse con la gente de Guayaquil, a la que debió el envío de sus originales del tomo número cinco de *El regenerador*, que andaba tratando de publicar, y, adicionalmente. de un giro de dinero para su mantenimiento personal y la proyectada edición, Así entonces pudo aparecer, en imprenta panameña. el 2(1 de febrero de 1877, dicho opúsculo, titulado *Las leves de García Moreno* t’ *la te Turnia.* Es el más extenso de cuantos componen aquella obra. 1 o ha— hia rcdactadohacíaalgún tiempo, niorosamente. Buscó la manera de darlo a luz, y no la encontro - pues que e) cx presidente Antonio Horrero dispuso que ‘‘todo el que escribiere o hablare acerca de convención y reformas de 10 tieç;s.-zndcin’gc,ii’nid Ai,,[sic,, junial” ile ISIS

las instituciones vigentes, sería perseguido y juzgado por conspirador”. El mismo autor lo ha aclarado con estas palabras: “Pero lo que es este librito, [tic imposible darlo a la imprenta. porque dónde estaba el impresor que lo admitiera!’. Sin embargo, pese a las tantas semanas transcurridas y al torrente de los hechos que acabó con el régimen de Borrero, dejando ‘un mar de sangre”, creyó Montalvo que seguía sicndo oportuna su publicación, “ya como un justificativo de la revolución que acababa de coronar- se”, “ya como indicaciones que pueden beneficiar a los legisladores”. Al parecer, adoptaba una posición en cierta forma coincidente con la de Veinternilla. A lo largo de su casi centenar de páginas, no había en dicho número de ***El regenerador*** ninguna referencia concreta que hiriese al régimen de aquél, ni a su personalidad política. Porque los personajes a quienes estaban enderezadas sus críticas eran García Moreno, Antonio Borrero y su ministro Manuel Gómez de la Torre. Puede asegurarse que el carácter primordial de todo el ensayo era más bien de una elocuente filosofía política, apoyada, igual que otras creaciones montalvinas, en remembranzas de lacultura grecolatina.
Algo como cuatro meses duró esta permanencia de nuestro escritor en Panamá. En marzo de 1877 se le permitió el retorno al país. Lo hizo, asimismo, por la vía del mar. A las pocas semanas de su arribo a Guayaquil, un grupo representativo de la ciudad le requirió presidir un acto cívico en que se iba a exaltar la memoria de los combatientes sacrificados en “Galte” y “Los molinos”, en cuyos campos se estimaba que había triunfado la causa del liberalismo bajo el ariete revolucionario de Veintemilla. Montalvo aceptó esa petición, y también la de pronunciar el discurso principal. Preparó éste, en efecto, meditándolo cuidadosamente, y con su acostumbrada vigilancia literaria de las expresiones. Pero es de suponer que a los hombres de partido más intransigentes no les halagaron las razones con que defendió, sin duda de manera lúcida y sincera, la necesidad del culto religioso, y particularmente del credo cristiano. Estas fueron algunas de es’ razones:
ta civitización no consiste en fatiar at respeto ata sociedad humana, ni en rompcrse fieramente contra tas creencias comunes, entre tas cuates puede haber muchas saluda- bies y salvadoras. Deladme. dejadme este error que Inc consuela, exctamaha ci viejo Catón, dirigiéndose a los epicúreos, que te disputaban la inmortatidad del alma -- - -- La morat por si sota.es una re t igión - A hora pucs,encarnada en ci Enviado suhtimc, CU)O nombre pronuncia ci mundo, inclinando la cabcia hasta a tierra, es una doble retigión, apoyada y sostenida por es varones tic más- att’a intetigencia que ha producido

el género humano. Preguniado Goethe. el escéptico: ¿qué barias si os obligasen a dar vucst **ni** opinión respecto de Jesús! —Le adora **[ja. respondió sin** vacilar, Lo que si son cosas muy diferentes son la supe rslicón y la religión el fanatismo y la civi lizaCión **cristiana**

Igualmente se debe imaginar que a los veintemillistas ya los que estaban persuadidos de las consecuencias benéficas de la revolución no les satisfizo el sabor de desencanto que se desprendía de otras palabras de su discurso. Porque la actitud de Montalvo tras el destierro, en que no se trasuntó un cncono inmediato, y el amistoso afán que había desplegado el patriarca liberal Pedro Carbo, desde su influyente posición de ministro general, para que le fuera levantada aquella pena, hacían esperar una reacción distinta. Esas palabras escépticas fueron lasque siguen:

Duéleme haceros presente lo que ninguno ha puesto en olvido: una conjuración heroi' ca, cumplida, en su mayor parte; una revolución popular; dos batallas; mil ciudadanos echados a la tumba; entrada triunfal en la capital de la república, y todavía y siempre, Garcia Morenosobre nosotros, en forma de fanatismo y de barbarie.

Las citas precedentes ayudaron a reconocer dos rasgos muy profundos de la individualidad de nuestro escritor: su reflexiva inclinación a una fe exenta de torceduras y extravagancias, y sus determinaciones radicalmente autonómicas frente a los partidos, incluido el liberal, que de algún modo podía estimarsc como el suyo. El mismo confesó mis de una vez, aparte de demostrarlo con la indocilidad de sus actos, que no pertenecía a ninguna agremiación política. Tales trazos personales contribuyeron desde luego a originar la incomprensión, la desestima y el alejamiento, y las mañas de silencio y desdén de los críticos, de que se le hizo víctimaconstanlemente. Ahí mismo, poco después de su vuelta a Guayaquil, empezó a vivir por enésima vez las tristes experiencias de esa negación y ese aislamiento. Ni más ni menos que si fuera un exiliadoen tierra propia. Y, como siempre, llegó el momento en que tuvo que soportar las angustias de una condición económica asfixiante. Volvió entonces los ojos, igual que en tantas ocasiones, a su paciente y bondadoso amigo Rafael Portilla, para que éste 1c reniesara desde Ouito sus ayudas de dinero. En abril de 1877 renovó pues ante él sus indispensables ruegos epistolares. Los continuó en mayo y en junio. Hasta que el 20 de este segundo **p'a** le confesó que le era ya insostenible su situación en la urbe portcñ. Mc voy—le dijo—a Ambato ciertamente, por falta de medios de subsistencia en Guayaquil; y no falta, así como quiera sino absoluta. Cuando menos debía irme, me veo obligado a ello . Le formuló por otra parte una advertencia que demuestra que

hacia esa fecha, cuando apenas había corrido un trimestre de este su arribo al país, se hallaba nuevamente bajo la sensación de que el gobierno le perseguía y espiaba. Razones tenía para desconfiar de VeintemP!a, Estas son sus palabras: 'Escríbame a Ambato, bajo cubierta para el señor Adolfo Callejas, hasta nueva indicación mía". Recuérdese que frecuentemente, desde la época garciana, anduvo buscando direcciones de terceras personas para que las autoridades no interfirieran su correspondencia. El sorprender una carta suya con un contenido de instrucciones políticas para tratar de socavar el régimen veitemillista, o con apóstrofes contrae' dictador, podía en efecto traerle consecuencias funestas. Es conveniente que yo haga saber que el primer atropello que este descargó contra Montalvo no fue únicamente el de la orden súbita de su destierro a Panamá, ya qut además, en forma secreta, había contratado un verdugo que lo asesinar lejos del país. El escritor nos ha dejado testimonio de ello en una carta enviada desde Ambato, el 12 de agosto de 1877, a Manuel Semblantes. Ah ha afirmado:

Don Ignacio es hombre queme puso un malvado nrás cuando me desterró a Panamá. sin los avisos secretos y las precauciones de mis amigos no sé lo que hubiera sucedido Tomó e' pícaro su pasaje para Panamá pero le botaron en Esmeraldas, *amenazándolL* con entregarle a la justicia en Tumaco. Ya ven ustedes cuál debe ser la reserva; ahora más que nunca tienen ustedesque vclarpor mi.'7°

Algunos ciudadanos guayaquileños le habían aconsejado abandonar el Ecuador lo más pronto, temerosos de que resultaban ciertos los rumores, repetidos con insistencia, de que corría peligro su vida misma. l.c insinuaban refugiarse de nuevo en lpialcs. Pero ni para ese viaje contaba con los recursos necesarios. Empredió pues la marcha de incomodidades y fatigas hacia su nativa ciudad de Ambato. en donde por lo menos habría de hallar el arrimo cariñoso de sus hermanos. Las relaciones con María Manuela se habían quebrado ya para siempre. Cuando más le sería posible. de tarde en tarde, recibir la visita enternecedora de su pequeña Ca rin en. En la apacible casa ambateña, y allá cii Ficoa, atrás de las vegas del otro lado del río, volvió así a encerrarse para sus labores literarias, que fueron irrenunciables a lo largo de su existencia. Y si bien estaba inteligentemente motivado por las insatisfacciones que iba teniendo el régimen, inepto para asumir el deber de las reformas legales a q' spir:tha el liberalismo ddhil e inestable, además, en sus convicciones doctrinarias, y vituperado si mul 7 ***tfon'aI-oro,t'rp,"olu',o* Ibid. p.ig 1**

t;iitcaineiile pci el vasto sector de la derecha, (1ue con sentido paradojico veía en el veintemillismo la imagen tétrica de una masonería enemiga de l)lst.s de la lrailería: **y** si bien, vuelvo a decir, estaba estimulado por todo aquel cumulo de circunstancias decepcionantes. blanco apropiado para que lo ;ilanceara con su habitual furor quijotesco, prefirió remansarse algo. y escribir en ese período páginas que no descubrían todo el resuello, todo el ardor, toda la acometividad de que dio pruebas en otros momentos de su lucha. Antes y después. No se olvide que ya en *El cosniopolita* y en la literatura militante que llegó a gestar en Ipiales se complació en mostrar la luerz.a verbal y la eficacia de convencimiento con que sabía hacer vibrar su pluma, entre denuestos y maldiciones. Quizás en estotra etapa hay algo distinto. Redacta *El regenerador,* que desde luego tiene tina temática variada, con la intención de impresionar menos por la agresividad que por los atributos de su ponderada dialéctica y de su imaginación creadora. A eso obedece el que, en lugar de la expresión ultrajante, que hace sangrar el pellejo de la honra ajena, haya usado los elementos de una burla ingeniosa cuando ha querido darnos la representación visual de sus adversarios. De modo que podamos contemplarlos a través de animados trazos caricaturescos. Me permito reproducir el caso tltlC sigue, que resulta de veras demostrativo de ello, y en el que sus mofas se refieren al ex presidente Antonio
I3orrero:

Desde su primer paso hacia lacapitat de la república dejó conocer quién era el hombre grande. En Ambato, verbigracia, gatiardetes, músicas, todo lo que los pueblos acostumbran para manifestar su ardor **y** su contento. Lo pnmero que hace don Antonio es caerse en a plaza; y cuándo para levantarse el presidente con ese almacén de ponchos, zamarros, maletas y alforjas que lraia consigo. Enredado estuvo allí, pataleando media hora entre los mil corceles que caracoleaban alrededor y los mil patriotas que hacían para favorecerle

Y como elocuente corroboración de estas destrezas de su frase festiva bien valdrá que cite un ejemplo más, que es éste:

Los pobres cañones son los que pagan el pato: toma el hábito un ocioso, los cañones; se ordena un monigote, los cañones; profesa una novicia, los cañones; vuelve el obispo de un paseo, los cañones; hace un milagro una beata, los cañones; no le hace daño al cura la morcilla que cenó con mucho miedo, los cañones - Entra **it** la capital una partida de milicianos de poncho, las campanas. Tenemos ministro nuevo, subsccreario de repuesto, las campanas. El ieniente Alifanfanón de Trapohana ha sido ascendido a brigadier, las campanas. Se casa la hija del cabo segundo Calmcnarcs. las cainpanas 1 .lega una recua de pertrechos, las campanas . . El uno con las campanas, la otra con los cañones, la Iglesia y el Estado co It kan las más fraternales re 1 aciones

hacen perpetuamente la felicidad dc la república. Enlrctanto es de oír con la gracia que cada uno soslicnc sus derechos, prolestando su prescindencia en los asuntos de la parte contraria.”
Estos gozos de la ironía le fueron ciertamente familiares, y aquí en las páginas de *El regenerador* parece que Montalvo los estuviera probando una y otra vez, como para encaminarlos a alcanzar su expresión más colmada en dos libros posteriores: *Las catilinarias* y *la Mercurial eclesiástica.* Aunque bede aclarar que en éstos, aparte de los alardes de risueña agudeza, **no vaciló en usar el** dardo de los insultos, ofensivos en medio de la habilidad artística y el donaire de sus giros. Asimismo he de precisar que en ***El regenerador*** no faltaron los motivos de política circunstancial que tuvieron que obligarle a las acostumbradas gesticulaciones de desagrado que se advierten en sus páginas de polemista: aludió entonces a dos protagonistas autoritarios de la vida pública de esos años: Veintemilla y José María Urbina. Pero lo hizo con una moderación evidente. Parecía que aguardaba una oportunidad menos azarosa, que se presentó precisamente después de las doce entregas que abarcó la publicación de la obra. También comparecieron, dentro de ese mismo ámbito, razones que le llevaron a defender las virtudes de ésta, evocando juicios de afuera. Porque volvió a experimentar las desalentadoras impresiones que rodearon a la edición de *El cosmopolita,* si bien con un grado menor de angustia y exasperación. Aseguraba que el *Star and Herald, La estrella de Panamá, La patria,* de Bogotá,la *Gaceta internacional* de Bruselas, *la Revista Española-Americana* de Madrid, los periódicos de Centroamérica estaban “cuajados de *El regenerador,* mientras que en su propio país se lo tenía por loco. La verdad es que cualquier buen lector de este libro habrá de encontrar en él, de modo insoslayable, páginas magistrales, de estilo encantador y de contenido provechoso por *ru doctrina, por sus juicios de pueblos y de épocas, por sus ¿nzár!enes de* personalidades del pasado y del tiempo de Montavo, por sus remembranzas hogareñas e individuales, que tan reveladoras resultan para los afanes del biógrafo.
Y para esos mismos afanes viene a ser también útil la confesión de las actitudes que tuvo que asumir entonces, frente a las circunstancias de la política que le conmovieron con mayor intensidad, oque le concernieron en forma directa y personal. Así por lo que hay, en su comportamiento, de juicio nítido sobre la dignidad de la nación, se debe tomar especialmcn 7
Defectos de nucstr.r.n. Elregenerado’ T- II. Ib,d, págt 53 a

te en cuenta la decisión con que rechazó el intento de intervención militar colombiana en asuntos de la vida interna del Ecuador. Habían sin duda cele-. brado un pacto los gobiernos de este país y Colombia para prestarse ayuda mutua, enviando tropas del un territorio al otro en caso de que uno de aquellos corriera peligro de ser abatido por la oposición, que en los dos venía a ser de la derecha. Veintemilla se sintió quizás acosado por una vasta porción de conservadores de su propio país, y se apresuró a poner en práctica el acuerdo, llamando a la soldadesca extranjera del vecino del norte. Y Montalvo fue el primero en erguirse, rápido y vigoroso, como adversario de esa conducta que desmedraba la soberanía patria. Algunos liberales colombianos fingieron malentenderlo. Hubo, en efecto, sin periódico del Cauca,_de dicha filiación partidaria, que afirmó que nucstr'o escritor era un 'malagradecido" y que había levantado su voz contra la intervención sólo con "fines ambiciosos". A don Juan Montalvo, aseguraba, "se le va areventarlabilissi noespresidente, botando aVeintemilla". Naturalmente, aquél se defendió con ejemplar rotundidad, como lo muestran estas palabras: el último lugar entre los ecuatorianos me convendría más ijue el primero, si éste lo había yo de deber a armas extranieras; que no solamente ioierar \eintemilla, si fuere necesario, sino también eonseoiiría en la resurrección de (a rc' toreno, si fuese posible. ames que hacer traición a mi patria, aceptando, para vt,icoi un gobierno. cj reí os o rgan *izatios* de otra o ación ... - Fa vi ires po rsonales que reduti ti en en nial de la república, siempre os recibiremos Como agravios; será un timbre p.ira nosotros, en esic caso, ser ' malagradccitkoi - 172

Similar interés para el biografo encierra su explicación sobre el notiyo por el que no llegó a desempeñarse como representante en la convención nacional de enero de 1S7S, convocada por el jefe supremo, y reunida en Ambato. Ella pudo en efecto rcalizarse tras una cadena de agitaciones y zozobras públicas, en que se contaron el clamoroso envenenamiento del arzobispo de Quito monseñor José Ignacio Checa, en el instante en que tomaba el vino consagrado en una misa de Viernes Santo (30 de marzo de ¡877), y cuya responsabilidad se pretendió descargar en la "masoneria" liberal; una fugaz confabulación del conservadorismo en Guayaquil; otra, más grave, en la capital, que fue impedida a tier.po y de la que aparecieron como conductores dos figuras conocidas Li mismo sector: Camilo Ponce y Rafael Carvajal; algún movimiento de la iglesia católica en contra del régi 17

U'egenerdd',Tomoit,ibId.pJgs i,7.,ai

men, no obstante un decretode advertencia punitiva para cuantos se atrevieran a ejecutaractosquealteraran el orden social. En Un, todoesoliuho, y se lo fue superando de algún modo, hasta la asamblea nacion;iI tuyente, que comenzó a funcionar el 26 de enero de 1878, bajo la presiden :ia del general José María Urbina. Casi todos sus diputados eran gohiernistas. Mi biografiado había sido elegido por Esmeraldas. Pero Veíntemilla, al saberlo, se sintió devorado por la contrariedad, según el testimonio montalvino que sigue, tomado de la primera de sus *Cati’’iarias:* Cuando pálido de cólera, trémulo de miedo, despechado y balbuciente oyó mi nombre, ¿no dijo: Yo había dado orden de que el más insignificante de los ecuatorianos fuera electo por la más insignificante de las provincias?”. Desde luego, el mismo escritor creyó adecuado sentar a continuación esta justa aclaración: “Debe ser la más pundonorosa y valiente, cuando a fuer de atrevida pudo elegir al que desde entonces tenía proscrito en su ánimo ese excremento de García Moreno”. De esa manera rudamente despectiva calificó varias veces a Veintemilla. Además, conviene recordar que el 18 de diciembre de 1 477 puso una carta a Manuel Antonio Calderón,comerciante de Esmeraldas, agradeciéndole a él como a los liberales de la provincia, por la elección con que “le habían honrado”. Al hacerlo, se le ocurrió expresarle —yeso también es indispensable no olvidar— la advertencia que sigue: “Si mi presencia en la Convención ofreciera alguna utilidad a la patria, asistiré; si novienen losdemásamigos nadapodré yo solo, yscrá excusada mi asistencia”.
La verdad fue que él no concurrió. Se creyó, aunque erróneamente, que lo mismo haría Pedro Carbo, para no dejarse someter al influjo omnímodo de Veintemilla, en cuyo gobierno renunció el ministerio geiiei al por resistirse ‘a aceptar el pacto de las intervenciones militares con Colombia, a que antes he aludido. Montalvo anunció el 20 de diciembre de aquel ano, en la última página del octavo folleto de *El regenerador,* su desistimiento de dicha representación parlamentaria. Lo hizo en forma escueta, sin siquiera explicar sus porqués, bajo el título curioso de “Farewell”, simpática voz inglesa que equivale a nuestro “adiós”, y que también la usó, medio siglo después, el consagrado poeta chileno Pablo Neruda, en una de las más celebradas composiciones de su libro *Crepusculario.* Este es el rápido *farewell* o *adiós* de nuestro ensayista’:” El Regenerador se despide para un monte. El diputado por Esmeraldas no asiste a la Convención, no porque

le este doliendo la cabeza, tenga un mal callo ni otra mentira ridícula, sino por razones que él tiene por buenas”.

El monte” a que se refería era el de las soledades camperas de su provincia. Pues que le animaba el deseo de no quedarse únicamente en la casa de Ambato yla quinta de Ficoa, sino de cabalgar hacia la rustiquez querida de Baños, en cuyas cercanías estaba la hacienda familiar. Los lugareños volvieron en efecto a mirarlo una y otra vez, amables y respetuosos. El contestaba sussaludos, deteniendo ocasionalmente la pequeña cabalgadura parda, sobre todo cuando había niños entre los que se le aproximaban Advertían muchos que no había mudadosu carácter, sencillo, aunque de hombre naturalmente adusto y callado. En los días en que duraban sus estadas en aquella población, donde se alojó modestamente en casa de un nativo llamado Vicente Veloz, lo común era que le vieran sentado al pie del viejo tronco de un gran árbol, que hasta hace poco erguía su copa sombrosa al costado de uno de sus senderos centrales. Como siempre, meditaba y leía, o meditaba y escribía.

El alejamiento de Quitose extendiópor másdesiete meses: de enero hasta agosto de 1878. Con breves intervalos de retorno, quizás Y aquel fue un tiempo en que Montalvo se entregó en forma preponderante a dos tareas: la de completar y revisar con su acostumbrado desvelo las obras que había escrito en los largos años de Ipiales, cuyos títulos mencioné en un capítulo anterior, y la de elaborar artículos periodísticos de enconada oposición al régimen como a la convención nacional reunida en Ambato. En éstos si volvieron a rugir sus dicterios, sus apóstrofes y sus sátiras, como en los momentos en que se le huracanaba el ánimo para la reciedumbre de los combates. Así pues bifurcó el caudal de sus energías intelectuales, haciéndolas servir para la creación imperecedera y para las exigencias circunstanciales de la política de ese momento. Dentro de la primera es bueno hacer notar que uno de sus. *5 jete tratados,* el del “Genio”, lo redactó precisamente mientras duró esta permanencia en su provincia. E igual, alguuas partes de los *Capítulos queseleolvidaron a Cervantes.* Y en el campo de las segundas se debe en cambio recordar que tuvo tal desborde su acometividad crítica. que un periódico quiteño de la juventud liberal, denominado *La candela,* se colmé en mucha parte con sus colaboraciones. Estaba el autor realmente acicateado por las condiciones en que se desenvolvían las actividades gubernativa y parlamentaria. Veía en las nuis altas autoridades una proclividad constante al inescrúpulo y a la traición de las ideas progresistas que decían representar; en los diputados descubría,

correlativamente, un arrehañamiento servil bajo la diesi ra veinteniillista encarnada en el general José Maria Urbina, que había sido elegido presidente de la convención nacional. Probablemente pensaba que el papel que no había intentado desempeñar en el seno de ésta como tirio de sus representantes populares, por no poseer la capacidad niel vigor de la elocuencia tribunicia, y no haber en consecuencia asistido a sus sesiones, podía hallar una forma sustitutiva de cumplimiento en la labor que le era natural: de la aleccionadora, frenética y eficaz, exposición escrita. Par:i ello estaban las hojas periodísticas de *La cande/a,* y también, aunque rilas dilicilesde dentilicarcomo suyas, lasde *L/ecpeetadur(sic).* que aparcera simultóneamente en a ciudad de Ambato.
La primera de estas dos publicaciones se había Fundado por inspiración del propio Montalvo. 1)esde cuando estaba en 1 pi **t** les no cesaba de reclamar a susdiscípulos del liberalismo la edición de un periodcole combate, y les pedía que ellos mismos fueran los que lo escribieran totalmente. De ese modo no argüirían stis enemigos que las campañas de oposición las hacía sólo él, ni tampoco le obligarían, con requerimientos de eolabori— cmii , a mezclar sus pági mis con las de autores que recién esl aNa u probando sus facultades. La primera respuesta de ese inteligente discipulado fue la del quincenario *E/Joven liberal,* en los meses iniciales de 1576 Dos años despues.c uando comenzó a sesionar la convención nacional a 1ue nc he relerido. **y** mi biografiado l’ue a establecerse en su provincia, un pequeno grupo de sus partidarios y amigos -—Rafael Portilla, Roberto Andrade, Manuel Semblantes, entre oti’os- recibió instrucciones de él para dar origen a *La (‘ande/a,* Y en sus columnas si, movido por un impulso espontaneo, y sobre todo por la necesidad de iluminar la conciencia del país. volc, Montalvo el caudal de sus propios escritos. Aunque sin irma. Noobsiante esto, y a pesar de las premuras y el corle no ambicioso de los artículos que se destinan al periodismo. el estilo característico de lo suyo ‘tic también aquí Licilniente reconocible. Yo lic examinado los dieciocho Humeros que llegaron a salir mientras duro la convencion. de enero a septiembre de 1875. Lo he hecho en una colección que perteneció a Juan Benigno Vela, ven que probablemente éste había puesto de su puño y letra el nombre de i\lon— raleo it pie de algunos de los trabajos que aparecen en cf periódico, sin duda para ayudar a que después se acierte en la idctilihc-,rcion de lo que perteneció a este autor. Mas la verdad esque rtosólo aquéllos, sino muchos mas, se decían describir como inconlirndibleniente no lal-uios los otros

colaboradores, tan pocos, se revelaban por su parte uncidos a la imitación gran maestro. Por ellose debe admitir queel dictador Ignacio de Veintemilla dio muestras de un admirable olfato cuando llegó a decir, en casa de tirio de los editores de *El expectador*, que “en vano estaban buscando por otra parte autores de *La candela;* que lo era exclusivamente don Juan Montalvo, y que él lo sabía de buena tinta”. Pero uno de los redactores de esta publicación, que no parece otro que nuestro mismo escritor, se apresuró a rectificarle, dándole un trato deliberadamente despectivo, inusual para dirigirse a un jefe de estado:

La buena tinta de este sujeto —ie respondió— en el asunto de ***l.a candela*** es, según sabernos, una carta del impresor Flor al dicho sujeto Veinlemilla, en la cual denuncia espontáneamente al señor Montalvo como autor de ***La candela.*** No le creemos al señor Flor capaz de este sigilismo (sic) - no es de suponer —agregaba— que el autor del número undécimo de ***El regenerador*** tenga necesidad de entrar en tratos ocultos con impresor de ninguna parte.

1-lacía quizás referencia a dicho número no únicamente por la oportunidad de su circulación reciente, sino además por el desenfado de sus expresiones satíricas, que se había ido volviendo paulatinamente notorio en el curso serial de aquella obra, y que de modo particular afectaba, en la aludida edición, al general Urbina. El impresor quiteño Manuel y. Flor, cual todos lo esperaban, negó haber dirigido ninguna carta al mandatario. Pero, más allá de la maña de Veintemilla, de querer sorprender con un arbitrio inescrupuloso y falso, y más allá también del ánimo de rectificar de la redacción de *La candela,* resultaba evidente lo asegurado por el dictador sobre que Montalvo era el que encendía las ascuas del pequeño periódico. Y, claro, al responsabilizarle de un modo tan individual, estaba ya sin duda buscando el pretexto para hacerle víctima de uno de sus desmanes.

Muchos vicios de la vida pública del momento eran condenados por *La candela:* la sumisión de la asamblea nacional al general Veintemilla, a qtnen llegó a entregarle la investidura de presidente constitucional de la república: la aprobación parlamentaria de normas legales que limitaban los derechos de los ciudadanos, y entre aquéllas la facultad del jefe de estado para imponer la pena del destierro; la concesión de indemnizaciones al general Urbina ya otros ex funcionarios públicos, de modo tan gracioso y frecuente que pronto “la pobreza obligará al Ecuador a salir con *pilche* y *bordan* por las repúblicas vecinas”; los atropellos cometidos por Veinte-

milla contra la libertad de imprenta, y, en fin, entre burlas y alusiones grotescas, las muestras de inmoralidad e incompetencia de autoridades y legisladores. Una de las figuras más atacadas fue el doctoriulio Castro. o "Castrato", a quien Montalvo le zahería de amujerado, y le satirizaba inexorablemente desde cuando supo que él aconsejó a Veinternilla la proscripción súbita de que éste le hizo víctima, cuando le obligó a viajar a Panamá. Y. por cierto, el Presidente fue asimismo zarandeado sin ninguna consideración. Tras hacer un breve recuento de las luchas políticas de Los liberales, de que, como sabemos, el constante protagonista fue nuestro escritor a través de sus campañas de prensa, el autor de uno de los artículos de *La cari- deja*, que no podía ser otro que Montalvo, redondeó estas terminantes y ásperas expresiones; "Nadie se atreve a negar que a nosotros se deben las revoluciones, que por arte de cien mil diablos han dado por resultado este ridículo absurdo de ver de presidente al más ignorante de los nacidos, y de ministro al más *incompleto* de los mortales". Se refería a Veintemilla yaJulio Castro.

Dos hechos se desprendieron de esta labor periodística tan belicosa:
la determinación de Montalvo, todavía no confesada, de escribir un libro despiadado, modelo de literatura irónica y ultrajante, en el cual caricaturizar con trazos para siempre imborrables la personalidad esperpéntica del tirano Ignacio de Veintemilla: el libro titulado *Las caiilinarias.* Y frente a ello, la resolución simultánea, igualmente no revelada, que adoptó como en tácita respuesta el vapuleado gobernante, y la cual fue disponer la persecución, y hasta alguna tentativa de asalto, contra el insobornable polemista: su efecto final se manifestó en su tercer destierro, en que se le fue lo que le quedaba de vida.

Por cierto, la salida del pais demoró todavía un año. Que, con excepción de uno que otro viaje a la capital, lo pasó entre Ambato y Baños. Pero ya en ningún momento se vio libre de una existencia intranquila. Sus amig s le prevenían constantemente del riesgo que entrañaban las acechanzas de la dictadura. Y en verdad él mismo ansiaba por dejar nuevamente un ambiente tan azaroso, y tan cargado de odios y desprecios. ¿A dónde ir? Pocos seres superiores, en toda la redondez del mundo, habrán tenido que soportar como Juan Montalvo la incomprensión y eL aborrecimiento del sector público de su propio país, tras haberse dolido y angustiado por éste, y a causa precisamente de ese dolor y ese tormento tan lúcidos y generosos. Nada le quedaba en el Ecuador. Nada le esperaba afuera. Con todo quería

afrontar otra vez la desamparada suerte del exilio, ya para redimirse de las amenazas y de las ofensas anónimas; ya para salvar sus libros inéditos, huscándoles impresores extranjeros. En medio de tántas negaciones no había dejado de alumbrarle, jamás, la fe en el destino glorioso de sus escritos. Si debió esperar largos meses para la partida, ello obedeció, como siempre, a la falta de recursos. ¡lay que recordar que desde agosto de 1878 estuvo empeñado en ausentarse. El 12 de dicho mes le expresaba a Roberto Andrade. en carta que le dirigió desde Quito a su propiedad de Imbabura: Ya de Ambato le había yo hecho decir que deseaba verlo aquí a mi legada: he sentido mucho que Ud. se haya desentendido de esta intimación. Me voy, corno Ud. sabe ya. a los Estados Unidos; y debo encontrar- rile en Panamá a tines de setiembre. Saldré de Quito el lo . Pero no consiguió salir entonces. Ni se fue en tal ocasión, ni nunca, a los Estados Unidos.
Retardado pues su viaje al exterior por el motivo que primordialmente he mencionado, reinició la publicación de sus ensayos de *El regenerador*, en la misma capital ecuatoriana. En los dos primeros meses de 1878, tras haber puesto la nota de su “farewell” o despedida, porque se retiraba a su provincia, había en verdad editado, en Quito mismo, los números 9, lO y II de aquella obra. Entregado luego a los jadeos periodísticos de *La candela,* y a la revisión y complemento de su producción de Ipiales, no se ocupó en hacer otras entregas hasta junio del mismo año, en que dio a luz *El desperezo de El regenerador.* Estas páginas, con la consabida vehemencia de condenación a todo embate dictatorial, rechazaron ‘las facultades extraordinarias” concedidas a Veintemilla, espadón que se creía nacido, “no para presidente constitucional, sino para dueño del pueblo”, y trazaron en el mismo lenguaje arrebatado una comparación entre éste y García Moreno. Su propósito erahacer ver la insignificancia del primero, y naturalmente la distancia que media entre un ignorante y un hombre ilustrado, entre un cobarde y un “jayán de valory arrojo increibles”. Finalmente hizo imprimir un bimestre después, esto es en agosto, el número 12, con que concluyó *El regenerador,* y cuyo contenido misceláneo es de los más hermosos y atrayentes del libro. Pero lo que de él encierra particular significación para completar la imagen de Montalvo es el haz de referencias que trae en torno a un instante de la vida nacional que se sitúa en 1878, y en que hay juicios de los más burlones y desdeñosos sobre el dictador—nueva prueba de que estaban germinando *Las catilinarias*—, e indicaciones preci

sus sobre si mismo, **por habérsele acusado de urdir ci asesinato dc Veintemilla** y de los generales Urbina, Robles y Maldonado. Aquellas referencias aparecieron bajo el título, alusivo al golpe veintemillista. de’’ La peor de las revoluciones’’, en octubre del *mentado* año. Conviene que yo agaville aquí tinas pocas frases: las necesarias para revelar lo suslanlivo de ese te%lO. Las tornará de uno y otro punto, pero buscando su coherencia. Van en seguida:

El señor Ignacio de Veintemilla **ha** hecho publicar en el periódico oficial del Guayas el descubrimiento dc una *vasta revotucion,* la cual debía principiar por la muertc **de** dicho señor y de os generales Urbina, Robles y Maldonado ‘los caudillos, según el denuncio del periódico oficial, debían ser los señores Carbo, Moncayo y la persona que habla,,. ,‘ (Pedro Carbo, Pedro Moncayo y Juan Montalvo). Si lo han querido matar (alude a Veintemilla) en 1-luanojo o en Cuchicorral, yo no **lo** sé; pero estoy cierto de que **en** Ambato no hemos pensado en semejante huagricidio” (huagra es una voz quichua que significa buey, y con cuchicorral se da a entender un encierro de cerdos). **El** bueno de don IgnacIo **ha** tenido por conveniente incluir **mt** nombre en los que dehian, según él, componer el gobierno provisional: pura suposición de su parte

Y dice mal, porque si ayer fui para **él** *el* ,riás *insignificanit’ de los ecuatorianos,* ¿cómo sucede que goce hoy de la consideración necesaria para entrar en tercio con los hombres más beneměrilos de **la** república?.- Lo que usted quiere, mi buen don Ignacio, es zafar de mí, sea poniéndome bajo lierra, sea echándome allende el mar

.-Maldita sea la gana que tengo de vivir en pais donde las luces son defectos, las virtudes delitos, y donde el hombre de pundonor y consideración tiene de continuo la espada de Damocles sobre la cabeza ... ,-¿Sabe usted por qué no me voy en este instante? Porque no puedo. *Había paciencia,* como dicen en Portugal, y antes de diez meses estoy en donde no me acuerde de usled, de su comparsa ni del diablo, ocupado en cosas que por Dios Criador me han de dar honra y gloria aun cuando riquezas ole sean negadas

Puede afirmarse que la voluntad de eKiliarse estaba ya tomada por Montalvo, y que toda demora se ie trocaba en mayores inseguridades y molestias. Más aun cuando insistía en la publicación de observaciones y reclamos al régimen. Algo precisamente de ello ocurrió sólo semanas después de la aparición del escrito que acabo de citar. ***Y*** fue cuando tuvo que asumir la defensa pública del revolucionario Eloy Alfaro, aprehendido y engrillado por conspiración. De manera que, con tan pertinaz conducta provocativa, se vio obligado nuestro polemisLa a vivir peor que nunca, buscando refugios cambiantes entre parientes y amigos. No se olvide el texto de la carta que dirigió en junio de 1879 a su pariente y tocayo de Guano. la cual reproduje en uno de los primeros capítulos de este libro, Especialmente deben leerse otra vez estas líneas: “Probable es que vengan nuevas

órdenes contra mí, y que la persecución se enardezca: en este caso aceptaré el asilo que U. me ofrece, dándole aviso oportunamente”. Pero permanecer así, aun dentro de su propia provincia, era como vivir a salto de mata, sin sosiego ni siquiera para disfrutar de las cosas más amadas por él: los paseos en el campo, los libros, las labores de la pluma, los halagos fortuitos de la visita de su pequeña hija o de la compañía familiar. Era pues preferible desterrarse lo más pronto. Yen efecto llegó, tuvo que llegar, la fecha del nuevo desprendimiento. Fue ello en las postrimerías del mes de agosto de dicho año. Se encontraba hospedado entonces, secretamente, en casa de un ambateño llamado José María Punina. Los ajetreos de la despedida ocurrieron en horas de la noche, entre el movimiento sigiloso de sus allegados, la ayuda de un par de sirvientes, las exclamaciones condolidas de los más íntimos, y los sacudimientos del llanto en alguno de éstos, al propio tiempo que el brillo de los ojos húmedos del escritor, tan propenso a esa laya de enternecimientos callados. Parecía que, sin que nadie se atreviera a confesarlo, todos presentían que ese era el último adiós, el adiós definitivo que daban a su melancólico viajero. Había pedido él que sujetaran en el lomo de la bestia de carga una petaca de madera y un maletín ligeramente abombado de cuero negro (he podido conocer éste en manos de uno de sus lejanos herederos). Llevaba en tal equipaje un poco de ropa, de aparejos para el camino, y sobre todo, celosamente ordenados, los manuscritos de las obras que pensaba editar afuera. Estaban entre ellos muchas páginas de *Las cari/manas,* con que iba a convertir en un monigote para siempre escarnecido al gobernante Ignacio de Veintemilla. Hay testimonios de que se resistió a guardar una pequeña bolsa de terciopelo con monedas de oro y de plata, que eran los ahorros que su hermana Rosa se los había mandado con un hijo, Ricardo Flores Montalvo. Casi hizo llorar al muchacho con las palabras cariñosas con que le rogó devolver ese dinero a su madre. Contempló la escena, ganado de la misma emoción, otro sobrino del escritor: César Montalvo, hijo del doctor Francisco Javier. Ya él, a su vez, le hizo recoger con oído atento un mensaje de recomendación para que la familia fortaleciera el ánimo frente a las duras consecuencias que podría traerles la lucha política de su hermano.
Por fin, arreglado todo, partió Montalvo desde ese su último refugio de Ambato. Montados, él y un acompañante, en corceles de estampa erguida y nerviosa, atravesaron la puerta de la calle, y comenzaron a galopar por entre la pequeña ciudad dormida, bajo la transparencia de un cielo in

sondable en que fulguraba la pupila vigilante de unas cuantas estrellas. Atrás iba trotando el rucio de patas cortas que jineteaba un pe6n, y a su lado la bestia de carga a la que él acosaba con voces y esporádicos fustazos. Pronto pasaron por la plaza principaL, cargada de tantos recuerdos para nuestro escritor. Todo se veía ahí quieto y cerrado. Sobre las hojas de madera de la casa de Maria Manuela, ligada a la historia de él como amante, esposa y madre de dos niños, y sobre la entrada a su vieja y acogedora morada paterna, y sobre el añoso y crujiente portón de la iglesia, descansaban pesadamente sendos aldabones nocturnos. Siguieron marchando hacia el norte, por fortuna sin persecuciones, emboscadas ni contratiempos. Sólo pararon, durante sus cinco largas jornadas, en tambos del camino y en albergues. Uno de éstos se hallaba en el extremo sureño de Quito. Varios amigos, avisados de antemano, le esperaban allí. Pero tras cada reposo – el necesario para dormir, para tomar algún alimento, para dar tregua a las bestias o alivianas con su agua y su pienso— reemprendían su viaje. De ese modo, entre las molestias causadas por la llovizna paramera o e! fango y el polvo, y entre los sudores, los estropeos y lastimaduras que eran propios de un cabalgar tan esforzado, arribaron finalmente a la hacienda de los padres de Roberto Andrade, en Peguchi. La familia toda los aguardaba. Pues que al ser advertida oportunamente del paso de Montalvo hacia ¡piales, le había transmitido la invitación a detenerse allí, un par de días a lo menos.

Corno había que suponer, resultó reparador ese hospedaje. A lo largo del camino había sentido el escritor varias mortificaciones físicas, efecto inevitable de aquel tipo de trayectos fragosos y prolongados. Se le atendió cariñosamente. Se rodeó su estada de la mayor reserva. Se le estimuló el ánimo para una conversación iacabable,en que se tocaron puntos relacionados con su asilo en ¡piales, su seguridad personal, su proyecto de cruzar otra vez el Atlántico para publicar en Europa su producción inédita. Hay que saber que esto, el sueño de conquistar allá una celebridad legítima con sus libros, había venido a ser la razón de los nuevos sacrificios en que estaba meditando. Confiaba sobre todo en dos de sus creaciones: *Siete tratados* y *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.* Los Andrade le escuchaban embelesados. Roberto se atrevió a rogarle que dejara en sus manos los originales de la primera de aquellas obras. Se sintió ansioso de leerla. Le prometió su devolución segura, haciéndole una visita, semanas después, en el pueblecito colombiano hacia donde el desterrado se dirigía. Aceptó éste

desprenderse temporalmente de su invalutble tesoro, porque conocía la seriedad de su joven amigo. Pero luego tuvo que escribirle, aludiendo con impaciencia a dicha entrega, que demoraba en cumplirse. En efecto, el 24 de octubre de 1879 le expresaba lo que sigue:

Acaba de llegar el muchacho, y como me dice que quiere irse mañana mismo, le escribo incontinenti ... Cabalmente el objeto con que debía venir el muchacho era el traerme mis manuscritos, y no los ha mandado usted ... Soy de parecer que mis cuadernos no los traiga usted, por el peligro que pueden correr, oes tomado usted por desgracia; hágalos adelantar con el peón que supongo traerá usted...

Y a su otro joven admirador y mecenas Rafael Portilla, en carta de la misma fecha, le manifestaba:

Roberto me dice que no me envía los manuscritos que le dejé, porque usted los lea. Si tiene ratos perdidos, ltalos pronto: no hay más plazo que hasta el 20 del entrante. Si los lee no se excuse de darme su opinión sobre ellos. Son siete cuadernos de esos, destinados a ver la luz del día en Francia con el título de *Sieté tratados* y *tres musas.* Cuando se haya hecho usted cargo de ellos, digame francamente si podemos esperar buen éxito. Roberto ha confundido su lectura con el código civil y las trampantojas de la escribanía, y no sabe qué decir de mis tratados.

A la postre, por fortuna, la devolución se efectuó sin ninguna novedad, y mientras su autor seguía en ¡piales.

Y bien, antes de esta digresión sobre el préstamo de los manuscritos de su libro más famoso, y quizás el preferido de Montalvo, había yo indicado que el descanso en Peguchi le fue muy saludable. Unos tres días gozó de la hospitalidad de esa familia de liberales. La víspera de la partida se hicieron los preparativos indispensables para que viajaran también la madre de Roberto, éste y un par de parientes, pues que deseaban acompañarle hasta el valle del Chota, en donde se hallaba el padre de los Andrade. Esta decisión obedecía por cierto al propósito de disimular la salida del escritor, ya para entonces perseguido por agentes del gobierno y maleantes a quienes se les había conchavado para algún acto criminal, Se escogieron también los mejores caballos de la hacienda. Y al empezar a clarear una mañana de principios de setiembre del 79 todos se pusieron en camino. Nada anormal ocurrió hasta el ardiente caserío negro, de cañaduzales y trapiches, que se extiende en las riberas del Chota. Por lo mismo, tras una tregua bastante breve, ahí se separaron del grupo familiar Juan Montalvo y Roberto Andrade. Este había prometido seguir con él un poco más. Galoparon pues los dos hasta las hermosas praderas de una propiedad infinita, llamada “El vínculo”,en los contornos del Carchi. Se desmontaron en ese

lugar apacible. Algunas manchas de ganado ramoneaban distantes. *Y* más lejos aún, se alcanzaban a distinguir, aunque no sin cuidadosa atención, las alas de las garzas que revoloteaban cerca de la laguna de la hacienda, y que se desvanecían casi en el azul de la altura. Los cansados viajeros se tendieron sobre la dulzura de la hierba. —Amigo mío, otra vez la maldición de la ausencia, y quién sabe hasta cuándo, fue todo lo que el joven oyó de los labios de Montalvo. Porque nada se dijeron, de nada hablaron en los minutos de ese reposo en medio de la inmensidad. De repente fue éste el que se puso de pie, para expresarle con amarga resolución: – "Es preciso. Me voy!. Despidámonos". Su acompañante siguió el ejemplo, pero titubeante, desconcertado por la súbita impresión de tales palabras. Se miraron luego a los ojos, fugazmente, como evitando sondear en ellos la tristeza de su mutuo sentimiento. Y el escritor volvió a tomar la iniciativa de la despedida, diciéndole "adiós, Roberto", mientras le estrechaba varonilmente en sus brazos. "Un último encargo quiero hacerle —añadió——:
es el de que no olvide usted que los Gómez de la Torre no se han cansado de ponerme obstáculos en toda mi carrera". El joven, callado, pareció no entender la finalidad de tal advertencia. Eso fue todo. Los dos hombres se volvieron las espaldas, y cada uno tomó las riendas de su caballo, para hacer sus opuestos rumbos.

Pronto la silueta del desterrado era sólo un punto móvil y oscuro en la línea infinita de las lejanías.

CAPITULO XVIII

Camino final hacia la fama

A ¡piales no arribó solo. Varios de sus amigos tulcaneños, siernp: solidarios con él, le acompañaron. Con ellos pues cruzó la frontera y galopó hasta la casa que le habían alquilado. Todo estaba debidamente dispuesto para ocuparla. A Montalvo le plació su nuevo albergue. Fácil es advertirlo en los términos con que invitó, el 21 de octubre de 1879, a Rafae Portilla y un par de jóvenes compañeros de éste a visitarlo allí: "... que se venga acá, junto con los otros dos amigos. No teman estar mal aquí; tengo una linda casa, cómoda y alegre y dispongo de toda ella; estarán ustedes aquí como príncipes; y si son enamorados, no les han de faltar pastusas de buen rejo". Esto de *rejo* entraña aquí uno de dos significados:
el ecuatoriano, que es el de vacas de ordeño, y el que consagra el diccionario, que es el de robustez o fortaleza. Por la risueña malicia con que les incitaba a hacer el viaje, es natural suponer que el escritor usó el vocablo con la primera acepción en forma figurada; esto es, para dar una imagen de aquellas jóvenes de la ciudad de Pasto que se mostraban ya en plena posesión de los encantos femeninos de la nubilidad. Pero lo cierto fue que nunca llegó a disfrutar de la anhelada visita de sus discípulos políticos de Quito. Y en cuanto a las comodidades de su morada en dicho lugar de la frontera, no hay duda de que debieron de haber sido como él las ha aludido, pues que acostumbraba ser muy fiel en esa laya de confidencias. Además, el pueblo mismo, a fuerza de la azarosa condición de sus destierros, había ido cobrando para él las dimensiones afectivas de un retazo de su propio país, según lo prueban las páginas de exaltación de *El Sur de Coloin 17* ***Montalvo*** *e,i su ep&olano.* **Ibáil**

btu y las palabras dispersas, de otros escritos,c()1 que lo afloró en épocas diferentes: **‘‘Yo** estoy suspirando por el cielo y el clima de Ipiales’’. dijo al gu ni vez a su sobrino A d rl a no Montalvo. Por fin, la graciosa pi ncc lada con que reveló su atención hacia la excitante presencia femenina, no vino sino a corroborar lo que he afirmado una y otra vez a lo largo de esta biografía: su propensión voluptuosa, que le llevó a reales episodios eróticos, aunque sin quebrantar jamás los límites de la normalidad y la moderación. Para entonces iba ya camino de los cuarenta y ocho años de edad.

Aparte estos aspectos auspiciosos de su establecimiento en aquella aldea colombiana, es indispensable ver también lo que hubo de preocupaciones, de inseguridad, de melancolía, y por supuesto de agitación política en los largos meses que duró su nueva estada ahí. Porque, en efecto, tuvo que radicar en Ipiales desde setiembre del 79 hasta enero del 80, y desde julio del 80 hasta comienzos de julio del 81: en total, cerca de un año y medio. La interrupción de casi un semestre que se advierte en su permanencia ipialense estuvo determinada por un viaje a Panamá, que duró cuatro meses, y un período de varias semanas en el puerto colombiano de Tumaco, en donde se detuvo cuando regresaba a su albergue cordillerano por motivos de salud.

En lo que concierne a las circunstancias de inseguridad que le rodearon, ello se evidencia a través de las cartas que dirigió a Roberto Andrade, Ya desde el momento de su arribo a Ipiales, tras haberse despedido de su amigo en las llanuras del Vínculo, al norte del Ecuador, y convencido de haber sorteado acechanzas criminales, le aseguró: “Ile llegado y estoy a salvo”. Esto era el lUde setiembre de 1879. Muy poco después, el 16 de octubre, le hizo una confesión de lo más reveladora, en estas palabras:

Antes del *aviso* de Ud. diez o doce cartas hahian venido ya, y no solamente para mi sino también para varias personas de este lugar. Algunas de ellas paren ser de mujeres. No hay duda de qu’ veinte niil criminales y viciosos cavilan en mi muerte; mas yo no creo que el asesino sei de allá: y cabalmente en esto está el peligro. No tengo el sobrino
que Ud. dice para que me custodie no son adecuados los ni ios ni pudieran venir. Tam poco es necesario ningún hermano de Ud. De un asesinato aleve nadie lo defiende a uno. Ni yo ni el compañero podríamos, por otra parte. aguantar el suplicio de no separarnos un instante. El Custodio invisible es el eficaz: mi Genio con nombre de ángel de la guarda, es el queme ha de salvar, pues no me desampara. y a Providencia no deja de advertirme que no tema

Decir lo que él decia no era hablar por hablar. Parece que había intenciones notorias de eliminarlo, y que “los proyectos homicidas” proce

dhn del Mudo”, apodo con quc Montalvo llamaba al dictador Vcintcmi• ha. Por eso, al verse tan solo, pese a su observación de que de un ataque aleve nadie podía defenderle, no conseguía amenguar ni ocultar su sensación de inseguridad. A no otra causa obedecía el porfiado afán con que invitaba a Roberto Andrade a unírsele en ¡piales. En carta del 29 de octubre le escribía-: ” Reitero mi llamada a Ud. Estoy tan solo en la casa, que estoy como encantado. Peligro corro hasta en la casa, pues no tengo ni muchacho. Véngase a acompañarme hasta ch día de mi salida Esto último afirmaba porque estaba pensando ya en rse temporalmente a Panamá, para arreglar la edición de sus *Catilinarias:* un grupo de impresionantes libelos contra Veintemilla. Su amigo le mantenía pendiente, casi convencido, de la promesa que le había formulado en más de una ocasión, de viajar hacia su refugio ipialense. Precisamente confiando en el cumphmiento de tal ofeita, se adelantaba a recomendarle, con frases risueñas, muy propias de su ingenio: “Si algo trae Ud. cuando venga traiga nogada de Ibarra, de esa que pudiera un poeta presentar a las Musas : de paso le rogaba jurar “por ***la empuñadura de su espada*** no pensar ni en ***artículo*** *moflis”* en hacerle un nuevo obsequio de alfeñiqucs. Las nogadas, que se elaboran hasta hoy, se hacen con panela o azúcar y trocitos de tocl.e.
Que nuestro escritor, hombre de probado coraje, se mostrase tan preocupado de un probable conato criminal en contra de él, y que no vacilara en solicitar la presencia de alguno de sus amigos cercanos, es indicio de que en verdad corría un serio peligro, frente al cual hacía ver que se le avivaba espontáneamente la fe en el amparo divino, lejos de lo que sobre él suponían sus enemigos. Hay pues que reconocer que no era cobardía, sino una premonición cierta, lo que le tenía azarado. La tentativa de inferirle daño fue real, pero se pasnió a la postre, afortunadamente. Su ejecutor iha a ser un sujeto misterioso, apellidado Casanova. [.éase este breve testimonio de Andrade:
Yo conocí a Casanova en 579: residía yo en San Vicenie, hacicnd-j en las márgenes dci Chota. camino de Tulcán. Varios lranseúntc se alojaban en dicha hacienda. LTn día se hospedó un desconocido, de treinta a cuarenta años de edad, de estatura regular, barba y cabello negros **y** poblados. Venia de Ouilo, du **ml** ió **y** siguió a Colombia. En la tarde recibí carta urge nie de Ootio, escrita por D. Rafael l’oriil la. en que me decía: Avise inmediatamente a D. Juan Montalvo, (tpiales) CIOC va un asesino, en pos de él, llamado Casanova, enviado por los terroristas (así designaban a los conservadores garcianos). Añadía la filiación del individuo, la misma del que había partido en la mañana.

El aviso corrió naturalmente en forma acelerada, y llegó en momento oportuno. Tal era el grado de adhesión y cariño con que le atendían sus jóvenes discípulos liberales. Del hecho quedó constancia. Mi biografiado también lo ha referido, quizás un tanto novelescamente, con un sinnúmero de detalles distintos de los que de terceras personas se han recogido. Puede vérselo en su larga *Digresion* de la quinta catilinaria. Lo que ha llegado a saberse por testimonios ajenos es que en efecto aquel vagabundo sospechoso entró un día, de pronto, casi en sigilo, a hablar con la cocinera de Montalvo, y que éste alcanzó a sorprenderle casualmente. Su primer impulso fue el de gritarle: ¡Casanova!, seguro de que se trataba de éste. Y entonces la respuesta única del intruso fue volverse rápidamente, echar una mirada esquiva a quien así le había llamado, y salir con prisa, apenas saludando. La mujer no se resistió a dar la voz de alarma, tras la indicación vehemente de su patrón, y pronto algunos vecinos se empeñaron en perseguir a Casanova. Pero éste había encontrado la manera de ocultarse y escapar.
Vivircon esa guisa de sobresaltos no era, no podía para nadie ser una cosa placiente. Aun sin aquéllos Montalvo no estaba dispuesto a demorar mucho en Ipiales. Pues que desde que salió del Ecuador, sin presentir desde luego que esta vez era para ya nunca volver, el rumbo que traía en mientes era el de Europa. El quería que el alero colombiano fuese temporal, aunque se extendió más de lo pensado. Ahí estaba para completar sus escritos, corregirlos y copiarlos para la imprenta, y sobre todo estaba por la necesidad de reunir los dineros suficientes con que viajar al otro lado del Atlántico, a instalarse en París para acometer las ediciones en las que soñaba corno sustento de su gloria. Porque ésta era la razón primordial de su existencia de aprendizajes, esfuerzos y desvelos.
Así, pues, no babia pasado sino algo más de un mes de su arribo a Tpialcs cuando ya estaba hablando de su afán de pasar a Panamá, con el animo de ‘dar a luz allí media docena de folletos que le dejen para los gusanos al malhechor (Veintemilla): Eloy (Alfaro) piensa también que esto es necesario, para venir a las manos. Con los rea1’z que tengo aquí apenas podré legar a Panamá Los ‘folletos” ‘ ,jue aludía con estas palabras, tomadas de una misiva a Rafael Portilla, eran los de *Las catilinarias,* que, corno se ve, hasta entonces sólo alcanzaban a media docena. Esto demuestra que los otros seis los escribió ya fuera del Ecuador. Debo por cierto aclarar que su interés en las prensas panameñas se limitaba únicamente a

la publicación de dicha obra. Y ello, acaso por dos razones, al parecer nolonas. Era la primera la de la urgencia de castigar al tirano y debilitarlo, a fin dc que el infatigable guerrillero Eloy Alfaro contara con el ambiente apropiado para "venir a las manos", o sea para su acción revolucionaria. Y era la otra la de su probable convencimiento de que esas páginas bclicosas encontrarían uti auditorio fervoroso en los pueblos hispanoamericanos, comúnmente azotados por la misma política de **Vicio5** y miserias que él denunciaba. En lo que atañe a sus demás libros inéditos, he indicado ya que su determinación inamovible era la de llevarlos consigo a Europa, como la llave de una fama largamente presentida.

Pero mientras buscaba las circunstancias adecuadas para partir. y como un saludable contrarresto a las zozobras que le ponían en 'el ánimo las persecuciones y las amenazas, así como un remedio a la melancolía que le prendían la soledad y los renunciamientos, se vio de nuevo metido, con todo ahínco, en sus trabajos de escritor. Desde luego sólo a sus íntimos les confiah. **!)S** propósitos de abandonar ¡piales. A uno de ellos le decía: "Me escriben de Panamá que los medios necesarios para ese viaje literario son ya casi seguros' Y a otros les prevenía con la necesidad del secreto, expresándoles: "Excusado es advertir a ustedes que mi proyecto de viaje debe mantenerse en profunda reserva. Mi Berruecos hallaría el galopín de Flores en las montañas de Barbacoas o en Tumaco". Seguía pues temiendo seriamente su asesinato. Creía que los boscosos y desamparados parajes de su trayecto colombiano se asemejaban al funesto escenario de Berruecos en que Sucre, quizás por las vehemencias de poder de Flores, cayó victimado. Le parecía que lo mejor e era buscar la compañía de un par de amigos. Para hacer la travesía hasta Tumaco hubiera preferido tener a su lado a Roberto Andrade: 'gran imprudencia sería emprender ese camino sin amigos y vigilantes", le observaba. Y puesto que las cartas que dirigió a Panamá no habían sido recibidas jamás por sus destinatarios, él suponía que el Mudo estaba ya enterado de su salida. De modo que le recomendaba tornar precauciones para unírsele en ¡piales, y aun le sugería convencer a su hermano, Modesto Andrade, baquiano como pocos, para que les ayudara a ganar el puerto venciendo aquellos sitios inhóspitos que median entre la sierra **y** el mar Pacifico. Desafortunadamente, no alcanzó a disfrutar de la custodia de ninguno de esos dos compañeros. Problemas familiares les retuvieron en su provincia de Imbabura. Además a Roberto. cuyo deseo era llegar hasta la capital panameña, le desalentaron los términos de la siguiente advertencia montalvina:

II ‘aje que lid. desea a Panantá. no puede ser por mil razones; porque no podría 1 ‘sI. sisis CF a su Casa si el Mudo supiera que se había do eonniigo. porque le seria a
mo triste quedarse alli cuando vil pie embarque para l:urop;i: porque cada personecesita cuatro soles por día, litera de o extraordinario, no viviendo. Como ningún
Isirastero vive, fuera del hotel. ‘[res meses he de permanecer yo allí: ya ve Ud. que
necesitamos uti caudal. que no está seguro.
1 n fin, el escritor le aclaraba que basta el puerto colombiano de “Tuplaco sí, no sólo aceptaba su compañía, sino que la tenía por necesaria”.
Desbaratado pues el plan de atravesar los breñales y ventisqueros en una cabalgata segura con sus amigos, no le quedó sino viajar con un peón contratado *‘y* un grupo de arrieros que iba hasta Barbacoas. Ahí pudo a la vez icomodarse a la compañía de otro puñado de viajeros, que debía partir dos días después con su mismo destino. De modo que, confundido con personas extrañas, y poseído de la sensación de estar así bajo alguna protección, alcanzó a arribar a Tumaeo, sin más que algunas molestias en su salud. Su pasaje a Panamá estaba reservado en un vapor confortaNc. La navegación le resultó entonces un medio de descanso y de ah- vio. En el muelle estaba Alfaro, su mecenas inalterable. Entre sonrisas líectuosas y comunicativas, que albeaban en la prietez de su rostro, le saludó ‘ le condujo a su hotel. Ene1 trayecto hablaron de las monstruosidades del régimen veintemillista, de la urgencia de promover su caída para msladrar a verdadera revolución liberal y, desde luego, de la inmediata edición de *Las catilinariatç.* Seis de éstas se hallaban listas para la imprenta. Nl ontalvo suponía que habría de escribir ocho en total, pero llegaron a doce. Una publicación serial, en opúsculos independientes, aunque enlazados por un solo propósito de condenación política y moral, e identificados por la singularidad del estilo montalvino, era lo que esa obra vendría t ser. Por su técnica, por su condición de ensayos que pueden ser apreciados en forma autonotilica o articulados entre sí, por su hálito emotivo y estélieo, se asemejaban a los de sus dos libros anteriores: *El cosmopolita it ,c’ienerador.* Eloy Alfaro aún no los había leído, y no obstante se ha— liaba convencido de que alcanzarían una circulación irresistible, como para fortalecer económicamente a sIl autor, a más de extender el ámbito de su consagración internacional. El no únicamente le ofreció el dinero para la casa impresora. sino que desinteresadamente se presto’ para promover con eficacia la venta de cada tino de aquellos folletos. Los cinco primeros, de veinticuatro Y veintiocho páginas, en el mismo formato que el de *El regenerador,* aparecieron de marzo a mayo de 1880.

Pero el viaje a Europa se irustró en ese primer intento, a causa de tropiezos de carácter material precisamente, que luis tarde se superaron. Por eso se vio obligado a volver a ¡piales. Es probable que también su estado físico pesara en tal determinación . Pues qtme a sim sobrino Adriano. hijo de Francisco Javier Montalvo, le afirmó co carta despachada desde Panamá el 26 de marzo de ese año: “Yo estoy muy mal de salud: después de una fiebre, que por poco no es amarilla, he quedado destrozado. Mañana inc embarco para Tumaco en mi camino para mi desierto de los Andes. Así lo requieren la salud y la suerte.’”5 No es aventurado suponer que las molestias de la garganta y alguna afección respiratoria fueron el motivo de esa fiebre. Recuérdese que en alguna otra ocasión se quejó de dichos síntomas. Y obsérvese que en esta vez, a mitad del camino de regreso a ¡piales, le aseguraba al mismo Adriano Montalvo que “tan luego como me sea dable respirar el aire de los países altos, volveré a lo que soy por costumbre en buenos climas”. Por fin, sépase que también temía las consecuencias de los rigores invernales de París, y que por ello, ya de nuevo en la capital francesa, le escribía a Adriano: “Hasta ahora estoy bien de salud:
si & invierno se presenta muy crudo, me iré al mediodía de España, a Cataluña o Andalucía, hasta el mes de marzo, tiempo en que pasaré a Madrid”. No hay por cierto constancia de que hubiera hecho entonces ese viaje. En cambio, yen corroboración de mis conjeturas, se conoce que se le repitieron los problemas de siempre en su salud: en efecto, el 15 de abril de 1882, le daba a su sobrino la noticia que sigue: “La estación está ya buena aquí:
he pasado el invierno con una sola enfermedad de garganta, de esas que yo acostumbro”. Pero, pese a todo, se sentía bien: “raras veces he estado más robusto”, le afirmaba.
Puntualizadas estas referencias, he de hacer notar que el retorno que hizo Montalvo a ¡piales, tras un trimetre de permanencia en Panamá, no fue tan sólo para continuar en su habitual ocupación literaria, pues que de inmediato se empeñó en acciones concretas de agitación popular y de levantamiento armado contra la dictadura de Veintemilla. Eso era un desafío audaz a los riesgos que había venido afrontando. Además, era en sí mismo la prueba de que su lucha no se avenía, por lo menos en esa etapa fugaz. con los efectos apenas pasajeros del vocablo detonante. Quizás el encuentro con ese lúcido montonero que fue Alfaro le impelió brevemente a este campo fragoso de los hechos, que ya de suyo le atraía en forma ineludible en las circunstancias de este destierro. Porque la ciudadanía del Carchi, consciente de la vocación de rebeldía y de dignidad que alentaba en la per1 **(ana, *de* k(nnfal,na ,’so** &,E,Ü **1 d,c,ón „ucnnerc,a ide ((kl e,n’pi** M(,. Oua,’. **nanco cInca’ dci 1981**

sonaiidad de Montalvo, había alzado el nombre de éste como una bandera de oposición al gobierno y de esperanza para el país entero. En Tulcán y varios pueblos del norte surgían manifestaciones callejeras que vivaban a Montalvo y proferían *gritos* de “abajo *Veinternil)a”*, y de “muera el ladrón”. Un testimonio harto elocuente de la decisión de mi biografiado de trocarse, también él, en un combatiente armado para derrocar la tiranía, ese1 de la carta que dirigió a un grupo de liberales el 18 de agosto de 1880. Solamente un mes había corrido desde su regreso de Panamá. Si el plan hubiera conseguido ejecutarse, habría habido una razón más de su parentesco glorioso con dos escritores hispanoamericanos que le son afines: Domingo Faustino Sarmiento y José Martí. Desventuradamente los propósitos se pasmaron, y Montalvo les volvió la espalda con decepción y asco. Pese a ello bueno será que se lean siquiera algunas líneas de aquel testimovio:

De fuerzas propias puedo reunir, según las ofertas, hasta mil fusiles. De Tumaco traje pólvora para más de 50.000 tiros. Todo, todo nos es favorable a este lado del Carchi. En Tumaco dejé un buque listo para que tome a Alfaro en fecha fija: fue la contraorden a Alfaro, a causa de la falta de Gangotena; cosa pesadisima. pues había yo mandado de esa isla comisionados a Esmeraldas, Manabi y Guayaquil ... El cargamento de pertrechos está cautivo cn ci camino, por falta de cuatro reales para pagar fletes y pisos: los fusiles notos puedo recoger, por ser indispensable una suma de dinero adelantada: conque si *ni un cuartillo se puede esperar* de Quito, corno ustedes dicen, yo no sü si ustedes puedan esperar ni una peseta de revolución por el Norte. He iniciado negociaciones *en Quito* respecto del dinero indispensable; si lo hay, no habrá que esperar. Ya ustedes sabrán que todas las nochesgritan los tulcancs: Viva Montalvo Muera el Mudo’ . Si no consigo dinero en Quito lo buscaré en Panamá, y al fin lo hallaremos. Pero ustedes no quieren perder susocho o diez meses de tamalesy de vergüenza, y siempre están esperando las visperas de la revolución para venir. como si el concurso de todos no fuera lo que más facilita y dispone.’76

Para devolver a la patria su libertad Montalvo estaba resuelto a no desmayar en su acción durante diez meses completos, en que hasta esperaba Jisponer del coraje necesario para avanzar a la capital con las tropas que llegaran a organizarse. Después de ese tiempo, según lo advertía él mismo, no le sería posible mantener su decisión, porque había concertado ya su viaje a Europa. *Y* en eso —su alejamiento personal y el abandono de tod>— precisamente desembocaron aquellas vehemencias generosas, por falta de colaboración de los liberales ecuatorianos, A la verdad, si se echa una ojeada sobre el hot izonte del quinquenio político del general de los cinco nombres (cinco nombres tenía Veintemtlla: Mario Ignacio Francisco Tomás Antonio ...hasta en eso era colorinesco), se advierte que los movimientos sediciosos que provocaron tanto los conservadores como los libe-

176 *Monrakoensu.-püota.io.* Ibid.págs SI *a* iS↕

rales en contra de su régimen. a partir de 1877. 1 neron más bien debiles y dispersos. Por manera que las armas oticiales. hábilmente fortalc idas y privilegiadas, lograron sofocarlos con diligente oportunidad, ant iotaria pasividad de las masas populares. Eloy Alíaro fue Varias veces vencido. y conoció los tormentos de la persecución, de la cárcel, de la Inconlunicación y el aherrojamiento, y de los destierros. Otro liberal —Vicente Piedrahita—, también de la costa, no sólo vio declin:i uiia conspiracloil en su favor, sino que él mismo cayó asesinado en su piiopia hacienda, por inspiración inocultable del gobierno. Miguel Valvcde, periodista de talento excepcional que intervino en uno de esos pronunciamientos. fue encarcelado en Guayaquil. y flagelado por orden personal y directa de Veiniennla. Aun el legendario guerrillero esmeraldeño coronel Luis Vargas Torres no dejó de saborear una derrota al comienzo de sus operaciones contra e1 dictador. En fin, es conveniente recordar que la culminación de aquella suma de episodios bélicos no ocurrió sino el 9 de julio de 1883, cuando ya Montalvo se hallaba muy lejos del Ecuador. Veinten,iIla se exilió en el Perú, tras el fracaso sangriento de sus fuerzas en la ciudad de Guayaquil. Un año había corrido desde el último golpe militarcon el que quiso perpetuarse en el mando, a la terminación constitucional de su presidencia. La extremada buena le de Alfaro y sus acostumbrados escrúpulos determinaron que, en el juego de los intereses políticos de los jefes rebeldes de las milicias rojas y azules, el sucesor de Veintemilla resultase un conservador:
José María Plácido Caamaño. Por eso hizo bien en afirmar, con la más triste de las reflexiones, que había combatido como un general para perderlo todo como un recluta. Nuestro escritor no se inhibió, a su tiempo, de criticar el "corazón de madre" y la desorientación del gran caudillo liberal en ese linaje de circunstancias.

Y bien, la partida de Ipiales, que cada vez la deseaba más Montalvo, se cumplió casi con exactitud en el plazo previsto. El 30 de julio de 1881 estaba ya en Barbacoas. Ahí prefirió detenerse más de doce días, antes de encaminarse a Tumaco, porque era un lugar con agua y sin zancudos, "ventajas que no son de despreciar". La salud en esta ocasión no se le descompuso, "a pesar de la horrible temperatura". Le fue sin embargo indispensable aguardar también una semana en dicho puerto, para abordar el barco que iba hacia el norte. En Panamá habría de permanecer asimismo un tiempo, aunque no alcanzaba a saber todavía de cuántissetnanas o meses. Eloy Alfaro le había anunciado únicamente que su viaje a Europa no admitía ya dudas. Ene1 empeño de ayudarle económicamente para eso no estaba por cierto solo. Porque el más entusiasta, y aun el más insistente. en arrancarle de ¡piales para hacerle correr su gran aventura literaria euro-

pca Iiai,ía sido un próspero Socio financiero (]e Alfaro: José Miguel Macay. Nuestro escritor les miraba entonces a los dos con gratitud y confianza. Pc ro se resistía, en cambio, a juzgarles las personas adecuadas para vigilar ahí la edición de los nuevos fol]etos, que llevaba consigo, de su obra *contra* Veintemilla: “me duele dejar las *Catilinarias* en manos incompetentes:’, aseguraba. No obstante, debió resignarse a ello, porque en el istmo no dcmoró sino quince días exactos. Que los pasó en e1 mayor de los desabri—niicntos, Ante todo, le había contristado la noticia de que su hermano más querido —doctor Francisco Javier— había sido reducido a prisión por orden del dictador, ‘La salvación de Pancho, decía, estará en que le manden a Ipiales: lo que yo tiemblo es que el Mudo lo quiera mandar por otro lado”. Y pese a que pronto consiguió ver listo para la circulación el primero de sus nuevos folletos, sesintióobligado a confesaramargamente: “no *tengo* gusto para nada: de buena gana me hallara yo en esas tierras tan bonitas y tan buenas”. De setiembre de I88 a enero de 1882 se imprimieron las otras siete CatÜinarias que había llevado esta vez u Panamá. Vinieron a sumar así doce. El no estuvo desde luego presente en la tan anhelada aparición. Montalvo era un ¿tutor muy consciente del mérito de lo que creaba. Por eso, en esta ocasión también, parecía que fiaba de modo total en las excelencias estilísticas de aquella obra como en el poder arrebatador de sus consecuencias políticas. Seguramente vivía una satisfacción íntima: la de haber respondido a la tiranía con una virulencia proporcionada a los atropellos de que él había sido víctima, Y otra más: la de haber perennizado con caracteres de fuego la imagen del general Ignacio de Veintemilla, representante fidedigno de una vida pública corrompida y canallesca, en la que levantaban victoriosamente susbanderas las fuerzas cínicas de la ignorancia, la astucia, la codicia, la desvergüenza y la mediocridad arrogante, simuladora de todo lo que le falta, y cuyo imperio en nuestro país no ha declinado todavía, ni deja a nadie adivinar siquiera si llegará el día en que ha de declinar. Y otra satisfacción más experimentaba Montalvo: la de haber pintado con mano certera y enérgica el cuadro general de la política hispanoamericana, en que hasta ahora compiten entre sí los sistemas dictatoriales y as llamadas formas democráticas de gobierno: los prime—ros, mantenidos en unas veces por las peores atrocidades, y en otras por la arbitrariedad disi u nl ada bajo celestinos man tos legales, y las segundas puramente aparenciales, pues que de la tal democracia no practican sino algunas formalidades, mien tras han asimi lado con fácil porfía todos sus vicios e imperfecciones. Aqtiel enfoque continental de la obra montalvina, aparte de sus seductores dones estilísticos, venía a garantizar por sí mismo el interés y la circulación exitosa que el la fue consiguiendo en casi todos

nuestros pueblos. Y la última de las satisfacciones de este autor (erija que ser la de dar animación irresistible a su genuina vocación de panfletario. Desde muy joven se sintió atraído por los a’ent()s de las literaturas militantes, y también temprano se atrevió a probar su propia ¡acuItad en el uso de un lenguaje de características belicosas. Recuérdese que su prosa contra el general Flores la escribió a los veinte años de edad. En lo postenor, las circunstancias de la tormentosa vida nacional le incitaron a combatir con reci cd u nl b rea través de las palabras. A de nl ;í 5, no dej aha de intuir que así lograría volver más notoria su presencia intelectual en el Ecuador y las repúblicas del ámbito hispanoamericano. 1 £ntre las lecturas que de modo más determinante le atrajeron estaban: *1.os castigo.s* Y *Napo león e/pequeño,* de Víctor Hugo; la filosofía revolucionaria y el periodismo satírico de Voltaire; los artículos de crítica aguda y burlona de Larra; los folletos de polémica de Swift, de Junius, de Cobbet de la (iran Bretaña; los de Pablo Luis Courier y 1 .uis Veuillot. de Francia. Sobre todo de este último, a quien admiraba a pesar de su intransigencia (le “boa eclesiástico”. No se olvide que en *¡JI espectador,* en las páginas de exaltación (le *El polemista,* profesión (le escritores por él amada, consignó estas frases: Víctor ¡lugo ha csciito *1.o.oizvto,’os;* pcro los art:cuh,s dc I.ois Vctiittoi .cn sabia prosa, no morirán. Pl comcdor Oc hombrcs. ci antropótago entibIe. no s’crnprc tiene los ltucsOS cn su Jugar: goipc.alo. hcrrdo. chorreando sainzrc. Se \L’ignc. da li,iJ:ut roses. pantosos. y qucda diicño dci campo .;Qsué poicn’ista! Qué encuitO.

Pero tales autores no eran los úmcos que en ese plano le arrebataban. A ellos se habían unido los clásicos (le la antigüedad y los (le España. entre los cuales jamás se debe omitir el nombre de Francisco Onevedo.

Imposible es pues no observar que nuestro ensayista se hallaba, por vtcación propia como por las oportunidades de enriquecimiento de sus talentos, en disposición de crear una literatura combatiente excepcional, en cuyo género, como ya lo hemos visto, había conseguido que se vigorizara su experiencia en distintas épocas, a través de un buen número de páginas de los libros que produjo antes de *Las cari/manas.* El propósito cardinal de éstas, entre el rico despliegue dialéctico y de habilidades para la gracia. la ironía, la burla, la sátira cruel, la maldición y el insulto, era el de pi.m tualizar concretamente las ilicitudes cometidas por el dictador Ignacio de Veintemilla y sus aparceros políticos. Por eso, ya desde Ipiales, había pedido a Rafael Portilla y sus eompaneros una información exacta sobre los dineros del tesoro que se babia hecho entregar aquel gobernante. “Es pre— oso. lcsdccía, 1oe seaniosexaetos en loseargos”. Y les ;igrcgaba:

1) tse) ugruaJ[):cnle soi’ç’ 1 que bu ‘‘‘de e 00cr: Ji) r!e.soJi,urieo’,r nc ci, ‘d:c. L’j:i> tJ’.’i Lib,’.’ ibid Ylirreicri,’ de li:iejcr’,ba. cori Jo ciii! e! \l’iLJ’’ r,,!r,i ccii, rr’.

esle negocio el papel (le Caslralo (denominación alusiva a la condición de marimarica que Montalvo ercía adverlir en el doctor Julio Castro) y qué circunstancias concurrieron. Con puntualidad y exactitud todo.

Además, borradas con anterioridad las huellas de alguna gratitud por lo menos elemental a Veintemilla, y con el ánimo de sentir desenfado para descargar sus ataques contra dste, les pedía pagarle en seguida, a su nombre, una suma que le adeudaba. Estas son sus expresiones:

Ile aquí un punto singular, Debo al Mudo doscientos pesos, que se los pedí fiados co Paris. en un terrible aprieto, y en mala hora. Hasta ahora no he podido tratarle como se le debe tratar, a causa de ser deudor suyo, aunque de çsa miseria. Quedando yo solventado y libre de ese amargo recuerdo, ya podrá echarle a los perros, todo él despedazado, como lo exige la pobre patria moribunda.”7

Su determinación clara, esto sí, era la de condenarle a las torturas de su pluma con asco y desprecio. Asco y desprecio en todas las refei’encias al dictador yen la relación de todos sus hechos punibles..”Los bajos —escribió en *Las catilinarias*—, ruines, pero criminales, pero ladrones, pero traidores, pero asesinos, pero infames, como Ignacio Veintemilla, no son tiranuelos: son malhechores con quienes tiene que hacer e) verdugo, y nada más”. *Y* más adelante, después de echar verdaderas carcajadas de burla sobre su víctima, con su don quevedesco de la caricatura ensayó esta deseripeion física y moral de su personaje:

tos ojos chiquitos, los carrilk,s enormes, la boca siempre húmeda con esa baba que le esl á o rrien do por las esquinas: respiración fortísima, a nhélito que se meja el resuelo de un animal montés; piernas gruesas. canillas lanudas, adornadas de trecho en Irecho con lacras o costurones inmundos: barriga descomunal, que se levanta en curva delincuente, a modo de preñez adúltera; manazas de gañán, cerradas aún en sueños, como quienes estuvieran apretando el hurto consumado con amor)’ felicidad; la uña, cuadrada en su base, ancha como la dcMonipodio, pero crecida en punta simbólica, a modo de empresa sobre la cual pudiera campear este mote sublime: Rompe y rasga, coge y guarda.

Para muchos la lectura de *Las catilinarias* es la preferida de entre todas las obras de Montalvo. Aun hay quienes creen que aquellas páginas son lo que sigue actual y vivo de su literatura. Porque difícilmente se podrá encontrar nada superior en las lelras de combate del ensayo castellano. Miguel tic Unamuno. gran luchador escrito, y en algún modo discípulo declarado de Montalvo, llegó a asegurar que un pasaje de la sexta catilinaria le hizo temblar hasta en las últimas raicillas de su alma , al extremo de que se le asomaron las lágrimas. Fue este pasaje: ‘‘Desgraciado del 1nlehlo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estu—

177 *tÍ’.niuI’,’en,rep,,i,’fun,,,* It’’,i.psgs l(oy 65

diantes no hacen temblar al mundo!”. Y refirió que en su lectura “iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos sí! los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo”. Para un temperamento batallador como el de Unamuno, a quien se le zahirió de energúmeno por su pasión (le desenmascarar con la verdad las debilidades y las fechorías que creía hallar en su país, nada podía haber más confortante que las expresiones punitivas e inexorables de *Las catilinarias.* Por eso las en- comió con acento tan encendido. Junto a él se han alzado, antes y después, con igual ánimo admirativo, otras personalidades de igual renombre. Séame suficiente recordar que el escritor Miguel Angel Asturias —Premio Nobel de Literatura de 1967— se inspiró en la sarcástica autoapoteosis del general Ignacio de Veintemilla que figura en la primera catilinaria, pj.. .1 redondear las zalamerías que puso en boca de uoo de los aduladores y secuaces del sátrapa de su más famosa novela política: *El Señor Presiden!,* Que esto no es una simple conjetura mía, sino algo comprobable, pare descubrirse mediante la alusión que se hace a Juan Montalvo en uno de los párrafos siguientes de ese mismo episodio.

La resonancia alcanzada por aquel libro de nuestro escritor ha venido a probar que poseía el doble carácter de la inmediatez y la persistencia. Bien pude asegurarse que con sus páginas hizo una parte apreciable tic! que he llamado camino final hacia la fama. Le quedaba por adelante el ambicionado trayecto literario europeo. Ya en su equipaje, que difícilmente conoció el reposo, y el cual se hallaba listo para esa nueva partida desde Panamá, había guardado cuidadosamente el tesoro de su material inédito:

los *Siete tratados* y los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes,* de manera primordial. Pero además su obra sobre el amor, o *Geometría moral,* de título tan poco definidor y acertado, el haz de piezas teatrales de *El libro de las pasiones.* Como se había hacho remitir desde Quito, debidamente empastados, los tomitos de *El cosmopolita* y *El regenerador,* algunos de sus amigos imaginaron que pensaba reeditarlos en Europa. Ello hubiera sido conveniente. Mas Juan Montalvo les aelaró, mucho después, que su propósito había sido el de volver a tomar la atmósfera intelectual y emotiva que ellos encierran para publicar *E/nuevo cosmopolita,* y que a la posire desdeñó ese intento. En cambio, durante esta tercera y última etapa frai. cesa, que se extendió desde fines (le setiembre de 1881 hasta mediados tic enero de 1889, escribió otras dos obras: *Mercurial eclesiástica* y *El espcctw dor.*

La verdad fue que, como antes, y cc. .j sie;r, cc, lc• medios ee000- micos impidieron en forma inexorable que su: yct t ti .dieióu so cumplieran íntegramente. Ha habido muchos co r’:Ia: i’i:is e 1a produe

clon montalvina que han juzgado, no sin apresuramiento y superficialidad, que el propio autor despreció algunos de sus trabajos, y que por ello no puso interés en llevarlos a la imprenta. Ha llegado así a asegurarse que a sus dramas los había echado ene1 cesto de papelcs inservibles dc su último aposento en París, como evidencia de que él mismo les había privado de su estimación original. Y, naturalmente, en ese antecedente quizás mal Interpretado han visto el apoyo adecuado para pronunciarse contra dichas creaciones. Pero los que toman tales actitudes no miran hacia las reales circunstancias de la existencia de Montalvo y de sus personales convencimientos literarios. Bueno es que sc recuerde la seriedad con que se empeñó en escribir su teatro. Había sido un buen lector del género. Le eran familiares las obras dramáticas clásicas y modernas. Nombró en más de una ocasión, con precisión de criterio, a Racine, Corneille, Moliére, Tirso de Molina y Calderón de la Barca. Asimismo, con sagacidad suficiente reconocía en la literatura escénica un atributo eficaz de comunicación con las mayorías. Creía que aquélla debía nutrirse de los hechos de la vida circunstante. Parecía persuadido de que la actividad en torno del teatro, cuya producción es “la forma más bella de la inteligencia”, era dignificante hasta por su sentido moral. Lúcida y provechosa es por eso la apología que con ese tema trazó en su *Mercurial eclesiástica.* Sin embargo. en paradoja muy propia de su temperamento, se molesto, se miró perjudicado en su prestigio familiar y condenó con intransigencia las veleidades teatrales en que quisieron mezclarse sus sobrinos. Precisamente a uno de ellos, a Adriano, le dirigió unaearta en la que usó lossiguientestérminos:

Por las personas que vinieron ayer he sabido que tú tomabas parte en una función teatral que preparan para no sé qué fecha. Excusadas son las reflexiones que no pueden estar fuera de tus alcances: sepárate de una empresa que *mm os cavaría* Seguramente la consideración de que gozas. Salir a las tablas a divertir al público, no es para hombres de estimación y amor propio. El histrionismo siempre ha sido infame; y si ahora no lo es, no per eso ha dejado de ser bajo y despreciable ... -Sé también que la aventura del *cantécio* se ha formalizado: prcgúntales a esas señoritas si han perdido la vergüenza y la esperanza de casarse con personas de algún valer?.- Si a pesar de estas consideraciones llevan ustedes adelante sus elevados propósitos, no olviden el pedir a Quisapincha osos y yumbos, tanto para el priostazgo de ustedes conio para el de las señoritas *(Cartas de Montalvo asu sobrino).*

Pero estos reparos al simpático embelesamiento del sobrino por las tablas no le impidieron enviarle stis propios dramas para que los leyera y manifestara su opinión. De modo que al reelamarle la rlevo lución de el los desde lpiales.e n setiembre de 1679, todavía le insistía cii la conveniencia de contar con su comentario. Estas son las palabras de ese requerimiento:

No dcjesdccxpies:ir tU juicio icspct.lo çlc CtIL)s, SiCIiIJU ale para el

la opinión de los demás. Si alguna escena te parece inconveniente o chocante, dímelo para corregirla. Asimismo no ocultes las buenas impresiones que te hubiesen hecho algunos lugares". Tres meses más tarde volvía sobre su demanda, pues que quería "alguna luz acerca del efecto que pueden causar en los lectores". Todo ello es una demostración del interés que había puesto Montalvo en sus creaciones teatrales. *Y* lo es aun más la coníidencia de que las había corregido en sus últimos años de París. Porque debe saberse que desde allí, en 1886 y 1887, le advirtió a Adriano Montalvo sobre la absoluta necesidad de quemar las copias manuscritas que había dejado en su poder, y que eran las de *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes* y *El libro cte las pasiones* (cinco obras de teatro), en vista de que la versión definitiva, con los cambios introducidos, la tenía únicamente el mismo autor. En una misiva fechada en París el 20 de setiembre de 1887 le dispuso en forma terminante aquella destrucción, y, al mismo tiempo, con frases conmovedoramente proféticas le habló de la inquietud de morir- se allá, lejos de todo lo que amaba y echaba de menos con su dulce y enternecedora porfía.

Te he hablado otras veces—le aseguré—de los cortes que les he dado a las obras cuyos originales quedaron en tu poder, y de las muchas correcciones necesarias que he hecho en ellas. Las tengo hoy en estado de que se las pueda dar a la imprenta; pero el duplicado que tú tienes está lejos de la corrección y la perfección que se requieren para el público y me darás una prueba de afecto, sial recibo de esta carta los destruyes por completo. No vaciles, mi querido Adriano; yo lo quiero; yo te lo ordeno. Como recuerdo mío, si es que estoy destinado a dejar aquí mis huesos, conservarás las copias corregidas y pulidas que tengo aquí y que, en cualquier evento, procuraré que lleguen a tus manos, pues las encargaré con tiempo a penona que cumplirá)78

Los dramas al fin se quedaron en la medición. Y han corrido después de la muerte de Montalvo un destino de olvido y de esporádicos pronunciamientos de una crítica adversa. Su publicación se hizo en Ambato, en 1916. Esto es, después de un cuarto de siglo de la desaparición del autor. Los juicios desdeñosos que de cuando en cuando se han formulado no han tenido ni siquiera la garantía de un conocimiento más o menos completo de aquellos. A veces han sido sólo el fruto de referencias de segunda mano. El parecer en cierto modo común ha sido el de que las piezas teatrales de nuestro escritor no son para representadas, sino apenas para leídas. Que no hay la suficiente caracterización de los personajes, y que el diálogo ha sido suplantado por exposiciones largas, fattgosas y discursivas. En suma,

'75 C,&u de ,:olu *I'.ojsu.wbnno* Ibid págs 303M)5

que se ha adulterado la condición legítima del teatro. Para manifestar un acuerdo con dicho criterio habría que limitar sus reparos, apoyándolos en reilexiones sagaces y objetivas, fruto de **un** estudio serio y directo. Pues que también en ese género se deben admirar las calidades creadoras de Montalvo. Sobre todo si uno se detiene a examinar su obra "La leprosa". Hay en ella un teatro bien armado. Tiene poco de artificios innecesarios y (le propensiones retóricas. No se encuentran casi socorros extradialogales para completar la atmósfera teatral y el sentido de las acciones. En la casi totalidad de los cuatro actos se ofrecen los parlamentos o conversaciones con naturalidad. Aun los niños dialogan en forma apropiada. Las reacciones de los personajes surgen por sí mismas, vivas y espontáneas, como en un movimiento autonómico de sus propias almas. Hay, además, un adecuado uso del suspenso.

A despecho de todo ello, es evidente que sobre esta producción dramática de Montalvo ha gravitado un destino de abandono y opacidad. Pero algo más o menos similar ha acontecido con otro libro que él llevó consigo a Europa, en ejemplar únicamente manuscrito: es el titulado *Geometría 01(1ra!* Primeramente su falta de edición en vida del escritor, y luego su circulación escasa, han sido causa para la mcngua de interés con relación a estas páginas. Lo que de veras es muy injusto. A lo largo de esta biografía lic hecho ya algunas referencias a su valor ya su contenido. De modo que debo suponer que ha quedado establecida una idea general de lo que es en sí misma esta creación. Se publicó ella cuando ya habían transcurrido trece años desde el fallecimiento de su autor; fue en Madrid, con una carta-prologo muy inteligente (le Juan Valera. Este admirable novelista y critico español, buen orientador del juicio en cuanto Concierne al pensamiento y las letras en lengua castellana, respetó en grado tal la produeción.montalviti:i, que en su intento (le apreciarla temía el quedarse sólo por las ramas. Una personalidad tan cabal en su cultura, ya por su fortnación clásica, ya pr sus inquietudes y experiencias de índole cosmopolita, va, en fin, por la sustentación filosófica (le ella, como en realidad fue Valera, sentía pues lo difícil que era redondear un criterio debidamente razonador y comprensi ' o en torno de la complicada producción (le Moni ilvo, que desde luego untaba su curiosidad y su estimación profunda. No únicamente en las páginas introductorias (le la *Geometría moral* a que acabo de aludir, sino en el interesante documento de otra corresponde'. a mantenida con los misiios poseedores ecuatorianos del manuscri..;, y cuya reproducción aparece en la revista *Casa de Montalvo,* número 19, julio de 1933, se puede ver el escrúpulo con que se propuso entrar ese gran escritor español en algunas (le las reconditeces de la naturaleza literaria (le mi biografiado. Ya ese lúci

do empeño hay que atribuir el acierto definitorio de varias expresiones de su "carta-prólogo". Pr°cisamente de ellas, aunque no en un orden exacto, bede citar aquí en forma apretada las más significativas, sobre todo porque las creo aplicables a toda la obra ensayística de Montalvo. Son las que siguen: "Juan Montalvo no es un escritor así como quiera. Es el más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado e inaudito de todos los prosistas del siglo XIX". El reconocerle una posición máxima en determinado tipo de creación dentro de toda una centuria, es ya, por sí solo, una muestra elocuente de admiración. Tal vez el único reparo que se tendría que formular a estas expresioncs sería el relacionado con el calificativo de "enrevesado", que no corresponde con precisión al estilo montalvino. Otras consideracionesde aquella carta-prólogo son las que siguen:
Los Siete tratados y la ***Geometría moral*** (especie de octavo tratado) quieren parecer"' y hasta cierto punto se parecen, a los Ensayos de Montaigne.-: los mismos soliloquios, divagaciones, dudas y cálculos sobre cuanto al autor se le ocurre; el mismo ir y venir de una en otra idea y uno en otro asunto. Tal es la amplitud de la mente de Juan Montalvo, que ha penetrado en ella sin confusión y con hokura y orden todo el saber de Europa.- Su persona **jamás** se oculta: en cada página, en cada periodo, en cada sentencia está patente de continuo.
Pasmosos son efectivamente los signos de cultura y las facultades para embellecer el lenguaje que demuestra Montalvo en su *Geometría moraL* El tema preponderante en esas páginas es el del amor. Y pues que decidió usar el vocablo "geometría", quién sabe si no hubiera sido más acertado titularlas "Geometría sentimental", o "Geometría del amor". Discurre con conocimiento y en estilo animado sobre la pasión amorosa de grandes figuras de la antigüedad y de nuestra época: Alejandro, Julio César, Napoleón, Bolívar, entre los héroes. Lord Byron, Goethe, Lamartine, Chateaubriand, Petrarca, Alfieri, entre los escritores. Las referencias son precisas. Las imágenes sentimentales están fundadas en la obra y la personalidad de cada uno de ellos. Pero no es esa la composición total del libro. Hay en él una novelina o narración relativamente extensa de carácter romántico, y con algo de autobiográfico: *Episodio. Safira.* La crítica debería haber reparado en que ese relato es de lo mejor de nuestro país, y quizás de Hispanoamérica, dentro de aquella corriente literaria decimonónica.
De lamentables consecuencias fue pues la falta de edición de este "octavo tratado" durante la vida de su autor. Se murió él sin haber podido conocer ninguna frase alentadora o consagratoria sobre esas páginas, y no ha habido después quien estimulara su difusión. Pero igual fue el infortunio experimentado por los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes,* que también se publicaron en forma póstuma, a pesar de los afanes de Montal

yo por hallar el modo de editarlos, y (le! celo que puso en corregirlos y mejorarlos. Su fe ene] valorde ellosera inquebrantable. Eso hizo más doloro— sala impotencia—que era, naturalmente, de carácter económico—de llevarlos a la imprenta allí en Europa. 1 Itihieron de pasar dieciséis años desde su fallecimiento para que al fin aparecieran. Se los publicó en los talleres de José iacquin , en Besanzón . Francia, en 1905. Ahí mismo había conseguido el escritor su edición de los *Siete tratados.*

Estos *Capítulos*, ‘Ensayo de imitacion de un libro inimitable’, se escribieron en su mayor parte. como ya se sabe en el desamparo de Ipiales. en el breve lapso de tinos seis meses.. Pero fueron escrupulosamente retocados después. ‘Está suprimidacasi la tercera parte. No queda sino lo bueno y original ‘‘, le contaba el autor a su sobrino Adriano Montalvo, en setiembre de 1884. Y en carta de tres años más tarde, al referirse precisamente a aquellos cortes, que contenían alusiones demasiado concretas y satíricas a personas conocidas del Ecuador, le hacía esta observación estrictamente confidencial:

la muerte de Zaldombide, por otra parle, inutil za muchos capítulos del Quijole pues ya comprendes que la sátira a la tumba no cabe en un colazón bien formado y una naturaleza como la mía: tanto más cuanto que mc ha dolido vivamente la temprana desaparición de este antiguo amigo mio, que fue. sin duda, el más querido de oh juventud t os odios están muertos, las discusiones concluidas: no quiero hacer recuerdos que aflijan a los que lloran, ni que me apoquen a mis propios ojos ... Ya ves que este asunto de Zaldumbide ha de ser un secreto enlre tú y yo: si hablas de esto, los hombres malt,s lo desfigurarán, y lo presentarán al revésde la verdad.

A su tiempo, en uno de los primeros capítulos de esta biografía, me referí a la amistad de Montalvo con Zaldumbide, y a la identidad de las predilecciones románticas que ambos profesaban. Esto era en la estación de su mocedad y de la iniciación literaria de los dos. En años posteriores comenzaron los distanciamientos. Nuestro ensayista, como he dejado debidamente descrito, atacó a los cuñados del poeta, Manuel y Teodoro Gómez de la Torre, y estuvo a punto de batirse a duelo con un hijo del primero de ellos. No se olvide que en más de una ocasión no se resistió ni a ultrajar satíricamente el apellido de esa familia. Todo esto ya lo sabemos. De modo que no es difícil adivinar los porqués de aquella separación entre los dos amigos. Hay constancia de que Julio Zaldumbide, en la época de la publicación serial de *El regenerador*, desconoció acremente el valor intelectual de Montalvo. Y así advino entonces el radical rompimiento de tales relaciones. Un hijo de Julio, Gonzalo Zaldumbide, que ha sido uno de los más brillantes y fecundos montalvistas, y estilista de los mejores del habla castellana , ha insinuado por su parte que hubo especialmente motivos hala—

dies —que él oyó a sus íntimos— para el hosco alejamiento entre los dos intelectuales. En fin, varios pudieron haber sido los antecedentes de la enemistad en que cayeron, innegablemente. Por eso, según se desprende de la carta a Adriano que acabé de citar, parece que mi biografiado no vaciló en hacer a Zaldumbide víctima de sus sátiras en "muchos capítulos del Quijote". Y sólo la muerte de aquél le impulsó a eliminar o modificar dichas páginas. Pues que, aparte del respeto a la tumba del antiguo compañero de reuniones, andanzas, lecturas y primeras manifestaciones litera- Has, descubrió en forma conmovida, entre lágrimas secretas, cuánto seguía apreciándolo. En efecto, si a Adriano le habló de "este antiguo amigo mío, que fue, sin duda, el más querido de mi juventud", a Manuel Zaldumbide, hermano del poeta fallecido, en una carta de pésame dirigida desde París el 2Ode setiembre de 1887, le dijo:

No vayas a pensar que la muerte de Julio es la que ha venido a reconciliarme con él:

por mi parte nunca hubo enemistad ni aborrecimiento: no hubo sino rompimiento; así es que durante estos años de ausencia mc he acordado de él como de mi amigo más querido, yla noticiade su muerte me hiere enlovivo del corazón".

Yen la misma fecha, en epístola también de condolencia, a la viuda, doña Rosario Gómez de la Torre, le expresó que "ha visto correr por sus mejillas las lágrimas del más profundo sentimiento", yen prueba de la sinceridad con que estaba obrando le puso estas frases finales; "No sé cómo recibirá usted esta manifestación de un antiguo amigo de ustedes; mas cualquiera que sea la suerte que corra mi carta, yo tengo la triste satisfacción de escribirla siguiendo los impulsos de mi naturaleza"179

Lo he indicado antes, y no es arduo aceptarlo con el conocimiento adicional de estas cartas: Montalvo era propenso a las reacciones de la ternura en el mismo grado que a las de la pasión aborrascada, que son ls que más subrayan sus comentaristas. En el caso que acabo de evocar, la noticia luctuosa sobre Julio Zaldumbide le llevó a purgar a los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, mientras se empeñaba en perfeccionarlos, de pasajes y detalles episódicos en que había humillado y escarnecido a varios de sus compatriotas, con las suficientes señales para su completa identificación. No todos se salvaron, desde luego. Siempre le pareció necesario castigar a algunos de ellos, ya que esa su novela caballeresca, igual que todos sus libros, encerraba lecciones moralizadoras y civicas. Su norma daba la impresión de estar contenida en la que fue la divisa de algunos de sus discípulos modernistas: a la ética por los caminos de la estética. Creía por lo mismo que tenía que ajusticiar con palabras de eficacia tajante a cuanlos se

179 Archivo particuar de Rodrigo P,chano Lalama.

lo merecían, igual que la ley hace cuando dispone la horca para los delincuentes. Alababa en ese señtido depurador las cóleras del Quijote cervantino, que se encendían súbitamente, al soplo de las reparaciones del amor y la equidad, y en cambio expresaba su abominación de los daños que se urden con pulso lento y calculador, como propios de una maldad friamente concebida y practicada. A la verdad, él mismo era, por la sinceridad de esas reflexiones, y de su correspondiente comportamiento, una indiscutible encarnación quijotesca. Precisamente gracias a ello comprendió de modo excepcional la naturaleza de aquella criatura inmortal de las letras castellanas, y supo así explicarla en páginas de una lucidez crítica acaso no igualada hasta ahora dentro de las letras universales. En el capítulo XLI de su novela traza la siguiente interpretación esclarecedora de la individualidad del Quijote, que parece dictada por la convicción íntima de lo que era también la realidad espiritual de él mismo:

Era de condición el caballero, por su parte, que, pasada la cólera, de buena gana hubiera abrazado a su escudero, yen haciéndole un grave daño habría vertido lágrimas. **Hay** hombres que se inflaman y caen sobre los que los irritan: la pólvora no es más violenta; pero son capaces de resarcir con la camisa de sus carnes los golpes que acaban de dar.

No con otro ánimo que coñ el de ejemplificar los ajusticiamientos que Montalvo ha cumplido en sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, he de recordar aquí que en el undécimo hace comparecer la figura tiránica de Garcfa Moreno —“hombre sin conciencia ni temor a Dios”—, y que ahí se llama, de manera casi totalmente reveladora, Briel de Gariza y Huagrahuasi, “por otro nombre el Cruel Maureno”. También he de puntualizarque en el XLVI muestra al dictador Ignacio de Veintemilla ahorcadoa lasalida de un bosque:

era un cuerpo humano colgado a toca no toca en un árbol y muchos cuervos sentados en las ramas vecinas.- No te mueras, Sancho —dice Don Quijote—, y mira lo que Dios y el rey hacen de los malvados, Y ***agrega:*** El pobre del hombre muere como ha vivido. ¿Piensas, buen Sancho, que ese miserable habrá sido el espejo de las virtudes? Los vicios, los crímenes hicieron en su alma los mismo estragos que las gallinazas han hecho en su cuerpo- Asesinato, robo, traición, atentados contra el pudor son bestias fe’ rocesque devoran interiormente a los perversos ... O yo sé poco, o éste es aquel famosoladrón que dio en llamarse Ignaciode Veintemilla)8°

No debe olvidarse lo que hice notar en ‘tomento oportuno dentro de esta biografía, y es que no todos los *Cariulos* fueron escritos en ¡piales. Una prueba precisa de ello son estas páginas contra Veintemilla, que Mon1

Copinaba qta sele oivtdaron a Cm-anua, Editora Beta, Mmdclii,, Colombia. 975, *págs* 372 *y* 373

talvo no pudo haberlas escrito sino durante su permanencia en su provincia natal, tras la ascención del dictador, que fue posterior a, los siete años de su destierro en la frontera colombiana. Finalmente, en esta ejen kación he de recomendar la lectura del capítulo LVTI, en donde nuestro autor castiga también con la horca, tras una paliza con la que se les ha deformado monstruosamente, a sus difamadores. No los nombra, pero los alude con tan netas referencias que para el buen conocedor de la historia de Montalvo ellos son Juan León Mera y Mariano Mestanza.
Ahora bien, sentadas las anteriores evocaciones, es indispensable advertir que la novela montalvina no se distingue propiamente por estos desahogos políticos y personales, sino por muchas otras excelencias. Nuestro escritor la amaba de verdad. Y no dejaba de revisarla y pulirla, seguro de que con ella alcanzaría la perennidad literaria que con todas sus facultades buscaba. Entre los aspectos sobresalientes, que la convertían en una de sus mejores creaciones, he de enunciar a lo menos algunos. Ante todo, el del prólogo, que formó también parte de sus *Siete tratados*, bajo el título de "El buscapié", o intento de penetración crítica en el mundo del Quijote cervantino autor lo estimó particularmente. Así lo confesaba en una de sus cartas, al mismo tiempo que hacía conocer que el célebre investigador César Cantú, creador de los treinta y cinco volúmenes de la "Historia universal", le había dado noticia de su edición en lengua italiana. Puede ser cualquiera la preferencia que se asuma sobre esos siete dilatados ensayos, mas resulta innegable que el de "El buscapié" es uno de sus mejores. Difícilmente se encontrará en efecto un estudio tan completo y sagaz sobre la personalidad de Cervantes y el significado de su novela mayor. Nuevamente pasma aquí su cultura. Trata con certeza, y sin sospechosas indicaciones puramente superficiales y alusivas, de un amplio conjunto de producciones de la literatura universal. Explica con demostraciones elocuentes lo que es el fondo filosófico y moralizador de las obras humorísticas. Llama la atención sobre el fracaso de los que se han atrevido a imitar a Cervantes. Y pide que, en el caso particular de él, de sus *Capítulos*, se tome en cuenta el mérito "del estudio que para semejante obra ha sido necesario", aclarando que ésta ha sido escrita "para la América española, y de ningún modo para España". Porque hay, eso es verdad, un ambiente más caracterizado por lo nuestro, por los sesgos anímicos de nuestras gentcs, por las sandeces, mañas y rapacidades del fanatismo de cierto clero de los villorrios, al que tan ahincadamente combatió Montalvo considerándolo contrario al ejercicio depurado de la fe cristiana; y hay también, según lo hemos acabado de ver, los golpes certeros de su habitual sátira política. Son atractivas las andanzas del Caballero y su Sancho. Sus diálogos se de

senvuelven con soltura. Está bien tratada la figura moral del Quijote. Corrcn en forma abundante las lecciones de ejemplaridad del comportamiento, pero además las de la necesidad de corregir los desvíos de la crítica literaria, y de hacer un buen uso de las expresiones castellanas. El ensayista discurre a menudo, con toda fluidez, por sus páginas. De manera que no habría despropósito en llegar a decir que varios de los *Capítulos* se dejan leer con más facilidad y agrado que muchos de la novela de Cervantes.
Y bien, en lo que concierne a su edición, insisto en que la ilusión de nuestro escritorse vio dolorosamente frustrada. Hay testimoniode la tenacidad de los empeños que hizo, y del infortunado desenlace de éstos, en las misivas que dirigió con tales referencias a su sobrino Adriano, desde octubre de 1883 hasta marzo de 1888. 0 sea durante casi cinco años, en las cercanías ya de su muerte. Se quejaba una y otra veide los embustes de su pretendido benefactor, el "perverso" Macay, y aun de Eloy Alfaro, al que le atribuía también responsabilidades en el incumplimiento de la palabra prometida. Decíale a Adriano que, "como éste será mi último viaje a Europa, quiero ver si me sería posible publicar *Los capítulos que se le olvidaron* a *Cervantes* antes de irme". Luego, sin dejar de aludir a los contratiempos que experimenté para publicar los *Siete tratados,* a causa de que ni Alfaro ni Macay le remesaron el dinero ofrecido, le informaba de sus vacilaciones respecto a la edición de la novela, con estas palabras: "Alfaro me habla ya de la publicación de los *Capítulos que se le olvidaron a Cercaníes,* pero no me expondré de nuevo a las zozobras y amarguras por las cuales he pasado. Si no viene la suma necesaria, y muy redonda, no daré el manuscrito a la imprenta". Más adelante, cuando había ya vuelto a confiar en Macay y en el éxito de la empresa minera que éste mantenía en Centroamdrica. le expresaba con más optimismo: "Si no ocurre una desgracia en las minas del Salvador, los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* serán publicados. Lamentablemente no sucedió esto. Sufrió pues un nuevo desengaño. Y no le quedó sino conformarse con otra postergación. Era evidente que se le iban acabando las esperanzas. Ya en 1887 aseguraba: Seria delirio pensar en la publicación del Quijotd ni otro libro en esta época. Si mc hubiera dejado llevar de las carias de Altaro. ya csiuvieran impresos los *Cdpíiitos que* se *it' oli'idarcin* o *Cervantes,* y yo perseguido por deuda, naturalmente por ci engaño sso ha (al la tici Pc rs) si me e ni h.i rcó en ti is *Siete Fra lados,* no h a podido cm harca r mc en el Quijote .. Pudiera yo hacer publicar mis libros inédilos ir medio de esos editores espeeuladorc que no tienen otro objelo que el lucro; mas por nada quiero ver mis *('apín,/oscu* una edición intame que repugna a la visla y el pensaniienlo
Y, finalmente en 1888. diez meses antes de su muerte, vio fracasar su Último intento: "El Quijote ——le escribió a su sobrino— no está eorrien—

do buena **fortuna.** Estaba ya en la imprenta, y **mc** he **visto en** la necesidad de suspenderlo todo”.

Triste paradoja, acaso la mas triste de todas: nuestro máximo creador literario, autor de libros cii verdad excepcionales, [ruto de su genio y de sus concentrados esfuerzos, no conseguía ni siquiera los medios de publicarlos. Mientras tanto, en el mundo entero y en el propio país de Montalvo seguirnos viendo cómo se acumula, día tras día, un infinito caudal de basura **impresa.**

Mediante los detalles con los que lic reconstruido en este capítulo la gran aventura intelectual de aquél, dentro de los límites de su último exilio, se habrá podido apreciar no sólo la aspereza de las circunstancias reales en que se fueron enzarzando sus sueños. sino también el valor de las obras que yateníaelahoradas, yqueguardá en suequipajc para elviaje a Colombia, Panamá **y** Francia. Siempre pensé que. de la misma manera que cii la narración tIc la existencia de un héroe militar se deben describir las características dramáticas de sus batallas, en la de la vida de un prócer de la pluma, corno ésta, era indispensable mostrar los trazos y excelencias de sus hazañas en el campo de la creación. Cumplida pues buena parte de ese propósito, y ya que liemos observado que nuestro personaje se preparaba en Panamá para hacer su última travesía at] ántica, tornemos ahora los ojos a esas sus vísperas de Europa. Lo vamos a encontrar entonces con la impaciencia de partir. Desde el 20 de agosto de 1881 estaba en ese puerto soportando un clima que hacía de su espera una “dura penitencia”. Renegaba de no haber hallado listos, “corno pensaba”, los fondos para su navegación. Pero, por fin, al cabo de dos semanas completas, y “tras las reflexiones y vivo empeño de Alfaro”, se decidió a cruzar el istmo para embarcarse en el *Don,* “gran vapor de la línea inglesa”. La contribución generosa de suya conocido mecenas y algún dinero obtenido con la venta de sus *Catilinanas* le habían permitido juntar una suma adecuada para el transporte hasta París y el mantenimiento de los primeros meses allá.

El viaje fue cómodo, y rápido para esa época. Llegó al puerto francés de Cherburgo el 25 de setiembre del año que he indicado. Esto es, tres días antes de la fecha prevista. Aparte de la “zozobra y dolor por Pancho”, su hermano mayor, cuya desventura de la prisión y el posterior destierro no dejaba de lamentar, puede asegurarse que en esta vez tuvo a plenitud, para su entero disfrute, las emociones del peregrino contemplativo, y el descanso propio de ese itinerario marítimo de varias semanas, y las esperanzas de la celebridad literaria con que más que nunca se lisonjeaba. A la capital parisiense pasó en seguida. De modo que el 26 comenzó a vivir por tercera y última ocasión sus impresiones (le ésta.

Cuatro días hacen que estoy —le contaba a Adriano Montalvo— en esta hermosa Babilonia: aunque no me ha aturdido no ha dejado de causarme admiración nuevamente. Esto es muy grande y magnífico. Pero sin la bolsa repleta, todo es feo y triste.
–Estoy en un soberbio hotel, provisionalmente: aunque ofrece mil ventajas el buen alojamiento, cuesta más de lo que puedo gastar. Después del mes de Octubre, pasaré aun lindo departamento en los Campos Eliseos.
El, que tanto amaba el refinamiento en los hábitos personales, y que hubiera querido verse rodeado de alguna magnificencia, por lo menos en aquella etapa otoñal de su existencia: él, que merecía como ningún otro ecuatoriano que su país le brindara la holgura de una representación diplomática en cualquiera de las naciones por las que peregrinó soportando infortunios de toda laya, se atrevió a darse en esta llegada a París dos o tres lujos pasajeros. Amargamente pasajeros, porque a la vuelta de cortísimo tiempo, igual que siempre, empezaron a desencadenársele los tormentos del forastero que no sabe cómo llevar adelante sus proyectos, ni su vida misma. En lo que toca a su empresa más amada, que era la de publicar sus libros, ya hemos rastreado la ruta de sus sueños y sus desalientos.



Plaza de la Puerta del Sol, Madrid,
en 1883, año de la visita de Montalvo a dicha ciudad.

CAPITULO XIX
España, y no Francia, en la plenitud de su gloria

He de insistir en la indicación de la fe especial que había puesto Montalvo en los efectos consagratorios de sus *Siete tratados.* Con el deseo de editarlos bahía ido, por tercera y última vez, a la capital de Francia. Estaba convencido, como lo han estado después muchos hispanoamericanos que han seguido su ejemplo, de que "lo que no pasa por París no llega al fin del mundo". Precisamente en las páginas de aquella obra se había hecho la reflexión de que "los franceses, gracias a sus grandes escritores y a su lengua, han sido los que han dispensado la fama ola han negado". Esa manera de razonar no era sino una prueba más de los destellos de seducción que proyectaba el aludido país sobre las inteligencias de nuestro continente, cuya emancipación de España había acabado por incitar con más poder su atención hacia la vida cultural de Francia. Mi biografiado había en cierto modo cedido tempranamente a aquel embeleso, por sus vehementes lecturas románticas en las que ocuparon sitio preponderante Hugo, Lamartine, Chateaubriand, y por las experiencias recogidas ávidamente en sus dos anteriores viajes a Europa. Su actitud, rica pues de antecedentes, coincidía con la de los espíritus mayores de nuestras jóvenes repúblicas. De ahí la sinceridad de lo que había expresado sobre la potestad francesa para repartir la gloria entre los pocos que de veras la merecían. Y de ahí ¡a ilusión de que sus creaciones literarias más serias encontraran la posibilidad de ver la luz en alguna imprenta parisiense. No se había ni detenido, por eso. a considerar la carga de pesadumbre, de sacrificios y contratiempos, que iba a encerrar para él esta nueva aventura viajera. Desde luego conviene preguntarse si estaba en lo justo cuando pensaba de esa manera, o si quizás estaba, igual que lo han estado posteriormente otras íiguras de Hispanoamériea, bajo la acción de un simple espe)isrno, desobligante en última ms-

tancia Es casi seguro que era lo segundo. según podre demostrarlo oportuna mente, con sus propias con fesiones personales.
Pero la verdad es que una parte de los ocho años de esta su final resi— deticia en la metrópoli de Francia giro alrededor de los avatares de la publie;tcion de sus ‘l’ratados, y de los afanes de celebridad con que tanto se desvelaba. No se suponga, sin embargo, que aquella prolongada extensión de tiempo en París está demostrando que él se hallaba a gusto ahi , ni que realmente hubiese sido amor o que se ntía por dicha nación - Bueno es que yo aclare esto, pues que se han venido repitiendo con mucho desconocimiento ;tlirmacioues superficiales y erróneas, Ifa de saberse ante todo que en idéntica forma a la de su primera experiencia —de la época de sus juveniles funciones diplomáticas—, en esta nueva ocasión se vio de pronto invadido por añoranzas terruñeras, y volvió a quejarse de las hoscas condiciones climáticas. Poco después, acosado por circunstancias de aflicción innegable, llegó a condenar con irritación la sandez infinita de ir a sufrir hambre en una ciudad tan difícil para el emigrante. Y momento hubo, por fin, en que le tocó ir señalando con iluminada franqueza las cien arrugas que ponen en duda la belleza y el prestigio civilizador (le París’’. fue el momento de su libro postrero. *El espectador*.
Había arribado, como lo he dicho, el 25 de setiembre de 1881, y apemis dos meses después —el 4 de diciembre— se desahoga de este modo en tina carta a su sobrino Adriano Montalvo:
‘lo esiov suspirando por el cielo y el clima de 1 piales: son las tres de la tarde en este instante y necesito de *luz* artificial. Las calles cstn llenas de niebla espesa y fría; el cielo se ha caído en los infiernos. Una fogatita que tengo en ml chimenea me cuesta un peso fuerte por día - - - - - como no me falte sol ni luz, yo de buena gana fuera indio de Cunchibamba.
No pasan todavía dos años (octubre 5 de 1883), y al mismo Adriano le confies’a’, “Mucho deseo tengo ya de volverme a América”. “Ya no saldré otra vez; estoy cansado: quiero un rincón tranquilo en Ambato o en [piales”. Un semestre más tarde insiste en ello: “De buena gana me fuera a pasar un año en Ambato; pero poco más o menos para mí no hay patria”. “No veo más refugio que Ipiales” (abril30 de 1884). En 1886, el 7 de octuInc , sigue en su porfía ante Adriano: “trabajo productivo aquí, es imposi— l’le para los hombres de mi profesión y mi carácter’’’... estoy en vísperas de salir de Paris de Europa”. “Me acuerdo con amor de los Andes; y te sé decir que los días menos amargos **y** más tranquilos de mi vida han sido los (le nu destierro a orillas del Carchi’ - Pero inútiles se le hacen por (les- gracia sus empeños: en enero y en abril (le 1887 vuelve a hablar del tema, ya iisoftcahle , (le su pretendido regreso. En efecto, el 6 de ese último mes

y año, echando una mirada **hacia la situacion política** del Ecuador, con el conservador flácido (‘aamaño en el gobi rIlo. **Y** a la vez [lacia la atmósfera religiosa **y** del clero (le 1 país. q nc él con sus libros ha embravecido con ira sí mismo, ‘e expresa a su sobrino
Dcspuús tic ocho iiios tic ause neo, religo **tul** ‘‘so deseo de ‘er a las personas los **lugares qucridos Pienso que no** h;,hri;, **perscct.ciiin oficial si mc impedirían el ticsern— harque en Guayaquil. tas persecuciones parneulares. la tic lux clérigos, serian las terribles, en Guito; 1,cro en Ambato,** donde **no tengo enemigos personales; ¿no te parece que pudiera yo vivir un año sitios, para volver ‘‘salir. quuzd** Iiajci **mejores aiispieit’s? En este Caso, me t,usc,rias Ú una casita de arnicnlciss; pues en la tic mi hija. los Falles no me dejarían vivtr, anTnazandul a esas señoras con la niald,ción del cielo ¡Triste cosa es tener que expresárse de este modo! ¿Nuestro pobre país está en la Edad Medía? Guarda reserva en o que digo de la casa de nli htja.**
La advertencia (le esta última línea está mostrando a las claras la falta de comunicación con su hija, en que largamente había incurrido. Ella estaba para cumplir sus dieciocho años de edac, y vivía en la casa de los abuelos, ya fallecidos, en compañ ía de su tía Cartiien - Prohabiemen te ignoraba la suerte de Montalvo, y con seguridad habta razones para que aun sabiéndolo, se manifestara indiferente. En fin, en frases más o menos invariables seguian repitiéndose las ansiedades y los cálculos vanos del escritor. Parecía que adivinaba la funestidad que recaería en so deslino si alargaba su permanencia en París:. Quería salvarse de ello, pera estaba encadenado por no disponer ni siquiera del dI neri) para su pasaje.
También en carl as a sus amigos se pttede observar el mismo sen ti— miento desapacible. corno si nuestro escritot se reconociera atrapadt,entre los hostiles muros de Paris. Efecttvamente . el 6 de febrero de 1 S82, le dice a Federico Proano;’’ Mas le aconsejo que **ti** utica se venga con poco ni a la aventura; padecerá lo que yo estoy padeciendo. A Eloy (Alfaro) le he pedido ya mi pasaje para un io’ . A Rafael Portilla, su pario de lágrimas de otrora, le ha pedido sin duda socorro para el regreso. Porque aquél le ha anunciado el envio de una **suma, que** lamentablemente no le llega. El 16 (le abril de 1 S83 tiene que aclarárselo; ‘‘Tic recibido su carta del siete de enero. menos la lelra que ttsted me manda’’ Y, a sabiendas (le la derro— la inminente del dictador Ignacto de Veiniernilla, confiesa que qnerria llegar en junio de dicho ano, o sea tui mes atiles qtte ésic cayera **y** escallara del país; Ojalá —
—le escribe a Puirlilla—— llegara va a lierrlpo para coger allí al malhechor; la horca quedad;i de ejemplo para los malsados tic su linaje”, ‘Yo iie emb,ircaré e] 2 de Jtlrltt), Si CII este riles lic llega a letra”. De veras se il;ttr;rha **it,** corllclrlicar a los revtslcrcioriarios allliveitllcrrlillistas el convericirrllerlco de tlsau’ en el caso del tiranuelo depsresto el medio pultll!Jvuscic 1;, lunrea. Sobre t,sjose [oaeonse1uln,, a [doe -‘\]l.m llaca,

tar que ese era un sistema de castigo que no había sido desdeñado en u aciones civilizadas eotno Inglaterra y los Estados Unidos. A su hermano Francisco e afirmaba lo niiSTilo. al transmitirle la indicación que sigue: ‘‘he aconsejado a mi vez a Alfaro, que si cae en sus manos ese facineroso no desN míe la noble baJa en cuerpo i n ni u nd o; le he rl i elio que le haga ah orear 1 .a imagen trazada nove escamen te en sus *E apitnlos que* ve le *olvidaron a* E *‘rrcuttcs,* de ese Ignacio de Veinteni lía pieo(eado horriblemente por las gal i n azas mientras se bat ancea con la lengua a fuera “colgado a toca no loca en un árbol”, que ría pues q u e se la con le ni pl a ra [a mn bié n físic ame ti — le. con los ojos propios. dentro del mareo de It) real.

Por cierto se le desoyeron los consejos. ***Y*** también sus reclamos de ayuda para salir (le la capital de Francia. Por esto último, no consiguió apagar ni disimular el estremecedor acento querelloso con que públicamente. para los lectores de su *Espectador,* habló de It) que en verdad era para él la vida en París. Ningún testimonio de los suyos es más fiel y expresivo que ése. Por ello hay necesidad de transcribirlo a continuación:

O, esto’ aquí por mi gosio. por último, cuándo es he dicho **que vivo contcnio?** Si alguna cn LIla tengo en este mundo, es la del hombre modesto tranquilo que vive rodeado de personas qucridas; que goza de la infancia de sus hi1os, los ve crecer y ve romper cii ellos la aurora dc la inicligencia: que iiene amigos afectuosos con cuya leal— ad puede co,utar en tosloeaso: queso calienta al sol de la ***patria x’*** se refre.sea a la son,— no del techo propio; que halla a la visia sus motiuañas dirige sus pasos a los silios sic sus recreos tamili;ircs. que conoce a iodo el inundo en Pa calle, nene a quien saludar y quien le salude con sombrero alenio o fuerte nono; que se despieria al son (le las campanas de Sn iglesia. campanas rpue ha esmado oyendo desde niño: que se levanta s-nelse c;ida día a las ocupaciones que no fatigan y las disiracciones que no cansan. ;ooado de su mujer; qncrido de sus parientes, servidos respciado por sus criados. La llacientlI , el cabal lo, el Pc rro, la vaca, la leche calienie y pura. ¿en dónde están? Esa se hora que decía entre suspiros: “Aquí no oigo jamás ni mugir u it huey, ni cantar un gallo’’. sin caer en la euenl;i expresaba vivamenle el amor de la p;ilria.— Si yo pudiera dar los ocho años de Europa de ints tres viajes, aunque no han salo del todo inútiles:

si los pudie ni dar por cual ro días de felicidad doméstica ace nd rada, en un rincón de mí país. iii vacilan un punto. lxi

Y bien, entre el sinnútnero (le los desabrimientos que experimentó en esta parte final (le su existencia forastera, se contaron todos los concernie ntes a las penosas diligencias para la publicación de sus *Siete tratados:*

ajetreos de cada día, esperas vanas, promesas fallidas, eomproniisos incumplidos, luchas con tipógrafos, molestias inevitables a amigos, y, naturaltnente. algunas otras circunstancias imprevistas de carácter nada agradable. Desde cuando abrio su maleta tras la llegada a París, una de sus preo—

00 **i,Lo,** i 5 **(I.sçtsipr.k’eJu,’ls’!io1Isialaisni’.I’kI.’** H.’s’.’,i’nIo; ihid.p’.ig 45

cupaciOnes. convertida a poco en obsesion, fue la de ordecar os originales de aquella obra, para ponerla en ¡millos de un impresor. ¡lacia consultas entre gente conocida. Buscaba una casa editora compelenle. ispiicsla además a no exigir pagos anticipados porel trabajo. Se hallaba conscientemente persuadido de lo que representaban sus siete largos ensayos, tanto en el caudal ideativo y de la erudicion como en los insolitos encantos del estilo, y deseaba por lo mismo publicarlos en forma condigna: esto es lujosamente presentados. Ellos tenían que ser, hasta por su apariencia seductora, como li llave áurea de su codiciada notoriedad. ¡‘ero no había logrado aún reunir el dinero que demandaba tal proyecto. Y eso le hacía golpear una y otra puerta, hasta dar con **ti** n empresario capaz y al mismo tiempo condescendiente y confiado: éste fue al fin José Jacquin , (le la ciudad (le t3esanzón.
Por cierto, no habían corrido ni cuatro días desde su arribo a Francia cuando, en cartas a parientes y amigos, ya hablaba de la edición de su obra:
“de los fondos necesarios para el objeto con que he venido”.
Lamentablemente no dejaron (le erizársele las dificultades; y a tal punto, que tuvo que aguardar no menos de medio año para finalmente informarles que estaba ya en arreglos con un famoso impresor”. Alfaro le había autorizado a celebrar el contrato con éste, aunque, según decía, no le había remitido hasta entonces la suma requerida. De todos modos se sintió alumbrado por el destello de un pasajero optimismo. A su hermano Francisco Javier le aseguraba que iba a hacer una edición primorosa, ya que el genio suyo tendía siempre a *lo mejor.* Aun más, a comienzos de mayo de 1882, se placía en referirle que había conseguido que esos sus *Siete tratados* se hallaran ya en prensa “y en las mejores condiciones posibles”. Pero no era del todo así.
Pues ha de saberse que en el setiembre inmediato no únicamente dcclinó de pronto e1 optimismo de nuestro autor, sino que en su lugar se le aliaron contratiempos de amenazador semblante: “Yo aquí abandonado
llegó a expresar a sus íntimos, al hacerles la siguiente confesión: ‘El primer tomo está impreso; y. según el contrato, debo pagarlo, para que principie el segundo. Aquí lo suspendiera, si fuera posible; pero no hay cómo
La falta (le (linero para la editorial tiene su historia Fueron Eloy Alfaro y José Miguel Macay los que le sacaron a Montalvo (le 1 hondón aldeano de Ipiales para empujarle a acometer esta aventura en Europa. Desde luego no lo hicieron por un capricho de su propia voluntad personal. Respondieron. más bien, a los insistentes anhelos de él. No se olvide que Eloy Alfaro se había visto excitado desde hacía años por los relampagueos gloriosos de la pluma monlalvina. En cuanto a Macay . éste entró después en la órbita de esa fascinación. Y de manera tan ferviente, que fueron sobre

todo sus **reacciones** admirativas y sus promesas las que mas pudieron en el ánimo del escritor, arrancándole (le **sU** retiro y aventándolo a los hori— *¡otiles* rIel Viejo inundo, siempre rutilantes para las ambiciones de toda gran figura hispanoamericana. Por desgracia, Macay fue demostrando carecer de escrúpulos y de entereza moral en la palabra empeñada. Ningún testimonio es más revelador de ello que una epístola que le dirigió Montalvo desde París, e129 dejuliode 1885, yen la cual le enrostrólas responsabilidades de las angustias que él estaba afrontando. Tomo (le allí estas expresi o n es: Hacen cinco años en que sati de Ipiates con a primeracarta de U. xira pasar a Europa. tuve que votvcrnie de Panamá con otra carta de U. —1 lacen cuatro abosen que acudí a t a cita q oc U me dio en Tu m aco , para pasar a Eu ropa con *los fondos ,,ecesarios poro la publicación de mss obras,* decía tI. Ni en Tumaeo ni en Panamá te hat té a U.

Nueve dios de montaña satvaje. a pie, no me h uNe ra n arredrado para votvernie nuevamente ami retiro: mas tns periódicos de Colombia habían anunciado por segunda vez mi paso a Europa a dar ata imprenta mis libros, **y** la zomba de mis enemigos, ta vergüenza íue,on ya cosa más grave. Atíaro te garantizó a U. y so pasé, en hora menguada, a esperar aquí *los foneho* que t. ¡ votvió a ofrecer pa ro cte n t ro de poco...

Por fin, ganado de una desazón total, no se resistió a revelarle el fon— do de esta determinación extrema: ‘‘Que be renunciado a la publicación de mis obras, es cosa clara: si puedo sali, de este infierno de París y salvar la vida, será ni uch a fortuna’’.

Se trataba pues de uno de sus peores desengaños. Había confiado con **excesivo** candor en José Miguel Macay. Esa confianza se le tite empalideciendo paulatinamente. Recién llegado a París afirmaba que aquél es “hombre serio y delicado’’, y que su palabra ‘‘es oro”. fin trimestre después. víctima de sus silencios, reconocía que ‘‘el asunto (le Macay estaba tomando mal aspecto’’. Algo más tarde, con los *Siete tratados* ya en prensa, no podía menos de aclarar que su presunto favorecedor ‘‘no había mandado nada’’, y que “sin él se hacía dicha impresión’’. Y con posterioridad a la publicación del libro, el 30 de octubre de 1885, lo execraba duramente ene1 texto de una carta dirigida al periodista y combatiente liberal Miguel Valverde, Decíale a éste que debido a Macay se metio en esa ‘‘sepultura e infierno de extran eros sin bienes de fortuna’’ que era Paris. que por su culpa babia ‘‘contraído deudas que le quitaban la vida’’. Lo eterto era que el acaudalado enipresario de minas, “dragón espantoso que devora riquelas y vomita miserias’’, le había prometido una entrega (le cincuenta mil francos, pero sólo le había enviado diez mil en el largo tr:insc’urso ele cuatro :tños. l’or oUa parte, había irdets:tdo supi’iliiit , tras las primeras

cual ro re misiones, las mensualidades que le hacía llegar para el sustento en Europa, mientras conseguía despacharle la suma global que le había o frec ido - Montalvo no dejó cte rec la ma rl e por su fa Ii a de seriedad, y Co mo explicación sólo recibió ‘dos coces en el pecho”. Macay le había pues respondido con las herraduras’’. Aunque, si bien se observa, se tendra que reconocer que, sin otra obligación pie la moral, o sea la de la palabra empeñada, ese mecenas tan vapuleado por nuestro ensayista había al fin soltado la quinta parte del dinero prometido y recursos para el sostenimiento de éste en el primer cuatrimestre de su estada parisiense. No obstante las demoras, y las tremendas vicisitudes que ellas ocasionaron a Montalvo, sería injusto negar esta realidad del socorro, siquiera parcial, de Macay. Por otra parte conviene que se piense en lo que habría sido el destino literario de aquél sino recibía dicho apoyo y la incitación firme y determinante para trasladarse a Francia: hundido en el cuenco gris y polvoriento de su refugio andino, en medio de una comunidad de palurdos de poncho, imposible le hubiera sido fraternizar con destacadas personalidades europeas ni sentir el halago de los resplandoresde su propia celebridad.

En cuanto a la actitud de Eloy Alfaro, a quien nuestro escritor le acusaba posteriormente de haberle puesto en manos del ‘malvado” Macay, está claro que fue generosa en la medida de lo posible. Para reparar en ello es bueno recordar algunas de las mismas expresiones montalvinas, contenidas en cartas enviadas a Adriano. En una de mediados de 1882 se lee: “Lo necesario para vivir con suma modestia, no me ha faltado, hasta ahora, gracias a Eloy ...” En otra de finales de ese año se da a entender igual cosa’:” Mucho tiempo hace ya que no tengo carta de ustedes, aunque la de Eloy no me falta”. Y aun hacia setiembre de 1884 asegura: “Nunca me falta la carta de Alfaro en el vapor correspondiente”. Lo que ocurría era que la suma para la edición nole llegaba, ni le llegó jamás. A ea desilusión se agregó otra: la que le produjo la sordera del caudillo ante sus requerimientos para que le hiciera posible el regreso con oportunidad de la caída, tenida ya como segura, del general Veintemilla. Parece que tiempo después recibió una explicación de aquel silencio, porque, al año del episodio del derrocamiento, Montalvo le contó a Rafael Portilla lo siguiente sobre el comportamiento de Alfaro para con él; esto es, sobre la justificación de la negativa de éste a llevarle a Quito: “decía —le informaba— que quería que yo no fuese responsable de los *horrores* que iban a suceder, para que los ecuatorianos tengan a uno a quien volver los ojos”. ¿Habrían sido sinceras esas palabras de aquel hombre de espada que quizás sólo veia en el escritor a un héroe del pensamiento y de las campañas cívicas de prensa?

No se olvide que el **mismo** Juan **Montalvo** coofesó epistolarmente, con toda rotundidad, que Alfaro le comunicaba todo. pero en nada estaba de acuerdo con él”.

A pesar de haber profesado las mismas convicciones liberales, sin duda les era difícil coincidir en sus juicios sobre la realidad polftica del Ecuador, en las estrategias para imponer su doctrina, en el método de conducir los resultados de las’tccioncs bélicas que Alfaro acaudillaba. Todo eso afectaba en determinados pcriodos al mantenimiento de sus relaciones amistosas. llastaque llegóel momcnto—fue por 1885—en que asumieron la decisión mutua de cortar su correspondencia. Es lamentable para el biógrafo, como ya lo he dicho, que no se hayan conservado las cartas que nuestro escritor recibió (le **5U5** compatriotas, y entre ellas las del general Alfaro. Nunca sabremos el tono con que reaccionaron ante los pedidos de diversas ayudas que él les dirigió, ni ante sus criticas **y** reparos. Probablemente las disensiones entre los dos personajes surgieron no únicamente de la contraposición (le sus criterios, sino también (le tal o cual acto de negligencia o de obligada desatención del guerrero generoso frente a las demandas impacientes del ensayista necesitado. Algo tornadizo en su trato, a causa de las violencias de su temperamento, Montalvo no quiso impedir que la exaltada adhesión a las hazañas alfaristas se le convirtiera, a la postre, en gestos de desatecto y reprobacioa Varias veces le había alabado, **y** aun defendido, a lo largo de sus páe.ias. ***Y*** jtistamente al cunplirse un trienio de su tercera permanencia en Paris,e 1 15 de enero de 1885. lo hizo con verdadero arrebato heroico en el artículo ‘‘¡Techos de armas’’. que apareció sin firma (le autor en la primera página (le la revista quincenal ilustrada *Europa* **y** *A przermu*, (le la capital de Francia (Año V N” 98), Debo indicar q **tic** he revisado más de treinta publicaciones europeas de la época, en minuciosa labor queme ha sido muy orientadora, y así bedado con algunos trabajos de Montalvo **y** sobre MontaR o. Uno (le aquellos es éste, cuya paternidad se le puede atribuir sin riesgo de ninguna equivocación, pues que las reflexiones **y** el manejo de las frases son evidentemente suyos. ‘l’raza en él los caracteres de temeridad con que Allaro y sus jóvenes oficiales se enírentaron a dos buques de guerra del gobierno de Placido Caamaño, y refiere que tras unaeontienda naval sangrienta en que perecieron como ochocientos hombres de ambos bandos, los revolucionar’ . tuvieron que perder su pequeño barco —el Alajuela—, comido el 1 ncgo y tragado por el mar”. Finalmente (lescrihe como, en **una** (le esas hazañas “que suelen ocurrir pocas veces en nuestros tiempos’’, el “bravo general se echó al agua y gano tierra, con tres o cuatro companeros que mantuvieron el aliento y la serenidad necesarios para luchar en el océano’’.

Pero ese innegable fervor **admirativo** de Montalvo hacia el tenaz combatiente liberal, y su sentimiento (le amistad reconocida, fueron mciiguando. según he de repetirlo, por decepciones personales y enojos, y sin duda también por razonamientos de nal u raleza polít ca. A su sobrino Adriano le decía loquesigue. en misiva del (ide abril de 1887:
iras que tan funesto ha sido Alfaro en la política para nosoinis, ha hecho cosas tan graves con migo en lo personal, que hace mús de dos años no lic dado conlcsl ación a ni ngo nade sus carl as. No pienso que él sea en ningún lic tupo el restaurador del pa ni- do lílicr:il y no por faiiai tic valor y buena le. **sislJ** porsohrct sic incapacidad y locura.
Y dos meses más tarde insistía, con igual escepticismo: “Alfaro es incapaz de cosa buena ni dc juicio, y no hará sino arruinarnos más ***y*** más”. Triste y muy errada reflexión, que demuestra que aun las mentalidades excepcionalniente lúcidas suelen despeñarse en la falsedad (le las valor:icicnes al impulso de una pasión irrefrenable.
En lo que concierne al proceder de Eloy Alfaro ante los empeños montalvinos de imprimir los ***Siete tratados,*** se debe admitir que hubo motivos que obstaron su buen deseo de ayudarle: las campañas militares y sus constantes reveses, los alejamientos prolongados de su residencia panameña, los estragos que todo eso ocasionó en su situación económica, al extremo de que nuestro mismo escritor aludió al sacrificio de las pequeñas hijas del joven general, que temporalmente tuvieron que comer en casas de familias amigas, en Panamá. Mientras estas circunstancias adversas recaían sobre el destino de su antiguo mecenas, el trabajo de edición de los tratados no había podido suspenderse, y adelantaba entre azares y tropiezos. ***Y,*** desde luego. acrecentando la angustia de su autor, que temía verse exigido judicialmente por el empresario de l3esanzón, una vez concluida la obra. Confesaba a sus íntimos, en efecto, que sólo en pensar en dIo estaba temblando. Pero quiso la fortuna que sobreviniera una incidencia desgraciada que, paradójicamente, le pareció a él salvadora. Al referirse a ésta. Montalvo se apresuró a decir a su sobrino Adriano, en carta interesantísima del 17 de noviembre de 1882, que creía que se le iba a presentar la ocasión de abandonar, en el estado en que se hallaba y pese a los gastos que ya había hecho, la impresión de su libro. Dejaría París, surtidero de tantos problemas y amarguras, y viajaría a buscar otro director en Bélgica o en los Estados Unidos. Por cierto, en sus sueños seguía alentando la esperanza del dinero prometido por Alfaro. Aquella incidencia la eomentó mi propio biografiado con las palabras que siguen: Murió el impresor. y esto me ha salvado de un conflicto: el hijo es un muchacho que está faltando a todo por su parte, para consuelo mío. Pienso que esta impresión fracasa: tira

el bellaco pliegos sin mi última corrección, y no tiene corrector español. Lo sentiré, pues la edición es lindísima ...“ 1-lay algo que aclarar: hasta esa fecha, ya él había notado con percepción certera, fruto no únicamente de su sagacidad para ver y juzgar. sino también de los afanes con los que examinaba las posibilidades de su codiciado éxito literario, que el país en que se había establecido no era el adecuado para ello. Sus frases, que son éstas, cran al respecto duras y terminantes: “Francia no es más que para el francés: no es pueblo poligloto; y por cuatro hombres de bien hay veinte pícaros”- No se equivocaba. Hasta ahora, cien años después de su observación, y a pesar de cuanto se diga en contrarío, sigue Francia encerrada en un hosco envanecimiento nacionalista y no se interesa ene] aprendizaje y culto de las lenguas foráneas. Por lo menos, ene1 grado que en otros países. Pero también de España se había formado un criterio escéptico, que en buena medida se ajustaba a la realidad de entonces. “A España me fuera, afirmaba; pero los descendientes de Felipe II y Torquemada no están todavía en disposición de aguantar cosas como las que tú sabes Hacía alusión a las ideas sobre materia religiosa y a los reparos sobre el comportamiento del mal clero que se contienen en los *Siete tratados.* Previó la resistencia que ello provocaría en el medio intelectual español, aunque no sospechó el movimiento de adhesión lúcida y consagratoria que se levantaría en torno de su obra, precisamente allí.

Puntualizadas de este modo las expresiones de su comentario, se tiene que saber que a la postre no se concretaron los propósitos que en él manifestó Montalvo. Porque, en efecto, la edición continuó hasta su final en los talleres de Besanzón. Decía nuestro autor que “el pillito del ifripresor se humilló, y se está dando tánta prisa, que la obra será entregada a fines de enero”, de 1883. A la verdad, demoró algo más por el celo que se puso en que se la empastara con materiales de buena calidad: “a la rústica no la mando por nada”, advertía Montalvo. Ya vería cómo satisfacer los costos. En lo que, en cambio, se confesaba impotente era en la vigilancia de la corrección del texto, remitiendo las pruebas desde París a Besanzón, y para que trataran de entenderlas y tomarlas en cuenta unos impresores que nada sabían de castellano. Eso le trajo muchos quebraderos de cabeza e impugnaciones injustas de ciertos críticos. En las páginas de “comentarios” que escribió como remate del primer tomo de los *Siete tratados* se puede leer la relación que al respecto ensayó con la inteligencia y la gracia que acostumbraba.

Y, al fin, ni Macay iii Alfaro le enviaron el importe de los trabajos de edición. Su penuria naturalmente se agravó. Hasta el extremo de formular la confesión siguiente: “Hace algún tiempo que estoy a pan y agua,

habiendo vendido el último libro y el último mueble de ini cuarlo''. Pese a semejante realidad ha habido autores de nuestros años que han afirmado desaprensivamente que en su último París Montalvo vivió con holgura. No quieren recordar que siguió acudiendo a los préstamos de compatriotas amigos. En más de tres veces debió inudarse de casa, hasta su último domicilio, que fue el de la calle Cardinet. Uno (le sus nuevos favorecedores fue Clemente Bailén, cónsul ecuatoriano en aquella ciudad. ‘Y precisamente el pago a la editora de Besanzón lo hizo él, convencido de que Macay reinesaría en algún momento el (linero de su vicio compromiso. Ya en vísperas de aparecer la obra, esto es a fines de ¡882. Montalvo le refirió a su sobrino Adriano que ‘la Providencia le alargó la mano por otro lado”. Pero mucho después, en octubre de 1886. fue más explícito y le hizo saber que adeudaba una gruesa suma “al señor Bailén”, quien —le dijo— ‘pagó los *Siete tratados,* ya quien debo más de un año de subsistencia, corno que hoy mismo estoy viviendo de fiado”. Cierto era que había sido enorme, y seguramente desacostumbrado para esa época, el tiraje del libro: cuatro mil ejemplares. También era verdad que se le hicieron pedidos apreciables de nuestra América, Especialmente de El Salvador. Yque, aún más, Eloy Alfaro quiso hacerse cargo de la venta de toda la edición. Sin embargo, los beneficios económicos fueron de poca signilicación . Si algo consiguió. ello fue apenas para ayudarse en forma modesta e intermitente en el sostenimiento. Y nada más. De modo que cualquier espejismo, silo hubo en torno de las utilidades, se le desvaneció en seguida. “La Mota —comerciante de Guavaqu i 1— ha mandado cual ro reales”, comentaba sobre este pu nlo; “lode Panamá, todo hasido regalado o fiado; esto es perdido. De antemano sabía yo que esto había de suceder: ése es el genio de Alfaro. De allí no viene nada”.

Estaba visto que Montalvo, no obstante haber sido una de las plumas mayores de su siglo, se hallaba condenado a permaner en la pobreza. A él mismo, lo que le atraía no era el negocio, sino la difusión de su obra. Recuérdese que a los agentes de venta del Ecuador les daba instrucciones de no elevar el precio de los ejemplares, a fin de promover su circulación con eficacia. Entre la celebridad y la fortuna material, no había duda de que a ésta la ponía siempre en lugar subalterno, y de que en cambio se desvelaba por la primera. Sobre todo, eso lo dejó ver con mucha claridad en el caso de los *Siete tratados.* Pero con resultados evidentemente notables. Al punto que para muchos, hasta ahora, el nombre de Montalvo está unido especialmente al destinoluminoso de aquel libro. También el autor lo consideraba su cre ación fundamental, y por eso trabajó tan amorosamente sus páginas.

Los títulos que dio a los siete tratados fueron los siguientes: De la nobleza, Deja belleza en el género humano, Réplica a un sofista seudocatólico, Del genio, De los héroes de la emancipación hispanoamericana, Los banquetes de los filósofos y El buscapié. Los críticos han hecho notar, desde luego, con razones muy valederas, que éstos no son lo que pretendía su autor: verdaderos tratados. Pues que cada uno de ellos es más bien una yuxtaposición, a veces poco disimulada, de ensayos breves. El que mejor lo ha demostrado es el maestro y brillante escritor argentino Enrique Anderson Imhert. Por manera que ahora resulta arduo, para el lector sagaz, apartarse de la dirección de esos juicios. Pero conviene que yo aclare que en esas páginas no hace Montalvo sino mantener la estructura característica de sus prosas anteriores. Los mismos zigzagueos caprichosos en su curso dialéctico e imaginativo; los mismos saltos repentinos de un tema a otro, como si temiera ensayar el esfuerzo de ir sondeando hasta el fondo, con disciplina filosófica, la naturaleza de los asuntos; el mismo donaire para moverse,entre recuerdos e impresiones, por zonas imprevistas de las cosas y los seres del mundo, a las que las facultadesinventivas del estilo van saturándolas de poesía: iguales pruebas magistrales del poder descriptivo, caracterizador, anatematizante o consolador de los vocablos. Lo que aconteció fue que en los *Siete tratados*, con un sentido más ambicioso de amplitud, no estrictamente de coherencia, y con una concentración mayor de cultura y de las capacidades intelectuales y artísticas, mi biografiado hizo admirar hasta dónde había llegado en su lúcida y sosegada madurez. Yeso fue cosa que pasmó a valiosísimas personalidades de la literatura de su tiempo.
Dada la inimaginable variedad de asuntos de aquella obra, yo no puedo hacer aquí sino alusión a un aspecto en el que la crítica internacional, y la misma del Ecuador, jamás se han detenido: el de la cariñosa exaltación de todo lo que en grado más íntimo concierne a América, a nuestra América: sus valores, sus bienes, sus encantos; y luego, sus héroes y sus humildes gentes laboriosas. El lector hispanoamericano halla motivos para deleitarse y cnternecerse en las cautivadoras rapsodias de las bellezas del paisaje: y para fortalecerse, en la recomendación altamente persuasiva de sus virtudes, En medio del abundante y diverso ramaje de asuntos que entran en el tema *de la nobleza*, encuentra la valoración de los pueblos aborígenes de esta parte del mundo, y (le los atributos magníficos de su composición racial. Asi, la hermosura de los indios de las faldas del Cotacachi, en la sierra ecuatoriana, es tan digna (le ser contemplada como la del blanco de cualquier región de Europa: "ojos profundamente obscuros: mirada soberana : nariz recta, de finos perfiles: dientes de divinidad mitológica: porte señoril, paso regio". En el tratado que le sigue, cuyo asunto es el *de la*

belleza en el género humano, y en una de sus tantas derivacion cs temáticas *y* reflexivas, ensaya a SU VCZ una acertada y conmovedora alal):i t;ia del prodUcto característico de las civilizaciones americanas: e1 maíz. i .:; .ue siguen son algunas de aquellas expresiones laudatorias:

Tú PC nc ncces al estado llano, maíz y por eso encierras tantas virtudes c n tu seno. El trigo, el arroz son aristócratas: tú no puedcs lo que ellos: pero ellos [ant poco pueden lo que tú. El trigo y el arroz son mon'arqutsias; tú eres republicano: hijo del Nuevo Mundo, stistenta, al arriero que se va iras la acémila cargada: al n,esti?o, señor del pegujai, rey de la sierra; al indio, al pobre indio que con un puñado de uti grano cual' quiera o un saquito de polvo de cebada pasa el día, y todo se o trabaja, y todo para sus amos, sus tiranos. Maíz, maíz bendito, nutre al deshe redado. salva it pobre, haz tu obra de misericordia sin cansarte.

Asimismo, en las páginas tituladas *Los banquetes de los filósofos,* en que evoca a los pensadores clásicos que eran de su predilección, haciéndoles discurrir sobre los aspectos que preponderantemente ocupaban la niente de ellos, busca la oportunidadde trazarel elogiode otro producto americano —la papa—, que se elevó desde su retiro humilde para conquistar monarcas y multitudes en las naciones de Europa. Por fin, en el ensayo sobre *Los héroes de la emancipación hispanoamericana* entrega Montalvo una visión nítida de la grandeza creciente de Bolívar, con su imagen de rasgos firmes y expresivos; así como una remembranza épica de las jornadas de la libertad, en la que hay cuadros de arrebatadora fuerza política.

Aparte de estas indicaciones tengo que hacer otra, asimismo indispensable, que es la de la posición que asumió frente a lo católico y lo pagano, *y* frente a aspectos del dogma y del mal sacerdocio. Conviene que se conozcan las consecuencias que dimanaron de tal posición, en lo literario y lo personal. No procedería yo con orden si no pudiera recordar primeramente una de las causas que más sublevaron la animosidad de los conservadores ecuatorianos contra nuestro escritor, en los comienzos mismos de su carrera, y que fue la de su toihl desenvoltura para exaltar las virtudes de los griegos y los romanos antiguos: de antes del advenimiento del cristianismo. Tan agresiva fue en efecto la reacción de la intelectualidad derechista del Ecuador, en los días mismos de la aparición de *Ti cosmopolita,* que su joven autor, que estaba apenas apareciendo en la escena de las letras nacionales, no se resistió a enzarzarse en una de sus primeras polémicas. Publicó asi. en el temprano "libro 2°" de aquella obra, la extensa epismola a sus detractores —los colaboradores de *La Patria*— que se titula 'La virtud antigtta y la virtud moderna''. La puntualización (le sus ideas dejó ver a qué grado de entendimiento y de fervor había llegado ya su estudio de la historia y el pensamiento de los pueblos paganos. Pues bien, corrida

más de una década creyó necesario tomar otra vez el tema de esa epístola, para meditado con mayor profundidad y atildamiento estilístico dentro de las páginas de los *Siete tratados.* Fue en las tituladas “Réplica a un sofista seudocatólico”. Y al hacerlo, no únicamente pudo desplegar una fuerza más eficaz de persuación, sino que también alcanzó a ejercitar sus mejores facultades de ensayista. Se mostró.en verdad, en dicho trabajo, tan pródigo en sus razonamientos como original en sus expresiones, tan ameno como afilosofado.

Debo desde luego aclarar que fueron varios los puntos hacia los que convergieron tales ideas, y que no por ello dejó de ser el cardinal el de la recomendación de las virtudes de los hombres de la antigüedad. De entre éstos, según las ya conocidas predilecciones de Montalvo, se alzó al primer plano de la cxaltación el pensador ateniense Sócrates, cuyas excelencias las asimiló de algún modo a las de Jesús. En el ámbito exdusivo de lo humano, según lo he advertido ya. Porque declaraba reconocerentre los “dos maestros” una diferencia infinita: ‘la que va del cielo a la ticrra”. Con todo, poseído de la pasión de lo que afirmaba, se atrevió a escribir lo que sigue:

¡Sanctc Sócrate, ora pro nobis! exclama Erasmo. arrebatado de admiración por la virtud de este hombre excepcional: ¡San Sóeratcs, ruega por nosotros! Y Erasmo no tue gentil, sino cristiano,y muy cristiano, más caritativo, sin duda, que los santos que mandan arbitraria y sanguinariamente a los infiernos a los varones más ct dios y virtuosos que ha dado de si la especie humana.

Pero no únicamente se propuso valorar los méritos de personalidades de aquel excepcional linaje, sino buscar los necesarios antecedentes de reflexión para decir, en frase que resuena con vehemencia-:” No me cerréis las puertas de la antigüedad, porque os las rompo a hachazos”. En cuanto a lo demás, igual que lo había hccho insistentemente en otros de sus libros, condenó los vicios de interpretación del dogma, las prácticas de una mal entendida fe católica, la hipocresía y los hábitos perversos del clero descarriado de su misión verdadera, y, en fin, las conseeucncias funestas del fanatismo religioso.

Seré

—dice dirigiéndose a esa ralea de malos creyentes—-

tao hereje como gustéis, católicos de la eucliilla; iii Jcsucristo, dejádiitele. así como le describo y le guardo en mi profundo pecho.

Se sabía pues íntimamente cristiano. Su [e, por lo absoluta, radical propia. era lina fe inalterable, aunque muchos no quisieran **i** ecoriocersela:

Mi Dios —aseguraba— es un misterio, misterio grande; y los miste ños son las esperanzas de la muerte.
Por último he de recordar que no faltan los alardes satíricos cn sus consideraciones sobre estos asuntos. *Y* que, además, aquellos aparecen también en otras páginas de sus *Siete tratados.* Pongo como ejemplo el titulado "De la belleza en el género humano", en el que se encuentra una crítica sobre la adoración de las imágenes, y más adelante otra sobre nada menos que la conducta de la Santa Sede, que se prodiga en excomuniones, inclusive para 'los que no hacen fiesta a San Pito y Santa Flauta'.
Pero el contrarresto de todo lo que podría tendenciosamente creerse manisfestación de clerofobia o prueba de ateísmo, se dejó percibir a lo largo de los mismos libros de Montalvo, y también en varios documentos epistolares de tipo confidencial. Porque él era —he de insistir en ello— un hombre de profundas convicciones religiosas. Y, aunque parezca discordante con sus actitudes agresivas frente a la derecha política y a la condición del ejercicio eclesiástico en algunos paises, especialmente el Ecuador, él supo mantener siempre la integridad de su fe. Amaba a Dios y confiaba en sus determinaciones de bondad y amparo, según se desprende casi literalmente de algunas de sus expresiones. Hasta es bueno que recuerde que se plació más de una vez en la relación de las acciones abnegadas del sacerdocio ejemplar, como oponiéndolas al lado corrompido o inepto de ese ministerio. Para el que se detiene a mirar esta suerte de contraste entre el fervor de sus creencias y el ímpetu de sus reparos a ciertas prácticas de la Iglesia, no hay lucidez mayor que la que demostró Emilia Pardo Bazán cuando descubrió la convivencia elocuente de dogma y razón en la personalidad montalvina. Esa famosa novelista española, gran figura de su tiempo, definió a Montalvo con una frase escueta perocertera: "Alma religiosa y pensamiento heterodojo". No ha habido, sin duda, palabras más ricas de exactitud interpretativa de lo que fue la posición suya en la vida y en las páginas. Por eso él se entusiasmó tanto con aquéllas. En el tomo segundo de *El espectador*, su último libro, en la reproducción de la carta que dirigió a Emilia Pardo Bazán el 8 de abril de 1887, se lee en efecto ¡oque sigue:
Yo no diré de *dónde diablos,* como solemos decir en ocasiones de extrañeza; sino ¿de dónde Dios ha ido usted a sacar esa definición que hace de mi en su dedicatoria? "Alma religiosa y pensamiento heterodojo Pues yo, si hubiera acertado a calificar- me a mi gusto, no hubiera hallado expresión más verdadera y expresiva. Sí, si, esa es la verdad: mi alma está llena de Dios, de inmortalidad, de Gloria eterna, de codicias infinitas. La manera como los hombres han dispuesto y arreglado las cosas del cielo, eso es lo que nocabe en mi pensamiento ni en mi conciencia. Unoscatólicos 'nc llaman

ifrflpiD olios *inahudu;* solamente la aniorade la Vida de San Francisco dio en lii cabeza
del climvo Alma religiosa y pensamiento heterodojo.
La dedicatoria a que se refiere Montalvo está en el ejemplar de una nueva edición de la Vida de San Francisco, de la condesa de Pardo Bazán, que se lo había enviado la autora a su domicilio parisiense, en donde, para ese 1887, se consumían ya los últimos años de su existencia. Pisteriormente volvieron los dos a Intercambiar impresiones similares, en su elocuente correspondencia epistolar. '(la escritora gallega, que de veras le admiraba, no asumió nunca acíitudes de intransigencia, sino, cuando más, de reflexivas **y** delicadas disparidades en materia religiosa. No debe olvidarse que ella era una practicante fiel del culto católico. Algo de esa laya de reacción se manifestó también en lo más representativo del pensamiento español, que asimismo pertenecia, con algunas excepciones, a la grey numerosa de dicho sector. Pero no faltaron por desgracia los creyentes a ultranza, cuya posición le resultó a mi biografiado acre y hostil. Aunque no con los caracteres tempestuosos que en su país propio, el Ecuador. Oportunamente podremos observarlo.
En torno de este mismo asunto, más de una vez he supuesto que no faltarán los que se han de preguntar de dónde procedía aquel espíritu montalvino, tan saturado de ideas de lo divino pero tan indócil con las normas de la Iglesia. Porque la atmósfera hogareña y la educación recibida en Quito le predisponían más bien para profesar un catolicismo exento de dudas y conflictos. ¿De dónde pues la testarudez de sus peculiares convicciones, que persistieron a lo largo de su vida, pese a los sinsabores que no dejaron de producirle? La respuesta podría ser múltiple, sobre todo si se indaga en el caudal de influencias de sus lecturas, que fueron tantas y tan ávidas en su autonómica formación individual. Sin embargo, cualquier revisión atenta de ellas ha de encontrar sobre todo una muy concreta y determinante: la de dos obras del abate de Lamennais: *Palabras de un creyente y El libro tIel pueblo.* Ambas en versión castellana. El turbulento pensador francés había levantado entre sus discípulos, que fueron cada vez más numerosos, la divisa de *Dios y Libertad.* Quería que la iglesia tradicional se transforinara al soplo de las concepciones políticas del liberalismo. Montalvo, que había nacido un año antes de la aparición del primero de aquellos libros, y que por lo mismo comenzó su era literaria tres decenios después. se sintió fascinado por el proyer: religioso-político de Lamennais, y asimiló con fervor sus ideas, hasta el extremo (le convertirlas en ariete constanle de sus campañas de prensa. Pero conviene precisar, por referencias de él mismo, que conoció *Palabras de* (111 *creyente* en la tradue 15 *H,sj'n 1w!,,.* Fsm,, iI.Tl''d.j,igs 212-20.



Plaza de Antón Martín y calle de Atocha, Madrid, 1883.

ción del célebre costumbrista y crítico español Mariano José de Larra, cuyo trabajo se publicó bajo el título de *El dogma de los hombres libres: Palabras de un creyente.* Los investigadores a los cuales interese esta materia deberían acudir aun estudio bastante revelador: Lamennais and Montalvo: A European influence upon Latín American Political Thought, de Frank Macdonald Spindler.

Establecidas así, en rápida exposición indispensable, algunas direcciones de la temática de los *Siete tratados,* he de poner otra vez el acento en el efecto consagratorio de este libro. Para varios críticos constituyó la revelación inicial de las dimensiones del autor, y para otros la muestra de la culminación de méritos literarios que ya le venían reconociendo y admirando. Para todos, por cierto, fue una de las creaciones fundamentales de las letras del siglo diecinueve en idioma español. Surgía entonces, gracias a ella, una figura representativa como pocas ene! horizonte de Hispanoamérica. Montalvo alcanzaba a convertirse en uno de los escritores del nuevo mundo que se adelantaban a señalar a otros el camino de la celebridad en los países de Europa. El, pues, llegó a ser de los primeros en experimentar un éxito plenario y trascendente, precisamente allá, a donde había ido con esa esperanza que alumbraba entre todos sus quebrantos. Y no me equivoco si digo que el primer destello de su nombradía partió de un extenso comentario del hispanista francés Aug. Maulemans, que se publicó en *Le Moniteur des Consulais.* Era éste un periódico “diplomático, literario, financiero, industrial y comercial”,fundado con el patrocinio de ministros, cónsules generales, etc., y que se editaba en París en formato de tabloide, de tres columnas. En las primeras dos páginas del número correspondiente a abril y mayo de 1883, bajo el título de “Le mouvement littéraire dans 1’ Amerique espagnole”, aquel autor hacía efectivamente una apreciación del “primer volumen de una publicación reciente: Siete tratados, por Don Juan de Montalvo, uno de los escritores más notables de la América del Sur”. Yen la entrega siguiente remataba su juicio laudatorio co referencias al segundo volumen. Los calificativos de “grandioso”, de “magistral”, de “austero y moral” le servían para recomendar el valor de la obra, aunque confesaba su falta de autoridad para hacerel debido encomio del estilo de “un maestro del bello idioma castellano” Y acertaba en afirmar, antes que otros lo hicieran, que “no es posible dar una idea exacta de lo que son los tratados de Montalvo, como sucede con los *Ensayos* de Miguel de Montaigne”.

El entusiasmo de Maulemans era sincero, y no se limitó a la redacción de este comentario, pues que en seguida propuso, con resultado favorable, que mi biografiado fuese nombrado miembro correspondiente de una sociedad con sede en Tolosa, llamada *Academia franco-hispano-por-*

tiiiiesa, Pero si o creía no errar—— como manifesté-—- en mi criterio de que sus alabanzas Itieron como el deslello inicial de la fama del autor (le los *Siete tratados* en E niropa , tampoco creo equivocarme si a firmo que en Fra neja en donde según el mismo Maulemans. ni los escritores ni los sa— bios han aprendido a leer el castellano, ese destello se apago sin producir el mús remoto interés. Grave. aunqtie en cierto modo callada, debió de haber sido la decepción que en ese punto sufrió nuestro ntaxitno prosador. Es necesario que aclare que la resonancia montalvina en París se encerró exclusivamente en el ámbito de la cultura hispana, mantenida por emigrantes españoles e hispanoamericanos en publicaciones realizadas en nuestra lengua, y para nuestros pueblos. Entiéndase bien esto, porque se habla muy en el aire cuando se loca el tema de la relación entre Montalvo **y** f:rancia. Quizás resulte una prueba de mis asertos la constancia que sentó dolorosamente Juan Garavito en el coloquio montalvino que se celebró en Besanzón en marzo de 1975, en la cual hay indicacíoncs tan desalentadoras como éstas: un estudioso de habla francesa no encontrará nada en qué “docunientarse sobre Montalvo”. “El escritor ecuatoriano figura, con fecha de nacimiento errada, en la edición francesa del Pequeño Larousse. Pero no en el Dictionnaire des Littératures. La Encyclopaedia Universalis no le dedica articulo’’ - Sin embargo. uno de sus colaboradores, en un trabajo genérico sobre las letras hispanoamericanas, sostiene que está ‘un poco sobrestimada’’ su fama de estilista. “Existen traducciones francesas de Montalvo? Es una pregunta que hago a todos. Personalmente, no conozco ninguna”.

Razonamientos son éstos que refuerzan mi propia conclusión: las frases encomiásticas de Augusto Maulemans se pronunciaron en un país de sordos. Pero afortunadamente, en significativo contraste. c]!ás poseyeron la virtud de golpear cii la curiosidad intelectual de España. y de producir, allí sí, su efecto- Bien hizo pues Montalvo en considerarlas de mucha utilidad para imantar sobre él y su libro reciente la atención (le las personalidades hispanas. Con claras atisbaduras de un resultado favorable, se apresuro a obtener varios ejemplares del artículo de aquel comentarista francés. Se proponia que sus *Siete tratados* los llevaran consigo, en los envíos a las figuras principales de la creación literaria, el periodismo y la política de dicha nación. Primeramente los despachó a dos o tres periódicos de Madrid , y a algún personaje eminen te a quien había exaltado en sus páginas - De ese niodo, a finales de mayo, habían ya recibido el paquete precioso, de los dos volúmenes de la obra en edición príncipe y el recorte del aludido trabajo periodístico, el director de *El Globo* y Emilio Castelar. Y ambos fueron (le los primeros en alentar la corriente consagratoria de NI nitalvo

en España. A ellos se unió por cierto JesLis Pando y Valle, fundador de una magnífica revista, que se editaba también en la capital española, y que asimismo respondió rápidamente a la incitación que traía esa nueva obra de nuestro gran ensayista. Este, por su parle, ciñéndose al plan que se había trazado para ir a conquistar la fa m a en el solar (le su propia len gua. armó inmediatamente viaje a dicha ciudad. Fue así cómo llegó a Madrid el sábado 2 de junio de 1883. Entró bajo tina de esas lluvias rezagadas de primavera. Se instaló en seguida en el mejo— hotel de aquellos años: e1 ¡lo- tel París, ubicado, como hasta ahora, en la Puerta del Sol, cuya plaza era ya, y sigue siendo, el eje mismo de la urbe.

El diario madrileño *LI Globo* se refirió a Montalvo con palabras que deben ser conocidas. Las tomaré pues de su edición del martes 5 de Junio de 1883: liemos tenido —dice— el gusto de saludar al afamdo escritor americano don Juan Montalvo, hablista consumado, filósofo profundo, origina y elocuente, Nos coni pl a - cenios en la visita que hace a a madre patria, en donde su justa celebridad lc licite conquistadas de antiguo ni uchas simpatías. Fi st flor Montalvo, que es uno de los h ‘nihrcs más importantes del Ecuador, disfrula attualmente el honor de ser candidato para la presidencia de aquella república.- Sus obras literarias son bien conocidas y jusamente apreciadas en todo el Sur de Antérica - La óltinia (Inc ha dado a luz en París, es notabilísima, y se titula ***Siete tratados.*** Frs el volumen segundo, bajo el nombre tic ***El*** Genio habla, con riqueza de detalles, de Viet-sr 1 fugo **y** (‘asic lar-’ Con este a tiestro ilustre amigo .conferenciará el señor Montalvo en la presenle semana -

El Globo era —como así mismo se nombraba—— un “diario ilustrado, político, científico y literario’’, de cuatro páginas. En la segunda columna de la tercera de ellas, entre varias informaciones cortas, se publicó aquel comentario sobre la presencia de Juan Montalvo en Madrid. Pero el que llegue a hurgar a prensa de esa ciudad en esos tiempos, como lo he hecho yo, podrá observar que dicha noticia fue preparada para varios periódicos por algún amigo de mi biografiado, a quten él debió de haber propo Cioiutdo tal o cual de tal le informal i yo. Me atrevo a pensar así porque : e hall ¿ido en el diario *La correspondencia de España,* del mismo martes 5 de unio de 1883, al final de la segunda columna de sti página tres, Y en tipo apretado, unas frases de salutación exactamente iguales a las de *El Globo,* ntls— que sin algunas de las líneas de la última parte. Por confesión del propio Montalvo, conten ida en los apuntes íntimos (le su segunda estada parisiense que evoqué y comenté oportunamente, y por las reales muestras de su constante interés, hemos sabido que buscaba avivar la imagen del preslign que iba conquistando, haciéndola irradiar a través de los elementos impresos de que podia disponer. Pues bien, en este caso es probable que él mismo cnlregara el dato un poco impreciso de su candidatura a la presidencia

(le la republica, recordando quizás los pronunciamienlos espontáneos, en todo caso inconcretos, de sectores liberales que enunciaron su nombre a la caída (le Borrero. o en las campañas antiveintemillislas del norte del paR.

Respecto a esta oteada de rumores políticos nacionales, que alguna vez trasponía las fronteras, resulta reve adora la noticia escueta que he encontrado en el número 51, del ide febrero de 1883, de la revista quincenal *Eut'opa* y *América,* que se editaba en París en español. 5c menciona en ella precisamente a mi biografiado, aunque escribiendo mal su apellido, como uno (le los sucesores del dictador Veintemilla. Se dice lo que sigue:

Por otra parte sabemos con referencia a la República del Ecuador, que los revolucionarios han vencido y han derribado el gobierno del Presidente Veintimilla. Este ha sido sustituido por un triunvirato formado por los señores Ca rho, Montalva y A Ifara"

Hemos visto que en la noticia de *El Globo* se indicaba que Montalvo iba a entrevistarse con Castelar en los días de su arribo mismo a Madrid. Y así ocurrió, en efecto. Los dos se sentítn mutuamente atraídos. Nuestro escritor estaba poseído (le una ya larga admiración por las virtudes oratorias y republicanas del gran español. Ello lo había manifestado en *El regenerador,* en forma tan rotunda que aun aseguró que aquél le parecía superior a Demóstenes y Cicerón. Y. como para probar la persistencia de su convencimiento. había vuelto **i** desplegar un cuidadoso haz (le razones enaltecedoras en los *Siete trutad,v,* poniendo a Emilio Castelar entre las figuras ejemplihеadoras de las condiciones que singularizan al *Genio.*

En verdad en Hispanoamérica destellaba hermosamente la fama de éste. Se leían sus discursos. Se conocían sus heroicas actitudes en la política, que le llevaron al parlamento, y un día también a la presidencia de la república. Montalvo. a su vez, se sentía seducido por la elocuencia del tribuno. quién sabe si porque ese atributo le era tan ajeno. Aunque es cierto que también él, por su cuenta, en la prosa de sus ensayos, se deleitaba con el uso del acento retórico como medio persuasivo y emocional. En cuanto a la disposición afectiva de Castelar con respecto a nuestro autor, fácil es admitir que fue asimismo de admiración, y además de gratitud. No había pasado más (le un a semana de su llegada a Madrid cuando le hizo llegar esta nota:

Ooc r do am ¡go mio: Ruegole que deje a **nl** disposicV -. **'** arbitrio su tarde de manaña domingo. tré a vericaeso de tas tres y inedia ura llevarte luego a nueslras varias xx,sicit,ncs y paseos. A sin, ismo, día de lib **¡** ad es et domingo, y mi único ej ercido ci indio ('onio usied debe de tener buenas piernas, **y** yo si'Os deseosde que hablemos largo **y** tendido. le requiero y enipiazo para esia conversac¡ón peripatética, y e amincio su prcsen tacion de académico, ya convenida para a próxima sesión, y firmada por varios (le mis consocios mós ilustres. Me parece c1tte tal turrón pide a voces el premio

de cuatro horas (hasta las siete y media), de conversación y paseo. Le quiero mucho a usted de antiguo y antesdeconocerlo.- Su amigodel alma.
Está reflejado en tales líneas el sentimiento amistoso de Castelar. Pero igualmente la jovialidad de su temperamento. Montalvo presentía que se iban a entender en seguida. Además, aquel gran hombre estaba halagando lo íntimo de sus gustos al requerirle para una larga caminata. Si algo le pertenecía de por vida era la costumbre deambulatoria, desahogo de sus soledades y calladas meditaciones. Por otra parte, ninguna buena nueva podía ser mejor para él que ese anuncio de su presentación en la Real Academia Española de la Lengua: nadie, sin duda, entre los escritores de su siglo, había trabajado con su misma amorosa porfía en el conocimiento del idioma, para embellecerlo a través de medios originales y conscientes. Su derecho a ser incorporado a la Academia se hacía pues irrefragable. Pero, por una desventura que ninguno de los dos se atrevió ni siquiera a suponer, el deseo de Castelar y de algunos de sus consocios no fue más allá de una inútil tentativa, según veremos después. Sin embargo, en la tarde de ese domingo de paseo, ambos debieron de haber estado plenamente optimistas. El uno y el otro reconocían especial significación a la pureza de la lengua, aunque siempre que no se la destituyera de aliento. encantos y modernidad. Y el orador y escritor español reconocía por su lado algo más, igual que algunos de sus compatriotas: que Juan Montalvo. en ese 1883, brillaba ya como el príncipe de la prosa castellana. Animada y cordial fue, en suma, esa tertulia ‘peripatética”,cuyos interlocutores no se detenían sino para dar énfasis a las exclamaciones, o para satisfacer las necesidades contemplativas de los lugares. Mas, naturalmente, hay que imaginar que aquellas cuatro horas de divagación madrileña tuvieron que reclamarles una alternación de desplazamientos a pie y en coche. Yo hu supuesto lo que ello habrá sido tras haberme instalado en el mismo alojamiento montalvino —el Hotel Paris, de la Puerta del Sol—, al cahode cien todos años. Nada menos que eso. Afortunadamente, el contorno urbane se conserva ahí, en buena parte, como en el tiempo de la visita de mi biografiado. Algunos de los edificios son los mismos. También sigue sin mayores variaciones la perspectiva de sus vías. E igual su espíritu de animación. aunque ahora más bullente y febril, por el aumento de población y por la frenética multiplicación del comercio en dicho s,ctor. La encrucijada de sus antiguas calles, callejas, travesías, callejones, pasajes, puede pues ser recorrida ahora con un deleite parecido al de antaño. Porque persiste la atmósfera venerable de algunos de esos rincones, de balconcitos de rejas de hierro y de fachadas ennegrecidas por el paso de las edades. Asimismo

el hotel, situado en el punto de arranque de la nombradísima calle de Alcalá, conserva su antigua fachada, y sus interiores no han recibido muchas mudanzas. Desde el segundo piso hasta el quinto, quc es el superior, la escalera es la misma, con sus peldaños espaciosos, de gruesa madera amarilla , extremadamente pulida. En cada uno de sus descansos resplandecen las lámparas y las consolas con bronces o porcelanas. El salón de la planta baja y el comedor mantienen igualmente su decoro, aunque debieron de ser más dignos que lo son ahora. Y bien, en ese ambiente general del Hotel París, a la vez intimo y suntuoso. Montalvo fue visitado por las figuras sobresalientes de la literatura de España. Ni más ni menos que, décadas después, otro genial representante de las letras hispanoamericanas: Rubén Darío.

En aquel domingo de junio del 53. ahora tan lejano, su visitante fue pues el orador, escritor y estadista Emilio Castelar. con quien salió a comienzos de la tarde y no volvió sino al anochecer. El itinerario fue por eso muy amplio: anduvieron por algunos sitios próximos al hotel: la Plaza Mayor. la calle de Valverde, en la que estaba la Real Academia Española; la de la morada de Menéndez y Pelayo: dieron con ésta indeliberadamente, de paso: a de “ElAteneo”.célehreinstituciónde Madrid. Castelarquiso que su amigo conociera esa casa. Su frente era, y lo es todavía, de pocos metros. De manera que no permite adivinar la amplitud de sus interiores. La fachada y la escalera siguen siendo de mármol. Había, y sigue habiéndolas, salas grandes de conferencias, en las cuales han disertado personalidades famosas de España y de otros países. Entre aquellas, Emilia Pardo Bazán, que mientras hablaba ahí creía tener entre sus oyentes, muy cerca de sí misma, para la fortaleza de ánimo que necesitaba, a su amigo Juan Montalvo. Eso ocurrió cuatro años después de este recorrido de nuestro escritor. Y ahora, el que entra en “El Ateneo”, puede observar t su dereelia. al subir al corredor principal de la planta alta, un gran retrato de esa ilustre moler que tan sinceramente convencida se mostró de la prestancia montalvina.

Probablemente el itinerario a que me estoy refiriendo comprendió también partes de la ciudad un tanto apartadas de allí: el parque del Retiro, el paseo de la Castellana. t..es fue pues indispensable tomar uno de los coches de la Puerta del Sol, Y. cosa extraña, propia de los enigmas
que guarda el destino, sin duda pasaron por el lugar en que en nuestro siglo habría de alzarse la hermosa estatua de Emilio Castelar. para merecida perpetuación cívica de su memoria. Cuando regresaron al hotel, Montalvo obsequió a su amigo un valioso y elegante sombrero de paja, de los que se producen en Jipijapa, Ecuador, y el cual había recibido a su vez como obsequio de Eloy Alfaro.

Ese sombrero alcanzó a tener su propia historia. Véase cómo. Corridos algunos anos, Castelar declaró en un d scurso parlamentario que él era ante todo español, aunque debiera renunciar a ser republicano y liberal:
esto es, aun sometiéndose al poder de la monarquía. Además, con énfasis innecesario y ‘ademanes ieatrales’’ , parece que se había reconocido como devoto que *nunca come carne el viernes.* Montalvo, en cuanto lo supo, Se sintió desengañado de su amigo, e hizo una página cargada de burlas contra él. Recordó que ‘‘cuando Julio Sinion era republicano fogozo, los estudiantes (le la Sorbona, con ocasión de un discurso admirable, hicieron una coleeta y le regalaron un tintero de plata cincelada”; y cuando ese mismo Simon “renegó de la república”,los estudiantes se vieron impulsados a reclamarle el tintero, ya atormentarle con el grito de: “El tintero, devuelva usted el tintero!” Creyó entonces que era idéntico el caso de aquel a quien él había obsequiado el sombrero, y en tono duramente irónico escribió, entre otras, las palabras que siguen, que las tomo de sus ***Páginas*** *inéditas:*
1 lace algunos años, Emilio Castelar andaba en las vacaciones de verano por as: ciudades de San Sebastián y Biarritz, con un sombrero de paja alto, levantado, pri **‘ix,** roso
Tanto llamaba la atención el personaje con su nombre y su fama, como el sombrero, FI amigo que me lo envió de mi país, me dijo en su carla, que le había costado cien pesos en Jipijapa. Nadie sabía que En, ¡1 io Castelar llevaba, como el Embajador de Persia, más de cien duros en la cabeza ... .- Ay mi sombrero, mi pobre sombrero! Ay ms cien pesos, mis pobres cien pesos! ¿Cuándo yo hubiera pensado que un ayunador como sin devoto, un inisaea ntano, se hubiera aprovechado de ellos? Desde CI (lía que Casielar ha pronunciado su apostasía en las Cortes, mi sombrero no es regalado de buena vol untad.si no robado. ¡Mi som brero! ‘ Vué Ivame mi sombrero!.
Desconozco si el brillante tribuno llegó a leer este escrito, y si así terminó la relación de amistad que le unía a su autor. Eso hubiera sido latnentable. Porque Castelar se le manifestó en todo momento afectuoso y solícito, y de veras trató de buscar ambiente para la incorporación de Montalvo en la Real Academia Española. Pero del mismo modo que aquél, otras figuras notables se le aproximaron en el Hotel París, o le destinaron notas epistolares congratulatorias, o comentaron su obra en las columnas de la prensa. Así, con el concurso de la inteligencia española e hispanoamericana, nuestro ensayista conquistó pronto la apoteosis que siempre estuvo soñando. Las publicaciones que contribuyeron a ello fueron, principalmente: *E/Diluvio, Europa y América, La España Moderna, La Ilustración Española y Americana, Los Dos Mundos, Revista de España, Revista Cotitemporánea* y *El Correo de Ultramar.* Entre los personajes de las letras que, a más (le Castelar, fueron a verle en su albergue de la Puerta del Sol, oque le invitaron a encontrarse con ellos, se contaron Gaspar Núñez de

Arce, Marcelino Menéndez *y* Pelayo, Eduardo Calcaño, Manuel del Palacío, Jesús Pando y Valle. Y entre los principales de sus críticos y panegiristas, en cuyo grupo se hallaban también algunos de los que acabo de mencionar, deben ser citados Juan *Valera,* Emilia Pardo *Bazán,* Leopoldo García Ramón, Luis Carreras, Carlos Gutiérrez. A quienes hay que agregar los nombres de dos figuras italianas: César Cantú y Edmundo D'Amicis. Si bien éstos no publicaron nada sobre mi biografiado, las sendascartas que le dirigieron las hizo él reproducir en *la* revista *Los Dos Mundos,* de Madrid. En una de sus columnas, en la edición del 18 de noviembre de 1883, aparecieron ellas efectivamente, precedidas de una nota que dice:

Toda la prensa europea se ocupa de la obra magistral del ilustrado escritor ecuatoriano *nuestro* amigo D. Juan Montalvo - vamos hoy a *publicar* dos cartas (relativas a *los Siete tratados),* que por ser de eminentes escritores deben pertenecer a la literatura; una fue dirigida al Sr. Montalvo por el historiador más reputado de nuestra época *(César* Cantú), y la otra por el no menos conocido escritor italiano Edmundo D'Arnicis, cuyas obras se traducen a todos los idiomas.

El texto de ambas epístolas es ya bastante sabido. Cantú, haciendo referencia a los *Siete tratados,* le aseguraba-:'Conocidos, ya lo eran en Italia: uno de ellos, *El buscapié, acaba de ser* vuelto a nuestra lengua". Eso, naturalmente, tuvo que haber sido así. Ni duda cabe. Mas por desgracia yo no pude dar con esa versión italiana, ni buscándola en la Biblioteca Nacional de Roma. Ahí hay únicamente un libro antológico sobre el libertador Simón Bolívar, cuyos autores son *Montalvo,* Martí, Rodó, Blanco Fombona, García Calderón, Alberdi. Trae un prólogo de Miguel de Unamuno. Y bien, para terminar su carta, Cantú suplicaba a nuestro escritor que le ofreciera "la oportunidad de manifestarse adicto al hombre ilustre que honra a su patria y al género humano". Por su parte, Edmundo D'Amicis le confesaba lo que sigue: "Después de las merecidas alabanzas que de vuestra obra han hecho tantos varones ínclitos, no me atrevo a exponeros tui admiración, la cual es grande, ya por la verdad y la rareza de las ideas, ya por la belleza de la forma, ya por la elevación del intento". Y, como había que esperarlo, Juan Montalvo se interesó también en difundir ambas cartas entre los lectores de sus propios libros, yen comentarlas entre los suyos. A su sobrino Adriano, para citar uno solo de estos casos, le contaba que Cantú le había dado la noticia de la traducción italiana de "El buscapié". y al respecto le expresaba-:' Me parece haberte dicho que el tratado que yo estimaba más era ése, por su mérito literario". Y acaso no estaba equivocado.

En fin, a través de estas referencias se habrá podido advertir que en el viaje de Montalvo a Madrid, cumplido con la intención exclusiva de

BIBLIOTECA FRANCO-HISPANO-AMERICANA

PARIS — 71, rue de Rennes, 71 — PARIS

En esta **Librería** se encuentra, además de las **mejores obras** de los autores Franceses, Españoles y Americanos, las principales publicaciones modernas ilustradas, novelas y diarios políticos de España, las obras siguientes:

BARRAL (Georges). *Misal del Amor sentimental*, 1 vol. en 32, caracteres elzevirianos. . . 4 »
CALDERÓN (Dr. S.) *Los grandes Lagos nicaragüenses*, 1 vol. en 8º, con un magnífico plano. . . 5 »
CARRERAS (Luis). *Retratos á la Pluma*, 1 v. en 8º. 2 »
— *Los Prosistas contemporáneos en Madrid*, 1 vol. en 8º de 300 páginas. . . 3 »
— *Los Duques de la Torre*, 1 vol. en 8º. . 3 50
— *Un Casamiento infame*, 1 vol. en 8º, con retrato del autor. . . 4 »
FERNANDEZ (Dr. Juan R.) *Contribución al estudio de la Fiebre puerperal*, 1 vol. en 18 de más de 450 páginas. . . 5 »
GARCÍA-RAMÓN. *Séres humanos (Estudios de mujer)*. 1 vol. en 8º, con un magnífico dibujo de S. Urrabieta Vierge, y una carta prólogo de Emilia Pardo Bazán. 3 50
GUYOT (Dr. Jules). *Breviario del Amor experimental*. 1 vol. en 32, caracteres elzevirianos. . . 4 »
MONTALVO (Juan). *Siete Tratados*. 2 magn. vol. en 8º. . . 15
— El mismo, media pasta. . . 20
— *Mercurial eclesiástica*. 1 vol. en 16 cuadrado, edición muy cuidada. . . 5 »
— El mismo, media pasta. . . 7 »
— *El Espectador*. 1 vol. en 16 cuadrado, edición de lujo. . . 5 »
PERALTA (M. M. de) *Costa Rica, Nicaragua, Panamá*. 1 vol. en 8º de más de 800 páginas, edición de lujo, impresa sobre buen papel, con magnífico plano, bella encuadernación de chagrin, con relieves de oro, cortes dorados. . . 60 »
SALVANY (Juan Tomás). *Poesías*. 1 vol. en 8º. . . 6 »
VEGA (F. de la). *Menudencias filosóficas*. 1 vol. en 8º de 300 páginas, papel superior. 3 »
— *Política entre bastidores*. 1 vol. en 18, con retrato del autor. . . 2 50
— *Cantos Berroqueños*. 1 vol. en 18, con retrato del autor. . . 2 »
— *La Picota*. 1 folleto en 18. . . 1 »
VIDAL-SOLARES (Dr. F.) *Consejos familiares de la Higiene de la primera Infancia*. 1 folleto en 8º. . . 2 »
VILLAVERDE (C.). *Cecilia Valdés*, novela de costumbres cubanas. 1 vol. en 16 ilustr. 5 »

También se encarga de hacer suscriciones á los **periódicos extranjeros**, y procurar todo género de producciones literarias, científicas, etc., que se publiquen en ambos mundos.

En resúmen, dicha **Librería** establecida, **71, rue de Rennes**, comprendiendo la necesidad de poner directamente al alcance del público las buenas producciones científicas ó literarias, que bajo la forma de libros y periódicos salen á luz constantemente, ha emprendido esta tarea con la seguridad de que sus esfuerzos encontrarán cerca de las personas que se ocupan de literatura y ciencia, la confianza y simpatía que han de ayudarle poderosamente al desarrollo de su empresa.

Anuncioen Europa y América

Marzo de 1887, en el cual en el cual se avisa la venta de obras de Montalvo.

abrir un horizonte de celebridad a sus *Siete tratados,* hubo un toque de real profecía. Actuó como iluminado por la fe que sentía en su grandeza de creador, cuya necesidad de ser reconocida clamaba dentro de él. Y prontamente los adeptos ilustres fueron compareciendo en su torno. Se podría asegurar que formaban un coro notable, en el que cada personalidad pronunciaba un juicio de enaltecimiento por propia e individual convicción. Todos en efecto parecían persuadidos de que aquel emigrante ecuatoriano era un intelectual de atributos excelsos. Algunos se referían a él como a un ser en cierto modo histórico. Buena prueba de esto es la descripción trazada por el tan conocido poeta Gaspar Núñez de Arce, que en ese año de 1883 se desempeñaba como Ministro de Ultramar del gobierno español, y de la cual tomo los detalles que siguen:

Era un hombre todavía joven (estaba en los cincuenta y uno de edad), alto y enjuto. de cabello muy negro y crespo. y de frente despejada, cuya serenidad turbaban, de vez en cuando, ligeras contracciones, quién sabe si a impulsos de algún recuerdo penoso y sombrío! Tenía la coloración mate, lan frecuente en los hijos de los trópicos; la palabra lenta y monótona; la boca desdeñosa, nada propensa a la risa, y los ojos brillantes, aunque de mirada vaga e incierta ... Sin embargo, bajo aquella apariencia fría y mclancólica, ocultábase quizásun ser humanoatormentado por pasionesardientes, de voluntad firme y concentrada.

Pese a las circunstancias tan pasajeras en que los dos escritoresse trataron, Núñez de Arce demuestra con qué fidelidad y nitidez se le habían grabado en la memoria el aspecto personal y el fondo anímico, perspicaz- mente entrevisto, de Juan Montalvo. Ene1 mismo plano de captación certera de los rasgos de aquel hombre que, bajo el resplandor de sus propios escritos excepcionales, se iba convirtiendo ya en a imagen no fallecedera de los predestinados, se alza también la evocación que quiso hacerle Leopoldo García Ramón. Es elocuente que dos extranjeros, dos testigos extraños al país de Montalvo, dos españoles notables, le hayan visto como personaje cuyo carácter habría de interesar a los admiradores infalibles de una hora futura. A este respecto, quizás es conveniente que haga yo la oportuna confidencia que sigue. En una tarde de setiembre de 1986, en mi hotel de Buenos Aires, el célebre escritor argentino Ernesto Sábato me manifestó su contento cuando le conté que estaba preparando esta biografía, y se apresuró a pedirme que reflexionara sobre la torpeza de los que se obstinan en llamar repúblicas subdesarrolladas a éstas que son capaces de producir figuras tan extraordinarias como la de Juan Montalvo. En realidad, de la aptitud suya para una amplia consagración internacional son prueba las impresiones que estoy citando. Y precisamente, en lo que

loca a)as que no.s ha dejado *García Ramón* —que son extensas— se podra arreciar sti justo sentido admirativo en la síntesis que va a continuación:
Era de aventajada estatura, cenceño y tan enjuto de carnes quc, a pesar tic la hico *de* sarro 1 lada a rin aid o ósc a paree la a ás elevado su h **ti** sto, mis largas sus la rgu fs i mas piernas. Producía en el ánimo la impresión de lo ondulante y flexible, la movediza caña, el uneo silbador, todo lo que se dobla sin rompcrsc: y con su andar a grandes trancos. su delicadeza al echar el pie y sentarlo en tierra, recordaba la marcha acompasada del hermoso y implo flamenco.- Varonil y expresiva lenta la cara, (loe autt eren estar viendo. Coronaba la alta, despejada frente, graciosa curva, *explosión deertornie.t* **Sol** *iii* **SS** uI' **SI Z It** *bot'lte,* ya argentad os eu a otto le con tic i . . . - I.o que desde luego se lot aha en MonI Ilvi, , a primera vista, era la niel ieulosa pulcritud de toda su persona . . . 1 levaba siempre el pelo bien dispuesto y aseado. el bigotillo encerado con oloroso cosmétIco. blanc s y lustrosos los dientes, rasuradas las mejillas (bastante pobres de barba), las mailos largas **y** nudosas. como acabadas de lavar. con tiñas liniptas y lucientes, recortadas con minuciosa *tijera.* - Su vestir, sencillo y elegante, era *costoso* por la riqueza de las telas de su ropa y del paño de sus trajes. Como el viejo de Montaigne (uno de sus autores favoritos) no usaba colores Calzaba siempre zapato de charol y media obscura. La corbata, de ancha lazada y puntas colgantes, generalmente era negra también ... Los guantes sí solían alegrarse con matices más vivos, sin romper la armonía del tono obscuro . .. -Ni español ni americano en lo de colgarse llamativas joyas; creo que ni gastaba cadena de reloj, y digo creo porque nunca le vi desabrochado.- Sus fra- seseo el tratado de la belleza nos revelan un enamorado constante, más teórico que práctico: no por la culpa de los años ni de la complexión endeble, sino porque el culto de la filosofia y de las letras preponderaba sobre el amor profano.' ¿Nacería de tan simpática moderación su horror al tabaco? A esta hierba le llama *envenenado, unive,sal,-* Cortés en ademanes y palabras, estrechaba la mano que le ofrecían con fusión, si era querida, con natural deferencia si era indiferente: en su aspecto exterior había la severidad y grandeza del hombre de representación, del que al tomar asiento en la silla de los legisladores impone respeto, y al ocupar un sillón presidencial puede ostentar la majestad teatral y hermosa que los pueblos de raza latina exigiráo siempre al jefe del Estado.- El alma de Montalvo es en estos momentos a que me refiero— 1887—más amante que lo *fue* nunca, y no sé, ni aunque ¡o supiese lo revelaría, si hubo alguna señora mezclada a su existencia por aquel entonces; pero me parece que sí. Vivía solo, en modesta y limpia habitación, trabajando cuando se le ocurría, haciendo elda de *fraile,* según murmuraba a media voz, con el pertinaz y lento dejo americano que tanto contrastaba con la viveza de su estilo; pero ciertas reflexiones y entonaciones al hablar de la mujer **y** de aventuras galantes, ciertas nimiedades que no prueban nada y que un observador tan poco sagaz como yo toma a menudo por indicaciones cuando nada indican, me hicieron suponer que acaso la celda se convertía en altar de amores
tti
1,as dos reproducciones anterIores son acaso suficientes para dar idea (le la singularidad con que le miraban y admiraban los intelectuales de Es— pana . - además, para que se lenga una imagen neta de aquel Montalvo
1.55 5 nb;p,tmi tb,,Inmj N&,dr,d.tct'rrr,'dc **550 Anut**

del último destierro: esto es, de los años postreros, ya en la cincuentena de su edad. Hay desde luego que prescindir de documentos epistolares y testimoniales valiosos, y de textos críticos aparecidos en las publicaciones que he mencionado, porque el transcribirlos, o el aludirlos siquiera con algún detalle, sería cosa de nunca acabar. Me parece en cambio que prestaría yo un servicio a los estudiosos si buscara hacer una edición especial de cuanto he recogido en Europa, que comprende comentarios sobre mi biografiado y trabajos propios de él mismo.

CAPITULO XX

Doble tormenta y resplandor final

Después de explicar los caracteres de la apoteosis montalvina, en que **se presentaron evidencias** tan atractivas como convincentes, imposible es **no indicar, en homenaje a** la veracidad, dos hechos de carácter opuesto. y por ende negativo, que se dejaron ver con igual relieve notorio: el de la actitud de la Real Academia Española, que no le abrió sus puertas, y el de la reacción de la clerecía ecuatoriana en 1884, que consiguió la condenación papal para sus *Siete tratados.* Cuando Emilio Castelar le anunciaba, como si le estuviera prometiendo "un turrón", que en la sesión próxima de la Academia el nombre de Montalvo iba a ser presentado para su incorporación, con la firma de sus "consocios más ilustres", no le estaba diciendo una falsedad. Porque en efecto era ya un asunto convenido. Los pro- ponentes de ese ingreso iban a ser el propio Castelar, Juan Valera y Gaspar Núñez de Arce. Presidían la docta institución Juan de la Pezuela, conde de Cheste, como director; Manuel Tamayo y Baus, como secretario; Manuel Cañete, como censor, y Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, como bibliotecario. Se hicieron contactos entre aquéllos y éstos, como paso inicial. Luego se formularon otras consultas individuales, en forma discreta. Los patrocinadores de la iniciativa examinaban bien el ambiente. Querían estar seguros de hallar aceptación. Mas terminaron por desengañarse. La mayoría se manifestó contraria al acceso académico de nuestro escritor. ¿Por qué? ¿Razones, quizás, de egoísmo o cje inescrupuloso y negligente desprecio frente a un americano? Ni lo tino ni lo otro, seguramente. Pues que era fácil descubrir o que en realidad pi esionaha sobre su conciencia imponiendo el sesgo de sus determinaciones: era no otra cosa quc la
Sión a las críticas de los *Siete tratados,* tan inusuales y desembozadas, cii

asuntos del dogma y de la liturgia corno del comportamiento del mal sacerdocio catolico. Los acadéniicos de la calle (le Valverde eran de una almenada posición ultraconservadori, y jamás se prestarían a transigir con la filosofía “herética” de Montalvo, ni a conformarse con la idea de contarlo entre ellos, en ese bastión derechista y monástico. Queeso—he de aclararlo— era su organización por entonces. Debo decir que conozco dos versiones de este acaecido que no se ajustan estrictamente a la verdad, y que se las anda repitiendo con mala intención o por [alta de celo en las indagaciones. La una, basada en la explicación amable que Tamayo y Baus dio a Julio Calcaño, se afana en querer probar que la Academia Española tenía “manga bastante ancha” para admitir entre los suyos a gentes de ideologías y credos diversos, y que en el caso de nuestro autor lo que había habido era una consideración de tipo general, ya invocada en oportunidades anteriores: la de que no se podían designar miembros correspondientes a personalidades de países en donde ya se hubieran establecido academias de la lengua castellana conectadas con la de Madrid. En el Ecuador —se afirma—había ya una. Es cierto. Se la había fundado en 1875. Exactamente durante el último año del gobierno de García Moreno. Pero, como no es difícil sospecharlo, por todo cuanto he explicado sobre el ambiente intelectual en que batalló Montalvo, en dicha corporación se habían agrupado sus rivales, desde Pedro Fermín Cevallos —el director— hasta el último de sus integrantes. Cómo cabe, por lo mismo, ni la suposición de que alguno de ellos, en acto de justicia o de nobleza, se hubiera atrevido a sugerir el ingreso de mi biografiado a esa entidad. Y así, en consecuencia, la iniquidad cometida en el ámbito doméstico encontraba una dolorosa confirmación en el horizonte español.

La otra versión del hecho es la de que la Academia madrileña llegó a conocer la proposición de Castelar, Valera y Núñez de Arce, y la rechazó. Uno de los panegiristas más constantes que en ese país tuvo Montalvo —Luis Carreras—estuvo convencido de ello. De manera que en la revista *Eciropav A,nérica,* edición del 15 de marzo de 1885, con elarrebatadoestilo que le era propio, y tras calificar a los académicos con las voces ultrajantes de “cuervos y lechuzas”, de “gramáticos cojos” y de “filólogos zurdos” ensayó la defensa que sigue sobre nuestro autor:

Con vén/a nse éstos (los aea dé ni icos) de q uc si hemos de tener Academia con vie nc que sea, en lodos concepios. nito corporación grande y respeialle. ¿No es una bajeza, no es una indignidad, no es lina infamia literaria que hahiéndose propuesto a la actual

et nombramiento (le socio correspondiente para ‘iii prosista tan importante conio el americano Montalvo. a pesar **de la sinipalía** que inspiraba allí la arqueología lingüística de *Siete* trotados, le desechasen porque A urcl iano Fernández (hierra gritó como un energúmeno que Montalvo noercía en la Stinhisima Trinidad?

De haber sido formalmente propuesto, y rechazado en alguna sesión de aquella entidad - como cree Carreras, eso hubiérale resultado gravemente ofensivo. Pero por fortuna hay constancia de que tal hecho no ocurrió, debido a las consultas cautelosas de los pretendidos proponentes. La documentación del archivo académico de España nos lo está probando. Y con la garantía de mt investigación personal puedo asegurarlo.

Y bien, sentadas estas indicaciones sobre las referencias distorsiona— doras de aquel acontecimiento. inimaginablemente torpe y sectario, y que evidentemente hizo mella en nuestro escritor, debo recordar que él mismo se ocupó en rectificarlas en seguida, con la mayor severidad y precisión. Así, fueron varias las veces en que aclaró que su nombre no llegó a ser propuesto en el seno (le la Academia, y que. de haberlo sido, se lo hubiera examinado a través de su combatida *Iteteroclojia,* no de sus méritos literarios. Con respecto a lo (le la *manga ancha* y al uso de no incorporar a intelectuales hispanoamericanos a la insti tucion madrileña, que habían sido las razones invocadas por Tamayo y Baus en la aludida explicación a Calcaño, para justificar la actitud de los académicos españoles, mi biografiado fue terminante en sus observaciones. Las expuso precisamente en una respuesta que dirigió a Calcaño, y de la que conviene que yo haga tinas hrevísimas transcripciones, a modo de revelación del fondo de verdad de esta desagradable incidencia en la carrera (le Montalvo. Téngaselas a continuación:

Ya que Don Mniiiel tamayo y Baus viene adjunto a este negocio en la e.u te usted. le diré que la respuesta que le ha dado ese buen señor adolece de equivocación. En ningún tiempo ha dejado la Academia de enviar diplomas de miembros correspondientes a todas Fas repúblicas de America, y los siguen prodigando sin averiguación ni empacho. Castelar ha afirmado úliinianienie que cuando tentó el vado batió en los *viejos devotos* de la cal le de Valverde tal tempestad contra el autor de los Siete *¡rujiados,* que juzgando como ortodojos y no como literatos, le negaban los sacramentos. No es verdad, como bao propagado mis malquerien les, que yo haya sufrido un rechazo, pues nunca he sido propuesto... .- ya usted ve que el que escribió la *Réplica a un sofista y* la *Mercurial u’i-lu’suistica,* sabia nl uy bien (loe, lejos de acerca rse a la Espa ño la - se separaba un mundo de ella... -- Señor, como tú sostienes el principio (le que las cosas no existen. pense que ese vaso no existía, y tus rompí. Canalla el vaso no esistía para la escucla pero aquí existía.- Según este nluNio de discurrir de muchos académi

cus. Yo cxv,to hiera tic a Academia, y aun soy lo que ellos cliccn peri' en la Academia. lis cuslo. polque si lo quiere la sed.''"

En fin, se consumo un acto de palmaria injusticia al proceder de esa manera con uno de los más admirables hablistas castellanos dc todos os tiempos. Pero él. que no era fácil para otorgar perdones, no lo olvidó jamás. Primeramente le hizo expiar al ya *mentado* Aureliano ***Fernández*** Guerra. bibliotecario de la Academia Española. un par de faltas: la del trato "malévolo y ofensivo" con que le recibió en su casa, a donde fue en compañia del ministro de Venezuela en Madrid. y la de la inquina con que procedió en dicha corporación cuando Castelar hacía consultas delicadas para la nominación académica de nuestro autor. El castigo fue de los que él sabía descargar, sin piedades de ningún género, sobre los que se atrevían a agraviarlo. Esto es, obligando a la pluma a dar dentelladas coléricas *y desgarradoras.* Se puede pues apreciar el grado de este nuevo *furor* punitivo en las páginas de dos trabajos que tituló *Visita tempestuosa y Modelo de elocuencia académica.* El uno fue para responder en tono incisivo a las descortesías de q nc Guerra y Orbe le habia hecho víctima, y el otro estuvo destinado a hefarse de éste mediante un análisis implacable de todos los yerros idiomáticos y de composición literaria que había cometido en una de sus creaciones de mayor resonancia: para ser precisos, aclaremos que en su discurso de incorporación a la Real Academia Española. Raras veces se *encontrará una* idoneidad de critico de semejantes alcances demoledores. Con atributos de erudición, con maestría en el dominio de la lengua, con lógica en los argumentos y conclusiones: en suma, con demostración persuasiva de cuál era el grado de sus conocimientos idiomáticos y de su destreza en la elaboración de una frase castiza y elegante, se afanó en demostrar la ineptitud literaria y lingüística de Guerra y Orbe. Pero, además, quiso desmedrar sutilmente el buen nombre de la citada institución madrileña, A ésta la hizo aparecer con la denominación despectiva de Academia de Tirteafuera. [le de hacer *notar* que *tira'* es síncopa de tírate. Y que ticteafuera vie nc a significar tírate afuera, a pi rt ate, ánd a te allá. Esto quiere decir que el nombre se lo hahia ganado la Real Ar:.demia por su comportamiento sañudo con Monlalvo. Ile (le ree uar a] rflislflO tiempo que ese vocablo ***Tirteafuera*** y el nombre de Pedro Recio, a quien nuestro autor hace actuar en sus páginas de burla y de crítica como impugnador del dis 15

ion, foninu, 45),,,, isIu,('ile,,,,,. **Quito. 591**

curso de Aureliano Fernández Guerra, esl.án lomados del capítulo XLVII, de la segunda parle del Quijote, que tiene relación con el gobierno de Sancho Panza en la ínsula de B a rata ri a

No se suponga. porcierto, que ésa fue la única acometida rnontalvina contra los académicos españoles. Porque hubo otra, casi desconocida, perdida casi. Apareció bajo el título de *El terreinmo de la lengua castellana,* en el número 156, de junio 15 de 1887, de la revista quincenal ilustrada *Europa y América,* que se publicaba en París. Fue un ensayo de pocas páginas que no llevó nombre de autor, pero que es absolutamente reconocible como de Montalvo, no sólo por sus ideas y la forma de expresarlas. sino por la repetición de giros usados anteriormente por él. Además, sus contemporáneos se lo atribuyeron en seguida, y él nunca negó tal paternidad. Debo hacer saber que Antonio Gutiérrez (le Valbuena, belicoso y terrible impugnador de la Real Academia Española, había publicado una *Fc de erratas del Nuevo Diccionario de la Academia, y* que nuestro escritor, ansioso de leerla, le había pedido a su amiga Emilia Pardo Bazán que le consiguiera un ejemplar y se lo remitiera a su residencia parisiense. Así ocurrió en efecto. Allá por la mitad de 1887. Y lo cierto fue que, presintiéndolo ono, halló de ese modo, mediante dicho envío, la oportunidad de preparar su propia arma para lanzarse contra sus nunca olvidados “devotos de la calle de Valverde”: esto es, contra aquellos enemigos que se negaron a recibirle como uno de los suyos. El arma no fue otra que el ensayo que he nombrado: *El terremoto de la lengua castellana.* Su texto no ha sido reproducido desde que él lo publicó, hace más de cien años. Ni el acucioso compilador y salvador de los trabajos de nuestro gran prosista —Roberto D. Agramonte— había dado con éste. Lo menciona sin indicación de su título; y con palabras que estimulan la investigación, expresa: “Precisa buscar ese artículo de Montalvo”. Por fortuna, me correspondió la suerte de remover una copiosa papelería impresa del siglo anterior, en horas y horas de indagación en Europa, y de hallar esa tan valiosa producción monlalvina. La he entregado para su difusión al Consejo Editorial de Ambato que, a través de su Municipalidad y la Casa de Montalvo, se propone recoger y (lar a luz la obra eompleta de éste. E-lay unaS an()tción más que hacer en torno de *LI terremoto de la lengua castellana,* como medio (le COrroborar la autenticidad de su procedencia, y es la (le que el 3 de julio (le 1887 la aludida autora española Emilia Pardo Bazán le puso ami biografia— do tina carta con las [rases que siguen:

1 lev sto Cm a, t,culo tic usted (ial sttpoitro) en ***Eur,,ja, s /ipiéneo.*** adltojdndoseii sen—
ti, de Escalada sc era uno de los seudónimos usados por Antonio (intiérrczde Val-
1—E arisculu está bien: pet,, -- **nstcd tu** h,, pcissatto alguna ve, en ser soi **lo** ,or?cspLLnhtIcst te,tr ¡u ***'ti*** odr,,ti,C Si dei, puede agradole serlo no,rscr,I1ii más artico— li,s **LIC** esos. Acaso',, le tengan a usictl en entredicho **Li** satla se **nl** sai1:, u. -—Consejo ese, vado de ansig, leal.
Pero. naturalmenle.se (jebe itiluirque ninguna cosa esiaba más lejos del eonvenci niento de dique la probabilidad de un ingreso a El Real Academia Española. tras iodos oque le había acontecido.
Las objeciones que contenía aquel trabajo inontalvino, formuladas en toisos aspero y burlesco, y mol vadas por las decenas de miles (le errores y ade lesios que había señalado Val buena en la d nodécima edición del Diccionario de la Real Academia Española, le llevanus a calihear esa necedad' de los ''genios maléficos de la calle de Valverde'' con tina designacinis cargada de desprecio: la de 'enorme empanada de carne (le C rro'' -
111(1 qué como nl ro de los hechos que perturbaron el ambiente de la consa'2r;leion internacional de Montalvo el pronunciamiento hostil de la Iglesia e ***it*** el Ecuaclo r producido precisamente p r los *Siete tratados, Y* al tidí a (lite éste se proyecto hacia la prohibición de la lectura (le la obra a t ra— vds del Vaticano. Eso ocurrió eeclivamente así. Nuestro autor dejó ver que de algun modo lo presentía. I'ttes que el 15 de enero de 1 KS4 le escribió a Adriano diciéndole: 'Supongo que habrán va ustedes recibido sus ejemplares respectivos de los *Siete tr'atado,v,* si el padre Ordóñez no ha hecho de las suyas. apoderándose de los cajones. De Guayaquil han escrito que esto se proponia aquel clérigo; pero en Guavaq u 1. dicen, *habrá pnnzera* ti/lO *rt't'ttelta* que dejar secuestrar mi libro''. la person a a qtne n se estaba refiriendo ni biografiado era el arzobispo de Quito monsenorJosé Ignacio Ordoñez. Tres años mayor que él, nacido en Cuenca y coii alguna especia— lizaeiún eclesiástica adquirida en París. Colaborador aeiivo de García Moreno, con algunas inIervenciones en la sidi pública ecuatoriana, 1 la— hían tenido encuentros desapacillcscon Moni:tiso. según It) narrEl éste con sarcasmo. La posición de ellos era pues la de dos antiguos risales que estaban como aguardando el monleislo (le su recio enlrentatnic,ito. Que o **intS** ció el al/obispo el l) de lebrero tic l,XS4. con el l:invajnietiio (le tiflO cano paslot:tl. Icida cn los púlpitos tIc Quito, cursi rOps'sLl() tu t'"reprohat condenar os *_S'iet,' tianidas.* los tildaba de libio 'malo'' por ''contener proposiciones Iserélicas, máxilisas escandalosas y principios contrarios a los dogmas revelados'. l'rataba tIc hacer ver cts el escii nr 1;, imageli **tic**

un blasfemo que da ‘sacrílegas bofetadas’’ a Jesucristo. **Muy** POCO demoró la respuesta dci agraviado. Consistió ella en una obra enardecida de Coraje, en la Cual la defensa se le trocó en un ataq tic violento, pugnai en todo sentido, destructor como pocos. La publicó deniro de ese ¡nismo ano, pues que la elahoró aceleradamente, con vehemencia irresistible, con pasmosa fuerza de Improvisación, desde luego con stis usuales aciertos expresivos. Apareció en París con el título de *Mercurial eclesiástica*, qtle en sí mismo no correspondía a la viva sugestión del contenido. En éste había no únicamente e’ comentario, entre cruel y festivo, de la pastoral (le Ordóñez, **sitio** además un sinnúmero de consideraciones sobre las batallas cruentas del catolicismo, los encrespamientos de barbarie de las manifestaciones del fanatismo religioso, las tenebrosas tentativas de sofocar las expresiones artísticas del baile, el teatro y la novela, y por fin sobre el contraste que advertía entre los anatemas de su paisano el mitrado y los elogios de las grandes personalidades de Europa.

A su sobrino Adriano le habló, en una de sus cartas, de la significación de la *Mercurial eclesiástica* o *Libro de ¡as verdades* (que era el subtítulo), con oportunidad de una circunstancia imprevista e infortunada que recayó en el envío de sus ejemplares a América. Le dijo entonces:

no es un folleto conio tú has pensado; es un hhrn muy bonito. Fueron a Panamá hace un mes 75t1 ejemplares lindanie n le **e mpastados. Pero mira** la suerte de los nial va(los, el cable anuncia la pérdida del buque en que fueron. Casi todo la carga se ha perdido, **y** una parle la han salvado averiad&

Tal contrariedad debió de haberle herido en lo intimo: no se olvide cómo se preocupaba en la circulación amplia de sus libros y en la muy elegante presentación materia] de éstos. Desde luego, igual que ocurrió con los *Siete tratados*, los gastos procedieron de la mano generosa. y ajena a]a más leve ostentación, de su compatriota Clemente BaIlén. 1 loe por un, en una nota suya, dirigida a Montalvo y fechada en Paris el 13 de agosto de 1884. esta referencia ligeramente reveladora: Quedo adverlido de que Engel incluirá en su cuenta la empastadura de trece ejemplares de l.a Mercurial”. Para entonces, aquel su mecenas le favorecía con la cancelación de lasohligaciones que austeramente iba contrayendo.

Y, con respecto a la significación misma de este libro, es probable que algttnos quieran saber si realmente respondió, por su flujo de ideas y su sentido literario, a las exigencias de la celebridad ya adquirida por su autor. O si. quizás, por la extremada presteza con que fue elaborado y lo

:iecideiilal de su astililo, vino a ser ante todo un conjunto de páginas desimiromidizas. (le CSiiS que tienden a anublar el prestigio de sus improvisa— dores. Pues bien he de afirmar que fue lo primero. Los intelectuales españoles leve ion la *M(’ftIIria/ eclc.vidvtica,* y la encontraron atractiva, aunque sin dejar algunos de ellos de establecer las reservas que les imponía su condición de lides del culto católico. Una demostración elocuente de esto son las [rases que Emilia Pardo Bazán dirigió a Montalvo: Ya he saboreado —-le nianifesti5— l.o ***inercunal.*** Es poco cuanto pueda decir a Ud. ***en*** el do del esi i lo pa rece unas veces esculpido en bronce, otras en terso alabastro, y tiras modelado en viva carne. Adenuis hay en tan 1 Irga invcctiva toda la gracia necesari a para que ni un morne n to canse su lectura. No necesito hacer reservas en cuanto al londo Ud. las adivina vvo puedo ahorrarlas.
Pocos días después. tomó a expresarle su fervor por ese libro, en estas líneas: Anoche releí la *Mercurial,* con más deleite que la primera vez. Y por cierto que se me ocurrió una observación: ya se la diré a U. de palabra. qué prosa!’. La observación nunca la conoceremos. En cuanto a “las reservas’. mi biografiado las admitia naturalmente, porque dio muestras de que sabía comprenderlas. En las misivas que le destinó, dentro de la valiosa correspondencia que mantuvieron, más de una vez aludió a ellas, y le hizo notar cuánto se ‘semejaban los dos en su amor de lo divino y de la espiriualidad. Y. desde luego. tan respetuoso era del juicio y de las creencias de otros en el campo religioso, que a su joven compatriota Federico Malo, a quien posteriormente le fue brindando confianza, gracias a su trato constante en París, le advirtió que se recelaba de poner su obra en manos de él, precisamente por las características del contenido. Le escribto en e fecto: l’o, noilivos de delicadeza oo le mando la ***Mercurial*** *eekaióstica.* Si es usted ultramon— ano endiablado, como se usa en nuestra tierra, y amigo además del Padre Ordóñez, o’ e lo, de eusia r ese libro. Bien que aun prescindiendo de la parle histórica y persa— idavia queda ria la literaria, la cual pudiera i nieresa r a Ud.. según creo que es
Josen sic p0 etilo.
La pastoral del arzobispo quiteño y la réplica de Montalvo fueron por cierto tema de conversación y de pareceres co .tiapuestos en los bandos, poi lo común aguerridos, de liberales y cor ..crvadores del Ecuador. Había quienes sospechabais que el notable historiador y ensayista Federico González Suárez. que entonces ejercía de secretario (le Ordóñez, había escrito aquella pic za religiosa. El lo negó rotunda me n te. en carta di rigi ***ti*** a a Jan

León Mera. Pero la historia de la impugnación dela Iglesia noterminóalli. Porque luego vino el pronunciamiento del Papa a que también aludí. Para ello el desapacible monseñor Ordóñez realizó viaje expreso a Roma. Tengo razones para suponerlo. Efectivamente, recuerdo que Montalvo. en una epístola del 14 de setiembre de 1884 a su sobrino Adriano. hizo la siguiente referencia sobre aquél: “Este pícaro se ha ocultado aquí. Salió de Panamá hacen cincuenta días, y nadie sabe de él. Probablemente habrá pasado a Roma calladito ya oscuras”. Acaso no se equivocaba. Pues que, a más de tal o cual diligencia ordinaria de su episcopado, debió de haberle obligado a hacer rumbo a ¡talia el empeño de conseguir la fulminación pontificia de los *Siete tratados.* Quizás a eso habría que atribuir el mentado sigilo de sus pasos. Los hechos coinciden y llevan a esta conclusión. Es necesario que se sepa que, apenas dos meses después, el Papa León XIII ordenó la prohibición de su lectura. Por mi parte he de informar que he hallado la constancia correspondiente en los documentos que se guardan en el Archivo del Vaticano. Es ésta: “Montalvo Juan. Siete Tratados en dos tomos. Besanzón. 1882.- Decr. 19. Dcc. 1884. Pág. 274.- mdcx Librorumh Prohibitorum.-Sanctissimi Domini Nostri.- Leonis XIII. Pont. Max.-Taurini Typ. Pontificia.- Petrus Marietti. 1890.- Collezione Pietro Marietti No. 233”. Entre otras personalidades célebres, la de Víctor Hugo. tan amada por nuestro escritor, fue también víctima de la misma sanción vaticana. En su caso las prohibiciones recayeron sobre las novelas *Nuestra Señora de París* y *Los miserables.* Pensando sin duda en ello la Pardo Bazán, leal siempre en la profesión de sus sentimientos, le alivió a Montalvo de sus probables contrariedades con estas frases de aliento: “Lo queme dice U. de los *Siete tratados* acrece mi antigua curiosidad de leerlos. Para que hoy en (lía prohiba un libro el Papa con Encíclica especial, se requiere que se distinga por algún concepto de la muchedumbre de impiedades que vomitan las prensas a cada minuto”.

En fin, por las manifestaciones ditirámbicas de la crítica de algunos países de Europa, y aun por estas reacciones tempestuosas que acabo dc evocar, puede asegurarse que la década del ochenta —que además fue la última de su existencia—se constituyó en lo más significativo de su destino de escritor. Como para corroborarlo, otras de las actitudes en torno de su obra llegaron a producirse en ese mismo lapso y con caráclcr un tanto semejante. Esta vez la confrontación de reacciones se dio a distancia, por

su doble procedencia americana y europea. Aludirá primero a la de nuestro continente. En el Ecuador hubo un colombiano que se propuso, con una porfía de tres años, carcomer el prestigio literario del autor de los *Siete tratados.* Hay la sospecha de que estuvo remunerado por una católica ya vejancona cuyo deseo "piadoso" era conjurar con tesón la presencia espiritual del hereje", o sea de esa encarnación demoniaca que a sus ojos era Montalvo. Dicho mercenario de la pluma era un Juan Bautista Pérez y Soto, domiciliado en Guayaquil, y quien usó como instrumento de sus objeciones y agravios el periódico *Los Andes,* de esa ciudad. Desde 1884 hasta 1886, efectivamente, publicó en sus columnas innumerables artículos de análisis sañudo de los tratados *de la nobleza* y *de la belleza en el gínero hiiniano,* del libro de mi biografiado, y luego los recogió en varios tomos voluminosos bajo el título de *La Caranina, antídoto contra el inontalvismo.* La sola designación deja ver a las claras su propósito demoledor. Y, cual ocurre con toda crítica de "malas tripas", según la expresión tan definidora de Antonio Machado, en ella rebosaban la iniquidad y la mala fe. Los yerros tipográficos de la primera edición, contra los que nada pudo la ansiosa recomendación del autor a sus impresores de Besanzón, fueron parte de las pruebas que tomó el impugnador para hacer fisga de la capacidad idiomática y del atildamiento estilístico de Montalvo. Pero tan poco eficaz ha sido aquel centón de reparos que los antimontalvistas de años posteriores no lo han hecho servir ni como fuente de citas.

Pérez y Soto, por cierto, no se quedó satisfecho únicamente con esos desahogos coléricos de sus artículos de *Los Andes.* Quiso, así, usar otros medios de más despreciable jaez para desmedrar la figura e su víctima. Y encontró los momentos de hacerlo. Primero, afirmando calumniosamente que un comentario elogioso sobre *El espectador,* publicado en *La opinión nacional* de Caracas, había sido escrito por el mismo autor, en busca de notoriedad, Julio Calcaño, en representación de los miembros actiVOS (le la Academia Venezolana, protestó en seguida por "tan extravagantc invención". Luego, atribuyéndole canallescamente —el mismo sujeto— a paternidad de unas ofensas periodísticas contra Marcelino Menéndez y Pelayo. Esto motivó naturalmente un grave resentimiento en el gran humanista español, a quien Montalvo respetaba de veras, no obstante haber sido aquel de muy menor edad que la suya (veinticuatro años menos). El primero era aún joven cuando el segundo, ya en la madurez del cincuentón, se movía por los caminos de su fama. El enojo de Menéndez y Pelayo,

hombre aniante (le la ponderación. no llegó desde luego a la anulacion (le sus razones admirativas. Conviene que se conozca la manifestación (le lo que se produjo en sus interiores individuales. mediante un breve lragnieii— to de la misiva que le dirigió a mi biografiado en julio de 1887, pues que de ese modo 110 solo se tendrá idea de este incidente. Sino también de lo que realmente pensaba de Montalvo el crítico español. Estas fueron sus expresiones:

Por lo Ieisiiis. nsj en este soltuiseti tel torno fo de *El rsju'cioilor)* COpilo **cli** los Sien' tro;ado(que usted tuvo la sondad de enviarme, euaotlci piso linee tiempo por Madrid. he notado singulares condiciones de estilo, en medio (le una indisciplini intelectual can Ini que nO puedo estar eoritorrue — Quizá esta opouon mill. manríesinida cii ulideri— eialnienle tpueslo que en público. iii de Ud. mdc sus libros he tenido uuite:i oe,lsrnin de hahiar). ole hayan valido de parte de los adrniradoresrqoe Ud. tienes' o America diatribas rin leroees y virulentas corno una que cslntnijsó en Li Voz de Prtnniuinn - no sé quién. **que nisdudableinenle PO** me conocía oleo lo tinco ni en [u inornil.— Perri esto iinporlnt **LId. con sus ideas** que **no son las tilías,** y **eoit procedinrientris (le srilcnti— ea que estos' tiiinv lejos (le aprobar. pero quién sabe sean tolerables en e1 Ueunidrrr, es u, prosista original, a qtuen sólo** ha aliado visir en más sanrt atinóstera. Perdduenie Ud. a **iii** (qoe tengo las orejas Ita largas) el qe recitilozca y proclame sus rriei **ibis.** Coli **esiri** snilsednid, que exigen de un jinrilarirenle **tsr ntttrirr rl** It justieiav la

que s,errs1sre roe ha inspirado lsdnt sátira personal.— Muchas de estas Cosas **so** hubiera lenido el gusto (le decirselasni Ud. de palabra. si le hubiese encontrado en Cntsnt. ('liando le visité ci, el *final de F'o,j.i.* Pero 'ni niala firriunni no lo **(jiuso** asi, y aunque vii. al juzgar **rl** lId. coisio escrilor (aurrr1ue luese en eonliauzni y eolre ninrigos), he lreclrrr sk-ru— pre juslicini ri sus niérrtos, unida (le esto ha bastado para salvarme (le los insultos **IIIC eourlrni 'u** publicó *La Voz ile !'anan,d* en ntrtículo que atribuye a Ud. el Sr. Pérez y Soto

Afortunadamente, todo se aclaré s' desaparecieron las causas de este 1 **riste** des a ve n ni ie lito

El otro gesto de agriedad, aunque en él no hubo transpiración de rencor ni de mala fe, provino de un valioso inteleelual de Cuba: Rafael Merchán. Y el plinto de partida Inc también el de la resonancia alcanzada por los *Siete rralndoy.* Ese autor había stdo amigo (le Montalvo. Lo **apreciaba** literarlarnelite, sIn linda. No de olra manera se explica el que inletilara la lormulaetóti (le jtlletos sobre él cii tinos *Estm/io.s ('nliin).s* en **qtie enfoca** la obra de ftgttrnis famosas, como Victor ¡—lugo, l3ccqtter y l leine. Peris, por sobre estas eoustderaeiones o cualesquiera olras, stt objetivo fue potter el índtce sobre Ints Intilas y **Jimitntetoties** de la prosa montalvina. Mereltati di— senlía del 1 treeer comun de pe ésla se habín. proveelado con una etio:tcint **enlp:I7** de delettitirtar por sí mtstnnt algunos cambios polrlieos en el Ecuador. Si bten **110** deseaba entrareti este asunto, daba a enlender (jIte no nteeplntlsa

el criterio de Eduardo Calcaño de que *El cosmopolita* hubiera ocasionado la caída de García Moreno, ni *El regenerador* la de Antonio Borrero, ni *Las catilinarias* la del dictador Veintemilla. Porque carecían de una verdadera fuerza revolucionaria. Su lenguaje, elaborado con voces arcaicas numerosas y con arduas complicaciones formales, no llenaba la aspiración de que se lo entendiera con facilidad, como para promover reacciones populares. Sin desconocer la superioridad de muchos atributos estilísticos de nuestro escritor, le desaprobaba pues el uso de arcaísmos, o de voces sin vítalidad ni frescura, ya desprendidas del habla moderna (a esta proclividad, recordémoslo, la calificó el español Luis Carreras, con cierta punta de ironía, de "arqueología lingüística"). Y además, con ojo de zahori, Merchán le descubría el abuso de la elipsis. Debo hacer notar que Montalvo había respondido a sus detractores ecuatorianos, desde el momento de su iniciación literaria, que él jamás aplebeyaría su lenguaje. Y que asimismo había confesado que amaba el encanto de renovar con gusto actual el recóndito sabor de las expresiones castellanas de los viejos tiempos. Pero en lo que toca a la elipsis, pareció reconocer sus excesos, tras la impresión recibida de tales juicios. Por ello, a su amiga la novelista Pardo Bazán, al enviarle los *Siete tratados* en una tardía fecha de 1887, le hacía esta advertencia:

hallará, en algunos lugares, un grave defecto en la forma; digo el abuso dc la elipse (sic), figura que no está en la índole de la lengua moderna —Santa Teresa, Fray Luis de Granada y los demás españoles del siglo de oro tienen la culpa. Tanto había leído yo sus obras. que se mc pegaron, sin que lo advirtiese, esos que hoy son defectos del lenguaje.

Y agregaba:

Nada me gusta más que ese grattsimo sabor de antigüedad que ciertos hábiles autores saben dar a sus composiciones acomodándolas al gusto de nuestros días.

Por mi parte quiero observar que no había razones para que se arrepintiera ni sintiera escrúpulos por el empleo pertinaz de lo que él estimaba un "grave defecto" de forma, adquirido a través de su apego a los autores de la época de oro. Porque, en efecto, aquello que Montalvo o sus críticos podían juzgar como rémora característica de las letras antiguas ha venido a ser elemento de agilidad expresiva y de concepción dinámica del estilo moderno. La elipsis, en el campo de los gustos y exigencias estéticas actuales, nos lihera de la pesantez de una frase extremadamente explicativa. FI nalmente, necesito indicar que Montalvo preparó una larga y muy tnreli

Año III — Numero 68

Paris, 15 Octubre de 1883

EUROPA Y AMERICA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA — LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

PRECIOS DE SUSCRICION

En Europa: Un año 12 francos; 6 meses 6 francos.
En América: Un año 4 pesos oro; 6 meses 2 pesos.
Número suelto: 50 cent.

REDACCION y ADMINISTRACION
71, rue de Rennes.
Los pedidos y la correspondencia se dirigirán al Administrador del periódico.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

La línea de 7 puntos . . . . . 1 Fr.
Reclamos, línea larga . . . . . 3 »
— línea corta . . . . . 2 »

SUMARIO

Agentes en España

Madrid	Antonio de San Martín	Puerta del Sol 6 y Carretas 39,
—	Gaspar, Editores	Príncipe 4.
Barcelona . .	D. J. Cuevas y Carrasco	Mendizábal 11
Santander . .	D. Francisco Mazas	
Valencia . . .	Rafael Navarro	Santa Teresa.
Victoria . . .	D. B. Romero	Postas 5.
Sevilla	Cayetano Brocvia.	
Reus	J. M. Sabater	Plaza del Rey, 10.

Principales agentes en America

Mexico	*México*	J. Ballesca y Cª
Confederacion Arg.	*Buenos-Aires* .	— I. Jacobsen et Cª
Uruguay	*Montevideo* . .	— A. Barreiro y Ramos
Chile	*Santiago* . . .	D. Mariano Servat.
—	— . . .	Hrs Villey Barbesco y Cª
Colombia	*Bogotá*	D. José Benito Gaitán.
—	*Panamá*	D. Aquilino de la Guardia
—	*Barranquilla* .	D. Arístides Voigt.
Costa-Rica	*San José* . . .	— Lorán y Mata.
Guatemala	*Guatemala* . . .	— J. [illegible] de Tejada
Venezuela	*Caracas*	— E. Méndez y Mendoza.
—	*Valencia*	— A. Zuloaga.
Isla de Cuba	*Habana*	— Miguel Alorda.
Puerto-Rico	*Ponce*	— F. Fornaguera.
Brasil	*Rio Janeiro* . .	— Hermanos das [illegible]

DON JUAN MONTALVO

Nos complacemos en publicar el retrato de este célebre escritor americano que hace poco visitó Madrid, donde fué recibido fraternalmente por los mas distinguidos hombres de letras de aquella capital. A los veinte años de edad ya sus talentos le habian traido por primera vez á Europa de secretario de una Legacion en Paris. Durante su ausencia del Ecuador fué cuando se apoderó de él García Moreno, que tantos dias sombrios dió á su patria. Vuelto allá Montalvo, fundó *El Cosmopolita*, opúsculo-periódico que en poco se hizo famoso, y entre cuyas excelentes piezas resaltan *La Poesía de los moros*, el *Cápitulo que se le olvidó á Cervantes*, y varios otros artículos literarios mil veces reproducidos por la prensa hispano-americana. *El Terremoto* de Imbabura valió al autor una carta autógrafa de felicitacion de Victor Hugo, despues de ser ya dueño de dos cartas de Lamartine, en una de las cuales dice el poeta: « He leido; me he enternecido; he amado la mano extranjera que ha escrito esas líneas. » (*J'ai lu, j'ai été attendri, j'ai aimé la main étrangère qui a écrit ces lignes.*)

En la política, el efecto de *El Cosmopolita*, junto con *La Dictadura perpétua*, fué la ruina de García Moreno, quien desapareció trágicamente de la escena ecuatoriana. Rayos habia despedido sobre el *El Cosmopolita*, como se le llama á Montalvo en América.

Sustituyó Borrero á aquel mandatario. El concepto de liberal que habia sabido granjearse le elevó al poder; pero una vez en él aceptó la herencia de García Moreno, anduvo por sus huellas y proclamó el despotismo. Funda Montalvo *El Regenerador*, y cuatro meses de campaña de su pluma dieron buena cuenta del Gobierno de Borrero.

Tras él, Veintemilla. Las doce *Catilinarias* de Montalvo, cayendo á modo de plomo derretido sobre su frente, le han hecho acogerse al asilo de Guayaquil, donde hoy le tienen cercado las falanges populares que le persiguen.

Este es Montalvo como escritor: bien es que Castelar ha dicho de las *Catilinarias* que están *maravillosamente escritas*, y que Montalvo tiene amigos y partidarios como el general Alfaro, jóven patriota, cuyas virtudes y heroismo están llenando los ámbitos de las repúblicas sur-americanas.

La combinacion de la literatura con la política es lo que ha valido á D. Juan Montalvo la popularidad de esos paises, pues al paso que tronaba contra la tiranía, escribia trozos como el *Sermon del P. Juna*, en *El Regenerador*.

Como carácter, citemos sólo un hecho que puede revelar el de Montalvo. Ha rehusado la cartera de ministro general ofrecida por Urbina para que se adhiera al partido de Veintemilla; y antes, con Borrero, se habia negado á ir á Bogotá de ministro Plenipotenciario. Pero ni lo que todos suelen desear en América ha tentado á Montalvo, esto es, la Legacion en Francia, pues la rehusó igualmente, prefiriendo hacer la guerra á los malos gobiernos y pasar la vida en el destierro, como ha sucedido.

En cuanto á su edad, á falta de datos, su estampa lo está diciendo, y desengañando á los que, sin conocerle, le



Don Juan Montalvo.

tienen por viejo. Habiéndose presentado en el hotel de Paris en Madrid, los señores de la Legacion colombiana á saludarle, como el mayordomo les indicase en el comedor el lado hácia donde estaba su asiento, los dichos señores se dirigieron á un anciano de cabeza blanca, pues les parecia que ése, y no otro debia ser D. Juan. Un hombre de pelo negro, y en la fuerza de la edad, respondió á su nombre, y los diplomáticos no pudieron ocultar su sorpresa.

Si le preguntamos por su patria, no responde sino la antigua Colombia. Nosotros aceptamos con gusto esta prenda de union y fraternidad que nos recuerda nuestro gran pasado y nos promete quizá un gran porvenir. Pero él es el hijo del Ecuador, inmortalizado por la batalla del Pichincha; es compatriota de Olmedo y Rocafuerte.

Su última obra, *Siete Tratados*, que acaba de publicar, profundamente filosófica, y escrita en el habla castiza y con el estilo bellísimo que le son peculiares, ha producido sensacion entre los literatos madrileños, que la colman de justísimos encomios.

Eduardo Calcaño.

Los elogios no abundan en las palabras de este corto rasgo biográfico: si algo depone en favor de Don Juan Montalvo, son los hechos. El señor Calcaño, como persona tan versada en los secretos de la elocuencia, sabe que nunca se deprime ni se ensalza más á una persona que cuando el vituperio ó el aplauso van escondidos tras las fórmulas de la moderacion, dejando que las cosas mismas digan lo que no dicen los vocablos. Si la calidad y la posicion del biógrafo son fiadores de la verdad, será bien sepan los hispano-americanos que el señor Calcaño, sobre ser uno de los escritores y literatos más distinguidos de Venezuela, es tambien su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en España. Pero no es mucho que este eminente venezolano haya dado noticias tan favorables de su casi compatriota, cuando los más insignes autores de Italia le están favoreciendo con parabienes que refluyen de seguro sobre toda la América Española. Cartas como las que van á ver nuestros lectores pertenecen á la literatura; y así no ha habido resistencia que le valga á nuestro amigo Don Juan, y ha tenido que confiarnos por lo menos dos de los magníficos autógrafos de que es dueño y poseedor. Edmundo d'Amicis, el celebre escritor cuyas obras se traducen á todos los idiomas cultos de Europa, le ha dirigido en lengua italiana la siguiente.

Ilustre señor:

No tengo palabras con que agradeceros el espléndido regalo que os habeis dignado hacerme; regalo dos veces precioso, ya por el nombre del que me lo hace, ya por su valor intrínseco. Despues de las merecidas alabanzas que de vuestra obra han hecho tantos varones ínclitos, no me atrevo á exponeros mi admiracion, la cual es grande, ya por la verdad y la rareza de las ideas, ya por la belleza de la forma, ya por la elevacion del intento. Orgulloso estoy verdaderamente, y feliz me conceptúo de que mi nombre haya llegado á vuestra noticia y haya despertado simpatía hácia mi dentro de vuestro pecho. Aceptad, ruegoos, las expresiones de mi gratitud y mi profunda consideracion.

Edmundo d'Amicis.

Pinerolo (Piamonte), 27 de setb. — 1883.

Ved ahora aquí algo que significa más.

Primera página de Europa y América

París, año III, número 68, 15 de octubre de 1883

gente répi ca a Merchán, pero no llegó a puhi ¡carla Se la encon 1ro en borradores, entre los manuscritos dejados en París.
La confrontación de actitudes de la crílica americana y europea, a que he iratado de aludir, se hizo más notoria con la aparición del üliimo libro de nuestro escritor. Este en realidad, precedido de la resonancia todavía reciente de los *Siete tratados,* levantó un entusiasmo unánime en la intelectualidad de España. Que por cierto se vio corroborado con el pronunciamiento laudatorio de notables figuras hispanoamericanas. No había duda: el principado de la prosa le pertenecía a Montalvo de modo irrefutable. Ese libro se tituló *E/espectador. Y* yo lo he invocado ya varias veces, siempre recomendando sus excelencias, alo largo de esta biografía. 1-lacia fines de abril de 1886 debió de haber estado lista su edición. Hay datos que me permiten llegar a dicha precisión, no señalada en sus páginas ni en los índices bibliográficos posteriores. El trabajo de impresión se realizó en los talleres de J. Y. Ferrer, de París. Pocos meses después, le confesaba a su sobrino Adriano que *"El espectador* fue con el objeto de ver si podía yo ganar el pan. El triunfo literario ha sido completo; el resultado material, ninguno". Había pues persistido su pobreza, y mal se hace — insisto— en decir que su situación económica durante el último París era de holgura. Es verdad que, hacía algunos años, en noviembre de 1882, se dio la satisfacción de enviar a su hermana Juanita y a sus sobrinas doce metros de merino negro para "sayas y mantillas", un "pañolón hermosísimo" y "tres lindas carteras de costura". Mas no sabemos si fue con dinero que le presta ron, o con los auxilios que inicialmente le llegaron de Panamá, porque des de tiempo atrás andaba desesperándose por la vuelta al país, convencido de que no le iban a cumplir la promesa de financiar la edición de sus obras Gestos de generosidad como éste, en medio de sus propias privaciones pci sonales, no eran en él infrecuentes. Lo que sí se me representa como un falsedad, como una absurda invención de no sé quién, es lo dci regalo dt un piano a una de las hijas de Alfaro, a que aluden sin pruebas muchos estudiosos ecuatorianos de Montalvo. Y bien, si para ganarse el pan había concebido el proyecto de elaborar los ensayos breves y diversos de *El c pectador,* es natural suponer que su publicación tuvo que emprenderla con el apoyo de manos amigas. El mismo hizo una referencia a ello, aunque sin identificar a su benefactor. Que esta vez, en este primer volumen, no fue el de los *Siete tratados,* Clemente Bailén. "El primer tomo —aseguró en una confidencia epistolar—lo costeó un amigo, a quien debo esa canti

dad’’ Mis conjeluras. basadas en detalles de pequeñas notas que su destinatario felizmente conservó, me llevan a creer que ése **flO** era otro que el oven etiencano Federico Malo, que entonces vivía en París a expensas (le SLi padre. la relación entre los dos emigrados comenzó probablemente en algún día de febrero (le 1885. El 4 de mario Malo fue a visitarle en su casa, **y it** no hallarle ahí le dejó una tarjeta. Mi biografiado contestó (le inmedia— ¿ti. nvitindolo a volver el domingo próximo, de tres a seis de la (arde. Siguieron viéndose con regularidad. El joven iba a la residencia del escritor, que para esa fecha era ya la (le la calle Cardinet , donde murió. Pero a veces se citaban en otros lugares de París, O andaban juntos por los parques. Aun había ocasiones en que Montalvo se decidía a ir al domicilio de aquél. Parece que Malo supo brindarle una compañía respetuosa, fiel y servicial, como la de Portilla y de Andrade en Quito, y de la cual se sentía menesteroso. Particularmente debió de haberle sido útil en los afanes de edición del tomo mencionado. En enero de 1886 le envía una nota, con alusión al ‘asunto del impresor”, del “libro de que hemos hablado”. En marzo le pone otra, para agradecerle “por las molestias que se toma”, y recomendarle no dejar los manuscritos en poder de algún empresario que no ha demostrado formalidad. El 5 de abril le invita a almorzaren su departamento. Le promete un gran café. El 15 le manifiesta que desea verle para tomar “una resolución respecto de la imprenta”, y le convida también a un almuerzo: le asegura que no almorzará hasta que él llegue. El 18 le confiesa su alegría porque Malo “haya concluido *el asunto”* (probablemente el de la edición), y le cita a un almuerzo en el *passage Jouffroi* (vecino a su casa de la calle Cardinet). El 21 también le invita a su mesa, para hablar de la agencia en la cual han de anunciar la venta del primer tomo: cree qu “será preciso dar los avisosnecesarios para el fervor”.

Enhebrando estas referencias no es pues difícil suponer que el joven Federico Malo fue “el amigo que costeó” la publicación del primer volunen de *El espectador.* Y no sólo esto, porque su autor recurrió también a él para molestarle en las diligencias del despacho de ejemplares a Hispanoamérica, en que se incluían especialmenie dos ciudades ecuatorianas:

Quito y (iuayaquil . Estaba sin duda preocupado por pagarle los gastos del impresor y del agente publiciiario.Pero el rendimiento no fije, pordesgra cia. el que ellos podían esperar. No por falta (le interés, que resultó muy grande; iii (le venias, que igualmente fue de centenas (le volumenes en cada ciudad. Si las utilidades se vieron en realidad mermadas en más (le

la mitad, ello fue por los fletes, las corliisi'anes a los libreros.e 1 costo de los giros, las diferencias del cambio. De ahí les vino la desilusión de Ver que casi todo lo recibido se lo devoraban los editores. Eso, po cierto, debió de haberlo temido Montalvo, y quizás hasta se lo advirtió a su joven favorecedor, de acuerdo con la honestidad que e caracterizaba, y ccii la experiencia y la adustez de sus previsiones en este campo. Porque. en electo, tuvieron tiempo suficiente para conversar de ello en sus caminatas y sus almuerzos. Aclaro de pasada que a éstos le invitó el escritor. no por ningún afán codicioso de hacerse retribuir con sus servicios personales Y con los gastos de imprenta, sino porque siempre Inc digno y caballeroso en su trato. Además, porque desde 1882 vivía ya ''en familia", unido seriamente a una ¿imante francesa, la joven costurera Augustine: ella le preparaba sus alimentos, frugales como siempre. Los créditos amicales que Itahía conseguido. sobre todo de ('lcmente Ha llén , e rau la base del man tenmiento de ese hogar tao modesto. Precisamente debido a tales est reclmcccs. hay que suponer qtic jamás tuvo un invitado que no haya sido Federico Malo a la intimidad de su mesa. Y bien ,una evidencia mejor de que aquel joven afrontó el pago de edición del primer libro de *E/espectador* se halla en la nota que mi biografiado le dirigió el 30 de enero de 1887. en Ja que le averiguó si ''eonvenia dar a la imprenta el lomo segundo'. Un distrilmin— dor guayaquileño le había remesado 400 francos por la venta de los ejemplares que le habían hecho llegar, le había asegurado que no abrigaba duda sobre el negocio satisfactorio e inmediato de otros envíos, Esto le iiielinó a pensar que podría insinuarle la cancelación anticipada del valor de una remisión del segundo volumen, a fin de contar con fondos para su unpresión, todavia en proyecto. Y sobre ello requirió su parecer a Federico Malo, advirtiéndole de que en esta ocasión no deseaba que adqtnriera ningún "compromiso". Le pedía sólo su "buena voluntad", y no que "se cmpeñara otra vez en la imprenta". Las intenciones de obtener ayuda apuntaban ahora hacia su más constante mecenas (le ese liempo. Por eso le explicaba a Malo que el asunto ibaa' ponerlo en conocimiento tic1 señor F3a- llén, por el motivo que usted sabe''. Poco antes el joven se había mostrado escaso de (linero. Y, si se examinan bien los hechos, se encuentra que no había va lugar a otro concurso económico de so parte. pues no le quedaba sino un mcs tilas: de permanencia en Europa. En mar/o de 18X7 se halló a. cmi electo, cmi srl ('ucnca nativa, en el Lctu dor. Por lo alisnio, el seguirmirto de I:ni admirable obra salió bajo el padrinazgo de BaIlén. Y eso

Inc el 15 de Junio. en la indicada imprenta Ferrer. tic Paris. El tercero le sigtno pronto, en iguales condiciones. Su fecha de edición fue la del 15 tic a rio de 1 SSS. De ah i en ade ant e no hubo ya si no la dolorosa, larga y callad a agonía del escritor,

Diecisiete, diecinueve y nueve ensayos compusieron. en su orden. cada uno de los tres volúmenes tic *El espectador.* Son trabajos cortos., de tina extensión más o menos constante de cuatro o cinco páginas. La perspectiva dominante de ellos es la europea —particularmente la francesa—. aunque alcanza tambien a lo hispanoamericano y a lo del Ecuador. El título del libro está inspirado, según sus palabras introductorias de *¿Quién* tu?, en “la hujita diaria sin enlace de ningún género”, pero que vino a forniar una de las obras maestras de la literatura”, del inglés José Addison. a orientación dialéctica y la estructura vuelven a partir, a su vez, de su viejo maestro e1 ensayista Miguel de Montaigne. Los asuntos que va abordando son de naturaleza varia, y su importancia, que de otro modo quizás seria efímera, radica en la capacidad reflexiva y en los elementos de fascinación estilística que nunca dejaron de comparecer en su prosa. Un hecho rutinario cualquiera. una anécdota circunstancial, un pretexto al parecer insignificante, adquieren en esta obra dimensiones (le interés inusual por los atractivos del tratamiento literario con que están presentados. Porque ahora, más que en los trabajos anteriores, el cuidadoso ajuste en la composición de cada ensayo descubre una maestría que sólo es propia de la más talentosa de las experiencias. Pero no es únicamente maestría, ni simple tacto artístico lo que se aprecia en ellos, sino sobre todo el fruto hermoso. poro y concreto, de una cultura universal que ha sido decantada y asimilada de niodo permanente. Tal vez a esa suma de condiciones se debe la indiscutible modernidad de estas páginas. Aun cabe que se las admire por o que tienen de aptitud visionaria, de proyección de la inteligencia hasta las cosas —imprescntidas por el común de los contemporáneos de Montalvo —que han ido tomando lugarenel mundode nuestrosdías.

Los estudiosos de mi biografiado. y los intérpretes de su pensaniiento. deberían saber que en *El espectador* hay un manadero de reflexiones y confidencias inagotable. El país de su último refugio, la Francia a la (loe él dijo amar, se revela con mucha fidelidad a través (le sus juicios, que no son todos (le halago. si no mas bien de crítica franca, a veces cargada (le Instas decepciones. la América hispana. cuyos males siempre combatió en It) no exasperado, y de la ti nc, precisa me iite, le aventaron al exilio las

COflSCCUCUCIHS nc sus luchas políticas., se yergue en caiii}'io, en este libro como el centro de sus cariñosas defensas, frente a las epi eslofles despectivas del periodismo francés —inescrupuloso y engreído —— y a las reicreilcias torpes y calumniosas de la diplomacia europea. Todo esto, en las Irases queac a ho de ex pon crin, lo lic razonado antes, en la introducción a la ant o— logía de Montalvo que preparé para el Banco Central (le 1 Ecuador, y cuya edición de 1 95 ya he mencionadoen esta biografía.

Espigando casi al azar, me ocurre tomar como ejemplos los trabajos que siguen. (le los tres volúmenes (le la obra, para demostrar el ánimo (le crítica con que reaccionó frente a Francia: *Pro patria.* Esta es una defensa vibrante de los pueblos latinoamericanos, a quienes se había referido con palabras insultantes un tal señor de Cassagnac. La ironía montalvina penetra, dolorosa e implacable. en la ventruda disposición de arrogancia de los franceses. Sus apelaciones a la historia y su conocimiento de la realidad internacional (le ese tiempo vuelven a dar autoridad y sugestión a sus razonamientos, como en sus libros anteriores. *Vicios del procedimiento judicial en Francia.* Al par que puntualiza las circunstancias en que se ha cometido un desaprensivo error en la administración (le justicta en esa nación, y precisamente contra un infortunado ecuatoriano, vuelca sus sentimientos de nostalgia por el país que ha dejadu lejos y de ins-atisfacción por el ambiente en que ha ido a radicarse. *Suerte de/a lengua castellana en **Francia.*** Contiene reparos fuertes e inohjetables al desinterés de ésta en la manifestación cultural de procedencia distinta a la suya. "Los franceses —dice—- forman el pueblo más indiferente al estudio de las lenguas vivas, en toda Europa". Nosotros mismos, nosotros, los bárbaros del nuevo mundo, leemos a los autores ingleses, en inglés; a los italianos en italiano. Cuanto a la lengua francesa, la juzgamos corno propia". Y en lo que concierne a él mismo. decía con ello una gran verdad. *i,os matrimonios deslayados.* Es la respuesta a una invectiva terrible contra los hispanoame'ricanos que se había publicado cii la prensa (le Paris. Se burla de los periodistas franceses que han infamado a mujeres peruanas, mexicanas y chilenas, al asegurar aquéllos que éstas han ido a Francia a buscar maridos, "ofreciendo oro por nobleza''. Defiende la mezcla de las razas, garantía de superación constante y de vitalidad. No admite que los franceses nos llamen 'pueblos bárbaros y groseros''. y los enrostra sus inlaniias y sus ridiculeces y defectos. *i.a mendicidad en París.* Es uno de sus más hermosos ensa> os. Entusiasmó en España. El critico barcelonés Luis Carreras, para citar un caso, le escri

l'itr estas palabras:'' Noquiero sin embargo pasaradelante siii manifestarle tod:i ni adninaeion y simpatía 1101 ***Iii*** *nz('tidi]1la(l* ('ti *¡'apis.* UT1 abrazo le diera ii tenerle aquicuando acabe de leerlo. Stiblinie, sublime. Mil, un mi— (le enhorabuenas. Le rcproducirc íntegro '. (En su periodico *El dhacha*) Describe ahí Montalvo una anécdota su\a, vivida eii la capital Irance— Sa. rente a orualerossin trabajo. (le "esos de blusa *y.'* gorra, que se le vinie— on rle vuelta encontrada por la cartera (le Mesina'', ya losque, nioinentá— neaniente corrompido por el ejemplo de otros ¡X intes, les negó su caridad. *'Y* se reherea otros episodios• rancados también a la realidad de los cien mil pordioseros que babia en París. y alude a los cadáveres de mujeres Y (le niños suicidas, pertenecientes a esa masa doliente, que los bateleros soban sacar de las aguas turbias del Sena.
Pero no únicamente en *El espectador* dejó apreciar sus amores a los lugares distantes de América, ymás aun a su patria, oponiéndolos a las tantas cosas que le desagradaban en París, pies que también en la prensa de Europa lo hizo más de una vez, cii esos mismos anos. leugo que recor— dai que al director de *Le Monucio dc. Coti,sulatç,* de la indicada capital. le mandó una carta de reclamo, en sim earaetet ístico lenguaje (le ironía, por habei publicado un artículo en que se le traLilla al Ecnadoi (le eoeilia del TliIe'ri inundo, por reputarsele "la república anis miserable vatrasada de la taza latina''. Entre otras afirmaciones, sentaba la que sigue. que acaso es reveladora (le tina proclividad (le esas gentes. eomuii e irresponsable: **''los franceses lo sacrifican todo** al *e.vpnt* (ingenio), ellos no pierclr'n jiliflás **la ocasión (le soltar loque llaman un** *han tizo!;* y las buenas frases son malas
pasadas que juegan a otros, y no indican a me u **tdo** sino una It **namorada vacía (le buen sentido", Igualmente he (le recordar su magnífico ensayo corto** tit **nl ado** *La ('lIrgosidad de los franceses,* **que** he **encontrado en** *Los Dos Mundos,* **de Madrid, del ¡8 de diciembre de 1884, Pinta en él con mucha** gracia los aspectos de insulsez a que llega la curiosidad parisiense, y 'no so la mente (le la gentualla", sino tam hién de muchos ''señores principales, viejos gordos y condecorados'' que bregan Y acezan por inquirir la causa de cualquier ''bullicioso remolino'' hmimlllano. Pero no ¡alta entre sus detalles el siguiente, (le tan expresiva exactitud: ''Amigo lector, si 'las estado en 1'r:]irci:m. sabes que aquí ni se come, nr se bebe, ni se (Illerilie, rl] **Nc** iusulla, ni se roba, ni se mata sin pedir permiso. *Sil* ***('0(45*** *plaíl,* si Ud. gusta, demc acá su bolsa; si Ud. gusta, reciba este garrotazo. y váyase a los mnfieriras h' guste **a** rl]) le guste". Y. por fui. iredeeitartanif'icrm otra

jo, digno de eslar en cualquiera de sus libros . Es el llamado *Chasco (le Frascuelo,* que aparecio . como el anterior, cii *Los Dos Mundos,* en a edición del I8de mayo de 1884, Su tema tuvo un antecedente que conviene exponer con la mayor brevedad. Era Frascuelo, o Salvador Sánchez. un matador de toros que se hallaba en su apogeo, y que por su valentía estaba causando revuelo en las multitudes de España. Las noticias de su cspejeante carrera habían 1 legado a Francia, en donde una asociación de damas dedicada a labores de caridad creyó hallado el momento de recaudar fondos patrocinando una corrida de Frascuelo en el hipódromo de París. Lo contrataron e hicieron los preparativos en medio de mucha expectación. Pero en el rato en que todo parecia culminar, e1 gobierno dictó una prohibición, de acuerdo con normas que ahí regían. La prensa madrileña comentó el hecho. En *Los Dos Mundos* del 28 de abril de 1884 se decía:

1 lay para rse cansando ya de sufrir directa o ndirectamenic la influencia francesa.- Por fin nos había llegado el día de la revancha.- Desde el momento en que Francia acogia con todo entusiasmo un especlúculo tan genuinamente español, Francia era nuesIra irihuiirii.- Pero ¡oh **inconsiancia** de las humanas cosas! la noche del 24 sc echó a la calle La Correspondencia de España con un telegrama fechado co París el propio día,en el cual se anunciaba que el Gobierno francés había prohibido la corrida de toros de beneficencia.

Pues bien, a Montalvo le sedujo el asunto, y de él nació su tan atractivo ensayo del *Chasco de Frascuelo.* Por las fechas, se ve que lo redactó inmediatamente después de la prohibición oficial del proyectado espectáculo. Y también en esta ocasión relampagueó de ironías y verdades su pluma, al hacer referencia a los usos y los espectáculos de crueldad de los franceses. Desde luego, fue hallando pretexto para una serie de sutiles observaciones sobre la corrida de toros, entre las que no se dejaron echar de menos sus cariñosas remembranzas de este festejo en nuestros pueblos.

He de cerrar aquí este recuento, no propiamente de manifestaciones críticas ordinarias, sino de reacciones anímicas sinceras, a las que Montalvo se vio obligado por una íntima desambientación en Francia. Contra todo lo que se ha venido creyendo y afirmando, nuestro escritor se equivocó trágicamente al haber preferido a ese país y no a España para su último destierro. Desmesuró sin duda la suposición de que los españoles -—a manera de nuevos torquemadas— iban a conspirar contra su gloria literaria. Y, no obstante sus constantes vislumbres de visionario, no alcanzó a percibir oportunamente que era la inteligencia de España la que respondía en

su hora debida para adjudicarle el lugar que merecía en la cumbre de las letras castellanas. Un buen estímulo para que esto ocurriera dimanó precisamente del resplandor final de su pluma, de su libro postrero: *El espectador*. En sus páginas se irguió, más que en todas las anteriores de él mismo, a luminar el camino de la prosa de los nuevos tiempos.

Un enlace que los críticos podrían descubrir, como para que no se desmienta la capacidad de pionero que enalteció a este gran estilista, tendría que ser con el escritor hispano José Ortega y Gasset. Que aparece en la literatura de su país casi confundido con la célebre Generación de 1898. Ambos. Montalvo y él, aman la expresión estética, original y sugeridora. Saben que la excelencia de lo que se dice arranca del soporte de las ideas. Ortega, desde luego, a más de artista de una palabra conceptual, es por disciplina y vocación un verdadero pensador: la prosa de sus ensayos se resuelve frecuentemente en un cautivador discurso filosófico. Por otra parte, no da indicios claros de haber leido a nuestro autor, porque nunca lo ha citado. Pero a pesar de ello, conviene no desestimar el enlace que de algún modo se ha producido entre los dos. La poesía del estilo, embellecido de metáforas, y la coincidencia de algunas ideas les aproxima. Aun más, hay signos fácilmente perceptibles, que se notan a simple vista, de la apariencia de ese enlace. Obsérveselos. Montalvo comenzó a publicar en 1886, en varias series de ensayos, pero no como periódico o revista, su obra postrera: *El espectador*. Esas ediciones sucesivas comprendieron tres libros, de doscientas páginas cada uno. Ortega empezó a dar a luz una obra de nombre idéntico después de treinta años exactos —en 1916— y también con ensayos misceláneos que se contenían en tomos de la extensión que he indicado. Y aclaraba que no era su intención “hacer cosa que se parezca a una revista”. Los dos creadores evocaron a Miguel de Montaigne en sus respectivas introducciones, y se aprestaron a gestar “una obra íntima”, siguiendo el ejemplo del deleitoso egotismo de aquél.

No es la hora de agavillar otros ejemplos y otras pruebas. Pero entiéndase bien esto: Montalvo, fundador del ensayo moderno en lengua castellana, con sus mejores escritos, entre los que están especialmente los de *El espectador*, abrióel camino a la prosa n”s destacada de nuestro siglo.

CAPITULO XXI

La huella de sus amores otoñales

Con María Manuela Guzmán de Montalvo el rompimiento del escritor fue definitivo. Tuvieron disparidades en la vida del hogar, **consecuencia** quizás de los antecedentes de pasión y conflicto de sus amores clandestinos, y también, sin duda, del desentendimiento de él en las obligaciones familiares. La entrega a las labores de la pluma, que no le daban ni un centavo para el sustento, y la suma de azares y de riesgos que le ocasionaban sus contiendas de libelista, le impidieron uncirse a las rutinas de sus deberes de marido y de padre. Su estrella parecía no ser otra que la de estar siempre, literalmente, con un pie en el estribo. Ser viajero entonces, de modo particular para él, era eso precisamente: acomodarse una y otra vez en los estribos de la cabalgadura, para cubrir las distancias de valles, serrijones y selvas que le separaban de los puertos. Oque mediaban entre una ciudad y otra del país. Las actividades de prensa, los ocultamientos impuestos por la amenaza política, y los destierros, que le llegaron en tres ocasiones, le habían enfrentado a un destino movedizo, de alejamientos del hogar. Por eso, lo que en el plano sentimental de las relaciones conyugales ya estuvo mal, por los aludidos antecedentes del amancebamiento previo, y por las riñas de esos dos temperamentos aborrascados, tuvo que empeorar aun más. Llegó así el día en que entre ellos no se produjo ni siquiera una línea de correspondencia epistolar, pese a que Montalvo debió de haber recordado, en las horas vacías de sus luchas y de sus exilios, a la hija que engendró en María Manuela, y que en lo físico de veras se le asemejaba.

Una evidencia del absoluto quebrantamiento de aquellas relaciones se advierte en una carta que el escritor envió desde París, ya en el tardío año de 1886, a su sobrino Adriano, yen la que,si bien le llamó la atención

por no haberle informado de la muerte de su lejana esposa. usó la expresion propia de un extraño para referirse a ésta. Le dijo, en efecto, ‘murió *dona María Guzmán;* tú no **te** diste por entendido de este suceso, ni por política, ni a modo (le noticia’’. 1-labia en realidad fallecido ella un cuatrienio antes: el 23 de octubre de 1882.
Y fue precisamente en ese año cuando apareció otra compañera de hogar en la historia de Montalvo: Augustine—Catherine Contoux. Se trataba de una provinciana francesa, nacida en una pequeña población campesina. Procedía de casa humilde. El padre ganaba el pan famihar ejerciendo el oficio de sastre. Y ella también se convirlió tempranamente en costurera, por una habilidad heredada, y sigu endo el consejo y las instrucciones de su progenitor. La enseñanza primaria, por cierto, la aprobó con singular aptitud. pues que le caracterizaba un evidente despejo mental. Era todavía bastante joven cuando se había establecido ya en París. Se la estimaba como mujer honesta y laboriosa. Vivía de sus trabajos ocasionales de modista. que los cumplía en su propia morada; pero quizás, acicateada por la necesidad. buscaba otros ingresos en las tareas de aseo y arreglo de tal o cual residencia o departamento. Es probable que entonces, **y** de ese modo, se hayan conocido con Montalvo. Acaso regularmente le limpiaba y ordenaba la habitación y le atendía en el cuidado de la ropa: en ambas preocupaciones seguía siendo él bastante meticuloso. Y, naturalmente, aquella frecuentación estimuló en los dos un sentimiento de reciproco acercamiento, que vino a trocarse en un amoroso amancebamiento de más de seis años. Por un testimonio epistolar que se ha conservado se puede suponer que en 1882 comenzaron aquellas relaciones. En efecto, el 22 de agosto de 1888, cinco meses casi exactos antes de su muerte, **y** desde su lecho de postrado, el escritor dio una respuesta a su hermano Pancho en que le hacía alguna confidencia sincera sobre dicho concubinato. Advierto que la escritura misma de la carta procedió de la mano de la amante y amada, a quien se vio obligado a dictársela. La abnegada costurerita se había esforzado en aprender algo de español, gracias a su propio compañero. Aclaro algo más: después de las líneas finales, ella misma creyó conveniente corroborar la expresión del secreto montalvino con unas reveladoras palabras en lengua francesa. Conviene pues que se conozca el texto pertinente de esa contestación epistolar al hermano de mi biografiado. Es el que sigue:
Tan débil estoy, que apenas puedo dictar es(aseuatro lineas, y máscon losvejigaturios **que** actualmente me están incomodando a la espalda. Por dicha una admirable mujer

y buena amiga ose recuerda a cada instante a ini hermana Juana. En verdad, ella mc ha salvado la vida con sus desvelos y su vigilancia. Tres meses de calentura y anonadamiento habrían sobrado para acabarconmigo sin la asistencia de esle ángel de mi guarda- Después de seis años que vivo en familia, me ha salvado lres veces la vida por su amor por mí, y me ha dado un muchacho, Juanilo, de dos años--- Porjuan Monlalvo, Augustine Conloux,

Y las aludidas frases de su compañera, traducidas a nuestro idioma por A - Darío Lara,son éstas:

Señor Monlavo: Antes de cerrar esta carta, debo añadir tan sólo esto: lo que yo hago pur él es natural, porque como mi pobre amigo le dice, él es el padre de mi hijo Jean y le amo; por consiguiente, no tengo ningún mérito de hacerlo. El está tan enfermo que a pesar de todos los cuidados de que está rodeado, temo mucho no poder curarle, pues los médicos que le atienden no me dan ninguna esperanza y temen mucho una pleuresía purulenta. t5

Si desde 1882 “vivía en familia”, es natural suponer que el escritor compartió con Augustine las tres moradas que en forma sucesiva fue alquilando, en el boulevard Haussmann, en la calle Logelbach del Parque Monceau y en la Cardinet. Todos esos sitios se hallan más o menos cercanos entre sí: es decir, están dentro del mismo sector de París. Por el boulevard que he nombrado gustaba él de trajinar constantemente, siempre solitario, La casa en que tenía su aposento es una de las cuatro que se extienden, con sus enormes fachadas, a lo largo de una cuadra. frente a los actuales almacenes Lafayette. Son, todas aquéllas, construcciones de arquitectura uniforme, con seis pisos y con el remate de sus buhardillas, o de sus características mansardas parisienses. Las largas ventanas, situadas en lo alto, exhiben finos resguardos de hierro forjado. La casa en que Montalvo estableció su pasajero domicilio es la anterior a la esquinera: esto es a la que hace ángulo con la calle de la Chaussée D’Antin.

Las habitaciones de la Logelbach las tomó después, acaso por su amorosa costumbre de divagar por el Parque Monceau, cuyos rincones supo evocar insistentemente en lenguaje seductor. No hay duda de que sobraban los motivos para esa predilección montalvina. Si en algo no admite disputas de ningún género la exquisitez del espíritu francés, es en eso de saber concertar, de modo inimitable, los rasgos de armónica belleza de su capital- Todo en ella está diseñado con s-abidurí3 y gracia encantadoras, Hacia este parque confluyen pequeñas calles de aspecto apacible, que llevan nombres de poetas y pintores. Entre los monumentos de su entorno

ii5 A Dada La to,w/ voen *Puní* i - M uriici pio ile Ambato. i 910

h. uno consagrado a Alfredo de Musset, en blanco mármol, que lo representa fielmente en tino de sus arrobamientos de romántico. Al transponer cualquiera de sus puertas de hierro, en que se combinan severamente el negro y el dorado, se topa con árboles innumerables: nt-boles y árboles (lue parece que se adelantan hacia el visitante. Los eaminitos del parque son de tierra. A sus lados verdean las alfombras de grama. Hay una límpida fuente cuyas aguas se rizan con el movimiento de unos gansos de color que navegan suavemente hacía las orillas. Una pequeña cascada, que suena entre las piedras, surte a ese estanque. En las bancas de listones de madera, alineadas para el reposo de los viandantes, suelen sentarse a conversar y a tejer unas cuantas madres jóvenes, mientras en su torno se oye la algarabía de un revuelo de niños y palomas.
Montalvo discurría diariamente por el Parque Monceau, próximo a su albergue. Pero no abandonó ese hábito cuando se mudó a la Cardinet, que también está vecina. En efecto, él mismo ha recordado que se dirigía hasta allá —quince minutos de camino— bajando por la calle Courcelles. Esta se cruza, formando una especie de plaza de breves dimensiones, con el ahora traficadísimo boulevard de igual nombre. Por esa placeta, en la que se cortan pues entre si la calle y el boulevard Courcelles, pasó nuestro autor una infinidad de veces, rumbo al parque de sus divagaciones. Y hay un hecho sorprendente. Fruto de la pura coincidencia, sin duda. Ahora lleva aquélla el nombre de Plaza de la República del Ecuador. Porque es imposible ni suponer siquiera que se hubiera resuelto llamarla así en memoria de Montalvo, el ilustre ecuatoriano que la atravesó cotidianamente y que vivió en sus cercanías. Los franceses no saben nada de esto. Ni lo saben los miles de latinoamericanos que circulan por allí. Incluidas las tropillas de turistas de nuestro país. y aun muchas de las gentes que nos han representado diplomáticamente en la ciudad de París. Ese nombre, tan certeramente ubicado en la inmensidad de esta megalópolis desconcertante, no cayó sino de la mano ineluctable del destino.
Y en la calle Cardinet, con el número 26, se yergue todavía con su aspecto de más de un siglo, igual que casi todo el conjunto, el edificio de cinco plantas en que tuvo el escritor su última :1orada. Allí, en el segundo alto de su fachada, hay ahora una lápida cr a ia inscnpción siguiente:

JUAN **MONTALVO**
NÉ Á **AMBATO** EQUATEUR LE 13 **DAVRIL** 1832
MORT EXILÉ A PARIS T.E 17 JANVIER 1889

POLEMISTE. ESSAYISTE, PENSEUR,
MAITRE INSIGNE DE LA PROSE ESPAGNOLE
CIIOISIT LA FRANCE SON PAYS D’ÉLECTION POUR Y FINIR SF5 JOURS
ET MOURUT DANS CEflE MAISON,

Vn visitante perspicaz observará que se ha desprendido un clavo de la plancha, quién sabe desde cuándo. Y advertirá además que, de entre las numerosas personas que actualmente ocupan ese inmueble, no hay una sola que haya reparado en el contenido de aquélla, y menos que conozca a quién se le ha consagrado.

La casa tiene ahora ancha puerta de madera, vestíbulo pavimentado y patio interior. Seguramente, como antes. Hacia la derecha, cuando se entra, se da con una escalera de peldaños pequeños, de madera reluciente, y dispuestos en caracol. En el pasamano, finamente cortado, también relumbra la madera. Igual debió de haber sido en el tiempo de mi biografiado. En esta visita recuerdo que hace unos tantos años, mientras me hallaba en la edad que él tuvo en su primer viaje a París, yo hice también mis primeras visitas a esta capital ya este lugar. Me animaba ya entonces el deseo de entrar en contacto con los rincones que a él le fueron familiares. Pero lo extraño fue que anduve calles que desconocía, tomé rumbos que no había a nadie averiguado, y, por una razón que no he podido jamás explicarme, actuando con la naturalidad del que ya había estado antes por allí, encontré, sin más, esta casa de la calle Cardinet que buscaba. Eso lo he descrito en mi libro de juventud *Tornaviaje.* En esta nueva vez percibo con alguna certidumbre el ambiente en que sin duda se movió Montalvo. Aunque no consigo los detalles concretos por los que ansío. Subo pausadamente los pisos, observándolo todo. Timbro en el departamento del tercero, y entreabre su puerta, asegurada con breve cadenilla, una francesa a quien defiende un perro alborotador: ambos me revientan los oídos. No les entiendo ni a ella ni al perro. Sigo hacia la cuarta planta, en donde sé que estuvieron las habitaciones de nuestro escritor. Inquiero a un hombre vejancón, gordo, bien rasurado y totalmente calvo, acerca de la posibilidad de mirar siquiera hacia adentro, y su hosca respuesta me obliga a volver sobre mis pasos, desalentado. No he logrado pues formarme una idea precisa de cuál fue la verdadera condición material de su vivienda. Pero la he de imaginar digna en su pulcra sencillez, no sólo porque me son conocidos los gustos de Montalvo, sino también porque recuerdo que el amigo

español que le visitó en aquélla, Leopoldo García Ramón, la calificó de modesta y limpia habitación", en palabras seguramente precisas.
Allí, en esa reducida intimidad hogareña, estaba junto a él la compañera francesa a que he aludido. Mas téngase en cuenta que únicamente en esa intimidad. Pues que un hombre como él, cauteloso en sus relaciones con los demás, respetuoso de sí mismo ante el juicio de los que le rodeaban, reservado en cuanto concernía a sus desahogos del corazón y el instinto, procuraba más bien mostrarse solitario. Ya lo he dicho: por las calles ha casi siempre sin compañía de nadie. Y aun en su morada parecía no permitir que advirtieran la presencia de aquella mujer las contadísimas personas que, muy de tiempo en tiempo, le visitaban por algo especial. En caso contrario, no creía necesario el presentársela. Era pues el suyo un concubinato poco notorio. Había por otra parte desechado la idea de un segundo matrimonio, no obstante su viudez. Estaba ya en los cincuenta años de edad. Había comenzado a encanecer. Su salud no era estable. Por fin, la prolongación de la permanencia en París, con medios económicos realmente azarosos, era lo que menos deseaba. Hasta poco antes de morir estaba siempre pensando en salvarse de ese mundo tan ajeno y tan hosco. Si hubiera contado con dinero para la vuelta a América, seguramente no habría habido cadenas suficientes para retenerlo en aquella ciudad.
Lo de Augustine Contoux se presentó casi como una incidencia obligada dentro de la fatalidad de su aislamiento en el extranjero. Ella desde luego, no obstante su origen humilde y su desdeñada condición social, poseia atractivos innegables. Ante todo, era una joven de apenas veinticuatro años cuando inició sus relaciones con aquel Montalvo que vivía ya las declinaciones propias de su cincuentena. Reconozco que no me ha sido posible ver otras fotografías que las de la ancianidad de Augustine, pero no por ello dejo de esforzarme en adivinar a través de esas imágenes sus probables rasgos de juventud: su silueta bien proporcionada; la perfección del óvalo de su rostro; sus cabellos rubios; sus ojos azules, con expresión de melancolía y de espontánea docilidad; sus labios finos. No es difícil suponer que sus maneras debieron de haber sido las de una mujer suave y diligente, apta para entender y servir a su entristecido y muchas veces desapacible eonviviente. Algunos ecuatorianos la conocieron, y aun la trataron. Entre ellos, dos escritores, amigos de mi biografiado: Agustín Yerovi y Víctor Manuel Rendón. Pero ninguno se sintió inclinado a referirse a ella. Menos a describirla. Ni el propio Montalvo lo hizo en ninguno de sus escri

tos, Seguramente rio le apasioné de veras. Tampoco existe una fotografía de los dos juntos. O a lo menos de él con el niño que engendró en ella. Porque he de recordar que hubo un hijo (le ese concubinato. Nació en el indicado departamento de la calle Cardinet en octubre de 1887, según documento oficial de la municipalidad de París.. Se llamó Jean Contoux. Es decir, llevó únicamente el apellido materno. Y no el de su progenitor, pues que éste jamás le reconoció. La madre misma procedió a llenar dicha lnr malidad legal. en lo que a ella concernía, un tanto tarde: el primero de mayo dc 1899. Lo hizo en acto simultáneo con el reconocimiento de otro descendiente de ella: la hija 1 ouise Suzanne, también ilegítima, aunque de otro padre. Nuestro ensayista habia muerto seis años antes del advenimiento de ésta. Ello es prueba de que la modesta costurerita francesa no tuvo la fortuna de establecer hogar ni posteriormente.
He podido ver dos fotos del vástago de Montalvo en que se le deseohre un cierto parecido con él. La una es de 1897, cuando Jean ——el pequeño Juan— contaba apenas diez a ños de edad y acababa de hacer su Primera Comunión 1 Jaman la atención sus ojos grandes y expresivos, en un rostro ligeramente moreno, levantado con indeliberada arrogancia. l-{ay por todos esos detalles una evidente herencia montalvina, La otra es del quinqtrcmo comprendido entre 1914 y 1919, cuando su edad se situaba entre los veintisiete y treinta y dos años. Cumplía entonces su servicio militar. Se lo ve uniformado. Tiene la cabeza cubierta con el característico quepis del ejército francés, cuya visera corta, alzada hacia atrás en este retrato, permite observar los trazos de una frente despejada y melancólica. A la verdad, el aire taciturno se ha extendido por toda la fisonomía. No se olvide que el gesto de mi biografiado, según el testimonio de algunos de los que le conocieron, oscilaba también entre la altivez y la pesadumbre. La forma de los ojos, del mentón, de los labios, sombreados por un breve bigote oscuro, vuelven a revelar la semejanza de Jean con su padre. Igualmente, algo de la delgadez de su figura.
Acerca de la existencia de este hijo de Juan Montalvo y AugustineCatherine Contoux, procreado en su amancebamiento de varios años en París, poseyeron conocimiento preciso algunos ecuatorianos que vivieron temporalmente en esa ciudad. Pero lo callaron. Acaso creyeron que iban a acentuar la impresión demoníaca que los antimontalvistas habían difundido en nuestro país. También estuvo enterado de esa existencia el hermano del escritor, doctor Francisco Javier, no únicamente gracias a la car

ta que he reproducido en este capítulo, sino además por confidencias del doctor Agustín L. Yerovi, interesado en buscar ayuda para la conviviente y el Lii jo ilegítimo, que habían perdido todo apoyo con el fallecimiento de Montalvo. Y, como es fácil imaginar, aquel pariente íntimo guardó igualmente el secreto. Desde luego, dirigió un par de cartas a Augustine aludiendo al niño y a la situación de éste. Aun le agradeció cariñosamente el envío de una fotografía, en que se lo veía de apenas tres años y unos meses de edad, con estas palabras, del 21 de febrero de 1891: "Mi señora:

He recibido la carta de Ud. fecha 4 de enero, con el retrato que ha tenido la amabilidad de mandarme de mi sobrino el niño Juan. Mucho gusto he tenido al ver la imagen de ese niño y al conocerlo siquiera en retrato, que lo conservaré al lado del de su padre". Puede ser que en realidad lo conservara, mas no se ha sabido después qué pasó con ese enternecedor recuerdo.

Las diligencias de Yerovi en favor de Jean fueron insistentes y sinceras, aunque a la postre resultaron inútiles. Desde Guayaquil, en noviembre de 1889, le daba noticia a la señora Contoux de las primeras propuestas formuladas a la familia Montalvo. Le decía:

En efecto, me dirigí a D. Francisco interesándole en la suerte del niño, y he podido obtener contestación muy favorable, al extremo de manifestarme que hará cualquier sacrificio para traerlo y educarlo junto con sus hijos. No dudo, cumpla (dos palabras ¡legibles) promesas; mas necesario es no olvidar que el único inconveniente que habrá para la realización de estos propósitos es la situación pecuniaria nada desahogada de toda la familia Montavo.- El medio seguro para que U. cuente con algunos auxilios, es para ¡ni el resultado que deje la publicación de las obras que dejó D. Juan. Con este objeto se están dando algunos pasos, hoy mismo se recogen suscripciones en toda la república ..... La intención de D. Francisco es de mandar a su hijo César Montalvo, para que se entienda en la correción de pruebas, y las demás referencias que demanda la publicación. Será el mismo César, quien se encargará de traeral niño.

Hago notar de paso que el párrafo final de esta carta contiene otra revelación: la de que la señora Augustine Contoux no pudo seguir ocupando sino breves meses la morada e la calle Cardinet. Ya para entonces — noviembre26 de 1889—, había tenido que moverse hacia otro lugar, quizás de alquiler más barato. Dos reflexiones se desprenden de ello: que nuestro escritor, que murió a comienzos de ese mismo año, jamás salió de la pobreza ni del indispensable auxilio de sus amigos, y que el trabajo de la eosturerita que le acompañaba no rendía para ningún sostenimiento; ni siquiera, después, para que ella y su tierno hilo alcanzaran a subsistir con la más limitada modestia. Léanse los términos de Yerovi:

Siento que se haya visto obligada a dejar su departamento, en el cual ha vivido lauto tiempo. Esto, no obstante, puede remediarse, mas lo esencial es (loe recupere U. su salud. Del buen estado de ella, depende hasta el sostenimiento de su niñii' Yo le ofrezco que cada vez que necesite vestidos para mis hijas eneargaré a U. pai a ,ytidar a su trabajo. Los que U. hizo han quedado muy bien.

El doctor Montalvo por su parte fue abandonando el propósito de ayudar a esos lejanos y desamparados deudos de su hermano. En cierto día, dadas las circunstancias difíciles en que realmente se hallaba, se vio precisado a confesar a Augustine lo que sigue:

en la avanzada edad en queme encuentro, y careciendo de fondos, no puedo pensar en que ese niño sea retiradodel lado de su madre, expucstoa las aventuras que pudiera correr después de mis días, ni me es posible ofrecerle un auxilio pecuniario, puesto que apenas cuenro con lo indispensable para el sostenimiento de mi familia.

Y con respecto a la ayuda que pensaban extraer de la publicación de los inéditos del escritor, si bien había puesto un interés sincero, le era necesario aclararle que éste había manifestado la voluntad de que fueran Yero- vi y un sobrino —Adriano Montalvo, a quien he aludido repetidas veces en otro capítulo— los que tomaran para sí la misión de editar las obras que él no alcanzó, desafortunadamente, a verlas impresas. De modo que el doctor Francisco Javier Montalvo no había de tener, según su propia expresión, "ninguna participación en el asunto". Pero se sentia igualmente obligado a hacer a la señora Contoux otra aclaración. Era ésta: "Como Juan dejó aquí una hija legítima, el doctor Yerovi, conociendo que ella era la única heredera de su amigo, se ha dirigido a ella para que autorice la publicación de las obras, y se dan pasos para realizar la empresa".

La verdad es que entre tentativas y arreglos corrió un año entero. *Y* al fin César Montalvo, hijo del doctor Francisco Javier, parece que vio desvanecerse toda probabilidd de recibir el encargo de Agustín Yerovi y de Adriano, y la autorización de María del Carmen —la heredera legítima de mi biografiado— para hacer en París las pretendidas ediciones de los trabajos montalvinos. Pero ni en el caso opuesto, es decir en el de obtener medios y poderes, conseguiría ya favorecer a la señora Contoux y a su hijo. Esto último se descubre por las líneas siguientes, de una carta que dirigiü a ella el mencionado doctor Montalvo:

Es cierto que nos prometíamos hacer algo de la publicación de unas obras de Juan y partir con U., mas desgraciadamente se frustró esa empresa a causa de la falta de recursos para que mi hijo César pudiera haeerel viaje, allá, ya a presente ni esa esperanza nos ha quedado, porque la hija legítima que Juan dejó aqui ha reclamado sus derechos en los escritos de su padre, y nos impide todo proyecto acerca de su publica-

ción. Nada me es posible hacer por ese niño, le repito a U. Parece que María del Carmen. hermana de él trata de vender los derechos o los escritos de su padre, y esto, debiendo naturalmente disgustarme, me retra de volver a pensaren el asunto.
Según confesión de esta misiva, el hermano de Juan Montalvo deja descuhir el disgusto que le ha producido la actitud de la hija ambateña de ésle. Yo por cierto debería insinuar que esas relaciones nunca fueron buenas. Por eso, primeramente eludió ensayar diligencias personales y directas ante María del Carmenpretextando que ellas le correspondían a Yero- vi, y después. en el documento epistolar que estoy invocando, llegó a aclarar a la señora Contoux lo que sigue: "... pero en el estado a que han venido mis relaciones con ella, no soy yo quien pudiera hablarle sobre esto, y tJ.más bien pudiera hacerlo, si le parece conveniente".
No obstante, y a pesar de todas las líneas que he debido cítar, las cosas no pasaron en el comentado fracaso, sino en otro. Pues que César Montalvo, el aludido hijo del doctor Francisco Javier, sí llegó a viajar a París con el ánimo de publicar las obras inéditas de nuestro escritor. Y cuando las circunstancias hacían esperar una culminación halagadora de tantas impaciencias e ilusiones, el joven Montalvo dio a todo un final abrupto y trágico. suicídándose en la habitación de su hotel de la calle del FaubourgMontmartre. llabría tenido quizás "grandes pérdidas en el juego", según insinuación, de años más tarde, de Jean Contoux. Desde entonces terminaron para siempre los nexos de la señora Augustine con los familiares de él cii el Ecuador. Y aun se sabe, por confesión de aquel mismo vástago de nuestro autor, que a partir de tales días ella adquirió el hábito de no hacer memorias, buenas o malas, de su antiguo conviviente.
Por otra parte, la fatalidad de la medición de las páginas montalvinas continuó durante un tiempo más o menos prolongado, según he indicado en otro capítulo. Yen cuanto a Jean, hizo él estudios en Parfs, de escuela y colegio, gracias a los modestos ingresos del oficio de su madre y al socorro intermitente de algunos ecuatorianos radicados allá. Desde la más temprana juventud, y durante tres décadas completas, ejerció el periodismo. 1.o hizo con vocación, cediendo a un impulso propio y espontáneo. El mismo ha recordado que desde los diez años de edad "redactaba cada semana, a la pluma, un periódico de la escuela, ilustrado por un compañero experto en dibujo caricaturesco". Con el respaldo paterno, que jamás conoció (apenas era un niño de dos años cuando Montalvo murió), ese talento innato acaso hubiera tomado una dirección literaria de mucho valor. Sus la

bores no le permitieron ninguna holgura económica. Sin enihaga. en la época de la madurez recogió a doña Augusline y la llevó a vivir en el hog que había formado.
De la historia individual dc Jean Contoux (no de Jean Corilotix' M2 talvo, como se ha dado en llamarle, pues que no recibió el apellido tk padre, y, de haberlo recibido, no debería ir después del de la madre), se
dió largamente el rastro en nuestro país. Acaso por más de media uei'ttiri Se conoce que a comienzos del presente siglo hubo ecuatorianos qw' propusieron obtener ayuda para él y la señora Augustine, haciendo ti' gencias ante el gobierno del antiguo favorecedor de nuestro ensayista. gt neral Eloy Alfaro, y que fracasaron. Se sabe igualmente que el brillan' prosador Gonzalo Zaldumbide vio acudir a él a ese vástago de mi tsiog fiado, también en demanda de medios. Eso fue entre 1921 y 1923. Su eda' estaba, por lo mismo, sobre los treinta y cuatro años. Se le prescrito co: oportunidad de la nueva edición de libros de Montalvo que aquél. por si, propia cuenta, estaba acometiendo en París, Pero le dejó un recuerdo poco favorable, según se desprende de la acritud de estas palabras:
Para la celebración del contrali, con el edilor. acompañómc un deudo de Montalvo. que **por uno** do esos azares de la sangre in,prcvisil,les para el espíritu, aparecici en lan:' de único derecho-habiente, por parentesco inmerecido, de los derechos do autor de muerlo inmortal.' Cobró en caja derechos habidos y por haber; y no volví:' 'sIten de él, nido la caja, con la cual nada **tuve** que ver nunca. **156**
Y después corrieron varios decenios, en los que jamás se tuvo otro dato sobre Jean. Sólo se aludía vagamente a un desconocido hijo del gran escritor. Llegó así 1964. Y únicamente entonces, cuando ese olvidado personaje vivía ya sus setenta y siete años de edad, se produjo su encuentro con el profesor ecuatoriano Darío Lara, como consecuencia de una circunstancia fortuita que él ha descrito en su *Montalvo en París.* Ello naturalmente sirvió para que se revelaran algunos documentos de veras interesantes sobre aquellos Contoux tan íntimamente vinculados con la existencia postrera de nuestro desterrado, y para que so apreciaran la admiración de Jean hacia so genial padre ilegítimo y su deseo tenaz de venir al Ecuador a visitar el venerable sitio anihateño en que al' ora se guardan sus despojos.
Yo confieso que una parte de lo que he expuesto en este capítulo so bre la relación de Juan Montalvo con August:ne-Catherine Contnux, y so 15 ***isa,, Sfc,niaI",' Estadio*** **srIe,so,ies** ***de 'nr,,!,, Zaidanhide,*** **'1 e,,cu t959, 111,1**
'"teCa **Eras** lnn.Ir,,, Sta,':
Cdii Ca 'ca

bre su único descendiente, ha tenido como base la documentación publicada por e' profesor Darío Lara. Pero también necesito confesar que he debido rechazar muchas de las afirmaciones que él ha recogido de ese *memorahle* personaje, porque las he encontrado viciadas de notoria falsedad. Aun más, creo indispensable llamar la atención sobre ellas, para que no se adultere la imagen de la etapa final de la vida de nuestro escritor, ni se le den interpretaciones alejadas de lo real. Cosa que por desgracia ha comenzado a suceder. Ame todo, he de insinuar, según lo apunté antes, que no se acepte la sinrazón cometida en las páginas de *Montalvo en París,* de reconocerle a Jean con los apellidos de Contoux-Montalvo. Luego he de hacer notar que éste, cuando murió su padre, únicamente alcanzaba la edad de dos años y tres meses. Apenas eso. Y que, por lo mismo, resulta absurda hasta la suposición de que él haya sido capaz de dar referencias directas y detalladas sobre absolutamente nada del último bienio de la existencia montalvina. Sin embargo Jean Contoux se atreve a hacerlo, puntualizando con énfasis un buen número de circunstancias, cual si las hubiera percibido y memorizado personalmente, pues que rara vez invoca la fuente de información de su madre. Y, naturalmente, para un lector escrupuloso de las obras de mi biografiado como de los testimonios dejados por los que le trataron, y más desde luego para un investigador severo, se hace fácil advertir los errores y las contradicciones que saltan a lo largo de las aseveraciones de Contoux. Obsérvese siquiera algo de ello a través de estas breves indicaciones. Asegura que Montalvo "generalmente escribía *en la tarde".* Yen seguida dice: "Le gustaba recibir particularmente *al fin del día,* a algunos amigos Y más adelante agrega: "Hacia *el final de la tarde* iba con bastante frecuencia, al diario El Fígaro". En fin, con referencias *tan* contrapuestas, no se puede *concluir* cuál misma sea la verdadera. Respecto al escritor y su amante afirma: "ellos vivían como cualquier matrimonio, con una doméstica"; e insistiendo en la imagen del ambiente de desahogo material que quiere dar a sentir, hace las evocaciones que luego transcribo: le gustaba recibir "a algunos amigos de la colonia sudamericana; entre los ecuatorianos, especialmente al señor Dom y de Alsúa. Me acuerdo de este último, porque me tomaba en sus rodillas para jugar conmigo. ." (Cómo acordarse si para el período anterior a la última enfermedad de Montalvo no se hallaba ese niño sino de *un* año y medio de edad!).

Mi padre recibía también a amigos franceses escritores, con los que estaba muy ligado Hacia el final de la tarde iba, con bastante frecuencia, al diario El ***Fígaro,*** entonces

ci gran cutit id etilo literario y "RI ndano de la ca Ile Drouot, al que daba, de liempo en tiempo, artículos con el ha tic aumentar sus recursos. Allí encontraba en los salones y la sala de redacción a escritores célebres y periodistas conocidos con los qoe se complacía en co,lvcrsar

Y bien, justo es que desdigamos a Jean Contoux, con el orden debido: dado el invariable infortunio económico de Montalvo, la única persona que le servía en su tercera estada francesa era su conviviente. Esto es, Augustine. No había pues la aludida doméstica. Eso se desprende de la confeSión epistolar de él mismo a su hermano Francisco Javier, e igualmente de los rápidos testimonios de los que le asistieron en su enfermedad. En lo que concierne, de otra parte, al mentado visiteo de sudamericanos, ecuatorianos y franceses, nada hay más opuesto que eso al carácter y los gustos de mi biografiado. El fue un misántropo pertinaz, desde su adolescencia. Lo he demostrado a todo lo largo de estas páginas. Además, ni los limitadísimos medios le hubieran permitido esas relaciones sociales, para él no sólo antipáticas, sino también contrarias a su disciplina intelectual. De la misma manera hay que precisar que aquello de haber estado "muy ligado" a escritores franceses carece de verdad. No hay constancia de que haya sido así para el que lee sus libros, las criticas que recibió y su nutrido epistolario. Y falso en el mismo grado es lo de sus reuniones en los salones de *E/Fígaro* y de sus artículos para dicho diario. Jamás apareció una colaboración de Montalvo en tales páginas. El mismo ha recordado en *El espectador* que su ensayo *Los matrimonios deslayados* no pudo ser publicado allí, como quiso un grupo de hispanoamericanos, porque "El Fígaro era ya muy caro, y no había de pedir menos de dos mil francos". De otro lado, si tanto se reunía con sus redactores, ¿cómo habrá que explicar el absoluto silencio de ese periódico frente a la muerte de nuestro escritor? Efectivamente, ni siquiera publicó un par de líneas con la noticia del acaecido.

Hay por fin otra alusión absolutamente falaz en las confidencias de Jean Contoux: es la del pretendido hábito de fumador de mi biografiado. Asegura, así, que éste "fue también gran amador del cigarrillo *doblado* que él mismo preparaba". Aceptar eso es andar totalmente desinformado. Tengo que recordar aquí que, en el capítulo XV de esta obra, recogí e1 testimonio de Roberto Andrade sobre el reparo que les formuló en Ipiales, a él y otro joven amigo, por 'fumar demasiado", Les hizo notar entonces que a él "le enfermaba hasta el olor del tabaco". También tengo que recordar que en sus *Siete tratados*, al referirse a la hermosura de la mujer griega,

dice Montalvo: Por dicha el tabaco, matador de la belleza, no había sido descubierto aún y los dientes no temían verse enterrados **Vivos** debajo dc la asquerosa pasta dc humo y bilis - - . ‘‘ Comentando precisamente ésta y otras observaciones, su más original y fascinante interlocutora, la gran novelista Emilia Pardo Bazán, le expresaba en una carta elocuente lo que sigue:

Los pelos que erizó mil veces la lectura de los *Siete tratados,* de pasajes relativos al iabaco. Dios Santo! Apenas le lsabré producido a Ud. horror, impaciencia y furia, con mis orientales *cigarrettes.* Ya sabía que Ud. no gastaba ni gustaba; pero 110 que fuese en Ud una especie de juramenlo de Anihal el odio al tabaco, ni que le atribuyese Ud. tales fechorías... .- Yo fumando y Ud. rabiando!.- Vamos, que no se me pasa el susto.- ¿Y a Ud. ledura todavía el mal olor del cigarro?

Ojalá la enunciación de estas aclaraciones ayude a tomar con calma y sagacidad las referencias dejadas por el hijo de Montalvo y Augustine Contoux. Pero en ningún caso esta vigilancia de juicio ha de entrañar ni el más leve desdén a la aportación que él ha hecho para esclarecer algunos puntos relacionados con la historia de su padre.

Gracias precisamente a sus datos es posible, entre varias cosas, fijar el tiempo de aquellos amores, desde 1882 hasta 1889. Osca dentro de una época que fue para el escritor de sacrificios y pobrezas. Y, desde luego también, de borrascas y glorificaciones. Por lo duradero de su relación, y por haberse mantenido en medio de circunstancias tan difíciles, se ve que los dos convivientes supieron comprenderse y apoyarse mutuamente. Aun se alcanza a advertir que en cierto modo ese hogar secreto, no consagrado por las leyes, se *hizo* invulnerable ante dos grandes tentaciones de amor que en esos años vivió Montalvo. Porque hubo dos mujeres célebres, cuya fuer-za de fascinación internacional era el extremo opuesto a la opacidad de la costurerita francesa, que trataron de meterse en stt corazón. La una era catalana, y tañía el arpa con dulzuras que habían cautivado en Europa y América. La otra era gallega, y escribía una literatura múltiple, de novela, ensayo y poesía, que había levantado el entusiasnm en los países de ha- Ha castellana. La primera se llamaba Clotilde Cerdá y Bosch. y se había hecho famosa con el notnhre artístico de Esmeralda Cervantes. La otra era Emilia Pardo Bazán.

Lo de Esmeralda Cervantes fue algo súbito, como un relámpago. Pero traía una larga cola de antecedentes. Juan Montalvo, hombre excepcionalmente interesado en los hechos de significación que ocurrían en el

mundo de sus días, y lector oportuno y acucioso de publicaciones extranjeras. llegó a conocer detalles de a trayectoria luminosa de una joven encantadora: la arpista Esmeralda Cervantes. Es (le suponer que aun la había contemplado en alguna de sus rcproducciones fotográficas. Conocía pues su caso prodigioso, y le parecía digno de pcrennizarlo en lo que él escribía. La artista, no obstante su extremada juventud, había viajado ya triunfalmente por ciudades de Europa, y había acabado de arrebatar con su arpa a los públicos de las dos Américas. Pocas personalidades en el campo de la música habrán alcanzado la capacidad de atracción y deslumbramiento que ella poseía. Al revisar ahora la prensa de hace cien años, he encontrado en *La ilustración de la Mujer,* de Barcelona, edición del 1° de noviembre de 1883, algo de su historia meteórica, de la que tomo estas brevísimas referencias, corroboradas por las del Diccionario de la Música, Labor, 5. A., 1954: nació en esa ciudad en 1862. Se llamaba—ya lo dije—Clotilde Cerdá. Le pusieron, por iniciativa de la reina Isabel 11, y con el acuerdo de Víctor Hugo, el seudónimo de Esmeralda Cervantes, adoptando el nombre del célebre personaje de su novela *Notre-Dame de Paris* y el apellido del creador del Quijote. Hizo estudios en Barcelona, en la capital francesa, en Viena. Su primer recital lo ofreció a los once años de edad, precisamente en Viena. En seguida tocó en Londres, en el palacio de la Reina Victoria. Siempre con éxito. Que se fue multiplicando y acentuando en París, en Barcelona, en Madrid, en Lisboa. Las corles reales eran quienes la invitaban, celebraban y colmaban de honores y presentes. En Roma, el extraordinario pianista y compositor Franz Liszt, con el que ofreció un concierto, tras escuchar las interpretaciones de ella, aseguró ante una concurrencia de tres mil personas que era “la primera vez que había sentido realmente el arpa”. E-lizo después presentaciones apoteósicas en el Brasil y en el Uruguay, accediendo a invitaciones del emperador Pedro II y del presidente Pedro Varela. Pasó a Buenos Aires, para una docena de recitales. En los primeros días de enero de 1876 fue ovacionada en Chile. Luego en Lima. Y cuando se aprestaba a venir a Quito, para sonar aquí las dulzuras de su arpa incomparable, no se le permitió desembarcar en nuestro puerto de Guayaquil, entonces azotado por la fiebre amarilla. Siguió entonces viaje a La Habana, a México, a Nueva York. Su consagración en todas partes fue inmediata. Hubo lugares e instituciones que recibieron oficialmente su nombre, en homenaje a las facultades artísticas de que ha-

bia dado prueba tan palmaria, y también a los servicios benéficos y de de— [e usa p ‘po lar en qi ‘e se había prodigado.

A ja joven se la reconocía pues como de naturaleza superior, en todo sentido. Pero además seducía en seguida por sus atributos de mujer bonita. Porque poseía de veras una belleza tierna y virginal. Yo he podido ver su retrato, publicado precisamente en el número de *La Ilustración de la Mujer* que he citado. Se muestra en él de veintiún años de edad. Tiene la cabellera suavemente ondulada, con un ligero rizo que cae hacia el lado izquierdo de la frente. Bajo las cejas apenas arqueadas, que son parte de la armonía natural de su rostro, hay unos ojos almendrados dulcemente expresivos, de cuyo fondo claro sube con recato una sonrisa que juega perfectamente con la línea encantadora de sus labios frescos y carnosos: es una sonrisa en que se conjugan el candor, la melancolía y el ensueño. La nariz, delicadamente formada, integra esa suma angélica de atractivos de la fisonomía, y del cuello, el pecho y los hombros.

Montalvo había sido uno de los admiradores hispanoamericanos de la arpista, aunque únicamente bajo el estímulo de noticias y de referencias. Pero en tal grado había llegado a serlo, que se determinó a exaltarla en el estudio titulado “Del Genio”, del libro que con más celo literario elaboraba: *Siete tratados*. Recuérdese lo que indiqué en un capítulo anterior sobre la fe que él ponía en el destino consagratorio de tales páginas. Gran parte de ellas las había escrito en la soledosa aldea de [piales. Otras en cambio, entre las que estaban las del tratado sobre “El Genio”, las fue redactando en Ambato y en Baños, de su provincia nativa. Eso, según lo expresé, fue en el lapso de su permanencia allí, que se extendió de enero a agosto de 1878. La impresión de la carrera fulgurante de la joven catalana estaba aún viva en su memoria, como para animarle a celebrarla en aquel ensayo, con frases de un romanticismo desatado:

irpa melancólica y alegre. ciega y profética, pausada y loca, que hace sospechar un lindo dios metido en el seno del artista, dándole golpes de amor e inspiración... .. El célebre músico Wagner, hablando de Esmeralda Cervanlescon el rey Luis de Baviera, le dijo: Señor, ¿síe *ese! genio*. El genio para la música encarnado en una joven que es toda poesia cuyo espíritu se está echando afuera pr- ‘os ojos, empapada en un caudal de amorosa inocencia; cuyos labios componen a cada instante la firma con que las lImas puras se prometen a Dios, esto es esa sr’ sa de l,neamientos dtvinos que hieren los corazones: cuyos miembros rebosan en volo ptuosidad involuntaria, la cual st despierta deseos no aconseja temeridades trauss, 1.anquenbach se quedaron mudos

de asombro citando la oycttti ,t bella catalanit y, triunfantes, la pasearon por las
cortes de niis rumbo. 1,tcenlándola a las teslascoronadas,,
Esa fue la cadena de antecedentes para la fruición de un amor violen- toque a la arpista y el escritor les reservaba el destino, casi siempre imprevisible. Mas faltaba otro hecho. Fue el que tuvo lugar en 1883, cuando Montalvo viajó desde París a la ciudad de Madrid, para presentar sus Siete tratados a las celebridades de las letras de España. Eso ya lo he rememorado fielmente en otro capítulo. Por lo mismo quedó sabido que ese fue el año de su apoteosis. De su conquista del principado de la prosa de lengua castellana, de acuerdo con el juicio de aquellas grandes figuras. El hecho a que aludo fue el del encuentro sorpresivo de él con Esmeralda, a los pocos días de su arribo a Madrid, y cuyo dichosa consecuencia fue la de un amor que parecía convertirse en una especie de recompensa merecida, aunque totalmente inesperada, para sus viejos sinsabores íntimos. Fácil se hace imaginar la intensidad de la asión súbita que experimentó Montalvo con sólo tener en cuenta el ardor admirativo que desde hacía algún tiempo sentía por la joven, a quien la cantó como si fuera una diosa. Clotilde Cerdá y Bosch, según su ya recordado nombre de pila, estaba apenas en sus veintiún años de edad. El. en sus cincuenta y uno. Treinta de diferencia. Es decir, venía a presentarse, por segunda vez en su caso, el singular arrebato entre su ser ya "otoñabundo" (término poético con que se describía a sí mismo el Pablo Neruda de la madurez) y una muchacha que se estremecía de vida como la primavera.
¿Cómo se provocó tal encuentro? ¿Quién lo patrocinó? A esta hora es imposib'e precisarlo. Pero con una buena dosis de imaginación se alcanza por lo menos a suponerlo, a través de circunstancias muy vagas, o de alusiones que nada concreto revelan y que, sin embargo, dejan iluminado el camino para la especulación. No con otra actitud ni con otros medios que con esos, se me permitirá que sospeche que fue el diplomático y escritor venezolano Eduardo Calcaño, entonces radicado en N1adrid,el que deliberadamente les puso en contacto. Había aquel recibido su ejemplar ile los Siete tratados, dedicado por nuestro ensayista. Había leído la página vehemente en que se halla la exaltación a Esmeralda Cervantes, en uno de tales estudios: precisamente, el "Del Gcnij". Había acabado de visitar al autor en el 1 lotel París, en la céntrica plaza dc a Puci ta del Sol. Y allí
t87 't)r[(en,o .S,"r,'traructoç Ton,o it. ibid. Fdtt (ircut,de I.ecorcs.''g L

mismo se le había ocurrido pedirle un ejemplar de la obra para la arpista. Y algo más aun: se había decidido a proponerle que le diera la oportunidad de reunirles —si de inmediato mejor— en casa de él. a la hora del té.
Ciertamente, todo lo dicho por Calcaño fue aceptado en seguida por Montalvo, ni más ni menos que si le hubiera caído un regalo del cielo. A su turno, Esmeralda Cervantes tomó con emoción apenas contenida el libro que le había llevado su amigo el diplomático venezolano. Ya a través de la prensa de la ciudad se había enterado de la resonante presencia montalvina. De modo que se apresuró a abrir el *tratado* en que su autor, con mano enamorada. había compuesto la romántica rapsodia de su grandeza de artista y de sus encantos de mujer. Lo leyó y volvió a leerlo. Escuchó en seguida la invitación de Calcaño, y se la aceptó sin vacilaciones. Conocer a quien le admiraba y cantaba así, y cuyo prestigio había ido ganando irresistiblemente los ámbitos de España, le pareció también un hecho sorpresivamente halagador, en el que no había ni siquiera pensado.
Un día más tarde, el cordial anfitrión les reunía pues en su hogar. Primero llegó Montalvo, elegantemente acicalado, con traje de paño azul oscuro, guantes finos y sombrero de copa. Y a los pocos minutos lo hizo Esmeralda, radiante de gracia y de contento entre sus sedas y lo más escogido tic sus joyas. Los dos quizás se estremecieron al ser presentados. Bajo la luz de las lámparas del gran salón se miraron expresivamente a los ojos. La magnética impresión mutua era como para incitarles hacia un rápido acercamiento a las intimidades espirituales de cada uno. Y ello exactamente fue lo que ocurrió entre los acentos de habla cristalina y rauda de la catalana y el dejo asordinado, pausado y a veces emotivo y tembloroso del ecuatoriano. Eduardo Calcaño estaba feliz por su iniciativa, que no la presentía de efectos amorosos en ningún caso. Alababa con igual ánimo sincero a sus dos invitados. Pero sobre todo se complacía en oírlos. Hablaban de sus experiencias. Trataban los temas de América. Insistentemente aludían a las reacciones del público frente a las vocaciones literarias y artísticas de aliento excepcional. Los tres demostraban un entusiasmo común por la música, y Montalvo y Calcaño se confesaban propensos a dejarse subyugar por las vibraciones de dulzura que son características del arpa, y más aun por el talento de aquella intérprete magistral. Nuestro escritor no había tenido hasta entonces la fortuna de escucharla. *Y* la joven, complaciente con él como sólo con personas de su especial preferencia, se ade

lantó a prometerle la ejecución de algunas piezas en esa misma semana. En casa, desde luego, del propio Calcaño, tan hospitalario como devoto de la música.
Y bien, había caído ya la noche cuando Montalvo hizo traer un coche para llevar a Clotilde Cerdá, o Esmeralda, al hotel en que estaba alojada, y en donde ya la aguardaba su madre. El recorrido era como de una media hora. Entre la penumbra del anochecer iban intecionadamente juntos, y poco o nada visibles, en el asiento suave del carruaje. Se sentían acaso por eso en una atmósfera incitante, de atracción recíproca. Contribuía a ello el calor de la buscada cercanía de sus cuerpos. De pronto él tomó la mano de ella (esas dos manos casi palpitaban de ardor), y la llevó a sus labios, silenciosamente. Repitió ese vehemente ademán por varias ocasiones seguidas, mientras la joven se abandonaba, sin duda, en una voluptuosidad secreta, apenas perceptible. Era el instante de sentir y callar. Pasaron quizás solamente unos segundos. Y entonces ambos, con impulso simultáneo, giraron sus rostros y miraron en los ojos de cada uno la inocultable embriaguez de su deseo. Fue en ese momento cuando el escritor se inclinó, frenético, a besarla en la boca. La artista no acertaba a saber si eso era un amago de profanación o un culto natural a su intocada doncellez. Le apartó. con todo, suavemente, tras haber sido una y otra vez besada. Así llegaron hasta el albergue de Clotilde. Casi no se habían hablado. Quedaron, desde luego, en encontrarse en la casa de Eduardo Calcaño.
Y éste, efectivamente, les renovó su invitación. En breve nota, fechada en Madrid el 17 de junio de 1883, y que han reproducido varios compiladores de cartas montalvinas, aunque sin jamás vincularla ni remotamente con la relación amorosa que a mi modo estoy reconstruyendo, le decía al escritor: “Le esperamos esta noche en casa a tomar una taza de té en confianza. Vendrán algunos de nuestros amigos y oirá tocar algo de arpa”. Debo imaginar, en el curso indispensable de mis suposiciones, que él vio que se cumplía la esperada promesa, y que iba a estar otra vez con Clotilde. Se llenó pues de anhelosa satisfacción. Fue por eso de los primeros en llegar a la casa de Calcaño, A la hora de la mesa, se le brindó sitio casi en frente de ella. La joven artista estaba más atractiva que nunca. Mostraba el pecho y los hombros, de extraordinaria blancura, discretamente descubiertos. Respondía con espontánea finura a las atenciones de todos. Pero volvía en forma insistente sus ojos a Montalvo. Y eran unos ojos que delataban ya, en su candor, el brillo inconfundible de un senti

diento amoroso, los de él, porsu parte, seencendían de pasión penetrante, en miradas furtivas, que evitaban ser advertidas por los demás. Terminado el servicio, pasaron todos los invitados al salón, hasta cuyo centro se había conducido previamente el arpa gloriosa de Clotilde, o de Esmeralda Cervantes, junto con un asiento especial de terciopelo encarnado. Hubo insinuaciones de obras preferidas, y lisonjas. Luego un silencio unánl]1e.de ansiosa espera. Hasta cuando los dedos de ella comenzaron a pulsar esas cuerdas con certeza instantánea, y a moverse como enajenados por un frenesí de inspiración que parecía estar más allá de todas las posibilidades terre' rs. La música era una corriente milagrosamente emotiva y encantadora bajo el poder de la yema angelical de sus dedos. Mi biografiado sintió en más de tina ocasión que se le humedecían las pupilas. Lo que ejecutó Esmeralda fueron composiciones cortas, de conocidos maestros. La velada resultó inolvidable para todos

Al momento de depedirse del anfitrión, entre las nueve de la noche, la joven aceptó únicamente la compañía de Montalvo —cuya insinuación se adelantó a la de los demás—, para tornar a su albergue. Yen el asiento del carruaje se repitió. atinque con mayor desenfado e intensidad, la escena ile días atrás. Hasta qt- al fin, confusa ella en su primera experiencia de ee carácter, sofoca. por los besos y las caricias, cori su voluntad vencida o ausente, se dejó llevar al Hotel París, alojamiento de su amigo. Simularon entonces subir, por consejo de él, tan respetuoso del buen nombre femenino, hacia el comedor, que ocupaba una parte de la segunda planta. Pues que adonde realmente ascendieron,por la amplia escalera de madera bruñida, fue a su habitación. Allí, poco después, conocía aquella joven genial, de muslos perfectos que relumbraban en su pura desnudez, y Cre los brazos ardientes de aquel escritor también de excepción, pero ya en su occidua madurez de cincuenta y un años, el amor cabal, de sexo y sentimiento.

Corrida esta enloquecedora aventura, Montalvo llevó a Clotilde a su alojamiento madrileño, en donde ya su madre dormía. Faltaba poco para la medianoche. Al día siguiente no hubo sospech" ni reparos. Era aquella muchacha tan límpida, tan seria y cuidados" de sí misma, que hubiera sido un ultraje concebir siquiera un juicio apesurado sobre su comportamiento. Por eso su ferviente compañero, que nada tenía de seductor vulgar, accedió a ser presentado a la madre de ella, y a visitarla en su presencia, en el hotel en que se habían instalado. De esto ha quedado constancia escrita.

Hay en efecto una carta dirigida por Clotilde a mi biografiado en la que deja intuir que éste le había ido a ver ahí en su residencia temporal! hasta el22deesemesdejuniode 1883.
La epístola es del 25. El escritor se había desprendido ya de Madrid. Había hecho maletas con rumbo a su modesto hogar parisiense, en donde le esperaba su Augustine. Que acaso no recibió ni una letra de él durante su ausencia. La separación de la arpista, tras el gran arrebato de pasión que inesperadamente había experimentado, ciertamente fue entristecedora. El tuvo que enjugarle unas cuantas lágrimas de desconsuelo, y que prometer- le cartas cotidianas y un pronto regreso. Las relaciones no debían quebrarse desaprensivamente, tras la ofrenda del cuerpo virginal de Clotilde. Montalvo la escribió amorosamente, de varios puntos de su tránsito a Francia. Ello se advierte por las frases de una de las respuestas. Lamentablemente, contra su hábito en asuntos que le eran significativos, no conservó casi las copias de la correspondencia que mantuvieron. Apenas salvó una pequeña parte, que en cambio guardó celosamente en Ambato, por años y años, uno de sus sobrinos nietos: Juan Francisco Montalvo. Y de sus manos las recibió para publicarlas posteriormente el doctor Rodrigo Pachano Lajama. Tomadas de dicha fuente me sirven ahora para recomponer la historia de esos dos amantes singulares, a quienes linsonjeó una celebridad tan justa.
Pues bien, la aludida carta del 25 de junio muestra a una Clotildina. como la llamaba mi biografiado, con las congojas del abandono y de las dudas sobre la fidelidad de sentimientos en la conducta de aquél. Valgan a manera de pruebas unas cuantas expresiones, que las voy a reproduci cuidadosamente, sin ni siquiera variar la puntuación o poner los acenl(’N que faltan:
Te escribo desde la cama muy recostada sobre almohadones y sufriendo mutho dci pecho. Dos horas despues que tu le marchastes tuve que meterme en cama mamá mando por el medico que me recomendo reposo el mas grande y ayer pasé un dia muy malo con los muy impertinente y dolores agudisimos en el pecho. tengo para tres días porlo menos de cama si esque no se desarrolla alguna pulmonía que se teme.
Hoy son tres días, pienso en ti de continuo, almorzarás con tus amigos estarás distraído y yo sufriendo, esta es la vida - no tengo imaginación para nada que denote inteligencia pero en cambio te remito hoy mi retrato, en él verás que te estoy mirando. hesa su mano y todas las noches al acostarte y al levantarte dale ese mismo respeto en su sonrisa leeras mi amor de él oirás frases para Ii solo, y que sellarás para que no las oiga el viento.- Hoy espero carta tuya de Sn Sebastián, pero de Paris tardaré, en cambio tu tendrás mías tQdos los días.- Esta indisposición retarda mi viaje y este retardo

es mi muerte, pues me parece que en cuanto me vea fuera las puertas de Madrid, me pondré buena. (Aludía sin duda al regreso a su ciudad nativa, Barcelona).
Pon mi retrato en paraje que lo veas siempre.- 1.a dedicatoria es muy sencilla, uná y una Cenlazadas, nadie lo comprenderá y solo tu verás la idea. Adiós.- Clotildina.
Sensibilizada como nunca por las cuitas de su amor, le ha hablado a ese hombre habitualmente adusto, cargado de preocupaciones, y quizás con las rigideces ya del cincuentón, como si se hubiera tratado de un alma moceril, dispuesta a los suspiros y embelesos del primer enamoramiento. ¿Estaba trastornada la pobre Clotildina, o acaso el propio Montalvo se había inicialmente conducido como si le deslurnbrara y enajenara una belleza tan única, por primera vez conquistada y poseída? La pérdida de varias de las cartas, tanto de él como de ella, no me permite precisar bien estas reficxiones. Hay una del 5 de agosto del mismo 1883, que nuestro autor dirigió a su amada, y que contiene puntos que son realmente esclarecedores. Está fechada en Paris. En buena parte se interesa él en expresarle su sentimiento amoroso, aunque con sinceridad algo vacilante, pues lo hace en un acento que es más literario que sencillo yveraz. Le dice:
Anoche recibí una carla tuya, y esta mañana recibo otra con la muestra y prueba de tu dolor: de *cabeza,* dices; yo hubiera querido que fuese de corazón. Mira, Clotilde, si me falta una hebra de tus cabellos cuando te vea, me has de. parecer menos hermosa *y* ce he de querer menos. Cultiva esa mata de pelo que hubiera sido envidia de nuestra madre Eva, y no te lo saques así a puñados.- Muriéndome estoy de pena: conque de veras me amas, Esmeralda? Si en mi mano estuviera, oh, con cuánta alegría enjugara tus lágrimas y tabrara mi propia felicidad. Así, tan nido ha sido el gólpe que te he dado, mi adorada amiga? De rodillas quieres; pues & rodiflas amor sin golpes, sin dolores grandes, sin amarguras. sin desengaños, sin tropiezos, sin caídas, **sin esperanzas,**
sin desesperaciones, no se ha visto ... - -
Obsérvese esta línea final, en que le insinúa, tal vez con una muy consciente intención, que no se ha visto un amor “sin caídas, sin esperanzas, sin desesperaciones”. El sentido de estas palabras se va revelando en los párrafos que siguen. Esmeralda está ansiosa de reunírsele en Paris. El trata de disuadirla. Y hace referencia a algo que sólo saben los dos, y en cuyo hecho él confiesa haber perdido su control (acaso la aventura que yo describí imaginando sus detalles?): “Te empeñas en venir, qué imprudencia! y si vuelvo a perder el juicio? y site pasa mi locura? Cuidado, niña, cuidado”
En la última parte de esta misiva insiste en convencerla de no hacer su viaje. Entre las razones que él se guardaba para asumir tal actitud debía seguramente estar la de Augustine, con quien se había ayuntado ya bajo

un mismo techo. Por eso, a Esmeralda volvía a advertirle: “Si tanto deseas este viaje a París, no lo precipites a lo menos; pensémoslo, y cuando lo hayas resuelto, no quiero que me des una sorpresa: me dirás la hora de tu llegada para ir a tomarte en el ferrocarril”.
Y la evidencia del hecho de amor que vivieron en Madrid, la cópula verdaderamente consumada, creo yo que se encuentra en las siguientes reflexiones de Montalvo, contenidas en la misma carta:
Catalana, ven acá y dime, por qué trasiruccas y confundes las cosas y sus nombres? *Una perdida* es una mujer pública, que profesa el vicio; “perdida” puede ser por su amante la mujer más honesa y virtuosa del mundo. Eloísa se perdió, y no fue una perdida, ni Abelardo *un perverso,* como quieres que yo sea. Margarita se perdió. y no fue *ww perdida* sino la muchacha más pura e inocente de la tierra . Una mujer apasionada puede perderse en los brazos de su amante; no por eso será ‘una perdida’.
Por fin, la bella arpista desistió de buscarle en París. Pues que el acuerdo al que llegaron posteriormente los dos fue otro: nuestro escritor la visitaría en Barcelona. Antes ni de que corriera un medio año de su despedida madrileña. Pero, por desgracia, no para concretar nada de la unión legal ansiada por ella, sino más bien para darle un adiós acaso definitivo, en un aparente proyecto de retorno a América. Y hay constancia de que en efecto hizo ese viaje a tierras españolas. aunque no para desprenderse de Europa. El 3 de noviembre de 1883 mandó carta desde Paris a su servicial amigo quiteño Rafael Portilla, y en ella e expresó: “Me vuelvo a España: voy a hacer un viaje a Cataluña, Valencia y Andalucía”. Y poco más tarde, el 15 de diciembre, también desde la capital francesa, le informó al mismo Portilla: “A mi regreso de Cataluña, hace dos días Es decir, empleó aproximadamente un mes en ese recorrido. Clotildina, naturalmente, había estado segura del reencuentro de los dos. Por ello,el domingo 28 de octubre de aquel año, en una epístola a su “Adorado Montalvo”, le indicaba que no le enviará un ejemplar de *La ilustración de la Mujer* del 1° de noviembre, ya en pruebas, y que era precisamente de la edición a que yo me referí en este mismo capítulo, porque temía que se cruzaran “por el camino”. Debo mencionar también otro anteceuenle testimonial:
las palabras que le dirigió a Clotilde mi propio biogi ,tfijdc. .gostit It). y que son éstas: “Si un viaje mío a Barcelona no lo hahl. it ,‘nar tu familia como un compromiso de mi parte, iré a verte en ‘fi’ ‘- ic liii “jale **a América**
Lo de la salida a América, si siempre estuvo entre sus suellos tono el modo de salvarse de sus amarguras del destierro francés, en esta ocasion

parecía más bien un pretexto para poner fin a las relaciones con la joven artista, Porque para entonces las cosas se habían complicado, quizás debido a que ella se decidió a confiar, a su madre ya su hermana, noei secreto de la seducción misma, pero sí de su pasión mal correspondida. Y éstas esperaban ya que Montalvo, en gesto de *noble* lealtad, la requiriese en matrimonio, o que Clotilde se olvidara para siempre de ese amor sin futuro. En este punto la misiva última a que estoy aludiendo es bastante concluyente. A través de sus términos salen a luz las reacciones de ese grupo íntimo, y sobre todo la de nuestro escritor, que indudablemente se muestra evasiva, renuente a la formalización de las correspondientes obligaciones. Pero él estaba seguramente asistido de razones muy fuertes, aunque no se determinara a puntualizarlas de manera franca y cabal: el problema de la gran diferencia de edades; b condición suya de emigrado, bajo el vaivén de muchas incertidumbres; la falta de medios para fundar un hogar, pues que su dignidad y su orgullo, que no zozobraban ni entre las calamidades de la pobreza y el desamparo, le hacían rehusar cualquier posibilidad de ser sostenido por su compañera; el amancebamiento, finalmente, con Augustine Contoux, que él ocultaba con el más minucioso cuidado. Todo esto había, pues, y pesaba en su ánimo. Mas Montalvo esquivaba entrar en estos detalles, y prefería en cambio apoyar la solución del supuesto noviazgo de Clotilde con un tercero, según parece que ella le había hecho entender, acaso para avivarle el amor a través de los celos.
l'omaré unas pocas expresiones de este revelador documento montalvino: Esmeralda, amiga adorada, yo hubiera querido ser para ti el ave del paraíso, y *noei ave negra* que ha dicho tu hermana, Esa Pepita tiene un abominable buen juicio: qué cosas tan *sensatas* y tan mortales te ha dicho! No hay sino una sandez, grande como la Giralda, en sus reflexiones y sus consejos: *el olvido* no puede ser otra obra de un momento ni de un día... Bella eres; pero en ti, la mujer interior, es la más bella: tu alma transparente, tu corazón puro, sonoro; tu espíritu luminoso, tu genio vivaz valen tanto como tus perfecciones corporales, y acaso más. Si alguna mujer me hubiera he' cho vacilar en mi resolución de no casarme por segunda vez, hubieras sido tú. Tu madre se engaña, cuando piensa que te olvidaré por otra: en una leal soledad viviré adorando tu memoria... Si el novio que se le ha presentado merece tu estimación, cásate; a fuerza de estimarle, llegarás a quererle. Colocado yo en una buena posición,tu amor me venciera quizá; pero cómo has de dejar lo cierto por lo dudoso7 y si estás dispuesta a oír los consejos de la persona que más te quiere en el mundo, yo uniré los míos al de tu hermana Pepita y alde tu madre...
En un correo anterior Montalvo le había obsequiado con un par de guantes, comprados en París. Y después de la carta que he transcrito, hubo

otras que han desaparecido, y en las que probablemente se encendió de nuevo el interés amoroso de él. Por la de Clotilde que ya he citado, del 28 de octubre, se advierte que nuestro escritor la había reprendido, celándola.
Tú me reñiste —dice la joven— porque te hablaba de mis gatos, pájaros y mis monos, yahora por sencillas comidas en el campo en las cuales solo iba a fastidiarme y si tenia que escuchar a las invitaciones que continuamente tengo sería una cadena no interrumpida de diversiones, pero solo pienso en ti yen el momento feliz de verte, en lo
que te **diré** y **lo que ie preguntará así que no quiero ira ninguna parle para no distraerme de tu amor.**
Y en ese estado debieron de haberse mostrado sus relaciones cuando en noviembre se encontraron en Barcelona. Por lo mismo hay que suponer que, pese al ánimo vigilante y prevenido de la madre y la hermana de Clotilde, ésta volvió a los brazos de su amante. *Y* él, en esta vez, sintió con imperio más irresistible los poderosos atractivos de ella. Al extremo que le prometió un regreso casi inmediato. Que estuvo a punto de cumplirlo, a los pocos días de llegado a París, si no se interponía la suplicante actitud defensiva de la madre de la arpista. Efectivamente, la conturbada señora se apresuró a escribirle con el ruego de que desistiera de su propósito, e hizo que una amiga de confianza de todos ellos mandara con su sirviente la carta al correo, para que ni lo sospechara Clotilde. Montalvo debió de haberse reconocido tan impresionado por ese clamor materno, y tan convencido por las palabras recibidas, que adoptó la resolución automática de olvidarse de su amor. Y de callarse para siempre. No le importó ni siquiera su necesidad de escapar, en ese diciembre de 1883, a las crudezas de la estación invernal parisiense, que tanto temía, y que solían agravar su reumatismo y su predisposición a los resfríos. Se resignó pues a quedarse en donde estaba, atendido por el afecto rutinario de su conviviente.
Juzgo indispensable reproducir aquí dos fragmentos, de las cartas de la madre y de la amiga que medió en el envío de esta correspondecia. Este es el de la primera:
Mi buen amigo: Esta tarde ini Clotilde me consultó sobre queme parecia el que U. pasase el hinvierno en esta, y por sus palabras comprendi que U. encontrandose un poco delicado, deseaba abandonar París para un clima más templado.- Libre es U. de fijarse en donde le plazca, pero si los ruegos de una amiga, y si las suplicas de una madre hacen fuerza en su determinación de U., le ruego y le suplico no sea en Barcelona. La posición de mi hija es muy difieil estando en la misma ciudad, y no pudiendo U. fijar su posición es preferible estén lejos. Mi hija no tiene más dote que el nombre puro y limpio por sí creado y al ver cerca de ella a un hombre es muy delicado, y se

empañaría pronto ci cristal de st’ pureza. Además Clotilde le qn ere a U. y vive en
un e. fu nno st, b rc salt., u ciii n ti o le cerca.
El fragmento de la carta de la amiga de ellos, Rosa Milans de Dora, es éste. al remitirle la que para U. me incluyen, daré un pesara nuestra pobre Esmeralda”. “Siento saherle enfermo, aquí tenemos un tiempo precioso, un sol de primavera. Con la niña, desearía verle aquí pero su buen talento le *aconsejará* lo mejor...”.
La celebrada arpista terminó casándose, bastante después, con un capitalista brasileño. Siguió recorriendo el mundo. Por fin se retiró a una finca que poseía en Santa Cruz de Tenerife, en las Islas Canarias, en donde murió en 1925, a los sesenta y tres años. Es decir, le sobrevivió a Montalvo durante más de tres décadas.
Y si la relación de éste con Augustine se salvó de ser vulnerada en esta ocasión, también ocurrió lo mismo algo después, tras el asedio sentimental de otra mujer: la escritora española que ya he mencionado, Emilia Pardo Bazán. Pero su caso fue completamente distinto. Porque jamás tras- pasó la barrera de una amistad a distancia, sin señas siquiera de *ninguna* intimidad. De manera que si me animo a recordarlo dentro del tema amoroso de este capítulo, es por la reiterada intención de un acercamiento mayor que descubren algunas de las cartas que le dirigió la escritora; e igualmente por los manifiestos deseos de sus encuentros con Montalvo. Casi nada significaría esto si no fuera por algunos antecedentes personales de ella, a que rápidamente quiero aludir, y que tienen que ver con sus problemas hogareños y con cierta disposición a las vehemencias del goce sensual. Insisto por cierto en aclarar que la unión de los dos no conoció sino la exclusiva deleitación de almas que se aproximaron en una pura atmósfera intelectual, a través de una correspondencia epistolar de año y medio de duración. Faltó la aventura del enlace carnal, no propiamente por imposible, sino porque la eludió nuestro autor, adoptando una posición notoriamente circunspecta, de formalidad y cortesía.
Emilia Pardo Bazán había nacido en La Coruña, España, en 1851. A la fecha de la iniciación de la amistad con Juan Montalvo —esto es en 1886— ella estaba próxima a los treinta y cinco años de edad, mientras que él había completado ya los cincuenta y tres. Ambos disfrutaban de una celebridad creciente. La ilustre gallega iba levantando por todas partes de su país un revuelo de comentarios, al estímulo de sus novelas, conferencias, artículos periodísticos, declaraciones ygiras laboriosas. Escribía tam

bién poesía y daba pruebas de un fino talento de traductora en verso. Porque dominaba el alemán, el inglés, el francés, el griego y el latín. En la sustentación de su cultura habían tenido parte la filosofía (con lecturas de Leihnitz, Descartes, Voltaire, Espinosa, Hegel y Schopenhauer) y las matemáticas y ciencias naturales. Las letras clásicas y modernas habían fortalecidoydepurado su vocación. En cuanto asu presencia personal, secaracterizaba por la desenvoltura y un aire de natura! altivez, que le abrían fácil camino en sus empeños. Vn cronista del diario madrileño *LI Globo* acertó a describirla por aquella época con trazos muy gráficos, que nos permiten vivificarla con nuestra imaginación yrepresentárnosla tal cual era: el santo ejercicio de la maternidad le ha robado parte de su esbeltez primitiva, dándole, en cambio, merced a lo aventajado de la estatura, un gracioso y natural señorío, que recuerda al punto los retratos de duquesas y dogaresas pintadas por Van Diek y Moro. Tiene los ojos y el cabello negros, algo alborotado éste, aquellos apacibles y amorosos, bien que con un punto de malignidad, originada tal vez por la contracción palpebral aneja a la miopía. La nariz es movible y aguileña, delatora a un tiempo de la pasión y de la raza.

Vivía en una residencia aristocrática de La Coruña. Pero se retiraba periódicamente a la granja que poseía en Meirás, especialmente a la vuelta de sus viajes por el resto de Europa. En ambos lugares era buscada con frecuencia por críticos y editores.

El cronista se refiere a la pérdida de la esbeltez de doña Emilia, por “el santo ejercicio de la maternidad”. Y, en efecto, las fotografías nos la descubren un tanto gorda y con el pecho prominente. Había engendrado tres hijos, a los que profesó siempre gran cariño. Su matrimonio, no obstante, sedesbarató después de una paz que prometía serduradera. Ocurrió ello en los años de mayor afirmación de su carrera literaria. ***Y*** quizás hay antecedentes que lo explican. Sus padres la habían llevado a un noviazgo precoz y a una boda temprana. Su marido era un joven —José Quiroga y Pérez— de corte aristocrático, inclinado a la música, suave, taciturno, y extremadamente dócil, por desgracia, a la opinión de los demás. Esto último fue lo que desordenó su apacible temperamento, precisamente en los momentos en que una crítica conservadora arremetía contra el valiente desenfado *naturalista* de las novelas de su mujer, y en que ésta, con valor e inteligencia, defendía la corriente de dicho nombre, y a su fundador y maestro—Emilio Zola— en artículos que se publicaron en el periódico *La época*, de Madrid, bajo la denominación genérica de “La cuestión palpitante”. Aquel escándalo de origen intelectual fue alcanzando trastornos

de orden íntimo en su casa, y al fin el impresionable José Ouiroga se sintió como un esposo vejado. Discutió con su compañera. porfiadamente. Has— la lerminar en una separación definitiva. Sin duda estimulada por tal experiencia ella escribió: "el cariño de los cónyuges propende a caducar si no lo fortifican inmensas afinidades espirituales y una amistad poderosa y consciente". Pues bien, quién sabe si no fueron esas afinidades y ese tipo de amistad los que creyó encontrar en nuestro Montalvo, cuyo acercamicnto buscó sin dubitaciones. He de recordar que la relación entre los dos comenzó con unas líneas en que ella le expresaba la alegría de ver en él "más al filósofo cristiano que al sectario intransigente", criterio que nunca lo modificó. Nuestro autor, por su parte, le respondió el 2 de julio de 1886, con una carta brevisinia, en que le afirmaba:

Señora: Remito a Ud. un libro mio con la dedicatoria que Ud. deseaba, según me ha dicho nuestro amigo García Ramón. Mucho conozco a Ud. en sus obras, y la vida de San Francisco la llevo de tresvuellas, Pero no me he atrevido a enviar a Ud. mis obritas anteriores por temor de que no scan bien acogidas... -Me ha hecho Ud. un insigne favor con manifestarme el deseo de poseer algunas de mis obras con mi firma: va *El espectador,* que es la última y la más inocentc,si la consideramos en su aspeclo religioso. Por delicadeza me he abstenido de enviar a Ud. los *Siete tratados,* en donde me muestro algo duro con el clero. y Ud. es lan ferviente calólicaL- Los libros de Ud. me embelesan: todo admiro en ellos, y más que todo los nobles y puros sentimientos de su ánimo.- Acepte Ud., señora, las expresiones de respeto con que mc pongo a los pies de Ud.

Significativa venia a ser esta iniciación de uno de los más hermosos diálogos epistolares de la centuria anterior, en lengua castellana. Montalvo no se carteó con ninguna otra mujer con tanta satisfacción ni con tan cautivador despliegue de originalidad y talento. Se ve que las dós personalidades se atraían en un plano imponderable para esa relación imperecedera. Ambos poseían orientaciones estéticas muy definidas. Abundante cultura. Familiaridad con la producción de los principales autores de Europa. Fecunda curiosidad hacia todo lo que iba apareciendo en la literatura de su tiempo. Conexiones con revistas y periódicos de trascendencia en el mundo hispánico. Amigos comunes. Y un amor, rico de lucidez y de fe, por las excelencias de la lengua castellana. Se intercambiaban sus libros. Se leían mutuamente con avidez, para emitir juicios honrados, el uno sobre el otro. Pero esos juicios, que eran de admiración sincera, contribuían a acercarlos en una real y recíproca comprensión. Sin la pervertida práctica

iiO *M,,,rsliucn* .'nrpioohi'i''. Ib,,!. p.Ig *J56*

del toma y daca, o del bombo mutuo, que a los dos les repugnaba, aun públicamente se confesaban esa elevada estima literaria. Montalvo veía en Emilia Pardo Bazán a una de las mayores creadoras de España. Esta veía en aquél a uno de los más extraordinarios prosistas de la lengua castellana. Desde luego, no coincidían en varios aspectos de importancia. Así, en algunas ideas sobre religión. En la valoración de determinados escritores. Pero particularmente en la posición frente a la escuela del naturalismo. Ello se dejó advertir más de una vez, hasta que en forma terminante legó a puntualizarlo la novelista española en una carta admirable, dirigida a Montalvo a través de las columnas de la *Revista de España.* Pronto haré una indicación concreta del contenido de dicha epístola.

Y bien, lo cierto es que esa larga relación escrita fue dejando el sentimiento de una amistad cordial, que doña Emilia la hubiera deseado de otro carácter más íntimo, mientras que nuestro escritor la prefería en el plano de una respetuosa cortesía. Ella no únicamente le incitaba a una correspondencia constante, sino que le invitaba a verla en todas las oportunidades de sus viajes a París. El diplomático y periodista costarricense Manuel M. Peralta fue testigo de uno de esos encuentros, pues que la Pardo Bazán le convidó a comer con ella y Montalvo en un hotel de la calle Daunou que ya ha desaparecido. Ese lugar era entonces frecuentado por muchos españoles. Admirador ferviente de ambos, Peralta conservó, indeleble, la imagen de aquel hecho:

La conversación —ha dicho— de doña Emilia y de Juan Montalvo debía ser, como fue en etecto, de lo más interesante. Doña Emilia se rescrvó la parte más brillante, pero ni el-uno ni la otra dieron pruebas del menor pedantismo.- Montalvo estuvo simple y arcaico como su estilo; a la vez rebuscado y modesto, apenas se podía creer que él pudiera vibrar con una elocuencia tan vehemente, como en sus *Catilinaricis,* contra la tiranía.

Ello fue en 1886, con la amistad todavía reciente. En esos mismos días doña Emilia le mandó desde su hotel una breve carta, en la que le confesó:

Ahora que le conozco a Ud. siento, contra su dictamen, el aplazamiento que sin razón ni causa, quizás por pereza, hubo en nuestro trato - le diré que mal que le pese al Obispo de Quito (recordaba a Ordóñez, el de la pastoral contra los *Siete tratados),* es Ud. de las personas más cabales, inteligentes y simpáticas queme ha deparado la suerte conocer, y como sólo me faltan cuarenta y ocho horas para echar a correr camino de España, bien puedo sin ofensa de su modestia ni de mi formalidad, dirigirle este madrigal.- Ahí van la izquierda y la diestra: ésta para el gran escritor, aquélla pata el amigo.

La intensidad de su afecto y la impaciencia por una mayor intimidad se dejaron notar en nuevas manifestacioncs escritas y personales. que fueron surgiendo en seguida, y que, por lo sinceras, persistieron durante largos meses. Varias veces se los vio sentados a a misma mesa, en aquella estada de doña Emilia en París, en ¡886. 1-a iniciativa era por cierto suya.
No diga Ud. —le maniteslaha en nito esquela prccisanlc sic de entonces— que es apetito desordenado de comunicación con tan insigne escritor. Es prccaucióTl oportuna que adopto, rogando a Ud. no se comprometo itira ci sábado, pues resucita a marchar irremisiblemente el domingo. qtosicra que el oluriso dio de estancia en Paris contiésemos juntos aquí en el hotel.- No nos tralarán como en el café Riche, pero estamos en cuaresma: haga peniteneia, hermano... ,- Anoche releí la *Mercurio!,* con más (leleitc que la primera vez- Y por cierto que se me ocurrió una observación: ya se la diré a Ud. de palabra. Pero, qué prosa’
A fines de ese mismo año de 1886, y ya desde España, sintiendo, según ella, una melancolía que contrastaba con su acostumbrada alegría, le hablaba de la satisfacción íntima de su relación, y ‘crea Ud. —le aclaraha— que acaso crece con ella mi afecto, más sincero y hondo de lo que Ud. se puede imaginar, y aun de lo que permitiría razonablemente la duración de nuestra amistad, nacida ayer”. Y al despedirse le advertía, en signo revelador de su disposición sentimental: “recuerde Ud. que me ha prometido ir a casa del fotógrafo”. Por fin, debo precisar que en esa misma carta le anunciaba el envío de “la última novela de Galdós, puesta ayer a la venta”. Anoto este detalle porque no demoró en irrumpir en las vidas de ella y de Pérez Galdós una pasión erótica, que la satisfacían desenfrenadamente en citas clandestinas en un barrio de Madrid. Pero en 1887 no sólo que todavía demostraba el mantenimiento fiel de sus reacciones íntimas hacia Montalvo, sino que, ya en forma totalmente franca, le invitaba a corresponderle en un tipo de aproximación más verdadera y profunda:
A medida que los días pasan, por un procedimiento semejante al del clavo que se hinea más, creo que se arraiga en mi alma el afecto despertado en la breve temporada parisiense, Y no es ilusión causada por el sentimentalismo de la ausencia. No, Es algo sereno y firme que no necesita sino hallar apoyo y reciprocidad para tomar carácter definitivo.
El tono con que respondia mi biografiado a esas cartas era siempre el de una mesurada cordialidad. Encabezaba sus contestaciones con el invariable tratamiento de “Amiga y Señora”. Y no pasaba de expresarle:
“Suelo ser algo esquivo con la sociedad humana; pero cuando mi buena tortuna me depara encuentros como el de ahora, alabo a Dios”. Con todo,

se decidió a enviarle la fotografía que ella le había hecho prometer. en la que se observaban sin duda los efectos de algún retoque, quién sabe si por deseo de él mismo o por el acostumbrado esmero del fotógrafo. La Pardo Bazán halló en eso pretexto para confesarle su sentimiento respecto a la fisonomia natural y viva de él, que en más de una ocasión sintió tan cerca de sí. Estas fueron sus palabras:

Su fotogra fía de Ud. no pudo venir más a tic mpo: y sin embargo. Yo lo acuso de ate - nut,r **muchísimo** el carácter de la cabeza inteligente y amiga que siempre veo. No crea Ud. que gana un hombre 1 **¡U áx** i me si es more rio) con que la fotografía le saavice los rasgos y le pola y arregle el culis. Al menos para mt gusto- lodos estos ci rcun logo os - paran en que Ud - nie agrada nOs que el retrato, **y que ese otro que** ha de hacer lid para míexpresamente no se quede en proyecto!

Aludía a que la fotografía había llegado a sus manos muy a tiempo porque ansiaba sentir la compañía de nuestro escritor precisamente en esos días, en los que iba a sustentar una serie de conferencias sobre el naturalismo en el ya famoso Ateneo de Madrid. Para ella venía a ser este compromiso una prueba de fuego, y creía que la presencia de un hombre a quien quería .y en cuyos juicios había hallado tanta solidaridad admirativa. le hubiera resultado fortalecedora. El 13 de abril de 1887 debía ofrecer la primera de esas disertaciones. Exactamente, pues, en la fecha natal de Montalvo: esto es, cuando él había de cumplir sus cincuenta y cinco años de edad. “Cuánto me alegraría —le aseguraba— de que Ud. pudiera asomarse, porarle fantástico, al salón del Ateneoaquella noche Sé que leeria mejor, y con más fuego y realee”. La verdad fue que conmovió el ambiente cultural de la capital de España, y su pluma brilló entonces con .un efecto de mayor fascinación. “Estoy —le contaba después a su amigo— abrumada de visitas de comité, de gentes de todas partes”. “No ha habido en el Ateneo nunca lánta gente”.

Mi biografiado la aplaudía también, y renovaba sus alabanzas. Pero seguíalralándolaen su correspondencia de “AmigaySeñora”. Y. porcierto, se mantenía asimismo en sus trece respecto del naturalismo. Porque él amaba la literatura romántica, sentimental e idealizadora. En muchos casos, además, moralizadora y cristiana. Razones de la formación recibida en la almósfera tradicionalista y provinciana de su país; de la seducción poderosa que en su generación ejercieron los semidioses del romanticismo europeo; de sus contactos y lecturas en su primer viaje a Francia; (le los afanes de ética en el comportamiento y en las expresiones literarias que.

según persuasión propia, había asimilado, y, en fin, de la certeza de una Consonancia fiel entre sus gustos y la producción que leía, le volvieron no sólo indiferente, sino adversario de las corrientes nuevas de la poesía y la narración de Europa. Conviene que se advierta que tampoco en política fue más allá (le su pensamiento liberal, que coincidía con el credo estético de la escuela romántica. Escribió, así, con sobresalto de los avances del socialismo, cuyas manifestaciones públicas tuvo oportunidad de ver en las calles de París.
En el asunto específico del naturalismo y de sus figuras prominentes se hallaba en disparidad absoluta con Emilia Pardo Bazán. a quien le prevenía de que jamás llegaría a convencerle del valor de sus preferencias. Esta era indudablemente, a pesar de sus prácticas de buena católica, más atrevida que él en la adopción de los cambios de la literatura de esos años, y más audaz que él —-como consciente discípula naturalista—en la descripción de las escenas amorosas. Recuérdese que Montalvo, al leer la novela que aquella tituló "Los Pazos de Ulloa" (pazo es la denominación que se da a las casas solariegas de Galicia), le hizo esta sugerencia:
Cuando haga la segunda edición en su linda novela de los Pazos, deje, si le gusta, que Sahel salga despeinada y restregándose los ojos del cuarto de su amo; pero en laescena del baño será mejor que la chiquita no le abra los muslos al bellaquino de Perucho. Por aquí puede Ud. ver liasia dónde soy yo naturalista, y cuán excusado es predicarme, como I.3d lo ha hecho, el naioralismo a lo Flauhert y a lo Zola.
Nopodíaserle más explícito. Sin embargo, en una estanciaparisiense de doña Emilia, aceptó acompañarla a la representación, en el Teatro de las Naciones, de una adpatación dramática de la novela *El vientre de París*, "de su amigo Zola". Y, como había que preverlo, eso le movió a escribir sobre esa pieza en términos de profunda abominación, que aparecieron a mediados de junio de 1887 en el Libro Segundo desu última obra: *Elespecrodo*,-. El tema le sirvió, desde luego, para referirse también a otra representación a la que fueron juntos: la de *Los misterios de París*, de Eugenio Suc en el "Ambigú Cómico". E igualmente para condenar lo que él encontró de naluralista en un cuadro de esa escenificación: el de "las mujeres que dan callandito sus puñaladas por la espalda, y' van muy frescas dejando allí al difunto'. Pero especialmente le pror o eionó la ocasión de subrayar su juicio de total repugnancia sobre la iiovela *Madame Bovary*, de Flaubert, cuya protagonista rinde "homenaje al vicio en el zaguán de su casa", ''cae infamemente en el camino al pie de un árbol, a mediodía". ''glorifica

a cada instan te el ad ul te rl o con ti cia nueva corona'. Y en lo que tocaba a laadaptacion teatral de lacreación zolesca. sentóesle testimonio:
Otra noche. Le Vv'eure de Paris, d ni'na de ¡3 tisna ch y Zol 1 en e leal ro de las Naciones - Qué cuadros! El mercado, les Desojes el,' la !luti,' con Sus vestidos, Sus modales. su jerigonza lodo a tu nos,, rol, Si)g;is de carne, si rl ,is de pese; t di) he dion do - 11101110 flCS de coles podridas, a lo natural, y los personajes, coIl sus palabras, sus modos naturales y reales, yendo y vio ende en soda muchedumbre, gritando, peleando, dándose de porradas y hartándose de soeces inj tirias, todo tan natural, que el naco ral Ismo 1 rl unfaha en toda la línea, Doña Emilia Pardo callada, callada. De cuando en cuando bacía un gesto (le mujer culta y- pulcr;u ('';ivus el telón: .;Oué le pa rece'? le pregunl& No me gusta, respondió
"Hasta el título es indecente: La barriga de París", añadió Montalvo. Las divergencias de criterio no se las callaban. Ambos eran sinceros
en sus expresiones de carácter literario, filosófico o religioso. Hasta hubo ocasión en que con suave ironía la novelista le llamó la atención sobre una muy visible falta ortográfica cometida por nuestro ensayista, yen que fue contestada con el mismo tono por imperfecciones en que ella también había incurrido, Pero, tras las [rases de desahogo contra el naturalismo que aparecieron,como ya he acabado de decirlo, en El espectador, Emilia Pardo Bazán se sintió fuertemente tentada a dirigirle una carta, asimismo pública, que formó parte del número 462, de iulio y agosto de 1887, de la Revista de España. Se la puede leer bajo el título de Literatura y otras Iticrbas. Carta a/Señor Don Juan Montalvo, de la indicada publicación madrileña, Mees por cierto necesario advertirque los montalvistas habían perdido la pista de tales páginas. Roberto Agramonte recomendaba buscarlas, Y mía ha sido la fortuna de dar con ellas, La firmeza de los juicios de su autora, antagónicos de los de Montalvo, es tan plena e inteligente, que conduce a reflexionar en la validez de los reparos que le formuló a éste, yen la atrevida modernidad del pensamiento estético de doña Emilia, He de aclarar, desde luego, que son en el mismo grado terminantes sus expresiones de total admiración por los atributos formales de la prosa montalvina. No sin insinuar la conveniencia de que se conozca de manera cabal este trabajo, aquí únicamente debo recoger, de un punto y de otro, algunas de sus [rases más significativas. Que son las que siguen:
En los escritos de Ud. la form a es la pulpa, carne y zumo dulce la doct ri n;i, a menudo, el hueso; ya sabe usted que yo no lo puedo tragar - y añade Ud.: Sí, sí, ésa es la verdad; tui atino ,'stcí lícita cje' Dios, cíe mml e) realidad, de ç'h' iva 'tc'rtia, de u -oclieia.ç u rifi 'titas. ¡ -a mart ere, (Útil o lov ¿tutu tures han di51, u P510 a rregla,to las rasos ilel jito
es ¡o q ve eta eal,c' e, ni i p,'n.ça,,i ¡en lo ni en tui ro pi rieti, io - Y a un por es,, las quiere

usted arreglar a su modo... - A It, que he podido rastrear leyendo despacio sus libros de usted el claro autor de los Siete tratados se halla aferradisimo a la mayor parte de las máximas y principios del Cristianismo, y más fácil le seria volve rse fraile con capucha que negador a la mane tUI (le St rausss o materialista a lo ltuchnc r - (ree y con fiesa la divinidad de Cristo, es acérrimo partidario y severo defensor de la moral católica, ni, le (lan peor trato que llamarle impio y sólo tropieza en tin espíritu (le insuhordina— eión que le inspira lo que se llama clerofobia o afán de comer carne de euro, mal de que por acá ya están muy aliviados los incrédulos de primera tijera... -- A ustedes, los ilustres herejes, los de las codicias infinitas y los ensueños de inmortalidad, huérfanos de fe en la revelación, les pasa lo que al amputado de las piernas, que no tienen miembros para andar y sí para que les duelan
En lo que respecta a las adaptaciones teatrales de las novelas de Suc y de Zola. que vieron juntos en París, le expresa su coincidencia de parecer sobre la mala calidad de tales adaptaciones, pero le aclara que discrepa con lo que él dice de las obras originales. Y trata, por otra parte, de demostrasle cómo está errado en su desdén de Madame Bovary y en su admiración desbordada por las creaciones de Víctor Hugo. Tocante a lo primero, o sea al juicio sobre Madame Bovary, le asegura:
Esa novela. créame usted, es la desesperación de las gentes del oficio, por lo ahincado de la observación, lo cortante de la sátira, lo irrefutable de los pormenores, lo sobrio de los adornos (cómo puede usted acusar de prolijo al genio de la buena distribución, de la proporción exacta, a Flauhert!), por la tersura y bizarría del estilo, y hasta (iPero cuánto me pesa que usted no lo note!) por ¡amoralidad delfondo... . - ?No ha de soliviantar al artista ver que.a una novelaza, una señora novela, una joya, Madame Bocary, se le roen los zancajos por si trata o no trata de adulterios?
Yen lo que concierne a lo segundo, o sea al tema huguesco, afirma:
“Yo, por ejemplo, regateo y taso la gloria a Víctor Hugo, ése a quien usted ve con la frente coronada de rayos y perdida en las nubes “... me parece a menudo ampuloso, declamador, palabrero, vacío de doctrina y tocado de vaga y hueca sensibilidad Por fin, llega a concluir que con Montalvo, que gusta de preferir a los escritores “que anteponen el concepto ético al artístico”, no resulta ella correligionaria “ni en estética”. Pues que únicamente se muestran “acordes, unánimes, indiscrepables en cosa de grandísima entidad”: la devoción y el culto del habla castellana. Pero entonces sí confiesa, admirativamente, que nuestro prosador quiere a ésta “con cariño fecundo, generador de páginas que algunas no envidian nada a las mejores que se han escrito en ella”.
Esta extensa epístola de Emilia Pardo Bazán hizo mella en la sensibilidad de mi biografiado. A los pocos días de haberla recibido, mediante el envio de la Revisla de España, no se resistió a quejarse en una carta din-

gida a Julio Calcaño de la mala ocasión con que “la señora” le había arrojado obscrvaciones sobre la fc, “porque maldita la cosa que hay de religión ni de *clerofobia* en *El espectador”*. No le dijo nada, en cambio, de las discrepancias literarias, que quizás le hirieron con la misma intensidad. Pero ante su brillante interlocutora prefirió disimular el desagrado. Lo que no pudo evitar fue el poco ánimo para seguir en su correspondencia epistolar. A exigencias de ella le mandó unas tres cartas más, que se han perdido, porque Montalvo no quiso conservar sus copias. Yo he intentado encontrarlas, **aunque inútilmente, pues quc llegué a saber en España que el** archivo intimo de Emilia Fardo Bazán fue incinerado por sus propios hijos, para impedir tal vez que se divulgaran confidencias de cierto orden amoroso, con otros personajes. La gran escritora adivinó desde luego el resentimiento de mi biografiado, pues que llegó a expresarle: “Usted me ha borrado ya del libro grande, amigo mío ... Lo advierto y creo que procede de un mal artículo; pero no crei jamás que los afectos del alma cediesen ante la diversidad de criterio literario, político o religioso. Con dolor veo que es así

Y todo terminó entre los dos en el mes de noviembre de 1887.

Juan Montalvo rondaba ya, sin presentirlo, el exiguo territorio de su último año de existencia. Que habría de aislarlo en el ámbito triste de su morada de la calle Cardinet, bajo la rutinaria asistencia de Augustine. La novelista española disfrutaba, en cambio, de la euforia de una madurez que todavía estaba en sus comienzos. Y su robustez y sensualidad no le permitían sofocar la voz imperativa de su necesidad de amor. Que Montalvo fingió no comprender. De manera que pronto, en ese mismo 1887, se lanzó a una desbordante aventura erótica con otra figura célebre de las letras de entonces: el extraordinario creador de novelas Benito Pérez Galdós. Más de un bienio abarcó esa relación, que la mantuvieron en oscura reserva. Se juntaban, en efecto, a escondidas, en un sitio del viejo Madrid: precisamente en el dédalo de calles estrechas de más allá de la Puerta del Sol. Lo hacían con la frecuencia con que la Pardo Bazán iba por esta ciudad. Y cuando se hallaban lejos el uno del otro, menudeaba su correspondencia, dirigida naturalmente con las mayores precauciones. Su estilo era distinto al que hice observar en la relación con Montalvo. Porque en estotra rebosaban el buen humor, el espíritu ingenioso y las demostraciones de una confianza que, sólo por la intimidad, no se parecía al irrespeto mutuo. A este tipo de comunicación debió de haberla inducido Galdós.

II conservó las cartas de la escritora, cuyo contenido descubre la pasión con que practicaban ci amor. Valgan dos o tres citas, ya que de pasada me lic puesto a tocar este punto.

Es que —le dice por ahí doña Emilia a Galdós— estimo en ti lo que sólo en ti se en. cuentra, sin dejar de saborear lo otro, que es mejor por ser tuyo,- En cuanto yo te coja, no queda rastro del gran hombre.- Quieres que te digalaverdad? Siempre me he reprimido algo contigo por miedo a causarte daño físico; a alterar tu querida salud. Siempre te he mirado (no te rías ni me pegues) como los maridos robustos a las mujeres delicaditas - rabio también por echarte encima la vista y los brazos y el cuerpo todo. Te aplastaré. Después hablaremos tan dulcemente de literatura y de Academia y de tonterías.

Entiendo, desde luego, que las líneas transcritas vienen a ser útiles para apreciar también el carácter diferente de las relaciones que se produjeron entre la Pardo Bazán y Montalvo. Y por lo mismo para reconocer el fundamento de lo que sobre ellas he explicado. Pero habrá que suponer que ni aun en el caso, que jamás llegó. de un contacto carnal, mi biografiado hubiera permitido a su compañera ese desenfado epistolar, ni tampoco los excesos de lo erótico a que ella se declaraba tan dispuesta. Ya lo he dicho antes, contra las referencias antojadizas de ciertos autores: Montalvo supo conducirse como un hombre de vida sexual moderada. Concedía razón al famoso médico que había asegurado que “una gota de simiente humana vale por una onza de sangre”. Y estaba radicalmente convencido de que “el derroche de esta sustancia material acaba por destruir la inteligencia”. Además, ya para entonces, con toda su carga de incertidumbres y desabrimientos, ese exiliado cincuentón, pertinaz vagabundo de soledades, se iba acercando a la última y definitiva de ellas: la soledad de la muerte en una patria que ni siquiera era la stiya.

CAPITULO XXII

Grandeza última y apoteosis

Interminable se le hacía el destierro a nuestro escritor. Estaba hastiado de ese ambiente extraño. Todo es dolorosamente extraño en un país que no nos pertenece. Pocas palabras tienen por eso un sentido más exacto que la de *extrañanjiento,* cuando se le aplica a la pena de los desterrados. Ya indiqué en capítulos anteriores la suerte de circunstancias que le hostigaba en su vida de París. Recuérdese especialmente, para no hacer un recuento de ellas, cómo renegaba de las condiciones del clima, desde su primer viaje, y cómo éste en efecto le dejó para siempre los estragos de un agudo reumatismo. En páginas de sus libros yen desahogos íntimos de unas cuantas cartas echaba de menos las bondades climáticas de nuestras sierras. Pero pasaba el tiempo y se multiplicaban las razones de su nostalgia. “Vivo deseo tengo de ir a pasar un año o dos en Ambato”, confesó alguna vez, aunque en verdad quería volver a estos lados de manera indefinida. Hasta se desesperaba por ello, y no se resistía a hacer saber a su gente de confianza que carecía del dinero para embarcarse. Adriano Montalvo se había adelantado, por inspiración propia, a pedir permiso a las autoridades ecuatorianas para el regreso de su tío. Este ciertamente desaprobó esa iniciativa, no obstante su afán de la vuelta. Pues que no se hallaba expiando ningún delito, ni responsabilidades políticas de ninguna índole. Para cualquier improbable dificultad oficial sabía Montalvo que contaba con el influjo del cónsul de nuestro país en Francia “Don Clemente escribirá no sólo a Quito, sino también a Guayaquil”, advertía a Adriano para que depusiese sus gestiones. Y, eso sí, no le ocultaba el fondo de sus desazones de proscrito El 9 de agosto de 1887 le decía, en efecto: “El año de destierro que tú sufriste

debe darte la medida de lo que yo, con mis ocho años de ausencia, siento en mi corazón por esos paises y esos lugares queridos. ¿Si los volveré a ver?"
Aun en el rumbo de su éxitos literarios ci recuerdo del Ecuador estaba presente. Enviaba a sus (amillares y amigos las publicaciones europeas en que aparecían juicios laudatorios de sus *libros*, solicitándoles que los reprodujeran en periódicos de Quito, y hasta en "hojas volantes bien impresas": estas últimas destinadas a circularen Ambato yen ¡piales.
¿Qué mejor cosa que tornar a la patria con el halo de una celebridad honradamente alcanzada, y con una suma de obras de estilo tan propio y magistral? Seguramente se atrevía a suponer que después de un tiempo tan largo sus enemigos habían renunciado ya a la fiereza contumaz de sus enconos, envidias y despechos. Y que la elocuencia de la crítica extranjera, vertida de inteligencias españolas e hispanoamericanas, había acaso confundido ya, y para siempre, a sus viejos detractores nacionales. Tal vez —gran desgracia— ello era imposible. Si, sin duda lo era. Mas de cualquier modo había comenzado Montalvo a obstinarse en huir de la capital francesa, como quien huye de un mal que se acerca, grave e irremediable. Se sentía de veras cansado, y le entristecía la idea de que la existencia se le iba ya desmoronando con mayor prisa en ese suelo ajeno, que él sinceramente no amaba. Se forjaba pues planes para no enfrentarse a otro invierno —el del 88— en el mismo lugar. Parecía que su instinto veía perfilarse, en el aire frío de la estación que se aproximaba, la embestida de una amenaza mortal. Aventuraba por eso en sus cartas algunas frases en las que se quedaba temblando el acento de una premonición de ese carácter. *Y* por desgracia no estaba equivocado.
Los planes del retomo en este último retazo de su historia fueron pues fracasando. Debió así seguir uncido a aquella dudad extranjera, que pronto descargó sobre su naturaleza sensible las molestias del invierno que temía. Se mostraba para entonces algo más enjuto. Tenfa ligeramente encanecidas las sienes. 1-le de recordar que ha quedado una imagen de ¿1 de esos precisos días, delineada por el autor ecuatoriano Víctor Manuel Rendón. Juzgo útil recoger de ahí los trazos que siguen:
Una tarde del invierno de 1888 me dirigí hacia el domicilio de mi excelente amigo —nunca olvidado—doctor Agustín L. Yerovi, quien temporalmente se hallaba en París. Aunque él era de más edad, congeniábamos. Encontré a mi distinguido compatriota en conversación con un paisano alto y delgado, que usaba bigote poco tupido en un semblante simpático aunque algo grave y cuyos ojos negros brillaban bajo ancha frente coronada por abundante cabellera ensortijada. Me era desconocido. Le vi sentado

en cómodo sillón cerca de la chimenea, cuyas llamas iluminábanle el rostro moreno. Sc irguió y el Dr. Yerovi, presentándonos, me dijo: —Don Juan Montalvo. Viva impresión, gratisima, experimente al estrechar la mano del renombrado escritor nacional, de quien hasta entonces solamente había leído las

Habrá que suponer que desde la fecha de ese encuentro apenas si pasó algo más de un par de meses cuando ya a Montalvo le sobrevino el quebrantamiento de salud que le precipitó en su agonía. Si las cartas que dirigió al Ecuador el 22 y el 31 de agosto de 1888, destinadas respectivamente a su hermano Francisco Javier ya su amigo Federico Malo, guardaran la debida precisión, se podría ver que la funesta enfermedad comenzó a aquejarle a fines de febrero. Pues que a su "querido Pancho" le aseguró con toda concreción: "Después de seis meses de grandes padecimientos todavía estoy en manos de médico. Durante este largo período de dolor, ni Dios, ni los hombres me han faltado". Ya Malo, igualmente, en epístola que redactó en francés para ir dictándosela con mayor facilidad a su compañera Augustine, le expresó: "Después de seis meses de sufrimiento, hoy mismo todavía tengo necesidad de una mano amiga para contestar a Lid. Lo cual le probará que no me hallo aún bien". Pero hago notar que hay una carta del 7 de marzo, que mi biografiado envió a su sobrina Lucila Montalvo, en la cual se le advierte todavía en posesión de su salud. Y también unas frases del testigo de sus últimos padecimientos físicos —Agustín L. Yerovi—, que aluden a que éstos se le presentaron en la primavera del 88. De modo que, con otros detalles de que he logrado disponer, bien será que sitúe la circunstancia que ocasionó su mal entre el 8 y el 10 de mano de 1888. Esto es, en la semana anterior a la aparición del tercer volumen de su última obra, *El espectador*, cuyas pruebas finales alcanzó a corregir.

Eso ocurrió probablemente del siguiente modo: Juan Montalvo había dejado su morada de la calle Cardinet para eneaminarse a la imprenta de Ferrer. El sol matinal de una primavera naciente, y todavía indecisa, entibiaba engañosamente la atmósfera. Inútil le había parecido ponerse abrigo ni ir cargando su paraguas. Le hubieran incomodado en un trayecto apreciablemente largo, en que tenía que moverse en "Juan patas", como graciosamente solía decirse a si mismo. Por fin llegó a la casa editora y, como siempre que se trataba de las obligaciones de sus libros, para él primordiales, se encerró a trabajar olvidado de todo. Revisaba línea por lítt9

Revista *Casa deMontal,?o.* **(Ambato), números', Uy 3, págs 34y35.**

nea, meticulosamente, las tiras impresas. No quería que pasara del *quince* de marzo la aparición de sus nuevos ensayos. Así, concentrado en lo que hacía, se le fueron prontamente las horas. Hasta que se le vino la tarde. Estaba desde luego satisfecho de haber realizado las correcciones tipográficas hasta en el último papel. Y con ese ánimo se despidió de sus editores, para el regreso al hogar. Pero al salir notó con preocupación el cambio sorpresivo de la temperatura. Había un viento helado, de tormenta que se avecinaba. El cielo se había descompuesto. Se diocuenta de que debía dar- se prisa. Así lo hizo, sintiendo poco después, en el paso arremolinado del aire, el agravio de las primeras gotas de lluvia. No había carruajes cerca, ni lugares donde guarecerse. Prefirió cruzar rápido uno de los puentes del Sena, que le llevarían al sector donde radicaba. Lamentablemente no había cumplido ni la mitad de la travesía cuando el aguacero hizo presa de él, mientras el frío le dentelleaba las carnes. En esas condiciones ya no debió sino seguir andando, hasta dar con su casa. Las calles le parecieron interminables. Al llegar, jadeante, traspuso la puerta principal, sacudió fuertemente su sombrero, y buscó las escaleras. El agua se le escurría de las ropas empapadas. Augustine no había encendido la chimenea. Le ayudó a cambiarse con presteza y le sirvió una taza de café negro caliente. Casi exhauto, y más sombrío que nunca, se extendió entonces sobre la cama.

Durante la noche pasó mal. Le atormentaban la tos y la fiebre. Al amanecer del día siguiente se le declararon unos dolores intercostales que se le fueron haciendo punzantes, y que cada vez eran menos tolerables. No hallaba postura adecuada para mantenerse en su lecho. Se vistió con dificultad, y notó en seguida que la agudeza de su afección le impedía también estar de pie. Las manos solícitas de Augustine le ayudaron a reclinarse en un sillón, entre suaves almohadas. A él se le ocurrió mandar a avisar de su dolencia a su amigo doctor Yerovi. Concurrió éste al departamento. Encontró a Montalvo abatido. Y por primera ocasión advirtió que, pese a la conocida integridad de su temple, no alcanzaba a reprimir, de cuando en cuando, las viriles expresiones de su padecimiento. Hubo que llamar a su médico, que le recetó unos calmantes y algo para la gravedad del resfrío Pero ese tratamiento fue tan limitado como ineficaz. Porque la enfermedad no tenía nada de simple ni de pasajera. Al contrario, entre repetidas desaprensiones profesionales, resultó que ella se fue paulatinamente complicando. Los síntomas debieron ser tomados más bien como los de una peligrosa neumonía. El paciente soportó alrededor de *un* mes sus dolores,



Juan Montalvo, busto en piedra de Luis Mideros,

Casa de Montalvo, Ambato.

casi sin alivio. Al fin, desaparecieron éstos, aunque no por obra de la medicación. Y se presentó en su lugar un conjunto de otros síntomas: malestar constante, inapetencia, debilitamiento general y fiebres. Que fueron realmente aniquilándolo. Ni siquiera los escritos y las lecturas, que habían sido la atmósfera habitual de su existencia, pudieron persistir en este período de mortificante postración. El tercer volumen de *El espectador* salió en la fecha prevista, pero los pormenores de su circulación, y desde luego la práctica epistolar que en dichos casos siempre había surgido, ya en esta vez escaparon por completo al control de Montalvo. Ni siquiera alcanzaba a sostener con firmeza la pluma, acostumbrada al pulso de su mano. Los trazos vacilantes de la firma que se esforzó en poner en una carta que había logrado dictar de manera excepcional, para Federico Malo, revelan la condición de extremado agotamiento en que había caído. En la comunicación del mes de agosto a su hermano, a que repetidamente he aludido, y que vino a ser la última que alcanzó a dirigirle, le confesaba que no podía "ni salir de su cuarto". Y comparaba su deplorable estaba físico de entonces con la salud "buena y cabal" de sus postreros siete años de París. Aseguraba que la crudeza del invierno del 88 le había hecho "pagar todo junto". Eso quizás era verdad sólo en forma relativa. Pues que las estaciones frías no dejaban de hacerle dáño. El mismo le contaba al doctor Francisco Javier Montalvo que su amante, en seis años de compañía, le "había salvado tres veces la vida". Lo que ocurría era que, al verse bajo sus actuales padecimientos, añoraba el bien perdido exagerando las bondades de la salud de que había disfrutado.

Hombre tan consciente como él era, y poseedor además de percepciones del futuro, estaba seguramente presintiendo en aquellos días amargos la cercanía de su fin. Ocho años atrás, cuando escribió sus *Catilinarias*, había afirmado:

No nací para la felicidad, pero tampoco para la desgracia en forma de muerte desastrada. La muerte que le pido, Dios me la ha de dar: muerte de filósofo cristiano, sin dudas ni terrores por una parte, sin insolencia ni fatuidad por otra: creyendo en El, y no en las patrañas de sus difamadores; alabando sus obras, y no maldiciendo las de los hombres. De enfermedad decenle, noble: con fuerza para sobrellevar los dolores, sereno antela vidaque mehuye ylatumbaqueseestá abriendodelantede mí.

Por la clarividencia de los caracteres reales de su extinción, que casi después de un decenio le había tocado afrontar, esas líneas podrían dar la impresión de que las hubiera escrito la víspera. Sabía ahora que se estaba

acabando, y sabia también que se hallaba revestido de majestuosa serenidad. Apasionado admirador de Sócrates, lector ávido de Séneca, su comportamiento tenía que ser el de un estoico ante el imperio inexorable de su agonía y su perecimiento. Desde luego, aun en su alma herida de convencimientos mortales, se resistían a desaparecer los destellos de una última esperanza de salvación. Quería seguir en la escena del mundo, y batallaba por eso con el breve resto de sus fuerzas. Pensaba con amorosa porfía en la vuelta a sus sierras ecuatorianas, de campos y cielos incomparables por sus colores y su mansedumbre.

Pero ni en esa aflictiva situación estaba dispuesto a permitirse claudicaciones de naturaleza política, como la de requerir el socorro del gobierno para regresar y establecerse en su añorado pafs. Que en su caso hubiera sido indisputablemente justo. Es bueno que aquí recuerde que en una oportunidad de esos mismos días aciagos, pese a su angustiosa postración, llegó a demostrar que le sobraban dignidad y energía para rechazar al Presidente José María Plácido Caamaño la atractiva destinación de cónsul en una ciudad de Francia que éste había mandado proponerle. Conocida la noticia de dicha oferta, un periódico de Quito había dado por descontada su aceptación, y la había comentado en términos de complacencia. Esto llenó más bien de coraje a nuestro grande hombre, ya en los umbrales de su agonía. Efectivamente, en carta enviada al director del semanario *El Foro*, de 7 de julio de 1888, le exigió una aclaración pública de su rotundo rechazo del aludido nombramiento. Deben leerse sus propias palabras, que son tan ejemplares y edificantes en medio de la inicua voracidad de empleos y cucañas que caracteriza a la fauna de nuestros políticos profesionales:

El Sr. Agustín Yerovi vino un día ami casa, por encargo de una persona muy respetable, dijo, y, a nombre del Sr. Antonio Flores, Ministro del Ecuador, me propuso el Consulado general de Burdeos *con aumento de sueldo.* Mi sorpresa fue grande; pero mi contestación no pasó de estas palabras: ***Entre la*** *Legación* ***de Francia*** y ***el Padre Lacha*** *ise,* ***no vacilaría yo un punto en optar por el cementerio.*** Veinte años de lucha por mis ideas, de proscripciones y padecimientos de todo género, sobrellevados con buen ánimo, no son para ir a hundirse tristemente en un empleo ofrecido por un gobierno del partido contrario.t90

Para comprender la significación superior de este gesto conviene que se conozca que los meses de su enfermedad le despeñaron en una real indigencia. Al extremo de tener que recibir humildosamente, sin los alardes

90 *Monta] yo en su ¿pistola jo.* Th,d.

de su usual repugnancia, y, al contrario, Con el corazón conmovido, las contribuciones de un grupo de ecuatorianos residentcs en Paris, que se afanaban en proporcionarle curación y sostenimiento. Evidencia neta de ello se encuentra en las expresiones que en agosto de aquel 1888 le formuló aJ. C. Seminario:

El doctor Yerovi —le dijo— me había hablado de la generosa oferta de usted, cuando tuvo usted conocimiento de mi enfermedad y la angustiosa situación a que ella me había reducido. El señor Bailén me ha hecho uiher ayer que dicha oferta ha principiado a ser efectiva, y que aun el señor su padre de usted tomaba parte en la eontrihueián que ustedes se han impuesto humana y generosamente. Sirvase usted manifestarle ml reconocimiento y decirle que tengo en mucho Su benevolencia --

Y lo recomendable fue que aquel sentimiento solidario con la desventurada suerte del escritor genial se mantuvo, fiel, hasta el instante (le darle sepultura.

Los dos respetuosos amigos que con asiduidad le visitaron durante ese largo tiempo de padecimientos fueron Agustín L Yerovi · Clernenle Bailén. Mas hubo también otra persona que fue a verlo con frecuencia en su lecho de enfermo, y cuya adhesión intelectual había sido bastante lúcida e influyente en el período de su consagración allá en Europa: el español Leopoldo García Ramón. Ha confesado él que iba a acompañarle semanalmente mientras estuvo postrado. Y ha trazado este cuadro impresionante, por lo animado y fidedigno, del pobre paciente, devorado casi por la muerte:

Cuando ami regreso de España —dice García Ramón—, en setiembre del año pasado (1888), fui a visitarle, se me oprimió dolorosamente el corazón al comprobar los progresos de la terrible neumonía purulenta que le consumía. Le consideré perdido. Llevaba en el costado una herida que a propósito mantenían abierta los médicos; habían practicado en su garganta una operación difícil y dolorosa; ya pesar de todo, qué limpieza la de su ropa interior! Con qué afán arreglaba los puños de la camisa de dormir para ocultar sus pobres muñecas! ¡Cuánto agradeció ami mujer que consintiese verle así, sin afeitar, despeinado, hecho una ruina! Luchaba con rabia contra la enfermedad:
no creía morir.’9’

Ni ahí en Francia, en esa época, la medicina alcanzaba a combatir con eficacia aquel tipo de infecciones. La neumonía inicial se había convertido, tras los primeros meses de tratamiento, en una pleuresía purulenta, como exactamente puntualizaba Augustine Contoux en la nota que agregó al pie de la carta dictada por Montalvo, el 22 de agosto de 1888, para su

19’ ***La Espada Moderna,*** **A ini 1, lebrero dr 1559), Madrid.**

hermano el doctor Francisco Javier. Dos profesionales de mediana aptitud, pagados con el auxilio amical, habían estado atendiéndolo en forma alternativa y con alguna periodicidad. El mal, naturalmente, siguió causando estragos irreparables en su organismo, que no cesaba así de consumirse. Había días de mayor gravedad. En uno de ellos sus dolidos admiradores ecuatorianos, movidos por justa alarma, se vieron precisados a llamar a un médico de renombre en París: el doctor León Labbé. La intervención de él fue acertada, y sirvió además para abochornar al par de profesionales que habían sido incapaces de dar con el tratamiento adecuado. El uno estableció el diagnóstico de neuralgias y de fiebre nerviosa. El otro, de manifestaciones de origen reumático. Labbé se aproximó con ellos al paciente, y, tras auscultaciones prolijas y la palpación de sus partes enfermas y sensibles, les demostró su vergonzosa equivocación. "Tiene el señor
—les aseguró— un derrame pleural. Vendré mañana a las nueve, y ofrezco extraerle, a lo menos, un litro de líquido".

Eso ocurrió, en efecto. Usó un trocar, o punzón y cánula de cirugía, y extrajo del atormendado y varonil escritor aquella abundante porción de sustancia serosa. Vino el alivio para éste, y la tranquilidad para sus amigos. Desgraciadamente duró poco la ausencia de dolor y de preocupaciones. Fue pues necesario hacer regularmente otras punciones de la misma naturaleza. Con iguales resultados. El martirio no admitía tregua. La gravedad avanzaba. En determinado momento hubo que buscar de urgencia al doctor Labbé. La fiebre había subido considerablemente. Los padecimientos eran mucho más intensos. Tras un nuevo examen del líquido pleural, el facultativo se dio cuenta de que se había presentado un peligroso foco de supuración. E indicó la conveniencia de practicar una operación inmediata, harto difícil. Se le consultó a Montalvo, y éste aceptó someterse a ella. Quería vivir. Y desde luego seguir demostrando la firmeza de su valor, a la postre excepcional. Fue llevado así, en seguida, a la clínica Dubois, de la calle de Faubourg, muy distante de su casa. Para que lo interviniera quirúrgicamente, sin pérdida de tiempo, el doctor Constantine Paul. Sobre este punto preciso debo infomar que he comprobado que dicho centro de salud ya no existe. Tampoco he podido hallar algún archivo médico que le perteneciera y que a mí personalmente me orientara en la indagación de este hecho de la historia montalvina.

A mi biografiado se lo condujo cuidadosamente hasta la clínica. El doctor Constantine Paul explicó al paciente, no con ánimo de preocuparle,

sino más bien de pedirle consentimiento para cloroformizarlo, que la operación iba a ser complicada y larga, y que demandaba su más conipleta inmovilidad. Montalvo le escuchó con calma absoluta. Pues que tanto en el proceso de su enfermedad, caracterizado por padecimientos y curaciones difíciles de tolerar, como en el momento dramático, acaso esperado por él,de comunicarle que era indispensable entregarle a las manos de un cirujano, su voluntad había hallado oportunidades de fortalecerse varonilmente, según el ejemplo de las grandes figuras de la filosofía y de la historia que él tanto había amado. Durante esas semanas de agonía estuvieron en su recuerdo tal vez la imagen de Sócrates, sereno en el instante de apurar la cicuta, tras su condena infame; la de Séneca, tan conscientemente leído por él, que dio lecciones de entereza moral y de firme desdén por las aflicdones propias y el mal inexorable deja muerte; la de esos antiguos romanos con temple de héroes,como el Mucio Escévola de uno de sus *Tratados,* que en presencia de los invasores de Roma puso a arder su mano entre las brasas; la de los mártires de la independencia hispanoamericana, también evocados conmovedoramente por él, como ese joven Ricaurte que se convirtió en "tizón sagrado" al hacer saltar en pedazos el parque cargado de municiones que iba a ser tomado por los soldados enemigos. En fin, una de las obsesiones de mi biografiado consistió en recomendar el ejemplo de grandeza de tales hombres, y en proponerse a si mismo dicho modelo como estímulo para el robustecimiento superior de sus virtudes de serenidad y coraje. De manera que en el trayecto a la clínica fue sin duda preparando su determinación estoica para la dura prueba que le aguardaba.
Por eso oyó con calma pasmosa las advertencias del doctor Constantine Paul a que he aludido. Y, aun más, en el momento de decir si concedía su permiso para la anestesia, y cuando médicos y amigos se hallaban seguros de su respuesta afirmativa, él contestó en estos términos: "En ninguna ocasión de mi vida he perdido la conciencia de mis actos. No tema, doctor, que me mueva. Operará usted como si su cuchilla no produjera dolor". El doctor Yerovi ha dado testimonio de ello, y de la forma en que se le intervino, según los detalles que en seguida reproducirá. Pero debió de habérsele insistido en la necesidad de que recibiese el cloroformo para que cayera en el sueño profundo que exigía esa operación tan afligente. Casi no hay en el cuerpo humano parte más sensible y expuesta al dolor que la región de las costillas. Hasta es probable que se atrevieran a suponer que Montalvo disimulaba con su negativa una falta de confianza en la bon

dad de los medios anestésicos. Y que le manifestaran que durante cuarenta años se venía ya administrándolos atinadamente en muchos lugares del mundo. De suerte que le garantizaban la conveniencia de usarlos en su caso. El escritor, por cierto, se mantuvo firme en su decisión. —Le he indicado claramente, doctor, —volvió a expresar— que no deseo ninguna anestesio. No me moverá mientras usted realiza su trabajo en las interioridades de nii cuerpo. Los facultativos miraron entorno, siempre vacilantes. Mas el doctor Labbé y un par de amigos de Montalvo, ahí presentes, dejaron notar con un gesto que era inútil insistir. Pues bien, hubo que prescindir del cloroformo. Los detalles testimoniales del doctor Agustín Yerovi, sobre este hecho, son los que siguen:

a operación que sufrtó Montalvo, horroriza, Consistió en levantar dos costillas de la región dorsal, de:;pués de cortar cii una extensión de un decímetro, las partes Han- das de esa región; dar la mayor dilatación a la herida, mediante pm/as que recogen carnes sangrientas, y luego colocar algo como una bomba, que tiene el doble objeto de aspirar los productos del foco purulento. e i nycelar liquidos antisépticos; es decir:
algo como fuego.- Todo esto duró cosa de una hora mientras lanto. el enfermo no había exhalado una queja, ni contraído un müscukL [.a actitud serena y basta majestuosa, interesó a médicos, practicantes y espectadorcs Uno de ellos excLamó: “ese hombre es un carácter”.
Naturalmente se le veía el rostro bañado de un sudor cristalino. En
estos días he podido advertir que todavía muestra el cuerpo momificado, en su parte dorsal, una mancha blanca de un decímetro, huella problable de dicha intervención.

Por desventura, no consistió sólo en lo que ha descrito Yerovi la enormidad de ese padecimiento. Hubo algo más, también extremadamente doloroso, al mismo tiempo. Y fue la operación de postemas en la garganta. A ello se ha referido el cónsul Clemente BaIlén en una carta de 22 de enero de 1889, dirigida al doctor Francisco Javier Montalvo. Pero, pese a la prueba de impresionante estoicismo de mi biografiado y al esfuerzo del médico, no se logró extirparlas, pues que “se habían extendido hasta el interior del pecho, y no había instrumento que penetrara hasta allí”. Estotro detalle nos lleva a imaginar que debió de haber sufrido fuertes accesos de tos, y desde luego angustiosas dificultades respiratorias, consecuencia inevitable de su avanzada afección pleural.

Al terminar el largo y martirizante proceso operatorio, el cirujano advirtió que había evidencia de que el foco infeccioso había invadido otros puntos del organismo, y que no había otra opción que dejar abierta la herida para ir drenando periódicamente el liquido purulento. Esa herida que-

dó abierta hasta su muerte. El escritor, amargamente convencido de la inutilidad de aquella intervención quirúrgica, pidió en voz apagada que se lo llevara a su casa. Eso se hizo en un carruaje apropiado, con los cuidados necesarios. Llegó a ella, al fin, tras un prolongado silencio de todos. Había ido meditando, a lo largo del trayecto y en la medida que se lo permitía su condición aflictiva, en que ya los recursos de la medicina le habían resultado impotentes de mooo aefinitivo. Quizás no renegaba de una imaginaria inasistencia divina. Porque conforme se encaminaba a su fallecimiento parecía que iba sintiendo la compañía amable de Dios. Filosóficamente, aunque con una persuasión íntima, seis años atrás había escrito, en la "Réplica

a un sofista seudocatólico", de sus *Siete tratados:* "Mi Dios es un misterio, misterio grande; y los misterios son las esperanzas de la muerte". Yen los instantes postreros de su existencia llegó a decirle al doctor Yerovi: "Usted volverá pronto a la patria. En la última carta dije a mi hermano, y de no haberla recibido repítale, que en los días de mi enfermedad ni Dios ni los hombres me han faltado". Gran demostración de su fe en medio de pruebas tan abrumadoras.

La subida del paciente a la habitación demandó un sinnúmero de precauciones. Volvía el pobre peor de lo que salió. Augustine, siempre servicial, se afanó en atenderlo en cuanto lo tuvo cerca. Procedía ella con la humildad silenciosa de una criada. Y como tal la consideraban los pocos que habían conseguido entrar durante esos días en el apartamento de Montalvo. El facultativo que se prestó a practicarle las últimas curaciones se vio obligado a extraerle en repetidas oportunidades su humor purulento. El gran escritor se quejaba de dolores tremendos en el brazo derecho, el hombro y la espalda. Poco a poco se había ido quedando en huesos y pellejo. Todo estaba perdido. El 15 de enero de 1889 hizo aproximar a su lecho al doctor Agustín L. Yerovi —confidente durante esa triste temporada—, para manifestarle sus últimos deseos. Los manuscritos y obras inéditas debían ser depositados en manos de su sobrino Adriano, el que, de acuerdo con Yerovi, tendría que dar los pasos para su publicación. Una obra que le había obsequiado éste, en el año pasado, quedaba para César Montalvo. El retrato del escritor y los libros de su uso los ponía a disposición del mismo doctor Yerovi. Y en cuanto a los muebles del pequeño apartamento no quiso decir nada. Sólo después de su fallecimiento se consiguió saber que, desde hacía dos meses, el apartamento aparecía como alquilado a la mujer que le acompañaba y servía —Augustine——, y todo el mobiliario

como de su posesión. El grupo de favorecedores ecuatorianos no sólo consideró justa esa determináción, sino que, aun más, resolvió regalarle “a esa señora” “una cantidad de dinero que le ha pagado por nueve meses la casa que habita”. Finalmente, Montalvo le formuló el ruego de que sus restos recibieran sepultura en el cementerio de Montmartre. Pero antes de que abandonara la habitación aquel su leal amigo, no se resistió a insinuarle, extrañamente, que creía estar mejor. “Sólo siento, le dijo, que toda la vida se concentra en mi cerebro. Podría componer hoy una elegía, como no la he hecho en mi juventud”.

El 16 pasó el doctor Yerovi, una vez más, a su lado. En esa fecha, a las tres de la tarde, comenzó propiamente su agonía, aunque sin perder en absoluto la lucidez. Sus reacciones vitales habían ya declinado considerablemente. El médico juzgó que no había otra alternativa que la de esperar con tranquilidad su desenlace. Los dos amigos que asiduamente le acompañaban —Yerovi y Bailén—se separaron de él en horas de la noche, para retornar al día siguiente, muy temprano. Estaban pensando en esos momentos en cómo desenvolverse en la preparación de las exequias, cuyos costos iban a ser compartidos con un pequeño grupo de otros ecuatorianos. A ninguno de los dos, y quizás ni a Augustine, se le había naturalmente ocurrido preguntar a Montalvo si deseaba el auxilio de un confesor, porque los tres conocían bien su criterio, que era terminantemente adverso a esta práctica religiosa. Ello no significaba que en su intimidad, un hombre de creencias tan esenciales, de fe tan propia pero tan radical, no estuviera invocando a Dios, a “su Dios”, con quien decía sentirse en paz de amor y reconocimiento.

Fue oportuna la llegada, al hogar del moribundo, de ese par de afectuosos compatriotas. Porque le hallaron en posesión todavía de su conciencia. Lo que a ambos les llamó fuertemente la atención fue verlo “vestido de negro y con frac”, y seguramente acomodado en su sillón. Es creíble lo que ha afirmado Yerovi, respecto a la circunstancia de que Montalvo, en nueva señal de temple sereno, le aclaró que se había acicalado así para “el paso a la eternidad”, que es “el acto más s’.o de un hombre”, y con ci cual, por lo mismo, “el vestido tiene que guardar relación”. Pero parece más atinado imaginar que en aquella fortaleza de ánimo para pedir a Augustine que le vistiera de ese modo había otra intención: la de conseguir que su cadáver se mostrara ante las personas que acudieran a su aposento con la dignidad y la pulcritud, merecedora de todo respeto, que al escritor le habían caracterizado a lo largo de su existencia.



Monumento a Montalvo

en el parque del mismo nombre en Ambato.

En esos instantes de calladas congojas. en que el gran solitario se hundía, casi sin testigos, en el aislamiento final de su muerte, en un país extranjero y lejano, los dos compatriotas que he mencionado le oyeron, estremecidos, pedir a Augustine que tratrara de comprarle un puñado de claveles para su féretro.•Eran las diez de la mañana del jueves 17 de enero de 1889. Tales fueron sus últimas palabras. En pocos minutos se le fue apagando la conciencia. Y tres horas después, a la una de la tarde, se le vio expirar suavemente, sin estertores. Desaparecía así del **mundo,** casi olvidado, lejos de sus campos queridos y ausente de los suyos, el más admirable escritor ecuatoriano de todos los tiempos.

Yerovi y Bailén salieron inmediatamente de allí. Les urgía la necesidad de preparar la ceremonia funeraria y la inhumación. Pensaron en buscarle una sepultura transitoria, desatendiendo el pedido del escritor de trasladar sus despojos al cementerio de Montmartre. Y pensaron sin duda bien. Consideraban que éstos debían ser honrados un día en su patria, por cuya suerte él había combatido siempre, sin que le arredraran odios, pobrezas ni destierros. A esas reflexiones se debió la certera iniciativa de acudir a los servicios de un calificado embalsamador. Se dirigieron previamente a la iglesia de San Francisco de Sales. Contrataron con el párroco una misa de cuerpo presente y la ocupación temporal de una cripta en el templo, bajo el compromiso de pagar regularmente las mensualidades de su arrendamiento. No hallaron dificultad de ningún carácter, a pesar de que Montalvo no se había confesado, según lo testimonié Bailén en carta posterior al hermano de éste, doctor Francisco Javier. Todos los gastos, incluidos los de médicos, que sumaron tres mil trescientos cuarenta y tres francos, fueron cubiertos en la siguiente forma: la una mitad por Enrique Seminario, y la otra por Clemente Bailén, Agustín Yerovi, Martín ¡caza y Enrique Stagg. Quizás no entregaron la contribución prometida algunos de los paisanos radicados en París, y cuyos nombres aparecieron en la invitación a las honras funerales. Aparte de los cinco ecuatorianos que he mencionado, en dicho documento figuraron Federico Puga, Rosendo Avilés, Antonio Reyre, Víctor M. Rendón, Aiberto Sanz, Luis Dilion, E. Dom, J. M. de Avilés, Domingo de Santisteban. Al pie se hizo constar la fecha de enero 18 de 1889 —un día después del deceso— y la ceremonia se anunció para el domingo 20, al mediodía, en la mencionada iglesia de San Francisco de Sales. Se expresó, además, que el cortejo debía formarse en la casa mortuoria, número 26 de la calle Cardinet.

Yen efecto, después de las once de la mañana, comenzaron a congregarse las personas invitadas, y unas pocas más, traídas por éstas. No había it:as gentes porque ci parte no se publico, y además porque los diarios parisienses no dieron absolutamente ninguna noticia, ni siquiera de dos tincas, sobre el fallecimiento de Montalvo. Esto lo he comprobado. con deccpcion, revisando prolijamente la prensa de esas semanas. Y, desde luego, esta verificación viene a constituírseme en nueva oportunidad de demostrarles su error a los que, sin sospechar dónde canta el gallo en estos asuntos, se afanan en hablar de la acogida y la resonancia conseguidas por nuestro escritor en Francia,

Pero, no obstante ese silencio,y el frío del invierno, pudo volverse apreciable el número de hispanoamericanos y españoles que fueron reuniéndose para el traslado de sus despojos. En el interior de la carroza , aco— modandolas en rededor del féretro y sobre su cubierta, fueron colocadas algunas ofrendas. Y se inició enlonces la marcha, que tomo más de media hora El tiempo se mostraba sombrío - TI ahía una temperatura de seis grados. La lluvia no dejaba de caer. Los acompañantes de a pie iban bajo la negra pantalla protectora (le sus paraguas, que simulaban otro atuendo funeral. El recorrido comprendió una parte (le la calle Cardinel, el bulevar Courcelles hasta dar en el Malesherbes, y un largo trecho de éste, hasta la plaza de Wagram. De ahí, un desvío de varios minutos hasta el número 6 de la calle Bremontier, en que se yergue la pequeña iglesia de San Francisco de Sales.

El cortejo se detuvo al pie de la fachada, de una extensión no mayor de treinta metros. Se hizo pasar en seguida la caja, a hombros de los amigos de Montalvo. Y luego, en orden respetuoso, cerrando el ala de ave compungida de sus paraguas, y atravesando un par de gradas de mármol exteriores, así como el brevísimo vestíbulo, se acomodaron todos en las bancas de la modesta nave central. Allí, al fondo, una imagen del Corazón de Jesús presidía el altar, iluminado por varios cirios. En el extremo opuesto, osca hacia un costado de la salida, dos ángeles marmóreos sostenían una pila bautismal. En lo alto se dejaban ver los delicados matices de unos cuantos vitrales. El sacerdote apareció de pronto, desde el interior. Su presencia coincidió con el toque diáfano y dulcemente plañidero de las cimpanas de la torre. Era aquél un hombre pequeño y enjuto - Su barba blanca VaN arrogas de su frente armonizaban con aria calvicie (j'ie había Lomen/a-
a icisirruarse. Vestía una casulla ejde bastante sencilla, sin bordaduras

ni adornos. Su hablar era suave y reposado. La misa la celebró con una prédica de corta duración, oraciones, cánticos y responso. Los cánticos fueron entonados por él y algunos de los fieles. Al final de todo, el boquerón de la tumba, dispuesto de antemano ahí mismo, recibió lúgubremente el ataúd, para ocultarlo en la entenebrecida soledad de los muertos.
Dos días después, Yerovi y Bailén acordaron dirigtrse al doctor Francisco Javier Montalvo, para informarle de este acaecido, con significativos detalles. Ambos estaban dispuestos a obtener erogaciones en Guayaquil, con el ánimo de mandar a su patria los restos del genial escritor. En la carta del primero se pudo además leer una indicación que éste le había dado, y que es prueba del cariño con el que velaba por la tranquilidad de su familia lejana, no obstante los tormentos personales y la inminencia de su fin. Es la que sigue: "por hoy no escriba nada ami familia: es muy triste hablar de un agonizante. Quiero sufran un solo golpe: usted les comunicará mi muerte".
Así pues procedió Yerovi. Pero, enterado de la noticia luctuosa y del propósito de los dos amigos, aquel hermano de Montalvo nada consiguió, por su parte, en respaldo de la iniciativa de repatriación que le habían comunicado. El cadáver de su deudo debió así permanecer cinco meses en suelo extranjero. La vuelta de éste sólo fue posible por intervención de la Sociedad Republicana de Guayaquil, que envió a Clemente BaIlén el dinero recogido para que contratara su traslado en el barco Vio, caletero de la Compañía Inglesa de Navegación en el Pacífico. El embarque se efectuó a mediados de junio de 1889.
Desventuradamente, todavía le quedaba al gran desterrado, al despojo venerable del gran desterrado, una nueva manifestación de rechazo de las autoridades eclesiásticas de su país. Bien se ve que ni después de su muerte se habían apagado las ascuas de la intransigencia y el odio dc sus enemigos. Persistía pues el contraste, que duró mucho tiempo !iiás, entre los juicios de admiración consciente de varias personalidades de las lctras castellanas y los rencorosos exabrupos del espíritu sectario del Ecuador. La revista quincenal Europa y América, que los españoles editaban en París bajo la administración de J. Ferrer, en su número 195, de primero de febrero de 1889, publicó tres artículos de lamentación por el deceso de Montalvo. Su consejo de redacción se expresó en estos términos:
Una irreparable pérdida acaban dc sufrir las letras hispanoamericanas. Juan Montalvo. el escritor profundo y elegante, el insigne aulor de los Siete tratados, de la Mercu

rial ccInid ti a y El i’ap’ciador. acaba de hajar al sc pulcro. Su preciosa existe ncia ha sido segada en liar, enet apogeo de su gloria, cuando más aplausos le brindaba el púhlic ci.
Varias naciones de nuestra América lloraron corno suya esa desaparición. La Asamblea Nacional de la república del Salvador expidió un acuerdo, en marzo 19 de 1889, rindiéndole homenaje y llamándole “genio tutelar de América”. Las páginas de recomendación de su figura siguieron multiplicándose en la prensa de afuera. Y como ocurre en los casos de casi toda grandeza, se acentuó desde entonces, de manera unánime, el énfasis de los ditirambos. Hasta el punto de que no han dejado de fortalecerse, con el concurso de lo más calificado de la inteligencia de España y de nuestros paises, el conocimiento y la apoteosis de la obra de nuestro escritor. Pero, según acabé de insinuarlo, las reacciones de iracundia y de impulsos vengativos no habían declinado en el Ecuador ni tras su fallecimiento.
Nuestro cónsul en Paris había justamente previsto la actitud que en efecto se dio, de hostilidad de ciertas autoridades del clero nacional, al arribo de los restos de Montalvo a su patria. Sus sospechas provenian de una apresurada consulta telegráfica que le habían dirigido desde Guayaquil, en vísperas de ese arribo. Y eso se lo transmitió a Francisco Javier Montalvo, en los términos siguientes. de una carta del 19 de julio de 1889,0 sea posterior a los incidentes que BaIlén había intuido:
Temo que se hayan realizado los temores que Ud. tenía de que los restos de Don Juan fuesen desairados, porque a principios de este mes recthí un telegrama del Vicario de Guayaquil en que me preguntaba si Don Juan se había confesado, y me lo preguntaba con urgencia. Como mi contestación fue negativa, es probable que las autoridades eclesiásticas de Guayaquil. movidas por el Arzobispo de Ouito, hayan negado la sepultura en el cementerio católico. - Parece que el catolicismo no es el mismo en Francia cn el Ecuador, pues aquino bobo el menor obstáculo para hacer un servicio religtoso de cuerpo presente cuando Don Joan murió y otro cuando sus cenizas partieron, ni para conservarlas en la iglesia durante ctnco meses.
Quede aclarado de paso, con este testimonio tan preciso y fidedigno, el asunto de la muerte de Montalvo frente al sacramento de la confesión, que ha recibido interpretaciones antojadizas, ah” ,1utarnente inútiles.
El lo de julio del 89 el barco Ylo, al ‘oc he aludido, soltó anclas en el río Guayas, a alguna distancia de los 1nuelles. En seguida. un pequeño vapor fluvial, a órdenes de un oficial ecuatoriano, se le fue aproximando, hasta eolocarse a pocos metros, a estribor. Entonces se abrió uno de los portalones (le popa. y por medio de un montacargas se izó la caja metálica

que contenía el cuerpo momificado del escritor. Mientras ésta se hallaba suspendida en el aire, una banda militar de cincuenta músicos, que estaba a bordo de la pequeña nave, hizo escuchar las notas del himno nacional. La limpidez del azul parecía volver más diáfanos esos sones, expresivos y estremecedores en esa hora del retorno del desterrado inmortal. Eran las diez de ¡a mañana. El ataúd fue descendiendo lentamente, hasta posarse en el centro del castillo de proa del váporcito. Que regresó de inmediato hacia el puerto. Mientras tanto se había arreglado cuidadosamente una capilla ardiente en el cuartel del cuerpo de bomberos “La Unión”, para el homenaje popular. Todo se había dispuesto con la oportunidad debida. Pero había un detalle que a todos se les eseapó: fue el de no prever la posibilidad de que la Iglesia se opusiera a la realización de esas honras fúnebres y a la inhumación de los restos en el cementerio de la ciudad. Y aquello en efecto aconteció, pues que el vicario de Guayaquil, que entonces lo era el canónigo cuencano Ochoa Alcocer, por ausencia del obispo del Pozo, pretendió evitar el cumplimiento de los dos hechos cristianos. No procedía así, desde luego, por decisión personal suya, sino por instrucciones expresas del arzobispo de Quito, monseñor Ignacio Ordóñez. Es decir, el mismo prelado que declaró su guerra al autor de los Siete tratados se ensañaba ahora con el cuerpo yacente de un hombre que ya no estaba en este mundo. Los consiguientes reclamos del pueblo fueron por fortuna más fuertes. El general Reinaldo Flores, comandante de distrito, los recogió con prontitud y obligó al vicario a deponer su enojosa actitud. Quedó como constancia de lo que acabo de exponer una carta del presidente de la república Antonio Flores Jijón, fechada en Quito el 29 de julio de 1889, y en la que le dijo al mencionado general: “no sólo apruebo, sino aplaudo la conducta prudente y generosa que has observado ante la Autoridad Eclesiástica, en vista de la resistencia de ésta y las peticiones de los guayaquileños a raíz de la llegada de los restos de Don Juan Montalvo y su consiguiente inhumación en el suelo patrio”. Superadas de ese modo las dificultades, la multitud se congregó para recibir en las calles del puerto al celebrado héroe de la pluma ,cuyos despojos volvían bajo la atmósfera que le era habitual: entre los destellos de la gloria ye1 ademán amenazador de ¡as borrascas. Un diario de la época aseguró: “creemos que nunca se ha visto en Guayaquil un cortejo fúnebre más lucido. Más de tres mil personas de todas las clases sociales acompañaron los restos de Don Juan Montalvo hasta la provisional estancia que se les

había preparado”. Es decir, la capilla ardiente. Por ella pasaron muchas gentes, rindiéndole un callado y emotivo homenaje, durante dos días. El 12 de julio, a las diez y media de la mañana, se efectuó su traslación al cementerio. El cortejo se formó en este orden: la banda de la Brigada de Artilleria Sucre; el carro mortuorio, escoltado por lóvenes estudiantes y representantes consulares, como de la prensa ye1 foro; miembros del Ayuntarniento de Guayaquil; las sociedades republicana y democrática, de liberales; las facultades de jurisprudencia, medicina y filosofía; grupos de trabajadores y empleados, y otra banda de músicos. Hubo acordes de marchas fúnebres y discursos. El cadáver fue depositado en la bóveda número 469, de la tercera fila de uno de los bloques del cementerio. Se la selló con una lápida que tenía esta inscripción: “A Juan Montalvo. Unos guayaquileños” (absurda manera de no identificarse).
Ahi permaneció el ataúd durante casi cuarenta y tres años. En el transcurso de ese tiempo hubo cantbios en la mentalidad política del país y una apreciación más inteligente y justa de lo que el gran escritor había significado para nuestra historia. El gobierno de Eloy Alfaro le levantó una hermosa estatua en el parque principal de Ambato, exactamente a un costado de la casa en que había nacido. La Asamblea Constituyente de 1928 resolvió destinar ochenta mil sucres para que se construyera un mausoleo de piedra junto a esa misma morada, a fin de que el cuerpo del eterno proscrito fuese restituido a su querencia, al solar de él y los suyos que tanto añoró desde el melancólico vacío de las lejanías. Y, por último, esa especie de milagro se cumplió un día de abril de 1932.
Precisándolo bien, todo comenzó el 10 de abril de aquel año. A las siete de la mañana se reunieron en el cementerio general de Guayaquil unas veinte personas, que representaban a corporaciones de esa ciudad, de Ambato y de Quito, con el propósito de hacer la identificación de los restos de mi biografiado. Ordenaron abrir su bóveda, y de ella se extrajo, según las expresiones del respectivo documento, una caja de plomo en forma de ataúd que “contenía dentro el cadáver momificado de Don Juan Montalvo”. A éste se lo pasó a un nuevo cofre mortuorio, y el anterior fue depositado en el mismo nicho con otra lápida de mármol, en cuya leyenda se leía la siguiente indicación:
Aquí, repatriados por el pueblo de Guayaquil y desde el 12 de julio de 1889 hasta el It) de abril de 1932, repesaron los venerados despeios de Juan Montalvo, Campeón de la Libertad y Gloria del Pensamiento Hispanoamericano; por Decreto de la Asam

blea Nacional 1928-1929 fueron trasladados a la ciudad de Ambato, cuna de su nacimiento, el día II de abril de 1932. El Municipio de Guayaquil.
La despedida del puerto contó con una presencia multitudinaria, similar a la de su arribo. El viaje funeral se inició en horas tempranas. El tren que conducía el féretro fue recibiendo saludos y flores en las estaciones del trayecto, tanto del litoral como de la sierra. A las diez de la noche llegó a la ciudad de Riobamba. Una marca humana se agitaba en los sitios adyacentes a la parada de los convoyes. Había como cinco mil personas, a pesar del frío cortante que es propio del lugar a esa hora. En un carro revestido de adornos y de rosas marcharon los despojos, seguidos por toda clase de delegaciones y el pueblo mismo. Una banda del ejército conmovía el aire con esa música estremecedora con que éste suele enterrar a sus héroes y sus generales. El cuerpo fue colocado en una capilla ardiente en cuyo centro se podía contemplar una enorme pluma luminosa. Hubo ceremonias hasta cerca de la madrugada. Ya las ocho y treinta de la mañana, del 12 de abril, el tren volvió a arrancar con su carga preciosa. En esta vez, rumbo a su destino final: la ciudad de Ambato.
Las pitadas agudas de la locomotora, que sonaban con insistente alborozo, anunciaron su entrada a la estación poco después del mediodía. Comenzaban entonces las horas de exaltación cívica más inolvidables que haya experimentado la ciudadanía ambateña. El batallón Chimborazo rindió honores militares al hijo amado que volvía, convertido ya en símbolo de imprescriptible grandeza. Las notas del himno nacional tomaban solemne la conducción del féretro hasta una tribuna que se había levantado en un amplio sitio cercano. Yen ese preciso momento un grupo de aviones arrojaba millares de hojas con la imagen y pensamientos escogidos de Montalvo. El pueblo sentía más vivo su corazón, y muchos tenían humedecidos de emoción los ojos. Había representaciones del país entero. Se pro- - nunciaron discursos durante un par de horas. A las dos y media de la tarde se inició el desfile, con una multitud que se movía lentamente, portando estandartes y ofrendas florales, a lo largo de más de seis cuadras. Centenares de personas se habían acomodado, expectantes, y entusiasmadas también, en aceras, puertas y ventanas. La ciudad completa vibraba con un sentimiento de fervor montalvino. Varias bandas de música hacían oír sus acordes en distintos puntos del recorrido, cuyo término era el mausoleo. Este había abierto ya, por primera ocasión, sus gigantescas puertas de hierro y cristales oscuros. Y hasta allá llegó la herniosa caja de metal que guar—

daba el cuerpo embalsamado dei escritor. Grupos cambiantes de universitarios y de estudiantes de colegio la habían conducido sobre sus hombros, entre dos hileras de autoridades e intelectuales. En seguida la colocaron en un plinto rectangular de piedra, del interior, construido con la misma sobria elegancia del conjunto. Se desarrollaron entonces ceremonias públicas que no cesaron sino al anochecer. Después todo se quedó en abandono y silencio. Los perfiles del clásico mausoleo y de la estatua de bronce, en el centro del parque, se recortaban en soledad majestuosa.

Pero lo acontecido en ese 12 de abril de 1932 venía a ser como la paradoja que caracteriza a la grandeza de los hombres: incomprensión, desdenes y rencores durante el curso de la existencia; frenesí de reconocimiento, gratitud y apoteosis únicamente más allá de la muerte. El propio Montalvo llegó a escribir en Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes unas frases que expresan aquella desoladora certidumbre, y que parece que hubieran partido precisamente de la lúcida percepción de su caso personal. Son las que siguen:

dudo que algo le aproveche su estatua de bronce al que en la vida fue infeliz, y con todo su talento y su grande alma, devoré el hambre, acosado por la maiedicencia.- La tumba es templo obscuro, impenetrable: la luz, el ruido del mundo no tienen entrada en ella: los muertos no ven sus mausoleos, sus bustos, sus estatuas; no oyen los panegíricos que pronuncian los oradores; no sienten alegría ni placer a las oraciones en que se les alaba.

Desde luego, ni él en muchos otros momentos, ni nadie, ha sido capaz de asegurar que la extinción corporal comprenda también la del alma. Por mi parte creo lo contrario. Y por eso he de confesar, con toda humildad, que ha sido sobre todo el espíritu viviente de Montalvo el que me ha iluminado el camino y me ha acompañado en esta gran aventura de ir reconstruyendo su historia. Sin su auxilio secreto, llegado de no sé dónde, yo no hubiera podido animar los detalles de esa existencia que él alcanzó a magnificar entre los destellos de la gloria y la testarudez de las borrascas.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

Agramonte, Roberto, Montalvo en su epistolario, Río Piedras, Ed. de la Universidad de Puerto Rico, 1982.
Anderson Imbert, Enrique, El arte de la prosa en Juan Montalvo, México, El Colegio, 1948.
Andrade, Roberto, Montalvo y García Moreno: ensayos históricos y biográficos, Guayaquil, EtI. Jouvin, 1925.
Anónimo, Don Juan Montalvo y la verdad contra él, Guayaquil, Imprenta del Guayas, por A. Meriio, 1874.
Asturias, Miguel Angel, El señor presidente, Madrid, Alianza Editorial, 1984. Balarezo Moncayo, Pablo (director de La Casa de Montalvo), Trabajos de investigación y crítica en publicaciones diversas.
Blanco Fombona, Rufino, Montalvo, en: Grandes escritores de América, Madrid, Renacimiento, 1917.
Cazorla, Jorge Isaac, Metanoia de Juan Montalvo, Quito, Editorial Benalcázar, 1977.
Cervantes Saavedra, Miguel de, El ingenioso hidalgo Don Quijote (le la Ma,icha, 3. ed., Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941.

Darío, Rubén, Obras complclas Madrid, Mundo Latino, 1917.
It? l:cuador i'isto por los extranjeros: viajeros de los siglos XVIII y XIX, l3ihlioteca Ecuatoriana Mínima, estudio y selecciones de humberto toscano, Puebla, Editorial Cajica, 1960.
Enríquez B., Eliécer, Quito a través de los siglos, Quito, Imprenta Municipal, 1938.
Gálvez, Manuel, Vida de Don Gabriel GarciaMoreno, Buenos Aires, Editorial Difusión, 1942.
García Calderón, Ventura, Semblanzas de América, Biblioteca Ariel, Madrid, Revista Hispanoamericana Cervantes, 1 920.
García Moreno, Gabriel, Escritos y discursos, Quito, Imprenta del Clero, 1887.1888.
Historiadores y críticos literarios, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla, Editorial Cajica, 1960.
Jácome Clavijo, Jorge, Montalvo y Lida, Ambato, Ilustre Municipio de Ambato.
Joya literaria, introducción y selección de Miguel Aristizábal. Quito, Imprenta Pichiicha, 1897.
Juan Montalvo en Francia: actas del coloquio de Besanzon Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Departamentos de estudios Hispánicos e Hispanoamericanos, París, Les Belles Lettres, 3976.
Juan Montalvo, estudio y selecciones de Gonzalo Zaldumbide, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla, Editorial Cajica, 1960.
Lameunais, Huges FMicité Robert de, Palabras de un creyente, versión castellana de Mariano José de Larra, Madrid, Biblioteca de autores españoles, 1960.
Lamennais and Montalvo: an european influence upon latin american,
Fuente: Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit.

Lara, Darío, Montalvo en Paris, Quito, Ministerio de Educación y Cultura, 1983, 2v.
Lord Byron, Obras completas, edición de Francisco Gallach, Madrid, Imprenta de L. Rubio, 1930.
Marchán, Rafael, Estudios cr(ticos: los Siete Tratados de Montalvo, Bogotá, sn., 1886.
Martínez Acosta, Galo, Cartas y lecturas de Montalvo, Quito, Editorial Industrias Gráficas Cyma, 1964.
McDonald Spindler, Frank, Thought, printed from journal of the history of ideas, y. 37, n. 1, pp. 137-146, 1976.
Mera, Juan León, La dictadura y la restauración en la república del Ecuador: ensayo histórico, 2. ed., según la edición póstuma de ¡932, Quito, Corporación Editora Nacional, 1982.
Mestanza, Mariano, La verdad: refutación a las calumnias de Juan Montalvo, Lima, &n., 1872.
Moncayo, Pedro, Ecuador de 1825 a ¡875: sus hombres, sus instituciones y sus leves, Quito, sn., 1906.
Montalvo, Juan, Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, prólogo de Gonzalo Zaldurnbide, París, Ed. Garnier Hnos., 1921.
Montalvo, Juan, El desperezo del regenerador, Quito, Imprenta de Roberto Arias, 1878.
Montalvo, Juan, La dictadura perpetua, Panamá, Tipografía M. R. de la Torre e hijos, 1974.
Montalvo, Juan, El espectado, París, Ed. J. Y, Ferrer, 1886, 2v.
Montalvo, Juan, Geomctría Mora4 carta-prólogo de Juan Valera, Madrid, Imprenta de García y Galo Sáenz, 1917.

M! ntalvo, Juan, El heraldo de las siete C’atilüzarias, Panamá, Imprenta La Estrella de Panamú, 188].
lontalvo. Juan, E? libro de las pasiones, La Habana, Publicaciones de la Revista de la Universidad de la Habana, 1935.
Montalvo, Juan, Mercurial eclesiástica, Paris, Editorial J. Y. Ferrer, 1 884.
Montalvo, Juan, Siete tratados, Besanzon. Imprenta José Jacquin, 1882, 2v.
Montalvo, Juan, Páginas desconocidas, introducción de Roberto Agramonte, La Habana, Publicaciones de la Revista de la Universidad de la Habana. 1936.
Montalvo, Juan, Páginas inéditas, edición de Roberto Agramonte, Puebla, Editorial Cajica, 1969, 2v.
Montalvo, Juan, Cartas de Montalvo a Federico Malo, presentación de Alfredo Baquerizo Moreno, Cuenca, 1. Concejo Municipal de Cuenca, 1927.
Montalvo, Juan, Cartas de Montalvo a su sobrino, Quito, Banco Central del Ecuador, 1981.
Montalvo, Juan, Escritos de Juan Montalvo, introducción y selección de Gao René Pérez, Quito, Banco Central del Ecuador, 1985.
Moreno, Julio E., Juan Montalvo, Colección de clásicos ecuatorianos, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1948.
Mussct, Alfred de, La confrsián de un hijo del siglo, Madrid, Librería y Editorial Ribadeneyra.
Naranjo, Plutarco y Rolando, Carlos, Juan Montalvo: estudio bibliográfico, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1966, 2v.
Nicola, Gerardo, Síntesis de la Historia de la kepública, 2 cd., Ambato, Colegio Nacional Bolívar, 1963.
Ortega y Gasset, José, El espectador, Madrid, Revista de Occidente, 1934, 8v.

Pachano Lalama, Rodrigo; Siete cartas: un ignorado amor de Montalvo, Ambato, Publicaciones de la Casa de Montalvo, 1968.
Pardo Bazán, Emilia, Obras.
Pardo Bazán, Emilia, Cartas a Galdós, Edición de Carmen Bravo V., Madrid, Ed. Turner, 1978.
Pareja Diezcanseco, Alfredo, Historia del Easador, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1954, 4v.
Pérez, Galo René, Confesión insobornable, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1987, 2v.
Pérez, Galo René, Historia y crítica de la novela hispanoamericana; Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1983, 2v.
Pérez, Galo René, Tornaviaje, Quito, Editorial Universitaria, 1958.
Pérez y Soto, Juan Bautista, La Curarina: ElAntidoto contra elMontalvismo, Guayaquil, Calero y Cía., 1886.
Quevedo, Belisario, Texto de Historia Patria, Quito, Casa de Ja Cultura Ecuatoriana, 1959.
Reyes, Alfonso, Obras Completas, México, Fondo de Cultura Económica, 1979,4v.
Reyes, Oscar Efren, Vida de Juan Montalvo, 2. ed., Quito, Talleres Gráficos de Educación, 1943.
Rodó, Jorge Enrique, El mirador de Próspero, Montevideo, Librería Cervantes, 1913.
Un Rocoto (pseudónimo), La ergotina, Guayaquil, s. n., 1885.
Unamuno, Miguel de, Prólogo a las Catilinarias, Buenos Aires, Americalee, 1925.

Vásconez Hurtado, Gustavo, Pluma de acero ola vida novelesca de Juan Montalvo, México, Instituto Panariericano de Bibliografía y Documentación, 1944.
Ycrovi, Agustín, Juan Montalvo: ensayo biográfico, París, Imprenta Sudainericana, 1901
MANUSCRITOS
Libros de la Iglesia Matriz de Ambato.
Libros de la Iglesia Matriz de Guano.
Libros de la Iglesia Matriz de Ipiales. Documentos del Archivo Particular de Rodrigo Pachano Lalama.
Libros de Grados de la Secretaría de la Universidad Central.
Libros de Convenciones de la Legación del Ecuador en Francia (1836-1859).
PUBLICACIONES PERIODICAS
El Cosmopolita, El Regenerador y las C'atilinarias de Juan Montalvo.
La candela, Quito, 1878.
ElExpectador, Ambato, 1878.
Revista El Iris, Quito, 1861.
Colección de la Revista Cultura, Organo del Colegio Bolívar, Ambato.
Colección de la Revista Casa de Montalvo, Ambato.
Cuadernos del Tungurahua, No. 25, Ambato, abril de 1982.
La Democracia, Quito, de 1852 a 1859.
El Sudamericano, Quito, 1866.
LaPatria, Guayaquil, 1866.
ElDiablo, Quito, 1847.
El Joven Liberal, 1876.
El Heraldo, Ambato, 1987 y 1988.
El Comercio, Quito, 1929 y 1932.
El Día, Quito, abril de 1932 y 1934.
Revista de España, Madrid, julio y agosto de 1887.
Revista Contemporánea, Madrid,julio y agosto de 1887.
El Diluvio, Barcelona, julio de 1887.
La Ilustración de la Mujer, Barcelona, noviembre de 1883.

Le Moniteur des Consulats, Paris, abril y mayo de 1883.
Le Tempsy Le Figaro, París, enero y febrero de 1889.
Revue Sud-A rnericaine, París, 1887.
Revue del'Amerique Latine, París, Tomo X.
Le Si&ele, París, diciembre de 1858,
Los Dos Mundos, Madrid 1883.
Revista Europa)' América, París, 1883-1889.
La Ilustración Española y Americana, Madrid, 1883.
Diario Ilustrado El Globo, Madrid, 1883.
Boletín Histórico de las Fuerzas Atinadas, Quito, números 25 y 26.
Boletín de la Academia Nacional de historia, Quito, volumen LXV, 1982.
Revista del Centro Nacional de investigaciones Genealógicas, Quito, 1982.